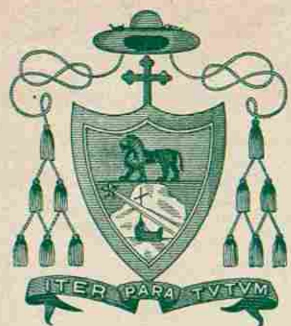
A. M. Weiss



APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

A.M. Weiss

APOLOGIA DEL CRISTIANISMO


ITER PARA TVTVM


1080015923

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO



R. P. ALBERTO MARÍA WEISS
del Orden de Predicadores

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

DESDE EL PUNTO DE VISTA

DE LAS COSTUMBRES Y DE LA CIVILIZACIÓN

OBRA ESCRITA EN ALEMÁN Y TRADUCIDA

POR

Eugenio González Mir
Doctor en Filosofía y Letras

IV

HUMANIDAD Y HUMANISMO

II





BARCELONA
JUAN GILI, EDITOR
581, CORTES, 581
1905



TIPOGRAFÍA DEL EDITOR, BARCELONA

CONFERENCIA DECIMATERCIA

EL CULTO DEL DIABLO

1. El principio: "En el mundo con el diablo„ salva el honor de la humanidad.—En la senda peligrosa que separa el quinto foso infernal del sexto, se vió Dante obligado á admitir los servicios de diez diablos. Son tan horribles, tienen tan detestable conducta, que no desmienten su reputación. El poeta se estremece de espanto, pero se consuela con el proverbio: «En la Iglesia con los santos, y en la taberna con los bebedores». (1) Con esas mismas palabras tenemos que consolarnos en nuestra excursión á través de la literatura y de la civilización humanistas; para decirlo todo, debe añadirse que en el mundo se tropieza á veces con Satanás. Los historiadores que solamente narran los hechos exteriores, pueden muy bien desempeñar su tarea prescindiendo de él; pero el historiador de la civilización, que investiga los últimos y más profundos motivos de los acontecimientos, se engañará mucho si no cuenta alguna vez, aunque circunspecta y moderadamente, con ese elemento funesto.

Sabemos la impresión que producirán estas palabras; sabemos la tenacidad con que la opinión pública se aferra al principio que Fichte el joven expresa en los términos siguientes: Esta opinión de soberana violencia, según la que existiría un mal espíritu fuera del hombre, opinión tan espantosa en sí misma, que sólo podría justificarse por los más apremiantes hechos de la experiencia, sólo se basa

(1) Dante, *Inferno*, XXII, 14, 15,

en principios de que no se puede deducir otra cosa que una naturaleza del mal puramente humana y transitoria.

Nada prueban tales afirmaciones contra la innegable realidad. Quien considere el mundo tal como es, concebirá de él una singular opinión, si no quiere creer que hay una causa exterior de la muchedumbre de males que existen. Si hay algunos acontecimientos en la historia, por no decir muchos, á los que atribuímos un origen humano y tienen, sin embargo, á veces un origen más ó menos extrahumano, será difícil evitar ese desprecio de los hombres que tan frecuentemente encontramos en los representantes de la idea tradicional de humanidad, ó para hablar con más exactitud, del Humanismo. Que se nos perdone esa palabra que desearíamos evitar; si no se quiere convertir los hombres en demonios, hay que creer en el diablo y contar con él en la historia. Ó existe un diablo en la humanidad, ó hay millares de diablos en forma humana. Únicamente la fe cristiana, todavía en este caso, salva el honor de la humanidad.

2. La Edad Media y las épocas de fe acerca del poder de Satanás.—Sin embargo, también se reprochó al Cristianismo su doctrina acerca del diablo: dicen que esa enseñanza favoreció singularmente la propensión del hombre á eximirse de responsabilidad. Peregrina acusación. ¡Como si fuese ilícito enunciar una verdad de que pueda abusar quien tenga malas intenciones! Sí, tiene el hombre, como dolencia pertinaz, y más fea aun que su inclinación al mal, la de procurar atribuir á otro la causa de sus malas acciones antes que confesarse culpable. Ya hemos hablado de esto. Si el hombre no perdona al cielo y á la tierra con esa tentativa criminal ¿qué hay de extraño en que acuse también al reino y al príncipe de las tinieblas? Pero esto no es una razón para negar completamente á Satanás y su reino: en ese caso no se podría ya manifestar ninguna convicción por temor á que se hiciese de ella una aplicación mala. Entonces, lógicamente hablando, llegaríamos á negar á Dios, porque criminales cobardes inventaron esta blasfemia: Dios es el autor de nuestro pecado. Entonces nos haríamos perfectos escépticos, y habríamos de negar que tenemos madre, y negar, con los idealistas acosmísticos, la existencia del mundo físico, para que nadie pueda, como frecuentemente ocurre, atribuir la culpa de sus crímenes á la madre que le dió el ser, al cuerpo ó á la sensualidad. Por otra parte, resulta inútil que defendamos la verdad en este concepto: ella misma habla ya en su favor.

Dos hechos son innegables en la historia de la civilización, y valen más que prolijas demostraciones: donde la creencia en el diablo es lo que debe ser, se buscan menos pretextos para excusarse, que donde se la encarece ó se la disminuye. Ese es uno de los hechos; el otro es que el temor supersticioso al diablo no se encuentra donde hay fe y se vive conforme á la fe; en el campo opuesto es donde se le halla.

Santa Teresa nos suministrará la prueba; tenemos siempre cierta complacencia en oponer la doctrina de una mujer á los espíritus que se dicen despreocupados. Dice que no comprende la ansiedad de los que siempre exclaman: ¡El diablo! Precisamente éste siempre teme á los que no le temen. Ella misma temía al diablo mucho menos que los que sienten por él excesivo temor. (1)

En esto no hace más que expresar la convicción de todos los corazones verdaderamente cristianos; por eso en los tiempos de fe no se encuentra á menudo el temor al diablo.

Quien conozca nuestra más antigua literatura debe quedar sorprendido al ver cuán poco se temía á Satanás y su poder; se le trata en los términos más desdeñosos, y aun á veces como un personaje cómico. Las frecuentes denominaciones de negro del infierno, (2) esbirro del infierno, (3)

(1) Vida de Santa Teresa, *Cap.* XXV.

(2) Hartmann von Owe, *Lied.*, 8, 2, 10. Konrad von Würzburg, *Leich* 9 (Hagen, *Minnesinger*, II, 311). Walther von der Vogelweide (Pfeiffer, 111, 7).

(3) Titurel, 5481, 4. Bruder Wernher, 1, 2 (Hagen, III, 11). Hartmann von Owe, *Gregorius*, 7, a.

perro del infierno, (1) dogo del infierno, (2) calavera del infierno, (3) chivo del infierno, (4) malvado del infierno, (5) *Hœllegiege*, (6) es decir, loco del infierno, gusano del infierno, (7) hostelero del infierno, (8) copero del infierno, (9) pastor del infierno, (10) ladrón del infierno, (11) viejo perro envidioso (12) y muchas otras parecidas, no indican un gran temor al diablo ni grandes consideraciones hacia él. La manera de representarle en las paredes y en las sillerías de coro de las iglesias, nos le hace ver siempre como un ser odioso, miserablemente dominado y con frecuencia soberanamente grotesco. Por todas partes se encuentra expresado lo que ese pobre Hartmann dice: «Allí está sólidamente atado en lo más profundo del abismo infernal, con una cadena al cuello y un anillo en la nariz, que le impiden levantarse. El sublime poder de Dios le impide causarnos tanto mal y tendernos tantos lazos como querría. (13) Si tenemos una fe vigorosa, el diablo no puede dañarnos». (14)

En resumen, durante la Edad Media se encuentran pocas señales del lúgubre temor al diablo. Aunque niegue la existencia del diablo, ó por mejor decir, precisamente porque la niega, el libre pensamiento moderno le tiene mucho más miedo que aquella época. Entonces no se disimu-

(1) Heinrich von Meissen *(Frauenlob)*, *Spr.*, 16, 3 (Etmüller, 50). Heinzelin von Konstanz, 6, 3 (Hagen, III, 409). Hartmann, *Gregorius*, 163; *Leben der hl. Elisabeth*, 1007.
(2) Hugo von Langenstein, *Martina*, 4, 12; 51, 7 (Keller, 8, 127).
(3) *Ibid.*, 186, 90 (470).
(4) *Ibid.*, 156, 43; 184, 46 (394, 464).
(5) *Ibid.*, 227, 82 (575).
(6) *Ibid.*, 91, 3 (152).
(7) Konrad von Würzburg, *Leich*, 10 (Hagen, II, 311); *Ave Maria*, 4 (III, 337). *Passional*, Hahn, 106, 27; 343, 71.
(8) *Parzifal*, 119, 25 (Bartsch, 3, 111). *Winsbecke*, 40, 11. *Marner*, 15, 14 (Hagen, II, 250). Hugo von Trimberg, *Renner*, 3210, 5091; *Pasional.* Hahn, 99, 11.
(9) H. v. Langenstein, *Martina*, 60, 73 (Keller, 151).
(10) *Parzifal*, 316, 24 (Bartsch, 6, 1104).
(11) H. v. Langenstein, *Martina*, 216, 47 (545).
(12) Seifried Helbling, 2, 264.
(13) Hartmann, *Vom Glauben*, 535 y sig.
(14) *Ibid.*, 957 y sig.

laban el poder y la influencia del espíritu de las tinieblas, pero se sabía también hasta donde llegaba ese poder, y cómo se le podría evitar. El bello poema *El juez y el diablo* nos suministra un ejemplo sorprendente, tan serio como imparcial. (1)

Así procede la literatura de los mejores tiempos. Dante evidentemente da pruebas de seriedad con relación á la creencia en el poder de Satanás y á la rica cosecha que recoge; sin embargo, trata de los diablos con un buen humor verdaderamente delicioso. (2) Lo mismo hace Calderón: su *Mágico prodigioso* es chispeante de ingenio á propósito de la impotencia del mismo en quien reconoce, sin embargo, un gran poder. La célebre comedia *El diablo predicador*, atribuída por unos á Belmonte, por otros á Coello, va más lejos aún; es difícil superar lo cómico de esa obra. (3)

Es propio de aquellos poetas el modo de burlarse de Satanás, pero no podemos negar tampoco que está en armonía con las creencias cristianas.

Ningun cristiano niega el poder del ángel rebelde y de su séquito. Si antes de su caída poseía una naturaleza, una fuerza, una inteligencia tan sublimes, que exceden con mucho á las nuestras, las posee todavía, (4) pues el pecado hace estragos en la naturaleza, pero no la destruye. Dispone, por consiguiente, para la ejecución de sus tenebrosos planes, de fuerzas naturales mucho mayores que ningún otro poder terrestre, por bien dotado que esté.

Pero el discípulo de aquél que encadenó al fuerte con un poder más fuerte aun (5) que el suyo, y que le arrojó de su reino, (6) sabe que no tiene por qué temerle si no se en-

(1) Hagens, *Gesamtabenteuer*, III, 387 y sig. Gœdeke, *Deutsche Dichtung im Mittelalter*, 849-851.
(2) Particularmente *Inferno*, 21, 22.
(3) Dohm, *Span. Nationallit.*, 381 y sig. Schack, *Dramat. Literatur in Spanien*, (1) II, 632 y sig. Ticknor-Julius, *Schœne Lit. in Spanien*, I, 684 y siguientes.
(4) Agustín, *De Genesi ad literam*, 11, 20, 27; 29, 30. Gregorio Magno, *Mor.*, 32, 17. Sto. Tomás, 1, q. 63, a. 4; q. 64, a. 1, 2. Xant. Mariales, *Cœl. amphitheatrum in D. Thom. quæst. disput.*, q. 16, a. 2, 6, 11, 12.
(5) Mateo, XII, 29.
(6) S. Juán, XII, 31.

trega á él por su propia negligencia. El enemigo no reposa nunca, es cierto; vaga sin cesar alrededor de nosotros como un león que procura devorarnos, [1] pues aunque depuesto de su soberanía, no puede tolerar que el hombre, muy inferior en fuerza, suba, no obstante su debilidad, hasta un escalón en que él mismo no pudo sostenerse. Apesar de eso no es temible; sólo puede amenazar. Las numerosas direcciones que toma y los medios de que se vale para alcanzar su fin prueban precisamente su impotencia. [2] Está, digámoslo así, encadenado por el poder de Jesucristo, y encadenado quedará hasta el fin de los tiempos, cuando se le dará completa libertad [3] para apresurar la separación de lo que hasta entonces no haya sido separado, y la decisión de lo que no estuviese resuelto.

Si, no obstante eso, tiene en el mundo tan gran poder, si hasta es llamado en la Sagrada Escritura príncipe y dios de este mundo, [4] sólo es causa de ello la corrupción de los hombres. [5] Por pereza deponen éstos las armas que los harían invencibles contra su astucia y su poder; [6] hasta le ahorran el trabajo de tentarlos, puesto que hacen ya lo que le agrada antes de que los ataque; [7] y si los abate como árboles, es su voluntad mala y cobarde lo que le pone el hacha en las manos. [8]

Tal es la enseñanza de la Iglesia Católica acerca del poder de Satanás y la convicción que predominó donde quiera que estuvo en vigor el espíritu de la Iglesia.

3. Hechicería y magia desde la victoria del Humanismo.—Pero quien conozca á los hombres no se asombrará

(1) I Petr., V, 8.
(2) Atanasio, *Vita S. Antonii*, 27, 28. Marc. Erem., *De bapt.*, (Biblioteca Lugd., V, 1106, c.).
(3) Atanasio, *loc. cit.*, 24; *Const. Ap.*, 8, 7. Agustín, *Civ. Dei*, 20, 8. (Prosper) *Dimid. temp.*, 4 (Agustín). *Append.*, s. 37, 4, 5 (*al.* 197 *de temp.).* Cassiano, *Coll.*, 7, 23. Torre, *Virt. relig.*, 2, 2, q. 90, a. 2, d. 11. Delrio, *Disquis. mag.*, *l.* 2, q. 30, 3. Brognoli, *Manuale exorcist.*, 64, 71, 146, 150.
(4) Apocalipsis, XX, 3; IX, 11. Malvenda, *De Antichristo*, 1, 12, c. 5, 6.
(5) S. Juán, XII, 31, II, Cor., IV, 4.
(6) Escio, *In II Cor.*, IV, 4.
(7) *Vitæ Patrum*, 7, 25, 1. Teresa, *Leben*, *Cap.* 31.
(8) Roskoff, *Gesch. des Teufels*, II, 375 y sig.

de que hayan con frecuencia abusado mucho de esa manera de ver tan acertada en sí misma. Llamó la atención desde hace largo tiempo que en las leyendas de la Edad Media, en oposición á leyendas más modernas, el diablo lleva siempre la peor parte en los pactos hechos con él; muchas veces hasta se va con las manos vacías. Basta indicar á este propósito las leyendas de Teófilo, de Réprobo ó de Cristóforo. No negamos que en muchas de estas leyendas hay una degeneración de la verdadera fe, y que, especialmente en las representaciones francesas y españolas, el desdén hacia Satanás se convierte en cierta audaz arrogancia relativamente á la salvación; pero si se ha creído ver la expresión de sentimientos verdaderamente católicos en que, según esas leyendas, sólo hace falta cierta suma de piedad exterior para librarse del diablo, se equivocan. El verdadero concepto católico aparece en las leyendas de esos mercaderes mágicos y caballeros en las que el Malo va á buscar lo que es inmortal, porque ellos olvidaron desgraciadamente que, además de las cosas exteriores prudentes y piadosas, el interior, es decir, la verdadera conversión del corazón es indispensable y hasta lo principal, si se quiere deshacerse del diablo cuando se ha estado en relación con él; luego la frivolidad de la Edad Media no fué tanta como se ha dicho.

No puede negarse que á veces haya sido mucha; pero, en proporción, no tuvo tanta importancia si se considera el mal que siguió á la decadencia de la antigua fe. Á partir del momento en que disminuyó la adhesión á la fe y á la Iglesia, cuando se empezó á considerar como el resumen de toda civilización, no sólo el arte y la literatura del antiguo paganismo, sino su propio espíritu, es decir, después de la victoria del Humanismo y el comienzo del Renacimiento, parece que el diablo se apoderó del mundo. Cuanto menos brillaba la lámpara santa en la casa del Señor, más creía ver agitarse en todos los rincones fantasmas el espíritu que se había alejado de la protectora compañía de Dios. Se atribuía al diablo un poder, frente al cual nada

hacía el poder divino; no se producía el más pequeño accidente sin que el diablo fuese la causa; ningún deseo surgía en el corazón sin que se creyese poder satisfacerlo con su auxilio. Las brujas producían el bueno y el mal tiempo; de ellas provenían los años estériles, los insectos dañinos, no siendo por lo tanto extraño que fuese cada vez mayor el número de los contaminados con esa preocupación, y que aspiraban á hacerse notables ó terribles. No había felicidad, ni estado de ánimo, ni ciencia que el diablo no pudiese dar; de él procedía el oro, hacía el cuerpo invulnerable á los golpes y á las balas, daba espejos mágicos, balas hechizadas, filtros; procuraba todos los goces que podía apetecer una generación intemperante y desordenada. (1) Fué la época de la magia y de la brujería.

Según los más fidedignos testimonios, este abuso no alcanzó su desenvolvimiento sino desde que empezó á desaparecer la fe de la Edad Media, hacia el año de 1350. (2) No puede dudarse que el Humanismo, que por entonces despertaba, haya legado á los tiempos modernos esta herencia siniestra procedente del paganismo clásico. Se unió á eso la herencia, siniestra también, de las antiguas mitologías germánicas y los restos bien acentuados de supersticiones orientales comunicados por las sectas maniqueas de la Edad Media y por la cábala judía.

De la mezcla de esas tres partes esenciales resultó lo que llamamos brujería, sirviéndole evidentemente de fermento la antigua levadura germánica; de ahí procede que la brujería floreciese, en el sentido propio de la palabra, especialmente en los países germánicos, y sobre todo desde mediados del siglo XV hasta fines del XVII.

En las regiones puramente romanas, el culto del diablo se manifestó más bien bajo la forma de magia en la época en que aparecieron los devastadores efectos del Humanismo. La brujería no estuvo jamás floreciente en España; cuando incontestablemente reinaba en Alemania, Lope de

(1) Menzel, *Gesch. der deutschen Dichtung*, II, 147 y sig.
(2) Gœrres, *Mystik.*, III, 54. Cantu-Lacombe, *Hist. univ.*, XIV, 461.

Vega y Agustín de Salazar se burlaban de ella como de una ilusión de la plebe. (1)

En los siglos XVII y XVIII, la brujería produjo en Francia una nueva rama, no en su verdadera forma, sino con alteraciones de importancia. La podredumbre que el Jansenismo, el libre pensamiento y la corrupción habían amontonado, constituyó el fértil suelo en que creció este segundo retoño venenoso de la brujería con todas sus ramificaciones. Que nadie se escandalice si citamos aquí la época de Luís XIV y Luís XV; es una época muy notable en la historia de la brujería. Si las tertulias de las Preciosas que suministraron materia á las sátiras de Molière; si los salones en que la Brinvilliers, la Voisin y sus discípulos vendían, como se decía entonces, de un modo bastante transparente, polvo de herederos á las marquesas y á las duquesas de la más distinguida sociedad; si los convulsionarios y las escuelas de profetas, los precursores de los Camisardos; si esas sociedades y esas órdenes secretas en que encontramos personas de las más altas clases, agrupadas al rededor del conde de Saint Germain, de Casanova, y de Cagliostro; si tales cosas, repetimos, no pertenecen al capítulo de la brujería, podemos decir que no ha existido jamás.

4. El mundo como teatro de demonios después de la reforma.—Si las cosas pasan así, lo mismo en las clases más bajas que en las más consideradas y distinguidas, nadie debe asombrarse de que haya sido tanto el poder de Satanás. Sin embargo, no se puede admitir nunca que se exagere su influencia de suerte que parezca ser el único poder espiritual que exista en el mundo; esto significaría tanto como entregarlo á Satanás; pero si se considera la manera de ver de las gentes desde fines del siglo XV, necesario es confesar que las cosas sucedieron así en aquella época. Desde entonces la imaginación se ocupa exclusivamente en el enemigo de todo bien; en todas las paredes se ve al diablo en persona; el terror que á su vista se expe-

(1) Shack, *Gesch. der dram. Literatur in Spanien*, (1) II, 15 y sig.

rimenta paraliza toda fuerza de resistencia. La confianza en la Providencia Divina y la intervención de poderes benéficos en nuestro destino esparcen sólo una débil claridad como llama próxima á extinguirse; sólo faltaba el error dogmático de la Reforma, y se consumó la desgracia. No siendo ella misma más que un bloque muerto é incapaz de todo bien, no sabiendo más que pecar, enseña que, por su naturaleza, el hombre es incapaz de defenderse del mal. En un conjunto, donde la grosería y la pasión amarga se agitan como desencadenado torbellino, la vista turbada cree no descubrir ya ni una sola chispa de bien; por el contrario, el mal debe tomar una forma palpable y visible, y hasta carne y sangre.

Tal es la disposición de espíritu de Lutero. El diablo es el protagonista de sus escritos como de sus pensamientos. Si al pasar por la llanura nevada le lleva el sombrero una glacial ráfaga del Norte, hay que atribuir el hecho á los judíos ó á las intrigas del diablo. Todo malestar de estómago después de una comida algo copiosa, procede del veneno que en ella puso el diablo. La mancha de tinta hace recordar que el monstruo no le dejó en paz siquiera en su bella residencia. La historia del mundo, y antes que todo el papado naturalmente, los espíritus exaltados y los de partido, los abogados y los turcos, la Misa y los monjes, la razón, con los asnos de París y de Lovaina, todo procede del diablo, exactamente lo mismo que en Mahoma, y pertenece enteramente al diablo.

Los que adoptaron su manera de concebir la vida, deben naturalmente ver las cosas como él; se penetraron con verdadera convicción de fe del principio de Lutero, en virtud del cual, un cristiano debe saber que se encuentra entre diablos, y que el diablo está más cerca de él que su propio vestido ó su camisa. [1] Durante mucho tiempo, en la historia y en los cantos de la Iglesia, en los sermones y en la sátira, todo gira al rededor del diablo: la dogmática ortodoxa luterana insiste especialmente en que

(1) Wander, *Sprichwœrter-Lexikon*, IV, 1067, n.º 197.

hay que guardarse mucho de lanzarle de sus posesiones. El luterano Abraham de Santa Clara, Juan Baltasar Schuppio, que se llamaba á sí mismo el pájaro burlón de Lutero, envía, en una de sus sátiras, todo un buque lleno de diablos á Dordrecht. Los reformados querían celebrar allí un sínodo, pero al fin, esas diabluras se les hicieron intolerables. Quieren decidir que el pecado y cuanto sucede en el mundo no debe en lo sucesivo ser atribuído más que al diablo; pero que todos los males, como parece muy natural á honrados calvinistas, deben ser atribuídos á Dios. El pastor hamburgués no pudo tolerar eso, y les envió inmediatamente un cargamento de diablos. Protestaron contra la decisión, y declararon que no tolerarían jamás que se les ofendiese en su honor, y se perjudicasen los derechos que desde hacía tanto tiempo ejercitaban.

Por lo que se acaba de decir, puede fácilmente explicarse cómo en aquella época apareció tan gran número de escritos acerca del diablo, y por qué encontraron estos tanto eco, por qué se hicieron tantos plagios y tantas ediciones. [1] Para conservar esas obras á la posteridad, se hizo una gran colección que se imprimió muchas veces, siendo aumentada en cada edición, prueba del favor de que en el público gozaban. El título de esa obra colectiva que acabamos de citar, nos indica todavía hoy claramente la utilidad y sensatez de aquel mosaico; no se podría haber puesto á ese gran libro, el más característico de aquella época, un título capaz de expresar mejor la tendencia de los espíritus de entonces; se llama *Theatrum Diabolorum.*

Verdaderamente el mundo y toda su historia es, desde aquel punto de vista, un *teatro de diablos;* sólo el diablo lo tiene todo sobre su conciencia. Los malos le toman como pretexto; los buenos gimen á causa de él; hasta los librepensadores creen en él todavía. Los creyentes no juran

(1) Osborn, *Dei Teufelliteratur des XVII Jarhund.*, (1893). Ebert, *Bibliograph. Lexikon*, II 930 y sig. Gœdeke, *Grandiss zur Gesch. der deutschen Dichtung*, (1) I, 380 y sig. Janssen, *Gesch. des deutschen Volkes*, VI, 469 y sig.

por nadie más elevado que él; á la humanidad afligida con tantos males se procura inspirar una viva cólera contra el diablo mendigo, el diablo usurero, el diablo holgazán. El codicioso aprende en un sermón de Brandmüller, que el diablo de la avaricia le inspiró esa pasión; la misma consoladora verdad proclama Porto á los embusteros y á los blasfemos en el *diablo mentiroso y blasfemo;* la afirma Florián Daul á la juventud frívola en el *diablo del baile*, y Alberto de Blankenberg á los magnates en su *diablo de los aguiluchos y de los avaros.* Los esposos desunidos nada tienen que reprocharse desde que el *diablo del matrimonio* tomó á su cargo la responsabilidad. Por otra parte, acabaron los remordimientos de conciencia, puesto que Decimator encontró que solamente el *diablo de la conciencia* es quien aflige al hombre. Ya en tiempo de Tácito luchaban los germanos contra la sed, saliendo vencidos siempre; daba mucho que reflexionar semejante hecho para saber cuál era la fuerza superior que los dominaba, y desde hacía mucho tiempo se había advertido que había en el asunto algo que no era natural; pero en los sombríos tiempos de la Edad Media no se había conseguido profundizar esto, hasta que Friederich descubrió de repente la verdadera causa en el *diablo de la borrachera.* En efecto, si el diablo estaba oculto en la cerveza, el hidromiel ó el vino, toda fuerza y todo valor eran inútiles á los héroes alemanes. Se comprende bien la importancia de este descubrimiento; así que, entre todos los escritos del mismo género, ninguno alcanzó tantas ediciones como el que acabamos de citar y apareció en Francfort del Oder en 1557. En 1679 se publicó en Nuremberg una imitación de Hartmann. Pero es necesario ser imparciales; ¿por qué los borrachos, los esposos mal avenidos, los blasfemos, las jóvenes locas por bailar, gozarían del privilegio de que el diablo tomara á su cargo la responsabilidad? Si la aceptaba en esos casos, debería ser bastante complaciente para aceptarla también en otros pecados de los hombres; por eso muy pronto no hubo vicios que no se atribuyesen á un diablo especial. Basta ver en qué diablos se creía en una época para saber cuáles eran los pecados reinantes. Se vió aparecer sucesivamente el diablo de la maldición, el diablo del orgullo, el diablo de pantalones anchos, el diablo de los vestidos flojos, el diablo de las gorgueras, el diablo de la melancolía, el de los celos, de la envidia, de la desunión, de los cuidados, de la desesperación, de la lisonja, el diablo de las colas de raposo que parece ser próximo pariente de los diablos cortesanos, el diablo de los curas, el diablo enemigo de las fundaciones. En último término apareció un diablo santo, prudente y sabio: el desdichado demonio de la escuela, que empieza á reinar de nuevo ahora, trabajaba ya en aquella época. Uno de los peores es el que encontró Schubart, y que describió para gobierno de cada cual con el título de *Sieman*, es decir, *contra el demonio doméstico; cómo las malas mujeres atormentan á sus maridos piadosos y cómo los maridos frívolos atormentan á sus mujeres piadosas.* Pero el más curioso de todos esos libros es el de Hocker que encabeza la gran colección del *Theatrum diabolorum.* Tiene por título *El diablo en persona.* En el capítulo octavo se encuentra, con otras noticias importantes, la respuesta á esta pregunta: ¿Cuántos diablos hay? Martín Borrhaus, más conocido por el nombre de Cellario, se tomó el trabajo, ciertamente no pequeño, de echar la cuenta con toda exactitud. Fué una empresa de titanes que le aseguró para siempre un nombre entre los grandes trabajadores; no hay menos de 2,665.866,746.664. [1] Es digno de atención el que casi todos los libros de que se trata aparecieron en las ciudades de la Alemania del Norte, en Eisleben, en Halle, en Jena, en Magdeburgo, en Francfort del Mein, en la del Oder, en Lübeck, en Halberstadt, y sólo algunos se publicaron en Weissenfelds, en Ratisbona, en Nuremberg; por consiguiente, en las ciudades protestantes de la Alemania del Sur.

Los malabares paganos, con su pueril temor al diablo,

(1) Roskoff, *Gesch. des Teufels*, II, 380.

están exactamente en el mismo caso que los protestantes alemanes de otro tiempo: su creencia en la influencia del diablo es tan intensa como exacto su conocimiento de sus instituciones domésticas y políticas y de sus cargos individuales. [1] Ziegenbalg nos comunica una lista de los setenta y nueve diablos malabares más conocidos, [2] y es curioso ver cómo este corto sumario concuerda con la literatura alemana que acabamos de indicar. También los indos conocen el *diablo del juego*, el *diablo del baile*, el *diablo de la envidia;* sólo que llaman al *diablo del baile Kuttadipéy*, al *diablo de la envidia Varmappéy*, al *de la discordia Saudaippéy*. Que nadie se escandalice de los horribles nombres de esos diablos bárbaros; son los próximos parientes de nuestros diablos civilizados. Como se puede adivinar fácilmente, hay también entre ellos un demonio de la nobleza, otro de la ciencia, y otro de los cumplimientos. En Malabar también, *el demonio de la vanidad, Lokavârkkainâdüdumppéy*, el *diablo que hace perder el juicio, Talaisuddiyâdunchandalappéy*, el *diablo del adorno, Yadattaippaddummünikkiyapâtalappéy* tienen mucho en que ocuparse. Sólo es evidente que se hizo más difícil á los hombres que habitan aquel país vivir en buena armonía con esos malos señores, pues según todas las apariencias los buenos malabares dieron los nombres más terribles á los diablos más peligrosos.

Pero no seamos injustos con los luteranos ortodoxos y con sus compañeros dravídicos de la India; se trata de una enfermedad humana universal, que se manifiesta por todas partes en tiempos de fe débil ó de incredulidad. Apenas introdujo Lesage de España en Francia el *Diablo Cojuelo* de Guevara, cuando en aquella atmósfera tan fina, que desde la corte de Luís XIV se esparció por todo el mundo, se presentaron los síntomas de la misma enfermedad que en los tiempos de mayor grosería y de mayor salvajismo de Alemania. En pocos años aparecieron no

(1) Cf. Gœrres, *Mystik*, III, 67 y sig.
(2) Ziegenbalg, *Genealogie der malabarischen Gœtter*, 183-186.

pocas obras como estas: el *diablo giboso*, el *diablo de plata*, el *diablo esquilado*, el *diablo circunciso*, el *diablo ahorcado*, el *diablo ermitaño*, el *diablo mujer*, el *diablo procurador*. [1] Desgraciadamente esa triste predilección se ha conservado hasta ahora. En los cincuenta primeros años del siglo pasado, los franceses y sus imitadores no podían, á lo que parece, escribir una obra para el teatro sin ocuparse del diablo; aquellas obras se sucedían sin interrupción, *Roberto el diablo*, la *parte del diablo*, el *violín del diablo*, los *amores del diablo*, las *memorias del diablo* y muchas otras. Y en nuestra época, que es la de los espíritus distinguidos, de la civilización exquisita, del más alto progreso, están las cosas lo mismo que antes. No son tan sólo los anarquistas quienes muestran una predilección especial por el diablo, pues en el espacio de algunos años aparecieron en Italia numerosos periódicos socialistas con el nombre de *Satano*, *Il Lucifero*, *L' Anticristo*, *L' Ateo*, junto á la *Canaglia*, el *Ladro*, el *Petrolio;* [2] sino que los prohombres de clases más elevadas participan también de esta singular tendencia. Así escribió Bois su *boda del diablo*, Leopoldo Uzrad una *historia del diablo* y especialmente Arturo Graf su famosa obra *Il diavolo.* Bien conocidas son las obras más ó menos eruditas de Roskoff, de Guaita y de Bataille.

5. Negación de Satanás.—Si consideramos estos hechos, no debemos asombrarnos de que haya habido en el otro campo una reacción desmedida y exclusiva. Así son los hombres; no pueden mantenerse en lo justo con calma y reflexión; ó se exagera la verdad hasta hacerla intolerable, ridícula y despreciable, ó se la niega completamente; de esa manera sale ganando siempre el enemigo de la verdad.

Naturalmente, éste alcanza mejor éxito cuando sabe hacerse invisible. Muy audaz es el diablo que se deja ver en pleno día, dice el pueblo. No carece de audacia, es ver-

(1) Ebert, *Bibliograph. Lexikon* I, 471.
(2) Laveleye, *Le socialisme contemporain*, (5) 265.

dad; ¡pero es tan cobarde, y le molesta tanto la luz! Por eso le enojó tanto la libertad que tenía de presentarse en pleno día, como al buho el sol. Cuanto más se le había exhibido hasta entonces, por decirlo así, en una barraca de feria, tanto más deseaba que se le encontrara un sitio oscuro en que pudiera sustraerse á todas las miradas.

Ese favor le fué concedido por el predicador holandés Baltasar Bekker en su famoso libro *El mundo hechizado.* Aquel escritor despreocupado no llega todavía á negar por completo la existencia de un mal espíritu, pero piensa que no se debe conceder al diablo tanta importancia como se le da, que podemos pasarnos sin él y estar, no obstante, muy al tanto de la felicidad. Sin embargo, todavía admite la existencia de un Satanás confinado en el infierno como un perro de guarda; sólo que no puede creer que el juez soberano suelte de la prisión al enemigo y le arme de una fuerza maravillosa para dañar á los hombres. Todo lo que acerca de eso dice la Escritura no son más que frases bonitas que no deben ser tomadas en serio. Para explanar esta opinión, el buen hombre despliega la fatigosa erudición que en aquella época era indispensable para atraerse las inteligencias; sólo que el aplicarla á este asunto y para aquel fin pareció á sus contemporáneos tan singular, que provocó sus burlas. Por eso La Monnoye, aludiendo á la fealdad del autor, compuso un epigrama en que decía: «Sí, quebraste el poder de Satanás, pero con eso no hiciste bastante todavía; para quitarnos del todo la idea del diablo, ¡oh Bekker! debes suprimir tu retrato». (1)

No obstante eso, aquel libro abrió las compuertas y se produjo una verdadera inundación de obras semejantes. Es curioso ver qué inagotable abundancia de libros, repitiendo todos lo mismo, puede suscitar un solo folleto cuando rompe un abceso morboso de la sociedad; no queremos ciertamente disgustar á nadie, ni tratar á los hombres con

(1) Hœfer, *Biografía general*, V, 182.

desdén; pero si á los fabulistas se les permite representar por medio de animales los actos de los hombres, á nadie heriremos tampoco describiendo ese fenómeno, tan notable como frecuente en la historia de la literatura, en forma de apólogo que de ella misma tomaremos.

Era mediodía, y el calor sofocante hacía presagiar una tempestad. Las ranas salieron á centenares formando en la superficie del estanque un corro inmenso; todas tienen algo que las preocupa, á juzgar por los suspiros medio comprimidos que á intervalos salen de su pecho; pero no tienen valor para desahogarse, ó más bien, lo harían con gusto si supieran cómo, sin desagradar á las demás; porque hacer ruido una sola, abandonada de sus compañeras, sería la mayor vergüenza que á cada una de ellas pudiera ocurrir. Se dice que las ranas se diferencian poco de los hombres en independencia y en temor á sus semejantes.

Allí están, pues, extendidas, desafiando con paciencia admirable los rayos del sol, parpadeando y deseando ávidamente que una de ellas comience. De repente sube una burbuja á la superficie del agua, y poco después aparece un pequeñuelo delicado y verde que toma puesto sin cumplimientos en el corro ya formado; ese personaje que acaba de vestirse la toga viril en el fondo de las aguas, lleva todavía los restos de la cola de ranacuajo que tenía en su cuna. Aunque es el más joven, se da inmediatamente cuenta de la situación, porque entre las ranas, son siempre las más jóvenes las más prudentes y animosas; por eso son ranas. Viendo la perplejidad de las viejas, el personaje en cuestión empieza á lanzar gritos terribles, y se encuentra por fin el tono, y se sueltan las lenguas, y millares de voces altas y bajas, atipladas y sordas, repiten lo mismo que el héroe temerario, advirtiéndose en el gran concierto una gravedad maravillosa, un acorde indescriptible. Sólo una cosa falta: un texto único y una melodía; hay *da capos* sin fin, y se podría creer que las ranas aprendieron eso de los hombres. Si pensamos en lo que ya hemos dicho de las robinsonadas y de las églogas, aprenderemos fácilmente

á tener paciencia con los batracios de la laguna; pero se podrían citar otros muchos ejemplos parecidos.

La historia de la guerra declarada por Bekker nos recuerda las batracomomaquias. ¡Qué ejército de combatientes cuando las ranas salían á cada momento del pantano, preparadas á una guerra de vida ó muerte! En verdad, que el rey Physignathos y sus soldados, tales como los describe Homero, usando como armaduras hojas de bledo y de malva, con una col por escudo no podían estar más terriblemente dispuestos para la lucha. (1)

Aire y agua hormigueaban entonces de demonología, de historias de diablos y de historias semejantes, tendiendo todas á demostrar que el diablo no es de temer; claro se advierte qué bien reportaría á la humanidad el poder salir de la honda y siniestra preocupación en que hasta entonces había gemido, y desde ese punto de vista el nuevo asalto contra el diablo es fácil de comprender. De ahí el gran número de obras como *La no existencia del diablo*, *El diablo entre los campesinos*, *Las diabluras del siglo XVIII*, *El diablo en su impotencia*, por un antidiabólico, y una legión innumerable de otros escritos del mismo género.

Sólo se restableció la tranquilidad cuando la teología protestante, fuente hasta entonces la más considerable de temor al diablo, se unió á esa nueva tendencia, y arrancó en nombre de la fe la creencia en el mundo de los espíritus; desde entonces, las clases que se llaman ilustradas la consideran como cosa á que no debe volverse, y excluyen con demasiada intolerancia á todo el que admite la existencia de un mal espíritu. Es muy raro que alguien se atreva todavía á ir tan lejos como Bodichon, quien enuncia con admirable imparcialidad su opinión con las palabras siguientes: Ángeles, diablos, cabires, dioscuros, genios, hadas, duendes y otros seres intermediarios invisibles pueden existir tan bien como nosotros. (2)

(1) *Batracomiomaqia*, 161 y sig.
(2) Bodichon, *De la humanidad*, II, 81.

Evidentemente con razón dice el proverbio: El diablo tiene en su arco más de una flecha. (1) Por una parte juega á cartas vistas, como suele decirse, en el espiritismo, en el hipnotismo, en las mesas giratorias y en casos de prestidigitación mágica; por otra, ha conseguido hacer que todos juren que no es absolutamente nada el espíritu de las tinieblas, y, sin embargo, propagan el culto de ese mismo espíritu para hacer de él una religión universal; así no puede dejar de hacer buenos negocios.

6. La verdadera doctrina acerca de la influencia del mal espíritu.—Pero, según dice el proverbio, por más precauciones que el diablo adopte, los pies de macho cabrío aparecen siempre; lo cual no es asombroso, pues, como hace notar el mismo proverbio, la medida del diablo es ó demasiado corta ó demasiado larga. (2) Por consiguiente, no es difícil encontrar la verdad en esta cuestión; está entre la exageración y la negación: tan manifiesta es, que con seguridad tropezará quien se atreva á negarla.

Sí, hay un espíritu malo. En un principio, no era peor que cualquiera otra criatura de Dios, pero por su propia culpa se pervirtió en el mal, y es ahora el declarado adversario de Dios y de todo cuanto sea bien; por eso procura arrojar piedras al jardín de Dios, y estropear sus plantaciones tanto como su poder se lo permite. Aunque éste no sea excesivo, hay que tenerle, sin embargo, en cuenta. Si los hombres no fueran á su encuentro, sin duda su influencia en el mundo no tendría tanta importancia; pero se le facilita el cumplimiento de sus funestos designios.

Esta doctrina concuerda con lo que por todas partes vemos en la historia de la humanidad y en nuestra propia experiencia. Hay acciones tan negras, tan vulgares, que se perdería toda fe en la humanidad si no hubiera de suponerse la influencia de una maldad más que humana. Nos encontramos á veces en tal manera excitados al mal, no por complacencia interior, no para desafiar al bien, si-

(1) Wander, *Sprivœrter-Lexikon* IV, 1065, *n.* 165.
(2) Kœrte *Sprichwœrter der Deutschen*, (2), 7398, 7407.

no como si para nosotros fuese un consuelo el contradecirnos, hacernos desgraciados, vejar á los demás, destruir cuanto existe y significa orden; en una palabra, nos sentimos de tal modo solicitados contra la naturaleza, que no podemos atribuirnos á nosotros mismos ese estímulo, por convencidos que estemos de nuestra debilidad y de nuestra corrupción.

Sin embargo, ningún espíritu amante de la verdad la dejará pasar inadvertida. ¿Soy yo la causa de verme afligido por este vicio? Es el mal espíritu quien debió de haber sido la causa. ¡No! no creemos que cuantos pecados se cometen y que toda tentación al pecado procedan tan sólo de la antigua serpiente; son nuestros propios malos deseos que únicamente procura inflamar más el enemigo; (1) son las pasiones descuidadas que el placer enciende, y sin cuyo auxilio es impotente. (2) La pereza y la inactividad de los hombres son la causa de que sea tan poderoso Satanás, (3) que se ha convertido en príncipe y dios de este mundo según la Escritura. (4) Y ¡cuántas veces no se le anticipa el hombre, de tal modo que sería inútil tomarse el trabajo de tentarle! ¡Cuántas veces el hombre mismo procede con sus prójimos del modo más lastimoso, siendo para ellos malo, seductor y tentador!

Luego no podemos ni debemos excusar al enemigo, ni negar su existencia y su influjo; pero tampoco debemos admitir que el hombre deba excusarse á sí mismo, y echarle la culpa más de lo que merece; (5) no debemos guardar silencio cuando se le atribuye todo el mal. (6) Debemos insistir en que el hombre reconozca y confiese que la mayor parte de las veces se tiende un lazo á sí mismo y á su prójimo. Son de temer los poderes invisibles, pero frecuente-

(1) Jac., I, 14.—Orígenes, *Princ.*, 3, 2, 2, 3. Basilio, *Reg. brev.*, 75.
(2) Prudencio, *Hamartigenia*, 55 y sig.
(3) Crisóstomo, *Ad Stagirium*, 1, 5; *In Acta Apost. hom.*, 54, 3.
(4) Estio, *In 2 Cor.*, 4, 4.
(5) Crisóstomo, *Ad Stagirium*, 1, 5.
(6) Gennadio Massil., *Dogm. eccl.*, 49 (al. 82). Sto. Tomás; *De malo*, q. 3, a. 5; *Summ. theol.*, 1, q. 114, a. 3; 1, 2, q. 80. a. 4.

mente es más de temer el peligro en que nos ponen los poderes visibles. Si el hombre procura siempre armarse de circunspección y de fuerza contra los peligros visibles, contra los tentadores y los seductores visibles, pronto serán los espíritus invisibles despojados de su principal arma contra él.

Tal es la verdad acerca de la significación y la influencia del espíritu malo, y tal la aplicación que debemos hacer en nuestra conducta.

7. Juicio acerca de la humanidad y de su historia, según las miras reinantes relativamente á un poder malo fuera del mundo.—Hemos hecho ya resaltar cuánto facilita la inteligencia de la historia, sacando al mismo tiempo á salvo el honor de la humanidad, esa manera de ver la cuestión; cuando no se considera el mal como constituyendo un todo con el hombre, no hay que desesperar de éste; pero cuando se llega al punto de que el hombre no crea ya en el diablo, ó hasta se piensa en poder reemplazarlo, el más negro pesimismo, la influencia secreta del diablo y la condenación del hombre son, no sólo comprensibles, sino hasta necesarios.

De considerar la vida como lo hacían persas, egipcios y babilonios, que llegaban hasta tributar honores divinos al espíritu de las tinieblas, no se puede hacer gran caso del hombre y de su historia. Seguramente no se debe á la casualidad el que haya sido el hombre tratado en el Oriente con tanto desprecio; en aquellos países, toda la historia reviste una forma que podría ser llamada diabólica más bien que humana, debiendo atribuirse á la tendencia de espíritu impresa á los pueblos orientales por las religiones dualistas. Todas ellas colocan al lado del verdadero Dios, que suponen muy alejado, un Dios de este mundo; y no hace falta decir que en la práctica ponen siempre al último más alto que á Dios, es decir, le conceden más importancia, y creen que interviene mucho más de lo que creemos en las acciones de los hombres y en los acontecimientos de la historia.

Tampoco se puede dudar de que los que niegan completamente la existencia del diablo, y afirman que sólo es un símbolo que tiene su origen en el hombre mismo, rebajan todavía más á la humanidad. Ahora comprendemos cómo pudo haber hombres que dijesen que el mal formaba parte de la naturaleza humana; pues si no hay poder malo fuera del hombre, es necesario entonces imputar á éste todo el mal que en el mundo existe. Pero no, lo cierto es que se necesita evaluar la parte que el hombre tiene en el mal, y no atribuirlo todo á Satanás, y lo que no podemos admitir es que nuestra generación tome á su cuenta, sin restricción ninguna, todos los hechos diabólicos de que habla la historia. Si, para citar solo un ejemplo, pensáramos que era necesario atribuir á la humanidad sola cuantas atrocidades, crímenes, desórdenes y blasfemias profanaron los sacrificios y el culto de los babilonios, de los fenicios, de los cananeos, y de los mejicanos, ¿no nos avergonzaríamos de reivindicar para nosotros la cualidad de hombres? Pues eso mismo puede aplicarse á millares de maldades semejantes.

Para quien desee comprender la historia, es importante no sólo profesar doctrinas verdaderas acerca de Dios y del bien que en el hombre existe, sino que también le interesa apreciar debidamente el poder del mal que se manifiesta en el hombre, por el hombre, fuera del hombre. El Cristianismo nos enseña á pensar acertadamente en esos tres conceptos y á repartir proporcionalmente la culpa.

Pero los errores acerca de la verdadera doctrina hacen del mundo una montaña ó de falsa santidad ó de atrocidades, porque atribuyen todo el mal á un solo agente; sea Satanás, ó la naturaleza humana, ó el mismo hombre libre.

8. Desempeñar las funciones del diablo, último grado de degeneración del Humanismo.—Si alguien examina el estado del mundo sin tener como guía la estrella de la fe y de la caridad cristianas, se comprende que pregunte si puede ser nunca bastante encarecida la culpa del hombre, y si éste deja todavía al diablo algo que hacer.

Terrible extravío es que el hombre llegue hasta rendir culto divino al espíritu de las tinieblas; pero ¿no es aun más horrible que él mismo desempeñe las funciones del diablo?

De hecho, el hombre hace ese triste oficio, y lo hace en vasta escala, con orgullo y confianza en sí mismo, con prolija deliberación. Manifiesta disgusto y horror al culto del diablo, pero desempeña las funciones de éste sin remordimiento de conciencia. Lo primero, es decir, el culto del diablo, lo deja á civilizaciones groseras ó muy refinadas; lo segundo, las funciones del diablo las desempeña por medio de una falsa civilización y una falsa cultura, por medio de numerosas instituciones y de prácticas de que no estamos poco orgullosos en la vida pública moderna. Con repugnancia tratamos esta cuestión; pero no podemos de otra manera definir completamente el espíritu del mundo que se aleja de Dios y es hostil al Cristianismo. Tocamos con esto el último extremo necesario para representar ese espíritu, la peor degeneración del Humanismo.

En lo que precede, hemos seguido punto por punto el camino que tomó; hemos visto cómo la primera separación de la eterna verdad nos imbuye cada vez más en el error; cómo la negación del pecado original, con cada nuevo paso que da hacia adelante, produce los mayores estragos en lo que la naturaleza conservó de bueno. Tampoco se puede negar ya aquí que si el Humanismo persiste en seguir su camino y no quiere retroceder, debe por fin conducir á la lucha contra todo lo que es bien. No se trata ya entonces de un extravío accidental, sino de una negación consciente de la verdad y de una seducción intencionada del mundo hacia el mismo crimen.

Julián Schmidt dice que debemos reconocer en el espíritu de seducción de la moderna literatura francesa, menos una ceguera debida á la sensualidad y á la pasión, que una astucia intelectual de seducción dispuesta con mucho

arte. [1] Desgraciadamente se aplica esto, no sólo á esa literatura, sino á casi todas las modernas; no sólo á la bella literatura, sino también á la literatura sabia; y no sólo á la literatura, sino también al arte y á cada rama de la civilización.

En todas partes oímos resonar las terribles palabras de Max Stirner. ¿Escribo acaso por amor á los hombres? ¡No! Escribo porque quiero dar una existencia en el mundo á mis pensamientos. Si previese que éstos habrían de robaros la paz y la alegría, y si viese que esta semilla habría de producir las más sangrientas guerras, la ruina de muchas generaciones, aun así la esparciría. Que hagáis de ella lo que os parezca, es cosa vuestra; nada me inquieta. Tal vez no sacaréis de ella más que penas, combates y la muerte; serán muy pocos los que obtengan satisfacción: poco me importa. Si tuviera empeño en vuestra salvación, entonces, procedería como los poderes cristianos, que miran como un deber sagrado preservar á los hombres de los malos libros. Pero no tan sólo por la verdad digo lo que pienso; no, yo canto porque soy cantor, y me dirijo á vosotros porque necesito oídos que me escuchen. [2]

Pocos hay que hablen con tanta franqueza, pues la rectitud y la sinceridad no son precisamente el fuerte del Humanismo. Mas ¿por ventura los corifeos de la ciencia humana, los promotores de la educación y de la instrucción populares modernas, del arte libre, de la calotecnia independiente proceden conforme á otros principios? Siempre y en todas partes oímos: ¡La ciencia por la ciencia! ¡El arte por el arte! No se trata de verdad, de nobleza, de bien, de justicia. ¿Qué sucede, pues, cuando se trata del hombre? Allí está para hacer en él experiencias, como la plancha de hierro en que se quiere experimentar la fuerza de los cañones.

Pero donde ese espíritu va más lejos, es en el arte moderno y en la doctrina del arte. Se convierte en objeto de

(1) Julián Schmidt, *Gesch. der franz. Literatur*, I, 24.
(2) Max Stirner, *Der Einzige*, 394 y sig.

irrisión quien no diga con Vischer que lo bello está muy por encima de las conveniencias y del pudor: [1] el que aspira á la consideración de los demás debe declarar con Carrière que sería amenguar el derecho más sagrado de la belleza pretender que observase las reglas ordinarias del decoro. [2] También la grosería, dice Alberti, es un medio de expresión artística muy importante, hasta indispensable; [3] y la señorita Marta Asmus termina con esta frase: Que lo indecoroso sea bien venido en el arte, [4] un escrito acerca de la emancipacion de las leyes morales, que nada deja que desear en cuanto á crudeza.

Si esas frases son ya repugnantes en sí mismas, lo son todavía más por las razones en que se apoyan. La grosería, dice Alberti, es el objeto del arte. [5] Y en todas partes sucede lo mismo: lo que es inconveniente se celebra como autorizado, y lo inmoral como algo artístico. Al hombre se le sacrifica como víctima, y de ahí las explosiones de cólera contra los que osan pretender que se abusa del arte para seducir al pueblo; sería rebajarle á la categoría de simple medio ó de instrumento: tal designio subordina lo bello al hombre y degenera en contradicción con la naturaleza, en enfermedad, en gazmoñería hipócrita. Pecht llega hasta acusar á nuestra época de enervamiento, porque todavía no ha logrado por completo destruir las ideas humanas y cristianas de castidad pública. [6]

¡Alabado sea Dios! Todavía no predominan esas doctrinas de un modo general en la literatura; pero por desgracia, se van abriendo camino para vergüenza de la civilización moderna, porque, en este concepto hemos descendido mucho con relación á los antiguos. No está ciertamente Aristófanes en olor de santidad; pero hoy se reirían de él á causa de su insípida moral de pensionado, como se com-

(1) Vischer, *Æsthetik*, I, 159, § 60.
(2) Carrière, *Æstetik.*, (1) II, 141.
(3) Alberti, *Natur und Kunst.*, 141.
(4) *Gesellschaft.*, 1894, X, 301.
(5) Alberti, *loc. cit.*, 142.
(6) Pecht, *Die Kunst für Alle*, I, 143 y sig.

placen en decir, porque se expresa del siguiente modo: «El poeta debe callar lo que es infame, y no producirlo, no presentarlo en escena. El maestro instruye á la infancia y el poeta á la edad madura. No debemos adoctrinar más que en el bien». (1)

El mismo Ovidio no se libraría de las burlas, porque se atrevió á decir: «Es, sin embargo, la diversión de las jóvenes ya crecidas, de las mujeres, de los hombres, de los niños, y los más de los senadores también asisten. No basta que palabras incestuosas manchen los oídos, y los ojos se familiaricen con la impudicia: parece que la escena tenga este privilegio y autorice todos los caprichos de la licencia». (2)

9. **Obras y hombres diabólicos.**—Gustan hoy de ver en cada palabra de este género una especie de odio ciego contra la civilización de los tiempos modernos, y se reprocha á quien habla de la influencia malsana de la literatura y del arte en esta época que pretende hacer creer que toda la civilización es obra del diablo; pero se puede muy bien considerar la civilización como un gran bien de la humanidad, y admitir que hay en ella una buena parte de la naturaleza humana que ningún error y ningún esfuerzo pueden destruir completamente. No obstante eso, hay demasiadas producciones debidas á la pluma, al cincel y á los pinceles, á los cuales pueden aplicarse estas palabras de Milton: (3) «Salen del Pandemonium, la gran capital de Satanás y los suyos».

No es Satanás quien hizo esas obras, sino los hombres quienes trabajaron en su lugar; y puede estar satisfecho de lo que hacen. Cuantas veces aparece una de esas obras, puede decirse con Puschkin: «Subió del abismo infernal un sombrío demonio de la rebelión; el espíritu de seducción y de blasfemia». (4)

Es para nuestro tiempo una vergüenza que haya todavía necesidad de justificarse relativamente á tales expresiones: en este concepto eran más sinceros los antiguos, aun los paganos. En su juventud, el filósofo cínico Metroles había desempeñado también esas funciones diabólicas; pero más tarde, cuando llegó á ser hombre sensato, quemó sus propios escritos pronunciando estas palabras: «Sueños, ilusiones del infierno». (1) Lo mismo pensó hacer Boccacio cuando, en avanzada edad, sintió haber escrito la obra que en todos los países conocen de aquel autor. (2)

(1) Aristófanes, *Ranæ*, 1053 y sig. Cf. Strabón, 1, 2, 3. Máximo Tyr., 10, 1.
(2) Ovidio, *Trist.*, 2, 501 y sig., 517 y sig.
(3) Milton, *Paraíso perdido*, I, 756 y sig.
(4) Scherr, *Bildersaal der Weltliteratur*, III, 244.

En este concepto nos hemos hecho más insensibles que en la época de nuestros estudios, como consecuencia de nuestro largo trato con esta clase de asuntos; si no hubiéramos llegado á ese punto, advertiríamos bien que hay en las obras de arte, en la literatura, y por consiguiente, en los principales medios educativos, una sutil é intensa fuerza de perversión. Espíritus nobles y delicados juzgan en esta materia con más severidad que nosotros. El Lancelot de la Edad Media, que nos parece casi inofensivo en comparación de tantas otras obras, daba tanto que reflexionar á Dante, que le atribuía la pérdida de Francisca de Rimini y de Pablo Malatesta. (3) Fácilmente se puede comprender entonces cuál sería el juicio del insigne poeta respecto á tantas llamadas obras de arte que esparcen por el mundo gérmenes de muerte mucho más peligrosos. Freiligrath evidentemente se excede cuando habla de la poesía; pero si se considera que conocía poco del verdadero bien que existía en los tiempos antiguos, y que sólo tenía á la vista lo que especialmente alimenta la civilización de nuestra época, se comprende cómo pudo llegar á este juicio terrible: «Siempre fué una maldición la llama de la poesía. El poeta marcha solitario con la frente flameante entre sus contemporáneos: la señal de la poesía es una marca de Caín». (4)

(1) Diógenes Laert., 6, 95.
(2) Ruth, *Gesch. der ital. Poesie*, I, 583 y sig. Kœrting, *Gesch. der ital. Literatur*, II, 447 y sig.
(3) Dante, *Inferno*, V, 124 y sig.
(4) Freiligrath, *Gedichte*, (10) 321.

Repetimos que este juicio es demasiado severo; pero son responsables los que lo provocaron, y desgraciadamente son muchos más de los que deberían. No sólo entre los poetas, sino también entre los pensadores, los artistas, los maestros, los educadores, en una palabra, entre cuantos en sus manos tienen la expansión de la civilización se encuentra siempre, y con frecuencia son nombres célebres, á quienes aplicar estas palabras de Shakespeare: «Este hombre disfrazado con un exterior de santidad, cuya palabra austera y rostro frío hielan la sangre de la juventud, hacen palidecer sus rosadas mejillas, y tienen consternados de espanto sus risueños deseos como la paloma trémula ante el azor, ese hombre es un demonio». (1)

Con amargo dolor escribimos estas palabras: se nos parte el corazón cada vez que citamos tales juicios, pues tememos siempre herir á alguien. Además, nos sentimos también heridos por la humanidad de que formamos parte, cuando uno ú otro de sus miembros es tratado con tal dureza; pero no podemos hacer otra cosa si hemos de salvar el honor de la verdadera humanidad. Si en un cuerpo enfermo se quiere salvar los miembros que pueden ser curados, hay que cortar los atacados por la gangrena; respetarlos sería perder á los otros.

Pero en el caso presente están las cosas de tal suerte, que ni aun se sabe si aquellos á quienes concierne, lo mismo que sus admiradores, no se consideran muy honrados cuando se les llama servidores y compañeros del mal. Ludmilla Assing dice del príncipe Pückler Muskau que solamente consideraba á los maridos como una decoración cómica, y confesaba más tarde con orgullo, hablando de sí mismo, que no tenía en esas cosas conciencia alguna, pues las seducciones pertenecen á los goces diabólicos del hombre distinguido. (2)

Goces diabólicos, hombres diabólicos; es la verdadera palabra. Robar á los demás la paz del alma, la pureza del

(1) *Medida por medida*, III, 1.
(2) Janssen, *Zeit und Lebensbilder* (2), 106.

corazón, la seguridad en las convicciones religiosas; tal es la obra de Satanás, y por esta razón el Humanismo alaba á sus héroes y éstos se alaban á sí mismos. ¿Somos entonces injustos con ellos?

Sí, se alaban, pero no se sienten satisfechos. De su genio benéfico, de su amigo Carlos Augusto, cuenta Gœthe que tenía en sí algo de diabólico, y que se hacía intolerable hasta para sí mismo cuando ese algo diabólico no le dejaba. (1) Á Gœthe mismo le daba mucho que hacer lo diabólico que en él había, y no estaba poco orgulloso de encontrarlo tan vivaz; (2) parece, sin embargo, haberle tenido miedo en algunas ocasiones, y entonces se expresa en estos términos: «Lo diabólico es muy terrible cuando predomina en alguien; no hace siempre más perfectos á los hombres por el ingenio ó por el talento, y raras veces los hace recomendables por la bondad de su corazón. Pero constituye una fuerza gigantesca que parte de ellos y les permite ejercer un poder increíble sobre todas las criaturas. Nada pueden contra ellos las fuerzas morales reunidas, y es inútil que los hombres más sensatos pretendan hacer los sospechosos como engañados ó como engañadores; ellos atraen á la muchedumbre. Sólo pueden ser vencidos por el Universum mismo, con el cual tienen entablada la lucha». (3)

Es imposible expresar mejor la verdad. El Humanismo se apartó de lo verdadero y de lo bueno; cuanto más se propaga, más se convierte en una lucha contra el Universum, contra el bien, contra la verdad, contra el orden y contra toda la obra de Dios. Es la misma lucha que la entablada desde el principio por el espíritu del mal, resultando así aún por modo involuntario la misma alianza en el mismo combate, y de esa manera también la misma suerte en el éxito inevitable. Satanás en otro tiempo sucumbió en su lucha contra la luz; su auxiliar más débil, el Humanismo, tampoco vencerá.

(1) Dietzmann, *Gœthe und die lustige Zeit in Weimar*, 35 y sig.
(2) Eckermann, *Gespræche mit Gœthe*, (3) II, 198 y sig., 62.
(3) Gœthe, *Dichtung und Wahrheit*, ch. 20.

10. Desgracia del mundo á causa de los escándalos.—Es una verdadera excursión al infierno la que acabamos de verificar, pero la hacía indispensable la verdad; nadie sin eso creería que los fines del falso Humanismo son tan peligrosos; gentes aun bien intencionadas creen siempre que agraviamos al mundo cuando le negamos el derecho para hablar de humanidad; hasta los que no desconocen que en la nueva civilización se deslizan tendencias perniciosas, no pueden siempre eximirse de inquietud por considerarnos demasiado pesimistas y creer que nos excedemos cuando indicamos todas aquellas impurezas.

Que todo el que sea accesible á la verdad responda en lo sucesivo á ese escrúpulo. «Desdichado el mundo, esclamaba en otro tiempo desde el cielo una voz poderosa, porque Satanás ha descendido á vosotros». (1) Pero aun más desdichado cuando se permita á Satanás ir á donde su presencia no sería necesaria, porque los hombres se convertirán ellos mismos en demonios para sus propios hermanos. ¡Desgraciado del mundo por los escándalos! (2)

¡Desgraciados los pobres á quienes se escandaliza! ¡Quién podrá contar los millares de personas á quienes un ejemplo, una palabra, una imagen, un libro robó la paz del alma, la pureza del corazón, el paraíso en la tierra, é hizo de su vida un infierno! Muchas veces son más dignos de lástima que de vituperio, porque si el hombre, en su debilidad, sucumbe al atractivo que se le presenta del modo más grosero, ¿cómo hará frente á la tentación, si no cuenta con una fuerza sobrehumana, cuando se acerque en forma tan insinuante, con modos tan halagüeños?

¡Desgraciados los que apoyen el escándalo ó le aprueben! Casi vacilamos en decir cuán malo es eso, porque ¿no somos todos solidarios en la culpa? ¿No guardamos silencio por temor de que se nos considere como gentes sin educación, aunque el mal aumente todos los días? ¿No cerramos cobardemente los ojos? ¿No apoyamos nosotros mismos lo que nuestra conciencia reprueba? ¿No debemos aplicarnos la sentencia: El espectador es muchas veces peor que el bailarín?

(1) Apoc., XII, 12.
(2) Matth., XVIII, 7.

¡Desgraciados los que consienten el escándalo! ¿Qué disculpa alegarán los padres, los maestros, los educadores, los organizadores, los directores, los protectores de empresas literarias, artísticas y científicas, de fiestas, de placeres, de representaciones, si, no obstante su deber y su experiencia, no alejan al enemigo tanto como les fuere posible? Platón hace decir á Sócrates que, á pesar de todo lo malo que había dicho de los poetas, aun no había dicho lo peor.

Pero lo más terrible es que tienen destreza para seducir aún á hombres maduros y hábiles; sólo muy pocos saben sustraerse á su influencia; (1) por eso considera imposible permitir á la juventud el trato con los poetas, cuyas tiernas efusiones infaliblemente menoscaban en ellos el sentimiento de la religión y de la virtud. Es tan severo, que entre esos corruptores de las costumbres cita á poetas que nosotros leemos en nuestras escuelas cristianas: Homero y Hesiodo. Cree que las madres y los educadores, al abandonar ese cuidado, faltan más á sus deberes que si descuidaran el cuerpo y la vida del niño. (2) También Aristóteles dice que si hay algo que necesite ser preservado de malas palabras es la juventud, (3) á la que es indispensable el pudor. Los insultos, la fustigación pública y la expulsión de la patria no son suficiente castigo (4) para quien infrinja esos preceptos; tan considerable es su crimen. En efecto, solamente pueden hacer expiar ese crimen, según doctrina del más dulce Maestro, una piedra al cuello y una tumba en las profundidades del mar. (5)

(1) Platón, *Rep.*, 10, 7, p. 605 c.
(2) Platón, *Rep.*, 2, 17, p. 377, b. y sig.; 3, 5, p. 391, d. y sig.
(3) Aristót., *Eth.*, 4, 9 (15), 3.
(4) Aristót., *Polit.*, 7, 15 (17), 7. Isócrates, *Busiris*, (11) 38 y sig. Platón, *Timæus*, 2, p. 19, d. y sig.; *Rep.*, 8, 17, p. 568, b. y sig., y singularmente en la primera parte del libro X.
(5) Matth., XVIII, 6.

¡Desgraciados sobre todo los que escandalicen! Dado lo que son los hombres, es inevitable que haya escándalos; pero desgraciado el hombre por quien viene el escándalo, dice la Sagrada Escritura. (1)

No pretendemos examinar aquí si es verdad lo que siempre se nos dice de que Satanás tan sólo es una sombría ilusión de los tiempos antiguos y que hoy no tiene poder en el mundo; pero, si es verdad, entonces ¡desgraciada época la nuestra! Pues llegará un día en que, no solamente serán nuestros jueces los paganos, sino que el mismo Satanás, cuya existencia hemos hecho innecesaria, será quien nos condene. Y, sin embargo, ¡cuán de desear sería que este siniestro poder invisible no existiese ya para nosotros! Quien de veras lo desee, evitará más fácilmente el ataque de los enemigos visibles, que la astucia de un poder inatacable. Por desgracia, no es cierto que ese peligro no exista ya para nosotros; tenemos que luchar contra un enemigo inaccesible á nuestros groseros sentidos, contra un enemigo que, extraño él mismo y hostil al bien, quiere por envidia hacernos igualmente enemigos del bien.

Tenemos siempre un consuelo, el de saber que no puede acercársenos mucho, á menos de emplear medios que obren sobre nuestros sentidos y nuestra imaginación. (2)

Por eso es verdad que podemos siempre paralizar al diablo el tendón de Aquiles, si cerramos los ojos y los oídos á la belleza obtenida por la mentira, al arte y á la civilización hipócritas. Difícilmente se abrirá camino el mal hasta nuestro corazón, si nuestra inteligencia quita á los sentidos la ilusión de que puede revestirse de belleza. Lo que es malo, nunca se llamará bello; como la verdad y la bondad, la belleza sólo se encuentra en Dios. Únicamente lo que es verdadero, lo que es bello, lo que es moral, puede ser eternamente bello, verdaderamente humano.

(1) Matth., XVIII, 7.
(2) Sto. Tomas, 1, q. 111, a. 2-4.

APÉNDICE

¿ES EN REALIDAD ADORADO EL DIABLO?

1. **Nadie niega la existencia del diablo.**—Casi no es necesario probar la existencia de Satanás, porque nadie lo niega; verdad es que muchos se burlan de la creencia en un mal espíritu, pero con frecuencia son precisamente los mismos que más firmemente creen en él. Hablan de él demasiado para que demos valor á sus afirmaciones; deberían empezar por aprender á callar, y eso durante mucho tiempo, para que los creyésemos serios. Quien calla no se equivoca, dice el proverbio; pero el que habla, y especialmente si habla tanto como ellos, se hace traición á sí mismo.

Por otra parte, en esta cuestión, como en la de la existencia de Dios, las palabras y la conducta del que niega están en plena contradicción: en tanto que desempeña un papel estudiado, afirma solemnemente á la muchedumbre asombrada que no hay Dios; pero que de súbito le ataque dolor agudo en una muela cariada, y abriendo la boca más de lo que desearía, exclama involuntariamente en lamentable tono, llevando la mano á la mejilla: ¡Oh Dios mío!

Otro acaba de burlarse del pueblo estúpido que todavía cree en la existencia del diablo; aun no acabó de hablar, cuando sin querer, le pisan un callo, ó le anuncian que la renta amenaza bajar un veinticinco por ciento. Con el repentino susto no encuentra—y hablamos, no sólo de carreteros y matarifes, sino también de hombres instruídos, de un profesor de ética, por ejemplo—medio más apto para consolarse en aquellas circunstancias que el nombre del que hacía un segundo empezaba á negar. ¿En qué

¡Desgraciados sobre todo los que escandalicen! Dado lo que son los hombres, es inevitable que haya escándalos; pero desgraciado el hombre por quien viene el escándalo, dice la Sagrada Escritura. [1]

No pretendemos examinar aquí si es verdad lo que siempre se nos dice de que Satanás tan sólo es una sombría ilusión de los tiempos antiguos y que hoy no tiene poder en el mundo; pero, si es verdad, entonces ¡desgraciada época la nuestra! Pues llegará un día en que, no solamente serán nuestros jueces los paganos, sino que el mismo Satanás, cuya existencia hemos hecho innecesaria, será quien nos condene. Y, sin embargo, ¡cuán de desear sería que este siniestro poder invisible no existiese ya para nosotros! Quien de veras lo desee, evitará más fácilmente el ataque de los enemigos visibles, que la astucia de un poder inatacable. Por desgracia, no es cierto que ese peligro no exista ya para nosotros; tenemos que luchar contra un enemigo inaccesible á nuestros groseros sentidos, contra un enemigo que, extraño él mismo y hostil al bien, quiere por envidia hacernos igualmente enemigos del bien.

Tenemos siempre un consuelo, el de saber que no puede acercársenos mucho, á menos de emplear medios que obren sobre nuestros sentidos y nuestra imaginación. [2]

Por eso es verdad que podemos siempre paralizar al diablo el tendón de Aquiles, si cerramos los ojos y los oídos á la belleza obtenida por la mentira, al arte y á la civilización hipócritas. Difícilmente se abrirá camino el mal hasta nuestro corazón, si nuestra inteligencia quita á los sentidos la ilusión de que puede revestirse de belleza. Lo que es malo, nunca se llamará bello; como la verdad y la bondad, la belleza sólo se encuentra en Dios. Únicamente lo que es verdadero, lo que es bello, lo que es moral, puede ser eternamente bello, verdaderamente humano.

(1) Matth., XVIII, 7.
(2) Sto. Tomas, 1, q. 111, a. 2-4.

Apéndice

¿Es en realidad adorado el diablo?

1. Nadie niega la existencia del diablo.—Casi no es necesario probar la existencia de Satanás, porque nadie lo niega; verdad es que muchos se burlan de la creencia en un mal espíritu, pero con frecuencia son precisamente los mismos que más firmemente creen en él. Hablan de él demasiado para que demos valor á sus afirmaciones; deberían empezar por aprender á callar, y eso durante mucho tiempo, para que los creyésemos serios. Quien calla no se equivoca, dice el proverbio; pero el que habla, y especialmente si habla tanto como ellos, se hace traición á sí mismo.

Por otra parte, en esta cuestión, como en la de la existencia de Dios, las palabras y la conducta del que niega están en plena contradicción: en tanto que desempeña un papel estudiado, afirma solemnemente á la muchedumbre asombrada que no hay Dios; pero que de súbito le ataque dolor agudo en una muela cariada, y abriendo la boca más de lo que desearía, exclama involuntariamente en lamentable tono, llevando la mano á la mejilla: ¡Oh Dios mío!

Otro acaba de burlarse del pueblo estúpido que todavía cree en la existencia del diablo; aun no acabó de hablar, cuando sin querer, le pisan un callo, ó le anuncian que la renta amenaza bajar un veinticinco por ciento. Con el repentino susto no encuentra—y hablamos, no sólo de carreteros y matarifes, sino también de hombres instruídos, de un profesor de ética, por ejemplo—medio más apto para consolarse en aquellas circunstancias que el nombre del que hacía un segundo empezaba á negar. ¿En qué

debemos creer? ¿En la confesión simulada ó en la involuntaria, en las palabras ó en los hechos, en la negación ó en la retractación?

No se nos tome á mal si pretendemos que creen más ciegamente en Satanás precisamente los que le niegan. Tampoco el avestruz de largas patas y cabeza pequeña procede como si los beduinos fuesen en su seguimiento; es muy extraño que entonces oculte en la arena su cabeza. ¿Por qué obrar de ese modo si cree ser verdad lo que supone? No tememos, por lo tanto, cometer una injusticia al decir que aquellos burlones nos recuerdan esos corazones de liebre que silvan ó cantan fuerte cuando por la noche atraviesan un bosque ó pasan cerca de un cementerio. Siempre hablan los hombres de lo que más les preocupa, y dirigen sus más amargos insultos á lo que les es más sensible; por el contrario, jamás hemos encontrado, ni aun en las mayores bibliotecas, libros en que nadie se haya tomado el trabajo de probar la inocuidad de Cerbero ó que no existió Pedro el Desgreñado.

2. Las leyendas de los pueblos concernientes á un mal espíritu.—En todos los pueblos se halla la creencia en un espíritu que cayó en el pecado por su rebelión contra Dios, y se esfuerza ahora en hacer daño por odio y por envidia, en el jardín terrestre de Dios. El Rigveda conoce un demonio malo, fanfarrón y orgulloso que se llama Vritra; es, como dicen muy bien, un espíritu maligno, pero, no obstante, tiene gran poder. Su asalto dirigido contra el reino de la luz fué rechazado por Indra. Se le llama también el dragón, el primogénito de los dragones, el jefe de los fantasmas encantadores. (1) En Egipto consideraban á Apap, llamado también Apepi ó Apophis, la serpiente enroscada, como jefe de los poderes maléficos; son sus partidarios los espíritus hostiles, los hijos de la defección, quienes luchan contra los dioses de la luz. (2) En la leyenda asirio-babilónica, el dragón de la muerte, Tiamit, se rebela contra los poderes del cielo, atrae los hombres á su partido, pero es derribado por Marduk ó Merodach con sus compañeros. (1) Los persas nos hablan de Dahât, la terrible serpiente que Angromainyus creó en el mundo para arruinar cuanto sea puro, especialmente para perder á Yima, el señor del Paraíso, y para esparcir por el mundo las enfermedades y la muerte. (2) Esto se aproxima tanto á la narración de la Biblia, que no se puede pasar adelante sin hacer notar las variedades que se advierten en la leyenda; parecería como si tuviésemos que hacer una copia del relato de la Revelación.

(1) Muir, *Original Sanscrit*, V, 95 y sig. Ludwig, *Der Rigveda*, III, 336 y sig. Fischer, *Heidenth. und Offenb.*, 76-80.

(2) Maspéro, *Geschichte der morgenlænd. Wælker*, (deutsch von Pietschmann, 1877, 29). Cf. Fischer, *loc. cit.*, 315.

3. Las religiones dualistas y las sectas.—No podemos aquí investigar cómo se convirtió en dualismo esa creencia en un mal espíritu, ó en otros términos, cómo los hombres pudieron extraviarse hasta el punto de representar el mal al lado del bien, si no como igualmente eterno, á lo menos como tan poderoso, y de oponer al fin, el uno al otro, dos representantes de esos poderes enemigos, á saber: un Dios bueno y un dios malo. Basta saber que así era.

Podemos citar más ó menos todas las antiguas religiones paganas cuando se trata de dualismo. La misma mitología griega tiene muchas cosas referentes á esa doctrina; pues, en el fondo, Júpiter y su séquito de dioses envidiosos no son otra cosa que el dios malo victorioso, sólo que se adornó con las cualidades del dios de la luz vencido; pero la filosofía griega, (3) especialmente la de Platón, defiende resueltamente el dualismo. Entre las religiones europeas, la slava fué la que más acentuó la fe en un dios malo. Sin embargo, en nada le cede en este concepto la mitología germánica, como lo prueba la batahola de espíritus golpeadores y los fantasmas de la leyenda alemana. Aun

(1) Maspèro, *loc. cit.*, 140, 156. Fischer, *loc. cit.*, 188-191, 208-210, 212.

(2) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, I, 530 y sig. Windischmann, *Zoroastrische Studien*, 27-31. Fischer, *loc. cit.*, 136, 139.

(3) Platón, *Theætel.*, 25, p. 176, a; *Leg.*, 10, p. 906, a.

tiene más aplicación á las religiones asiáticas, siendo, entre ellas, la religión babilónica y la persa las que más deifican el mal. La secta de los Yesidi ó Jesd, que todavía hoy practica la adoración del diablo, [1] es indudablemente un resto de la antigua creencia popular de Babilonia.

De esa fuente proceden las sectas dualistas que en los primeros tiempos se unieron al Cristianismo, aunque ninguna relación tengan con él, sino algunos nombres de que abusaban; sólo el maniqueísmo redujo á sistema aquella siniestra doctrina. Parte del principio de que hubo desde la eternidad dos seres divinos, [2] ó más bien, dos naturalezas divinas [3] opuestas la una á la otra, igualmente poderosas y benéficas, [4] la luz y las tinieblas, el supremo bien y el supremo mal: de él recibieron el mismo error los priscilianistas, los paulicianos, los bogomilas, los cataros ó albigenses, todos los cuales hicieron lo posible para alimentar la creencia en un mal espíritu, creencia que sigue existiendo en numerosas formas, gracias á los recuerdos de antiguas leyendas paganas, profundamente arraigadas en el pueblo.

Las sectas de que hemos hablado debieron oir frecuentemente que su creencia en el diablo conducía, como es natural, á las doctrinas más abominables y á prácticas, que no lo eran menos; pero todavía hubo otras de las cuales se aseguraba eso de un modo tan constante y categórico, que es difícil tomarlo como pura invención. Nuestra época que, según hemos visto con frecuencia, tiene especial propensión á canonizar todos los monstruos de la historia, se ocupa también, como es natural, en estas sectas, favoreciéndolas todo lo posible; pero los testimonios son demasiado numerosos é irrefutables para que pueda prescindirse de ellos.

Ya Celso, testigo nada sospechoso de parcialidad, nos

(1) Ritter, *Erdkunde*, IX, 758-762. Spiegel, *loc. cit.*, II, 64 y sig. *Wetzer und Weltes Kirchenlexikon*, (1) XI, 1214 y sig.
(2) Agustín, *Mor. eccl. cathol.*, 1, 10, 16.
(3) Agustín, *loc. cit.*, 2, 3, 5; *De vera relig.*, 9, 16.
(4) Agustín, *Continent.*, 9, 22; *Don. persev.*, 11, 27.

habla de pretendidos cristianos que llaman al creador del mundo un dios maldito. [1] ¡Extraños cristianos por cierto! Realmente, eran adoradores de la serpiente, ophitas ó naasenios que se habían separado del Cristianismo, hasta el punto de no acoger entre ellos á quien no hubiese abjurado esta religión. [2] Tomaron aquel nombre en honor de la serpiente, que, según enseñaban, se había mostrado el mayor bienhechor de la humanidad, comunicándole la verdadera sabiduría y la verdadera ciencia. [3] Dios, decían blasfemando, Dios, que por envidia al hombre quería poner trabas á los progresos del espíritu, había perdido el derecho de ser adorado; pero la serpiente merecía verdaderamente homenajes divinos como autor de toda luz y de toda civilización. [4]

Marción va más lejos aún. El Dios del Antiguo Testamento, dice en términos que parecen tomados de los francmasones modernos ó de los antisemitas, Jehovah es el autor de todos los males; es un dios sanguinario, sediento de sangre humana; es el autor de las más salvajes guerras de religión, de los sacrificios humanos, de las copiosas matanzas. [5] Debemos á la serpiente cosas más numerosas y mejores; en tanto que Dios quería mantenernos en la ignorancia, ella nos abrió los tesoros de la verdadera ciencia; [6] por eso tiene derecho á nuestra veneración, y no solamente ella, sino todos sus adeptos, Caín, los sodomitas y otros grandes criminales; por el contrario, Abel, Noé, Henoch y otros patriarcas, que se sustrajeron á ese conocimiento, deben ser considerados como réprobos. [7]

Aquí están completamente invertidas la significación del bien y la del mal; como dice Dante hablando del in-

(1) Orígenes, *Contra Cels.*, 6, 28, 29.
(2) *Ib.*, 6, 28.
(3) *Ib.*, 6, 28. Tertullian., *Præscript.*, 47.
(4) Filostrio Brix., *Hær.*, 1, Nicetas, *Thesaur. orthod.*, 4, 9. Anastas. Sin., *Anagog. contempt in Hexæm.*, l. 10.
(5) Ireneo, 1, 27, 2.
(6) Teodoreto, *Hæret. fab.*, 1, 24. Nicetas, *Thesaur. orthod.*, 4, 14.
(7) *Ibid.*

fierno, el amor de Dios se convirtió en odio, el disgusto hacia el mal en respeto y en admiración.

Teodoreto relató un hecho que demuestra hasta qué punto se llevaba ese odio. Él mismo conocía á un viejo de noventa años que nunca se lavaba con agua, sino con saliva. Preguntado por qué hacía eso, respondió que, como no quería nada con el creador, evitaba él, su criatura, emplear el agua. Indudablemente se veía obligado á usarla como bebida, lo mismo que se servía de los alimentos; pero lo hacía de mala gana, y únicamente por la extrema necesidad, porque no podía vivir de otro modo. (1)

Los cainitas usaban un lenguaje aun más impío y blasfematorio; se cree oir en ellos á Byron, Daumer, Dühring y otros precursores del moderno antisemitismo. Abel y los demás justos de que habla la Escritura fueron espíritus limitados, hombres débiles, con los cuales no querían tener semejanza alguna; Caín, Esaú, los sodomitas, la banda de Coré, Judas, esos fueron los espíritus viriles, y ellos salvaron el honor de la humanidad; de su partido quieren ser, y por eso se alaban con orgullo de su parentesco y solidaridad con Caín, Esaú, los sodomitas y Judas. (2) Dios, según el Antiguo Testamento, dicen, es el miserable castigador que hizo la ley, esto es, los diez mandamientos, únicamente para impedir el verdadero progreso de la humanidad hacia la libertad y la independencia. Pero es demasiado débil para asegurar á su ley protección y respeto, y para vengar sus transgresiones; verdad es que persiguió á Esaú, á los sodomitas y á Caín, pero con poco resultado; la civilización y sabiduría de éstos bastaban para protegerlos contra su impotente cólera, pues hay que reconocer que el progreso estuvo siempre con los que se emanciparon de este Dios. Sólo una voluntad superior comprometió á los sodomitas y á la banda de Coré á romper las cadenas de la esclavitud y rebelarse, como en virtud de una ciencia más profunda fué entregado Cristo á

(1) Teodoreto, *loc. cit.*, 1, 24.
(2) Ireneo, 1, 31. Teodoreto, *loc. cit.*, 1, 15. Nicetas., *loc. cit.*, 4, 11.

la cruz por Judas, el único apóstol instruído. (1) No se puede negar que hay en éste algo de divino; su acción es un acto de emancipación, un verdadero beneficio para la humanidad. (2) Si alguien merece los honores de la adoración, es Judas. (3)

4. El culto del diablo en la Edad Media y en los tiempos modernos.—Con esa manera de ver, es inevitable, y hasta muy natural, que haya también actos que prueben de un modo evidente el parentesco con los sodomitas y la banda de Coré; por eso nada hay increíble en las narraciones de atrocidades cometidas por las sectas. Entre los paganos se mantuvo durante siglos la convicción de que hubo verdaderamente esas atrocidades, y por eso torturaron á millares de cristianos, queriendo imputarles las que ellos mismos cometían. Por más que negaban los inocentes, había demasiadas pruebas, y muy convincentes de que tales hechos se cometían en realidad, para que se adelantase algo con negar; pues los sectarios se hacían constantemente pasar por cristianos, bien que nada tuviesen de tales: así toda la vergüenza de sus acciones recaía en la misma religión cristiana. Esa fué también la principal razón por que no querían que se les quitase el nombre de cristianas, pues de este modo el odio que se les tenía recaía en el Cristianismo, y podían, con ese manto, entregarse con mayor seguridad á sus infamias.

Pero lo mismo que las doctrinas diabólicas de los gnósticos y de los maniqueos se mantuvieron hasta la Edad Media, y aún más adelante, así las prácticas diabólicas de las sectas citadas continuaron siempre en la oscuridad. No sólo intervino contra ellas la Iglesia, sino también el poder civil, pues tenían fama de entregarse á los vicios más abominables: eso dió por resultado que las sectas, ya en tiempo de Tertuliano, hicieran del misterio un arte y una ciencia, en relación evidente con los cultos y los mis-

(1) Tertullian., *Præscr.*, 47. Teodoreto, *loc. cit.*, 1, 15.
(2) Agusín, *Hær.*, 18.
(3) Juan Damasc., *Hær.*, 38.

terios esotéricos de la antigüedad, [1] convirtiéndose en asociaciones secretas en el sentido propio de la palabra.

Á principios de la Edad Media aumentaron mucho esas asociaciones, viniendo en parte de Oriente y en parte de los judíos por la España musulmana; á ellas debe atribuirse el que los errores de los albigenses se extendieran de un modo increíble en muy poco tiempo, pues estaban hábilmente organizadas, usando un lenguaje por signos y secretos especiales. Cuando en las terribles luchas entre la Iglesia y el Estado dejó el Cristianismo poco á poco de ser el poder dominante; cuando la más osada incredulidad pudo manifestarse públicamente en las cortes de Federico II y de Juan sin Tierra, ya no consideraron necesario permanecer tan completamente en la sombra; público era que toda la Europa meridional y occidental estaba llena de logias, ó como entonces se decía, de escuelas. Eran las ciudades universitarias los focos de aquellas sectas, pero nunca nos asombraremos bastante de que las hubiese también en pequeñas localidades apartadas de toda comunicación.

Esos servidores del diablo hallaron un terreno muy favorable á su doctrina y á sus procedimientos en la Orden de los Templarios, y no es posible ya dudar de la parte que en ellos tuvieron éstos. Recientemente, varios historiadores, en especial Kugler y Dœllinger se han ocupado en esa cuestión, y tuvo gran resonancia el que Hans Prutz, así como hasta el mismo Leopoldo Ranke, evidentemente obligados por la fuerza irresistible de los testimonios, los hayan considerado como gravemente culpables.

Pero conocemos todo el interés que nuestros sabios sienten por los criminales antiguos, y encontramos así más comprensible que ese rasgo característico aparezca de nuevo tan vivo en la cuestión presente. En modo alguno necesitamos dejarnos engañar con relatos y hechos dudosos; aun admitiendo que haya mucha exageración en lo que hombres sensatos nos dicen de sus horribles crímenes, [2] los

(1) Tertullian., *Adv. Valentin.*, 1.
(2) Tomas Walsingham (Mansi, *Coll. concil.*, XXV, 409, *b. c.*).

relatos y los juicios de la Iglesia inspiran plena confianza, vista la manera prudente y moderada de expresarse en este punto; [1] en todo caso, estamos autorizados para creer que el renegar de Cristo, los ultrajes á la cruz y ciertas prácticas que recuerdan mucho el genuino culto del diablo fueron ejecutadas con frecuencia por los Templarios, [2] lo cual no quiere, sin embargo, decir que la Orden, como tal, haya llegado hasta aquellas infamias. Por eso no dudamos en manera alguna que dijesen verdad los caballeros que, en presencia de la muerte, aseguraban con juramento la inocencia de su Orden, estando plenamente convencidos de ello; pues si los miembros de una sociedad secreta no saben, en su mayoría, lo que se propone su asociación, ni lo que practica, ¿con cuánta más razón procederían de buena fe los que en la Orden del Temple se habían mantenido alejados de toda alianza secreta criminal?

Estrecha relación con este asunto tiene la historia de los Stadingos; los crímenes que se les imputan son, por su naturaleza, iguales á los que se atribuyen á los Templarios; son un verdadero culto del diablo, aunque más grosero [3] que el practicado por los distinguidos miembros, algunos distinguidísimos, de aquella Orden. Sin embargo, quien sepa ver el fondo de las cosas sin pararse en apariencias, reconocerá que nada nuevo hay en esto.

Por otra parte, debe tenerse presente una observanción de gran importancia cuando se juzga este asunto y otros semejantes; claro es que en la Edad Media, ó al principiar los tiempos modernos, el pueblo no empezaba por estudiar en San Ireneo ó en San Epifanio los vergonzosos procedimientos de las antiguas sectas, cuando hablaba de crímenes cometidos por los Templarios, por los Stadingos y en los conciliábulos de la brujería. Con la misma certidum-

(1) Clemente V, *Ad providam* (Mansi, XXV, 389, c.).
(2) Clemente V, *Ad Ppilipp. reg. Franc.* (Mansi, XXV, 371, b.); *Conc. Londin.*, 1311 (Mansi, XXV, 425, d. 428, a. 431, c.); *Conc. Eborac.*, 1311 (Mansi, XXV, 447, a.).
(3) Gregor. IX, *Epist. ad Henricum imperat. Frider. Fil.* (Mansi, XXIII, 324, b. c.). Raynald., 1233. 43.

bre se puede admitir que quienes nos informan de lo que pasa en el santuario más íntimo de las modernas asociaciones secretas no han estudiado sus rasgos característicos en las narraciones de los Padres, que ni siquiera conocen: si, no obstante eso, concuerdan perfectamente entre sí sus descripciones; si manifestaciones que, procediendo de aquellas sectas, llegan á hacerse públicas concuerdan á la letra con los principios de los antiguos gnósticos, como en seguida notaremos en varios autores modernos; resultan desde luego como absolutamente lógicas dos conclusiones. La primera es que debemos dar á esos relatos más crédito que el que ordinariamente les damos; y la segunda, que todas esas asociaciones secretas de la Edad Media y de los tiempos modernos se unen á la antigüedad por el lazo de una propaganda nunca interrumpida.

Al hablar así, no nos comprometemos á probar todos los detalles que la voz popular atribuye á las asociaciones secretas; pero que procure quien quiera relegarlos al dominio de la fábula: quítese á las formas externas lo que se pueda quitar, atribúyase á la fantasía lo que se juzgue prudente; eso no impedirá que haya un pacto intencional con el diablo. No vemos por qué se muestra tanto asombro y tanta aversión á esta doctrina. Lo que es cierto tratándose de herejes y de gentes instruídas ¿acaso no será posible á hombres y mujeres del vulgo? ¿ó es que el pacto con el diablo debe ser privilegio exclusivo de ciertas clases distinguidas? ¿se cree tal vez que Satanás da tal importancia á las tonterías y á todo ese fárrago complicado de que hablan los Rosa Cruz, las logias, Cagliostro, Casanova, los espiritistas y los hipnotizadores modernos, hasta el punto de que esas ceremonias estúpidas sean absolutamente necesarias para ponerse en relación con él?

Pero dejamos á los que sienten vocación para ello el cuidado de negar que las fantasmagorías supersticiosas sean un genuino culto del diablo; admitimos, sin duda alguna, que en el pueblo ordinario, crédulo, la verdadera adoración del diablo está menos esparcida que en las clases donde se

ha extinguido la fe; pero hay un culto del diablo. Centenares de inocentes fueron quemados como brujos, y los verdaderos brujos evitaron la mayor parte de las veces el castigo, como suele ocurrir con los grandes ladrones, los asesinos del pueblo y los seductores de profesión. Si se pretendía coger á los verdaderos servidores de Satanás, se debería haber ido á otra parte que á las bohardillas de los pobres.

Hay que buscar el más refinado culto del diablo allí donde haya llegado á su más alto grado una civilización falsa y sin fe; se había puesto de moda en la corte de Enrique III de Valois, como en la de Napoleón III y en casi todas las cortes alemanas de los siglos XVII y XVIII. La escogida legión de nobles corrompidos que se habían agrupado al rededor de Felipe de Orleáns, el infortunado regente; aquella asociación de compañeros de armas, de perdidos, envenenadores y ultrajadores de la fe, en que nadie podía ingresar sin que un jurado le concediese el título honorífico de taimado y de pillo, es decir, de que merecía la horca; en una palabra, la frívola sociedad del siglo XVIII no se tomaba la molestia, en su arrogancia, de ocultar las garras del diablo. Por la misma época, en Inglaterra, los ricos incrédulos encontraron un medio de dominar el esplín que los consumía á fuerza de permanecer en sus lechos de pereza llenos de oro; constituyeron una liga, cuyo único objeto era inventar nuevas voluptuosidades, satirizar la fe, y parodiar el culto divino con prácticas diabólicas, liga que fué llamada el *Club del fuego infernal*.

De esas clases salió la francmasonería en su nueva organización; si ésta, en su forma ordinaria exotérica rechaza la intervención diabólica, la necesidad que de ella experimenta halla satisfacción en sus centros especiales esotéricos reservados; y donde eso no es posible, las gentes entendidas encuentran siempre medios de procurarse aquel goce. Así es como, en nuestro siglo, si bien hemos oído decir últimamente que se había producido un

cambio, existía un club infernal en toda regla en el corazón mismo de Alemania, en Ratisbona. La sala de juntas representaba un infierno ricamente provisto de diablos; en traje de tales se presentaban los socios, y hasta las monedas que entre ellos usaban tenían la efigie del diablo. Y no creían prostituir su dignidad cooperando á esa broma infernal, príncipes, generales, presidentes, burgomaestres y empleados públicos; en otros puntos se procedía de distinto modo, pero la cosa era la misma.

5. La francmasonería.—Acabamos de mencionar la francmasonería; es un asunto peligroso. No hablar de ella es más fácil que decir la verdad respecto de esta asociación en términos comedidos. Muchos hay que no creen nunca lamentar bastante la existencia de sectas secretas; de oirlos, todo el mal tan sólo procede de esta fuente: eso es muy cómodo, y razonando así, se pueden cruzar tranquilamente de brazos y consolarse con la idea de que es inútil hacer nada contra aquel poder. Por otro lado, hállase también mucha gente que cree exceder algo en talla á la gente vulgar al satisfacerse con iniciar una sonrisa cuando recae la conversación en aquel asunto; son las avestruces que no ven en la francmasonería otra cosa que una reunión en que se bebe bien, se come bien, y se oyen enojosas disertaciones acerca de la humanidad, la virtud y la filosofía. Como siempre, la verdad no es ninguna de esas opiniones. Los francmasones no son los príncipes de este mundo; no se despoja Satanás de esa dignidad; pero son un elemento que debe tener en cuenta quien se interese por el mundo y por su época. No tendrían la influencia que tienen, si no hubiese en el mundo tanto mal; pero tampoco el mal tendría tanta fuerza si no encontrase en ellos un aliado, importante por el número y la hábil organización.

Las opiniones acerca de los fines propiamente dichos de la francmasonería difieren tanto como las concernientes á su influencia. Millares de francmasones afirman ser la gente más inofensiva del mundo, que son perseguidos de muerte por las acusaciones injustas de una muchedumbre fanática y corta de alcances, como el lobo decía del perverso cordero. Lejos de nosotros la idea de hacerlos pasar á todos por hipócritas y embusteros; verdad es que el más ignorante de ellos no puede jamás serlo de buena fe; porque si todo es virtud angélica en la secta ¿á qué entonces el juramento de guardar secreto? ¿Sería tal vez únicamente por humildad y modestia? Sin embargo, la mayor parte de esas gentes no saben nada; lo que ven y lo que oyen no es más que palabrería hueca, enojosa, indigna de hombres; tonterías de niños. Por eso muchos se consideran inocentes, como sucedió á la mayor parte de los Templarios, que confesaban cuanto se les exigía, y morían en seguida jurando no haber palabra de verdad en los crímenes que se les imputaban, y que, sin embargo, no eran desgraciadamente por eso menos verdaderos.

Es por lo tanto incontestable que la francmasonería tiene malos fines; pero éstos no pueden ser suficientemente probados de manera tal que impidan calificarlos de puras invenciones á aquellos que los conocen. Por otra parte, aquí nos ocupamos tan sólo en la cuestión de si en las reuniones de los iniciados se celebra de hecho el culto de Satanás, ó no. Hay quienes lo afirman del modo más categórico. El gran arquitecto del universo, el dios de la francmasonería, dicen, (1) no es otro que Satanás: según sus explicaciones, Adonai, el Dios de la Sagrada Escritura, es el mismo que Ahrimán entre los persas, Typhon entre los egipcios, el dios del mal, (2) el mismo que inventó los sacrificios humanos de Moloch. (3) Por el contrario, Lucifer es como Ormuzd y Osiris, el verdadero dios del bien, (4) el que arroja las tinieblas. (5) Sus emblemas son el

(1) Taxil, *Le culte du grand Architecte*, 118.
(2) Taxil, *Les frères trois-points*, II, 246.
(3) *Ibid.*, II, 243.
(4) *Ibid.*, II, 246.
(5) *Ibid.*, II. 237; *Les sœurs maçonnes*, 324.

triángulo, (1) el sol, (2) la serpiente, (3) ese ser benéfico digno de veneración; (4) de él procede toda felicidad, (5) dispone de las fuerzas y de los tesoros que yacen en el seno de la tierra. (6) A él le debemos el grato pecado, (7) y toda luz. (8) Él, que fué perseguido siempre, (9) pero jamás vencido, debe ser libertado por sus partidarios. (10) A él se le debe el supremo reino, (11) que sólo mediante la lucha puede obtener. Porque Adonai continua siempre persiguiéndole con sus servidores; (12) contra éstos, pues, debe hacerse la guerra, y para ésta todos los medios son buenos. (13) Para expresar bien esto, el caballero Kadosch levanta en el festín un puñal contra el cielo, (14) y jura vengarse de él. (15) Para burlarse de Dios, los Rosa Cruz ejecutan una sacrílega parodia de la Cena, (16) y los hermanos disfrazan de abominable manera el salmo *Miserere* y el himno *Veni Creator Spiritus*. (17) En resumen; si todo esto es verdad, existe para los iniciados un culto diabólico tan completo, que no debe asombrarnos el ver que reaparece la antigua afirmación de los gnósticos, de que Caín, Cam y los que erigieron la torre de Babel son los verdaderos representantes y los verdaderos libertadores de la humanidad, (18) y que el infierno mismo está representado en la llamada cámara infernal. (19)

6. El diablo en la literatura moderna.—Nos guar-

(1) Taxil, *Frères*, II, 255.
(2) *Ibid.*, *Architecte*, 138.
(3) *Ibid.*, *Frères*, II, 245.—(4) *Ibid.*, *Sœurs*, 315.
(5) *Ibid.*, *Architecte*, 270.
(6) *Ibid.*, *Sœurs*, 328.
(7) *Ibid.*, 264.
(8) *Ibid.*, *Sœurs*, 324; *Frères*, II, 237.
(9) *Ibid.*, *Architecte*, 270.
(10) *Ibid.*, 115.
(11) *Ibid.*, *Sœurs*, 330.
(12) *Ibid.*, *Frères*, II, 225 y sig.
(13) *Maçonnerie pratique* (Rosen), II, 240.
(14) Taxil, *Architecte*, 138 y sig.
(15) *Ibid.*, *Frères*, II, 255; *Maçonnerie pratique*, I, 341 y sig.
(16) *Ibid.*, *Architecte*, 115.
(17) *Ibid.*, *Sœurs*, 172, 318.
(18) *Ibid.*, *Frères*, II, 240.
(19) *Ibid.*, *Frères*, II, 201. Rosen, *Satan et compagnie*, (2) 131.

daremos bien de garantizar la exactitud irrefutable de estas afirmaciones y de otras semejantes: dejamos á los que las hacen el cuidado de suministrar las pruebas. Pero proponemos las siguientes preguntas: ¿Cómo los escritores que dan tales noticias llegaron á atribuir á las sectas modernas exactamente las mismas afirmaciones y los mismos procedimientos que los que la historia cuenta de las sectas secretas de la antigüedad y de la Edad Media, cuando ellos ni idea tenían siquiera de las narraciones hechas por los antiguos acerca de las atrocidades cometidas por sus contemporáneos? Y luego ¿qué conocedor de la moderna literatura no ve en lo que acabamos de decir algo de lo que frecuentemente encontró, y al pie de la letra, en obras accesibles á todos?

Si procediésemos con más método en nuestras lecturas, nos convenceríamos infaliblemente de que debe existir cierto lazo entre pensamientos que encontramos ser siempre los mismos; pero cuando las locuciones se repiten demasiado á menudo nos hacen una impresión desagradable. ¡Bien! decimos, aquí está uno que dice lo mismo; y seguimos tranquilamente la lectura sin tomarnos el trabajo de reflexionar. Pero ¿creemos realmente que las llamadas ideas modernas flotan al azar y ciegamente en el mundo, como los átomos de los epicúreos en el universo vacío, hasta que por fin se juntan las unas á las otras, acá en forma de estrella fija, allá en forma de cocodrilo? ¿No sería más prudente admitir que si los pensamientos giran siempre en la misma dirección como las estrellas fugaces en la noche de San Lorenzo, debe el hecho atribuirse á una causa general?

Pero, siendo así, muy bien podemos creer que detrás de la adoración del diablo, pública ó encubierta, de que nos da suficientes pruebas la moderna literatura, debe existir una causa que tiene alguna analogía con las sectas y los pactos que hace poco hemos examinado. Nada más diremos. En semejante materia vale siempre más decir demasiado poco que demasiado: los hechos, el odio ciego

contra la verdad, la deificación de las mentiras y del vicio, de tal modo hablan en favor de esto, que serían inútiles más explicaciones. La negación de la verdad, la lucha contra cuanto enseña y prescribe el Cristianismo, tan seriamente entablada está por la civilización moderna, que perfectamente puede verse que no vacilaría en declarar la guerra á Dios mismo, á destronarle y sustituirle con Satanás, si tuviese la certeza de que solo así podría triunfar el llamado espíritu moderno.

Muy frecuentemente, en efecto, para los corifeos de nuestra literatura no se trata ya de preguntar seriamente dónde se halla la verdad y de obedecerla sin reserva donde quiera que se halle. Todo antes que eso. Quien se ha prestado una vez á ser instrumento de lo que se llama ideas modernas ó liberales, y quien, lo que muy á menudo es idéntico, prestó el terrible juramento del caballero Kadosch de aceptar todas las leyes y todas las prescripciones de la secta, de hacer su credo del credo sectario, [1] tampoco teme llamar tinieblas á la luz, y luz á las tinieblas, lo que es bueno, malo, y lo que es malo, bueno; en una palabra, de invertir los términos, de poner á Dios en lugar de Satanás, y á éste en lugar de Dios.

De ahí procede el fenómeno, que no comprendemos hoy mejor que en los tiempos de Babel. Lo que constituye nuestra gran gloria, domeñar la concupiscencia y quebrantar nuestra obstinación insensata, es considerada por ellos como esclavitud intolerable; en lo que buscan la verdadera gloria del hombre, que según ellos consiste en rechazar todo yugo, en rebelarse contra Dios y la conciencia, en sublimar el propio yo para hacer de él un Dios independiente, nosotros vemos un crimen, ante cuya sola posibilidad nos espantamos; en una palabra, es como si hubiese un choque entre sociedades sujetas á leyes intelectuales de todo punto diferentes, á una regla moral y á un orden de vida completamente opuestos, y á divinidades contrarias.

(1) *Maçonnerie pratique* (Rosen), I, 358.

En efecto, se formaron dos reinos, entre los cuales no es posible un armisticio, ni mucho menos la paz; y el abismo que los separa, de tal modo aumenta cada día, que es de temer no junte jamás puente alguno sus extremos. Nadie podría expresar esto con más claridad que lo hizo Gœthe: «Basta ya de esa historia del buen Jesús, escribe á Mme. de Stein; ahora Hans Gaspard—se refiere á su amigo de otro tiempo, Lavater—teje á su Cristo una túnica de que hace depender el nacimiento, la muerte, la salud y la felicidad de todos los hombres. Esto desagrada y me parece verdaderamente intolerable. ¡Perdón! Pero siempre que renueva ese ataque contra nuestro reino, es necesario reservarnos á lo menos el derecho de protestar». [1] Hemos citado ya en otra parte esas palabras, pero tuvimos que hacerlo de nuevo, pues difícil sería encontrar un pasaje donde se halle tan claramente expresado el pensamiento de que realmente se trata en la civilización moderna de fundar un reino hostil á Dios y al Cristianismo.

Pero hemos llegado al punto, y Gœthe debe saberlo, de que el mundo considera como un ataque contra su reino el solo recuerdo de Cristo, y la creencia en un solo Dios vivo; por consiguiente, el reino del mundo está influído por opiniones, bajo el poder de leyes, sometido á una soberanía de todo punto incompatibles con la influencia, el poder y la soberanía de Dios.

Para comprender la verdad de estas palabras basta considerar la realidad. ¿Es posible reconocer á Dios el puesto que debe ocupar cuando se piensa y se habla como frecuentemente piensan nuestros escritores y enseñan al pueblo á pensar? Daumer, hombre de tan excelentes aptitudes, aunque rectificó más tarde, perdió sus mejores años y sus fuerzas en escribir una serie de obras destinadas á sustituir con una religión nueva el Cristianismo, que, según él, había acabado. Con ese fin, resucitó cuanto habían dicho los antiguos adoradores de la serpiente.

El Dios de la Biblia es para él un monstruo sanguina-

(1) Baumgartner, *Gœthe*, (2) I, 519.

rio, un Moloch, que sólo se deja aplacar con sacrificios humanos; y como una religión que cree en ese Dios nunca podrá conducir á la verdadera civilización y á la verdadera moral, es necesario arrancarla de los corazones y sustituirla con una nueva religión universal. Ghillany usó un lenguaje parecido. Lo mejor que había en ello era que esos hombres consignaban su doctrina en obras solamente accesibles á un pequeño número de lectores.

Pero otros, judíos reformistas, antisemitas, socialistas, se dirigen á la muchedumbre, imbuyéndola en ideas que destruyen toda fe en Dios y todo respeto á lo que es santo. Hemos dicho ya que, según la enseñanza secreta que debe ser observada en las logias, el llamado arquitecto del universo no es más que el demiurgo de los antiguos gnósticos, el creador, es decir, Satanás. Es verdaderamente espantoso que hombres civilizados lleguen á adorar con ese nombre al diablo en persona, pero más espantoso todavía es ver que se trate abiertamente de propagar esa aberración entre quienes buscan la literatura con la esperanza de adquirir una cultura moderna.

Immermann, por ejemplo, lo hace al pie de la letra cuando recomienda á todos los hombres instruídos la adoración del diablo en términos dignos de los gnósticos. Merlín invoca á Satanás con desvergonzada audacia, y cuando aquél aparece, le saluda con esta blasfemia: «Dios de la primavera, tú vienes trayendo en tus hombros ruiseñores; traes el florido ramo de la nueva felicidad, y brilla el suntuoso banquete del rico otoño. Yo te saludo, bello príncipe del mundo, en quien se advierten la sublimidad y la gracia». (1)

Satanás le declara entonces que él se revela siempre así á los hombres instruídos: solamente el grosero vulgo no le conoce y se lo representa como de horrible figura. Y entonces Merlín responde: «¿Á qué inquietarte de lo que piensen los necios? Tú eres el demiurgo creador; nosotros los sabios te reconocemos y pronunciamos tu nombre con respeto». (2)

(1) Immermann, *Merlin* (Reclam), 44.—(2) *Ibid.*, 46.

Lenau va más lejos aún. En su *Faust* enseña cómo se puede llegar, primero á la defección respecto á Dios, después á la subordinación á Satanás, y por fin, al más fuerte odio contra Dios. Mefistófeles empieza su lección con estas palabras; «Me agradas, buen hombre, y por eso quiero decirte una palabra de consuelo; tu creador es tu enemigo; confiésalo. ¿Quieres ver si lo es? Comienza por atacarle. Demasiado modesto para preguntar, el que cree, obedece; como una dócil ternera, pasta en el trozo de pradera que le destinan. Jamás crecerá la verdad ante él. El eterno déspota dió á los hombres enigmáticos mandamientos. Esa ley no está grabada legible y claramente más que en el corazón del criminal que la ha desobedecido». (1)

De modo que la cultura moderna proclama como medio para llegar á la sabiduría y á la civilización, siguiendo el ejemplo del gnosticismo, el pecado y la rebelión contra Dios. El tentador halaga una vez más la arrogancia del hombre, y refiriéndose á la Sagrada Escritura, dice: «¡Oh amigo! triste estarás hasta la muerte, porque fuiste bastante tonto para amar, como te prescriben estas páginas, á ese monstruoso déspota primitivo». (2)

Esto produce su efecto. Fausto se aparta de Dios y escoge por señor á Satanás, exclamando con júbilo: «Me dí al diablo y le amo. ¡Viva el diablo!» (3)

Pero aun no basta eso. No es posible complacer á este nuevo dios sin abjurar del antiguo, convirtiendo en odio el antiguo amor y blasfemando del verdadero Dios, de tal modo, que toda reconciliación parezca imposible. Por eso en su criminal orgullo, levanta Fausto la mano contra las nubes que le amenazan, y dirige á la tempestad estas palabras: «Hagas lo que quieras con tu lóbrega tempestad, señor del mundo, yo desafiaré tu poder. Mi cuerpo está aquí al borde del precipicio, pero la tempestad suscita en

(1) Lenau, *Faust* (S. W. edit. Barthel, 375 y sig.).
(2) *Ibid.*, 381.
(3) *Ibid.*, 424.

mi espíritu la fuerza primitiva, que es eterna como tú, igual á ti, y maldigo mi condición de criatura». [1]

Considerados desde este punto de vista, la predilección por el diablo y el culto del diablo que se halla en la literatura moderna adquieren más seria importancia, que la de una simple perversión del gusto, y nos vemos tentados á creer en un pacto diabólico internacional. En Francia figura en primera fila Soulié, que escribió tres obras tituladas: *Sathaniel*, *Las Memorias del diablo*, *El hijo de Satanás*. La literatura alemana tiene su diablo en los *Viajes de Weckherlin*, las *Memorias de Satanás* de Hauff y el *Elixir del diablo* de Amadeo Hoffmann; Flandes tiene su *Lucifer* de Manuel Hiel; Italia su *Satanás* de Prati y otros de que hablaremos después. En Inglaterra escribió Croley su *Himno á Satanás*, Aird el *Sueño de Satanás*, Southey, de concierto con Coleridge, escribió los *Pensamientos del diablo*. Una de las historias del diablo más groseras y desagradables, que sería perfectamente digna del siglo XVIII, nos la suministra la literatura rusa en *El demonio* de Lermontow.

Verdad es que las obras citadas y muchas otras semejantes no son tan escandalosas como podría creerse por su título, pero el haberle escogido da ya mucho que pensar; deben los autores estar seguros de llamar la atención con él y ejercer considerable atracción en el público; pero algunos no vacilan en proclamar el culto del diablo en toda su crudeza. El *Breviario del pesimismo* refresca en todas sus formas las antiguas doctrinas que ya conocemos acerca del demiurgo, el príncipe del mundo y el dios malo del antiguo Testamento. [2] Predica el antisemitismo únicamente porque es intolerable el dios judío [3] y recomienda la moral de los arias, especialmente de los griegos, porque ve en ella la oposición más completa á la religión inseparable del sombrío yugo de Jehovah. [4] Pero como debe

(1) Lenau, *Ibid.*, 442.
(2) *Pessimistenbrevier*, (2) 368.
(3) *Ibid.*, 257.
(4) *Ibid.*, (2) 324.

admitir él mismo que no es fácil emanciparse de la soberanía de Dios, llega en su cólera á proferir blasfemias que no se pueden referir. [1] No sabe más que maldecir á Dios y llamarle un espíritu malicioso, negro en su cuerpo y en su alma. [2] Arihmán tiene el predominio en la vida y lo conservará; [3] el mundo es regido por especial providencia de un diablo soberano que cuida de relevar los centinelas, tan pronto como se muestra demasiado débil uno de sus espíritus malos. [4]

Aquí no hay duda de que se tomó en serio la tentativa de destronar á Dios y de hacer del diablo un dios en cuanto es posible. Ahora comprendemos las palabras de Lenau: «Las obras del diablo acaban por convertirse en culto de Dios». [5] Comprendemos que debe tomarse al pie de la letra lo que dice, enagenado de júbilo, el Fausto de Grabbe después de haberse entregado á Satanás: «Me conviene el infierno, y con él tomaré el cielo por asalto». [6]

Palabras terribles, pero que sin vacilar pueden tomarse como consigna de los representantes conscientes del llamado espíritu moderno; los otros no son más que unidades. Los representantes del Humanismo, que saben bien el fin que persiguen, no se proponen menos que renovar el ataque de los Titanes contra el cielo, y á este fin no temen hacer un pacto con el diablo. Uno de los más brillantes poetas de la España moderna, Espronceda, compuso un poema: *El estudiante de Salamanca*, que, según dicen, se hizo muy popular entre sus compatriotas. Su objeto es mostrar á su patria cómo puede emanciparse de Dios y de la fe que hasta ahora profesó. Un joven libertino encuentra á cierta mujer en quien, aunque cubierta con blanco velo, cree entrever facciones seductoras; la sigue, y llegan á una escalera, por la cual descienden, pero que parecía

(1) *Pessimistenbrevier*, 353.
(2) *Ibid.*, 207.
(3) *Ibid.*, 418.
(4) *Ibid.*, 345.
(5) Lenau, *Albigenser*, 619.
(6) Grabbe, *Don Juan und Faust*, 2, 1.

interminable; sin embargo, no se amedrenta. Por fin llegan al término, y están en el infierno. Tampoco le espanta eso. ¿Qué le importa el infierno si puede satisfacer su pasión? Arranca á la mujer el velo que la cubre: no es más que un cadáver horrible. Poco importa: ¿qué es un cadáver? ¿qué es el infierno? ¿que es el diablo? dice. Llegaré hasta el fin: es lo que deseo, aunque tenga que comprometerme á permanecer aquí. Y así sucede: se casa con el cadáver con gran júbilo del infierno. (1)

¡Qué horrible y diabólica atrocidad! Pero es la propia del Humanismo lógico, decidido, del anticristianismo antiguo y del moderno. Byron proclamó ya el mismo evangelio en su *Caín* y en su *Manfredo*. Su amigo Shelley que compartía sus sentimientos, predicó en su juventud el ateísmo como la única religión digna del hombre instruído actual; y al hablar así no se propone la negación de Dios, sino tan sólo la impiedad y el odio á Dios. Cree en Dios, y por eso precisamente le detesta, y le odia tanto precisamente porque no puede dejar de creer en él: por eso mismo adora á Satanás, y aun pone más alto á Prometeo, ese carácter más poético que Satanás mismo, dice, porque el valor y la lucha paciente y forzada del hombre débil contra la divinidad omnipotente merecen toda nuestra admiración. (2) Porque el ideal de Shelley, (3) es «desafiar al soberano ante quien todo se inclina; no vacilar, no arrepentirse, no ceder».

Admira toda la historia del mundo como «la lucha larga, pero indecisa», (4) entre poderes iguales en fuerza y en astucia, entre el águila y la serpiente, es decir, entre Dios y Satanás, dos genios gemelos que tienen los mismos derechos. (5)

Pero pronto se decidiría el éxito de la lucha si la humanidad quisiera acordarse de su fuerza y de su deber, pues

(1) Dohm, *Spanische Nationalliteratur*, 582.
(2) Shelley, *Prometheus* (Seybt) *Einleitung*.
(3) *Ibid.*, 92.
(4) Shelley, *Emporung des Islam*, 1, 14.
(5) *Ibid.*, 1, 25.

habría de reconocer que hizo mal desconociendo el espíritu del bien, y haciendo de él una odiosa serpiente. (1) Para eso debería dejar á la serpiente herida y ensangrentada reposar, cuidarla, ponerla á su protector abrigo para que se restableciera y adquiriese nuevas fuerzas para triunfar. (2)

¡Y nos burlamos de las antiguas historias de diablos y brujos! Pero ¿en qué difiere el espíritu moderno del antiguo, de ese espíritu que Marlowe nos describe como existente en tiempo de los brujos? Mefistófeles dice: «Escuchamos cuando alguien blasfema de Dios, abjura de la Escritura y de Cristo su Salvador. Volamos para apoderarnos de su corazón orgulloso. Sólo pueden decidirnos á obrar los casos en que se trata de la salvación de una alma; por eso el mejor medio de conjurarnos es rechazar toda divinidad, y suplicar al señor del reino infernal».

Y el antiguo Fausto responde: «Desde hace mucho seguí esta doctrina y no conozco más señor que Belcebú, á quien me consagro con toda mi alma. No me aterra la palabra condenación. Infierno y Eliseo son lo mismo para mí». (3)

La única diferencia entre antes y ahora es que los antiguos adoradores del diablo y los brujos eran relativamente serios y moderados en comparación de los modernos: ciertamente no alcanzaron los tiempos pasados la desvergüenza y frivolidad con que Béranger describe en su excursion al infierno sus sentimientos acerca del mismo y del diablo. No es posible reproducir aquí toda esa poesía criminal; lo siguiente bastará: «Los que teméis á Lucifer bajo la fe de vuestra niñera, acercaos y os daré noticias del infierno. Allí no hay calderas ni llamas; y por graves que sus faltas sean, nuestras pobres almas recobran algún cuerpo en los infiernos. ¡Ah! nada hay menos espantoso que el aspecto del demonio; su majestad comía entre Epicuro y Ninon». (4)

(1) Shelley, 1, 27, 28.—(2) *Ibid.*, 1, 20, 22.
(3) Marlowe, *Doctor Faustus*, 1, 4
(4) Béranger, *Chansons* (Bruxelles, 1832), I, 66 y sig.

Aún más repugnantes son las letanías satánicas de Baudelaire, seguramente compuestas, como la canción de Béranger que acabamos de citar, para ser cantadas en una fiesta de logias. Teófilo Gautier procura excusar como broma inofensiva esta blasfemia: «¡Oh tú, el más sabio y el más bello de los ángeles, dios traicionado por la suerte y privado de alabanzas; oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria».

«¡Oh príncipe del destierro, á quien tanto daño se hizo, y que vencido resurges más fuerte, oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria!»

«Tú, que lo sabes todo, gran rey de las cosas subterráneas, médico familiar de las angustias humanas, oh Satanás, ten piedad de mi larga miseria!» (1)

Aquí el primer paso, la bajada al infierno, el pacto con el diablo, se verifican de modo tal, que jamás fueron excedidos en un conciliábulo de brujos.

Veamos ahora el segundo paso, el asalto del cielo. Proudhon, que alcanzó las más altas jerarquías masónicas, le dió de una manera, como el mismo Satanás nunca se hubiera atrevido á hacer. «Espíritu mentiroso, dice á Dios, miserable Dios, tu reinado acabó. Busca entre los animales otras víctimas. Padre eterno, Adonaï, Jehovah, hemos aprendido por fin á conocerte, y sabemos ahora lo que eres, lo que has sido, lo que eternamente serás; tienes envidia al hombre y eres su tirano. Los insensatos te piden perdón por las faltas que han cometido, y eres tú quien las hizo necesarias. Tú eres el maldito, tú nos tiendes lazos, tú eres el Satanás verdadero. (2) Si alguien merece el infierno, es Dios, (3) cuyo nombre significa tontería y abyección, hipocresía y mentira, tiranía y miseria; Dios es el mal». (4)

Como se ve, nada tienen que echarse en cara los pueblos cuando se trata de saber cuál de ellos puede hablar

(1) Baudelaire, *Fleurs du mal*, 2.ª ed. (*Œuvres*, 1869, I, 332 y sig.
(2) Proudhon, *Système des contradictions économiques* (1846), I, 415 y siguientes.
(3) Proudhon, *loc. cit.*, I, 412.
(4) Id., *loc. cit.*, I, 416.

con más insolencia contra su Señor y su Dios; pero en ese triste pugilato son los italianos sin duda quienes merecen el premio. Han buscado y excedido á todo en las blasfemias contra Dios; entre ellos encontró Satanás sus adoradores más francos, más audaces, más numerosos, de tal suerte, que una inglesa, Mary Hargrave, pudo decir que, si la nueva Italia tenía que escoger un nuevo patrono, haría muy bien eligiendo á Satanás á quien con tanta solemnidad celebra. (1)

Carducci se hizo jefe de esos adoradores del diablo; debe su fama al célebre himno á Satanás. No hay duda en que tiene gran poesía en su género, y eso explica la indescriptible admiración de que fué objeto; pero nunca hasta entonces se había visto tal rabia contra la fe, temeridad semejante en la glorificación del mal. «Como el fulgor del relámpago y el rugido de la tempestad, pasa, oh pueblos, Satanás el Grande. Se le vé, distribuyendo beneficios, elevarse en los aires victorioso en un carro de fuego. Salud á ti, Satanás, señor de la vindicación y de la rebeldía del espíritu. Permítenos ofrecerte sacrificios de adoración, porque tú venciste al Dios de los sacerdotes». (2)

El mismo Carducci no tuvo de pronto valor para publicar estas horribles palabras, y dice que todos los periódicos republicanos y francmasones se apoderaron de ese himno con entusiasmo irresistible. En un momento se convirtió en el hombre más celebrado de Italia; puesto en evidencia por las turbas, se atrevió á exclamar públicamente: ¡Abajo Dios, no le queremos! Se hizo el aplauso más fuerte y general cada vez; cuando el Concilio Vaticano se reunió el día 8 de Diciembre de 1869, los periódicos francmasones no encontraron mejor medio para perjudicar á esa manifestación de la fe cristiana, que reimprimir el himno, como evidente prueba de que había dicho la verdad, cuando, en nombre de su época, de la sociedad, de la ci-

(1) Franck Leslie's, *Monthly*, *Oct.*, 1893. *Review of Reviews*, III, 399.
(2) Carducci, *Satana*, (14) 41.

vilización, cuyo jefe había llegado á ser, añadió estas palabras terribles: «Somos satánicos». [1]

El considerable número de imitadores que encontró demuestra cuán cierto es eso; si no tuvieron su espíritu y su fuerza, á lo menos le igualaron en su odio contra Dios. Rapisardi es quien más se le aproxima; su *Lucifer*, obra prolija é indigesta, evidentemente ocupa el primer lugar entre cuanto el espíritu de blasfemia contra Dios ha producido. Introduce al mismo Satanás, que habla de este modo: «Yo soy más de lo que á primera vista se cree; tengo en la tierra más poder y dominio que ningún dios. No es extraño; sobre la piedra eterna del pensamiento se alza mi trono altísimo. Nadie en el universo se atreve á resistirme, si no ese fantasma de Dios. Fiero y soberbio, tiene la audacia de combatirme á mí, el eterno; sí, á mí, que á ese ser nacido del terror daré por mi mano la muerte. [2] Ese dios deja que un pueblo vil le llene la nariz con espeso humo de incienso; y reina fiero, estúpido, inmóvil, divirtiéndose con juegos de niños y con sangre humana. Yo, sólo de verdad vivo; un coro de sacerdotes inicuos, de ministros anfibios, de limitado entendimiento, le rodea; su vida y su poder proceden de enigmas y misterios». [3]

Después, recorriendo la historia de la humanidad desde Prometeo, muestra el poeta á su modo cómo toda victoria de la ciencia y de la civilización trae como consecuencia una nueva pérdida para Dios, una adquisición nueva para Lucifer. Los partidarios de Dios son cada vez menos numerosos; la defección comienza hasta en el cielo. Por fin sólo quedan fieles á Dios la burra de Balaam, el asno del pesebre y el puerco de San Antón. [4] Pero cuando Lucifer mismo emprende el asalto del cielo para acabar de una vez con Dios, también esos animales huyen. El antiguo Dios está tembloroso delante de Satanás cuando éste con su

(1) Carducci, *Ibid.*, 24.
(2) Rapisardi, *Lucifero* (2), canto 4, p. 97.
(3) *Ibid.*, p. 99.
(4) *Ibid.*, canto 15, p. 406 y sig.

flamígera espada penetra en las últimas trincheras y le habla de este modo: «Llegó tu última hora, Dios soberbio, tan temido sin razón. Ese viejo arte de cambiarlo todo, la forma y los nombres, de nada te sirve ya. ¡Basta de ídolos como éste! Contigo se extingue la forma, el nombre y hasta el pensamiento de Dios de la humanidad».

«Así diciendo, le hirió con su agudo rayo, y le atravesó. Como hierro candente sumergido en agua, crepitaba el efímero simulacro del Numen; y como se descompone y se deslíe humeante la cal, así desaparece ante el rayo de la verdad aquella vana sombra, trémula, arrojada á la nada y extinguiéndose en los aires».

«De ese modo murió el eterno. Las estrellas siguieron siempre su ordinario curso; el brillante Lucifer descendió triunfante del cielo; el viejo paciente, inflexible y amarrado á su roca, Prometeo, le oye esclamar: «Levántate; el gran tirano ya no existe». [1]

¡Y se dice que el diablo está pasado de moda! ¡que solamente ha sido una ilusión de los antiguos tiempos! En cuanto á nosotros, creemos que jamás estuvo tan pujante como hoy; tal vez nunca se encontró más satisfecho en la tierra, que cuando el Humanismo alcanzó sus últimos progresos, y puede mostrar qué terribles frutos contiene su semilla.

(1) Rapisardi, *loc. cit.*, p. 409 y sig.

TERCERA PARTE

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN DEL HUMANISMO

CONFERENCIA XIV

EL ESPÍRITU DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Contradicción y falta de sinceridad del hombre en los juicios que forma de sí mismo.—En lo que antecede hemos encontrado bastantes pruebas de que el hombre y el mundo no son tales como deberían ser; aun podrían añadirse muchas, pero no nos sentimos con ánimo de acusar á nuestra generación de todo el mal que ha cometido. Nuestra tarea es únicamente hacer que reconozca y confiese su debilidad; lo que llevamos dicho basta con mucho, si el amor á la verdad no desapareció por completo.

De no ser suficiente para arrancar al mundo la confesión de que no es como debería ser, inútil sería aportar otras pruebas; en todo caso superfluas resultarían, dada la asombrosa falta de sinceridad con que el Humanismo suele hablar de la humanidad. No hay perversidad ni flaqueza de que no la acuse; en seguida la trata casi como á una divinidad, y ve en sus defectos innegables la derivación de un poder infinito. Hace un momento, no se la podía presentar con más negros colores, diciendo que su historia no es más que una serie de infamias, de locuras y de vergüenza; ahora se dice que para nada necesitamos creer en un Dios fuera de nosotros, pues el progreso de nuestra

raza prueba evidentemente que el ser divino se manifiesta al exterior por todos nuestros actos. Hoy se considera casi como un milagro que el mundo, retrocediendo, no obstante, sin cesar, se mantenga ordenado todavía; y mañana se oye resonar el canto de júbilo bien conocido sobre el progreso inmenso é irresistible que debe acabar por corromper y envenenar la última gota de nuestra sangre.

Un día nos dice el poeta: «El hombre lleva en su frente el águila, y sus pies están sumergidos en el lodo. ¿Quién fué bastante insensato para crearlo? ¿Hay nada más insensato que la vida? ¿Qué habrá más insensato que el mundo? Fué una demencia omnipotente la que los creó. ¡Vaya! que la creación me desagrada». (1)

Otro día, la época se entusiasma con estas altisonantes palabras: «¡Nuestra consigna! Oidla, pues resuena con acentos ya agudos, ya graves en los vientos. ¡Adelante! murmuran las ondas del torrente, ¡adelante! brama la nube en su vuelo». (2)

2. Hay que reconocer un progreso, pero limitado. —Nos guardaremos de tomar partido, sea para condenar, sea para divinizar la humanidad; la verdad no consiente lo uno ni lo otro. El hombre lleva en sí el germen del mal, pero no es malo por naturaleza, y no está condenado sin remedio á la ruina; puede mejorar, como también el mundo, y muchas veces realizó, en diversos conceptos, progresos notables; pero su debilidad nativa, y más aún su propia culpabilidad le deprimen é interrumpen su marcha hacia lo mejor.

Por eso hay un progreso, es verdad, pero jamás un progreso no interrumpido, y sobre todo, jamás un progreso infinito; el mundo ha visto ya con frecuencia brillantes vuelos, pero, como consecuencia de la debilidad humana, cada uno de ellos terminó por una gran caída.

Nadie negará que actualmente nos encontramos en gran progreso en muchas cosas concernientes, sea al orden intelectual, sea al exterior; pero creemos que nadie se dejará deslumbrar por este brillo como el buho por el sol. Hemos hecho conquistas magníficas, nadie lo negará, pero son progresos humanos, que muestran de cuanto es capaz el hombre si aprovecha los talentos y las fuerzas que el creador puso en su naturaleza; poca atención se necesita, sin embargo, para comprender que, al lado de esto, el progreso de nuestra civilización contiene muchas impurezas, y lleva en sí, por esta razón, gérmenes de la decadencia que más ó menos pronto llegará.

(1) Grabbe, *Herzog Theodor von Gotland*, 3, 1.
(2) Anastasio Grün, *Gedichte*, (5), 232.

Sí, motivos tenemos para dar gracias á Dios por el buen éxito que obtuvimos en las cosas temporales. Los tesoros de que tan pródiga era la tierra en otro tiempo, comienzan á agotarse, verdad es; pero en cambio, obligados por la necesidad, hemos aprendido á convertir en riqueza minerales y terrenos ante los cuales pasaban con desdén los tiempos anteriores. Hemos hecho mensajeros nuestros el vapor y la electricidad; el relámpago escribe y habla por nosotros; ya no hay distancias; los medios de comunicación envuelven la tierra como una red. Los pueblos cambian los productos de su industria y de su labor intelectual. ¿Quién no se alegraría de ello?

Pero ¿quién dejaría que por esto se turbase la mirada de su espíritu? Un poeta cuyos sentimientos no son sospechosos de haber sufrido la influencia de la religión, ó de hostilidad al espíritu de los tiempos, dice con profunda verdad: «Aplico el oído, y con gusto me humillo ante ti, espíritu del tiempo, en cuya frente soberbia brilla la corona del porvenir. No puedo menos de admirarte, vigoroso Titán; cuanto has creado lo tienes ligado á tu voluntad. Y, sin embargo, por más que la inteligencia no haya perdido la fe en tu triunfo, ¿qué oigo bramar al rededor de mí en alas del presentimiento? ¿De qué proceden el estremecimiento de mi alma y las sombrías visiones nocturnas que ante mí pasan? (1) Veo un inmenso navío con gigantesco mástil, elevarse en la nube que huye. En tanto que ese

(1) Hamerling, *Schwanenlied der Romantik* (1), n.º 15, p. 16.

navío boga hacia un objeto audaz y sube hasta los astros, bajo su larga quilla se llena el mar de arenas». (1)

3. Fausto y el Judío errante son los modelos del progreso moderno.—Nadie diga que aquellos negros pensamientos envenenan tan sólo la vida de algunos individuos. ¡No! es la convicción de la época, la convicción de todos; y precisamente fué el Humanismo el que, al establecer su dominio en el mundo, los sembró en los espíritus por medio de dos leyendas, que, hoy más que nunca, gozan de popularidad universal, pues todos saben que expresan perfectamente el espíritu de nuestra civilización; nos referimos á la leyenda de Fausto y á la del Judío errante.

Nuestros incesantes, pero inútiles esfuerzos para satisfacer el espíritu con la ciencia profana y los goces terrenales encontraron su mejor expresión en el doctor Fausto; y nuestra sociedad, que de todo se hastía, aun de la existencia, en el Judío errante. El uno, que desearía vivir eternamente, aspira á lo que no puede alcanzar; querría poseerlo y gozarlo todo, lo pasado y lo presente, lo porvenir, la naturaleza, la historia, la hermosura, la riqueza, la ciencia y las artes, lo visible y lo invisible. Todos los medios son buenos para él; ninguna vía le repugna si puede esperar que logrará su objeto: pero todo es inútil. El otro, á quien hizo astuto la experiencia, sabe de antemano todo esto; por eso prefiere substraerse á esta vida sin objeto y sin fin, que considera como intolerable; pero en vano. Por eso tiene actitud de desesperado en presencia de la historia, en que no quiere ver más que un vasto cementerio, y exclama: «Ellos podían morir, pero yo, el réprobo, no puedo morir. ¡Ah! sobre mi cabeza está suspendida la más terrible de las sentencias. Nacieron ante mí las naciones, y desaparecieron; pero yo quedo, sin lograr morir. ¡Ah, qué desdicha no poder morir, no poder encontrar quietud en las penas de la vida! ¡Existir en este cuerpo de polvo, con su palidez mortal, su consunción y su olor de muerte; verse obligado durante millares de años á ver el monstruo

(1) Hamerling, *Ibid.*, n.º 17, p. 18.

de la uniformidad abrir su boca, y el tiempo, ávido y famélico, creando y devorando siempre á sus hijos; ¡Ah, qué desdicha no poder morir!» (1)

Estas frases constituyen la expresión de toda nuestra cultura moderna. Leibnitz dijo ya que el estado natural del alma no es la satisfacción, la seguridad, la posesión de sí mismo, la calma, sino la agitación vaga. Esa inquietud excitante, como él la llama, es, según dice, el principio de todos nuestros actos; de ahí procede nuestra actividad sin fin. De modo que, aun siendo por su naturaleza inclinado el hombre á la ociosidad, cree que trabajamos solamente porque el trabajo es el único medio de aplacar nuestra sed de acción. (2) Así habla Leibnitz, á quien Biedermann da por esta razón el nombre de *Fáustico.* (3)

Si tal era el modo de ver que tenía aquel genio sublime, cuya ciencia lo abarcaba todo, fácil es concebir qué espíritu representará la cultura fugaz, deshilada, de épocas más recientes. Hasta un admirador de Fichte no puede menos de llamar su doctrina del *yo*, titanesca, fáustica. (4) Según esa filosofía, el *yo* no tiene otro objeto que aspirar siempre al infinito. Aspirar, y siempre aspirar, sin esperanza de poder alcanzar cosa alguna, es el único objeto presentado al discípulo de Fichte, lo mismo que el de Lessing se entrega á eternas investigaciones sin encontrar nunca nada. Lo mismo sucede con Kant: según él, es el ideal de la felicidad un hombre que cumple sus áridos deberes sin perspectiva de recompensa eterna ó temporal, sin experimentar satisfacción interior, sin esperanza de llegar á un fin, porque sabe de antemano que no podrá jamás conseguirlo, y carecerá por tanto de quietud eternamente. (5)

¡Singular felicidad! Los antiguos creían haber inventado un género de condenación especialmente penosa en el

(1) Schubart, *Der ewige Jude*, 1787, II, 68 y sig.
(2) Erdmann, *Gesch. der neuern Philosophie*, II, 2, *Anh.*, 28, p. LVII y sig. K. Fischer, *Gesch. der neuern Philos.*, 1855, II, 383 y sig.
(3) Biedermann, *Deutschland in XVIII Jahrh.*, II, 1, 241.
(4) K. Fischer, *loc. cit.*, V, 581 y sig.
(5) Zeller, *Gesch. der deutsch. Philosophie*, 492.

castigo de Tántalo ó de Sísifo; los tiranos orientales, que tenían el genio de la invención de tormentos, no podían encontrar ninguno más cruel que la continua privación de sueño y de reposo. En su rica imaginación, no sabía Dante encontrar mejor castigo para el pecado contra naturaleza que hacer andar eternamente á los que le cometieron. [1] Y nuestros filósofos, nuestros poetas, en una palabra, los maestros de la actual civilización del mundo aconsejan á quien desee ser un hombre perfecto apropiarse las palabras de Fausto: «Perezca inmediatamente, si alguna vez me entrego á la ociosidad». [2]

Si por ellas se entendiese tan solo la aplicación continua, nada tendríamos que objetar, pues sin seria aplicación no hay honor, ni satisfacción, ni progreso; pero esos espíritus no tienen más que aspiraciones vagas, no trabajan más que por trabajar, no hacen más que atormentarse y atormentar á los demás sin conocer el objeto de ese tormento. Investigan febrilmente, y no quieren la verdad; á nada temen tanto como á ella. El conocimiento es para ellos, como dice Fichte, únicamente virtualidad y evolución hacia el ser, pero nunca el acto. [3] Para ellos, verdad exacta es sinónimo de disolución, de aniquilamiento. Tener convicciones inmutables equivale á la producción de la muerte por apatía é inacción. [4] Un estado en que el hombre no se viese obligado á aspirar á cosas que no se alcanzaron, y que no se podría alcanzar, sería intolerable enojo, una condenación á muerte, el término de toda vida. No pueden imaginarse que podamos encontrar quietud; un hombre, dice Hobbes, sin tener deseos no satisfechos, no podría vivir, como tampoco uno en quien cesaran las ideas y los sentimientos. [5] Hace un siglo, Lessing dejó por lo menos á Dios la posesión de la verdad, y reservó al hombre el

(1) Dante, *Inferno*, XIV, 24.
(2) Gœthe, *Faust (Werke*, Stuttg., 1854), XI, 69.
(3) J. G. Fichte, *Staatslehre vom Jahre* 1813. (G. W. IV, 381, 387). Erdmann, *Gesch. der neuern Philos.* III, 1, 668.
(4) Büchner, *Kraft und Stoff* (12 Aufl. 1872), 231.
(5) Lechler, *Gesch. des englisch. Deismus*, 78.

cuidado de buscarla inútilmente. [1] Hoy, Dios mismo no es considerado como un ser plenamente satisfecho. Estar sin necesidades, declara Rosenkrantz en términos que los antiguos rechazaban ya, [2] significa no vivir. Pretendiendo que Dios es bienaventurado, tenemos únicamente la intención de decir que es capaz de colmar cada una de sus necesidades para sentir otra inmediatamente, [3] pero no que carezca de ellas.

4. El espíritu del progreso moderno.—Á esos falsos principios responde sin duda completamente el llamado progreso moderno. Tenemos excelentes razones para abstenernos de hacer predominar aquí nuestro juicio; dejaremos que hable un hombre sin igual para dar su opinión sobre la civilización de nuestro siglo, y á quien nadie reprochará sus prevenciones por nuestra causa, es decir, por la causa cristiana. Este sabio, que se llama Honegger, dice entre otras cosas: Nuestro siglo, en inquietud continua, toca á gran orquesta en todas las materias, y hace acompañar los acordes fundamentales con el ruido del cañón y el silbido estridente de la locomotora. Este siglo no se pertenece á sí mismo. Todos realizamos una caza insensata de fines desconocidos, de suerte que es muy difícil conservar el equilibrio interior. [4] Á traves de todas las capas sociales, pasa una inquietud que agita los espíritus, un tantear ansioso y convulsivo. Hacemos experiencias, buscamos en todo el mundo remedio para los males que hay en nosotros, todo lo discutimos viendo claramente lo que está podrido y enfermo, y no encontramos un medio seguro de salvación. Hoy edificamos, y mañana destruímos; vivimos agitados, impacientes, febriles, atormentados. Nuestra generación puede aplicarse mejor que ninguna otra el genial pensamiento de Pascal: el hombre procura huir de sí mismo. Es la enfermedad de nuestro tiempo. [5]

(1) Lessing, *Duplik*, 1 (Lachmann, X, 47 y sig. Edit. Leip., 1859 II, 271).
(2) Aristót., *Magn. mor.*, 2, 15, 3, 4. *Eudem.*, 2, 12, 2, 16.
(3) W. Rosenkrantz, *Wissenschaft des Wissens*, I, 375 y sig.
(4) Honegger, *Allg. Culturgesch. der neuesten Zeit*, V. 362 y sig.
(5) Honegger, *Literatur und Cultur des XIX Jahrh.*, 8.

Para confirmar este juicio en los detalles, continúa Honegger. La cuestión social es la expresión propiamente dicha de nuestra época, en la que sólo se encuentra inquietud febril, aspiración á un nuevo ideal, duda aún en la duda, pesimismo y dolor universal. (1) Si estados como el de hoy debiesen durar, difícil sería decir cómo alguien podría aun inquietarse por el destino de la humanidad. (2) La música introducida por Beethoven nos hace asistir la mayor parte de las veces á la lucha irreconciliable del yo con el mundo de los objetos; es la música de las ideas revolucionarias. (3)

Nuestra virtud es vicio, y nuestros vicios son virtudes, tal es el principio fundamental de la poesía moderna. (4) En la novela, precisamente en las de los maestros, se tiene al lector constantemente excitado; nada de tregua, ni de reposo; la imaginación se precipita como un caballo desbocado. (5) Tenemos una literatura de la desesperación, del dolor universal, una literatura de la sensación y del efecto. (6) Quien busque en ella la paz y un agradable descanso, gravemente se engaña. (7)

Por todas partes y siempre, dice Honegger terminando su importante crítica, hay personas que persiguen los goces, personas que quieren ser los Titanes de la negación del orden social tradicional, y que disipan sus fuerzas y su insensata petulancia. Su última palabra es siempre la nada, su estado es el marasmo procedente del insomnio que sigue á la orgía; (8) son como vivientes modelos de una civilización refinada que ningún resorte sabría poner en movimiento, más que el sentimiento vago de que algo nuevo va á suceder, y el salvaje impulso hacia esa novedad. (1)

(1) Honegger, *Ibid.*, 198.
(2) Honegger, *Culturgesch. der neusten Zeit*, V, 187.
(3) Honegger, *Literatur und Cultur*, 49 y sig. Brendel, *Gesch. der Musik*, (4) 474, 663-666.
(4) Honegger, *Literatur und Cultur*, 198.
(5) *Ibid.*, 213.
(6) Honegger, *Allg. Culturgesch. der neuesten Zeit*, V, 363.
(7) *Ibid.*, V, 358.
(8) Honegger, *Lit. u. Cultur*, 225 y sig.

De ahí procede también el general descontento de nuestro estado. No obstante el aumento del bienestar en todas las condiciones sociales, dice Max Nordau, la humanidad está más descontenta, más sobrescitada, más agitada que nunca. (2) Todos saben que cuanto nos rodea es más ó menos mentira é hipocresía, y que hacemos una comedia profundamente inmoral. (3) Toda la sociedad siente lo mismo que Platen cuando decía: «No puedo encontrar reposo por más que lo procuro». (4)

5. Espíritu de la literatura antigua y de la literatura moderna.—Cuando se examina de más cerca en sus diferentes aspectos la vida civilizada, necesario es confesar la exactitud de aquellos juicios. Por muy orgulloso que nuestro tiempo esté de los progresos que en todo cree haber realizado desde que se sustrajo á la dirección del espíritu cristiano, nos parecen tanto más dudosos, cuanto con más atención se los considera; y comparados con la civilización cristiana, la balanza se inclina á favor de ésta.

Así lo comprueba ante todo la literatura. Vilmar dice que cualquiera que sea la actitud tomada por los hombres respecto al Cristianismo, los más indiferentes y aun los más hostiles se ven obligados á confesar que, durante diez siglos, la fe cristiana ha sido para los pueblos de Occidente, no el objeto de una convicción muerta, sino hasta su propia vida. Nuestros antiguos poemas, cuyo número é influencia triunfaban del mal, aunque estaba floreciente en aquellos tiempos, demuestran la satisfacción profunda que encontraban en la vida. La calma, la serenidad inalterable, la dulce luz de la paz y del bienestar que reflejan prueban que nuestro pueblo tomado en conjunto, pues había sin duda excepciones importantes, estaba unido y que se sen-

(1) Honegger, *Ibid.*, 233.
(2) Max Nordau, *Die Lügen der Culturmenschheit* (1), 1.
(3) *Ibid.*, 406.
(4) Platen, *Welttreiben* (G. W., I, 79).

tía completamente satisfecho en sus principales exigencias. (1)

Los tiempos modernos comenzaron por proclamar que fatigaban ya las modestas satisfacciones de los tiempos antiguos; que era indispensable renegar del espíritu cristiano convertido ya en espíritu nacional, y volver al espíritu que precedió al Cristianismo, ó para hablar con más exactitud, al espíritu anticristiano. Esa tendencia se llamó Humanismo; no se atrevió á llamarse humanidad, y con razón. Empezó desde luego por un retroceso, no hacia lo que es humano, como falsamente se creía, ni siquiera hacia la antigüedad romana y griega, sino hacia ese espíritu que trajo ó acompañó la disolución de la antigüedad clásica. No fueron los sencillos antiguos anteriores á Jesucristo, es decir, los hombres no cristianos que establecieron su dominación en el mundo: en su oposición voluntaria y deliberada al Cristianismo, sus nuevos imitadores fueron más bien los decididos adversarios de la fe; verdaderos antecristos puede decirse. Todos estaban de acuerdo expresa ó tácitamente, á menudo sin darse bien cuenta de su tendencia, y frecuentemente también con pleno conocimiento de causa, con estas palabras de Ibsen: «Veo que pretendéis transplantar lo antiguo á la época actual; creéis que es válido todavía el pacto que en otro tiempo concluyó Dios con el hombre; sin embargo, cada época reclama sus derechos. Ya no nos parece verdad la espada de fuego; tratamos de ilusiones los cuentos de nodrizas, y la sola cosa que pedimos es ser felices». (2)

Como condición preliminar, el Humanismo exigió de un modo expreso la oposición á la religión cristiana; pero, como hemos visto ya, los antiguos no pudieron alcanzar el fin de la humanidad, la formación perfecta de las aptitudes humanas, sin el auxilio del Cristianismo; tanto menos puede hacerlo la moderna tendencia, que aspira al desenvolvimiento del ser humano, no simplemente en la ignorancia de la fe sobrenatural, sino en la contradicción cons-

(1) Vilmar, *Gesch. der deutschen Nationalliteratur* (12), 420.
(2) Ibsen, *Brand*, 3 *Aufzug* (Passarge 72).

ciente con ella, aunque ese desenvolvimiento no pueda conseguirse sino conforme á sus indicaciones.

Los paganos buscaban con seriedad que no puede negárseles, y á veces á costa de verdaderos sacrificios, la verdad, que no conocían: cuando caían en error, era muchas veces involuntariamente. Los modernos, por el contrario, rechazaron la verdad después de haberla conocido, y por hostilidad hacia ella pretenden sustituirla con otra cosa, lo cual es rendir homenaje al error; de ese modo su espíritu y sus tendencias tenían que diferir esencialmente, no sólo de los del mundo cristiano, sino también de los del mundo antiguo.

El deber que la verdadera humanidad nos reserva, ese deber que, jamás lo diremos bastante, nos enseña el Cristianismo claramente á conocer, consiste en que ennoblezcamos nuestro espíritu por la sumisión á una verdad cierta, inmutable, y nuestro corazón por un trabajo de purificación y de perfección morales. Jamás los humanistas modernos lograrán ese fin, porque de propósito lo rechazaron, y sistemáticamente rehusan hasta el reconocerlo. Nunca tampoco alcanzarán aquél á que aspiró la antigüedad pagana, y que sólo en parte consiguió; á saber: olvidar nuestro destino más elevado y nuestros deberes, purificar nuestra naturaleza del mal que la ha penetrado, y llegar á una formación artificial de las facultades corrompidas; pues la Revelación, de que no pueden prescindir, les obliga demasiado para que hayan de entregarse, como los antiguos, libremente á la indiferencia.

Así se explica ese carácter de inquietud y de precipitación, esa agitación violenta, y á veces hasta desesperada, que se halla en las dudas y en las investigaciones modernas, carácter desconocido por la dichosa y agradable tranquilidad de la vida cristiana, y que ignoraban hasta los regocijados y vigorosos griegos.

Toda nuestra literatura atestigua esas investigaciones eternas y el fracaso que las corona. El primer representante de esos investigadores, que buscan sin encontrar

nunca nada, es Lessing: para éste, buscar es más que poseer, afanarse más que conseguir el fin. Quiere no creer en la verdad que finge querer descubrir; quiere no encontrar lo que busca, y si lo encontrara, lo arrojaría únicamente para tener de nuevo el placer de buscar. ¿Puede imaginarse anomalía mayor que esa? ¿Qué buscador de oro procedería así si encontrase un tesoro? ¿Qué hambriento, á quien se diese un pedazo de pan, se conduciría de tal suerte? Todos cerrarían la puerta á semejante mendigo, diciéndole: No tienes tanta hambre como dices. ¿Será tan sólo acaso en los dominios espirituales donde deberemos considerar ese procedimiento como el más acertado empleo de la ciencia y de la vida, como el mejor medio de acumular tesoros de sabiduría? Cuando San Pablo le condena en términos desdeñosos, (1) y la sabiduría de los antiguos creía que la señal característica del necio era estar preguntando siempre, (2) se exalta hoy á Lessing como á un redentor espiritual que dicen haber sido el primero en descubrir ese procedimiento, y se llama acto libertador del mundo á lo que en los siglos pasados se daba el nombre de locura. (3)

Casi podría creerse que los corifeos de nuestra literatura consideran la verdad como en otro tiempo el satisfecho y harto Pilatos; de ahí proviene también esa inquietud no satisfecha, y que no satisface en la literatura que da el tono en la actualidad. Ya en tiempo de Lessing toda la actividad literaria sentía un profundo malestar; él mismo emplea con este motivo expresiones demasiado vulgares para que pudiéramos repetirlas aquí. (4) Pero ¿quién no ha visto dominar ese tono en toda nuestra literatura? ¿Quién, si quiere ser sincero, puede negar que no hay siempre en *Nathan*, en *Werther*, en *Fausto*, en *Gotz*, en los dramas de Schiller algo de irresoluto, un mal secreto, un dolor morboso y agudo? (5)

(1) Timoth., III, 7.
(2) Binder, *Novus thesaurus adagiorum latin.*, 3212.
(3) Riehl, *Die bürgerliche Gesellschaft* (3), 204.
(4) Stahr, *Lessing*, II, 73, 84, 90, 94.
(5) Vilmar, *loc. cit.*, 421.

No se vea en esa palabra morboso un simple recurso oratorio; se trata aquí de un espíritu morboso en toda la extensión de la palabra, de una tendencia malsana. Aunque hubiéramos de admitir que es una exageración hablar como Nordau de histerismo de las muchedumbres, de demencia moral de la generalidad, de monomanía social, no podemos negar que hay mucho de verdad en esas expresiones algo crudas.

Nuestros estadistas y nuestros políticos introdujeron la expresión terrible de enfermedad de civilización, basándose en las experiencias y en los datos suministrados por los números. Hay, dicen Friedel y Œttingen, ciertas enfermedades que siguen una marcha paralela á la de nuestra civilización y de nuestro exceso de civilización, y aun que deben provenir de ella; son el idiotismo y la locura. Guislain afirma también que la civilización de nuestro siglo, casi siempre sin objeto, siempre lejos de él, y con todo esto siempre con miras demasiado pretenciosas, es el motivo principal de que sean tan numerosos los casos de locura. (1)

Pero leemos estas observaciones, nos encojemos de hombros con aires de incredulidad, y seguimos adelante. Verdad es que algunas veces tenemos miedo, cuando los números hablan demasiado alto; pero jamás se nos ocurre meditar buscando la razón del aumento, creemos haber hecho bastante si acusamos la vida exterior que nos consume con su penosa lucha por la existencia, con su batahola de máquinas y con sus placeres desordenados; pero todo eso es poco, y no se pone el hacha en la raíz del árbol. También antes había inquietud exterior y penosas luchas; había más que hoy, si damos crédito á la opinión general sobre la carencia de derechos y la rudeza de la Edad Media.

¿Por qué otras épocas procedieron de un modo menos disolvente? Porque en aquellos tiempos tenían los hombres mayor fuerza moral de resistencia; porque el espí-

(1) Œttingen *Moralstatistik* (3), 682.

ritu de su civilización no era tan malsano como el dominante ahora.

No es la situación externa lo que nos aniquila: es nuestra filosofía, es el estado de ánimo que nos predica nuestra literatura, en una palabra, es la moderna manera de considerar la vida. ¿Quién, pues, pretendería creer seriamente en una actividad sin que haya un fin que realmente la satisfaga y recompense; por consiguiente, un fin más elevado y no una actividad sin fin ninguno? Y suponiendo que alguien crea en ella, ¿qué hará de su actividad? Los nervios humanos no se prestan á un trabajo eterno, sin reposo y sin fin; si, no obstante eso, nuestros filósofos y nuestros escritores están de acuerdo todos en instruir de ese modo á la humanidad, se hacen culpables de la defección de los que siguen sus enseñanzas; pues podrá negar quien quiera, pero no será por eso menos cierto, que esta actividad y esta agitación que nos consume, sin tener el único fin digno de ese trabajo, conducirá necesariamente, por fin, al manicomio.

Hay naturalezas vigorosas, que sólo sufrirán conmociones transitorias cuando se dejan llevar de sus inclinaciones, y se lanzan en el torbellino del mundo sin seguir una estrella más elevada como guía; pero nadie atravesará esas olas tempestuosas sin extraviarse. Nuestro Gœthe sabía sufrir y vencer; sin embargo, también él aprendió por experiencia cómo paga al hombre ese espíritu de la pretendida humanidad. «Esto es insufrible, escribía el 2 de Setiembre de 1777 á Mme. de Stein ese favorito de los dioses á los veintiocho años: ¡tanto amor, tanto interés! ¡tantos hombres excelentes! ¡Y tener el corazón tan oprimido!» Dos años antes, el 17 de Setiembre de 1775, escribía: «En todo esto me pasaba lo mismo que á una rata que hubiese comido veneno; corre á todos los agujeros, sorbe la más pequeña gota de humedad que encuentra, devora todo lo que halla, y sus entrañas arden con un fuego que no puede extinguir». Á pesar de eso, resistió, gracias á su extraordinario vigor; pero otros sucumben en gran

número; y en este caso ¿de quién es la culpa? ¿Es de las víctimas de nuestra civilización ó de su espíritu?

Basta considerar esos millares de víctimas que en cada estío invaden los museos, privándose de gozar un pequeño trozo de paraíso en la montaña ó en el valle. Esa precipitación sin objeto, esa actividad insensata de ver tan rápidamente como sea posible, ¿no nos produce el efecto de gentes que quieren huir de sí mismas y del mundo? ¿No demuestran claramente su instabilidad, su perpetuo cambio de sitio que procuran obtener en países extranjeros, lo que sólo podrían encontrar cambiando su corazón? [1] Y cuando en invierno llenan de nuevo las ciudades, no conocen otro pasatiempo que esa rabia de placeres groseros, excesivos, mortíferos para el espíritu, que es también, no lo dudamos, huir de una inquietud interior ó de intolerable fastidio. Con frecuencia no sabemos si se trata de poseídos como aquel de que habla el Evangelio, arrojándose unas veces al fuego, otras al agua, ó de las ratas á que se refiere Gœthe. ¡Felices si fuesen lo uno ó lo otro! Pero tales como son, su estado puede compararse al de un enfermo, y al de un enfermo de la mente, por no decir al del Judío errante ó de Caín; con el signo de reprobación en la frente, huía éste la presencia de Dios y de los hombres sin encontrar reposo en parte alguna.

7. Los medios de atracción que necesitamos en la vida y en la literatura.—De ahí los medios violentos que necesitamos para excitar nuestros nervios y tenerlos en tensión; es otro signo característico por el cual podemos darnos cuenta del verdadero estado de las cosas.

Cuando un hombre está en situación tal, que únicamente las bebidas más fuertes, los remedios desesperados, los tratamientos por la electricidad ó los botones de fuego pueden excitar en él la vida, sabemos que no está lejana la muerte. Pero tal es nuestra situación: si viviésemos en situaciones sanas, quedaríamos aterrados de la violencia de motivos con que procuramos nosotros mismos y procuran

(1) Séneca, *Ep.*, 28, 1.

nuestros artistas y nuestros escritores despertar el interés y la actividad.

Impulsos que en la vida y en la literatura de tiempos más antiguos bastaban, nos dejan fríos hoy; lo que antes nos parecía interesante, lo encontramos hoy enojoso y vulgar. Puede aplicarse eso muy especialmente á los placeres y á las ocupaciones sociales de otro tiempo; en todo ello necesitamos los excitantes más fuertes, los más contra naturaleza, los más extraños.

Nuestro siglo vió nacer una secta como jamás hubo otra; su principal residencia era París; sus miembros se llamaban *Los hastiados*. El objeto de su existencia, como el de sus reuniones, era procurarse artificialmente el fastidio. Horrible sociedad; pero lo que había en ella de más horrible era que lo tomaban en serio, y que al fundar su sociedad se habían puesto á la altura de su época, queriendo hacer así con dignidad y conscientemente, lo que hacían los demás por embrutecimiento.

No contaba mucho tiempo de existencia aquella asociación, cuando ya previeron el momento en que su único trabajo, el fastidio, se les haría imposible, y que una toma de ácido prúsico sería el solo medio de producir un último cambio de vida. De pronto estalló la Revolución de Julio. ¿Quienes más satisfechos que los *hastiados*? Esta vez habría algo nuevo; se sintieron revivir cuando vieron á los descamisados y á las vendedoras de pescado en los mismos sitios donde acostumbraban los sempiternos tocados de lujo. Se oían el ruido del cañón y las descargas de fusilería en vez del monótono ruido de los coches; daba gusto ser parisiense. Pero ¡qué desgracia! Noche y día no se veían más que aquellas mujeres, se oía siempre el ruido del cañón, y nada cambiaba! Tres días pasaron así; ¡era verdaderamente intolerable! ¡Siempre lo mismo! Necesitaban otros excitantes, porque si no los devoraría el fastidio.

Los tiranos de Roma, los califas se habrían muerto el día que su hastío no les hubiera enseñado á inventar suplicios nuevos; y nuestros antepasados alemanes, del

tiempo de la segunda época siberiana, habrían muerto si su literatura, que en grosería sobrepujaba á los caníbales, no les hubiera presentado, á lo menos relatadas, las atrocidades y los crímenes más horribles.

Desgraciadamente aquellas excitaciones del corazón y de los sentidos, con que esas épocas de profundo rebajamiento y de salvajismo creían poder halagar los nervios en tensión, no son más groseras que las que nuestra literatura juzga necesarias para despertar el interés y el goce en la generación actual. En otro tiempo, dice Julián Schmidt, se creía que el arte tenía por objeto hacer agradable la vida, ó fortificar el alma mediante la representación de cosas terribles y tristes; en nuestros días parece ocurrir lo contrario. Lejos de crear un ideal, es decir, algo que eleve, regocijándole, el espíritu, nuestra poesía se sumerge con siniestra predilección en el abismo del vicio y de la miseria y procura excitar la aversión á la vida. Recoge todas las atrocidades esparcidas en la vida real, y las representa como expresión general del orden en el mundo. En *Pablo Clifford* hace Bulwer de un ladrón, de un bandido, un héroe; en *Eugenio Aram* concede la misma categoría á un asesino; en *Vautrin*, Balzac la atribuye á un presidiario. En una novela, que jamás fué sobrepujada por ninguna otra en fuerza é intensidad de observación, Dostojeswkij la da á un homicida traído á mejores sentimientos por una perdida. La novela busca preferentemente sus centros de observación en las salas de anatomía, en las salas de tormento, en los asilos de dementes y en sitios peores aún. Procura penetrarse bien de los sentimientos de un condenado á muerte, del que está á punto de suicidarse, de locos, de un Nerón, de un Heliogábalo, de una Mesalina. En fin, se precipitan como vampiros sobre los vivos, como profanadores de cadáveres en las tumbas frescas, para alimentarse con el aspecto de la muerte en la fase de la descomposición. (1)

(1) Cf. Jul. Smidt, *Gesch. der deutsch. Literatur in XIX Jahrhundert*, (3) III, 6.

En esto último se muestra singularmente inventivo Leopoldo Schefer, el poeta del panteísmo, autor del *Breviario de los laicos:* gran parte de sus narraciones pasa en los sepulcros; describe á personas que se creía muertas y se despiertan después de enterradas, ó bien desentierra cadáveres para atormentar, engañar y volver locos á los vivos. No puede escribir una historia sin que haya crucificados, empalados, locos y otras terroríficas imágenes. Víctor Hugo exige todavía más de nuestros nervios: los héroes, mediante los que creó su fama, no son más que monstruos; un monstruo negro, un enano negro, Hadibrah; un monstruo estropeado, un trasgo enano, Quasimodo; un monstruo idiota, el loco Triboulet; en fin, el monstruo de los monstruos, el devorador de hombres, Han, el último de la raza de los monstruos de Ingulfo. Su abuelo era ya medio bestia y medio diablo; él es las dos cosas á la vez. Causa extrañeza que no se corte jamás las uñas, pero tiene sus razones para ello: lo hace para poder desgarrar á sus víctimas humanas del primer zarpazo. La carne humana es su alimento favorito; con sangre humana y agua del mar aplaca la sed. Tales son los héroes favoritos de Víctor Hugo, del republicano modelo. Pero no constituyen excepción en esto las clases más distinguidas, las cortes mismas. Próspero Mérimée pertenece á esta categoría. Él, favorito de la corte francesa, confidente de la emperatriz Eugenia, del cual decía Bayle: «Cuando veo á este hombre con una condecoración en el pecho, me represento la suma de vilezas y de rebajamientos que habrá necesitado para obtener esos testimonios públicos de vanidad»; se sumerge también en todas las profundidades del horror. Nos describe un capitán que se vanagloría de haber cometido cuarenta y un asesinatos y de no experimentar nada que se pareciese á remordimientos de conciencia; un conde que á veces se sentía con instintos de fiera, y cortó con los dientes la garganta de su querida. Con tales héroes creían esos hombres haber encontrado los entretenimientos que nuestros lectores exigen para interesarse. Y no se equivocaron.

Si alguien desea excitar su atención, necesita ir más lejos aún, y tomar por compañeros la atrocidad y el horror. Hechos tales siempre ocurrieron aisladamente. Ya Gœthe y sus amigos, en los suntuosos festines dados por el duque de Weimar, bebían el vino en cráneos, como los mongoles. (1) También Byron escribió una poesía acerca de una cabeza de muerto convertida en copa; pero quien hoy quiera distinguirse, debe representar y cultivar ese género, así como cosas peores aún, para elevarlas á la altura de instituciones sociales, sin lo cual ningún caso se haría de él. No se trata simplemente de representar horrores, á causa de aquel instinto que un conspicuo de la escuela verista en Italia, Arrigo Boito, manifestó diciendo: «Pues que ya no tenemos el sentimiento de lo bello, acojamos cualquier monstruo con placer» ¡no! hoy se busca la verdadera filosofía, el verdadero arte, la verdadera sabiduría de la vida, la verdadera ciencia social en la realización de los principios que Balzac pone en boca de algunos personajes en sus novelas: «Únicamente los imbéciles hablan del pecado; sólo una sociedad enervada por el Cristianismo y la conciencia puede subsistir por crímenes secretos y por bajezas cobardes. Es necesario que esto cambie; nadie cree en la virtud; la honradez no conduce á nada. El hombre se humilla tan solo ante el poder del genio, ante el valor para el mal, ante lo formidable, lo horrible, lo aterrador. Hay que abrirse camino á través de la humanidad como una bomba ó como la peste». (2)

En todas partes escriben conforme á estas reglas. Zola y sus discípulos, Huysmans, Vast y Ricouard apenas conocen otros representantes y héroes de la sociedad que bandidos, ladrones y esas desgraciadas criaturas para las cuales Emilio Augier inventó la expresión tan exacta de *pobres leonas.* Los representantes de la tendencia más moderna, los grandes y los pequeños maestros de la lite-

(1) Hirzel, *Gœthes italienische Reise*, 8.
(2) Brandes, *Die Hauptströmungen der Literatur des XIX Jahrhund.*, (4), V, 155 y sig.

ratura en boga, Maupassant, Ibsen, Strindberg, Ola Hansson, Gerhard Hauptmann, y sus imitadores liberales y socialistas, producen héroes y heroínas tales, que se necesita tener fuertes nervios solo para pensar en ellos: infanticidios, parricidios, disolutos que paran en idiotas y enfermos de la médula espinal. En un solo número del periódico *Gessellschaft* publicado bajo la dirección de Conrad, se puede encontrar tantos suicidios, y cometidos en circunstancais tan horribles, que es para perder el apetito durante semanas enteras.

Además, un signo demostrativo de que nuestra civilización está lejos de ser sana, es ese acariciamiento de la muerte, á propósito del cual dijo Lenau, en nombre de nuestro tiempo: «Tu misterioso rayo de esperanza me atrajo siempre hacia los cadáveres, engañándome miserablemente». [1]

Pero nuestros poetas y nuestros corifeos conocen el espíritu del tiempo y de nuestra civilización, y viven de la llamada opinión pública. Si deseamos conocer á fondo cómo piensa y siente nuestra generación, en ellos hay que estudiarlo, pues, al fin, para el público escriben.

Realmente, la vida pública y social responde exactamente á las descripciones que de ella nos hacen los escritores; pero también la vida de familia y las relaciones domésticas van por los mismos carriles. Puschkin, uno de los que mejor describen la época, dice con mucha verdad acerca de los sueños, de las lecturas, de las conversaciones de nuestras jóvenes instruídas: «Su ídolo es la mayor parte de las veces un vampiro, que parece ser un conde extranjero; un vagabundo, un bandido, el judío errante, un corsario». [2]

Entonces no hay que llevar á mal que los jóvenes reclamen un encanto aun más grosero para sus placeres y sus pasatiempos. Los mismos goces puramente estéticos tomaron en estas circunstancias el carácter más excitante;

(1) Lenau, *Faust* (Barthel), 16.
(2) Puschkin, *Eugen Onegin* (Seubert), 3, 12.

cuando se organiza un concierto, es una batahola, una rabia, un barullo, que no eran ciertamente peores en las fiestas de Moloch. En el Requiem de Hector Berlioz deben figurar cincuenta y ocho instrumentos de cobre, seis timbales, diez tambores, cuatro platillos y nueve címbalos; á esto se llama música fúnebre con sordina. Por este sistema pronto tendríamos que emplear para sinfonías de carácter alegre los cañones Krupp y las explosiones de dinamita. Las cantoras de la escuela de Ricardo Wagner lanzan tales gritos, que se teme por sus pulmones al mismo tiempo que por los propios oídos; los coros parecen rabiosos, y el director de orquesta gesticula como Hagen de Tronje en la sala abrasada de Etzel. Quien haya visto al organizador de conciertos, Oberlænders, no podrá menos de decir que el cargo es un poco difícil; pero no negará que esto es verdad y conforme á la época.

Nuestros placeres deben ser, en cuanto sea posible, peligrosos para la vida; si en ellos no se aventura la cabeza, ó cuando menos la fortuna, entonces no tienen atractivo alguno. Carreras, corridas de toros, atravesar el Niágara á nado ó bailar sobre él en una cuerda, apuestas, juegos de azar en que se atraviesan sumas enormes, acensiones peligrosas y luchas de pilluelos, son casi las únicas cosas que todavía responden á nuestras exigencias. En unión de todo eso van el absintho, el opio y el arsénico.

El espíritu de nuestra civilización se manifiesta hasta en la arquitectura. Ya no se producen las formas finas de un Bramante; todo debe ser abigarrado, confuso, como si un gigante, que se hubiese vuelto loco, juntase en un gran caldero lo que hubiese más incompatible, más informe, torres, puntas, relieves, bloques, estatuas que expresan su descontento, al verse de ese modo tratadas, con los gestos más fieros y las muecas más inconvenientes. Quien pueda, que vaya á Londres para ver la célebre sala árabe de Sir Leighton, y para estudiar en el palacio de Alma Tadema el arte de reunir en el menor espacio posible las formas bizantinas, pompeyanas, japonesas y puramente imaginarias.

En los castillos reales de Baviera, se aprende también á unir con esto el gusto de los tiempos llamados protohistóricos, el más escogido rococo francés, la vida morisca, la magnificencia de la Edad Media y los encantamientos de Venusberg. En resumen, todo debe reunirse para ejercer todavía algún atractivo en nosotros; no obstante eso, nada hay que produzca una impresión duradera.

Los acontecimientos vienen en la medida de lo posible á socorrer las necesidades de nuestros nervios: bastará decir que en pocos años, desde 1859 á 1889, hemos visto asesinar á dos emperadores, un sultán, un príncipe regente y diez presidentes; hemos visto expulsar á dos emperadores y á una reina; hemos visto á cinco emperadores morir de consunción; á dos reyes renunciar voluntariamente la administración del Estado; á un papa, á dos reyes, á algunos sultanes y á cinco príncipes, privados de sus ventajas temporales; al heredero de un trono imperial perecer de un modo horrible, á un rey acabar su vida en las aguas de un lago y á otro caer en la noche de la locura. Los demás acontecimientos respondieron á estos ejemplos; mas para nosotros, todo eso no fué otra cosa que un entreacto pasajero que, durante un momento, dió materia á nuestras conversaciones, y que muy pronto perdió importancia cuando no sirvió ya para tema de murmuración.

8. ¿De dónde proviene la falta de consistencia y de objeto de la literatura humanista?—Y ahora ¿qué pensar de estados semejantes? ¿Persistiremos en decir que vivimos en continuo progreso, que hemos llegado á una altura de civilización, que jamás el mundo había conocido antes? Si en épocas pasadas se hubieran registrado tales hechos, ¿cómo las juzgaríamos? Pero si á nuestro respeto humano y á nuestra falta de sinceridad les cuesta mucho manifestar la opinión que nos merecen, ¿qué debemos pensar de aquellos hechos? Nos dicen á voces que es necesario conocer, por los frutos, su esencia; por los fenómenos de la civilización humanista, su espíritu; por la incertidumbre, su carencia de objeto; por la inestabilidad, la inquietud, la falta de satisfacción, su ninguna consistencia.

Sin punto de apoyo y sin objeto: tales son las palabras que mejor caracterizan el espíritu del Humanismo y todo su progreso. La razón salta á la vista. Negando seria y solemnemente todo fin superior á la naturaleza, el Humanismo hizo de la carencia de fin su principio fundamental. Concibiendo al hombre exclusivamente como un ser de naturaleza, y tomando además á ésta tal como es; rechazando como un insulto toda idea de que esté corrompida y necesita ser purificada, ser disciplinada, limitada y sometida; la inestabilidad resulta por sí misma.

Las consecuencias tienen que ser las que efectivamente son. Nadie negará al Humanismo que trabajó mucho para hacer surgir de la naturaleza lo que tiene de grande, de bello, de sólido; oro, hierro, bronce; nadie negará su admiración al celo y al arte con que millares de veces formó una estatua de la civilización; pero á nadie sorprenderá que esa estatua se haya quebrado cada vez, como se quebrará siempre; pues tomando la naturaleza y sus dones, tales como los encontraba, inevitablemente introdujo en su obra maestra paja, arcilla y arena. Así, esa cultura no producirá nunca más que un coloso con pies de barro, soberbiamente trabajado en el exterior, pero cuya base y cuyo interior están podridos. Cuanto más alto se levante el edificio, más seguro es su derrumbamiento.

9. Fracaso de la civilización humanista procedente de falta de amor á la verdad.—Profunda tristeza causa seguir la historia de la humanidad: tantos cuidados, tantos sacrificios, tanto arte, y ¡que éxito tan lamentable! ¿Qué tesoros de ciencia y de belleza han reunido Babilonia, Memphis, Atenas, Roma, Alejandría, Constantinopla; y, qué ha quedado? En vano se afanan los pueblos; las conquistas de la civilización se convierten en humo, dice el profeta. Si hubiesen previsto eso, ¿no habrían tomado otra dirección? Pero, ¿quién puede asegurarlo con toda certeza? El mundo lo sabe desde hace siglos: la en-

señanza del Cristianismo se lo predijo, y se lo confirma la experiencia de la historia. ¿Cambia de conducta? Debe cada uno aplicarse á sí mismo, como á la humanidad en general, la advertencia de Butler á propósito de Wallenstein: «Fué siempre un gran matemático, sabía calcularlo todo, movía para sus fines á los hombres como las piezas de un ajedrez, no dudaba en jugar con el honor, la buena reputación y la dignidad de los demás. Después de mucho calcular por fin de cuentas se equivocó, habiendo hecho entrar en el cálculo su propia vida». (1)

Cada hombre, cada época y cada civilización sigue, aun con peligro de equivocarse en sus proyectos, comprometiendo en la pérdida el fruto del trabajo, y aun la vida. Y siempre es así, pero nadie se inquieta por ello. La nueva generación comienza su labor precisamente allí donde se equivocó la generación desaparecida. ¿Y de dónde procede esa ceguera? ¿No tienen ojos los hombres para ver las cosas tales como son? ¿No tienen inteligencia para conocer por los frutos la semilla? Antes de toda reflexión artificial, ¿no les dice su corazón que el espíritu de donde proceden sus esfuerzos no es el verdadero espíritu? Ciertamente que sí. ¡Si á lo menos en ese espíritu hubiese sinceridad! Y, sin embargo, ve la verdad, pero huye de ella; lo que empezó por la negación de la verdad sólo puede ser mejorado por la abnegación, á lo cual no sabe resolverse: de ahí la inquietud, la sobrexcitación, la insensibilidad y por fin la desesperación. No se puede describir el estado del mundo bajo el imperio del Humanismo de un modo mejor que lo hizo la desventurada Luisa Brachmann hablando de su propio estado de ánimo: «Millares de veces deseé no haberle visto jamás; deseé la paz que me hizo perder; y sin embargo, ¡ah! si un dios me ofreciese una vida tranquila y el olvido, mi corazón elegiría su imagen... y la muerte». (2)

En efecto, fué á la muerte llevando en su corazón la imagen del seductor, que no podía poseer. Sucumbió, porque aspiraba á lo que no podía alcanzar, porque aspiraba á un fin falso, ó que más bien no era un fin. Sucumbió, porque había perdido su punto de apoyo, y éste había desaparecido, porque no tuvo ella ánimos para seguir la verdad que había conocido.

(1) Schiller, *Wallensteins Tod*, 4, 8.
(2) Brachmann, *Geliebte Fesseln (G. W.*, 1834, I, 249).

Así es como la más elevada civilización no conduce á nada estable, sino únicamente al error, y á la desilusión, cuando no á la ruina, si le falta el amor á la verdad.

CONFERENCIA XV

LOS MEDIOS DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Los medios de adquirir un gran nombre y el reconocimiento de la humanidad.—Había en otro tiempo un anciano, dice una leyenda slava, que estaba á la sombra de un alerce. El sol quemaba como fuego. De repente percibió á lo lejos un fantasma que se le acercaba: era la peste envuelta en un sudario. Aterrado á su aspecto, quiso huir, pero el espectro le cogió con su larga mano. ¿Conoces á la peste? le dijo: soy yo. Tómame en hombros y llévame á todas partes; no dejes ni una ciudad, ni una aldea, pues debo visitarlas todas. Pero tú no temas; quedarás sano y salvo. Y se cogió á él con sus descarnados brazos.

El pobre viejo se dirigió primero á las ciudades donde reinaban los bailes y los gozosos cantos. Apenas llegaba, cuando el terrible fantasma comenzaba á agitar el sudario. Inmediatamente enmudecía el regocijo y cesaba el placer: en todas partes á donde el viejo dirigía los ojos, no veía más que tristeza. Sonaban lúgubremente las campanas, se ponían en marcha los convoyes fúnebres, los sepultureros no encontraban ya sitio y agotaban sus fuerzas: tan numerosos eran los cadáveres amontonados en las calles. El anciano seguía tembloroso su camino: en todos los pueblos por donde pasaba, palidecían los rostros, las casas quedaban vacías. Su corazón manaba sangre, porque se acercaba á la aldea en que moraban los suyos. Entonces cogió al fantasma con vigorosa mano para que no se le escapara, y se sumergió en el agua. Él se ahogó, pero no el

fantasma. Sin embargo, tanto valor aterró á éste, que huyó lejos á las montañas y á los bosques. (1)

Es una leyenda que, como tantas otras, no responde del todo á la realidad. Lo único verdadero en ella es que los hombres bailan y cantan, aunque pase la justicia de Dios, hasta que la muerte con su mano descarnada, los arranca de ese torbellino de placer. Pero es absolutamente contrario á la verdad que las casas se llenan de lamentos cuando el fantasma se aproxima, y que huyan las gentes: en la vida suceden las cosas de otra manera. Si espectros como el del viejo se aproximan á un lugar, evidentemente se vacía cada casa, todo se pone en movimiento; pero no como si quisieran huir de allí: antes bien va todo el pueblo á su encuentro hasta más allá de las puertas de la ciudad al son de las campanas, y entonando alegres cánticos. Se les prepara una entrada triunfal, se les erige estatuas de bronce en las plazas más hermosas, y todavía después de algunos siglos hablan de ellos con entusiasmo los historiadores. Son rigurosamente verdad las siguientes palabras del poeta: «Vencer en los combates, subyugar las naciones, llevarse los despojos de los pueblos asesinados, será considerado como la más alta de las glorias humanas. Los que lo hayan logrado serán llamados grandes conquistadores, protectores del género humano, dioses é hijos de dioses, cuando debieran ser calificados de destructores y de plagas de la humanidad. He ahí como se adquiere en la tierra el renombre y la gloria». (1)

Y tal como se juzga á los individuos, así deben ser juzgadas las sociedades. Siempre y en todas partes se ha considerado y se considera como grandes pueblos civilizados, como precursores de la civilización, á pueblos, que en su tiempo atropellaron la humanidad con sus carros de hierro, y la pisotearon: Nínive, Babilonia, Roma, para no citar ciudades modernas. Los hombres y las naciones, que no hacen sentir así su poder, difícilmente llegan á adquirir un nombre respetado, y son muy pronto olvidados en la historia.

(1) Hanusch, *Der slavische Mythus*, 322 y sig.
(2) Milton, *Paradise lost*, XI, 692 y sig.

Todavía hay otro medio para conseguir fama. Quien invente un arte, una rama de la civilización, que ofrezcan una excitación á los sentidos, y una satisfacción á la sensualidad; quien predique con la palabra y con el ejemplo el principio tan halagüeño para el Humanismo, de que no hay para qué preocuparse por nada; ese puede estar seguro de ser aplaudido. Esto explica el que no se cansen de celebrar á los antiguos griegos, la veneración que sienten por la época del Renacimiento, las alabanzas que á tan poca costa y en tanta abundancia recoge la actual civilización del mundo.

Si, pues, alguien nos preguntara qué debe hacer para llegar con seguridad á ser algo, tendríamos que decirle: Conoces el proverbio de que la honradez es lo más seguro; pero si pretendes un avance rápido, no debo callarte que no son precisamente la rectitud y la verdad las que te ayudarán; si, pues, como los servidores del mundo, no quieres tener consideración ninguna á tu porvenir y á la eternidad, si quieres lograr tu dicha lo más fácilmente posible, emplea la violencia ó la adulación; puedes, por lo tanto, elegir. Lo primero es algo penoso; exige un gran poder y una independencia mayor aún. Si no te sientes con valor para hacer tuyo el principio de Filipo el Macedonio: «Quien mata al padre no debe dejar vivo al hijo», (1) si no quieres hacer como su almirante Dicearco, quien, donde quiera que llegaba, erigía altares á la injusticia y á la impiedad, y cometía luego tales atrocidades, que se jactaba de hacer temblar no solo á los hombres, sino á los dioses mismos; (2) si no puedes, como Napoleón, considerar y ordenar á sangre fría una ejecución y un asesinato como sangría bienhechora; si, repetimos, ese medio te espanta, necesitas servirte del segundo. Este es más seguro desde todos los puntos de vista. Un hombre que se conquistó el

(1) Polyb., 24, 8, 10.
(2) *Id.*, 18, 37, 9, 10.

título de grande con menosprecio de todas las consideraciones, Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro, confesó que había conseguido más con el oro que con la fuerza, [1] y prefirió alcanzar sus fines amistosamente, procurando que sus adversarios cediesen por medio de complacencias, promesas, invitaciones, fiestas, teatros, goces sensuales y adulaciones. [2] En resumen, el segundo medio es más fácil que el primero, y lleva con más seguridad á conquistar la gloria y el reconocimiento de la humanidad. Ten, pues, valor, y marcha audazmente por uno de esos caminos. Dirige al mundo con la palabra hablada ó escrita, con obras de ciencia y de poesía, y puedes estar seguro de que serás aplaudido por todos, y colocado entre los grandes hombres, los príncipes del espíritu de tu época.

2. El principio de que el fin santifica los medios, como principio del Humanismo.—Inútil será advertir que no damos en serio ese consejo; pero lo que no necesita pruebas tampoco, es que el mundo procede conforme á él.

Si se quiere mantener la justicia en vasta escala, no hay que reparar en pequeñas injusticias, decía Jason de Feres. [3] No sabemos cuantas veces habrá practicado la justicia conforme á esa máxima: lo que sí sabemos es que así logró ser tirano de Tesalia. Verdad es que al fin murió asesinado, pero habia conseguido el único objeto en que soñó toda su vida: ser el primero entre los suyos.

César tuvo exactamente los mismos sentimientos, el mismo éxito y el mismo fin. Siempre tenía en los labios las vergonzosas palabras de Eteocles en las *Fenicias* de Eurípides: [4] «No retrocedas ante ningún crimen, pero cométalos únicamente para alcanzar el poder; en otro caso, practica la virtud, con lo que te espera muy escasa recompensa». [5]

(1) Polyb., 16, 53, 3; 54, 4.
(2) *Id.*, 16, 55, 1 y sig.
(3) Aristót., *Rhetor.*, 1, 12, 31. Plutarco, *Præcepta gerendæ reipub.*, 24, 1; *De sanitate præcepta*, 24.
(4) Sueton., *Cæsar*, 30. Cicerón, *Offic.*, 3, 21, 82.
(5) Euripid., *Phœniss.*, 524 y sig.

No sin razón se refería César á Eurípides, que es precisamente el Maquiavelo de la antigüedad, y muestra predilección especial por la máxima que acabamos de citar. También hace á Ixión decir: «Si quieres ser feliz, toma de una persona honrada el nombre, y la conducta de un pillo». [1]

Aun era más radical la opinión de los estoicos. Según ellos, [2] el mal es absolutamente necesario á la belleza y á la existencia del mundo; pero Carneades, ese charlatán sin conciencia, que siempre hallamos en primera fila cuando se trata de un audaz ataque contra la moral, hizo también cuanto de su parte estuvo en esa cuestión, y procuró persuadir á los romanos de que la justicia no puede menos de ser funesta en la vida pública, social y civil. Según él, únicamente la injusticia cuenta con probabilidades de buen éxito en la tierra, y de convertir á ésta en una mansión de felicidad. [3]

Tal era la situación cuando apareció el Cristianismo, y ¡es muy extraño! esos espíritus, que públicamente se alababan, y se manifestaban orgullosos de la máxima de que se debe hacer el mal para que resulte el bien; esas inteligencias que consideraban como débil é insensato al que perdía un buen resultado por escrúpulos de conciencia, y prefería lo honrado á lo útil; que creían no poder realizar ningún progreso, ningún fin civilizador sin romper las trabas de la ley moral: esos mismos no pueden aducir contra la combatida religión nueva acusación más grave, que la de atribuirle la doctrina de que un buen fin santifica los medios. Por más que San Pablo se defendió de esa acusación [4] como de una invención blasfematoria, no dejaron nunca de hacerla sus adversarios.

Procediendo así, no habían renunciado á su antigua máxima, pues para eso les hubiera sido necesario renunciar más

(1) Euripid., *Frag.*, 425 Plutarco, *Audiend. poet.*, 4.
(2) Plutarco, *Commun. notitiæ adv. Stoicos*, 13, 15.
(3) Lactanc., *Institut.*, 5, 16.
(4) Rom., III, 8.

bien á sí mismos. Era la táctica antigua, pero siempre nueva, de atribuir al adversario lo mismo que se practica, para separar la atención de su propia manera de obrar cuando es condenable. Sí, el mundo seguirá siempre esa regla. Sin embargo, el Cristianismo tuvo tanta influencia en el mundo, que sus enemigos no se atrevieron por mucho tiempo á decir eso en público, como línea de conducta que se debiera seguir, aunque la practicaban con bastante frecuencia en la vida.

Sólo cuando levantó la cabeza el neopaganismo, en los días del Renacimiento, del Humanismo, reapareció esa doctrina en todas partes; desde entonces fué tratada en la nueva literatura como una de las bases fundamentales de la civilización moderna, por lo menos respecto á la vida pública. Difícil sería encontrar un principio, que haya sido expresado con más frecuencia y con más franqueza por sus más conspicuos representantes, y que haya sido considerado como más natural y más innegable.

3. Maquiavelo.—Fué Maquiavelo quien sirvió de padrino á esa doctrina cuando se la acogió de nuevo en la literatura, por lo cual se le dió su nombre. Es para todos evidente, dijo, que en la sociedad, lo mismo que en la familia y en las relaciones más íntimas, es más honroso tener palabra y una vida irreprochable; por el contrario, enseña la experiencia que, en la vida pública, llevan á cabo los más ilustres hechos precisamente aquellos que se sirven de los hombres por astucia ó por violencia. (1) En la vida pública, no es necesario ser bueno y conducirse bien; hasta es perjudicial: únicamente exige la prudencia hacerse hipócrita, y disimular para guardar exteriormente la apariencia del bien. (2) Querer siempre obrar bien, sería exponerse á perecer; por lo tanto, es necesario procurar no ser bueno cuando las circunstancias así lo reclamen; (3) hay que ser medio hombre, medio animal, unas veces zo-

(1) Machiavelli, *Il Principe* (Francoforte, 1852), 18, 108.
(2) *Ibid.*, 18, 111.
(3) *Ibid.*, 15, 95.

rro, otras león. Los que tienen mejor éxito son los que saben hacer mejor de zorro; (1) pero con todo eso es necesario evitar prudentemente la infamia de los vicios. (2) Si los hombres fuesen buenos, tales principios serían sin duda malos; pero los hombres son muy astutos, y por eso no hace falta tener palabra con ellos; (3) son tan estúpidos, que sólo obedecen á la necesidad y á la violencia, y el engañador encuentra siempre quienes se dejen fácilmente engañar. (4) La única medida de precaución que no se debe jamás perder de vista, es atender la dirección del viento; (5) procure el príncipe siempre tener buen éxito, pues el vulgo no juzga más que por las apariencias y el resultado de los acontecimientos, y el mundo no se compone más que de vulgo. (6)

4. Sus imitadores.—Difícil es decir, aunque sea fácil de comprender, qué entusiasmo y qué sed de imitación produjeron en el mundo esas opiniones; si quisiéramos consultar los autores de los últimos siglos, que las repiten de muy varias maneras, (7) desde Charron, (8) Bolingbroke, (9) Hume, (10) hasta Fourier, (11) Biefeld, (12) Gerbel (13) y Lecky, (14) necesitaríamos hacer un trabajo largo é ingrato y sería siempre la misma cantilena: el fin santifica los medios; hay que hacer el mal á fin de que resulte el bien.

Naturalmente ninguno de estos autores deja de añadir

(1) Machiavelli, *Il principe*, 18, 109.
(2) *Ibid.*, 5, 96.
(3) *Ibid.*, 18, 110.
(4) *Ibid.*
(5) *Ibid.*, 18, 111.
(6) E nel mondo non è se non vulgo (*ib.*, 18, 112).
(7) Mohl, *Geschichte und Literatur der Staatswissenschaften*, III, 521-591.
(8) Vorlænder, *Gesch. der philos. Moral bei den Englændern und Franzosen*, 215.
(9) *Ibid.*, 440 y sig.
(10) *Ibid.*, 483.
(11) Jul. Schmidt, *Gesch. der franz. Literatur seit der Revolution*, (1858), I, 585.
(12) Ap. Stein, *Pathol. Moralprincipien*, 293.
(13) *Ibid.*, 101.
(14) Lecky, *Sittengeschichte Europas*, I, 52, 102.

expresamente, por precaución, que dicho principio no debe ser aplicado por el individuo para alcanzar sus fines personales; se permite que hagan amplio uso de él los escritores, los sabios, y muy especialmente los artistas; pero á quien se concede el privilegio especial de obrar conforme á él, y hasta se le considera como una especie de deber, es al hombre de Estado.

Bluntschli dice que es necesario no confundir esto con el pretendido modo de proceder de los Jesuítas. Éstos, ó mejor, todos los cristianos enseñan con San Pablo que los malos medios son siempre condenables y corrompen los buenos fines; que un mal fin daña igualmente los mejores medios, y que éstos, aun siendo lícitos, necesitan para ser buenos que el fin lo sea también: no obstante eso, afirma Bluntschli—poco importa que sea por error ó por malicia—que aquéllos permiten también al individuo hacer el mal para que resulte un bien. En eso consistiría su primer defecto; el segundo y más importante consistiría en permitir eso sin preocuparse de si en la realización del fin que se proponen puede haber ó no esperanza de buen éxito. Pero la ciencia política se distingue ventajosamente del jesuitismo en que jamás aprueba un mal medio, si no es proporcionado al fin—es decir, cuando no hace esperar un buen resultado—y esto únicamente cuando el fin moral prevalece; [1] por consiguiente, sólo en cosas de importancia.

Para hablar con claridad, la política, á lo menos según Bluntschli, procede como el vulgo de Maquiavelo. Si los proyectos tienen buen resultado, se canoniza al autor; si fracasan, se dice que era una locura proceder así, pues, como es sabido, en el mundo es el mayor de los pecados.

Injusto sería atribuir la responsabilidad de estas doctrinas únicamente á los hombres de Estado y á los jurisconsultos; no son otra cosa que la aplicación estricta y clara de los principios admitidos desde hacía mucho en la filosofía.

(1) Bluntschli, *Staatswœrterbuch*, VIII, 124.

La marcha de la historia universal, dice Hegel, nada tiene que ver con la virtud y la justicia. [1] La compasión, la humanidad, y otros sentimientos análogos son, al decir de Spinoza, malos é irracionales en la vida ordinaria; si no perjudican más de lo que en realidad lo hacen, es únicamente porque la insipiencia predomina en la vida. [2] Tiene esto naturalmente aun más aplicación en las relaciones públicas. Las virtudes morales, según Montesquieu, son la causa de muchas desdichas políticas; por el contrario, los vicios morales producen frecuentemente la felicidad de la vida pública. [3] Un buen cristiano, dice Bayle, [4] con su fina burla, que Rousseau repite con mayor malicia, [5] será siempre un mal ciudadano; siempre será excesivamente moderado, frío, lleno de miramientos. Influído por el temor de perjudicar á los demás, no admitirá la astucia y la perfidia en la guerra, ni en la paz la venganza de las ofensas recibidas; y de ese modo se encontrará siempre en un estado de inferioridad. Un mal cristiano, por el contrario, será un ciudadano tanto mejor, cuanto que se dejará emplear en cosas á las cuales no querría prestarse un hombre honrado. El orden de este mundo es tal, que necesita vicios para mantenerse, dice Montaigne; negarse á prestar el apoyo de la palabra al engaño, sería tanto como no comprender las cosas humanas; sin embargo, aquél prestó los mayores servicios, y los más de los hombres del engaño viven. [6]

Si filósofos, si hombres que esperan se tome en serio lo que dicen y se les juzgue en su justo valor; si autores afamados hablan así, no hay que asombrarse de encontrar en la literatura popular tantas doctrinas chocantes. Bien sabemos que hay muchos, ávidos de aprovecharla para poner

(1) Hegel, *Philosoph. des Rechts*, § 345 (*G. W.*, 1840, VIII, 425).
(2) Spinoza, *Ethica* 4, *prop.* 54; cf. 3, *prop.* 27.
(3) Montesquieu, *Esprit des lois*, 19, 9, 10.
(4) Bayle, *Continuat. des pensées*, 122-124. Vorlænder, *loc. cit.*, 580 y sig., 577 y sig.
(5) Rousseau, *Contrat Social*, 4, 8.
(6) Montaigne, *Essais*, 3, 1, 9. Vorlænder, *loc. cit.*, 169 y sig., 172 y sig.

en ejercicio su audacia y la sátira, despreciando lo que es santo. Á nadie extrañará, pues, que Voltaire diga que en la tierra hay dos categorías de gentes afortunadas: los imbéciles, que no comprenden la necesidad del vicio y del lujo, ni que esté fundada en la naturaleza humana la astucia empleada para engañar al hombre sencillo; y los que prefieren lamentar hipócrita y estúpidamente la corrupción mundana más bien que crearse una buena posición por la astucia ó la fuerza. [1] Eugenio Sue dice que el Cristianismo no puede ser más injusto al condenar todos los vicios; basta darles el lugar conveniente y saber utilizarlos, para que se vea la utilidad y el bien que reportan á la humanidad. [2] La imperfección de los hombres, declara Helvecio, procede siempre de que se les aconseja hacer el bien por el bien. No debe temerse tener de una vez el valor de presentarles un estimulante vigoroso, el verdadero fin de toda acción, es decir, el placer sensual, ó para aterrarlos, el dolor sensible. En este caso sabrán bien encontrar lo que es bueno y justo, pues las grandes acciones obedecen al resorte de las pasiones fuertes. [3]

5. La fábula de las abejas.—Ahora querríamos saber con qué derecho y con qué sinceridad podría el mundo protestar contra la célebre fábula de las abejas de Mandeville, que no hace más que presentar en términos velados, como más tarde lo hizo Voltaire en el *Mondain*, lo que todo el espíritu de los tiempos modernos, ó mejor dicho, el Humanismo de los tiempos antiguos y modernos reconoce como uno de sus dogmas fundamentales. [4]

Se habla, dice Mandeville, [5] de un instinto innato en el hombre para la sociabilidad; sin embargo, la experiencia demuestra que precisamente las cabezas más vacías son las que menos pueden estar en la soledad, cuando un hombre inteligente la encuentra preferible siempre; luego la sociabilidad no es un instinto de la naturaleza buena. El hombre no se relaciona con sus semejantes más que por mala inclinación y por egoísmo, porque no se basta á sí mismo y quiere explotar á los otros. En el estado de inocencia, es por lo tanto inferior al animal, que un natural instinto lleva siempre á unirse con los otros para formar rebaño.

(1) Voltaire, *Le Mondain*, V. Gfrœrer, *Gesch. des XVIII Jahrh.*, II, 553-555. Vorlænder, *loc. cit.*, 599.
(2) Jul. Schmidt, *loc. cit.*, II, 477 y sig.
(3) Helvetius apud Vorlænder, *loc. cit.*, 605, 607. Erdmann, *Gesch. der neuern Philosophie*, II, 250 y sig. *Anh.* CI-CIII.
(4) Schlosser, *Gesch. des XVIII Jahrh.*, (3) I, 444, 531.
(5) Las citas en Erdmann, *loc. cit.*, II, 1, 228, 235, *Anh.* XCI-XCVI, et apud Vorlænder, *loc. cit.*, 425, 431.

Así, pues, por naturaleza no existe la filantropía en el hombre: sólo es bueno para otro por utilidad propia. [1] La compasión no es más que el amor de sí mismo, es decir, el deseo de no tener disgustos; por eso esta cualidad se halla con mayor frecuencia en los hombres más débiles; pero al mismo tiempo que éstos son útiles para sí, perjudican á la totalidad. La compasión produce la pereza, destruye la afición al trabajo é impide el progreso de la civilización; [2] cuantos más hombres hay de esa especie, más perjuicio sufre la colectividad.

Por lo tanto, virtud y salud pública no pueden coexistir: puede suceder que haya virtudes entre los hombres, pero no pueden ser origen de un espíritu colectivo, feliz y poderoso, ni hacerle subsistir. La satisfacción y la economía son más perjudiciales á la industria, que la pereza. Avaricia por un lado, lujo y prodigalidad por otro, favorecerían más el bienestar, que el amor al trabajo: la ambición y el orgullo son mejores impulsos de la actividad, que toda reflexión moral. [3] Los celos y la envidia han contenido á más hombres y corregido á más esposos malos, que todos los sermones desde el tiempo de los Apóstoles. Son tan necesarios los vicios para la prosperidad de la vida pública, como el hambre en la vida ordinaria. Los hom-

(1) La Rochefoucauld. V. Vorlænder, *loc. cit.*, 584 y sig.
(2) Spinoza (*Ethica*, 4, prop. 50) et Helvetius (apud Vorlænder, *loc. cit.*, 606).
(3) J. H. Fichte, *Die philosophische Lehre von Recht, Staat und Sitte seit der Mitte des XVIII Jahrh.*, (Ethik, 1), 543.

bres peores, los más desordenados, los más criminales, han favorecido muchas veces el bien común; cuando disipaban, cuando se apropiaban ó destruían lo que la aplicación de los otros había creado, mantenían á los pobres y aumentaban las rentas del Estado.

Querer limitar las pasiones con virtudes significaría, pues, comprometer fuertemente la salud de la humanidad, abstracción hecha de que semejante conducta sólo produciría hipócritas. Nadie es bueno por inclinación natural: sólo por la violencia, no por la razón, se hace á alguien bueno. El único medio de refrenar las pasiones es oponerles pasiones mayores aún; pero en lo concerniente á la colectividad, su fin está absolutamente en contradicción con el del individuo. Cuando es virtuoso cada uno, retrocede todo, y se destruye el bien común; en tanto que si cada individuo está lleno de vicios, la colectividad es un paraíso. Quien crea encontrarse mejor con la virtud puede ensayarlo, pero á condición, según dice con burla Voltaire, de familiarizarse nuevamente con las bellotas que eran el alimento de nuestros antepasados.

6. El testimonio de la historia acerca de los efectos de las pasiones y del mal.—Eso es hablar lealmente y con claridad; podemos, pues, contestar con palabras de la misma naturaleza, y no dejaremos de hacerlo. ¿Acaso esos grandes espíritus, cuyas palabras tanto venera la humanidad, vivieron en la luna? ¿Fueron condenados, como el asno de oro de Apuleyo, á caer siempre entre fieras y bandidos, en vez de caer dentro de la sociedad humana? En todo caso, no se adivinaría, en sus sabios discursos, si saben algo de la humanidad real y si estuvieron jamás en relación con los hombres. ¿No se hizo nunca la tentativa? Si la violación de los mandamientos de Dios, si los vicios deben hacer felices á los pueblos, verdaderamente podría creerse que tuvieron éstos frecuentes ocasiones de labrar su felicidad. La historia ofrece, por desgracia, ejemplos numerosos, pero basta para nuestro propósito citar algunos: la guerra del Peloponeso, las luchas por la

constitución de Atenas, las guerras civiles de Roma y la época del Imperio, el reino de los francos en tiempo de los Merovingios, la guerra de Treinta años, la Revolución francesa produjeron pasiones, y fuertes pasiones ciertamente.

Verdad es que hemos visto alabar la Revolución francesa como una de las épocas más gloriosas; que se hace derivar de ella el principio de la civilización moderna; que se pretende haber conquistado Francia mediante ella un lugar y una historia entre los pueblos civilizados; pero no son convicciones de inteligencias que juzguen á sangre fría; son cuestiones de gusto, en que, como suele decirse, nada hay escrito: tal vez ideas y farsas de genio, en que las gentes vulgares ó profanas carecen de derecho á emitir su opinión.

Nosotros, simples mortales, confesamos á riesgo de ser clasificados entre el vulgo por Maquiavelo y sus satélites, que no podemos familiarizarnos con la idea del estado de inocencia, de las delicias del paraíso y de la felicidad del género humano. Que quienes tengan valor para ello crean, pues, que la humanidad es felicísima cuando no violenta sus instintos, cuando se educa á su gusto, cuando se sustrae á toda disciplina más elevada; que los ciegos panegiristas de Nietzsche repitan su principio de que la civilización no puede prescindir de pasiones, de malicia y de vicios; [1] que miren como solución única de la miseria social de la época ese grito de terror, eco del Darwinismo: Á la mar los débiles; [2] que declaren que el porvenir únicamente á los hombres animales pertenece, [1] porque son los únicos bastante fuertes para afrontar la lucha por la existencia; pero no seremos nosotros á quienes se conquiste con huecas frases. Nuestra convicción es que una civilización que se desenvuelve por tales medios acabará mal y conducirá á la ruina, y creemos tener á favor nuestro el testimonio de la historia.

(1) Nietzche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, 324, N.º 477.
(2) Cf. Duboc. *Hundert Jahre Zeitgeist*, II, 125 y sig.
(3) *Revue des revues*, 1893, VII, 393.

7. Por qué se derrumban los Estados y las civilizaciones.—Este siglo ha visto en los dos imperios franceses cómo se desmoronó con la rapidez de un castillo de naipes un poder que se creía invencible; no fué más pronta la caída del poderío y de la civilización atenienses á la muerte de Pericles. ¿Cómo fué posible cambio tan súbito? La suerte, se dirá, se mostró infiel; palideció la estrella de aquellos grandes hombres; se agotaron, perdieron su aptitud. ¡Qué palabras! ¡La suerte! ¿debe, pues, contarse siempre con el éxito? Creeremos por tanto seriamente que Maquiavelo con su descripción desdeñosa comprendió la vida de la humanidad. Pero ¿acaso Napoleón en los años de su decadencia desplegó menos actividad, dió pruebas de menos talento, de menos experiencia de la guerra que cuando su estrella brillaba más cada día? [1]

¡No! En estas cuestiones hay que mirar más que la suerte ciega, la debilitación del talento ó el azar. La estrella de Atenas y la de Roma debieron palidecer, la suerte debió abandonar la creación de Pericles porque la habían abandonado la fuerza interna y la vida. Lo mismo sucede con las fundaciones de casi todos los grandes hombres; la semilla que habían esparcido dió frutos, pero cuando se siembran vientos y veneno, se recogen tempestades y la muerte. La base en que habían cimentado era ilusoria; cuando vaciló, todo el edificio se vino abajo. No fué el nacimiento de una pasión nacional; no fué el destino ciego, ni la mala suerte lo que hirió á Napoleón: sus propias faltas le derribaron. La cooperación en sus faltas fué también lo que dió en tierra con su colosal Imperio. Él mismo había expresado la máxima, que después repitió con tanta frecuencia y convicción Víctor Cousin, [2] que en la guerra una gran desgracia indica siempre un gran culpable. Que haya en eso poco ó mucho de verdad, [3] y ciertamente la

(1) Hæusser, *Deutsche Geschichte*, IV, 468 y sig., 500 530, 588 y sig., 750, 764.
(2) Gervinus, *Gesch. des XIX Jahrh.*, I, 8.
(3) Num., XIV, 41 y sig. Jos., VII, 13. Jud. II, 20 y sig.; III, 8; IV, 2; VI, 1. Ps., LXXVII, 59 y sig.; CV, 41 y sig. Agustín, *Civ. Dei*, 22, 6, 2.

hay, había en todo caso emitido su propio juicio al decirlo.

8. Los Estados y las civilizaciones que duran, sólo florecen por la verdad y la justicia.—Por eso llegamos de un modo natural á esta cuestión: ¿Cómo nacen las civilizaciones? ¿Cómo prosperan? ¿Cómo se conservan? Esta cuestión tiene afinidades con esta otra: ¿Cómo se funda, se favorece y se conserva la sociedad civil? Porque es evidente que la vida política y social es la parte principal en el progreso de la civilización.

No podemos menos de confesar que en este punto suele haber entre nosotros opiniones muy falsas y peligrosas: impresionados por el hecho innegable de que los cristianos somos con frecuencia aventajados por nuestros adversarios en el terreno del progreso puramente material, caemos fácilmente en el desaliento; nos cruzamos entonces de brazos, y decimos suspirando: No podemos hacer nada contra eso, ni hay esperanza de que podamos sostener honrosamente la lucha. El mundo dispone de muchos medios; en tanto que nosotros estamos en todas partes limitados por la conciencia y la ley de Dios, él no necesita guardar consideraciones, y puede escoger sus medios con entera libertad.

Al quejarnos así, caemos, sin darnos cuenta de ello, en las falsedades intelectuales que hemos censurado. ¿Creemos verdaderamente que el mundo alcanza mejor éxito en sus empresas por no tener trabas en la elección de medios? Bien se advierte aquí la facilidad con que el dios éxito turba la vista de la inteligencia; y si esto puede ocurrirnos á nosotros, ¿por qué asombrarnos de que los hijos del mundo juzguen como lo hacen? Pero procedamos de suerte que no perjudiquemos la justa apreciación de lo que es durable y eterno; no debemos perder esto de vista si queremos resolver acertadamente la cuestión.

Así, pues, ¿cómo se engrandecen los Estados y las civilizaciones? En este punto, la Sagrada Escritura nos da la única respuesta eternamente verdadera: La justicia ele-

va á los pueblos. (1) Y no es solamente el espíritu de Dios quien habla así; lo dicen también la razón y la experiencia humana. Sin justicia, un país no es habitable, dice Aristóteles. (2) Si el hombre se separa del derecho y de la ley, se convierte en el más salvaje y peligroso de los animales; por eso deben marchar de acuerdo la justicia y el orden público. (3) Platón (4) é Isócrates (5) lo dicen también; y especialmente Demóstenes desenvuelve por modo admirable ese pensamiento en un pasaje que debe confundir no poco á nuestros historiadores de la civilización y á nuestros políticos. No es posible, dice, que la injusticia viva largo tiempo próspera: el mal dura poco; tal vez produce flores en abundancia y despierta esperanzas risueñas, pero repentinamente cae y desaparece con el viento. En un buque, en una casa, en todas partes, la base es lo que debe haber más sólido. Lo mismo sucede en cada acción y en cada vida; por consiguiente, cada Estado y cada civilización, deben tener por bases la verdad y la justicia para ser prósperos y felices. (1) Hasta el maquiavélico Eurípides no puede menos de decir: «Y bien, vosotros los malvados, perseguid los honores, y amontonad el oro sin importaros que sea justa ó injustamente; por todas partes recogeréis la desgracia y la maldición». (1)

Pero si la justicia debe ser la base de toda prosperidad, ¿cómo entonces podemos explicarnos la existencia y la prosperidad de tantas civilizaciones y de tantos Estados que han sido edificados sobre la violencia y no sobre el derecho? No hablamos de los reinos de Alejandro, de Atila y de Tamerlán reducidos á la nada á poco de nacer; pero contémplese el Imperio Romano; ¿no es la prueba más sorprendente de que la justicia y la utilidad propia están

(1) Prov., XIV, 34.
(3) Aristót., *Polit.*, 3, 7 (12), 6.
(3) *Ibid.*, 1, 1 (2), 13.
(4) Platón, *Rep.*, 1, 23, p. 351, c.
(5) Isocrates, *De pace*, (8) 116-123.
(6) Demóstenes, *Olynth.*, II, 10.
(7) Eurípides, *Frag.*, 420 (Wagner).

muy alejadas una de otra en la vida pública? Practicaban toda suerte de injusticias para tener en seguida un pretexto y declarar la guerra; de ese modo, persiguiendo sin cesar el bien ajeno y apropiándose la fortuna de todos los pueblos, llegaron á la dominación del mundo únicamente por la rapiña. (1)

Y si fuera posible que una potencia disputase el primer puesto á los romanos en injusticia y violencia, es la Asiria; y precisamente este imperio fué el que duró más largo tiempo; no duró menos de 1300 años. (2) Citadnos, dicen, indicándonos tales hechos, en toda la historia universal un reino semejante en fuerza y extensión que haya practicado siempre la justicia y se haya mantenido por tantos siglos. ¿No habría sucumbido cien veces si hubiera seguido las doctrinas estrechas del catecismo, con las que se puede en caso de necesidad guiar un rebaño de carneros y dirigir una granja, pero no elevar una monarquía á un alto grado de gloria ni aun conservarla por mucho tiempo? (3)

Esta manera de hablar es, para servirnos de las expresiones de Sócrates, uno de esos jirones agujereados con que pretenderían cubrirse los que prefieren la utilidad al derecho y á la justicia, sin comprender, sin embargo, lo que es verdaderamente útil; (4) está hábilmente escogida para engañar á los que no ven más profundamente ni más lejos, sino que se detienen en la superficie y se dejan cautivar por el momentáneo brillo de las palabras. ¿Qué son algunos siglos para la historia del mundo y para el reinado eterno de la verdad y de la justicia? ¿Hay una sola de esas civilizaciones que no haya sido vencida por la verdad desconocida allí? ¿Hay uno solo de esos imperios al que no haya puesto fin la justicia oprimida tanto tiempo? Con profundo sentido dijo Víctor Hugo: «Todo coloso tiene pies de arena». (5)

(1) Lactancio, *Instit.*, 6, 9.
(2) Ctesias, 2, 17, 21 (Müller). Diodor., 2, 21, 8; 28, 8.
(3) Stenzel, *Gesch. des preuss. Staates*, IV, 385 y sig., cf. 36, 280 y sig.
(4) Platón, *Alcibiades*, 1, 10, p. 113, d. 114, e.
(5) Víctor Hugo, *Voix intérieures*, II, 7.

Fácil es encontrar la razón; los colosos son tan débiles, porque en la composición de su base entra muy poco de verdad y de justicia. Jamás un reino fundado solamente en la injusticia podrá subsistir, lo mismo que no se edifica una casa en el agua ó sobre un precipicio.

Y siempre será así; sin justicia, ningún poder habrá de prosperar ó existir de un modo durable, y sin verdad, ninguna civilización. No fué la crueldad bárbara, no fué la injusticia, lo que consolidó la dominación de los asirios, de los babilonios y de los otros conquistadores, sino la injusticia mayor de aquellos á quienes Dios les hacía castigar. [1] En tanto que Asiria se dejó emplear como plaga y como instrumento de la cólera divina, estuvo floreciente; [2] pero cuando empezó á eximirse de ese mandato, el Señor retiró su mano, y Asiria fué ya como un volcán que, al quemarse, se derruye en sí mismo. [3] Ni la sabiduría ni el poder sirvieron ya de nada; no pudo luchar contra la injusticia, y se ahogó en el exceso de su iniquidad á pesar de tantos siglos de existencia. Lo mismo sucedió con la civilización romana y su dominación universal; lo mismo sucede, y lo mismo sucederá con cada nación. Serán eternamente ciertas las siguientes palabras de Víctor Hugo: Á veces pasan entre las naciones elegidos malditos del furor supremo, por mucho tiempo victoriosos, armados como están del anatema, que al fin también los derriba. [4] Cuando quiere, Dios, que entrega el perverso al malo, quiebra el formidable juguete con que el universo era atormentado. [5]

9. Falso juicio del vulgo acerca de la felicidad y la civilización de la humanidad.—Guardémonos, en estas cuestiones, de juzgar como el vulgo, cuyas miras son tan cortas. Cuando un hombre tiene pan todos los días, se envidia su felicidad, y cuando en un Estado algunos presuntuosos absorben millones, y pisotean una muchedumbre de hombres para rodearse de inventos destinados á los refinamientos del goce y de la voluptuosidad, los historiadores hablan entonces de una época floreciente, y no del pueblo explotado y pisoteado. Pero una cosa es el éxito engañador del momento y el poder exterior, y otra la verdadera prosperidad de los pueblos. ¿Quién, pues, valuará la dicha de la humanidad y la cultura del espíritu por el desenvolvimiento de cosas que se pueden contar y medir? ¿Acaso debe considerarse como feliz á un pueblo porque pueda dar, para realizar sus proyectos, millones á un conquistador como Asiria los dió á Nino? Juzgaremos que su felicidad llegó al colmo cuando lo superfluo, ó más aun, el sudor y la sangre de sus habitantes le sirven para levantar hacia el cielo pirámides, torres de Babel y pagodas; cuando con sus templos de rocas, de mármol, y sus laberintos rivaliza en magnificencia con la naturaleza; cuando con el canto y el baile, con la poesía y los teatros se aturde hasta olvidar sus sufrimientos?

(1) Agustín, *Civ. Dei*, 4, 15. Sto. Tomás, *Regim. princ.*, 3, 7.
(2) Is., X, 5. Jer., LI, 20-23; XXVII, 8.
(3) Jer., 41, 25. Is., X, 7-16; XLVII, 6-15.
(4) Víctor Hugo, *Odes*, I, 11, 1.
(5) *Ibid.*, I, 11, 3.

En caso afirmativo debemos confesar que los malos contribuyen más que los buenos á la felicidad del género humano. No podemos negar que, ordinariamente, entre los que abandonaron á Dios se buscan más las comodidades exteriores de la vida, la habilidad terrena, la creación de muchos medios de poder, que entre aquellos que dirigen su pensamiento hacia el cielo. Los servidores del mundo, más satisfechos en este elemento, no piensan ni obran más que como si debieran quedar eternamente aquí abajo; no se les ocurre destinar una pequeña porción de su tiempo á buscar bienes superiores á los de la tierra; en consecuencia su espíritu y su corazón no piensan más que en establecerse aquí tan agradablemente como les sea posible. Ya el historiador fenicio Sankoniaton [1] atribuye á la raza de los malos, siempre dispuestos á la guerra, la invención del arte de trabajar los metales y la arquitectura, la nevegación y el

(1) Philo. Bybl., *Fragm.*, 2, 9 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, III, 569). Eusebio Cæsar., *Præp. evang.*, 1, 10, 8, 9 (Viger, p. 35).

perfeccionamiento de la pesca y de la caza. La Sagrada Escritura atribuye igualmente la invención del arpa y de la cítara, así como el arte de fundir y trabajar los metales, á los hijos de Caín, [1] esos hijos del mundo que habían olvidado á Dios y caído en las cosas terrenales. Milton escribió con este motivo líneas de perfecta aplicación á lo que vamos diciendo: «Esas tiendas, que tan agradables te parecen, son las tiendas de la maldad; en ellas moran los hijos del que mató á su hermano. Están muy versados en las artes que embellecen la vida, y son grandes inventores; pero olvidan á su criador, y aunque á su espíritu deben toda la ciencia, no quieren reconocer ninguno de sus dones». [2]

También está en la naturaleza de las cosas que una vida ocupada tan solo en embellecer la tierra, debe convertirse en esclava ó estar sometida á cierta cultura de las aptitudes humanas. El cazador que persigue al oso, al león, al ciervo; el guerrero que en el desierto inmenso ó en los bosques vírgenes debe esperar siempre verse atacado, educará sus sentidos y la vigilancia de su espíritu mejor que el campesino dedicado al mejoramiento de los frutos ó á cuidar animales. En la lucha de las pasiones políticas en la agitación del foro deben desenvolverse, mejor que donde todos viven pacífica y amistosamente, la habilidad oratoria, la réplica, la previsión, la astucia, el arte de abarcar de una ojeada la situación y de sacar partido de los medios disponibles. En el mismo orden de ideas debe tenerse en cuenta que nuestras relaciones de salón, en que está expuesto cada cual á las miradas y á los comentarios de espectadores burlones y sin caridad, contribuyen más á dotarnos de un barniz distinguido en las relaciones exteriores, que la vida retirada en el seno de la familia. En los centros donde como dice Molière no hay grandes ni pequeños que estén garantizados de la crítica, [3] y en que, se-

(1) Génesis, 4, 21, 22.
(2) Milton, *Paradise lost*, XI, 607 y sig.
(3) Molière, *L'école des femmes*, 1, 1.

gún expresión de Sheridan, cada palabra es la muerte de un nombre ilustre, [1] vienen como por sí mismas la habilidad, la prudencia mundana y el conocimiento de los hombres.

Ciertamente no negamos que haya en esas conquistas de la civilización, aunque meramente profanas, un bien real para la humanidad; pero, con sus luces, aquellos progresos proyectan oscuras sombras en la vida, y esas son las que no debe pasar en silencio el pensador que quiera juzgar rectamente. Hacen las historias relatos de ejércitos brillantes, de magníficos hechos de armas; pero hablan muy poco de la sangre, de las lágrimas, de las devastaciones que arrojan sobre ese esplendor sombras tan negras. El valor heroico es la materia eternamente fecunda con que los poetas entusiasman á nuestra juventud. ¡Si á lo menos dijesen que los gemidos de aquellos á quienes tan frecuentemente se maltrató y que fueron de todo despojados rara vez nos permiten ver á los héroes en la claridad de una gloria pura! Nos formamos con los príncipes de la elocuencia, que deben su renombre á las asambleas populares y á las negociaciones públicas; pero en nuestro entusiasmo olvidamos por completo que, según dice Tácito, la elocuencia es una llama que vive gastando un poderoso combustible, [2] y que frecuentemente constituyen sus verdaderos resortes la desunión social y la efusión de sangre, la astucia, las mentiras y las pasiones políticas. [3]

10. La civilización humanista y la descripción de una civilización que no se aparte de Dios.—Si ya con relación al pasado confundimos fácilmente la realidad y las apariencias, con más razón debemos abrir los ojos del espíritu relativamente á lo que nos toca de cerca, y tener mucho cuidado de no falsear nuestro juicio. Porque en esto difieren mucho entre sí las opiniones, y además, la repulsión ó la simpatía suelen influir en nosotros mucho más

(1) Sheridan, *Læsterschule* (Schrœder), 1, 10.
(2) Tácito, *Orat.*, 36.
(3) Milton, *Paradise lost*, XI, 638-671.

que la reflexión. Unos creen que jamás se enorgullecerán bastante de todo lo que es moderno; para otros, sólo por ser vieja una cosa ya es buena, y toda novedad es para ellos sospechosa; pero la verdad es imparcial. En todo caso el más entusiasta panegirista de nuestra época no podrá negar que para un espíritu de artista, ó para un poeta, los viajes tenían antes más atractivo que hoy. Risueñas aldeas y verdes campos alternaban en natural armonía con poblados bosques y viñas en flor; en vez de eso no se ven ya más que chimeneas: desaparecieron los bosques y enmudeció el canto de los pájaros. El polvo del carbón y el vapor, la batahola de martillos, hieren la vista y el oído; el aspecto del paisaje más hermoso es desfigurado por la línea recta de los rieles como lo sería un cuadro por la cortadura que en él hubiera hecho un cuchillo mal intencionado. Tiene, pues, razón Lenau al lamentarse diciendo: «Con precipitación impetuosa se abre camino el ferrocarril, huésped importuno, que por donde quiera que va derriba los árboles; ni respeta el bárbaro la vegetación risueña y florida. Hasta son abatidas y arrancadas las viejas encinas sin que les sirvan de escudo las piadosas imágenes que ostentan.» [1]

Tal vez se diga que estas son lamentaciones románticas, estériles cuestiones de gusto por cosas viejas y usadas, y desconocer las magníficas y útiles que ha creado nuestro tiempo; no debiendo tampoco olvidar que, prevaleciendo lo confortable y lo útil en vez de lo bello que desapareció, progresaron en todas partes el bienestar y la felicidad. Si pudiéramos creer esto, con gusto sacrificaríamos el disfrute de lo bello á las ventajas de nuestros prójimos; pero del mismo modo que nadie puede pretender que nuestros padres hayan sacrificado lo confortable por lo bello, así nosotros no podemos convencernos de que la destrucción de lo bello haya debido contribuir esencialmente á favorecer el bien general.

Por otra parte, más valdría no hablar tanto de las con-

(1) Lenau, *Gedichte* (Stuttgart, 1857), II, 169 y sig.

quistas materiales de nuestra civilización. Verdad es que algunos se hicieron desgraciados por sus excesivas riquezas, y al decir esto lo sabemos de ciencia cierta; pero en cambio, millares de hombres libres antes, descendieron á la condición de esclavos. Los viñadores que en otro tiempo manifestaban su alegría de vivir con jubilosos cantos, no tienen ya afición á cantar en las minas, donde están privados de luz y de aire, sin poder distinguir el día de la noche. Donde en otro tiempo una raza vigorosa celebraba sus fiestas con alegre libertad, un ejército de obreros pálidos, ennegrecidos, animados de mal comprimida cólera, maldicen ahora á Dios, y se maldicen á sí mismos, yendo al encuentro de una muerte prematura. En todas partes sucede lo mismo.

No es, sin embargo, nuestro ánimo hacer una comparación entre el pasado y el presente desde el punto de vista de su valor. Sabemos también que el grano debe alterarse en la tierra para que se produzcan nuevas semillas y que frecuentemente se levantan construcciones modernas sobre las ruinas de las antiguas: lo que deseamos es tan sólo que el mundo aprenda á estimar con imparcialidad las cosas antiguas y las nuevas. Sin condenar de ligero, ni hacer coro á los que entonan alabanzas á lo antiguo, tenemos, sin embargo, el derecho de hacer notar que el descontento de nuestra situación se revela á cada momento, aun entre aquellos que no saben más que hablar de las tinieblas de antes y de los progresos de hoy.

Esto nos anima á plantear la cuestión siguiente: ¿Cómo se encontraría el mundo si tuviésemos algo menos de lo que se llama civilización moderna, y si, por el contrario, tuviésemos más consideraciones á Dios y á la antigua fe, más virtudes en el corazón y en la vida pública? Ó bien, preguntemos aún más atrevidamente. ¿Qué sería del mundo si no existiese el pecado ó si, por obra del Humanismo no hubiera abandonado á Dios y á sus santos?

Sin duda que no nos veríamos privados de civilización y de bienes exteriores, pero éstos serían de otra especie;

tendríamos seguramente menos invenciones y menos comodidades, pero también menos decepciones; menos lujo en lo superfluo, pero en cambio también menos sofistificaciones en lo necesario para la vida. Nos veríamos obligados á prescindir de los billetes de Banco y del placer de emplear las tijeras para cobrar intereses de capitales que jamás tuvimos. Ningún empréstito forzoso vendría á poner á prueba nuestro patriotismo y nuestro amor á la verdad. Ningún telegrama de cotización bursátil daría á centenares de personas la tentación de atribuirse, usurpando los del Señor, derechos sobre su propia vida ó muerte. El orgulloso sentimiento de haber favorecido la difusión de la civilización humana mediante los fusiles perfeccionados y los cañones Armstrong, los acorazados y los torpederos; el singular encanto de esperar la llegada de noticias anunciando pérdidas; el problemático gusto de ver cómo van al asalto las columnas á paso gimnástico á través de las mieses maduras para matar á sus prójimos; los tribunales, los procesos, la guillotina, los fusilamientos; todo esto sería desconocido. ¿Quién sabe si ni siquiera habría jueces de paz, ejecutores de juicios y agentes de seguridad? Tendríamos menos millonarios, menos quiebras fraudulentas, menos ventas forzosas; pero tendríamos mayor prosperidad general y hombres más modestos en sus gustos; no tendríamos tantas narraciones de hechos heroicos, pero tendríamos en cambio una verdadera paz entre nosotros y una satisfacción inalterable; no tendríamos cuarteles ni fortalezas, pero sí obras de arte más perfectas. Las explicaciones confortadoras que nos daría la inteligencia, dirigida á fines más sublimes, acerca de las más importantes cuestiones del corazón y de la vida, el acuerdo en las cosas indispensables, la religión y el concepto de la vida, la claridad sobre nuestros deberes y nuestros derechos, compensarían perfectamente la carencia de razonamientos filosóficos á lo Maquiavelo y otros por el estilo. Mientras que ahora los más ilustres genios perecen frecuentemente en el lodo, y su talento es causa de que perezca la inocencia; producirían, si no existiese el pecado, obras más sublimes de poesía, un arte más noble, y serían, uniendo la verdad al bien, apóstoles de la virtud y de la adoración á Dios. La vida misma no sería más que una armonía continua y una poesía sublime. En una palabra, la humanidad sería feliz.

11. Diversidad de juicios acerca de la civilización y del mérito.—Habrá muchos que no encuentren de su agrado esta descripción de la felicidad; tendríamos que desconocer la realidad para creer que eso interese al mundo. Son otros espíritus los que aclama, y á cuyo encuentro se precipita; son los que le traen la peste en palabras y obras; los que le enseñan que no saldrá nunca de su miseria mientras no haya desterrado completamente de la vida pública la virtud y la religión. Son otros los fines que procura alcanzar; no quiere salir de sí mismo, no quiere dirigir sus miradas á lo alto. Son otros los medios con que espera realizar sus propósitos; temería que no le saliese la cuenta con los nuestros. Se ha constituído en su propio objetivo, y ha trazado su estrecho campo de acción; no quiere rebasarlo. Lo que se adapta á él le satisface, y lo que le parece propio para su ornamentación lo considera como lícito, como útil, importándole poco el que sea ó no conforme á la ley de Dios y á las enseñanzas de la Revelación.

De ahí procede la manera tan diferente de ver y las tendencias que separan al mundo de nosotros; lo único digno en nuestro concepto le parece un horror; aquello á que aspiramos con todas nuestras fuerzas, él lo rehuye como un espectro siniestro. Por eso dice Platen contemplando la pirámide de Cestius: «Junto á la piedra funeraria pagana se prescinde con gusto de lo que Roma tan severamente rehusa á todo hombre extraviado; ese más allá que únicamente abre la llave de oro del Apóstol. Conducidme, aunque sea al infierno, á la mansión de las nobles almas de otro tiempo, allí donde canta Homero y donde reposa Sófocles lleno de laureles». (1)

(1) Platen, G. W., II, 159.

Sí, en el caso de que el Humanismo no hubiera producido más que á Homero y á Sófocles, podría aún comprenderse esa elección criminal; pero no hay muchos hombres como esos, y si resucitaran hoy, rehusarían ser contados entre sus prosélitos. Además, el mundo mismo se alaba ordinariamente de tener muy diferente espíritu.

¿Cuáles son los hombres á quienes después de su muerte concede el título de grandes? Verdad es que hay excepciones, pero en general son pobres individuos, gentes en quienes sus vicios encarnaron, en quienes más descaradamente dominaron las pasiones; son los que no retrocedieron ante medio alguno para alcanzar sus fines, los que, en una palabra, practicaron con más audacia las doctrinas del Humanismo.

Por ejemplo, el personaje que el pueblo griego celebró más de entre sus emperadores fué Justinano I: y con razón, porque es el más notable retrato del carácter griego en los últimos tiempos. [1] De espíritu pequeño, pero muy astuto, disimulado, vanidoso, sin palabra, cruel, ambicioso, no retrocediendo ante ningún medio para alcanzar sus fines, perjuro siempre, menos cuando juraba por Teodora, su digna esposa; de todos se burlaba. Maquiavelo habría podido felicitarse de tener tal discípulo. Déspota con la Iglesia con perfidia nunca igualada, preparó la ruina del Oriente mediante el cesarismo papista. En su reinado no hubo un día sin rebeliones y efusión de sangre. Cuando subió al trono encontró 320.000 libras de oro en el erario; todo lo disipó en poco tiempo. Inventó los más vergonzosos medios para procurarse dinero: falsificación de testamentos, acaparaciones de bienes, acusaciones falsas; corrompía y se dejaba corromper con el dinero; hacía pagar tributos hasta por el aire; vendía los destinos, practicaba la usura con el trigo, dejaba exhausto al pueblo con impuestos, en tanto que la peste causaba terribles estragos. Cuando murió dejó empeñado el tesoro y empobrecido al pueblo. Era una sorprendente imagen de lo que un rico bizantino

(1) *Quellenbelege in Paulys Real Encyclopædie*, IV, 665, 677.

vió en sueños: el emperador estaba en la mar, que bebió entera; después bebió los lagos y los ríos que desaguan en el Bósforo. Agua, peces, légamo, desapareció todo en su garganta insaciable, sin que por eso quedara apagada su sed. [1] No obstante, su nombre se hizo célebre, y los griegos, como si hubiesen sido discípulos de Mandeville, siguieron hasta el completo aniquilamiento de sus fuerzas, la norma que les había trazado.

Cualquiera que no sea griego se extremece de horror ante ese grande hombre, como quien no sea humanista se extremece ante casi todas las celebridades del Humanismo; pero, naturalmente, cada cual encuentra ilustre á quien avanzó más en la dirección que él sigue. ¡Que se levante y arroje la primera piedra el pueblo ó la época que en esto haya procedido de otro modo!

12. Malos medios no conducen ni al hombre ni á la humanidad á su fin.—Si es cierto que la historia sea la educadora de la humanidad, esperamos algún resultado de la revista que acabamos de pasar.

Debemos para ello confiar en la parte más excelente del hombre. No podemos constituirnos aquí en predicador; sólo tenemos que ejercer el cargo de historiador de la civilización y de filósofo de la historia. Para esto hemos examinado ya en otra ocasión si el espíritu con que el Humanismo hace sus investigaciones y sus tendencias, son los verdaderos. Saber si persigue el verdadcro fin del hombre y de la humanidad, será el objeto de nuestras investigaciones ulteriores.

Aquí hemos investigado si los medios que emplea conducen al fin; pero es inútil responder en este asunto; los hechos hablan por sí mismos, y tal vez el mundo nos dispense también de expresar nuestro juicio. Nadie ignora que en la humanidad las cosas no son como todos desearían que fuesen; desde hace mucho, el mundo se lamenta de la desdicha de los tiempos. Pero ¿qué son los tiempos? Los tiempos son los hombres. Malos hombres, malos tiem-

(1) Procopio, *Historia arcana*, 19 (Dindorf. III, 112, 114).

pos. [1] Las malas acciones hacen los tiempos malos. [2] Hay tiempos malos desde que el pecado existe, [3] y no cesarán mientras dure el pecado. Cuanto peores son los hombres, peores son los tiempos. Las épocas más tristes son siempre las que producen mayor número de insignes malvados.

Lo que produce para el individuo malos días, malos tiempos, os produce también para la humanidad; hombre y humanidad jamás separarán su destino el uno de la otra mientras existan.

Pero no hay más que una moral; [4] lo que hace desgraciado al hombre es el pecado; [5] él es por lo tanto el que hace desgraciados á los pueblos. No habría miseria si no existiese el pecado. [6] Puede suceder que haya algo bueno en el pecado, que de él resulte algún bien, alguna utilidad; [7] no obstante eso, siempre es perjudicial. [8] Á la vida pública lo mismo que al individuo se aplican estas palabras. La injusticia hiere siempre á quien la comete. El proverbio, según el cual lo que hay más duradero es la honradez, [9] será eternamente verdad, no sólo para los individuos, sino también para los pueblos; por eso tienen ya cierto sentido estas palabras, que una ojeada á la historia arranca al poeta, y son una advertencia para la humanidad: «Todos los pueblos murieron y mueren aún por sus dioses». [10]

Murieron, no por haber adorado á un solo Dios, cuya ley es verdad y vida, sino por haber honrado á los dioses que ellos mismos se fabricaron. El becerro de oro hizo morir á los judíos; los griegos perecieron por su sana sensua-

(1) Agustín, *Sermo* 25, 4, 8; 167, 1; 297, 9; 311, 8.
(2) Agustín, *Ep.*, 199, 9, 29.
(3) Agustín, *Sermo*, 25, 3.
(4) Aristót., *Polit.*, 7, 15. Platón, *Rep.*, 4, 17, d. 443, c. y sig.
(5) Prov., XIV, 34, León XIII, *Inscrutabili*, d. 21, Abr. 1878.
(6) Agustín, *Civ. Dei*, 22, 1, 2; *De Gen. ad lit.*, 8, 14, 31.
(7) Sto. Tomás, 1, 2, q. 87, a. 2 ad 1.
(8) Sto. Tomás, 1, q. 63, a. 2 ad 1.
(9) Gaufrid., *Vita S. Bernardi*, 4, 3, 12.
(10) Leopoldo Schefer, *Weltpriester*, 3.

lidad; los romanos por su sed de dominación; cada pueblo por sus propios pecados, porque también para los pueblos el salario del pecado es la muerte. [1]

Decir que toda culpa se paga en la tierra, sólo en parte es verdad; sólo para las grandes corporaciones, y no para cada hombre, puede admitirse el principio tan frecuentemente enunciado. La historia es el juicio final. El hombre individual vive para la inmortalidad; no puede, pues, eximirse del castigo. Que durante su vida mortal desprecie, si quiere, la misericordia que bondadosamente le llama á la reflexión; la justicia dispone siempre de una eternidad para satisfacerse. Los municipios, las ciudades, los Estados duran más largo tiempo que el hombre sobre la tierra, pero esa es toda su inmortalidad; por eso puede muy bien suceder que un hombre malo viva dichoso y abandone esta corta vida antes que el castigo le alcance; pero hay una cosa que no es posible, y es que la comunidad y la totalidad que hacen el mal, dejen de sufrir el castigo de Dios y de los hombres. La justicia y la verdad son las bases de la felicidad del hombre; la práctica de la virtud y de la religión es el único medio de que prospere la felicidad de los pueblos. [2]

«Sin duda que el hombre fuerte arregla como quiere el mundo con su espada, y su gloria tiene al águila por compañera; pero con frecuencia se quiebra la gloria, y el águila es derribada en su vuelo. Corta es la ganancia que la violencia produce, y muere como una tempestad en el desierto».

«Pero la verdad vive; como un héroe vencedor, está tranquila en medio de las espadas, te guía á través de las tinieblas del mundo, y te muestra una vida más serena. La verdad es eterna, y su palabra santa pasa de generación en generación.»

«Sigue, pues, á la verdad; quiere lo que sea justo, ejecuta gozoso lo que sea bueno. Nunca estas tres cosas morirán

(1) Rom., VI, 23.
(2) Isócrat., *De pace*, (8) 120.

en la humanidad, por más que se burle de ellas la locura. Lo que el tiempo dió, lo recogerá; sólo te dará una felicidad duradera lo que es eterno». [1]

(1) Tegner, *Gedichte* (Mohnike, 1840), II, 34 y sig.

CONFERENCIA XVI

EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Todo tiene su fin señalado por Dios: la naturaleza, el hombre, la humanidad.—Un artista se mira mucho antes de introducir en su taller á una persona sin experiencia en su profesión, pues teme que al aspecto de lo que halla pierda el alto concepto que hasta entonces tenía del arte. En efecto, el profano está como tentado de creer que no era más espantoso el desorden en la tierra durante la época del caos primitivo. [1] Sobre el sofá hay un barullo indescriptible de modelos y diseños; en la cama arbustos, restos de comida y colores, en la mesa una mano partida y la mitad de un esqueleto, en las paredes paños con pintorescos pliegues; esparcidos por el suelo los dibujos más artísticos, sobre la estufa numerosos pinceles y tubos de colores. Todo está en su sitio, allí donde nada parece estarlo; las cortinas medio corridas en las ventanas como en una casa mortuoria y el artista mismo en traje indescriptible. No hay que asombrarse, pues, de que el visitante se dé palmadas en la frente preguntándose si cayó en casa de un loco. Donde el inteligente ve al primer golpe de vista en toda aquella confusión qué notables ideas y qué proyectos audaces tiene el artista, no encuentra el profano ni un pensamiento ni una palabra. Sólo cuando se aleja, recobra el habla, y se indemniza de aquella momentánea suspensión de inteligencia y de palabra burlándose de lo que no pudo comprender. Como aquellos que se burlan de los designios y planes de Dios, no pensó que era él

(1) Gen., I, 2.

en la humanidad, por más que se burle de ellas la locura. Lo que el tiempo dió, lo recogerá; sólo te dará una felicidad duradera lo que es eterno». [1]

(1) Tegner, *Gedichte* (Mohnike, 1840), II, 34 y sig.

CONFERENCIA XVI

EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Todo tiene su fin señalado por Dios: la naturaleza, el hombre, la humanidad.—Un artista se mira mucho antes de introducir en su taller á una persona sin experiencia en su profesión, pues teme que al aspecto de lo que halla pierda el alto concepto que hasta entonces tenía del arte. En efecto, el profano está como tentado de creer que no era más espantoso el desorden en la tierra durante la época del caos primitivo. [1] Sobre el sofá hay un barullo indescriptible de modelos y diseños; en la cama arbustos, restos de comida y colores, en la mesa una mano partida y la mitad de un esqueleto, en las paredes paños con pintorescos pliegues; esparcidos por el suelo los dibujos más artísticos, sobre la estufa numerosos pinceles y tubos de colores. Todo está en su sitio, allí donde nada parece estarlo; las cortinas medio corridas en las ventanas como en una casa mortuoria y el artista mismo en traje indescriptible. No hay que asombrarse, pues, de que el visitante se dé palmadas en la frente preguntándose si cayó en casa de un loco. Donde el inteligente ve al primer golpe de vista en toda aquella confusión qué notables ideas y qué proyectos audaces tiene el artista, no encuentra el profano ni un pensamiento ni una palabra. Sólo cuando se aleja, recobra el habla, y se indemniza de aquella momentánea suspensión de inteligencia y de palabra burlándose de lo que no pudo comprender. Como aquellos que se burlan de los designios y planes de Dios, no pensó que era él

(1) Gen., I, 2.

más bien el digno de burla, pues no advertía fin ninguno en lo mismo que un hombre inteligente preparaba teniendo la mira en un fin más sublime.

Así pasa en todas las cosas; por pura ignorancia, creemos deber negar todo fin á aquello que no comprendemos. En la tierra nada hay sin un fin; nada sin éste podría existir. Lo que desde luego da á una cosa el ser y la actividad, es su fin; (1) y allí donde no encontramos fin, no tenemos derecho á quejarnos de su falta, sino tan sólo motivo para lamentar nuestra ignorancia. El pájaro con su canto, que no comprende, persigue un fin; la hormiga, con sus idas y venidas indecisas, persigue un fin cierto. Si perdiéramos las pestañas y las cejas, veríamos claramente que sirven para un fin determinado.

Nada en el mundo estaría fuera de su lugar, ni faltaría á su determinado fin, si el hombre, en su presunción insensata, no turbara el orden de la creación; con frecuencia no quieren ver esto sus débiles ojos, y á veces cree dar pruebas de prudencia corrigiendo la obra del Creador. Pero las confusiones y los daños que siempre son su consecuencia, enfermedades, inundaciones, insectos nocivos, esterilidad en las cosechas y mil otros resultados funestos le enseñan que una sabiduría más alta, la propia sabiduría de Dios, prescribe los fines, no sólo á las partes del conjunto, sino al conjunto mismo, y le señala la dirección que debe seguir.

Lo mismo sucede con el individuo y con la humanidad. El hombre tiene la suerte en su propia mano, porque es independiente y libre; no obstante eso, con más frecuencia de lo que cree, depende de lo que le rodea, como los escritores de estadística prueban por medio de números. Pero el Eterno Pastor de los pueblos dirige todavía más á los hombres conforme á sus planes. El corazón del hombre dispone su conducta, pero el Señor dirige sus pasos. (2) El

(1) Sto. Tomás, 1, q. 5, a. 4: 1, 2, q. 1, a. 2. Aristót., *Metaph.*, 8, 8, 7; 4, 1, 5.
(2) Prov., XVI, 9.

corazón del rey mismo está en la mano del Señor que le dirige á donde quiere. (1) Lo mismo ocurre con los Estados, los pueblos y la humanidad. El Egipto, como la Asiria, fué un instrumento entre las manos del Señor, y el Imperio romano un puente y una gran vía militar destinados á procurar la salvación de los hombres. Los Estados y las civilizaciones, que se prestaron como instrumentos dóciles á ejecutar los últimos designios de Dios, siguieron voluntariamente esta ruta recibiendo en cambio bendiciones; los que se opusieron, se atrajeron las mismas desgracias que los que tratan de poner trabas á las miras del Señor; pero por fin contribuyeron á justificar la sabiduría de Dios y á probar lo inflexible de su voluntad y de sus fines. Creían hacer el mal, pero Dios convirtió ese mal en bien. (2)

2. No tiene finalidad lo que no sirve al más elevado fin.—Cada cosa, pues, tiene su fin; nada puede existir ni subsistir sin él, ni siquiera la confusión que parece carecer de plan. ¿De qué procede entonces que observemos en el hombre tantas cosas que nos parecen sin utilidad y sin fin? ¿Por qué lamentamos con amargo arrepentimiento tantas acciones, tantas horas como perdidas? ¿Cómo explicar que frecuentemente resulten inútiles y sin valor cosas en que la perspicacia humana creía haber ejecutado una verdadera obra maestra?

Chocarán acaso un poco estas expresiones, pero la experiencia las justifica. Echemos una ojeada al terreno que la actual civilización alaba con tan singular orgullo como conquista suya, pero del que verdaderamente hizo el punto de cita de sus más completos desaciertos. Nos referimos á la instrucción, que sirve para demostrar perfectamente cómo una cosa puede perseguir un fin, y carecer, sin embargo de él, y hasta ser á veces contrario al mismo fin que se propone. En esa batahola de estudios, ya bellos, ya perjudiciales, ya vanos, con que nuestra moderna pedagogía atiborra el cerebro de los pobres niños, cada cual

(1) Prov., XXI, 2.
(2) Gen., L, 20.

tiene su fin. Uno debe satisfacer la curiosidad ociosa, otro convertir á un niño de diez años en portento capaz de tomar parte en cuestiones agitadas por insignes personalidades, y de saber en ellas la última palabra. El tercero debe, por excepción, suministrarle conocimientos útiles. Bien examinado todo, no podemos decir otra cosa, sino que esta cultura es en gran parte superflua, que hasta es un inconveniente para el niño. ¿De qué sirve á la jovencita que pasará la vida ocupada en los trabajos del campo y domésticos, ese barullo de ciencia indigesta; arqueología, anatomía, psicología, zoología, geometría, entomología, etimología y mitología, con que los implacables educadores del pueblo la acosan, en vez de enseñarle á echar sus cuentas sin equivocaciones y á firmar de un modo inteligible? ¿Qué provecho sacamos de haber sido en nuestra juventud torturados con tantas cosas superfluas, superiores á nuestro juicio? Entonces nada comprendíamos, y después, hace ya mucho tiempo que lo olvidamos todo. Lo único que para toda nuestra vida conservamos, es que nuestras fuerzas físicas se debilitaron, quedó nuestra memoria destruída, nuestra inteligencia incapaz de libertad y de independencia, extinguido nuestro amor al estudio, y sólo adquirimos ese espíritu de curiosidad malsana, enfermedad de la juventud actual, que en nuestra infancia dejó á veces perplejos á los que nos rodeaban, nos comprometió en numerosas luchas durante la adolescencia, y nos preparó tantas rectificaciones en la edad madura. Todo servía para un fin y, sin embargo, todo nos produjo un gran perjuicio. En sí, hay algo bueno en que el comerciante, cuyos negocios le llevan á la India, se detenga en Egipto para estudiar los geroglíficos y la arquitectura de la antigua Kemi, ó permanezca en Arabia y en Persia lo bastante para aprender los idiomas del país; pero en definitiva lo hace con determinado fin. Si un general enviado á la India para sofocar una insurrección se portara así, todo su viaje á esos países carecería de objeto, y cuanto allí se detuviera, sería un inconveniente para su misión.

Estos ejemplos muestran que nuestro concepto del Humanismo y de la historia de la civilización en modo alguno perjudica al espíritu del mundo: se lamentarán de que no concedamos á su vida y á sus progresos el valor que tienen derecho á pretender, pero con toda seguridad de conciencia podemos decir que hacemos de sus conquistas tanto caso como él mismo, con tal que no exagere, ni quiera hacer pasar por dudosos bienes seguros é inamisibles; y si alguno de los nuestros menospreciara los frutos de la civilización, del arte y de la ciencia, seríamos los primeros en censurarle. Pero no podemos, sin embargo, atribuir á todo esto más valor que el propio Humanismo; conocemos los fines de sus actos, y no son más que fines con miras perecederas, terrestres, subordinadas: excluye sistemáticamente os fines más elevados, que miran más allá de la vida y del tiempo; de manera que protestaría fuertemente si quisiéramos atribuírselos. ¿Cómo puede entonces quejarse de que le agraviamos al tratarle tal como se presenta á nuestros ojos? Si dispone los fines que persigue, de tal manera que descuida y hace imposibles los fines más elevados, es un deber de justicia y de verdad hacer constar el hecho, y decir que sus tendencias son un inconveniente para los fines supremos de la humanidad.

En otros términos, hay que distinguir varios fines; los subordinados y los superiores: buscamos los unos para alcanzar los otros; éstos no sirven para ningún otro fin ulterior. Nadie tendrá sentimientos bastante bajos para no considerar como un insulto el que e dijeran que come y bebe por simple gusto, y no con objeto de aumentar sus fuerzas, para cumplir sus deberes y para conservar en servicio de Dios a vida que Éste le dió. Hay, pues, fines inferiores y fines superiores.

Pero también hay un fin supremo ó último, que domina á todos los demás; y es aquel en virtud del cual no perseguimos otro fin, sino que lo buscamos únicamente á causa de él mismo. (1)

(1) Aristót., *Ethica*, 1, 7 (5), 3, 4.

Sólo este último fin da valor á todo lo que hacemos. Si cada acto tiene importancia por el fin á que aspira, [1] esta doctrina debe aplicarse especialmente al fin último. Todo acto y todo esfuerzo, por grandes y nobles que en sí mismos sean, carecen, sin embargo, de fin, si no se dirigen á este fin supremo y último. Una vida que á él no aspire y no llegue, por rica y fecunda que sea, no puede ser llamada, como dice un antiguo filósofo, más que locura y fracaso. [2]

3. En qué medida el último fin es la felicidad; diferente punto de vista del Humanismo y de la Humanidad.—Al fin último, pues, debemos aspirar todos los hombres sin excepción; debe ser lo que cada cual busque en cada uno de sus actos y en cada uno de sus esfuerzos, lo único que nos hace tolerables las penas de la vida. Tal vez también es lo único en que están de acuerdo, si no las palabras, por lo menos los deseos de todos los corazones.

Sí, hay una idea que cada cual reconoce como suya; es la que el rey busca en sus expediciones, el mendigo cuando pide á la puerta de las iglesias; es la que el filósofo sirve en sus investigaciones, el músico en la orquesta, la hermana de la caridad junto al lecho del apestado. La avaricia y el desorden, la mortificación y el placer sensual, las invenciones ridículas de la ociosidad, no se proponen otro fin último que este fin común; hasta el mismo que públicamente lo niega, lo admite en particular, pues sólo en apariencia lo combate, y la mayor parte de las veces por orgullo.

Ese lazo que nos une en medio de todas nuestras divergencias de opiniones; este pensamiento, el único que es común á la humanidad, no necesitamos decir cual es, porque todos saben que es el deseo de felicidad.

Verdad es que desde hace largo tiempo se puso de mo-

(1) Agustín, *Mor. eccles.*, 2, 13, 27. Sto. Tomás, 1, 2, q. 1, a. 3; q. 18, 4; q. 19, a. 1. Aristót., *Anima*, 2, 4, 15. Platón, *Republ.*, 10, 12, p. 613, c.
(2) Eudem., 1, 2, 1.

da el tratar con menosprecio á los hombres y los tiempos que hablan de felicidad, y denigrar especialmente la moral cristiana, porque, como dicen con altanería y desdén, se coloca en el vulgar punto de vista del Eudemonismo. Quien espera la felicidad, dice Fichte, es un necio que no se conoce á sí mismo, y que ignora sus propias condiciones; no hay felicidad; ni siquiera es posible; esperar la felicidad y reconocer á un Dios por consideración á ella, es locura. [1] No es á los filósofos, dice Hartmann en el mismo tono desdeñoso, á quienes se debe pedir consuelos; quien desee la felicidad, que se atenga á los sermonarios y á los libros de piedad; en todo caso no está en sazón para la ciencia moderna. [2] Y para que en este concepto la teología incrédula no quede rezagada de la filosofía del dolor universal y de la infelicidad, Strauss declara, en nombre de la ciencia, que es una de las muchas ilusiones en que incurren los charlatanes insensatos el creer que exista una felicidad y que el hombre sea capaz de alcanzarla. Cada cual debe ayudarse á sí mismo, sin lo cual es imposible que le ayude nadie.

No obstante eso, nos atenemos á lo que anteriormente hemos dicho; es convicción general de la inteligencia y del corazón, á que nadie puede sustraerse, que estamos destinados á la felicidad, y que es posible alcanzarla. ¿Á qué hacer largas investigaciones respecto de esto, dice Máximo de Tiro, cuando son todos de la misma opinión? [3]

Para disculpar á esos filósofos, no tenemos inconveniente en admitir que tienen cierto derecho á tratar con tanto desdén el Eudemonismo, es decir, los bajos instintos de felicidad de la civilización universal; pues si ésta no admite una felicidad más elevada que el bienestar terrestre, consistente en la posesión de bienes temporales, de goces caducos y de una civilización puramente profana, entonces

(1) J. G. Fichte, *Apellation an das Publikum*, (G. W., V, 219 y sig.).
(2) Hartmann, *Philosophie des Unbewussten*, II, 390.
(3) Strauss, *Der alte und der neue Glaube*, (8) 367 y sig.
(4) Maximus Tyr., 35, 2.

no hay para qué zaherir á los que rechazan como absolutamente indigna del hombre tal filosofía. Hasta nos obligan á cierta gratitud, porque nos dan ocasión para hacer resaltar más la enseñanza fundamental del Cristianismo, según la cual no hacemos más que perfeccionarnos, y que sólo encontramos nuestra felicidad cuando aspiramos á un fin más alto, superior á nosotros, el fin supremo, Dios mismo. Pero no se sigue de aquí que la filosofía tenga derecho á negar toda felicidad; al contrario, esto prueba tan sólo que debemos representárnosla con aspecto más puro y noble de como el mundo ordinariamente lo hace, y que solamente alcanzamos el fin aspirando al más elevado, al más espiritual.

Precisamente este punto esclarecerá la última y decisiva cuestión de la diferencia entre el falso Humanismo y el concepto cristiano, que es al mismo tiempo el de la verdadera humanidad. En el Humanismo se rechaza todo fin que excede del hombre; por consiguiente, todo fin por medio del cual pueda aquél elevarse hacia una perfección más alta, y salir de su estado que no le satisface; desde el punto de vista cristiano, el punto de vista verdaderamente humano, se declara desde luego al hombre que puede llegar á un progreso y á un perfeccionamiento, y por ese medio, á la verdadera satisfacción, únicamente cuando aspira á un fin último, que está más allá de su propia pobreza; fin que en luz, en pureza, en perfección, es para él el modelo más elevado que pueda proponerse, lo mismo que el impulso más vigoroso para sus esfuerzos.

4. La negación del fin supremo es la declaración de bancarrota del Humanismo.—La negación de toda felicidad, es decir, de todo fin, que acabamos de descartar, tiene también otra significación: suministra precisamente otra prueba y confirma el principio, del que, como varias veces hemos visto, dependerá el apreciar rectamente la evolución toda de la civilización humanista. En otros términos, no se puede negar lo sobrenatural, ni rechazar la dirección intelectual que imprime á los que lo admiten,

sin perjudicar á la naturaleza. En nuestra cuestión aparece esto con toda claridad.

Nunca, en efecto, podremos convencernos de que Strauss, Hartmann y sus discípulos nieguen seriamente que la felicidad es posible; por de pronto tenemos en demasiada estima la naturaleza humana, para creer que llegue á persuadirse de tales ideas; pero además, esos pensadores dejan adivinar que no son capaces de realizar su misión en esta vida, después de haber rechazado una vida superior. No es, por lo tanto, su afirmación otra cosa que una manera de disimular la dificultad en que se encuentran de no poder ofrecer al hombre la perfección terrestre prometida. Declararon al Cristianismo la guerra, diciendo que establece la división en el hombre, asignándole un fin más elevado, y no hace de él un hombre completo. Con eso llegan al término de su sabiduría; no tienen nada, absolutamente nada, para el corazón; se ven obligados á confesarlo claramente: sólo á la inteligencia prometen algo, y proceden sin duda de buena fe. ¡Como si únicamente la cabeza tuviese el privilegio de exigir que se la satisfaciese! ¡Como si fuera posible perfeccionar al hombre olvidando el corazón! ¡Como si la cabeza pudiese nunca tener razón para arrogarse todo derecho para sí y no dejar al corazón nada!

Es, pues, una señal característica de su tendencia el no haber hecho antes esa confesión vergonzosa; es sorprendente que Strauss, lo mismo que Hartmann, no lleguen á ella hasta las últimas páginas. El Cristianismo nos hace prudentes desde el principio cuando nos dice: Probad al espíritu. [1] Examinadlo todo, [2] vuestra mirada y vuestra inteligencia deben dirigirse al fin, [3] después debéis tomar carrera, pero corred de modo que logréis el premio. [4] No se oye un lenguaje tan franco á nuestros adversarios. Entre ellos hay quien dice: Dejad la fe sombría que sólo sirve

(1) Juan, IV, 1.
(2) I Thess., V, 21.
(3) II Cor., I, 13.
(4) I Cor., IX, 24.

para hacer á los hombres desgraciados; separaos de esos cristianos que os minan el terreno y os hacen amarga la vida; aprended, por el contrario, á instalaros aquí abajo á vuestra satisfacción. Y el desgraciado que los escucha los sigue á través de las espinas, las malezas y la ardiente arena del desierto. Muere de sed, no puede ir más lejos; por fin cae. Y pregunta varias veces: ¿Dónde está, pues, el lugar de descanso á donde queríais conducirme? Cuando no pueden ya hacerle avanzar más, le dicen fríamente: En ninguna parte esperes encontrar descanso ni felicidad entre nosotros; y haciéndole esta confesión, le abandonan. Poco importa que muera solo bajo los ardientes rayos del sol, que le devoren los animales del desierto; al fin abreviarían sus horas de tortura y decepción.

Así procede el caballero de industria que con falaces promesas induce á una joven á que por él abandone su noble prometido. Se entregó al fementido en cuerpo y alma, con su honor y su fortuna. Lejos ya de su país, la prodigalidad sin límites y la conducta poco seria del seductor producen el descontento de la joven. Su sencillez la tranquiliza siempre, hasta que un día, en vez de los castillos que se le habían prometido, encuentra solamente una cabaña. Entonces se echa á sus pies quien la engañó, y se lo confiesa todo. Le declara generosamente, ó para burlarse, ¿quién sabe? que no está ya unida á él, que no espere ser feliz á su lado, y que si quiere serlo, vuelva á su casa. ¡Volver! ¡Á su padre irritado! ¡Con su madre afligida! ¡Aparecer de nuevo ante las miradas de aquel á quien no cumplió su promesa! ¿Acaso no la perseguirá allí el tormento de verse engañada, el reproche de haber prodigado lo mejor de su alma á un indigno? Si él sabía que sólo podía hacerla desgraciada, ¿por qué tuvo valor para arrancarla de aquel que podía haberla hecho feliz?

¿Procede acaso el Humanismo de otro modo con los que se dejan atraer por él? ¿Cómo juzgar á tales hombres? ¿Cómo concebir esta doctrina tan chocante de la filosofía

moderna, sino como la bancarrota pública del Humanismo?

5. Los resortes de la historia y de la civilización. —Así, pues, cada cual quiere ser feliz, cada cual debe quererlo. [1] Únicamente la piedra renuncia á la felicidad; y también aspiraría á ella, si no estuviese privada de sentimiento. Hasta el animal aspira al bienestar sensible en el cual encuentra toda su felicidad. [2]

Pero la felicidad es nuestro último fin, porque es lo que pedimos como consecuencia de éste; [3] á ella referimos todo lo demás. Hacemos sacrificios y toleramos toda especie de sufrimientos, porque nos fortalece la perspectiva de la felicidad. [4] Hasta los malvados lo son, porque buscan su felicidad en un fin malo. [5] Tasamos el valor de una cosa según que nos hace felices ó desgraciados. La felicidad es por lo tanto el fin último y el más perfecto, [6] el mayor de los bienes, el más alto bien creado. [7] En ella sola se detiene nuestro deseo; no la apetecemos á causa de otro fin; [8] por eso ella es el fin supremo del hombre.

Todos los hombres están de acuerdo en esto; hasta los mismos que creen hacerse superiores al vulgo cuando se atreven á dudar de toda verdad. [9]

En resumen, podemos considerar como convicción general de la humanidad que todo esfuerzo humano debe ser dirigido hacia un fin último, y que éste consiste en la felicidad; esto constituye el centro invisible alrededor del cual gira toda la historia, y es el resorte que impulsa la civilización.

6. Las diferentes miras respecto á la felicidad co-

(1) Platón, *Euthyad.*, 8, p. 278, e. Arist., *Polit.*, 7, 12 (13), 2. S. Agustín, *Confess.*, 10, 20, 29; *Op. imp.*, 6, 12 (X, 1307, b.).
(2) Máximo Tyr., 35, 1.
(3) Aristót., *Eth.*, 1, 7.
(4) Arist., *Eth.*, 1, 7 (5), 6; 12, 7; *Mag. mor.*, 1, 4, 2; Eudem., 2, 1 9.
(5) S. Agustín, *In ps.*, 32, 2, 15; 118, 1, 1.
(6) Aristót., *Eth.*, 1, 7 (5), 8; 10, 6, 1, 6; *Polit.*, 8, 2 (3), 5.
(7) Aristót., *Polit.*, 7, 7 (8), 3; Eudem., 1, 7, 2.
(8) Aristót., *Eth.*, 1, 7 (5), 5; *Mag. mor.*, 1, 2, 7.
(9) S. Agustín, *Op. imperf.*, 6, 26 (X, 1346, c.).

mo termómetro del valor de las civilizaciones.—Pero si no es posible poner en duda el acuerdo del género humano en ese punto, difieren mucho las opiniones cuando se trata de determinar en qué consiste ese último fin del hombre. Si quisiéramos enumerarlas, tendríamos que escribir una historia detallada de la civilización, pues todos los progresos de ésta no son más que la expresión de lo que una época ó una tendencia entendieron por felicidad, y el valor del juicio que acerca de ella se forme varía según que haya sido ó no bien comprendida.

Los sofistas la buscan en la fuerza física y en la sagacidad del espíritu, los epicúreos y los hedonitas en el placer sensual, en la vida y el dejar vivir; los estoicos y los fariseos en la satisfacción de la peor especie de orgullo, el orgullo de la virtud.

Lo que constituye la felicidad de los chinos es el trabajo; para los indios, los sueños y el reposo; para los griegos, la salud, la belleza y el placer; para los romanos, la conquista y dominación del mundo; para los germanos, la caza, la lucha, los combates y los festines; para los irlandeses, el canto y la emigración; para los franceses, la gloria militar y la literaria; para los caballeros de la Edad Media, el honor, las hazañas y la fuerza.

La Edad Media aspiraba á idealizar la naturaleza; el Renacimiento se sumerge en la naturaleza y la exorna artísticamente; los tiempos modernos se esfuerzan en disecar y anatomizar la naturaleza muerta. El Cristianismo enseña á los suyos á encontrar su felicidad en el ennoblecimiento de la naturaleza por la purificación, la penitencia, los sacrificios, y á la vez, por la elevación hacia lo sobrenatural. El Humanismo aconseja al mundo buscar su felicidad en la deificación de lo que es puramente humano, ó más bien, de sus instintos desenfrenados, en el egoísmo, en la presunción, en la ambición y en una lucha eterna sin reposo, sin esperanza en un buen resultado, sin desear un fin; y dice entonces que la única felicidad posible consiste en renunciar á todo pensamiento de que se pueda nunca ser feliz.

7. La verdadera ruta de la felicidad.—Inútil sería perder muchas palabras para saber cual de estas opiniones es el verdadero concepto de la felicidad, y, por consiguiente, la ruta de la verdadera civilización. Según la convicción general, el hombre, en su situación actual, está muy lejos de responder á la idea que debemos formarnos de él; por consiguiente, será incapaz de cumplir la misión que debe llenar en la vida, si no se ennoblece y no se purifica. Así, pues, solo se acercará á su perfección, y de este modo á la felicidad, en la medida en que trate de triunfar de su imperfección y de su tendencia al pecado; en la medida que logre disminuir la distancia que le separa del ideal primitivo de perfección, es decir, en aproximarse cuanto le sea posible á Dios, su fin. Es evidente que esta ruta ofrece muchas dificultades que exigen trabajo y sacrificio; quienes teman los que su purificación exige, nunca alcanzarán su fin; y quienes prometen á los demás conducirlos sin que necesiten hacerse violencia, como lo pretende el Humanismo, inducen abiertamente al error. La bondad infinita, con la cual debemos conformarnos, está siempre á una distancia infinita de nosotros; y aunque nuestra naturaleza se hubiera mantenido ilesa, nunca debería detenerse el trabajo de la perfección, que es la condición de nuestra felicidad. Una virtud limitada, como lo es la de la criatura, jamás puede tener un parecido perfecto con Dios; sólo puede aspirar á parecérsele.

Pero como el pecado nos corrompió y abrió un abismo profundo entre nosotros y Aquél conforme al cual debemos formarnos, sólo podremos alcanzar nuestra felicidad mediante una lucha continua contra el mal que nos ha invadido.

Por amarga que sea esta verdad, es cierto, visto el estado en que actualmente se encuentra el hombre, que sólo á costa de continuos esfuerzos puede alcanzar su felicidad.

Por eso hay, como Platón dice, [1] tres clases de hom-

(1) Platón, *Gorgias*, 34, p. 478, I.

bres. La primera está constituída por esos desgraciados que sirven con gusto al mal y no procuran desprenderse de sus lazos; entre ellos debemos sin injusticia contar á cuantos enseñan que el hombre solamente necesita vivir conforme á su naturaleza, sin escuchar á los que le dicen que en ella hay un mal que extirpar; sabido es que tal enseñanza pertenece al Humanismo. Vienen después, según Platón, los que se dirigen á la felicidad, es decir, se esfuerzan seriamente en libertarse del mal; pertenecen á esta categoría los que son castigados y hacen penitencia para expiar sus malas acciones y extirpar las raíces con que el pecado, causa de infelicidad, toma vida. El Cristianismo repite siempre que nuestro deber más sagrado es trabajar incesantemente en tal sentido. No exige de nosotros inmediatamente la más elevada perfección, como hacían los estoicos; pero jamás nos dispensa durante la vida de trabajar en nuestra purificación y de tender hacia cosas de orden superior. Platón llama bienaventurados á los que componen la tercera clase; en este número cuenta únicamente á los que han expiado las malas acciones de que ellos mismos no se libraron, que han alejado de su corazón el mal, y se acercaron á cierto grado de perfección. La historia del Cristianismo nos da á conocer gran número de los que debemos colocar en esta categoría; sin embargo, constituyen una excepción y una minoría.

8. Fisonomía y concepto de la vida según la filosofía y la civilización modernas.—Si recorremos las muchedumbres y si pasamos revista á todas las épocas y á todas las tendencias de la historia de la civilización, ¿cuántos encontraremos que podamos contar entre esos felices? Es una cuestión importante; se trata de conocer aquello sin lo que el hombre cree no poder vivir; se pretende saber aquello que da á toda cultura su valor; y se investiga cual debe ser el resultado final, si no se quiere que la vida sea un fracaso, inútiles todos los esfuerzos y perdida la vida misma.

Entre los cristianos, hemos dicho, podemos citar muchos individuos que, después de una labor considerable, lograron que se les llamase bienaventurados, porque eran perfectos, y un número mayor aun de personas que se acercan más ó menos á la felicidad, porque se dirigen á la perfección por la penitencia, los esfuerzos y los sacrificios que hacen para purificarse.

Pero ¿se puede decir eso del Humanismo? ¿Á cuantos hizo perfectos y bienaventurados con su civilización? La misma filosofía moderna nos da en este punto la más desoladora respuesta que se pueda imaginar. Entre nosotros, nadie hay que sea feliz; jamás lo ha sido nadie, ni jamás lo será; no es posible que sea feliz ninguno de los que están con nosotros. Luchar sin esperanza; procurar, sin conseguirlo, adivinar un enigma; buscar sin encontrar; correr sin cesar y no llegar al término; esa es nuestra suerte. No conocemos la felicidad. Busca cuanto quieras, pero no esperes salir de esta oscuridad para llegar á la luz de la verdad: «Mientras haya hombres, el sentimiento y la inteligencia emplearán en vano sus fuerzas contra la maravilla de esta vida sin nombre, que muda y enigmática nos rodea. El espíritu que, no sabiendo qué hacer, excava y mina los sólidos límites que le rodean como si fueran de roca, se pregunta por qué se vive». [1]

Confesión terrible, que es la realización textual de las palabras de Platón; quien aparte sus ojos de la luz y mire continuamente á las tinieblas donde Dios no está, acabará por no conocerse á sí mismo y sus actos. [2]

Pero ¿qué será del hombre en tal estado, qué del progreso, de la historia, de la civilización? Porque todo depende de que los individuos tomen la buena dirección y encuentren su fin. Aristóteles dice con razón que el fin de la colectividad es el mismo que el del individuo; [3] luego, concluye Polibio, hay que tener en cuenta lo que dirige á cada hombre, individualmente considerado, hacia su fin; en

(1) Alfred v. Berger (*Allg. Zeitung*, 1889, *Beil.* 207).
(2) Platón, *Alcibiades*, 1, 30, p. 134 e.
(3) Aristót, *Polit.*, 3, 5 (9), 10, 14; 7, 2, 1.

otros términos, lo que le hace justo, bueno y feliz, si la humanidad ha de ser conducida hacia el progreso y hacia la perfección. (1) Por el contrario, el conjunto debe caer en la perplejidad y en la desgracia, si los que lo constituyen pasan su vida sin un fin, sin convicción, sin luces, sin decisión.

Con esa manera de ver, tal como acabamos de exponerla, el hombre debe experimentar el mismo efecto que si un poder invisible le vendara los ojos y le encadenara en un carro tirado por caballos indómitos. No podría detenerlos ni guiarlos, ni saber á donde le conducían, si le lanzaban contra una pared ó si le llevan á la muerte. Únicamente sabe que se halla sin defensa, y que así continuará hasta que perezca.

Y si alguien examina la historia á la luz, ó mejor dicho, á las tinieblas de tal filosofía, debe hacerle la impresión de un inmenso ejército de hunnos que, perseguidos por el enemigo, huyen como tempestad bramadora á través de la noche y de la niebla. Se estremece el suelo, saltan chispas de las piedras, llamas y ruinas señalan el paso del ejército salvaje. Atropella cuanto encuentra, y quien desea hacer alto ó dejar las filas, es pisoteado sin piedad; no tiene más que seguir adelante ó ser aniquilado. Pero nadie podría decir qué será del ejército; si caerá en un precipicio, si se ahogará, ó si tropezará con las espadas del enemigo que le acecha al paso. Fácilmente se puede concebir qué sentimientos animarán á sus individuos; el mismo poeta, que hace poco hemos oído, los ha descrito en los términos siguientes: «El mundo es un enigma y tú también lo eres; y lo es la lucha y el reposo. Es enigma el dolor y la felicidad, y son enigmas las olas que pasan para no volver. Enigma es el bien que á sí mismo se recompensa; enigma es el pecado que á nadie perdona, enigma la belleza que florece esparciendo su perfume, enigma el amor que inflama el corazón. Enigma la plegaria que de él se exhala muda, y el presentimiento de la divinidad hacia la cual se

(1) Polib., 6, 47, 2.

eleva; enigma el juego confuso de la suerte y la tumba silenciosa que se teme tanto. Y, sin embargo, seguid adelante, oh almas, semejantes á las alegres y bulliciosas aguas del río, y no preguntéis mucho porqué la vida es un enigma y vosotras mismas los sois también». (1)

Nos abstenemos de toda observación, pues sería casi cruel preguntar aquí: ¿Sois felices? ¿Esperamos crear por este medio una civilización sana y alcanzar el fin del hombre y de la humanidad?

9. Los tres conceptos del mundo esencialmente diferentes.—He aquí ahora nuestro juicio acerca del valor de la civilización.

Dirán todos que esa filosofía del enigma, negándose á explicar las cosas, no merece el nombre de concepto de la vida. Cada acto, cada manera de pensar, cada civilización, recibe su importancia del fin á que se dirige, como hemos dicho ya; pero donde no se propone ningún fin, donde ni siquiera se reconoce fin, no puede haber dirección. Una civilización sin ningún fin, é intencionadamente sin fin, no debe tenerse en cuenta cuando se trata de filosofía de la historia.

Necesitamos todavía excluir otra clase de hombres, cuando se trata del punto de vista que acabamos de citar; esa clase es más numerosa que la precedente. La mayor parte de las veces poco tiene que hacer con la literatura y la ciencia; son los vividores. Horacio, cuyo juicio es aquí evidentemente imparcial, pues él mismo tenía cierta inclinación hacia ellos, dice que gentes sin otro fin que el goce renovado sin cesar, gentes que, semejantes á la mariposa, son arrastradas por el primer soplo de viento y sólo tienen la preocupacion de saber cómo pasar un tiempo precioso; gentes que, como verdaderos parásitos, no saben más que vivir á expensas de los demás y no procuran trabajar por su propia cuenta, carecen en absoluto de valor. (2)

(1) Alfred v. Berger (*Allg. Zeitnng*, 1889, *Beil.* 207).
(2) Horac., *Ep.*, I, 2, 27.

Pero si hacemos abstracción de esas tendencias que renuncian á toda ciencia de la vida, encontramos tres maneras principales de concebirla, que se distinguen esencialmente entre sí por sus opiniones sobre el fin último de la existencia, de la actividad humana, y del progreso de la civilización.

Los unos consideran el mundo como el único teatro legítimo de la actividad humana, y al hombre como su propio y exclusivo fin; para ellos es de todo punto claro que el hombre, tal como es, se encuentra en realidad ser como debe ser. Según esa opinión, sólo se debe tratar de desenvolver sus fuerzas; pero que deba purificarse interiormente y reformarse, es una exigencia que consideran como una injuria. Es la tendencia que designamos siempre con el nombre de Humanismo. Que se asigne al hombre la actividad exterior como campo en que debe realizar ese desenvolvimiento de sus fuerzas, según se juzga en el materialismo, en el industrialismo, ó en las antiguas opiniones de los chinos; ó que la civilización sea considerada principalmente como el conjunto de conquistas intelectuales y artísticas, como sucedía en el Helenismo, no constituye una diferencia esencial; porque lo esencial y común á todos consiste en limitarse á las cosas del mundo, á engolfarse en las cosas del tiempo y á excluir todo motivo superior á los de la tierra. Por eso consideramos á los chinos como los más antiguos y señalados precursores de estas tendencias, como los representantes propiamente dichos del materialismo, del racionalismo y del Humanismo.

Hay otros que forman verdadero contraste con ellos. Tendidos perezosamente á la fresca sombra de todo árbol, despreciando el mundo que no estiman digno de ellos, y precipitándose, disgustados de la vida, ya en fantasías sin fundamento, ya en el goce embriagador del mundo que desprecian, dirigen su vista soñadora á un nebuloso ideal. Pertenecen á esa tendencia el panteísmo, el idealismo, el antiguo y el moderno pesimismo; la vemos desenvolverse desde muy temprano y de un modo muy pronunciado entre los indios; por eso, en esta materia, pueden ser considerados como los autores del indicado sistema.

Entre ambas hay una tercera clase de hombres que se ocupan primeramente en trabajar para sí, y sólo después de esto atienden al mundo; pero considerando su propio corazón como el campo de acción más importante, encuentran que desde luego deben deshacerse de mucho mal antes de avanzar y subir á mayor grado de perfección.

Procediendo así, aunque su vista se dirija á lo alto desde el principio, sus pies no abandonan el suelo natural; trabajan como si todo dependiese de ellos, y piensan como si Dios para ellos hubiese de hacerlo todo. Gozan de la vida, y descansan después de haber trabajado con medida y paciencia, esperando nuevas fuerzas para continuar. No se apegan á la existencia, y le atribuyen, sin embargo, un valor inmenso, porque ven en ella la preparación para una vida bienaventurada, más elevada, imperecedera, á la que se dirigen sus más ardientes deseos, como que es su fin supremo. Tal es la manera de ver del Cristianismo, que resume en ella todas las aspiraciones y todos los presentimientos que haya tenido la verdadera humanidad.

Los chinos, pues, no conocen faltas; para ellos todo es bueno; nada tienen que expiar, nada que mejorar, absolutamente lo mismo que Rousseau y Gœthe. Para el indio, todo es falta, todo es mal, hasta la existencia misma, exactamente como Lutero, el jansenismo y el pesimismo moderno; pero si existe, si es culpable, y si todo es malo, la culpa es de Brahma. El hombre no tiene culpa, sólo tiene la de Brahma. No exagera el cristiano ni el mal ni la falta, pero se atribuye á sí mismo la responsabilidad del pecado y de la miseria que es su consecuencia. Expía las faltas que él y su raza han cometido; sufre con paciencia el mal general, porque se eleva á la idea de que lo que por su parte sufre, contribuye á librar del anatema y del castigo á la totalidad.

Están los chinos convencidos de que su imperio durará eternamente: el Humanismo cree lo mismo de sí. El indio

exclama suspirando: ¡Cuándo se acabará este reino de miseria, obra de Brahma! Los cristianos oran: Que venga tu reinado y perfeccione nuestro reino.

Los chinos quieren gozar á todo trance; se encuentran bien en la tierra, viven solamente para lo que ven, no tienen sentimientos más que para el presente, y les horroriza la idea de que tal vez no sea el más perfecto el estado en que viven. El indio sólo quiere desolación y destrucción: se fija con dolor en el presente, y mira el porvenir con ardiente deseo del aniquilamiento. Sólo ve con satisfacción el pasado, cuando no existía más que el vacío, Brahma, la nada. El cristiano ni incurre en la negra amargura ni en la deificación; no tiene la manía de innovaciones ni de momificar las vetusteces. Espera firmemente en un porvenir mejor, sufre las penas presentes y se regocija de los dolores pasados, dirigiendo sus miradas á mejores días y al fin eterno que le está prometido.

El chino trabaja tan sólo para el momento, y eso con terrible precipitación; como los racionalistas, se ríe de esos sueños que hablan de la eternidad y de otra vida. El indio se afana con un cuidado, una delicadeza y una tenacidad incomprensibles, sólo para desembarazarse de la vida y huir cuanto antes de la existencia perecedera y del eterno nada. El cristiano aprovecha el tiempo, porque de él depende la eternidad, y embellece con paciencia la tierra para hacerse más agradable la vida.

El chino acepta la realidad tal como es sin preguntarse si debe ó no continuar así; tales como son las cosas, están bien para él; no se le ocurre darse á sí mismo y á la vida, mediante el trabajo, un espíritu más elevado. El indio procura abstraer del mundo el espíritu; de ahí sus fantasías y sus vertiginosas especulaciones. No es que pretenda conservar las conquistas intelectuales que de ese modo hizo, ¡no!; todo su deseo es que el mundo privado de inteligencia se destruya y ponga fin bajo sus ruinas á su existencia intolerable. El cristiano quiere inspirar á la realidad el espíritu que debe ennoblecerla, elevarla y hacerla mejor.

El chino se evapora en la existencia; no ve fin que vaya más allá de esta vida; tan pronto como se toca, por poco que sea, á la situación existente, se le van la cabeza y los pies, y pone violentamente fin á sus días. El indio no goza; para él la existencia es intolerable molestia. Mira con maligna complacencia de embrutecido su decadencia propia y la general. Se estremece hasta la médula al pensar en un fin supremo duradero, en una continuación de la vida después de la pobre vida actual. El cristiano sabe que hay para él y su raza un fin supremo, eterno: cree en una verdadera felicidad terrenal, si bien no espera que sea jamás perfecta. Ningún sacrificio, ningún trabajo le parecen excesivos, si mediante ellos, ha de obtenerla para sí y para la humanidad; sabe que trabajando aquí abajo en la felicidad de todos, se prepara al mismo tiempo para llegar á su fin supremo. Trabaja y lucha con valor, porque está cierto de que, aunque sucumbiese y el mundo se deshiciese en fragmentos por su causa, no hace más que acercarse á su fin supremo. Se regocija con las cosas del mundo, pero no se embrutece por el exceso de goces, porque conoce otros más sublimes.

Tales son los tres aspectos, conforme á los que se puede considerar el mundo y la vida; cualquiera que tenga una opinión en este punto, pertenecerá, en las líneas generales, á una ú otra de esas maneras de ver que acabamos de indicar; ellas también animaron todas las civilizaciones de que da cuenta la historia del progreso intelectual de la humanidad. La lucha á que las diferentes civilizaciones se entregan no es más que el conflicto entre aquellas opiniones.

10. La vida como peregrinación.—La vida es, en efecto, un concurso general y una inmensa peregrinación. Todos, mientras que estamos en ella, marchamos adelante por vías diferentes, fatigados, llenos de inquietudes. Que la carrera sea larga ó corta, no importa, con tal que se llegue al fin; pero no es quien va más de prisa el que llegará al término, sino el que vaya con más seguridad. No pueden

ir todos por el mismo camino, pues se estorbarían los unos á los otros; pero lo esencial es que cada cual siga la dirección acertada. La reconocemos en que conduce al fin supremo del hombre; únicamente ese fin da al todo valor y sustancia; al llegar al término, se verá lo que han valido la vida y la manera de considerarla. (1)

No es, por lo tanto, verdadero camino el que no conduce al fin supremo; quien se separe de aquél, no evitará las molestias del que emprenda, pero su trabajo será inútil. Cuanto más continúe sin retroceder, en la falsa dirección que haya tomado, más se alejará de su fin. (2) Un cojo que sigue la buena dirección, llegará más seguramente al término, que un rápido andarín que se separe de ella. (3)

Por esta razón, no podemos mirar sin emoción profunda la conducta de la humanidad; los hombres pasan por delante de nosotros con el mismo ímpetu, la misma precipitación, la misma sobrexcitación que cuando marchan á la guerra. ¿Por qué? ¿á dónde van? No lo saben ellos mismos; se lanzan ciegamente al azar cuando se trata de sus mayores intereses. Sí, se trata de su único interés y de todos sus intereses, se trata de su felicidad. Buscan ésta con febril ansiedad; pero desgraciadamente tomaron mala dirección, y no quieren se les diga que se equivocaron; hasta se burlan de nosotros. Un día sucede al otro; ven que pasa el corto plazo que se les ha concedido; su inquietud aumenta por momentos; corren, se precipitan, pero alejándose siempre del fin. Hijos de los hombres, deteneos. ¿Por qué, pues, amáis la nada, y perseguís una vana ilusión? (4) Es inútil, nada oyen; no prestan atención á nuestras advertencias; ni tiempo tienen siquiera para atenderse á sí mismos.

Y bien, á lo menos reflexionemos nosotros sobre la dirección que debemos seguir. No hay más que un fin y le

(1) Platón, *Repub.*, 10, 12, p. 613, c.
(2) S. Agustín, *Serm.*, 141, 4.
(3) *Ibid.*, 169, 18.
(4) Psal., IV, 3.

conocemos: que nuestras miradas y nuestros esfuerzos se dirijan en ese sentido, y no tendremos necesidad de fatigarnos prematuramente con tal ímpetu. Inútil es que os levantéis antes del día, dice la Escritura. Tened cuidado tan sólo de no perder de vista vuestro fin; entonces podréis sentaros á comer vuestro pan empapado en lágrimas para entregaros en seguida al sueño. (1) Después, cuando hayáis descansado, proseguid vuestro camino y alcanzaréis el premio. (2)

(1) Psal., CXXVI, 2, 3.
(2) 1 Cor., IX, 24.

CONFERENCIA XVII

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Las contradicciones que hay entre los adversarios de la doctrina cristiana son favorables á nuestra causa.—Estando Clemente Brentano en París y viendo la muchedumbre de enemigos del Cristianismo y los inmensos recursos que á su disposición tenían, y por otra parte el número relativamente pequeño de fieles, empezó por apoderarse de él una especie de desaliento; pero después de examinar las cosas atentamente durante algún tiempo, las juzgó con más sangre fría. El peligro no es tan grande como yo creía, dijo; por numerosos que sean nuestros enemigos, se buscan demasiado los unos á los otros, persiguen fines demasiado diferentes para que estén de acuerdo. (1)

Aquel hombre acertaba. Posible es que sean grandes el poder y la actividad de los adversarios; puede suceder que nosotros no hagamos lo bastante para defender la verdad. Lo que debe, sin embargo, tranquilizarnos, hasta cierto punto, es saber que en el fondo no están unidos más que por un lazo, el contradecir nuestra sagrada causa; pero tan pronto como siguen sus propias vías, se hacen mutuamente la guerra, porque la verdad es una y las vías del error son múltiples. (2)

Eso debe darnos confianza cuando consideramos los juicios del mundo acerca de la historia del Humanismo. Des-

(1) Diel, *Clemens Brentano*, II, 400.
(2) Cyrill Hierosol., 6, 13.

de el principio, declaró, por decirlo así, unánimemente que necesitaba una vía más libre, superior á la indicada por la doctrina cristiana; pero si le preguntamos ahora lo que le parece de esa vía nueva, que él mismo se ha escogido, y á dónde conduce, entonces oímos respuestas muy diferentes. No encuentran los unos bastantes palabras para expresar su sentimiento por el retroceso irremediable que se opera y su cólera contra la conducta del mundo; los otros no pueden contener su admiración por las conquistas y los progresos maravillosos de su civilización.

En nombre de los unos, dice Petœsi, valiéndose de una imagen cuya vulgaridad corresponde á su desprecio del mundo: «Una vasija rota que se arrojó, y á la que están adheridos todavía algunos restos de alimentos, que lame hambriento un pobre andrajoso, tiene más valor que la vida humana». (1)

De las esperanzas excesivas de los otros, dice Guillermo Jordán con una burla que no deja de ser legítima: «Cada cual jura por sus dioses que conoce el único medio de conjurar la miseria de la humanidad, y que ésta corre á su ruina tan sólo porque no quiso escucharle». (2)

2. La doctrina del progreso constante.—Reservamos para la conferencia siguiente discutir con los que menosprecian la civilización; nos contentaremos aquí con examinar el modo que los otros tienen de considerar los eternos progresos del género humano tomando como base los hechos históricos.

Tal vez nos pregunten si queremos tomar en serio el exagerado himno que se entona en honor del progreso; nos dirán que es más prudente no ver en él más que una debilidad humana, un defecto, y el más vulgar de todos los defectos, el orgullo y la vanidad. No hay pueblo que no mire á los otros desde la altura de su poder; no hay época que no se crea más adelantada que las demás; ningún buho, ó como dice un proverbio algo trivial, ningún

(1) Petœsi, *Gedichte* (Goldschmidt), 156.
(2) Jordán, *Demiurgos*, I, 288.

mono, que no jure que nada hay en la tierra más hermoso que sus hijos. (1)

Evidentemente hay en esto una enfermedad, pero una enfermedad arraigada desde muy antiguo, y que tiene parentesco con el pecado hereditario; mucho nos sorprendería que no la hubiesen sufrido ya los que construyeron la torre de Babel. En todo caso el mundo había llegado ya, hace dos mil años, al más alto grado de progreso, hasta el punto de parecerle imposible ir más lejos, como vemos en el pasaje de Lucrecio, que en parte hemos citado ya con otro propósito: «El arte de dominar los mares, de hacer fértil el suelo, de elevar suntuosos monumentos, de combinar leyes, de forjar armas, de abrir caminos, de preparar telas; todos los descubrimientos útiles, y hasta los destinados tan sólo para agradarnos, la poesía, el secreto de animar el mármol y el lienzo, nacieron lentamente de la necesidad y de la experiencia; el tiempo los revela poco á poco; la industria las hace brillar á la luz del día; el genio los perfecciona, los eleva sin cesar y los imprime un resplandor inmortal». (2)

Lo más curioso en esto es que cada época echa una mirada de conmiseración á las épocas pasadas, bastante simples para creer que habían alcanzado las más profundas capas de la ciencia y, sin embargo, incurre en la misma falta pueril; de ese modo se formó la moderna opinión del progreso eterno, que Francisco Bacon, Descartes, Priestley, Ricardo Price, Lessing y tantos otros han preparado, hasta que ganó el derecho de ciudadanía en los tiempos de la Revolución francesa.

Su padre, propiamente dicho, fué Condorcet, el filósofo, y á la vez, inútil será decirlo, la víctima de la revolución. Como es muy natural en un hombre á quien volvió furioso la lucha contra el antiguo orden del mundo y la victoria embriagó, no se trata de una justa apreciación del pasado

(1) Kœrte *Sprichwœrter*, (2) 79, 1568. Wander, *Sprichwœrterlexikon*, I, 35, 29; 902, 26.
(2) Lucrecio., X, 1447 y sig.

ni de un juicio reflexivo sobre lo que el género humano podrá hacer en el porvenir. En él, dice Flint, no habla el espíritu tranquilo del filósofo, sino la preocupación prevenida de un sectario fanático. (1) No obstante eso, la doctrina representada por él supo ganar el favor de la opinión. En Alemania fué Kant y su adversario Herder, pero especialmente Hegel y Schelling, quienes la introdujeron por su dialéctica panteística del llegar á ser y de la evolución, pues que, según ellos, el mundo y la historia no son más que un *processus*, continuamente en progreso, de la realización personal de Dios en la naturaleza y en la historia.

Influído por la misma idea, Darwin inventó su doctrina de la evolución; sólo que se limitó á los oscuros tiempos primitivos con preferencia al presente y al porvenir. Manteniéndose en el punto de vista del materialismo, para nada trató de un ser divino, y por esta razón dejó á un lado la argumentación panteística, por lo que debemos estarle agradecidos.

Pero volvieron á él Comte y la escuela del positivismo que fundó. Aquí, la historia del Humanismo está simplemente representada por el influjo de la inexorable ley de naturaleza; en ella manifiesta su eficacia y hace brotar siempre nuevas ramas en el árbol del género humano la divinidad que en todas partes obra, cierto es, pero especialmente en el espíritu del hombre. Un crítico maligno ha dicho de esta filosofía que, á su luz, la historia de la civilización aparece como un enorme polípero que se multiplica al infinito á través del espacio y del tiempo. (2) Esta doctrina arbitraria, aunque sin cesar se refiera á los hechos, poco ó nada tiene que ver con un concepto de la historia libre de toda prevención.

Tiene esto aun más aplicación á las ideas extrañas relativas á los progresos del porvenir, con que nos divierten los antiguos y los modernos socialistas, Saint-Simon,

(1) Flint, *Philosophy of History*, I, 130.
(2) Ferraz, *Etude sur la philos. en France au XIXe siècle*, 406.

Fourier, Cabet y tantos otros semejantes que buscan la edad de oro, no en el pasado, sino en el estado futuro de las utopias socialistas.

Descartes se imaginaba ya que se lograría evitar por completo las enfermedades físicas é intelectuales y la debilidad inherente á la vejez. (1) Los doctores de la economía social, alemanes, americanos é ingleses pertenecientes á la escuela liberal, como List, Carey y Stuart Mill, llevaron sus opiniones al dominio del progreso económico, y se entregaron á las más fantásticas lucubraciones acerca de un brillante porvenir, estando de tal modo encarnadas en el liberalismo, que no puede deshacerse de ellas, ni aun cuando brillan ya las llamas sobre su cabeza.

Pero los socialistas franceses, que en sus utópicos ensueños perdieron todo dominio de sí mismos, no conocen ya medida en sus esperanzas. Todo será bueno en la tierra, dice Fourier (2) á sus adeptos, no solamente bueno, sino perfecto y hasta divino. Será transformada toda la creación; lo erizado se convertirá en liso, lo feo en hermoso, lo salvaje en doméstico. Hasta ahora nadie está libre de que la primera abeja ó el primer mosquito que vengan le prueben de un modo muy sensible que no hay por qué sentirse orgulloso de su reino; pero vendrá un tiempo en que los leones serán lo mismo que si se les hubiera dado vuelta como á los guantes. Cualquier niño podrá entonces dirigirlos y se paseará tranquilamente con ellos; á nadie se le ocurrirá entonces construir costosos navíos con riesgo de perderlos, sino que irá á la orilla del mar y llamará una ballena en la que navegará sin temor; nadie necesitará procurarse víveres; el agua del mar se convertirá en limonada, y se criarán naranjas en las regiones glaciales. El mar será un baño aromático; la noche misma se convertirá en día, pues estará alumbrada por cuatro lunas cuan-

(1) Descartes, *Discours sur la méthode pour bien conduire sa raison* (œuvres, ed. Prevost, p. 77).
(2) Rotteck und Welcker, *Staatslexicon*, V, 1. 28. Bluntschli, *Staatswœrterbuch*, IX, 518 y sig. Stein, *Socialismus und Communismus*, (2) 341 y sig., 542 y sig.

do menos. En ese mundo magnífico el hombre vivirá ciento cuarenta años, y gozará durante ciento veinte de todos los placeres de los sentidos. Y ¡qué felicidad! Actualmente el goce que procuran las comidas más delicadas está amenguado por la amarga experiencia de que la capacidad del estómago no iguala á las delicias del paladar; pero en esos tiempos paradisiacos el estómago más débil podrá digerir cada día treinta y dos libras de las más indigestas golosinas, y como el hombre es lo que come, el espíritu llevará á cabo también empresas muy superiores á las de hoy. Habrá treinta y cinco millones de poetas tan buenos como Homero, y otros tantos pensadores como Newton; y para que nada falte á la perfección del hombre, se le dará en el estado de progreso paradisíaco la insignia incomparable que, según los recientes descubrimientos de Darwin, poseía ya cuando era un mono, á saber, una larga cola que decuplará sus fuerzas, le impedirá caer, y será para él tan magnífico ornamento como arma poderosa.

Que nadie se ría de esas extravagancias, pues son todavía más curiosas las esperanzas acariciadas por la moderna ciencia; hasta un sabio como Berthelot cree que se logrará en bastante breve plazo abrir un pozo de tres ó cuatro mil metros y hacerse dueños del calor de la tierra; entiende que, después de eso, muchas cosas serán superfluas, pues será fácil entonces preparar los alimentos por medios artificiales. Por el mismo hecho, la cuestión social quedará resuelta. (1) Al lado de esto, son mucho menos exageradas las esperanzas del socialismo y más creíbles; pero por esta razón también turban la cabeza á muchos, como lo prueban los asombrosos éxitos de Bellamy.

El hecho es que esa opinión, tan lisonjera para el amor propio del hombre, se hizo el principio favorito de la moderna manera de considerar la vida. En su desmesurado optimismo, Herbert Spencer desplegó su actividad especialmente en ese sentido, y aunque espíritus reflexivos no pueden menos de confesar que hay en la historia, á veces,

(1) *Revue des Revues*, IX, 170; XI, 14 y sig.

épocas de detención y aun de retroceso, se puede, sin embargo, decir que la convicción general es que el género humano considerado en conjunto progresa de un modo irresistible, y que, antes de poco, alcanzará un estado de perfección en que podrá arrojar atrevidamente las muletas de la fe y de la religión, de que hasta cierto punto tiene todavía necesidad para apoyar sus débiles miembros. Toda opinión que se separe de esto, declara Peschel, es un error que felizmente se hizo desde hace mucho tiempo inofensivo. (1) Únicamente la doctrina de un progreso continuo puede reivindicar el epíteto de sensata; toda otra suposición está, dice Büchner, basada en el absurdo. (2)

3. La cuestión del progreso ó del retroceso, sólo puede ser resuelta en el terreno histórico.—Sentencias de aquel género inspiran siempre cierta sospecha acerca de la seguridad del estado en que se encuentra quien las mantiene; pero toda nuestra desconfianza debe despertarse cuando uno de los principales representantes de esta doctrina del progreso declara que esa cuestión se agita casi exclusivamente en dominios prehistóricos ó respecto á cosas que están fuera del alcance de la historia. (3) Es una situación poco favorable, dice, pero que no hay más remedio que admitir.

Sin duda es poco favorable, pero no para ellos, sino únicamente para nosotros, porque se nos quita así la tierra firme de debajo de los pies; pero respecto á la teoría del progreso, las nieblas de los aluviones postpliocenos y las perturbaciones ocasionadas por los diversos fenómenos de la época glacial, son precisamente un medio para persuadirnos de cualquiera opinión preconcebida, mediante frases científicas altisonantes é hipótesis que no se pueden probar.

Pero no nos dejaremos llevar á ese terreno inseguro. Esta vez se trata, sin duda alguna, de un hecho verdade-

(1) Peschel, *Vœlkerkunde*, (1) 137.
(2) Lyell-Büchner, *Das Alter Menchengeschl.*, (1864) 315.
(3) Tylor, *Anfœnge der Cultur*, I, 39.

deramente histórico. Aquí no tienen valor las simples afirmaciones; se necesitan pruebas, y pruebas de hecho, históricas é irrefutables; cuando no se las puede presentar, las frases nada significan.

Nunca será demasiada la prudencia al examinar las pruebas que se darán aquí, y tiene esto aplicación, tanto á los defensores del progreso indefinido, como á los que lo niegan. Aun nuestros más celebrados etnógrafos, que tienen á su disposición copiosas bibliotecas, incurren en equivocaciones y en omisiones incomprensibles, (1) pues en estas cuestiones necesitamos referirnos á narraciones de viajeros que van á lejanos países sin estudios previos, y cuya instrucción frecuentemente no es muy escogida; viajeros que para cazar el elefante ó negociar el estaño se detienen durante ocho días en una tribu cuya lengua no comprenden; y si se interesan algo por las costumbres, la civilización y la fe de los pueblos en cuestión, no aciertan á comprenderlas, porque éstos, considerándolos como sospechosos, no les permiten hacer estudios serios de su religión, costumbres é historia. ¡Cuántas veces nuevos viajeros descubrieron la verdad de lo que sus predecesores habían negado! (2)

La más sencilla ojeada á la historia demuestra que debe ejercerse en estos asuntos la más exquisita vigilancia. Los que basan su juicio en estudios profundos é imparciales, se convencen fácilmente de que en los pueblos más nobles y en los más antiguos, en la India, en Asiria, en Persia, en Egipto, había precedido á los tiempos históricos una civilización más elevada, acusando aquéllos ya una gran decadencia; en una palabra, que relativamente á la situación moral y religiosa, el período más antiguo era el más puro. Los que en sus precipitados viajes, han examinado en su estado actual las tribus más degradadas, cuya

(1) Cf. Peschel, *Vælkerkunde*, (1) 140.
(2) Ejemplos numerosos en Peschel, *loc. cit.*, 139 y sig., 148 y sig.; 271 y sig. Tylor, *Anfænge der Cultur*, I, 412 y sig.; II, 19 y sig. Petry, *Anthropologie*, II, 53 y sig., 79 y sig., 352. M. Müller, *Essays*, I, XXII y sig.; IV, 150 y sig. *Missions catholiques*, 1881, p. 198 y sig.

formación data acaso de algunos siglos, tribus que los primeros exploradores encontraron mejores de lo que son en la actualidad, tribus que, sirviéndonos de las expresiones no poco fuertes de un conocido etnógrafo,(1) sólo por la brutalidad de los cristianos civilizados llegaron á ser tan miserables, (2) pretenden atrevidamente que tales tribus, cuya lengua no comprenden, cuya historia y tradiciones desconocen, están exactamente en el mismo grado en que se encontraba toda la humanidad antes de su desenvolvimiento histórico, es decir, en el pretendido estado natural, aunque no pueden menos de confesar que, sin embargo, influencias extrañas muy recientes, y con frecuencia dudosas, se manifiestan en las leyendas de estos pueblos. (3) Y se llevaría á mal que en tal materia no diésemos fe á ninguna afirmación si no esté fundada en las pruebas más sólidas y seguras, y no nos armásemos de circunspección, por no decir de desconfianza, contra semejantes narraciones. (4) Y ¿no tendríamos razón al insistir en que sólo en el terreno histórico pueden ser resueltas esas cuestiones?

4. ¿De qué se trata cuando se habla de progreso humano?—Pero antes de resolver mediante la historia la cuestión planteada, indispensable es fijar exactamente cuáles son los términos que deben tenerse presentes cuando se trata del progreso ó del retroceso de la civilización humana. En este concepto, la pretendida arqueología prehistórica y la historia de la civilización están lejos de facilitarnos las investigaciones: apenas hemos manifestado nuestra opinión, cuando nuestros sabios se precipitan en

(1) Waitz-Gerland, *Anthropologie der Naturvœlker*, VI, 438 y sig.
(2) Hay muchas pruebas en Müller, Cook, *der Weltumsegler*, 245 y sig., 268 y sig. Waitz-Gerland, *Anthropologie*, II, 218, (Negros); II, 404 (Cafres); III, 162, 243 y sig. (Indios); III, 388 (Caribes); III, 448 (Brasileños); V, 2, 191; VI, 120 y sig. (Polinesios); VI, 774, (Australianos); VI, 818 (Tastamanios): VI, 438 y sig; cf. también IV, 242. Schneider, *Naturvœlker*, I, 29, 33 y sig., 21, 119 y sig., 131, 134, 140 y sig., 159 y sig., 316 y sig. Baumstark, *Las Casas*, 107. Charlevoix, *Paraguay*, 1, 46. Trollope, *Australia and new Zeeland*, (Tauchnitz, I,72).
(3) Tylor, *Anfænge der Cultur*, II, 316 y sig.
(4) Max Müller, *Vorles. über den Ursprung der Religion*, (2) 75 y sig., cf. *supra*, V, 3.

todas las cavernas, en todas las rendijas de las paredes, y presentan una gran cantidad de sílices, de piedras para afilar ó para pulimentar, martillos de piedra, mazas, barrenos, dardos, restos de barcas y fragmentos de vasijas hechas de arcilla, huesos, plumas y otros objetos bastante problemáticos que nos dicen ser macarrones primitivos, jabón primitivo, tocino primitivo; de suerte que no nos atrevemos á dar un paso para no exponernos á algún peligro. ¿Qué significan, pues, todas esas vetusteces enmohecidas y roídas por el tiempo, cuyo aspecto nos produce á los profanos náuseas? ¿Qué significa eso? Helo aquí: Está destinado á constituir un arsenal de pruebas y á servir de clave para resolver nuestra discusión. ¿Cómo podríamos juzgar la materia objeto de ella, sino teniendo en cuenta la manera como los hombres hacían fuego, calentaban el agua, preparaban y cocían los alimentos? ¿Es acaso indiferente saber si andaban con zapatos ó gastaban medias de seda, si cascaban las nueces con los dientes ó con piedras, si se servían de tenedores y cucharas, si se mandaban al otro mundo con flechas, hondas ó bombardas, por el abuso del aguardiente ó con el *cyankali?* ¿No es esa una escala para medir su grado de civilización?

Para expresar nuestro asombro ante esos extraños apreciadores de aquélla, casi nos faltan las palabras: es una hermosa ocasión para ver lo que pasa en el corazón humano. Hombres que reivindican el título de sabios, y hombres instruídos, no temen decir públicamente que juzgan la civilización, la felicidad y el progreso de la humanidad según las cantidades de jabón y de perfume que una época empleó, y según como los hombres organizaron los placeres de la mesa.

Ahora, formulamos esta pregunta: ¿Quién les da derecho para censurar al pobre diablo que cree que su miseria inmediatamente acabaría si pudiese atracarse cada dia de trufas y champagne y hacerse acostar en seguida por su ayuda de cámara en blandos colchones de seda? ¡Y nos atrevemos á pronunciar la palabra progreso! ¿Acaso no vivimos como nuestros groseros antepasados que se representaban la vida de sus dioses como un eterno festín, y que apreciaban tanto á su bufón, tal vez porque éste, gran tragón y gran bebedor, se engullía durante una sola comida de boda un buey, ocho salmones, todas las golosinas destinadas á las damas y tres toneles de hidromiel?

Por otra parte, cualquiera que sea el valor de las cosas de que se trata, la discusión en este punto no carece por completo de importancia; nos muestra desde luego que no hay para que meter tanto ruido con el pretendido progreso, pues si se deja á los hombres manifestarse, se ve que son siempre y en todas partes los mismos.

La vida de los griegos se pasa en espectáculos, fiestas, danzas, cantos y juegos; les gusta comer y beber bien. Pero ¿en qué difiere de ésta la vida de las llamadas entre nosotros altas clases? Para el indio, la más alta perfección es tirar con acierto, ser diestro jinete, reconocer en la pradera las huellas del búfalo ó de la corneja; es absolutamente la misma manera de ver que tienen nuestros ilustres señores. El chino, indiferente, sólo conoce ya un arte de que esté orgulloso, y es tragar el humo de su pipa con dignidad. [1] Podría creerse que había recibido lecciones en nuestras corporaciones de estudiantes ó en nuestras reuniones de fumadores. En el siglo XVIII, el más sabio era quien conocía á fondo la manera de acorralar cazando un zorro. Hoy la gloria pertenece á quien mejor conoce la *ciencia noble:* y una obra nueva, inglesa, publicada por Delmé Radclife, nos dice en qué consiste: Esa obra tiene el curioso título de *La ciencia noble; algunas indicaciones para la caza del zorro.*

Naturalmente, á nadie se le ocurre negar que vale más servirse de un tenedor que comer con los dedos; dejamos al árabe el cuidado de juzgar inconveniente el primer procedimiento, diciendo que los franceses tienen demasiado cortos los brazos para llegar á la boca. [2] Tampoco se nos

(1) *Missions cathol.*, 1881, p. 16.
(2) Wrede, *Reise in Hadramant*, 189.

creerá capaces de lamentar como una decadencia de la humanidad y de rechazar con Rousseau el uso del jabón, de los cepillos, de los hornillos económicos, lámparas de petróleo, aparatos de preparar el té, y en general, de todos nuestros inventos.

Solamente, sea cualquiera nuestro agradecimiento por todo esto, no podemos comprender cómo se puede juzgar, por sólo esas exterioridades, el bienestar y aun la perfección del hombre. ¡Cómo si fuese feliz el hombre por fastidiarse durante la noche en el teatro ó en el baile! ¡Como si no pudiera ser tan feliz el trapense, que, entre el trabajo manual y la oración, toma una modesta comida compuesta de sopa, legumbres y pan! Las máquinas de vapor son un progreso, es cierto; pero ¿favorecieron el amor al trabajo, la destreza, la felicidad de los obreros? Con todos esos inventos de que nos alabamos con tanto orgullo, ¿se hicieron más morales nuestros contemporáneos? ¿están á lo menos contentos?

La mayor parte de esas mejoras puramente exteriores poca ó ninguna relación tienen con el progreso intelectual y moral de la humanidad. La sala de los tesoros de Rhompsinit y las anécdotas relativas á ella, el escudo de Hércules y la armadura de Aquiles, el toro de bronce de Falaris, las naumaquias de los emperadores romanos y los brillantes actos de violencia á que dieron origen, indican un progreso, pero un progreso en que el espíritu y el corazón de la humanidad no tuvieron ningún provecho, un progreso que más habría valido no realizar. Mi reloj es una prueba de la inteligencia de quien lo inventó, pero está hecho como á propósito para perjudicar mi perspicacia. Si se para, ya no sé en qué hora vivo. Los pastores en las praderas no saben leer en el cuadrante, pero pueden decir sin discrepar un minuto, sin reloj, cuando son las doce. Difícil es decir en qué se han vuelto más prudentes y mejores los campesinos que viven en retiradas aldeas, cuando el conductor de un oso ó de un camello, con el mono indispensable, atraviesa la comarca. Más difícil es decir có-

mo los habitantes de nuestras villas pueden mejorar en ciencia y en moral, cuando para favorecer su instrucción estética y etnográfica se les enseña una ternera con cuatro cabezas, ó un salvaje, tal vez no auténtico, que aleja toda sospecha acerca de su barbarie cuando finge querer tragar vivo un pobre cordero que le presentan. Y los habitantes de nuestras grandes ciudades, ¿se habrán hecho acaso más morales, más razonables, más reflexivos desde que tienen ya como permanentes circos, barracas de saltimbanquis, y jardines zoológicos, en que durante el día inquietan á los monos, se entretienen en echar confites á los cocodrilos, y durante la noche desesperan á hombres y animales con su ruidosa charanga de jenízaros?

Lo repetimos una vez más, somos los últimos en desdeñar nuestros medios de civilización, en los casos en que se les puede aplicar; como cualquiera otro, visitamos las colecciones artísticas y los museos científicos. Vemos con júbilo que los tesoros de la literatura universal se han hecho accesibles á todos y que muchos se los apropian; para nosotros, una buena biblioteca vale más que un reino. Admitimos sin inconveniente que la facilidad de relaciones, haciendo á todos accesibles los países y los pueblos extranjeros, es un eficaz medio de civilización. Pero todas esas cosas, suponiendo que se las utilice convenientemente, no son más que un medio para llegar al progreso; no constituyen el progreso mismo.

Con mucha frecuencia, por desgracia, el progreso material y el intelectual no sólo no concuerdan, sino que están en contradicción completa. (1) En Tahiti encontró Cook una etiqueta minuciosa, gran perfección en el vestir, y tal refinamiento en el arte del tocado, que se bañaban tres veces al día, además de lavarse las manos antes y después de comer; pero al mismo tiempo se hacían frecuentes matanzas de hombres. (2) En Sumatra, los battas, si bien ca-

(1) Pott, *Verschiedenheit des menschl. Sprachbaues und ihr Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menchengeschlechtes*, II, 36 y sig.
(2) Müller, *Cook der Weltumsegler*, 57.

níbales, tienen una civilización mucho más adelantada que sus vecinos, que carecen de aquella sanguinaria cualidad. [1] Stanley hizo observaciones semejantes en el África central.

Generalmente los negros libres y á veces hasta los más salvajes, según afirman exploradores modernos, son tan aficionados á lavarse, bañarse y emplear ungüentos, como los antiguos romanos, y se burlan de los europeos como de gentes que no saben ni siquiera lavarse bien. [2] Los insulares de Fidji tienen excelentes dotes intelectuales y son susceptibles de gran civilización; pero también son más crueles que sus compañeros de raza y sumamente perversos; con razón se ha explicado esto por sus buenas disposiciones, que han sido cultivadas exclusivamente para la injusticia. [3] Los persas deben ser clasificados entre las naciones distinguidas en cuanto á civilización; pero no tienen palabras para expresar las ideas abstractas, como la gratitud, el arrepentimiento, y hasta la virtud, conciencia y honor. Se nos dice que el chino carece de términos para las injurias, pero tienen una ética que la sociedad para la cultura moral debería envidiarles. Esto no les impide, sin embargo, ser estafadores, mentirosos y groseros desde el punto de vista intelectual mucho más de lo que pudiera creerse. Nadie aventaja á los japoneses en dignidad exterior y en desprecio interior á la moral; pero se puede decir que son á la vez los más morales y los más inmorales de todos los hombres.

Estos hechos nos conducen al principio de que la verdadera civilización y el verdadero progreso deben tener como bases fundamentales la ciencia y la virtud.

La ciencia no es, sin embargo, un ejercicio intelectual puramente exterior. Puede suceder que alguien conozca, hasta la quincuagésima generación, el árbol genealógico de to-

(1) Waitz, *Anthropologie der Naturwœlker*, V, 1, 183. Ratzel, *Wœlkerkunde*, (1) II, 377.
(2) *Frankf. Zeitung*, 1894, n.º 158. Cf., Ratzel, *Wœlkerkunde*, (1) I, *Einl*. 72.
(3) Waitz-Gerland, *Anthropologie*, VI, 680.

dos los caballos que vencieron en Epsom; tenemos respecto á este asunto obras soberbias, muy caras y dignas compañeras de los manuales de la *ciencia noble* que hemos citado antes; [1] alguien puede haber visto las pirámides y la acrópolis, haber visitado todos los teatros de Europa y conocer todas las *primas donnas;* alguien puede saber hablar de las sinfonías de Beethoven, del palacio de cristal y del archivo de Simancas, y faltarle, no obstante, la verdadera ciencia. Los conocimientos exteriores pueden ser buenos, pero nunca dispensan de una ciencia que es sabiduría, es decir, la inteligencia de las cuestiones más profundas y más elevadas que la filosofía y la teología puedan tratar, cuestiones concernientes al fin y al valor de todo cuanto existe. [2]

La ciencia es lo que menos puede sustituir al ennoblecimiento del corazón; quien sea grosero y bárbaro interiormente, carece de verdadera civilización. Cuanto más exclusivamente se forma la inteligencia á expensas de la vida del corazón, mayor será la decadencia. Los peores criminales que pueblan nuestros presidios son generalmente muy superiores en instrucción á sus compañeros.

El hecho de que no comprendamos ya esta verdad importante, es también una prueba de la poca razón que tenemos para hablar de progreso; esta verdad era muy clara para las grandes inteligencias de la antigüedad, para Platón y Aristóteles. Séneca, que vivía en una época de refinada civilización, muy semejante á la nuestra, escribió acerca de esto un tratado especial [3] que responde perfectamente al tiempo en que vivimos, sólo que como verdadero estoico que era, buscaba demasiado la perfección intelectual en el simple conocimiento del bien y del mal.

Si, como Platón dijo ya, jamás el ennoblecimiento del corazón debe ser separado de la ciencia, [4] sólo cuando he-

(1) Por ejemplo *General Studbook, containing pedigrees of racce-horses from the earliest accounts* to 1872, 18 vol. en-8.º (18 livres sterl.).
(2) Platón, *Apol. Socr.*, 9, p. 23 a. Aristót., *Eth.*, 6, 61; 7, 2; *Metaph.*, 1, 2, 3, 4. Sto Tomás, 1, 2, q. 57, a. 2 ad 1; q. 66. a. 5 ad 1.
(3) Séneca, *Ep.*, 88.
(4) Platón, *Leg.*, 3, 9, p. 689, d.

mos ennoblecido y favorecido al hombre entero, tenemos un progreso que merezca ese nombre. (1)

5. La historia de las religiones humanas es una prueba del retroceso de la civilización.—La respuesta á nuestra pregunta no ofrece ya dificultad ninguna. Lo primero y lo más importante para valuar la civilización de una época, de un pueblo, de un hombre, es la religión. La suprema sabiduría, y por lo mismo, la base fundamental de la verdadera civilización, es el conocimiento cierto de lo que es nuestro origen y nuestro fin, de los que todas nuestras acciones reciben importancia. Pero ya hemos visto que en la historia de las religiones naturales, porque aquí hacemos abstracción de la religión sobrenatural que fué fundada por la intervención positiva del Dios vivo, cada religión simplemente humana indica un retroceso, aunque no lo sea sin interrupción. (2)

El nacimiento del paganismo es ya una caída terrible y profunda del género humano; en el curso de su desenvolvimiento, si acaso la palabra es exacta, se puede observar una decadencia más pronunciada cada vez de las ideas morales y religiosas. Lo que el antiguo romano se proponía como fin más elevado era ser buen padre de familia, buen ciudadano y valiente guerrero. Á esa tendencia, dice Hartung, respondía también la religión. El fin de ésta era que la familia y el Estado estuviesen prósperos, y durante mucho tiempo supo preservarse de los errores y desórdenes de otras religiones, especialmente de la religión griega. Tendían sus ceremonias á atraer las bendiciones de las divinidades sobre los campos, sobre los rebaños, y la victoria contra los enemigos. Sus fiestas tenían por fin favorecer el derecho, la concordia, el mantenimiento de la paz. Sus mitos enseñaban el sacrificio por la patria, la fidelidad á los miembros de la misma familia. No conocía ninguna mala acción moral de las divinidades. Todo esto no era mucho, pero aun esto poco no subsistió por largo tiempo; inútil será decir de qué terrible manera ese estado de cosas cambió después en todos conceptos. Ovidio cree que, si una mujer quiere permanecer pura, no debe frecuentar los templos, pues lo que allí ve y oye respecto á los dioses necesariamente perjudica su virtud; no comprende cómo sus versos lúbricos podían malear todavía á los que eran partidarios fieles de aquellos dioses. (1)

(1) Pfaff, *Schœpfungsgeschichte*, (2) 782.
(2) Hartung, *Religion der Rœmer*, I, 246, 248.

Pero tal sucedía en Roma y en todas partes; en todas había la misma degeneración. Las fiestas y las procesiones indias y egipcias eran semejantes á los nauseabundos usos religiosos de los babilonios, de los fenicios, de los sirios, de los lidios, de los armenios. Lo que falta de furia oriental á las procesiones y á los misterios griegos era sustituído con creces por un sensualismo fino y, por lo tanto, más pernicioso. Las costumbres que había en los templos de Corinto y de Sicilia no cedían en corrupción á los de Cartago y Babilonia.

En este concepto se parecen todas las antiguas religiones; la diferencia consiste únicamente en que decayeron unas más pronto, otras más tarde, y más ó menos profundamente. No sería fácil comprender cómo podría esto ser contradicho, si no se supiera cuánto debe importar al Humanismo desfigurar ese hecho histórico. Los antiguos rendían á la verdad un homenaje imparcial. Platón acusa muchas veces á los antiguos poetas diciendo que por sus descripciones habían rebajado y corrompido la religión que en otro tiempo era mucho más pura. (2) Jenófanes emplea el mismo lenguaje: «Homero y Hesiodo llenan de vergüenza á los dioses, dice: lo que sería considerado en el hombre como un insulto y un acto vergonzoso, lo atribuyen ellos á los dioses, como, por ejemplo, la estafa, la voluptuosidad, el robo». (3)

6. También lo es la historia del lujo.—Pero una vez que empiece á degenerar el alma de la vida, la religión, no

(1) Ovid., *Trist.*, II, 287 y sig.
(2) Platón, *Rep.*, 2, p. 365, d. c. 377, d. y sig.; 10, 595 c. y sig.
(3) Jenófanes, *Fragm.*, 8 (Müllach, *Phil. Gr.*, I, 102).

puede quedar intacta la vida misma, ó, para hablar con más claridad, la decadencia de la religión nos da la medida de lo que degenera la vida. La ruina de la religión no comienza fácilmente por la cabeza; es necesario que primero se corrompa el corazón; en seguida contamina al espíritu; pero tan pronto como alcanza á éste la corrupción, la relajación de costumbres se extiende entonces con poder irresistible.

La historia romana suministra un ejemplo que vale por muchos. Á partir de la época en que la religión declinó tan profundamente, se acabaron los tiempos en que el Dictador dejaba el arado para marchar á la victoria y los honores del triunfo para volver al seno de la familia; se acabaron los tiempos en que se inscribía en los sepulcros de las matronas ricas el honroso título de *hiladoras de lana*, los tiempos en que la harina de trigo constituía el alimento ordinario. Entonces la mujer romana atendía por sí misma á los quehaceres domésticos; si había fiesta extraordinaria, se buscaba para aquel solo día en el mercado un esclavo que entendiese de cocina. [1] Pero más tarde ese arte, y aun el de trinchar, se convirtieron en una ciencia para la cual había escuelas y profesores especiales, un arte que seriamente se enseñaba y se aprendía. [2] Un horno de cocina costaba tan caro como una finca [3] y éstas, no eran, ni mucho menos, baratas. En vez del anillo de hierro antiguamente en uso, los hombres llevaban en cada uno de sus dedos sortijas de gran valor que variaban en el estío y en el invierno. [4] El arte de vestirse y de peinarse había llegado á tal punto, que causa grima hablar de ello. Se pagaba un millón de sextercios, y aun más, por una mesa hecha con madera de limonero de África, [5] y se dice que Séneca, el predicador de la moderación y de la sencillez, tenía quinientas mesas de cedro con incrustaciones de

(1) Plinio, 18, 28, (11) 1.
(2) Séneca, *Consol. ad Helv.*, 10, 8. Juvenal, 11, 137-141.
(3) Cicerón, *Rosc. Amer.*, 46.
(4) Juvenal, 1, 27.
(5) Plinio, 13, 29, (15) 1.

marfil. Un caballo de lujo valía 24.000 sextercios, un asno de raza 60.000, 100.000 y hasta 400.000, según escritores de aquella época. [1]

Inútil sería estudiar más detenidamente esta desagradable materia; todos saben por la historia cómo crece el lujo una vez comenzado, y cómo subyuga á personas por lo demás excelentes; á nosotros nos basta con señalar la importancia de ese hecho tan frecuentemente repetido.

Y en esto precisamente es en lo que nuestra situación se hace verdaderamente difícil con relación al espíritu moderno. Desde el tiempo en que Lessing introdujo en la literatura alemana la extraña tendencia de aceptar todas las aberraciones de la historia, tendencia á la que se podrían casi aplicar las palabras de la Escritura: «Cuando veías un ladrón corrías con él»; [2] desde mediados del siglo XVIII se hizo de moda defender el lujo como una fuente del bien público y vituperar toda palabra pronunciada contra él como hostil á la civilización.

Pero es una opinión tan baja y tan grosera, que por sí misma demuestra cómo las corrientes de civilización hoy dominantes retroceden en vez de avanzar; pues, aun desde el punto de vista social, debe verse en el lujo excesivo una maldición para los pueblos. Quien considere el problema social únicamente como una cuestión de dinero y la civilización como el bienestar de la vida, puede creer que esa ostentación es un beneficio para la sociedad, porque conduce al refinamiento de las costumbres exteriores y da impulso al comercio; pero quien mire las cosas seriamente, quien conozca la prodigalidad, la extravagancia, el desprecio de los hombres, los desórdenes que el lujo produce en unos, la amargura y el descontento que despierta en otros, y cómo corrompe, por la influencia del mal ejemplo, especialmente á los que se causan á sí mismos y á la generalidad un grave daño, es decir, á las clases medias y las inferiores; quien crea que no hay cuestión social que no sea al

(1) Plinio, 5, 68, (43) 1. Varrón, *Re rust.*, 3, 2.
(2) Psal., XLIX, 18.

mismo tiempo una cuestión moral, juzgará de muy diferente modo.

Desde el punto de vista moral, el juicio no puede ser dudoso. Ya Séneca se ocupó en esta cuestión, [1] porque lo que él mismo presenciaba en la sociedad de su tiempo, y los reproches de su conciencia por su propia prodigalidad debieron llamar su atención sobre este punto; pero sacó la consecuencia de que no se puede ver en el lujo más que una enfermedad social.

Hay, sin embargo, un tercer punto de vista que debe tenerse en cuenta; el del progreso intelectual. En este concepto le considera Plinio en un pasaje profundo y digno de ser meditado: «¿De qué procede, se pregunta,—y nosotros podemos hacer lo mismo respecto á la Edad Media,—que vivamos en tal ignorancia acerca de los tiempos que nos han precedido? Nunca nos asombraremos bastante de que se haya perdido para nosotros el conocimiento de los tesoros intelectuales conquistado por los antiguos; en este concepto vivimos en una especie de letargo, y necesitamos buscar de nuevo lo que ellos poseían ya. Pero así debía ser, continúa; nuestro lujo y nuestra sed de oro nos han embotado la perspicacia de la inteligencia; donde ese desdichado espíritu llega á reinar, se acabaron los bienes intelectuales. En la sencillez, hay entusiasmo por el ideal; cuando prevalece el bienestar de la vida, disminuye la cultura intelectual». [2]

Pero siendo así, no puede haber duda alguna en que toda época voluptuosa y pródiga es sinónima de época decadente, y que el lujo, una vez pasados ciertos límites, es una señal cierta de la decadencia de las costumbres y de la cultura intelectual, y, por consiguiente, una prueba de retroceso.

7. Lo mismo enseña la historia antigua.—Este hecho de un retroceso moral constante, tal como acabamos de observarla en los romanos, se verifica en todas partes,

(1) Séneca, *Epist.*, 114.
(2) Plinio, XIV, 1, 1 y sig.

cualesquiera que sean el pueblo y la especie de civilización moral é intelectual que consideremos. Podemos admitir como el resultado más cierto de toda la historia de la civilización antigua, la acción retrógrada constante de la humanidad. Hemos examinado ya esto relativamente á la religión; pero lo mismo puede también decirse de todos los elementos que constituyen una civilización adelantada. Aun cuando se produzca un florecimiento temporal en algún punto determinado, no dura ordinariamente mucho tiempo, y le sucede siempre una decadencia más profunda.

Ya hemos hablado de los persas. [1] En los antiguos tiempos se nos presentan mucho más nobles y benignos que después, cuando la crueldad y la perfidia parecen ser casi inseparables de su carácter. Lo mismo sucede con los indios; hoy se considera la mala fe como el distintivo principal del carácter indio; el perjurio es allí usual. Hacen increiblemente difícil la acción de los tribunales; el abuso de confianza puede ser considerado como un mal innato en ellos y arraigado en su sangre. ¡Qué diferente era todo en otro tiempo! Algunos siglos después de Alejandro, eran aun cosas desconocidas en la India las cerraduras, los robos, los testigos, las formalidades en los pactos y los procesos; [2] la verdad era antes que todo para aquellos pueblos; jamás salía de sus labios una mentira; [3] nadie recordaba que un indio hubiera sido llevado ante los tribunales por acusación de estafa. [4]

Desde las guerras médicas, por consiguiente, á partir precisamente de la época en que había alcanzado el más alto punto su florecimiento exterior, va empeorando continuamente el estado moral de los griegos: Isócrates hace ya de él una descripción espantosa. [5] En la época de Alejandro, todas las partes esenciales y las bases indispensables de la vida moral: religión, sentimientos de vergüenza,

(1) V. Conf. VI, 4.
(2) Strabón, 15, 1, 34, 53.
(3) *Id.*, 15, 1, 54.
(4) Arrian., *Ind.*, 12, 5.
(5) Isócrates, *De permut.*, (15) 283 y sig.

de pudor, de verdad y de honor habían desaparecido, por decirlo así, de las clases elevadas. Perjurio, mentira, engaño, responden al concepto que se tiene de los griegos, de tal suerte que pasó á ser como proverbial. Los ataques contra la religión aumentaban continuamente; en vano era buscar formalidad en el pueblo. La grosería y la inhumanidad de sentimientos apenas podían ocultarse bajo el barniz de una civilización refinada hasta el exceso, superficial, y ni lo procuraban ya. El vicio se convertía en condición honrosa cuando sabía producirse con ingenio y estética; la venalidad, la orgía y la perfidia, fueron ya como elementos de carácter nacional. Á cada paso que la civilización parecía ganar en extensión, perdía en fuerza y en naturalidad.

Pocos pueblos cayeron tan rápida y profundamente como los griegos, pero ninguno supo mantenerse á la altura de su moral de otro tiempo. Lo mismo sucedió con los alemanes nuestros antepasados hasta que no vino en su auxilio la nueva religión sobrenatural. Crecía la civilización exterior, pero el sentimiento religioso y la moral, únicas cosas que dan á la vida valor y consistencia, declinaban rápidamente. No debemos representarnos á los germanos tales como los describe Tácito, como salvajes que tenían motivos para envidiar la suerte de los osos y de los lobos. [1] Eran muy sencillos en sus costumbres y en su manera de vivir, pero no eran groseros. Pocos siglos bastaron para cambiar su civilización. En otro tiempo tenían caballos á los que faltaba esbeltez y ligereza, [2] y más tarde Teodorico quedó muy complacido por las cualidades de los nobles corceles que Turingia le envió como presente. [3] Según César, la introducción del vino estaba prohibida entre los suevos; [4] en la época de Tácito era ya objeto de importación; [5] desde el tiempo de Probo, ellos mismos cultivan las viñas. Sus escudos, hechos antes con madera de tilo ó

(1) Holtzmann, *Germanische Alterthümer*, 2 y sig.
(2) Tácito, *Germ.*, 6. César, *Bell. gall.*, 4, 2; 7, 65.
(3) Cassiodor., *Variar.*, 4, 1.
(4) César, *loc. cit.*, 4, 2.
(5) Tácito, *loc. cit.*, 23.

con mimbres, [1] y en que pasaban los ríos, [2] estaban, por toda ornamentación, pintados de colores muy vivos; [3] pero pronto los guerreros usaron escudos resplandecientes de oro [4] y guarnecidos de piedras preciosas. [5] En los contratos pagaban antes con ganados, anillos, ó hilos de oro, y poco después tenían ya moneda. [6] Una espina bastaba á los antiguos germanos para sujetar el manto, pues entre ellos eran muy sencillos los vestidos; únicamente los ricos llevaban el traje algo más ceñido; se consideraba como gran adorno las pieles de animales, ya del país, ó procedentes de lejanos mares, [7] es decir, pieles de animales marinos teñidas. Las mujeres vestían con la misma sencillez que los hombres; [8] con frecuencia no llevaban más que un vestido de tela sin mangas, teniendo por todo adorno una banda de color de púrpura, pero después usaron vestidos brillantes, adornados con botones de oro. [9] Se dió á los guerreros trajes pintarrajeados y forrados de pieles [10] y los cambiaban tres veces al día. [11] Las bridas lucían sedas [12] y pedrería; [13] las sillas eran brillantes, adornadas de oro claro y rojo, [14] guarnecidas de piedras preciosas. [15] Los criados usaban también trajes de color de oro, enriquecidos con perlas y piedras finas: [16] ya se comprenderá con esto cómo brillarían los trajes de las mujeres. Resplandecían en ellos las piedras preciosas engastadas en oro; [17] nadie podría decir que había visto en

(1) César, *loc. cit.*, 2, 23.—Tácito, *Arm.*, 2, 14.
(2) Gregor. Turon., *Hist. Franc.*, 4, 30.
(3) Tácito, *Germ.*, 6.
(4) *Nibelungenlied* (Lassberg), 1010, 2.
(5) *Ibid.*, 994, 3; 2259, 3.
(6) Holtzman, *loc. cit.*, 129.
(7) Tácito, *German.*, 17.
(8) Tácito, *loc. cit.*
(9) *Nibenlungenlied*, 1320, 1. (10) *Ibid.*, 59, 4.
(11) *Ibid.*, 370, 2, 3.
(12) *Ibid.*, 577, 1.
(13) *Ibid.*, 576. 2.
(14) *Ibid.*, 575, 2.
(15) *Ibid.*, 409, 1.
(16) *Ibid.*, 719, 213.
(17) *Ibid.*, 784, 3.

la tierra nada tan bello. [1] Las arcas rebosaban de vestidos lujosos, de anchas cintas, de broches y hebillas brillantes. [2] Guarnecían con pedrería magníficas telas de de Zazamanc, verdes como el trébol; [3] empleaban los mejores tejidos de Libia [4] y de Marruecos, las más bellas sedas de Nínive [5] y las más claras telas de Arabia. [6] Los vestidos estaban guarnecidos de martas y de armiños; [7] en la mesa usaban vajillas de oro; [8] servían el agua para lavarse en palanganas doradas: [9] en resumen, como se ve, por el fausto y el ceremonial casi orientales de que ya Clodoveo se rodeaba, los alemanes se mostraron en alto grado accesibles á todo género de refinamientos exteriores.

Pero el ennoblecimiento interior, en otros términos, el verdadero progreso, ¿adelantaba también? ¡Pluguiese á Dios que pudiéramos contestar afirmativamente á esta pregunta! Por desgracia, también aquí se encuentra el salvajismo interno unido á un mero barniz exterior. Los antiguos germanos tienen nobles rasgos que no encontramos ya en sus descendientes. Aunque encontremos en Tácito la antigua condición de los germanos descrita en caracteres superiores á los que en realidad tenían, no podemos, sin embargo, creer que haya querido hacerlo con objeto de presentar á los romanos modelos de costumbres destinadas á hacerles sentir vergüenza por las suyas. Tomada en general, juzgamos que su descripción era conforme á la verdad, porque está de acuerdo con todos los demás testimonios antiguos; pero no podemos dejar de reconocer más tarde una profunda decadencia en la vida de los germanos, decadencia que solamente el Cristianismo pudo dete-

(1) *Nibelungenlied*, 284, 4.
(2) *Ibid.*, 264, 4; 278, 2, 3.
(3) *Ibid.*, 371, 1, 2.
(4) *Ibid.*, 372, 1.
(5) *Ibid.*, 858, 1.
(6) *Ibid.*, 841, 2.
(7) *Ibid.*, 581, 1; 373, 3.
(8) *Ibid.*, 1325, 3.
(9) *Ibid.*, 610, 1.

ner después de larga y penosa lucha. Las horribles atrocidades que desde Clodoveo se cuentan en la historia de los francos, exteriormente cristianos ya, lo prueban por modo suficiente. Cuando los vándalos se apoderaron de Cartago, eran sobrios y castos, hacían leyes severas para conservar las costumbres, [1] y no se contaminaron con la terrible voluptuosidad reinante en el país de que habían tomado posesión. [2] Su buen ejemplo ejerció benéfica influencia entre los antiguos habitantes. [3] Lo mismo se puede decir de los godos y de los otros bárbaros que se repartieron por entonces el Imperio expirante; [4] pero esto solamente duró medio siglo. Esos pueblos se mostraban civilizados en su conducta, es verdad; pero en cambio eran más astutos en sus deseos y en su corrupción, que lo habían sido nunca los poseedores del suelo que ocupaban. Procopio podía decir de los vándalos de su época—y entonces el mundo estaba habituado á ver vicios—que entre todos los pueblos conocidos, eran aquéllos los más afeminados é inmorales. [5]

Se ha creído poder explicar la innegable decadencia de la raza germánica por su contacto con los romanos corrompidos, ó por reacción contra los duros tratamientos que les infligían. [6] Evidentemente, para no formar de nuestros abuelos un concepto demasiado desfavorable, hay que tener en cuenta esas influencias donde realmente tuvieron lugar; pero se puede observar ya esa degeneración en las tribus que ninguna relación tenían con los romanos. La crueldad de los vikings normandos seguramente no era inferior á la de los francos. Sajaban los costados á los prisioneros sin defensa, les arrancaban las entrañas y esparcían sal en su lugar. De tal modo acabó por ser eso en ellos una costumbre, y lo hacían con tanta destreza,

(1) Salvian., *Gubern. Dei*, 7, 21, 89, 90.
(2) *Ibid.*, 7, 16, 65, 67.
(3) *Ibid.*, 7, 21, 91.
(4) *Ibid.*, 4, 13, 64; 7, 6, 23-25; 7, 27; 20, 85, 86.
(5) Procop., *Bell. vand.*, 2, 6.
(6) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, I 92 y sig.

que inventaron para esa atrocidad un término técnico propio, *ærn rista*. [1] La astucia, el disimulo, la perfidia, la deslealtad, el incendio, la rapiña, el homicidio cometido únicamente por el deseo de derramar sangre, fueron, durante siglos, su verdadero elemento de vida, [2] hasta que por fin el Cristianismo los educó después de violenta lucha. Aquella decadencia evidentemente se debió á ellos mismos; para procurarse tales desgracias no necesitaron la ayuda de los extranjeros: ellos solos se bastaron.

Lo mismo sucedió con los escitas: tuvieron en otro tiempo costumbres excelentes, pero ya antes de acabar la Edad Antigua [3] se apoderó de casi todos ellos una corrupción terrible, en tanto que otros permanecieron fieles á su antiguo natural más apacible. Aunque por su comunicación y relaciones con los extranjeros su conducta exterior se hizo más cortés, decayeron, sin embargo, profundamente desde el punto de vista moral. Su voluptuosidad excedía á cuanto se había notado hasta entonces, [4] sin contar con que eran aficionados á matanzas y bebían en los cráneos de sus enemigos. [5]

Los errores morales de los cafres datan de una época relativamente reciente; antes vivían también con más pureza. [6] No hay duda en que los indios, cuando el descubrimiento de América, estaban más civilizados, desde el punto de vista exterior y del intelectual, que los indios modernos. Eran entre ellos raros los homicidios, los robos, las violaciones de la fidelidad conyugal, la glotonería y la embriaguez; se dice que su carácter actual no se parece ya al de entonces; [7] pero no es menos cierto que la civilización de los americanos en el siglo XVI era ya inferior á la de los tiempos antiguos. Los viajeros no encuentran pa-

(1) Wachsmuth, *Europæische Sittengeschichte*, II, 10.
(2) *Ibid.*, II, 22 y sig.
(3) *De nos jours*, dice Strabón, 7, 3, 7.
(4) Clearco, *Fragm.*, 8 (Müller, *Fr. hist. Gr.*, II, 306).
(5) Strabón, 7, 3, 6, 7, 9.
(6) Waitz, *Anthropologie der Naturvælker*, II, 389.
(7) Waitz, *loc. cit.*, III, 76, 161 y sig.

labras para describir la magnificencia de las antiguas ciudades de Palenque y Uxmal, hoy arruinadas: [1] excedían con mucho en belleza y esplendor á las que ahora se construyen. Los antiguos americanos eran también muy hábiles en la construcción de caminos y en la organización del servicio de correos. [2] Por todas partes se encuentran huellas de esa civilización más elevada de otro tiempo, entre los guaraníes y los omagas del Brasil, [3] en Costarica [4] y en Honduras. [5] Lo mismo puede decirse de los australianos [6] y de los canacos. [7] Las construcciones ciclópeas, los maravillosos trabajos en piedra que se encuentran en muchos pueblos del Océano Pacífico, especialmente en la isla de Pascua [8] las magníficas obras maestras en piedra y en bronce, las construcciones monumentales, como los templos malayos, como el de Burubudor especialmente, en la isla de Java, [9] muestran que esos pueblos estaban mucho más adelantados que hoy con relación á la inteligencia y al arte, y evidentemente también desde el punto de vista moral y religioso. Debemos decir lo mismo de los chinos: su arte no iguala hoy al de los tiempos pasados, y sus costumbres tampoco. Actualmente hay allí mucha corrupción en la vida; pero todos los testimonios están de acuerdo en que era más pura y más noble en los tiempos antiguos. [10] También es cierto que los polinesios, el pueblo hoy más infame de la tierra, no se entregaban en otro tiempo á sus horribles desórdenes, sino que vivían de un modo mucho más moral. [11]

(1) *Missions cathol.*, 1893, p. 3 y sig., 57 y sig., 102.
(2) Ratzel, *Vœlkerkunde*, (1) III, 76, 648 y sig., 686 y sig.
(3) *Ibid.*, III, 425 y sig.
(4) *Ibid.*, IV, 343.
(5) *Ibid.*, IV, 284.
(6) *Ibid.*, VI, 767.
(7) *Missions cathol.*, 1881, p. 10.
(8) Ratzel, *loc. cit.*, II, 360 y sig.
(9) *Ibid.*, II, 382 y sig.
(10) Plin., 6, 20 (17), 2. Mela, 3, 7. Bardesanes (*Frag. hist. Gr.*, V, 2, 81). Euseb., *Præp. evangel.*, 6, 10 (Viger., p. 274, d.). Ammian, Marcell, 23, 6. Eustathii, *Comment. in Dionys. perieges.*, 752 (Müller, *Geogr. græci minor.*, II, 348); *Totius orbis descriptio*, (4 lib. II, 514).
(11) Waitz, *loc. cit.*, V, 2, 191.

8. La historia del matrimonio es una prueba de la decadencia de los pueblos.—Hasta ahora hemos demostrado solamente en general el retroceso de la civilización, pero es fácil confirmar nuestras demostraciones con pruebas especiales; y con tal objeto nos valdremos desde luego del medio más seguro para juzgar el estado moral de un pueblo, es decir, las relaciones conyugales. [1]

En los tiempos modernos, muchos escritores como Bachofen, Mac Lennan, Morgan, Giraud Teulon, Dargun, á quienes se unen los socialistas, dirigidos por Engel y Bebel, han rejuvenecido la repugnante doctrina, defendida ya por algunos antiguos, [2] de que en el llamado estado de naturaleza no existía la vida conyugal, sino que las mujeres de una horda pertenecían por igual á todos los hombres de la misma. También encontró Lubbock la expresión propia de esa repulsiva idea: *Hetairismo*. Otros lo llaman, algo menos crudamente, matrimonio en común. Lubbock y otros amontonaron materiales, [3] con erudición muchas veces de segunda mano, y que sería digna de mejor fin, para demostrar qué impurezas pueden encontrarse en la historia del matrimonio; y todo esto para hacer creer que los escándalos de babilonios, fenicios, australianos y polinesios no son más que un retroceso al primitivo estado de naturaleza. Lubbock no está lejos de afirmar que debemos reconocer en Nerón, Heliogábalo y otros monstruos de cinismo los representantes propiamente dichos de la primitiva humanidad.

No son estas ideas lo bastante groseras todavía para los autores más modernos: miran á Lubbock con cierto desdén, porque, en su teoría, lo humano tiene aún demasiada importancia en los comienzos de la humanidad, aun tratándose de inmoralidades, y no desenvuelve bastante á fondo los pretendidos grados de la introducción de lazos sociales por el desarreglo hasta la inhumanidad completa.

(1) V. *Apología, vol.* I, 9 8.
(2) Lasaulx, *Studien*, 354 y sig.
(3) Lubbock, *Entstehung der Civilisation* (deutsch Iena, 1875), 86 y sig.

A la moderna ciencia darwinista hasta le parece insuficiente la afirmación de que fueron groseros los comienzos de la humanidad, de que podemos aún ver algunos restos en los pueblos llamados de naturaleza. Pone antes del actual orden social, es decir, de la civilización, el estado de barbarie; y antes de éste, un estado aún más grosero, el estado salvaje, es decir, el estado animal. Únicamente en la tercera etapa, dice, se estableció el matrimonio en el sentido propiamente dicho, la monogamia; y no sucedió esto por razones morales, sino exclusivamente para consolidar por la herencia la inicua institución de la propiedad privada. Al estado de barbarie corresponden los matrimonios libres, es decir, uniones hechas para cambiar y variar, en todo tiempo disolubles. En el estado salvaje sólo existe el matrimonio por clan y por grupo, es decir, la comunidad completa dentro de la tribu. [1]

No podemos entrar aquí en más detalles acerca de esas teorías; quien haya leído en Engels [2] que solamente entre los iroqueses se aprende á comprender las relaciones de familia de los atenienses y de los romanos, fácilmente nos dispensará de ese trabajo y nos dirá que tenemos algo mejor que hacer. Además, esos sueños desaparecen en cuanto consultamos la historia seria.

Respecto á la India, todo nos dice que la monogamia era considerada como ley [3] en los tiempos más remotos y que la mujer tenía un estado honroso é independiente. [4] En los Vedas hay, sin embargo, ya indicaciones de poligamia; es rara, ciertamente, constituye excepción, pero es ya un hecho. [5] Se conocen la infidelidad conyugal y otros crímenes contra las costumbres. [6] Los ricos consi-

(1) Engels, *Ursprung der Familie, des Privateigenthums und des Staates*, (4) 63.
(2) Engels, *Ibid., loc. cit.*, 75 y sig.
(3) Bohlen, *Das alte Indien*, II, 144.
(4) *Ibid.*, II, 151 y sig. *Cf.* Paulino de San Bartolomé, *Voyage aux Indes orient.*, (1808) II, 37 y sig.
(5) Muir, *Original Sanscrit texts*, V, 457.
(6) *Ibid.*, V, 460 y sig.

deran ya como un honor envilecer á la mujer obligándola á tolerar á su lado otras que comparten los favores del marido, [1] pero todo esto no es más que el principio. No podemos detallar aquí el modo como los indios trataron el matrimonio y la castidad; es triste que un pueblo bien dotado, cuyo primer pasado fué tan ilustre y edificante, haya podido caer tan bajo, pero donde el matrimonio está en decadencia, el pueblo más excelente se pierde.

Los mismos sentimientos debemos expresar respecto á los griegos: una pureza relativamente mayor de las relaciones conyugales durante los tiempos antiguos, una degeneración que aumentó progresivamente, y cuyos comienzos deplora ya Homero, [2] hasta que por fin toda reserva desaparece con la guerra del Peloponeso, pereciendo el pueblo en la sensualidad: tal es la historia lamentable de aquella nación superior á todas las demás por sus naturales dotes. [3]

Entre los romanos conservó durante mucho tiempo el matrimonio caracteres aceptables, no haciendo aplicación para juzgarla de las doctrinas cristianas: pero, al fin encontramos allí el mismo resultado que entre los griegos.

Los persas, tan graves y severos antes, cayeron pronto en la voluptuosidad, que se hizo proverbial: ya en tiempo de Herodoto estaba profundamente adulterado el matrimonio entre ellos: no les bastaban varias mujeres legítimas; necesitaban gran número de concubinas. [4] Con tal decadencia del matrimonio surgieron naturalmente otros errores morales; por eso no hay que asombrarse de encontrar ya desde muy temprano entre los persas el indecible vicio nacional griego: [5] á ellos hay que atribuirles el que

(1) Lenormant, *Histoire ancienne de l' Orient*, III. 460 y sig.
(2) Cf. Nægelsbach, *Hom. Theologie*, (2) 257. Becker, *Chariklès*, (2) III, 255. Lasaulx, *loc. cit.*, 424 y sig.
(3) Cf. Bernhardy, *Griech. Literatur*, (4) I, 56 y sig., 54 y sig.
(4) Herodoto, 1, 135, 2. Strabón, 15, 3 17.
(5) Herodoto, 1, 135, 1. Jenofon., *Cyrop.*, 2, 2, 28.

se haya conservado hasta ahora en Oriente de un modo tan tenaz y general. Además, adquirieron triste renombre por una infamia que parece haberles sido más familiar que á los otros pueblos; nos referimos al matrimonio con la propia hermana ó la propia madre.

Hay en el corazón humano tan profunda repugnancia á la unión entre padres é hijos, y esa repugnancia se encuentra tan naturalmente expresada en todos los pueblos de todos los tiempos, que no podemos menos de ver en ella una violación horrible de la ley natural dada y santificada por Dios.

No sucede lo mismo con el matrimonio entre hermanos y hermanas. Si la naturaleza misma se rebela contra la unión de personas que pertenecen al mismo tronco, en grado más ó menos lejano, que, como suele decirse, son parientes de sangre en línea ascendente y descendente, nada tiene que objetar cuando personas procedentes del mismo tronco, pero en línea colateral, para servirnos de la expresión jurídica, contraen matrimonio entre sí. Todos consideran como una cosa contra naturaleza querer replegar la copa del árbol hacia la raíz, y todos consideran absurda la tentativa de renovar el tronco por una rama que éste produjo; pero se pueden ligar las ramas de un solo y mismo árbol y hacer que dé frutos un tronco silvestre ingertando en él una rama procedente de este árbol. Por consiguiente, el matrimonio entre hermanos y hermanas—decimos esto con toda clase de reservas, porque otros juzgan de otro modo—no está prohibido por el derecho natural, es decir, por la naturaleza humana. [1] El derecho romano parece también—los sabios tampoco están de acuerdo en esa materia— [2] no haber declarado ilícita esa unión, sino en virtud del derecho de gentes; pero es una verdad innegable que, en los pueblos civilizados que no abandonaron todo pudor, es considerada como un gran extravío, reproba-

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 154, a. 9 ad 3. Billuart, *Matrim.*, d. 7, a. 4, § 3. Pichler, *Jus canon.*, IV, 14, 15.
(2) Weiske, *Rechtslexikon*, II, 237 y sig.

da como un vicio contra naturaleza, y hasta castigada con frecuencia como un crimen digno de muerte. [1]

No es difícil explicar cómo las cosas llegaron á este punto; en la propiedad privada tenemos un ejemplo semejante. La comunidad de bienes no es condenable en sí misma; pero á consecuencia del cambio que el pecado realizó en el hombre, en la sociedad, y en las relaciones del hombre con la naturaleza, la división de la propiedad, colectiva en su origen, se hizo tan necesaria, que se puede con razón decir que es ahora una exigencia del derecho natural, porque éste debió cambiar con frecuencia la aplicación de sus leyes para responder al verdadero estado de las cosas.

Lo mismo sucede en nuestra cuestión. En ninguna otra cosa se hicieron sentir tanto los efectos de la caída del hombre como en estas cosas que no se pueden recordar á un corazón noble sin llenarle de confusión y de vergüenza. Únicamente con límites severos se puede prevenir el desbordamiento de pasiones salvajes: cuanto más próximo está un peligro, más necesario es garantirse contra él. Por eso toda la humanidad se vió obligada á oponer esos límites allí donde pueden ocurrir los mayores abusos como resultado de la incontinencia de los sentidos, presa de la corrupción. De tal modo estaba eso en la naturaleza de las cosas, que se puede con razón decir que el derecho natural mismo, ó para hablar con Jenofonte, [2] la ley divina, que es la aplicación de los principios del derecho natural siempre inmutable al estado de cosas cambiado por el pecado original, prohibe las relaciones entre los próximos parientes consanguíneos; luego el establecimiento de esta prohibición, lo mismo que el de la propiedad privada, son una consecuencia del pecado original, y una prueba de la caída de toda la humanidad.

Se explica así fácilmente que en los primeros tiempos del género humano fuese permitido el matrimonio entre hermanos y hermanas; pero no en lo sucesivo, de no ha-

(1) Peschel, *Vœlkerkunde.*
(2) Jenofon., *Mémorab.*, 4, 4, 19.

ber necesidades especiales, como en el caso de Abraham que sólo podía escoger entre una idólatra y una hermana del segundo matrimonio, [1] si acaso no era su sobrina más bien que hermana. Debe tenerse en cuenta además que en esos tiempos tan remotos, siendo todavía poco numerosos los hombres, persistían en parte ciertas relaciones, conforme á la organización de la familia primitiva y única; pero cuanto más se multiplicó y extendió el género humano, más fácilmente pudieron ser aplicadas las leyes que respondían al estado de corrupción que se había introducido.

Las razones alegadas por la ciencia profana respecto á la repugnancia que inspiran los matrimonios entre hermanos y hermanas no convencen; en todo caso son insuficientes. No hay duda en que la unión entre próximos parientes produce resultados tan perjudiciales como si se empleara siempre la misma semilla para la siembra: es siempre castigada con la degeneración de la familia y la disminución del vigor físico. Pero si no hubiese habido más que esto para determinar ese impedimento, sin duda se consideraría tal matrimonio como insensato y perjudicial, pero no como inconveniente y contra naturaleza, ni se vería en él por todas partes la violación de cierto pudor sagrado de que el hombre no puede deshacerse.

Sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que según el juicio general de la humanidad, violar esa prohibición se considera como signo de gran decadencia en las costumbres; no obstante, podemos comprobar bastantes ejemplos concernientes á ese hecho, y no sólo en pueblos muy groseros, sino también en pueblos muy civilizados.

Tal vez no encontramos nada muy chocante en que hordas tan embrutecidas como los aleutas y los korjaks, que además tienen mala reputación á consecuencia de sus desórdenes, no retrocedan ante los matrimonios entre hermanos; [2] pero los egipcios, tan distinguidos por su civi-

(1) Gen., XII, 13; 20, 12.
(2) Peschel, *loc. cit.*, 233.

lización, se rebelaron, como dice Diodoro, [1] contra la costumbre general de los hombres, y según todas las apariencias lo hicieron desde muy antiguo: tomaban el ejemplo de Isis, que también se casó con su hermano. Por otra parte, parece que en los tiempos antiguos, sólo sus reyes se permitieron esa libertad, ó por lo menos es de ellos únicamente de quienes se dice eso en términos expresos. En ellos la principal razón no era precisamente el desorden moral, sino el espíritu de casta que les prohibía mezclar su sangre con la extraña: pero aun así, era aquello también una señal de la decadencia de costumbres, pues la arrogancia, el orgullo de nobleza y de raza, son extravíos tan profundos y conducen tan fácilmente á despreciar las leyes más sagradas de la conciencia, como la concupiscencia misma.

América nos ofrece un ejemplo semejante que data de una época mucho más reciente: los Incas del Perú se casaban también con sus hermanas, para que no pasara á otra familia la corona; pero se dice expresamente que fué el abuelo de Atahualpa quien introdujo esas malas costumbres. Por consiguiente, ese pueblo relativamente bueno, hasta el siglo XV de nuestra era no entró en completa decadencia. A partir de esa fecha debió de hacer rápidos progresos el error que señalamos, pues todavía hoy está muy generalizada entre los salvajes del Brasil. [2]

Del mismo modo pasaron las cosas en Egipto, prueba de que los hombres en todas partes tienen la misma naturaleza. Al principio, esa costumbre abominable parece no haberse usado sino muy rara vez entre los reyes y jamás con aprobación general, pues, cuando Ptolomeo Filadelfo se casó con su hermana Arsinoe, invocando la costumbre egipcia, [3] se vengó de él con burla terrible la ofendida opinión pública. [4] Únicamente más tarde se acusó á los

(1) Diodor., 1, 27, 1.
(2) Martius, *Ethnograghie und Sprachenkunde Amerikas*, I, 116.
(3) Pausanias, 1, 7, 1. Memnon, *Fragm.*, 14 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, III, 534).
(4) Hegesandri, *Fragm.*, 12 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, IV, 416).

egipcios de no haber evitado los matrimonios entre hermanos. [1] Los griegos mismos refieren eso con desagrado, ellos, que, sin embargo, consideraban lícito el matrimonio entre hijos de un mismo padre, pero de madres diferentes. [2]

Podemos decir, pues, que el matrimonio entre hermanos se celebraba antes sólo en casos aislados, y no estuvo en uso hasta el tiempo de la completa disolución en ningún pueblo antiguo, excepto entre los persas: únicamente los asirios, contaminados por el ejemplo de sus vecinos, cayeron en ese error, [3] pero sabemos que esa violación de la costumbre generalmente observada no existió siempre tampoco entre los persas, y que penetró entre ellos solamente en tiempo de su decadencia. Fué el miserable Cambises quien introdujo esa abominación: hasta entonces no la conocían los persas, por más que fuese mucha la depravación en que ya hubiesen caído. [4]

Pero al cabo de poco tiempo, este primer crimen produjo otro contra naturaleza, aun más abominable, pues se encuentran testimonios que dicen que no retrocedían los persas ante el matrimonio con su propia madre ó su propia hija. [5] Si hemos de dar crédito á la narración de Plutarco, no habían pasado ciento veinte años cuando el paso dado por Cambises produjo sus últimas consecuencias más vergonzosas. Artajerjes II, apellidado Mnemón, conocido por la influencia que el harem ejerció en su largo y turbulento reinado, parece que fué el primero que tomó por esposas dos de sus propias hijas, [6] y su madre misma quien,

(1) Euseb., *Præp. evang.*, 2, 1 (Viger., p. 48, d).
(2) V. Lasaulx, *Studien*, 425. Cornel. Nep., *Cimon*, 1.
(3) Lucian., *De sacrif.*, (13) 5.
(4) Herodot., 3, 31, 2, 4, 5.
(5) Jenofon., *Memor.*, 4, 4, 19 y sig. Antístenes, *Fragm.*, 9 (Müllach, *Frag. philos. Græc.*, 275). Euripid., *Androm.*, 173-175. Xanthus, *Fragm.*, 28 (Müller, *Ibid.*, I, 43). Bardesanes, (*Fragm. hist. Græc.*, V, 2, 83). Clemente Alex., *Strom.*, 3, 2, 11. Tatian., *Contra Græc.*, 28. Clemente, *Recognit.*, 9, 20. Tertull., *Apol.*, 9; *Nation.*, 1, 16. Minuc. Fel., *Octav.*, 31. Diogen. Laert., 9, 83; *prœm.*, 7. Euseb., *Præp. evangel.*, 6, 10 (Viger., p. 275, c. 279, a. Origen., *Contra Cels.*, 5. 27).
(6) Plutarco, *Artaxerxes*, 27, 1, 3.

habiendo advertido su pasión, según se dice, le dió ese consejo. Era esto contrario sin duda á las leyes persas, [1] pero le manifestó Parysatis que eran leyes cuyo origen se debía á los detestados griegos; que en su calidad de rey de Persia, era, como Dios, dueño del bien y del mal, y, por esta razón, superior á la ley, y que él mismo era la ley; que podría hacer lo que quisiere. [2] Todo esto era muy agradable para aquel rey disoluto, é hizo lo que hasta entonces había sido considerado como una atrocidad por los persas mismos; y el efecto de ese crimen fué que la ley persa representara tales matrimonios como una costumbre religiosa especialmente grata á la divinidad. [3] ¡Con tal rapidez se extiende un crimen y tan profundamente se arraiga cuando una vez se le admite! Al poco tiempo, ya se permitió el matrimonio con la propia madre como cosa de todo punto natural; en el siglo segundo antes de Jesucristo era ya un hecho consumado, y hasta es posible que se efectuase en tiempo de Eurípides, por consiguiente, aun en el de Artajerjes. ¡En tales extravíos puede incurrir un pueblo noble y de elevadas dotes! Prueba terrible de que la más escogida civilización exterior y que el mayor auge del lujo pueden perfectamente conciliarse con una espantosa decadencia de la verdadera civilización.

Fuera de los casos citados, se dice que sólo algunas tribus árabes, cuyo estado natural era completamente primitivo, [4] y los antiguos bretones, [5] no retrocedieron ante el matrimonio con los más próximos parientes consanguíneos, ni aun con la propia madre; pero Strabón, que nos refiere el hecho, manifiesta dudas respecto á la exactitud de esta acusación.

Las condiciones conyugales de los alemanes eran primitivamente mucho mejores que las de los otros pueblos,

(1) Plutarco, *Ibid.*, 27, 1.
(2) *Ibid.*, 23, 3.
(3) *Vispered.*, 3, 18.
(4) Strabón, 16, 4, 25.
(5) *Id.*, 4, 5, 4.

aunque no fuesen intachables, pues donde está admitida la poligamia deja mucho que desear la pureza de la vida. Verdad es que sólo algunos germanos muy ricos usaban de ese derecho, y aun éstos lo hacían únicamente para alardear de riqueza; [1] pero lamentable era que se considerase como autorizada esa mala costumbre, y se viese en ella una manera de distinguirse de la vulgar plebe; por lo demás, es cierto que entre nuestros primitivos antepasados estaba en cierta prosperidad la familia. La mujer entraba en la casa del marido sabiendo que debía ser para él un apoyo y una compañera en la guerra y en la paz, en el trabajo y en el peligro. [2] Era muy rara la infidelidad; [3] los matrimonios se concertaban en edad bastante avanzada, prueba cierta de la pureza de costumbres; [4] pero algunos siglos más tarde encontramos también entre los germanos perturbada ya la vida de familia, tanto por lo menos como en cualquiera otra parte. Los nombres de Fredegunda, de Clotario II y de Cariberto lo dicen todo. Tenían numerosas concubinas, por influencia de la corrupción romana, los germanos septentrionales; [5] no era ya cosa inaudita el matrimonio entre hermanos, [6] especialmente con los de un segundo matrimonio. [7] Los príncipes, como Haraldo Schœnhaar, tenían varias mujeres legítimas, y además, concubinas en tanto número como querían, y de que podían cambiar á su antojo. [8] Esa perniciosa costumbre echó pronto raíces tales, y de tal manera se apoderó de las tribus, que el Cristianismo hubo de luchar mucho para triunfar de ella. [9]

(1) Tácito, *German.*, 18.
(2) *Ibid.*
(3) *Ibid.*, 19.
(4) *Ibid.*, 20.
(5) Weinhold., *Altnordisches Leben*, 248.
(6) *Id.*, *Die deutschen Frauen*, (1) 243.
(7) Kaufmann, *Deutsche Geschichte*, II, 299. Weinhold, *Die deutschen Frauen*, (1) 243.
(8) Geijer, *Geschichte von Schweden*, I, 100. Cf. Dahlmann, *Geschichte von Dœnemark*, I, 165.
(9) Weinhold, *Altnordisches Leben*, 249.

Tampoco merece aplausos la historia del matrimonio entre los celtas. No consideramos como un ideal la preponderancia atribuída á la mujer para decidir la paz ó la guerra, pero es seguro que, donde eso ocurre, es honroso el estado de la mujer: pueden atestiguarlo las tribus célticas más antiguas. (1) Resto de la estimación en que se había tenido á la mujer era que en tiempo de César, todavía entre los galos era administrada en común la fortuna de los esposos, con igualdad de derechos, y se transmitía de igual modo por herencia; (2) pero más tarde, según vemos en Diodoro, Bardesanes y el relato de Strabón (3) que ya hemos mencionado, la vida de familia y el honor de las mujeres decayeron entre los celtas, tanto, que, en gran parte, contribuyó á la ruina de aquel pueblo. Además, no podía ser de otro modo donde reinaba el nefando vicio que corrompía á los griegos ya en tiempo de Aristóteles. (4)

Así podríamos seguir la historia del matrimonio á través de todos los países y de todos los tiempos, hasta entre los desdichados polinesios, que están hoy en la más completa decadencia desde el punto de vista de la familia. En todas partes hallaríamos el mismo resultado, pureza al principio, degeneración después. Quien crea en el honor de la humanidad, no puede pensar que estados tan horribles como los llamados ahora hetairismo, ginecocracia, derecho de madre, existiesen en un principio. Las fuentes atestiguan también que en todas partes, antiguamente, era considerado el matrimonio como más sagrado, porque la mujer era más respetada. (5) La llamada ginecocracia después en la historia es como todo desorden del estado que á la mujer asignó la naturaleza, un testimonio del retroceso de la humanidad.

(1) Plutarco, *Virt. mul.*, 6 (París 1868, III, 304). Polyaen., 7, 50 (Bouquet, *Rec. des hist. des Gaules*, I, LV, 699, a).
(2) Cæsar, *Bell. gall.*, 6, 19.
(3) Diodor., 5, 32, 7. Strabón, 4, 4, 6. Bardesanes (*Fr. hist. Græc.*, V, 2, V, 2, 84). Euseb., *Præp. evangel.*, 6, 10.
(4) Aristót., *Polit.*, 2, 6, (9), 6.
(5) Waitz-Gerland, *Anthropol. der Naturvœlker*, VI, 122 y sig.

En esta materia tenemos desgraciadamente razón para lamentar el rebajamiento de todo el género humano, pues si pretendiéramos ser completos en la información, tendríamos que referirnos á casi todos los pueblos y no tan sólo á unos cuantos tomados aisladamente. Hasta ahora hemos examinado los pueblos que se dicen civilizados; nadie esperará encontrar un estado mejor en pueblos más groseros. Los primeros se han deshonrado con la poligamia y los matrimonios ilegítimos; los segundos comparten la misma vergüenza y agregan la poliandria, como los parthos (1) y gran número de tribus del Tibet, (2) de la India, de Lanzarote y de América. (3) Esos tres males constituyen los últimos grados de la escala que debemos bajar ahora; pues si se quiere conocer la caída del género humano apoyándose en hechos históricos, se necesita descender á profundos y sombríos abismos, que están lejos de ser motivos de gozo para quienes están en ellos.

Es una violación grave del matrimonio, peor que la poligamia y la poliandria, cuando se introduce en un pueblo la mala costumbre de cambiar de mujeres; entre los indios esa costumbre es considerada como plenamente de ley y de derecho; (4) negros que son demasiado pobres para tener varias mujeres, buscan la compensación cambiando las suyas entre sí; (5) entre los arrakanios aun se desciende más, porque están en uso las uniones temporales, cobrando las mujeres determinado precio; (6) completan este género de abusos los llamados tres cuartos de matrimonio entre los árabes Hassaniechs (7) en Nubia. Los musulmanes permiten todo eso como legítimo. Alí tuvo también en el curso

(1) Bardesanes (*Fragm. hist. Græc.*, V, 2, 85). Euseb., *Præp. evang.*, 6, 10 (Viger., p. 277, a).
(2) Schneider, *Naturvœlker*, II, 460. Ratzel, *Vœlkerkunde*, (1) III, 372 y siguientes.
(3) Humboldt, *Reise in die Æquinoctialgeg.*, I, 56. Schneider, *loc. cit.*, I, 284. Cf. Martius, *Ethnogr. und Sprachenkunde Amerikas*, I, 121.
(4) Schneider, *loc. cit.*, I, 283 y sig.; 286, 289.
(5) Waitz, *Anthropologie*, II, 108.
(6) Ritter, *Erdkunde*, IV, 1, 325. Martius, *loc. cit.*, I, 118.
(7) Peschel, *Vœlkerkunde*, (1) 230.

de su vida centenares de mujeres al mismo tiempo que á Fátima; y se cuenta de un tintorero de Bagdad, muerto el año 433 de la Hegira, que cambió más de nuevecientas mujeres. Aun ahora el cambio de mujeres no es raro entre los beduinos. (1)

Igualmente repugnante es el llamado matrimonio de prueba por espacio de un año que hay entre los indios; (2) si los que provisionalmente viven juntos no se agradan, pueden separarse y ensayar matrimonio con otros. Esa clase de uniones están desde hace mucho tiempo en uso entre los persas, y ya Omar se vió obligado á intervenir contra esa infame costumbre; sin embargo, se ha conservado hasta nuestros días. Lo mismo sucede por todas partes en África. (3)

Pero lo peor es la destrucción completa de todo verdadero lazo de matrimonio por la comunidad de mujeres; desde este punto de vista, casi toda la antigüedad se hizo culpable. Se dice que, entre los bretones, padres, hermanos é hijos poseían mancomunadamente sus mujeres en número de diez ó doce; (4) autores modernos vacilan en creerlo; (5) sin embargo, es de advertir que, como hemos hecho observar en otra ocasión, los antiguos atribuyen generalmente gran barbarie á esos celtas del Norte. Por otra parte, hay á lo menos aquí una apariencia de vida de familia, pudiendo decirse lo mismo de los masagetas. Entre éstos existía lo que se llama hoy matrimonios por tribu: cada cual tomaba mujer, y ésta encontraba en las manos de su marido alimento y abrigo, pero no era exclusivamente de él; pertenecía á toda la sociedad. (6)

(1) Wahrmund, *Gesetze des Nomadenthums*, 14.
(2) Waitz, *loc. cit.*, III, 105.
(3) Fraser, *Darstellung. v. Persien* (deutsch. v. Sporschil), II, 155.
(4) Schneider, *loc. cit.*, I, 290.
(5) Cæsar, *Bell. Gall.*, 5, 14. Bardesanes (*Fragm. hist. Græc.*, V, 2, 86). Clem. Rom., *Recogn.*, 9, 24. Euseb., *Præp. evang.*, 6, 10 (277, a). Dio Cassius, 76, 12. Moore, *History of Ireland* (Paris, 1837), I, 143 y sig. Lappenberg, *Geschichte von England*, I, 14.
(6) Herodot., 1, 216, 1, 4, 172, 2. Neumann, *Die Hellenen in Skythenlande*, I, 296 y sig.

Pero en otras tribus parecen haberse borrado los últimos vestigios de la familia, como, por ejemplo, entre los nasamones, (1) los gindanes (2) y los ausenses, (3) entre los voluptuosos agatirses, (4) entre los habitantes del Ponto (5) y entre los galactófagos de Scitia, cuya honradez en otros conceptos es muy alabada. (6) Por otra parte, pueblos de muy diferente civilización están en el mismo caso respecto de esto, como, por ejemplo, los gelones (7) que trataban muy mal á sus mujeres; los liburnios, (8) entre quienes las mujeres tenían la consideración de reinas; los mosyneocos, (9) que estaban reputados por los más groseros de todos los pueblos antiguos; (10) los ictiófagos etiópicos, de quienes se dice que habían perdido toda noción de bien y de mal (11) y los bactrianos, (12) ese pueblo de tan excelentes dotes, que tenía motivos para alabarse de ser uno de los primeramente civilizados, y que en voluptuosidad y disolución podía competir con todos los que habían llegado á los mayores abusos de la civilización.

Todo es una prueba de que ni la pobreza, ni la civilización, ni la riqueza, sino exclusivamente la decadencia moral, fué la causa de estos crímenes. Si consideramos cuán frecuente era en la antigüedad lo que ahora se denomina hetairismo ó matrimonios en común, hasta qué punto arrai-

(1) Herodot., 4, 172, 2. Eustathii, *Comm. in Dion. perieg.*, 209 (Mülller, *Geogr. græci*, II, 253).
(2) Herodot., 4, 176.
(3) *Id.*, 4, 180.
(4) *Id.*, 4, 104.
(5) Tertull., *Marc.*, 1, 1.
(6) Nicol. Damasc., *Fragm.*, 123, 3 (Müller, *Fragm. phil. Græc.*, III, 460).
(7) Bardesanes (*Fragm. hist. Græc.*, V, 2, 84). Clem., Rom., *Recogn.*, 9, 22. Euseb., *Præp. evang.*, 6, 10, p. 275, d.
(8) Nicol. Damasc., *Fragm.*, 111 (Müller, *Fragm. hist. Græc.* III, 658). Scylax Caryandensis, *Periplus*, 21 (Müller, *Geogr. græci*, I, 27).
(9) Mela, 1, 19. Diodor., 14, 30, 7. Jenofon., *Anab.*, 5, 4, 33.
(10) Scymni, *Chii orbis descriptio*, 901 (Müller, *Geogr. græc. minores*, I, 334).
(11) Agartharchides, *De mari erythræo*, 31 (Müller, *Geogr. græci*, I, 130), Diodor., 3, 15, 2.
(12) Bardesanes (*Fragm. hist. Gr.*, V, 2, 84 y sig.). Euseb., *Præp. evang.*, 6, 10, p. 276, b.

gó entre los espartanos esa costumbre horrible, (1) y cómo hasta espíritus nobles, para citar únicamente á Sócrates y Platón, encontraban eso tan poco extraño, que habrían hecho con gusto del matrimonio de clan una ley general del nuevo orden social que proponían, podemos entonces decir con toda verdad que el Cristianismo fué la sal de la tierra. Por que ¿á quién, sino, se debe que haya sido el mundo preservado de la podredumbre y de la completa decadencia?

Además, en lo que hasta ahora llevamos dicho, ni siquiera hemos mencionado los peores crímenes de que da cuenta la historia contra el matrimonio, la mujer y la moral; pero no podemos relatar aquí las maldades que se dicen de los bretones, de los caucasianos y de muchas tribus indias; (2) basta con lo que hemos dicho, y aun eso lo habríamos omitido, si no fuese necesario mostrar cuántas cosas contra naturaleza atribuyen los humanistas á la llamada verdadera y primitiva naturaleza, únicamente para evitar la fe en lo sobrenatural y en el pecado del primer hombre.

Pero los pueblos, ni aun los peores, jamás olvidaron que no son el estado natural esas degeneraciones, y deben ser consideradas como la profunda decadencia de una naturaleza en otro tiempo más pura, y del matrimonio considerado como institución de elevado orden.

La Sagrada Escritura dice lo que fué en los primeros tiempos. En un principio Dios creó un hombre y una mujer y les dijo que no serían ya dos, sino una sola carne. (3) La historia del matrimonio en cada país nos confirma ese principio á despecho de toda decadencia: una extensa corrupción dañó la pureza del matrimonio, que sólo pueden sacar á salvo la monogamia y la indisolubilidad del lazo conyugal; y á causa de la dureza del corazón humano, Dios hasta toleró expresamente, durante largo tiempo, la poligamia y el divorcio. (1) Pero jamás hizo olvidar enteramente que no debía ser así, y que era mejor lo de antes; aun donde era peor la práctica de la poligamia, había siempre una mujer considerada como la esposa propiamente dicha, con lo que se recordaba que la monogamia es el único estado legítimo del matrimonio. En China, donde sólo más tarde se permitió la poligamia, las concubinas casi no tienen más categoría que la de esclavas de la verdadera mujer; (2) entre los groseros insulares de Fidji, un hombre puede tener cien mujeres, pero entre ellas hay una que es la verdadera; (3) lo mismo sucedía en la Edad Media, entre los mongoles, (4) y lo mismo sucede hoy todavía en Tartaria, (5) entre los chibchas de Nueva Granada, (6) entre los micronesios, (7) los polinesios (8) y casi todas las tribus brasileñas, (9) que, si bien viven en estado de profunda barbarie, tenían en otro tiempo más nobles costumbres. (10) Aun entre los polinesios no fueron bastante los desórdenes para borrar aquellas ideas, y se observa también lo mismo en el antiguo Méjico, entre los indios y los más antiguos germanos. La monogamia, resto de tiempos mejores, tenía aun allí carácter de ley, pero los ricos prescindían de ella y tenían varias mujeres. (11) Como ya hemos dicho, también entre los masagetas eran reconocidos como legítimos los matrimonios entre un solo hombre y una sola mujer, pero en realidad, vivían públicamente, sin que nadie censurase su conducta, como si desconociesen los lazos del matrimonio y de la familia. (12)

(1) Pauly, *Real-Encyklop.*, IV, 1645 y sig. Dœllinger, *Heidenth.*, 682.
(2) Herodot., 1, 203; 3, 101. Strabón, 15, 1, 56.
(3) Mateo, XIX, 8, 4, 5.

(1) Mateo, XIX, 8.
(2) Ratzel, *loc. cit.*, III, 595.
(3) Waitz-Gerland, *loc. cit.*, VI, 631.
(4) Juan de Plan Carpin, *Voyages en Tartarie*, (La Haye, 1735), 38.
(5) Huc, *Souvenir d'un voyage dans Tartarie*, I, 314 y sig.
(6) Waitz, *loc. cit.*, IV, 366.
(7) *Ibid.*, V, 2, 107.
(8) *Ibid.*, VI, 128.
(9) Martius, *Beitræge zur Ethnographie und Sprachenkunde Amerikas*, I, 117.
(10) *Ibid.*, I, 105 y sig.
(11) Waitz, *loc. cit.*, IV, 130.
(12) Herodot., 1, 216, 1. Strabón, 11, 8, 6.

Resulta de todo que, en esas condiciones, indudablemente nos encontramos ante un gran retroceso de la humanidad. Primitivamente, el matrimonio era uno é indisoluble; sus adulteraciones vinieron después, como claramente se advierte en los pueblos antiguos. Por abominable que hoy sea el estado moral de China, [1] no es dudoso, sin embargo, que la monogamia existió allí en un principio [2] y es, en el fondo, el único sistema de matrimonio reconocido por la ley. [3] Los tracios, que se entregaban á la poligamia del modo más repugnante y, por consiguiente, rebajaban mucho la condición de la mujer, [4] dicen expresamente que esa deplorable costumbre fué introducida entre ellos tarde, aunque en época bastante remota había sido ya practicada por el rey Dolonkus. [5] Los Vedas y Homero nos dicen que, de hecho, fué un retroceso de la humanidad, habiendo principiado ya en los tiempos más remotos. La Sagrada Escritura creyó oportuno, en tan importante materia, comunicarnos el nombre del primero que con su ejemplo condujo á esa pendiente funesta: fué Lamech [6] el homicida, el quinto descendiente de Caín.

9. Sucede lo mismo con la manera de tratar á los hijos.—Con la pureza ó la decadencia del matrimonio están naturalmente relacionadas, y de un modo estrecho, la consideración hacia los hijos ó la violencia con que se los trate. Hemos estudiado ya esta cuestión [7] y por eso podemos limitarnos á deducir las consecuencias de los hechos que hemos señalado; y en este punto, los resultados son exactamente los mismos que en todo lo demás. La humanidad

(1) Huc y Gabet, *Voyage à travers l'empire chinois*, 270 y sig., 529 y sig., 100 y sig. *Mémoires concernat l'empire des chinois*, IV, 196 y sig.
(2) Ratzel, *loc. cit.*, III, 595. Du Halde, *Beschreibung des chines. Reiches*, (1748) II, 143
(3) Prichard, *La Chine*, I, 256.
(4) Heraclides, *De rebus publ.*, 28 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 220).
(5) Arrian., *Fragm.*, 37 (Müller, *loc. cit.*, III, 594). Eustathii, *Comment. iu Dionys. perieg.*, 322 (Müller, *Geogr. græc. min.*, II, 274 y sig.).
(6) Gen., IV, 23.
(7) *Vol.* I, *Conf.* XI, *app.* I, 9.

sigue direcciones que la conducen más abajo cada vez; aumentando la ruina de la familia, debieron crecer también los malos tratos á los hijos, y fué inútil que algunas legislaciones procurasen poner coto á ese crimen: [1] una vez empezada la decadencia, sus progresos fueron tales, que no pudieron ser detenidos. Ese crimen de dejar abandonados á los niños se hizo tan general, que todos lo creyeron verdaderamente legítimo; los más ilustres y nobles espíritus de la antigüedad, [2] Sócrates, Platón, Aristóteles, defendían sin empacho esa teoría; el último no vacilaba en aconsejar, [3] cuando las prescripciones del Estado prohibiesen con penas coercitivas el abandono de los niños, un medio aun más abominable que no queremos nombrar, en virtud del cual se conseguía más pronto el mismo fin, y ofrecía además la ventaja de evitar más fácilmente la intervención de las leyes. También entre los germanos encontramos el infanticidio, pues aunque dice Tácito que la vida del niño era sagrada para ellos, [4] no hay duda de que los infanticidios no eran allí cosa extraordinaria. Podemos atenuar muy bien esta contradicción, admitiendo que en aquella época no fué ese crimen tan frecuente como después; pero en los siglos siguientes puede asegurarse que esa atrocidad fué una costumbre general entre los germanos del paganismo. Se ve en todas las leyendas, y la historia también lo atestigua, [5] especialmente en el Norte, y, por consiguiente, precisamente allí donde los germanos estaban más alejados de influencias extrañas, en Frisia, [6] Dinamarca, Suecia é Islandia. [7] Hasta se erigió en ley [8] que el padre tenía derecho á matar al hijo

(1) Aristót., *Polit.*, 7, 14 (17), 10. Ælian., *Var. hist.*, 2, 7.
(2) Platón, *Republ.*, 5, 9, p. 460, c. 461, c.
(3) *Ibid.*
(4) Tácito, *Germa.*, 19.
(5) Pfahler, *Handbuch der deutschen Alterthümer*, (1865) 575 y sig.
(6) Pfister, *Geschichte der Deutschen*, (1829) I, 320.
(7) Holtzmann, *German. Alterthümer*, 212 Weinhold, *Altnord. Leben*, 260 y sig. Geijer, *Gesch. von Schweden*, I, 101. Maurer, *Bekeherung des norwegischen Stammes zum Christenthum*, II, 181.
(8) Klemm, *Handbuch der germanischen Alterthumskunde*, 226.

mientras no hubiera sido rociado con agua fría, (1) probablemente para probar su vigor. Precisamente este punto fué en los siguientes siglos el que ofreció mayores dificultades para la introducción y afianzamiento del Cristianismo en el Norte; (2) el pueblo se irritaba porque una religión nueva quería prohibirle una cosa que él consideraba como derecho inamisible; hasta ese punto se habían perdido las convicciones mejores de otro tiempo, y tan cambiados estaban los germanos desde ese punto de vista.

Tenemos por lo tanto derecho una vez más para hablar de generaciones pasadas mejores y de otras más modernas decaídas. Puede esto probarse con toda claridad, especialmente con relación á China; el mal que acabamos de mencionar tal vez no alcanzó allí el mismo nivel que en Atenas, en Esparta y en la Roma de los Césares; en todo caso no puede ser practicado en China de un modo más desvergonzado que en la antigua Grecia. Como quiera que sea, se sabe que los chinos tienen mala reputación á causa de ese crimen, y lo único para nosotros importante es que respecto de ellos se puede citar exactamente el momento, á partir del cual comenzó esa degeneración. No se encuentran vestigios del abandono de niños anteriormente al año 232 antes de Jesucristo; pero desde esa fecha aquella costumbre se convirtió en verdadera epidemia popular, y se manifiesta tanto más generalizada en su historia, cuanto mayor es la decadencia de una época. (3)

10. El tratamiento de los esclavos.—Si de la vida doméstica pasamos á la pública, llegaremos al mismo resultado. En los tiempos antiguos no era la esclavitud como una excrescencia del cuerpo social, sino que constituía la base del estado social y civil, penetrando en la vida del Estado y de la familia; semejante á un cáncer que se hubiese formado con los corrompidos jugos del conjunto, y

(1) Grimm, *Deutsche Rechtsalterthümer*, 403, 455 y sig.
(2) Maurer, *Bekehrung des norweg. Stammes*, I, 433, II, 273, 275.
(3) *Mémoires concernant l' histoire des chinois*, (1777) II, 396.

cuya raíz está en el interior, envenenó lo que aún no estaba corrompido y se manifestó al exterior.

Después de cuanto hemos dicho acerca de este punto, (1) inútil será insistir en la desmoralizadora influencia de esta terrible institución. Mommsen describió en términos siniestros los estragos que hizo: «Que quien se atreva, dice, á echar una ojeada á tales abismos, profundice el océano de disolución y de miserias que se presenta á nuestra vista en el más miserable de todos los proletariados. Es muy posible que los sufrimientos de todos los negros no sean más que una gota de agua en comparación de la esclavitud romana». (2)

Como ya hemos indicado, es necesario ver en la historia de la esclavitud una parte esencial de la antigua historia de la civilización; en efecto, para juzgar la vida antigua hay que ponerla en importancia al nivel de la familia; y siendo cierto esto, no es difícil ya resolver si avanzó ó retrocedió la humanidad.

Sabemos ya que los griegos recordaban un tiempo en que la esclavitud no existía ni en Grecia ni fuera de ella. (3) Respecto á las tribus griegas eso puede únicamente referirse á siglos muy remotos, desconocidos; por el contrario, Timeo de Tauromenio cuenta de los locrios que no tenían esclavos, y que esa institución no se introdujo entre ellos hasta mediados del siglo IV antes de Jesucristo. (4) Según Aristóteles (5) y Polibio, (6) puede no ser exacta esa indicación de tiempo; pero aunque hubiese que referirla á una época anterior, siempre será indudable que en otro tiempo no se conocía entre ellos la esclavitud; esto es para nosotros de la mayor importancia, porque se trata de un pueblo que excede á los griegos en antigüedad. Los locrios no eran puros helenos, sino que pertenecían á la raza de los

(1) *Vol.* I, *Conf.* XI, *App.* I, 3.
(2) Mommsen, *Rœmische Geschichte*, (6) II, 77.
(3) V. *supra*, IV, 2.
(4) Timæus Tauromen., *Fragm.*, 67 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, I, 207).
(5) Aristót., *Fragm.*, 541 (Heitz, París, IV, 2, 274 y sig.).
(6) Polibio, 12, 5, 8, 9.

lelegos, que, con los pelasgos, habían ya habitado la Grecia antes que los helenos; tenemos, pues, una prueba cierta de que la profundamente inmoral institución de la esclavitud, admitida más tarde como natural por los griegos en la época de su más floreciente civilización, era completamente desconocida en las llamadas épocas de rusticidad.

Los griegos propiamente dichos no saben, ya en los tiempos históricos, sino que hay esclavos y que debe haberlos; de tal modo echó entre ellos profundas raíces la institución, que no les inquieta saber si el hombre tiene derecho de sujetar á sus prójimos á la servidumbre. En el palacio de Ulises hay cincuenta esclavas, [1] y dicen, sin duda por licencia poética, que había también miles de esclavos. [2] Homero habló ya del mercado de esclavos. Se compraba una esclava favorita por veinte bueyes [3] y solían cambiar el vino por esclavos, rebaños ó hierro. [4] Sin embargo, el modo de ser tratados aquellos infelices en esa época, su estado frecuentemente seguro y de relativa libertad, estimados algunas veces, su conducta, muestran que en tiempo de Homero su situación era por lo menos tolerable; verdad es que habían perdido la libertad, pero fuera de eso, eran tratados humanamente, abstracción hecha de un punto, el peor sin duda, es decir, el derecho que tenía el señor para disponer del honor y la virtud de la esclava; pero aunque entonces fuesen tratados con humanidad, Homero los consideraba como medio hombres desde el punto de vista jurídico. Cuando un hombre es destinado á ser esclavo, dice Enmeo, Júpiter le quita la mitad de su capacidad y de su valor. [5] Algunos siglos más tarde, entre los griegos, cuya civilización era tan refinada, toda dignidad humanas, todo valor, toda virtud, todo derecho, fueron negados al esclavo.

(1) *Odyss.*, XXII, 421.
(2) *Odyss.*, XVII, 422. *Δμῶεξ μάλα μυρίοι.*
(3) *Odyss.*, I. 430.
(4) *Il.*, VII, 475.
(5) *Odgss.*, XVII, 322 y sig.

En Roma fué al principio tolerable su estado; en los tiempos más antiguos, comían con el señor; [1] más tarde, todo le fué permitido á éste contra ellos. Durante algún tiempo, se censuraba severamente á quien abusara de su poder perjudicándolos; [2] más tarde, fué la barbarie tan horrible que se nos hace imposible describirla. Había hombres, siquiera fuesen excepciones, medio animales, que, respondiendo á su grado de civilización, trataban brutalmente á sus subordinados; pero cuando un filósofo no puede resolver la cuestión de si, durante una tempestad, debe ser arrojado al mar el caballo ó el esclavo, [3] cuando el derecho mismo considera la esclavitud como la muerte, [4] entonces vemos perfectamente que enmudeció la voz de la humanidad.

Como recuerdo de que había sido mejor su condición en otros días, cuando la esclavitud presentaba aspecto humano, todos los años en las Saturnales, del 17 al 25 de Diciembre, se devolvía á los esclavos su antigua condición. En aquellos duros tiempos, esa fiesta era una especie de armisticio entre los señores y los esclavos, [5] armisticio por desgracia demasiado corto, y que hacia sentir amargamente á aquellos infelices cuánto aventajaba la antigua época, llamada grosera, á las nuevas y refinadas costumbres. Había, pues, á lo menos una vez al año algunas horas tolerables; los esclavos pasaban esos días como gozando de los mismos derechos que el dueño; [6] podían impunemente decirle la verdad, [7] comían á su mesa y hasta eran servidos por él. [8]

Las matronas romanas procedían de igual modo con sus esclavas el 1 de Marzo, [9] en conmemoración de los días

(1) Plutarco, *Coriolan.*, 24, 9.
(2) *Ibid.*, 24, 7, 8.
(3) Cicerón, *Offic.*, 3, 23, 89.
(4) *Dig.*, 35, 1, l. 59, § 2; 50, 17, 209.
(5) Epictet., *Diss.*, 4, 1, 58.
(6) Plutarco, *Sulla.*, 18, 8.
(7) Horacio, *Sat.*, 2, 7, 4 y sig.
(8) Macrob., *Saturn.*, 1, 7.
(9) *Ibid.*, 1, 12.

afortunados en que los adoradores de Saturno, los aborígenes, se habían establecido en Saturnia, llamada después Italia. En esa época aun no había esclavos; todos eran iguales en derecho y libertad. [1]

11. Los servidores libres.—Al lado de los esclavos, cita Homero otros servidores, acerca de cuyo estado no da detalles el poeta. En opinión de los antiguos, eran colonos libres, [2] que se comprometían á trabajar mediante salario, [3] y que, por consiguiente, correspondían bastante bien á la condición de nuestros jornaleros; pero en Hesiodo aparecen ya sin casa y sin hijos, [4] incapaces por lo tanto de fundar familia propia. Muy pronto los encontramos en tal decadencia, que ya no podían cultivar tierras ajenas sin pagar un precio de arrendamiento muy elevado, y hasta sin dar su persona en garantía: entonces quedaban entregados sin defensa á los ricos, que explotaban, con entera falta de conciencia, el influjo del capital, haciendo intolerable su condición. [5] Para no aniquilarlos del todo, y con ellos al Estado, por el poder del dinero, Solón acudió en su auxilio con leyes, y les aseguró una existencia, que, si bien nula desde el punto de vista político, era por lo menos libre. Así, pues, en esto como en todo lo demás, se encuentra el mismo progreso hacia la decadencia.

12. El sistema de castas.—Con la esclavitud se relaciona, en muchos conceptos, el sistema de castas: los dos proceden de la aplicación brutal del derecho de guerra y de conquista. La tribu en que se establece el vencedor queda al principio impotente para defenderse; después, privada de honor, y por fin, declarada impura. Debe realizar todos los trabajos inferiores y penosos que el vencedor desdeña; se le encarga todo lo que es molesto para él, ó degradante en su opinión: [1] se le excluye de los derechos públicos; su descendencia no merece del vencedor ni una mirada ni una palabra; apenas si se atreve á consentir que sean vecinos suyos.

(1) Justin., 43, 1 (æquato omnium jure).
(2) Θητεξ (*Odyss.*, IV, 644; XI, 489); Ἔριθοι (*Il.*, XVIII, 550, 560). Herodoto, 8, 137, 2, Aristót., *Pol.*, 3, 3, (5) 3. Platón, *Politicus*, 29, p. 290, a.
(3) *Odyss.*, X, 84, Cf. XIV, 102.
(4) Hesiod., *Op.*, (Lehrs) 602 y sig.
(5) Plutarco, *Solon*, 13, 3, 4.

No son, pues, reducidos á la condición de esclavos los antiguos poseedores del país; se les considera como hombres libres, pero se les desprecia demasiado para que uno de los nobles quiera tenerlos en su vecindad. En lo concerniente á los malos tratamientos exteriores, posible es que la suerte de los esclavos haya sido más deplorable; pero la opresión moral y la depreciación del hombre, donde el sistema de castas llegó á su completo desenvolvimiento, escasamente serían menos malos.

Debe, pues, buscarse el origen del sistema de castas en el abuso del derecho de conquista y en el fiero odio de razas, que es una de las peores plagas del retroceso de los hombres á la barbarie.

Lo que más contribuyó á su desenvolvimiento fué otro mal profundamente arraigado en la antigüedad, el horror al trabajo. Ningún hombre libre consentía en trabajar si no le obligaba la necesidad, y menos el vencedor en el país que había subyugado. El trabajo podía ser bastante bueno para los vencidos, pero todos los conquistadores se consideraban como nobles; claro es que cuanto más se afanaban los vencidos por satisfacer á sus señores y para atender á las exigencias de su amor al fausto, que iba en aumento cada día, más progresaba su destreza artística.

En esto, razón tienen los antiguos cuando ven en las castas una institución que en gran parte contribuyó al progreso de la industria; [2] pero si hay también sabios modernos que la admiran como un lujo que solamente los países ricos pueden permitirse, [3] nos parece una manera

(1) Plinio, 6, 22 (19), 3,
(2) Isócrates, *Busiris*, (11) 11. Diodor., 1, 74, 7. Jenofon., *Cyrop.*, 8, 2, 5, 6. Platón, *Rep.*, 3, p. 369 y sig. Bohlen, *Das alte Indien*, II, 33 y sig.
(3) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, III, 546.

muy mezquina de considerar las cosas, propia tan sólo de personas vulgares. La muchedumbre, maravillada siempre del esplendor, aclama á los pocos miles de individuos que se hicieron extraordinariamente ricos á expensas de millones de sus conciudadanos; pero los que no han tenido ocasión de experimentarlo por sí mismos, no piensan en la suma de miserias que es necesaria para que unos cuantos hagan ostentación de un lujo que pagan millares de personas. ¿No tenemos hoy bastantes ocasiones para observar cómo centenares de miles de hombres quedaron incapaces de defenderse, están desprovistos de todo auxilio por ese desmembramiento, ese fraccionamiento atomístico de las industrias que han contribuído al sistema de castas? Nos referimos al sistema de la división del trabajo; también éste favoreció en cierto sentido el bien público y la prosperidad industrial, pero generalmente esto ocurrió á expensas de la independencia y del bienestar, y por lo tanto, en definitiva, en perjuicio de la sociedad. Tiene uno habilidad para hacer perfectamentamente ruedas de reloj, otro fabrica admirables hojas de cortaplumas; pero sacadlos de eso, y no tienen inteligencia para nada. Si se deja sentir la falta de trabajo, ó si otra circunstancia cualquiera obliga al obrero á no contar más que consigo mismo, entonces queda incapaz de ganarse la vida, porque no sabe poner un mango á la hoja. Es una conquista comprada á mucho precio. ¡Ah, la humanidad paga frecuentemente su esplendor á precios inauditos!

Este progreso material de la industria, consecuencia del sistema de castas, fué también pagado á terrible precio por la mayoría del pueblo, y, de consiguiente, por la sociedad. Sólo á expensas de la libertad y de la dignidad personal pudieron existir las castas; los indios, excelentes jueces en esta materia, dicen que las castas deben ser explicadas por una decadencia general de la humanidad. (1) Niebuhr tiene, pues mucha razón cuando dice: Las castas indicaron siempre una decadencia, una conquista, una do-

(1) Bohlen, *Das alte Indien*, II, 144.

minación. Es imposible que un pueblo se someta voluntariamente á tal sistema. (1)

La forma primitiva del sistema de castas es la que encontramos todavía algunos siglos después en Grecia, á saber, una clase reinante, la de los conquistadores, y una clase subyugada, la de los vencidos. Tales eran los penestas en Tesalia, los aphamiates ó clarotes en Creta, los gimnesios en Argos, los corinéforos en Sicione, los celisirios en Siracusa, los bitinios en Bizancio, y los más conocidos de todos, los ilotas en Esparta. En los tiempos más remotos, el sistema de castas se limitaba sin duda en la India á la diferencia de color entre la obscura población primitiva dravídica, y los pueblos arias, blancos llegados por inmigración; por este motivo, la lengua india tiene para designar el nombre de castas la palabra *varna*, es decir, color.

Pero la injusticia hiere siempre á quien la comete; solamente la insolencia del vencedor, por consiguiente, el abuso de poder, fué lo que estableció esa separación de un modo tan marcado. Los nuevos vencedores aplicaban de buen grado á los habitantes del país el principio de que el derecho debe ceder ante la fuerza; ni siquiera se les ocurría la idea de que muy pronto cierto número de ellos alcanzaría el poder explotando ese principio, y prepararían la misma suerte á sus propios compañeros de tribu, que no podían rivalizar con ellos en riquezas y en influencia política. No tardó en suceder; esa primera injusticia no fué más que un paso hacia la segunda, el desenvolvimiento de las castas propiamente dichas.

No es fácil decir cuándo y en dónde se dió ese primer paso, signo de una decadencia á la vez moral y social; algunos modernos pretenden que debe ser considerada la India como patria del sistema de castas. Aristóteles atribuye su introducción á los egipcios, al rey Sesostris, de quien dice que era más antiguo que Minos; (2) pero sea más

(1) Niebuhr, *Vortræge, uber alte Geschichte*, (1847) I, 66.
(2) Aristót., *Pol.*, 7, 9 (10), 1, 3. Justin., 1, 1. Ctesias, *Fragm.*, 1 (Müller, *loc. cit.*, 12).

ó menos cierta esa afirmación, nos conduce en todo caso á una verdad importante; sólo cuando un pueblo desciende á la condición de conquista, lo cual no es ciertamente un progreso, es capaz de esos estados anormales.

Y es lo que sucedió á Egipto en tiempo de Sesostris. Cuando este rey quiso hacer de los egipcios un pueblo conquistador, una plaga para los demás pueblos, necesitaba un ejército absolutamente libre de toda traba, un ejército que pudiese lanzar á cualquier hora, sea contra el país ó fuera de él. Escogió, pues, en aquel pueblo 600.000 infantes, 20.000 caballos y los sirvientes indispensables para 27.000 carros de guerra. (1) Ese gran ejército, que, como se comprende, no fué siempre tan numeroso, (2) recibió la posesión de las comarcas más fértiles, lo cual no pudo hacerse sin perjudicar á las demás clases. (3) Como es natural. la idea del honor militar y la necesidad de estar siempre dispuestos para marchar al combate, no permitió á la casta de los guerreros explotar por sí mismos sus ricas propiedades; (4) mientras que éstos se entregaban á sus ejercicios ó se enriquecían en sus expediciones por la depredación y la rapiña, los oprimidos y los despojados debían cultivarles los campos cuya propiedad habían perdido. No faltaba más que hacer hereditarios en la casta de los guerreros la posesión y el oficio, lo que había de suceder naturalmente para que el sistema de castas quedase completo. Y es lo que sucedió en Egipto. (5) Había, pues, dos castas; los guerreros ó nobles y los no guerreros. Fué de igual modo inevitable que donde existiese un sacerdocio estimado y hereditario, constituyese también una casta. Como dice Aristóteles, (6) la formación de un estado guerrero hereditario comenzó á expensas de las clases obreras.

(1) Diodor., 1, 54, 4.
(2) Herodot., 2, 30, 165, 166.
(3) Diodor., 1, 54, 6; 73, 7, 8.
(4) Herodot., 2, 165, 166. Diodor., 1, 74, 1.
(5) Herodot., 2, 166. Diodor., 1, 73, 9.
(6) Aristót., *Polit.*, 7, 9, (10), 1,

Lo que refiere Strabón de que al principio no había más que tres clases, la primera de soldados, la segunda de agricultores y la tercera de sacerdotes, está, pues, en plena conformidad con la historia. (1) También nosotros distinguimos tres clases, á saber, la agrícola, la docente y la guerrera; lo malo fué haber dado el primer puestó en el orden social á la milicia, que sólo tiene su razón de ser en las perturbaciones del género humano, y que las clases se convirtieron en castas cerradas.

Las demás castas se formaron poco á poco de las tres que acabamos de citar, á medida que se desenvolvieron las necesidades de la vida y los artificios de la civilización.

Las narraciones relativas á las castas egipcias varían. Herodoto cuenta siete; (2) evidentemente no nacieron á la vez; una de ellas, la de los intérpretes, se constituyó en época muy reciente, reinando Psammético I, cuando fué necesaria para favorecer la inmigración. (3)

Tampoco entre los indios existió desde el principio el sistema de castas; no encontramos vestigios de ellas en los tiempos más antiguos; los hombres eran entonces iguales en derechos y en dignidad como en libertad y en valor. Primitivamente sólo había diferencia entre los que podían ofrecer sacrificios, servir de intermediarios entre Dios y los hombres, y los que no tenían derecho á ejercer esas funciones; (4) en otros términos, no existía en los tiempos primitivos entre los indios, como en todas partes, más que una sola diferencia, los sacerdotes y los que no lo eran; pero entonces el sacerdocio no constituía todavía una casta, sino tan sólo un estado con plenos y especiales poderes.

Las partes más antiguas del Rigveda no contienen respecto de esto más que débiles indicaciones, pudiendo, si se quiere, ser consideradas como una preparación para la dis-

(1) Strabón, 17, 1, 3.
(2) Herodot., 2, 16, 4. Platón, *Timœus*, 3, p. 24, a. b. Isócrates, *Busiris*, (11) 15. Diodor., 1, 73, 74. Cf. Lenormant, *Histoire ancienne de l' Orient*, (2) I, 127-132.
(3) Herodot., 2, 154, 2.
(4) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) I, 941 y sig., 944.

tinción que después se hizo de castas; pero la completa separación de cuatro castas principales no se manifiesta claramente hasta más tarde en las secciones menos antiguas de la obra. (1) Se admite ordinariamente que éstas últimas fueron constituídas entre los años 543 y 477 antes de Jesucristo. Si es verdad, las castas indias estaban ya formadas á fines del siglo VI.

Pero lo que no está claro es cuándo, de dónde y cómo nacieron. ¿Fueron imitadas de Egipto? ¿Surgieron en el país? Hasta ahora sólo podemos decir con certeza que se formaron en la India después que los pueblos occidentales se separaron del tronco aria primitivo. La causa allí fué probablemente la misma que en Egipto. Los indios no fueron jamás un pueblo guerrero propiamente dicho; sin embargo, se muestra belicoso en los tiempos más antiguos y mejores de su existencia, ó por lo menos, en la época media, en tanto que más tarde cayó en una molicie sin límites. La guerra entre los indios no era un asunto nacional, sino empresa privada como sucedía la mayor parte de las veces entre los germanos. En las interminables luchas entre los kurus y los pandus, que canta el Mahabharata, alcanzaron los guerreros una importancia excesiva á expensas de toda la sociedad. Tal vez no haya en toda la tierra nación alguna en que los soldados vivan en condiciones tan excepcionales; el carácter de aquel pueblo hizo más fácil que en ninguna otra parte el avasallamiento de las clases inferiores. Los guerreros sólo se aplicaban al oficio de la guerra; no se ocupaban ni en las armas ni en todo lo demás indispensable para los combates; otros estaban obligados á suministrárselo, á limpiar sus armas, cuidar los animales y tenerlo todo dispuesto. Prontos siempre á entrar en campaña, vivían del Estado con abundancia y regalo verdaderamente regios; (2) explicándose de ese modo la formación de castas por los mismos medios y de la misma manera que en Egipto.

(1) *Rigveda*, 10 90, 12.
(2) Arrian., *Ind.*, 15, 2-4. Strabón, 15, 1, 47.

Casi todos los autores antiguos (1) hablan de siete castas indias, sin duda á imitación de las de aquel país; pero sólo hay cuatro propiamente tales, que pueden subdividirse hasta el número de siete. (2) Con el tiempo, cuando el pueblo se hubo fraccionado á consecuencia de esa institución, se formaron castas mixtas, en tal cantidad, que se las evaluaba en noventa y ocho; (3) todavía hoy pueden formarse nuevas castas y numerosas subdivisiones, habiendo quien llega á distinguir 1886 clases de brahmanes y 590 subdivisiones de schatrias. (4)

Inútil será decir qué profunda decadencia de la idea de humanidad se manifiesta en el sistema de las castas indias; con él no puede existir la doctrina de la unidad de la especie humana con comunidad de fines y de intereses. Un esclavo, por desdichada que sea su suerte, tiene siempre la esperanza de recobrar su libertad, ó de ver á sus descendientes llegar algún día á tener una condición respetada; por el contrario, un sudra sabe que sus hijos, aun en la milésima generación, serán como él; el paria y el schandali mueren con la triste certidumbre de que para su tribu no habrá ningún honor ni esperanza alguna en la tierra.

Además de los países que acabamos de citar, la Arabia Feliz tenía el mismo sistema de castas; (5) saber si lo tomó de los indios ó de los egipcios, como lo cree Forbiger, (6) ó si lo creó ella misma no es fácil decirlo; además, poco importa. Se conservaron hasta ahora vestigios de aquella institución en la casta de los parias en la Arabia meridional,

(1) Megasthenes. *Fragm.*, 1, 29 y sig., 35, 36 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 405 y sig., 427 y sig.) Diodor., 2, 40, 41. Arrian., *Ind.*, 11, 12. Strabón, 15, 1, 39-49. Ludwig, *Rigveda*, III, 216-247. Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, (2) III, 237 y sig.
(2) Plinio, 6, 22 (19), 2.
(3) Paulino de S. Bartolomé, *Voyages aux Indes orientales* (1808), II, 119-172. Dubois, *Mœurs de l'Inde*, I, 1, 216.
(4) Ratzel, *Vœlkerkunde*, (1) III, 237 y sig.
(5) Strabón, 16, 4, 25. Agartharchides, 101 (Müller, *Geogr. græci*, I, 189).
(6) Forbiger, *Alte Geographie*, II, 733.

los akhdam ó shumr. [1] Encontramos también una constitución por castas entre los antiguos iberos, [2] y en los tiempos modernos entre muchas tribus de papúas, de malayos y de polinesios. [3]

Leyendo las narraciones de los viajeros, no podemos menos de creer que confunden la constitución por clases con la de castas; pero son cosas que esencialmente difieren. También en Europa hubo algunas veces constitución por clases bien definidas; pero jamás se introdujo el sistema de castas en el sentido estricto de la palabra, no siendo en los primeros tiempos de conquista. La organización de los celtas con sus druidas fué tal vez la que más se pareció á las antiguas castas; sin embargo, podían los extraños ser admitidos en aquella clase; [4] pero lo esencial en el sistema de castas es que algunos, poseedores del poder, de los honores, del bienestar á expensas de la generalidad, se entiendan para crear una institución que les asegure para siempre, á ellos y á sus descendientes, ese mismo estado, poniendo á los demás en la imposibilidad de franquear, no obstante su aplicación y su capacidad, los límites de su casta.

Por esa razón especialmente debe ser la institución considerada como un fuerte retroceso en la historia de la civilización, y una especie de parálisis en los pueblos donde existe.

13. Los supuestos estados de naturaleza.—Con la historia en la mano, tenemos bastantes sucesos lamentables para creernos dispensados del enojoso trabajo de reunir pruebas más numerosas en demostración de que realmente no es, como se pretende, indefinido el progreso.

Hay, sin embargo, algo en que debemos ocuparnos, porque es una de las páginas más repugnantes de la historia, y, por desgracia, constituye el campo de batalla en que la

(1) Maltzan, *Reise in Südarabien*, 182 y sig. Ratzel, *loc. cit.*, (1) III, 25, 153.
(2) Strabón, 11, 3, 6.
(3) Peschel, *Vœlkerkunde*, (1) 254.
(4) César, *Bell. gall.*, 6, 13. Mela, 3, 2.

ciencia moderna dirige el ataque contra la doctrina revelada; nos referimos al estado y á los pueblos de naturaleza.

Fácil es convencerse aquí de cuán defectuosa es la naturaleza que debería ser lógicamente considerada como verdadera humanidad, en el caso de negar la caída por el pecado. En esto el Humanismo dió, para vergüenza suya, pruebas de su falta de sinceridad, de su odio á la verdad, de su vuelta á la barbarie moral. Ninguna expresión sería demasiado fuerte cuando se advierte qué atrocidades aprueban los sabios y los hombres de letras, únicamente para no verse obligados á rendir testimonio á la verdad de que la humanidad cayó en terrible decadencia. Llaman al parricidio un efecto de la naturaleza, y á la acción de comer á sus padres enfermos, ó muertos, fruto normal del desenvolvimiento de la inteligencia, de la nobleza de sentimientos y de la ternura, por la sola razón de que los pueblos de naturaleza se entregaron á esas abominaciones.

Por desgracia, no son raros los ejemplos de esos horrores que se atreven á presentar como la verdadera expresión de la naturaleza humana primitiva; en esto casi todos los pueblos suministran su contingente. En las Indias existen desde tiempos ya muy remotos los malos tratamientos y hasta el abandono de los viejos. [1] Los alemanes [2] y los prusianos [3] no vacilaban en matar á sus padres enfermos cuando eran para ellos un vejamen. Los masagetas cortaban á los ancianos en pedazos y los comían mezclándolos con carnero; [4] lo mismo hacían los derbicos, [5] los habitantes del Cáucaso [6] y los del Ponto. [7]

Admitimos que al obrar así, muchos, como los derbi-

(1) Kægi, *Rigveda*, (2) 148 y sig.
(2) Grimm, *Deutsche Rechtsalterthümer*, 486 y sig.
(3) Hipler, *Christl. Lehre und Erziehung in Ermland*, 3.
(4) Herodot., 1, 216, 2. Strabón, 11, 8, 6. Eustathii, *Comm. in Dionys. perieg.*, 729 (Müller, *Geographi græci*, II, 346).
(5) Strabón, 11, 11, 8.
(6) Id., 15, 1, 56. Cf. Müller (*Fragm. hist. Gr.*, II, 425, 34).
(7) Tertuliano, *Adversus Marc.*, 1, 1.

cos, [1] por ejemplo, creían atestiguar el amor á sus padres, y ahorrarles una muerte miserable precedida de larga y dolorosa enfermedad. Los mongoles tenían costumbre de comer á sus padres muertos, creyendo así darles la sepultura más honrosa. [2] Pero ¿no es precisamente una prueba de increíble decadencia el que se extravíen los hombres hasta el punto de hacer que desaparezcan de este valle de lágrimas, por tan horribles medios, los seres queridos? Además, son raros los casos en que un resto de amor natural, unido á la barbarie semejante á los instintos felinos, producía tales costumbres.

No creemos engañarnos dándoles ordinariamente por causa el motivo más bajo que se puede concebir, esto es, la tendencia á deshacerse de individuos, por su edad inútiles ya, y onerosos en la familia. Es un juicio duro; pero se impone verdaderamente al considerar los hechos. Los antropófagos del África central confiesan á Stanley que le atacaron á él y á sus compañeros, únicamente para comerlos, porque, según ellos, comían á los extranjeros como á sus mujeres ó á sus maridos cuando eran viejos. [3] Los hérulos obligaban á sus padres á suplicarles que apresurasen su muerte; entonces los colocaban en una pira, hacían que les diese el golpe de gracia cualquiera que no perteneciese á la familia y quemaban el cadáver. [4] Los tibarenios precipitaban de la montaña más próxima á los ancianos debilitados por la edad. [5] Los medas, [6] los bactrianos [7] y los hircanios [8] los arrojaban á los perros y á las aves de rapiña. Los padeos prefieren comerlos, mientras que son comestibles, antes que ver su carne inutilizable

(1) *Præparat. evang.*, (Viger), 1, 4, p. 11, d.
(2) Rubruquis, *Voyage en Tartarie*, c. 28.
(3) Volz, *Stanleys Reise durch den dunkeln Welttheil*, (1881) 287.
(4) Procop., *Bell. Goth.*, 2, 14.
(5) Euseb., *Præp. evangel.*, 1, 4, p. 11, d.
(6) *Ibid.*, 6, 10, p. 277, d. Plutarco, *Alex. Fort.*, 1, 5.
(7) Euseb., *loc. cit.*, 1, 4, p. 12, a. Strabón, 11, 11, 3.
(8) Cicerón, *Tuscul.*, 1, 45. Plutarco, *Utrum vitiositas ad infelic. suff.*, 3 (París, 1868, III, 604). Euseb., *loc. cit.*, l. 4, p. 11, d.

por la muerte. [1] Los caspianos los encierran, dejándolos morir de hambre: [2] los indios [3] y los hotentotes [4] no interrumpían su marcha, abandonando á los que no podían seguirlos, expuestos á morir de hambre ó devorados por las fieras. En las islas Carolinas se pone á los viejos en una barca y se los entrega al capricho de las olas. [5] Los insulares de Fidji [6] y los polinesios [7] los estrangulan. Los battas de Sumatra los comen lo mismo que si fuesen prisioneros de guerra y criminales condenados á muerte. [8] En esta materia, pues, los eufemismos resultan inútiles.

La mayor parte de esos pueblos nos dan pruebas más que suficientes de que aquellos crímenes, llamados progreso natural y conmovedora ternura, no son más que degeneración de un estado anterior más perfecto. [9]

La voz de la naturaleza y de la razón dice á todo hombre imparcial que tales hechos son una deserción de la naturaleza humana. Los persas creían que nunca se había visto á nadie atentar contra la vida de sus padres; un parricida era la más legítima prueba de ser el criminal hijo ilegítimo. [10] Los romanos creían que el hombre podía caer tan bajo que fuese capaz de violar las leyes más naturales y más sagradas; pero juzgaban indispensable castigar de un modo extraordinario la perversidad que se manifiesta en los atentados contra los padres; por eso cosían al criminal en un saco de cuero y le arrojaban al agua. No querían echarle á las fieras, por temor á que semejante alimentación las hiciese más salvajes todavía; ni le arrojaban

(1) Herodot., 3, 99, 1.
(2) Strabón, 11, 11, 3.
(3) Catlin, *Manners of the North American Indians*, I, 216.
(4) *Collection de toutes les descriptions de voyages* (Leipzig, 1749, V. 169).
(5) Waitz, *Anthropologie der Naturvœlkerkunde*, V, 2, 150.
(6) *Ibid.*, VI, 638-641.
(7) *Ibid.*, VI, 397.
(8) *Ibid.*, V, I, 188 y sig. Ratzel, *Vœlkerkunde*, (1) II, 377.
(9) Waitz, *loc. cit.*, V, 1, 189. Martius, *Ethnographie und Sprachenkunde Amerikas*, I, 3 y sig., 134.
(10) Herodot., 1, 137, 2.

al agua sin envoltura por temor á que el contacto del monstruo la envenenara. [1]

Aquí debemos repetir una vez más cuán diferente es nuestro proceder del de nuestros adversarios en la cuestión del adelanto ó del retroceso del género humano. Nosotros la consideramos como una cuestión absolutamente histórica; nos servimos de pruebas ciertas, que siempre examinamos con prudencia, hasta con desconfianza, y nos referimos con preferencia á la historia indiscutible de pueblos que cuentan ya miles de años de todos conocidos; nuestros adversarios, por el contrario, hablan de períodos históricos inventados á su capricho, de los cuales pueden todos pensar lo que mejor les parezca, y respecto á los que tiene cada cual una opinión diferente, porque nadie sabe nada cierto relativamente á ellos. Ó bien nos conducen á pueblos, que, aereolitos de la humanidad, sólo desde hace algunos siglos tal vez existen como pueblos; por lo tanto sin historia, sin recuerdos y sin leyendas; y querrían que considerásemos el triste estado de hoy como el primitivo de su civilización; hasta como la condición primitiva de toda la humanidad, y entonces necesitaríamos creer bajo su palabra, sin más examen, todas las hipótesis sin fundamento y las conclusiones arbitrarias que deducen en un abrir y cerrar de ojos, con la celeridad de un prestidigitador, únicamente porque ellos lo afirman.

Tenemos derecho á decir que todo cuanto nos refieren de los pueblos de naturaleza no tiene fundamento alguno; no solamente no está probado, ni lo puede ser históricamente, sino que es ni más ni menos que imposible. Rocholl, que por otra parte no acepta en manera alguna sin reserva esa suposición que no tiene consistencia, cree probable que esos pueblos de naturaleza son los restos del grado más antiguo de civilización, por ciertas plantas atrasadas en su desenvolvimiento, que Oswald Heer pretende haber descubierto en las islas de Madera. [2] Sin resolver la

(1) Cicerón, *Pro Roscio Amer.*, 25, 26.
(2) Rocholl, *Philosophie des Geschichte*, II, 143 y sig.

cuestión de si existen plantas que se desarrollan y otras que no, respondemos que un simple estado estacionario no es posible entre los hombres. Un sabio que durante treinta años no trabaja más en su instrucción, el carácter más noble que no despliegue ya su actividad moral, no se detiene en el punto á que llegó, sino que disminuye y retrocede.

Si tiene esto aplicación á los individuos, con mayor motivo á las tribus y á los pueblos. Nadie creerá que los judíos de hoy se parecen á los contemporáneos de David; nadie buscará en los indios actuales á los habitantes que en América encontraron Cortés y Pizarro. Y entonces, esos pueblos groseros, que, por la erupción de las más salvajes pasiones, diariamente se esterilizan como un volcán, se fraccionan y se desmenuzan en las luchas más encarnizadas, ¿serían los testigos inmutables de lo que era la naturaleza humana hace millares de años? ¡No! ¡Jamás! Son relativamente á la verdadera naturaleza humana lo que el Talmud y la Cábala son al antiguo Testamento; lo que los coptos, abisinios y nestorianos persas son con respecto al Cristianismo. Tienen restos de civilización primitiva, nadie lo niega; pero no se pueden distinguir estos restos mejor que el agua de los torrentes en el mar. Están mezclados con toda espacie de elementos extraños, y desfigurados de tal suerte, que no se los puede reconocer, como la historia en la leyenda. En una palabra, no son los restos de la civilización antigua y primitiva, sino testimonios de su ruina; no están privados de civilización, sino que son víctimas de una civilización viciada.

El ejemplo de la formación de las leyendas es tal vez entre todos el que mejor aplicación tiene aquí. Las leyendas suponen recuerdos históricos; pero nadie puede conocer la historia por ellas, pues se prescindió demasiado de ésta; se le añadió ó se la alteró mucho; de ese modo se explica la mezcla de civilización y de barbarie, de nobles caracteres y de horribles degeneraciones que encontramos en esos pueblos. Los boschimanos son todavía más salvajes y fieros que los hotentotes, pero su lenguaje rico y elegan-

te es el resultado de un profundo trabajo intelectual. Los australianos, aunque muy salvajes, tienen admirable memoria, pasmosa facilidad para formar palabras nuevas, y lenguas en cuyas declinaciones hay diez y ocho casos: los malayos se distinguen generalmente por una gran elocuencia, los negros por su facilidad para aprender idiomas extranjeros. Será inútil hacer notar los defectos que deslucen esas cualidades; pero apenas se encontraría uno de esos llamados pueblos de naturaleza que no diere pruebas de una civilización superior ó que, por lo menos, no tuviese disposiciones para ella.

Por otra parte, esos pueblos de naturaleza podrían quejarse con razón de que, tratándose de ellos, se interpretaran como señales de falta de civilización primitiva tantas cosas, que también se encuentran en los pueblos más cultos y en los tiempos de civilización corrompida. Al antiguo Strabón le sorprendió ya ver cómo las prácticas de una refinada sensualidad se hallaban lo mismo en la salvaje Comana que en la delicada Corinto. [1] Los mosinoecos pasaban por uno de los pueblos más groseros de la antigüedad; entre todos, eran los que más se distinguían de los griegos por su manera de vivir; no obtante lo cual confesaban los mismos griegos que nada tenían que envidiarles respecto á desórdenes. [2] Los conquistadores españoles, y después los viajeros, encontraron, los primeros en los pueblos primitivos de América y los segundos en Australia y Polinesia costumbres tan sensuales, que á lo sumo tendrían rivales en la Roma de los Césares, en la corte de los reyes persas, en la de los Califas, y en el lodo del siglo XVIII.

Si se consultara, pues, la historia, atestiguaría que no conoce verdadero estado de naturaleza; lo que llaman así no es más que la degeneración de la naturaleza, la decadencia y un gran retroceso de la humanidad. Si alguna vez significa una palabra lo contrario de lo que expresa es verdaderamente en este caso. Por una parte encontramos en estos llamados pueblos de naturaleza vicios que sólo corresponden á una civilización radicalmente corrompida; y por otra, salvaron del caos del salvajismo en que yacían restos de ideas morales muy elevadas, como los groseros botecudas que tienen una palabra determinada para expresar el pudor, [1] y se portaban en muchos conceptos con gran delicadeza; de suerte que esas cosas están en contradición flagrante con su modo de obrar y con toda su vida. [2] Si esas groserías de los llamados pueblos de naturaleza no son una profunda decadencia moral, si las buenas cualidades que en ellos se encuentran no son restos de mejores tiempos, entonces nada hay en la tierra seguro é innegable.

(1) Strabón, 12, 3, 36.
(2) Jenofon., *Anab.*, 5, 4, 33, 34.

14. La persuasión general y antigua que la humanidad tiene de su retroceso.—Una prueba que no carece de valor para este hecho es la creencia general de la humanidad: por muy optimista que se quiera ser, no puede negarse que el mundo decae más bien que progresa. No son únicamente los panegiristas irreductibles de los antiguos tiempos, ni los pesimistas censores del presente los que emiten siempre la idea de que un día vivió la humanidad en más perfecto estado, y que después declinó, sino que participan de la misma opinión inteligencias sanas y moderadas. Si el mundo progresó en la civilización externa, dicen, no puede alabarse de haber hecho lo mismo desde el punto de vista intelectual y del moral. Creemos que esa es la convicción del corazón humano, pues jamás hubo nadie que, bajo la impresión de los acontecimientos de la vida, no haya hallado involuntariamente lo mismo, cualquiera que sea, por otra parte. la severidad de que dé prueba en sus juicios.

Esa creencia universal en lo concerniente á nuestra cuestión concuerda perfectamente con el testimonio de la historia. Se hará muy bien en no encarecer tanto nuestros progresos exteriores con relación á los tiempos pasados, si no se quiere quedar desmentido por los hechos. Es discu-

(1) Peschel, *Vœlkerkunde*, (1) 152. —(2) Cf. *Conf.*, VII, 3.

tible también si, con todos los inventos modernos, somos superiores en artes mecánicas á los antiguos como incesantemente nos complacemos en repetir: no han probado todavía los hechos que nuestra época aventaje en magnificencia y en habilidad artística la arquitectura de los egipcios, los indios y los griegos; que pueda crear una nueva Palmira ó una nueva Baalbeck. Los descubrimientos hechos en las pirámides de Dahschur, los hallazgos etruscos, micenos y troyanos, demuestran que las diversas artes, especialmente la orfebrería, estaban hacia el año 2000 antes de Jesucristo á una altura que difícilmente igualan los modernos. [1] Los más hábiles pulimentadores de piedra europeos, dice Maler, quedarían llenos de admiración ante las obras maestras artísticas que los antiguos americanos hicieron con piedras preciosas, con la pirita, la obsidiana, la más frágil de todas las materias; [2] nunca será demasiado el asombro ante la magnificencia y la elegancia de sus edificios. En la construcción de caminos y en la organización de correos, tal vez aventajaron á los romanos. [3]

En la ciencia pura, ni tratamos siquiera de exceder á los antiguos, á menos que, procediendo como algunos, desacreditemos los principios de Euclides como una insignificante bagatela, ó consideremos como un progreso el desdeñar habitualmente la lógica de Aristóteles.

La mayor parte de las veces, de tal modo nos ciegan nuestras mejoras, que no reflexionamos sobre la importancia de los trabajos intelectuales de los antiguos para realizar todos los inventos é instituciones que nos legaron; consideremos, pues, cuánta inteligencia y aplicación fueron necesarias para inventar nuestros más sencillos instrumentos, el barreno, el tornillo, la sierra, la escuadra, el torno, el cuchillo, el arado, el telar, el arco, la escala, el harpón, la bomba, la rueda, el carruaje, hasta una alfiler. Ahora que ya tenemos la primera idea, fácil nos es perfeccionar todo esto; pero ¿á quién de nosotros se le habría ocurrido? Los

(1) *Allgem. Zeitung*, 1884, *Beil.* 131, 6 y sig.
(2) Ratzel, *loc. cit.*, (1) III, 681 y sig.—(3) *Ibid.*, III, 686 y sig.

antiguos creían deber atribuir á una comunicación divina el descubrimiento del fuego, y ¿quién sabe si no tendrían razón? En todo caso, nos muestra esa opinión que sus ideas eran bastante profundas para comprender cómo la cosa en apariencia más sencilla exige los mayores esfuerzos intelectuales; pero nos aprovechamos de todo eso, y del arte de construir las bóvedas, de las industrias agrícolas, del perfeccionamiento de las gramíneas y de los árboles, del sistema de cifras, de la escritura, de la división del año y de mil otras cosas, con una indiferencia que sorprendería hasta á los llamados bárbaros. Y tendrían razón, porque de ese modo probamos que no somos capaces de apreciar lo que hicieron.

Con más motivo aún se aplica esto á las conquistas intelectuales de la humanidad. Jhon Comfort Fillmore sometió á un minucioso examen los primitivos cantos de los indios, y descubrió desde el punto de vista musical tan elevado arte, que no vaciló en clasificarlos entre cuanto tenemos de más perfecto en el género; [1] y quien haya tenido la dicha de estudiar los más antiguos idiomas, sabe cuánto aventajan á los modernos en psicología, en lógica, en filosofía, en música, en retórica y en poesía.

No negamos que los tiempos modernos hayan realizado también hechos muy notables en varios conceptos; pero debemos ser justos y no despreciar el mérito del pasado por celebrar lo presente. Nadie puede contemplar un buque de guerra moderno sin penetrarse de admiración; pero todos admitirán que la distancia que separa de la lancha del pescador el acorazado no es tan asombrosa como la invención de la barca, de las velas y del timón. Con razón dice Horacio que quien se confió el primero á los vientos y á las olas debia tener el pecho forrado de una triple plancha de bronce. [2] Los fenicios consideraban tan grande la acción de aquel héroe, que le adoraban como un dios. [3]

(1) Century, *Jan.*, 1894, *Revue des Revues*, VIII, 155 y sig.
(2) Horac., *Od.*, I, 3, 9 y sig.
(3) Filon Bybl., *Fragm.*, 2, 8 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 566). Euseb., *Præp. evang.*, 1, 10, p. 35, a.

Además, la historia demuestra que dondequiera que hay un verdadero progreso en todos los dominios de la actividad humana, tiene que ser tan sólo parcial é intermitente; el agotamiento, la decadencia, el retroceso, vienen muy pronto. La fuerza del progreso exterior es moderada, y tiene siempre necesidad de un impulso externo, [1] pero jamás dura mucho. Cuanto mayor es el avance, más rápida es la decadencia. Si recorremos los países en otro tiempo florecientes por su civilización, desde el Indo hasta las columnas de Hércules, encontraremos un desierto casi continuo. Los pueblos prosperaron; agotaron el suelo, gastaron sus fuerzas; luego desaparecieron. Desiertos, ruinas, poblaciones esparcidas y extenuadas, nos recuerdan los magníficos días de otras épocas.

Pero donde se advierte más la decadencia es en la vida religiosa y moral. Todas las leyendas hablan de una edad de oro y de un empeoramiento progresivo de la humanidad. Según la tradición fenicia, las artes y los inventos aumentan entre los primeros hombres, [2] y según los babilonios, fueron debidos á una comunicación sobrenatural; pero en cambio hay una considerable decadencia interior. [3] La tradición irania nos muestra á los hombres viviendo de frutos y después de leche. Más tarde, comen la carne de los animales y se visten con sus pieles. Inventan el arte de emplear el hierro, pero inmediatamente abusan de él para la guerra y el homicidio. Cuanto mejor es el empleo de los bienes terrestres, mayor es el retroceso á la barbarie moral. [4] Los brahmanes, entre los indios, representan la misma convicción, [5] y los budistas también; [6] pero, naturalmente, adulterada por comentarios

(1) Niebuhr, *Ræm. Geschichte* (2 Aufl. 1827), I, 82. Livingstone, *Neue Missionsreisen*, (1866) II, 227.
(2) Berosi, *Fragm.*, 1, 3 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 497).
(3) Filon Bybl., *Fragm.*, 2, 8, 9 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 566). Euseb., *loc. cit.*, 1, 10 (Viger, p. 35).
(4) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde* I, 473 y sig., 511 y sig,, 525 y sig.
(5) Lassen, *Ind. Alterthumskunde* II (2), 731; IV, 592.
(6) Kœppen, *Religion des Buddha*, I, 277-279, 431.

fantásticos y por la influencia del pesimismo. Los griegos creían igualmente que los hombres eran en otro tiempo mejores y más benignos, no habiendo entre ellos ni guerras, ni envidias, aunque no tuviesen las artes que se inventaron después. [1]

Pero esos días mejores y el principio de la decadencia se refieren á épocas muy remotas; por la historia de Melampo, [2] y por las lamentaciones de Homero, sabemos que los griegos creían que debieron pertenecer á los tiempos más antiguos. La misma convicción expresa Platón claramente en la introducción al Timeo. Los mejicanos hablan de hombres prudentes que existieron en la antigüedad primitiva, que habrían tenido una vida muy perfecta, y cuyos labios proferían áureas palabras para instruir á los hombres. [3] Hasta los chinos afirman que, en tiempos remotos, la vida era mejor que más tarde; posible es que, precisamente por su excelencia, sea tan poco lo que se sabe de los tiempos primitivos. [4] Se dice ya en el Schi-King: «Entre tantas fiestas, una pena debe entristecerme; tengo que recordar á los antiguos sabios, y me aflige el que estén muertos, habiendo desaparecido sin dejar imitadores. Suenan alegres las campanas, y se mezcla con los suyos el sonido de muchos instrumentos nuevos; pero antiguos cánticos regios encuentran todavía eco en mi corazón». [5]

El Rigveda canta igualmente en las Indias con melancólico tono los días de otra época, cuando el sol estaba todavía en su aurora y los sabios de los primitivos tiempos, que cultivaban el orden y el derecho, tomaban ellos mismos parte en las fiestas de los dioses. [6]

15. Breve idea de la verdadera historia de la ci-

(1) Dicæarchi, *Fragm.*, 1, (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 233 y sig.). Porfir., *Abstin.*, 4, 1, 2.
(2) Herodot., 2, 49.
(3) Waitz, *loc. cit.*, IV, 124 y sig.
(4) Plath. *Recht und Gesetz im altem China (Ablandl. der bayer. Akadem. der Wissensch.*, X, 3, 779).
(5) *Schi-King, traduct. Rückert* (G. W., 1862, VI, 284 y sig.).
(6) *Rigveda*, 7, 76, 3, 4.

vilización.—Investigaciones reflexivamente verificadas en el dominio de la naturaleza y basadas en los hechos, acabaron por establecer como cosa cierta que el hombre apareció de repente en una época determinada, no muy remota, pues no pasa de algunos miles de años, [1] y que los primeros datos encontrados respecto de él nos le muestran organizado como está ahora, separándole de los animales que más se le parecen, igual abismo que el que los separa hoy. [2]

El mismo resultado nos da un examen de la vida moral y religiosa, en otros términos, de la civilización intelectual, basado en la historia; pero ésta nos indica otro hecho no menos seguro: Que el hombre no se elevó por un proceso inmensamente largo, de un estado de naturaleza más ó menos animal, hacia una civilización digna de él, sino que se encontró inmediatamente desde su aparición á una altura de perfección intelectual y moral que le fué imposible alcanzar, no obstante sus esfuerzos, en los siglos sucesivos.

No hay documentos humanos que nos digan cómo sucedió eso, pero se encargó de ello la Revelación divina. Ésta nos dice que una intervención directa de la divinidad elevó al hombre desde el principio muy por encima de su natural debilidad, y que más tarde, habiéndose separado de Dios por su propia culpa, no sólo cayó de aquella elevación sobrenatural, sino que descendió más abajo de lo que en su naturaleza había de bueno; sólo dando fe á esas indicaciones, se puede esclarecer la oscuridad de hechos que sin esto serían inconciliables.

Pero no estamos conformes con las opiniones que atribuyen al hombre una degeneración completa, diciendo que nada bueno queda ya en él, pues contradicen tanto la verdad de la fe cristiana como la experiencia. Las épocas de decadencia profunda, otro hecho que nos enseña la historia, presentan muchos y edificantes ejemplos de los esfuerzos que hizo el hombre para su mejoramiento. En aquel caos de corrupción moral, descubrimos en los individuos y en los pueblos conmovedores rasgos de nobles pensamientos y de plausibles esfuerzos hacia lo mejor. La decadencia del hombre no fué nunca completa ni lo será jamás.

(1) Pfaf, *Schœpfungsgeschichte* (2 Aufl. 1877), 725.
(2) *Ibid.*, 722.

De este modo se explica la contradicción de esa lucha y de esas continuas caídas que imprimen especial carácter á la historia de la civilización humana; si recorremos esa historia, experimentamos el mismo efecto que cuando observamos la obstinada lucha del sol con las brumas de invierno. Jamás progreso completo, pero jamás tampoco completa corrupción. Nunca está perdido todo, pero tampoco hay época ni civilización ninguna cuya impresión total produzca una satisfacción completa. Y cuando hemos examinado los más brillantes períodos de la civilización, nos retiramos con el corazón entristecido, porque recordamos las palabras del poeta: «¡Cuántos derroteros seguidos para tener luego que retroceder! ¡Y felices á lo menos los que pueden hacerlo!» [1]

El observador imparcial se asombrará de los innumerables bienes que con cada civilización caída en decadencia perecieron para no volver nunca, á lo menos en su modo de ser antiguo. Puede suceder que los tiempos futuros nos indemnicen de eso con otros bienes, y aun que éstos sean superiores á aquéllos; pero eso en nada altera el hecho de que los antiguos bienes se hayan perdido sin remedio. En ninguna parte se agregan, como convendría para un progreso continuo, las conquistas del pasado al trabajo de las épocas siguientes, sino que generalmente la nueva vida surge de los restos de la antigua á costa de dolorosos sacrificios. [2]

En fin, como consecuencia de todas las pérdidas y de todas las producciones nuevas, se consumen la fuerza creadora y la vida misma. Pueblos y épocas se gastan, se de-

(1) Schrott, *Dichtungen*, 26.
(2) Lotze, *Mikrokosmus*, (1) III, 21.

bilitan y desaparecen. La infusión de sangre y elementos extranjeros es un remedio en muy raros casos, y cuando lo es, nunca para mucho tiempo.

Si no se dota á la generación que languidece y muere de un elemento sobrenatural de vida, superior á las fuerzas humanas ordinarias, la historia nos enseña que no es posible evitar la relajación y la ruina que insensiblemente vienen.

Todas estas verdades son el provecho que nos produce la ojeada á la verdadera historia de la civilización humana. Nos humilla y nos ensalza á la vez; confunde la humanidad, pero la consuela mediante la certidumbre de que la obra de Dios, la naturaleza humana, no puede ser completamente arruinada por ninguna infidelidad.

CONFERENCIA XVIII

EL RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Carácter de Timón, el aborrecedor de los hombres.—Por el tiempo en que la ficticia prosperidad de Grecia súbitamente se arruinó, como flor que ayer se erguía en toda su gracia y hoy se marchita y pudre á consecuencia de la primera helada, vivía en Atenas un hombre que llamó de un modo especial la atención de los moralistas y de los poetas, no sólo de entonces, sino también de los sucesivos. Era Timón, el misántropo.

Según todo lo que de él sabemos, no podemos juzgarle como un hombre ordinario. Tenía regular instrucción en filosofía, era sociable, se distinguía por su amabilidad, y estaba bien mirado á causa de los servicios que había prestado á su patria, pues daba á manos llenas sus riquezas al Estado y á sus amigos. (1) Pero debió experimentar lo mismo que todo hombre serio, cuando la religión y la moral declinan; pues es muy raro encontrar un espíritu tan superior y una virtud tan perfecta, que no se vea arrastrada, por la decadencia general ó la indiferencia, á la acritud y á los desórdenes.

En este caso se encontró Timón. Habría podido tolerar que la muchedumbre hubiera caído en la vulgaridad; pero hería de muerte su corazón el que no procediesen mejor los más nobles espíritus con que estaba relacionado. Veía á los hombres decaer más profundamente cada día, y con ellos la sociedad y el Estado. Entonces comenzó á odiarlos; herido su orgullo por no poder separarse de la socie-

(1) Lucian., *Timon*, (5) 5, 7, 8, 50, 51.

bilitan y desaparecen. La infusión de sangre y elementos extranjeros es un remedio en muy raros casos, y cuando lo es, nunca para mucho tiempo.

Si no se dota á la generación que languidece y muere de un elemento sobrenatural de vida, superior á las fuerzas humanas ordinarias, la historia nos enseña que no es posible evitar la relajación y la ruina que insensiblemente vienen.

Todas estas verdades son el provecho que nos produce la ojeada á la verdadera historia de la civilización humana. Nos humilla y nos ensalza á la vez; confunde la humanidad, pero la consuela mediante la certidumbre de que la obra de Dios, la naturaleza humana, no puede ser completamente arruinada por ninguna infidelidad.

CONFERENCIA XVIII

EL RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Carácter de Timón, el aborrecedor de los hombres.—Por el tiempo en que la ficticia prosperidad de Grecia súbitamente se arruinó, como flor que ayer se erguía en toda su gracia y hoy se marchita y pudre á consecuencia de la primera helada, vivía en Atenas un hombre que llamó de un modo especial la atención de los moralistas y de los poetas, no sólo de entonces, sino también de los sucesivos. Era Timón, el misántropo.

Según todo lo que de él sabemos, no podemos juzgarle como un hombre ordinario. Tenía regular instrucción en filosofía, era sociable, se distinguía por su amabilidad, y estaba bien mirado á causa de los servicios que había prestado á su patria, pues daba á manos llenas sus riquezas al Estado y á sus amigos. (1) Pero debió experimentar lo mismo que todo hombre serio, cuando la religión y la moral declinan; pues es muy raro encontrar un espíritu tan superior y una virtud tan perfecta, que no se vea arrastrada, por la decadencia general ó la indiferencia, á la acritud y á los desórdenes.

En este caso se encontró Timón. Habría podido tolerar que la muchedumbre hubiera caído en la vulgaridad; pero hería de muerte su corazón el que no procediesen mejor los más nobles espíritus con que estaba relacionado. Veía á los hombres decaer más profundamente cada día, y con ellos la sociedad y el Estado. Entonces comenzó á odiarlos; herido su orgullo por no poder separarse de la socie-

(1) Lucian., *Timon*, (5) 5, 7, 8, 50, 51.

dad de aquellos que juzgaba indignos de él, ni prescindir de sus servicios, [1] le inspiró un odio verdaderamente profundo contra toda la humanidad. [2]

Nada fué capaz de aplacarle; cuanto más se penetraba de la idea de que todo era negro en torno suyo, y perdido sin remedio, más se exacerbaba su espíritu. [3] Empezó á odiarlo y maldecirlo todo, el bien lo mismo que el mal, y aquél más aún que éste; pronto su odio no tuvo por único objeto á los hombres, sino á la divinidad, por dejar que todo perezca sin ofrecer medios de salvación. [4] Por fin, se irritó contra Dios tan fuertemente como contra los hombres, [5] y contra sí no menos que contra los demás; si no hubiera sido tan intolerante consigo mismo, habría sido más paciente con los otros; pero de ese modo, lo más intolerable para él era lo que más se le parecía. Sólo con respecto á las mujeres, por él profundamente despreciadas, aparecía completamente desarmado, [6] como sus modernos imitadores, Byron y Schopenhauer. Antonio, el triunviro, también dejó el mundo para irse á su retiro que, en honor de su modelo, llamó *Timonium*, pero fué para precipitarse en orgías siempre nuevas. [7]

Semejante descontento del mundo y de los hombres no procede del bien ni conduce á él. Timón no deseaba el mejoramiento de los hombres; únicamente los maldecía. [8] Eran para él una ocasión de desahogar su cólera y habría lamentado amargamente que hubiesen querido corregirse, quitándole así todo motivo de censura; por eso, entre todos, había dos á quienes consagraba especialmente su atención, Alcibíades y Apemanto, porque esperaba de ellos que sumirían á la humanidad en desgracias y desórdenes

(1) Cicerón, *Amicit.*, 23.
(2) Alcifron, *Ep.*, 3, 34, 2. Cicerón, *Tuscul.*, 4, 11. *Hist. nat.*, 7, 18 (19), 3.
(3) Aristófan., *Lysistr.*, 809.
(4) *Aves*, 1547-1549.
(5) Lucian., 5, 24.
(6) Aristófanes, *Lysistrat*, 815, 820.
(7) Plutarco, *Anton.*, 69, 71.
(8) Aristóf., *Lysistr.*, 815.

más profundos aún. [1] Su único deseo, que Shakespeare expresa de un modo muy oportuno para el caso, era ver disminuir cada día el respeto y el orden en las familias, aumentar la desvergüenza, el desarreglo, la insubordinación en los niños, menguar más cada vez la piedad, la paz, el derecho y la verdad, la aplicación y la fidelidad, la tranquilidad y la religión, únicamente para que su odio pudiera crecer y encontrar siempre nuevo alimento. [2] Al morir, ordenó que se le sepultara en un lugar inaccesible, entre malezas, [3] y poner en su tumba una inscripción que atrajese maldiciones sobre la cabeza de quien la leyese. [4]

2. El desprecio de los hombres y del mundo, consecuencia necesaria del humanismo.—Ese carácter merece en realidad que se le estudie cuidadosamente. ¿Cómo fué posible que naturaleza tan rica en dones se haya extraviado de esta suerte? Un temperamento violento é irritable, una obstinación y terquedad indomables, [5] un espíritu de indisciplina que no sabe nunca atenerse á la razón, ni en las alabanzas ni en el vituperio, ni en el amor ni en el odio, nos da ya la explicación. [6]

Con todo eso, hay una cosa que nos parece imposible de entender: comprendemos que un hombre sin paciencia, sin circunspección, sin caridad, un hombre que solamente juzgue por las observaciones diarias de la vida exterior, sin buscar el bien que está encendido bajo la ceniza; comprendemos, decimos, que semejante hombre acabe por no ver en el mundo más que maldad. Pero ¿debe por eso convertirse él mismo en enemigo del bien? ¿Debe extremar tanto su lucha contra el mal, que se haga todavía más malo que aquellos con quienes lucha? Y precisamente ese era el de-

(1) Plutarco, *Alcibiad.*, 16, 7, 8; *Anton.*, 70, 1.
(2) Shakespeare, *Timon*, 4, 1.
(3) Neanthes, *in Schol. Aristophan. Lysistr.*, 808 (Dübner, p. 208). Müller, *Frag. hist. Græc.*, III, 5, 16.
(4) Plutarco, *Anton.*, 70, 3; *Antholog. Palat.*, 7, 313; cf. *ib.*, 7, 316, 319.
(5) Phrynichus, *Monotropus*, 1. Bothe, *Comic. græc.*, (Par. 1885), 212.
(6) Shakespeare, *Timon*, 4, 3.

fecto de Timón, y es de ordinario el defecto de quien desprecia á los hombres y maldice al mundo.

Podría creerse que ese celo serviría al crítico de poderoso estimulante para evitar, á lo menos en lo que le concierne, lo mismo que tan amargamente censura; sin embargo, la mayor parte de las veces, da como único resultado hacerle decir que, si todos son malos, cosa que sin duda él solo cree, no tiene él necesidad de ser de otro modo; y entonces, el pequeño número de los que parecen ser una excepción, no son más que actores más hábiles, é hipócritas más afortunados.

Ahí vemos la clase de virtud cimentada tan sólo en el hombre y en razones profanas. Quien atribuya á la llamada moral libre seria importancia, debe, sin duda, tener poca experiencia del mundo y mucha candidez; toda la fuerza de la moral libre consiste en huecas palabras; truena contra el mal, lo que sabe hacer perfectamente y á veces con exceso. Por fortuna, de ahí no suele pasar, pues cuando se ocupa en la virtud, le hace más daño que los que amargamente la condenan. Si se trata de actos, entonces muestra su esterilidad, y necesita ser muy hábil para hacer creer al mundo que hay algo bueno en el fondo de esas vanas fantasmagorías.

Y se comprende bien: buscar la más alta sabiduría en el principio de que el hombre debe prescindir de todos los motivos religiosos que dicen estar fuera de él, y encontrar únicamente en sí mismo fuerza para la virtud, vale tanto como excluir toda virtud perfecta, por no decir toda virtud probada, y dejar como existente tan sólo esa vida que todos los días vemos, llena de mentiras y de astucias, cosa la más intolerable para quien se ve obligado á estar siempre en ella. No es extraño que el mundo, conociendo mejor su propia virtud y no queriendo conocer la virtud cristiana, empiece por dudar del bien y concluya por sentir disgusto y alejarse de él como de una hipocresía.

3. El pesimismo como enfermedad intelectual de la humanidad.—De ese modo comprendemos fácilmente

á hombres como Timón. La historia nos enseña que las épocas en que el humanismo alcanzó mayores progresos, hicieron siempre del más sombrío desprecio de los hombres una especie de enfermedad contagiosa. El exceso de civilización en Grecia y en Roma produjo los cínicos y los estoicos; el Renacimiento dió origen al calvinismo y al puritanismo; y la época en que los franceses dictaban la civilización á Europa, dió como frutos el jansenismo y la escuela filosófica preparatoria de las matanzas revolucionarias. La predilección por el pesimismo, que todavía hoy es mayor y más contagiosa que nunca, prueba que vivimos en una época semejante. Con razón dijo un poeta moderno, gravemente atacado él mismo de ese mal: «Cada matorral oculta un destructor del mundo; en cada rama florece el odio á los hombres». (1)

Mucho podría escribir quien pretendiera citar todos los hechos que confirman esa verdad. Tenemos filósofos, novelistas, pintores, poetas é historiadores del pesimismo; encontramos representada esa tendencia en la prensa, en la tribuna, en el teatro, en el congreso de diputados, por demócratas, socialistas y por aristócratas, por mendigos y por millonarios. Encontramos autores como Baudelaire y Nordau, obras como el *Breviario* (2) y el *Libro de canto del pesimista*, (3) que tratan del pesimismo como pretexto para blasfemar de Dios y de todo lo noble. Hay pesimistas entre los reformadores y entre los destructores del mundo; por eso los apóstoles del budismo á la moderna halagan con tanta satisfacción ese espíritu que actualmente reina, pues saben que está en el carácter de la época, y que es un medio seguro de hacer populares á sus representantes.

La comprobación que acabamos de hacer es también la clave para quien se proponga conocer á fondo el significado de esta civilización que da tanto que pensar. Hay en-

(1) Petœsi, *Menschenhass*, (Goldschmidt, 166).
(2) *Pessimistenbrevier*, (2, edic., Berlín, 1881).
(3) Kemmer, *Pessimistengesangbuch* (Minden, 1884).

tre los defensores del pesimismo hombres que en cuanto les concierne personalmente no tenían necesidad de formar en sus filas. Un Byron, un Shelley, un Leopardi, pueden citar, para explicar su descontento, sus propias experiencias, de que ellos mismos fueron la causa; pero ¿qué vió nunca un Schopenhauer de las miserias de la vida y de la lucha por la existencia? Y, sin embargo, se creía llamado á dirigir esos espíritus que, para hablar con Hartmann, consideran como mera ilusión los supremos bienes de este mundo; el amor, la amistad y la esperanza. (1)

Pero cuanto acabamos de decir explica suficientemente lo que de otro modo resultaría incomprensible. Esos hombres no ambicionan más que los aplausos de sus contemporáneos, y favoreciendo el pesimismo, encuentran el modo de adquirirlos más seguramente; no se entregarían á él en cuerpo y alma si no supiesen que ese es el carácter especial del tiempo en que vivimos.

Con mucha frecuencia, pues, en las obras de los pesimistas se revela, no tanto su tendencia personal, como el espíritu general de la época; y sin duda la sociedad misma pone en sus labios las doctrinas que propagan. Puschkin, Tourguenef, Poè, Beecher-Stowe, Lie y Kielland sólo pueden ser considerados como intérpretes de su época y de la sociedad en que viven, y lo mismo puede decirse de todos los que hemos citado.

Precisamente por esta reciprocidad y comunidad de opiniones es muy significativa esa doctrina. Lejos está de comprenderla quien considere el pesimismo como un error de ciertos individuos; es más bien una enfermedad del conjunto, que obra por contagio en sus miembros. El hecho de que el fenómeno se presente en la colectividad es ya una prueba de que la humanidad está enferma.

Prueba también eso que el individuo y todo el género humano están relacionados estrechamente el uno con el otro, y que la corrupción del todo contamina casi involuntariamente á los miembros, verdad que sirve de base ante

(1) Hartman, *Philosoph. des Unbewussten* (8) 353, 385 y sig., 434 y sig.

todo á la doctrina del pecado original. Nadie vive únicamente de sí y para sí; la vida de cada cual es inseparable de la que tiene la totalidad. Como es el tiempo, el ambiente, la atmósfera de la sociedad, así es el individuo; en cambio, hasta el hombre más insignificante influye siempre de un modo ó de otro en los que le rodean y en su época; sufre, obra con ellos; es responsable por ello. Cada hombre es á la vez hijo y padre de su tiempo; cada carácter es el resultado del pasado y del presente, el productor del presente y del porvenir: Lo mismo que la vida y la suerte del niño en el vientre de su madre están estrechamente enlazadas con cada movimiento de su respiración, así también el hombre y la sociedad, el hombre y la humanidad, el hombre, el mundo y el tiempo, tienen una vida y una suerte comunes, como lo son también la falta y el castigo.

De admitir esta verdad depende la inteligencia de la historia.

4. El alejamiento de Dios es la primera causa de aquel mal.—La expansión del pesimismo se explica fácilmente por lo que acabamos de decir; pero con esto no queda explicado aún el origen de un modo de pensar que tan directamente contradice á la naturaleza. Quien no sepa apreciar el Humanismo en sí, jamás comprenderá su origen, pero quien lo conozca confesará que no sólo no lo comprende, sino que lo encuentra necesario.

El pesimismo es la consecuencia del Humanismo, la última palabra de un humanista que reflexione. Con razón dice Eduardo de Hartmann que únicamente los libros importantes del pesimismo nos enseñaron á conocer el verdadero valor de la vida,—quiere evidentemente hablar de los que profesan sus mismas ideas,—arrancándonos á nuestras ilusiones personales, y mostrándonos en qué exceso de disgusto acaba todo esto; en otros términos, el pesimismo prueba que el mundo organizado solamente conforme á los principios del Humanismo, debe conducir á la bancarrota.

Para comprender bien esto, basta con tomar las principales enseñanzas del Humanismo, tales como hemos aprendido á conocerlas en lo que precede, y hacer aplicaciones á la vida real.

Se necesita cierto valor para entrar en relaciones con los hombres, y cierta fortaleza para las luchas de la vida. No solamente los que son profundamente piadosos tienen momentos en que parecen tentados de pedir á Dios milagros; sino que hasta los ateos se contradicen á veces, y piden una intervención extraordinaria de Aquel de cuyo nombre renegaron en la prosperidad. Únicamente los sabios de gabinete y los héroes de mentirijillas, que ni siquiera saben lo que es el frío de un vestido, ni con más motivo la sensación que se experimenta cuando se está mojado, pueden creer posible explicar la vida sin Dios.

Pero hay que presentar á estos charlatanes en plena luz para conocer bien al hombre. Dice el proverbio que es fácil hacer la guerra detrás de una estufa, pero hay muchas cosas que no se aprenden así, especialmente el aspecto serio de la vida. En tiempo de paz, puede ser general cualquiera; no faltan en el mundo héroes antes del combate y hombres diestros y prudentes después de la guerra; lástima que sean con quienes menos se puede contar en el momento de la acción y del peligro. Si fuesen tan comunes los buenos consejos como los grandes pensadores, que junto á una botella de cerveza ó en su escritorio declaran superfluo á Dios, fácil sería entonces auxiliar al mundo; pero por desgracia estos hombres sin energía no tienen importancia alguna en la vida. Esos niños mimados de la fortuna evidentemente creen que los pinos del bosque sólo existen para hacerles profundas reverencias, y tan pronto como sienten una ardilla en el follage, sufren ataques de epilepsia y hay que recurrir cuanto antes á los médicos y á los enfermeros.

Y esas gentes son las que nos repiten con el mayor celo que se puede perfectamente vivir sin creer en Dios. Admitimos que, junto á una buena estufa, y en días tranquilos, crea un charlatán poder manejarse bien en la vida; pero nadie dirá que ha visto seriamente, como hombre, la vida, y que nunca sintió la necesidad de una protección superior; si tales son sus pretensiones, no lleve á mal que en público le tratemos como persona de calidad, pero que interiormente le juzguemos como un hombre de muy escaso valer. No son los marinos gente de una piedad extraordinaria, y, sin embargo, la experiencia les dictó la máxima de que quien quiera rezar que se embarque. Y tienen razón en eso. Fácil es á los topos de los campos charlar, pero al decir que jamás tuvieron necesidad de implorar la protección de Dios, dan testimonio de que no conocen las amargas olas, é ignoran, por lo tanto, qué es una borrasca en alta mar.

Esas gentes que afirman no haber necesidad de Dios, son, por lo mismo, los últimos que nos arrancarán la convicción de que no se puede vivir sin fe, y sin una fe vigorosa, y que quien quita al hombre la confianza en la Providencia, le desarma en la lucha por la existencia. Para mantenerse firme en ésta, se necesita una vida interior sólida y superior á la del mundo; en otro caso, ó bien se sucumbe ó se es por lo menos víctima del contagio.

Pero únicamente da fortaleza y confianza la elevación hacia Dios. En vano el Humanismo prodiga bellas frases para hacernos creer que un hombre nunca es más fuerte que cuando tan sólo cuenta con los hombres ó se hizo superior al mundo, pero sin apoyarse más que en éste; porque es indudable que quien conozca el mundo y el corazón humano, sabe cuán sin objeto, sin plan y sin felicidad aparece nuestro destino fuera de la fe religiosa. Para quien dejó caer de sus manos ese hilo de Ariadna, la vida es un laberinto de luchas, de violencias y de locuras; el trabajo le apena, los cuidados le turban, los sufrimientos le agrian; cree ser juguete de la arbitrariedad y del capricho, un instrumento del provecho ajeno, la presa de un poder sombrío; juzga el sacrificio una insensatez, la injusticia le parece siempre victoriosa y le es molesta la vida; en una

palabra, todo le parece enigmático, confuso é intolerable.

Lo vemos ya entre los antiguos. Indudablemente desplegaban gran energía mientras conservaban esperanza; pero cuando la patria, que era todo para ellos, estaba en peligro, entonces procedían como quien por primera vez siente un terremoto. Oscila el suelo, se turba su espíritu, cree que se hunde el firmamento, vacila como un hombre ebrio, y pierde la reflexión y la inteligencia, le parece incierto cuanto hasta entonces había considerado como fuerte y seguro; de nada se fía. De ese modo también proceden los chinos, tan tranquilos habitualmente, cuando amenaza al Estado el más pequeño infortunio; es su cielo, su tierra, su padre, su sol, su aire, su todo. Están ligados á él tan estrechamente como el caracol á su concha; si les amenaza un peligro, pierden la cabeza y el suicidio se hace epidémico. (1)

Y tal sucede siempre y en todas partes en los momentos difíciles, cuando el hombre no es capaz de elevarse por encima de las aspiraciones y de los pensamientos terrenos; por eso el *Breviario del pesimista* comete un error al decir que no hace pesimistas la impiedad, sino que, por el contrario, el pesimismo es el que hace ateos. (2) Á la verdad, jamás será nadie presa de una amargura y una desesperación completas si conserva viva la fe en la providencia de Dios; pero cuando, como Strauss, no ve en los procedimientos del mundo más que un molino que mueven la maldad, la locura y la suerte ciega, y puede á cada instante coger á uno y triturarle; cuando, como Shelley, abandona toda religión y en todo cuanto le sucede sólo sabe exclamar: (3) «No te dejes dominar ni por el horror del infierno ni por la felicidad del cielo, sino únicamente por el ciego azar que gobierna al mundo», entonces estamos en presencia del pesimismo completo.

(1) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, II, 132 y sig.
(2) *Pessimistenbrevier*, (2) 257.
(3) Shelley, *Poet. Werke* (Seybt), 265.

Tal es la ruta que siguen casi todas las gentes que desesperan del mundo: creyeron sin Dios poder entenderse consigo mismos y con el mundo, pero, como era lógico, sufrieron cruel desengaño; de ahí procede el dolor universal, el último grito de la sorpresa y de la decepción. Alguien, á quien su propia experiencia había hecho comprender esto como pocos, el desdichado Lenau, lo dice en términos claros: «Desde que pretendiste rivalizar con los más elevados poderes, el gusano más pequeño puede silenciosamente suscitar en tu corazón una tempestad». (1)

5. La vida y las obras del mundo.—Pero si, como sabemos, el primer axioma del Humanismo es que debe prescindirse de Dios, á lo menos en la consideración y en la organización del mundo, entonces el pesimismo es inevitable.

En la época romántica, cuando maravillosamente sabían con singular destreza fingir una vida artificial, podía aun evitarse ese peligro; pero nuestra generación, que, en arte como en literatura, vive sujeta á la influencia del más grosero naturalismo, toma al pie de la letra que Dios está alejado del mundo. Por esto se comprende que el pesimismo esté relacionado estrechamente con esa tendencia. Aunque no se tenga la menor inclinación á despreciar la humanidad, basta ver la vida real para decirse que con toda la tolerancia y caridad posibles, estremece la idea de vivir en esta sociedad, si no se cree ya que Dios, no obstante el poder del mal, gobierna con fuerte mano á los hombres.

Representémonos un momento á todos los prestidigitadores, juglares, caballeros de industria y propietarios de barracas en la feria de la vida que tan admirablemente nos describe Thackeray. ¿Quién se atrevería á entrar sin escolta? Automedonte se sirvió ya de una expresión fuerte: ciertamente no la aprobamos, pero la citaremos para que se sepa cómo creía deber juzgar los procedimientos del mundo un hombre que veía claro, un griego que tenía edu-

(1) Lenau, *Gedichte* (Stuttgart, 1857), II, 249.

cación clásica, y en cuyo espíritu no alimentaba dulzura y moderación la fe en la providencia divina, que no conocía. No sabe decir otra cosa que las palabras abominables: «Por la noche, cuando están dominados por el vino, se les puede llamar hombres; durante el día, son fieras que roban, arañan y muerden». [1]

Y, al lado de esto, hay la muchedumbre enorme de autores llenos de artificios y exteriormente cubiertos de oropeles brillantes, pero falsos y vacíos en el interior. ¿Quién desearía vivir durante mucho tiempo con hombres disfrazados siempre, usando zapatos de tacón extraordinariamente alto, apareciendo tan sólo en carnavalescos trajes resplandecientes de oro, y no dejando nunca de hablar con énfasis, porque demasiado bien saben que, á lo más, hablan de la naturaleza, pero en manera alguna se atreven á presentarse delante de los demás, en su verdadera naturaleza? Y está el escenario de la vida tan lleno de gentes así, que el humorista americano, Marc Twain, no sabe dar á su descripción de la época un título más adecuado que el de *Época dorada;* en tanto que el catedrático y senador florentino, Pablo Mantegazza, llega hasta á infamar nuestro civilizado siglo con la denominación de hipócrita.

Si tales hombres no fuesen más que héroes de novela, sólo risa nos producirían; pero lo triste es que son ellos precisamente los que imprimen dirección á la vida y, por lo tanto, á la historia. Un hombre digno podría indignarse ya al ver la medianía de los espíritus que alcanzan grandes éxitos, en tanto que él mismo, con todas sus aptitudes y toda la actividad que despliega, vive siempre oscurecido. Si además observa los medios de que se valen para conseguir sus fines, y las nulidades de que dependen verdaderos acontecimientos, podemos muy bien perdonarle que se encolerice. ¡Qué gigantescas luchas por puerilidades! Según Swift, la guerra dura ya desde hace tres años entre Liliput y Blefuscu; el primero de estos reinos

(1) *Anthologia Palatina*, 11, 46.

lleva perdidos treinta mil de sus mejores soldados y de sus más bravos marineros; el pueblo está en un grado tal de excitación, que se amotinó seis veces, fué muerto un rey y destronado otro, once mil personas murieron á manos del verdugo, fué desterrado un número aún más considerable, y todo esto porque no podían ponerse de acuerdo en si valía más partir el huevo por el extremo grande ó por el pequeño. [1] Tales son con demasiada frecuencia las causas de los llamados grandes acontecimientos en el teatro de la vida.

¿Cuáles son, pues, los móviles de esas intrigas mezquinas, con tanta astucia y con tanta malicia ejecutadas, y gracias á las que los hombres que disponen la lluvia y el buen tiempo conquistan los mejores puestos en el banquete de la vida, con su reverencia, su ductilidad rastrera, sus mentiras y sus lisonjas, cuando no llegan nunca á ser nada almas distinguidas que no quieren rebajarse ni rebajar á los demás con golpes de incensario? ¡Ah! Mucho hay de verdad en las quejas del achacoso Leopardi: «Siempre serán como extranjeros en cada Estado, y alejados siempre de la vida pública, la virtud y el valor, la modestia y el amor á la justicia; serán oprimidos y hollados siempre; y en cambio, prevalecerá la alianza de la medianía con la falsía y la audacia». [2]

Naturalezas más toscas, como Ibsen, el demoledor del orden y de las costumbres, revisten con las mismas expresiones de cólera su manera de considerar la vida y la filosofía de la historia: «Frases nebulosas, dicen, y humareda de incienso constituyen el fantasma de la historia universal». [3]

En presencia de estos hechos, comprendemos, aunque lamentándolo, que quienes reflexionan sobre lo que les ha sucedido, y no creen en los designios misteriosos de un poder y de una sabiduría supremos, que, por consiguiente, los sectarios del Humanismo pronuncien juicios con el aire

(1) Swift, *Gulliver*, 1, 4.—(2) Léopardi, *Palinodie* (Hamerling), 120.
(3) Ibsen, *Gedichte*, (Passarge), 128.

de suficiencia que les es familiar. Casi siempre han considerado como indispensable condición para figurar como espíritus no vulgares expresarse en términos tan fuertes como posible sea acerca de la humanidad. La refinada literatura de los siglos XVII y XVIII se distingue precisamente por esa hostilidad hacia los hombres. Únicamente los simples pueden admitir que haya virtud en el hombre, pretenden los moralistas profanos que gozaban de la mayor influencia en aquella época, Mandeville, La Rochefoucauld, La Bruyère. Nadie obra bien, sino por egoísmo y por vanidad, por disimulo ó por miedo. (1) Montesquieu declara que son completamente inútiles las tentativas de mejoras, pues nadie puede mejorar lo que no mejora la naturaleza. (2) Habría que desesperar del mundo, dice Voltaire, si quisiéramos reflexionar acerca del estado en que se encuentra. Felizmente para nosotros, añade—para que no olvidemos que es Voltaire quien habla—somos demasiado frívolos por naturaleza, y, de consiguiente, rara vez nos entregamos á semejantes reflexiones. La verdadera sabiduría que nos hace la vida tolerable consiste para nosotros en la despreocupación y el placer. (3)

Se necesita evidentemente ser Voltaire para mantener esa doctrina, y no llegaron á tanto muchos de sus mismos adoradores. Contra su desdeñosa burla, nuestra época se distingue por la fiera manía de condenarlo todo; el mismo Diógenes tendría que confesarse vencido por el pesimismo moderno; podría creerse que la época actual ha tomado su consigna de Nicolás Chamfort, quien dió esta repugnante receta para las relaciones con los hombres: «El día en que hayas de reunirte en sociedad, te aconsejo que tragues por la mañana un sapo, estarás á lo menos seguro de no encontrar entre tus relaciones un ser más desagradable». (4)

(1) Vorlænder, *Gesch. der philos. Moral.*, 585 y sig., 621, 648.
(2) Montesquieu, *Esprit des lois*, 19, 4, 5.
(3) Voltaire, *Dict. philos. art. Frivolité (Œuvres*, 1785, LI, 506, 598; *art. Heureux*, ib. LII, 244 y sig.
(4) Lotheissen, *Lit. und Gesellschaft in Frankreich zur Zei der Revolution*, 34.

6. El dogma fundamental del humanismo como segunda causa del desprecio de los hombres.—Todos deben, pues, confesar, si examinan la vida sin mitigar la penosa impresión de este examen elevando los ojos hacia Dios, que comprenden el estado de ánimo del pesimista.

Sin embargo, no basta eso para explicar esta doctrina como escuela ó como sistema; millares de menospreciadores de hombres no constituyen una escuela de desprecio hacia los hombres. Siempre hubo quienes odiaron á sus prójimos; pero estaba reservado á nuestra época el enseñar sistemáticamente el odio al hombre como resumen del saber humano. No es difícil comprender que era indispensable acabar en eso, si se tiene en cuenta un segundo principio del Humanismo.

Cuando se deploraba que los hombres sean tales como son, tales como se les encuentra; cuando en los espíritus dominaba la idea de que no debería ser así, el Humanismo no se había dado cuenta aún de su naturaleza más íntima; ahora dice categóricamente que así debe ser, que ese retroceso á la barbarie es precisamente la verdadera humanidad, y condena toda tentativa de decir que está corrompida la naturaleza y de aconsejar á los hombres que se purifiquen, y hasta el que se eleven hacia lo sobrenatural.

Rousseau dió este último paso para aclarar la situación; con una sola palabra, con la corta frase que encabeza su *Emilio*, expresó tan claramente la cuestión que fué siempre el centro de la lucha, que en lo sucesivo todo equívoco es imposible; por eso puede ser llamado padre del Humanismo llevado á su más alto punto. Así se explica como nuestra época, que se coloca sin reserva en este punto de vista, admira tanto á Rousseau. Haciéndose intérprete suyo, le pone Carlyle entre los héroes de la humanidad, naturalmente, de la humanidad humanista, y le celebra como uno de los colosos intelectuales que lucharon por el triunfo de esa idea llamada por él divina, y que sucumbieron. (1)

(1) Carlyle, *Héros et adoration des héros*, 281.

Desde que Rousseau expuso en toda su claridad el dogma fundamental del moderno Humanismo, cambiaron por completo de forma todos los preceptos relativos á la educación de la juventud y á lo que debe ser el hombre. No se dice ahora como antes: «El hombre se hace bueno únicamente purificándose de sus imperfecciones y se ennoblece con buenos ejemplos»; sino: «Perfecto es el hombre que sólo confía en sí mismo. No imites á nadie, vive como eres, como un espíritu puro é independiente, que es él mismo, y que eres tú mismo. Como tal, no te mancilles, no te rebajes, pues, en tu calidad de ser, te pareces á todo ser de la tierra ó del cielo. Desde el principio han brotado en ti como de primera fuente la bondad y la verdad, y rico en dones divinos, ves como pierdes tu belleza. La humanidad se bastará á sí misma, porque puede hacerlo. Mucho tiempo hace que sería perfecta la humanidad, si únicamente hubiera confiado en sí misma; sólo el sentimiento de independencia hace verdaderos hombres, y sin él no los hay». [1]

Podría creerse, conforme á esto, que en todas partes debe manifestarse en el hombre entregado á sí mismo una gozosa confianza de ser más perfecto cada día; pero en vez de eso, aumenta el menosprecio de cosas y personas en grado tal, que se hace verdaderamente intolerable.

Sin embargo, quien mire el fondo de las cosas encontrará eso muy natural. Nadie negará que hay mucho mal en la humanidad; pero si el hombre es como debe ser, según pretende el espíritu humanista, si toda corrupción moral forma parte de su naturaleza ¿cómo sería entonces posible pensar ó hablar de él sin desagrado?

Verdad es que Rousseau pretende que el hombre es bueno por naturaleza, pero eso no es más que un juego de palabras. Bueno, para él, significa tanto como ordinario hasta el exceso: la que llama bondad natural Rousseau, es la bondad del animal. Por naturaleza, dice, es semejante al animal; obedece á todos los instintos y todos los apeti-

(1) Leop. Schefer, *Hausreden*, 24, 281, 362, 288.

tos. Volney, [1] el fiel discípulo de Rousseau, es lógico cuando dice, como Hobbes había dicho ya, que el hombre en el estado natural en nada cede á los osos y á los monos en grosería, en ignorancia, en malicia y en crueldad. Al hombre de naturaleza, como tampoco al animal, no se le ocurre la idea de contener sus apetitos; además, aventaja al hombre corrompido por la civilización en no sentir más que el animal las trabas de la razón y de la conciencia. En esto precisamente consiste su natural belleza. El mal comienza con el desenvolvimiento moral y social; la reflexión acaba por hacer del hombre un animal degradado. La verdad, la bondad y la naturaleza desaparecen de él á medida que progresa la civilización; sólo quedan los impulsos y los instintos antiguos; ahora los considera como malos, pero obra, sin embargo, conforme á ellos. [2] Una vez abandonado el estado de naturaleza por el pretendido progreso moral, no se procede ya conforme á la naturaleza salvaje, es decir, conforme á su naturaleza animal de otro tiempo; pero tampoco se deshace de su antigua naturaleza hasta el punto de no obrar contra los caprichos de su conciencia, que, en el intervalo, fué formada artificialmente, ó más bien deformada. Esto es proceder peor que el animal; mejor le hubiera sido quedar como era y como el animal es todavía, es decir, en el estado de naturaleza.

Dadas esa doctrina y otras semejantes, no es difícil de comprender el pesimismo; sólo Voltaire puede tratar esas ideas empleando la ironía ligera con que recompensa á Rousseau y á los suyos. Jamás, le escribía, [3] desplegó nadie tanto ingenio para hacer de nosotros bestias salvajes; leyendo vuestro libro, casi se desea andar á cuatro pies. Pero, en presencia de una sociedad en que tales opiniones se consideraban de buen tono, sienten involuntario malestar y disgusto quienes toman las cosas más en serio que ese

(1) Volney, *La loi naturelle*, cap. 2.
(2) Vorlænder, *loc. cit.*, 647 y sig.
(3) Raumer, *Geschichte der Pædagogik*, II, 187.

ingenio burlón, y hasta despreciarían á los hombres, si no se lo impidieran verdades de más elevado orden.

7. La tercera causa es la depreciación personal y la falta de estimación de sí mismo.—Hay además una tercera causa. Desconocer la dignidad humana en los demás, es malo y muy malo; pero no considerar al hombre en sí mismo como santo, es uno de los males más funestos, pues quien procede así, retrocede y cree lo mismo de los otros. Y el modo humanista de considerar al hombre tiende también al mismo fin.

¿Qué mérito puede encontrar en sí mismo aquel á quien se persuade de que todos los impulsos, todos los instintos que en su naturaleza encuentra, son buenos y legítimos? Todo educador sabe que un joven no empieza á reprimir sus pasiones y á trabajar en su corrección, si no recobra la estimación de sí mismo que perdió; y que se alcanza mejor ese resultado entusiasmándole por una vida de esfuerzos y de sacrificios para un verdadero mejoramiento; pero ¿cómo podría encontrar nadie gusto en la abnegación, en el trabajo de purificación del alma, si cree que es ya como debe ser, y que en todo caso no podría hacer de sí cosa mejor que lo hecho por la naturaleza? Y ¿quién podrá hacernos tolerable la amarga necesidad del sacrificio, si no vemos en nosotros ninguna necesidad de ello, ni fuera de nosotros recompensa alguna?

En semejante disposición de espíritu debería de estar Schiller cuando escribió sus dos poesías: *Lucha* y *Resignación.* La sublime lucha entre la conciencia y los atractivos sensuales le parece semejante á un tiránico destino, verdadera esclavitud á que vive sujeto. No niega que la virtud tenga en sí algo de grandioso; sin embargo, la llama servidumbre; para él, tan sólo es libre quien lleve las cadenas de rosa del placer, y no quien luche por la virtud después de haberse obligado á ello con juramento. «No lucharé ya más en el combate gigantesco del deber. Si no puedes sofocar los ardientes instintos del corazón, no exijas, ¡oh virtud! semejante sacrificio».

Verdad es que un día, en un movimiento de irreflexivo entusiasmo, le hizo los más sagrados juramentos con la esperanza de una recompensa eterna. Pero ve delante de sí el Moloch á que debe sacrificar la felicidad de su vida, y entonces revoca su juramento y devuelve á la virtud la promesa de una recompensa: «He jurado, sí, he jurado dominar mis pasiones; pero he aquí tu corona, consiento en perderla para siempre, recógela y déjame pecar».

Hasta rechaza, como vana ilusión, la esperanza de la inmortalidad, de la recompensa eterna, esa deuda contraída con los muertos: «Heme ya en tu puente sombrío, terrible eternidad; te devuelvo la promesa de felicidad que me habías hecho; te la devuelvo intacta; no sé lo que es felicidad».

Bien ve que es un acto poco honroso, pero no le importa y frívolamente exclama: «Feliz el que sumido en la embriaguez de los deleites olvida su profunda caída tan fácilmente como yo». [1]

Por fin llama á eso renuncia heroica, y reivindica la admiración por no creer ya más que en esta vida y en los placeres. Pero ¿qué dirá cuando por experiencia sepa que la tierra no proporciona los placeres que de ella esperaba? ¿Qué hará cuando la naturaleza y esta vida le devuelvan intacta la promesa de felicidad que arrojó á los pies de Dios y de la fe? Se verá desengañado de todo, de la realidad y del ideal, de las cosas temporales y de las eternas, de la fe, de la conciencia, de la esperanza, de todo. Como dice él mismo, estará perdido para siempre.

¿Qué estimación puede tener de sí un hombre en semejante disposición de espíritu? ¿Puede suponer algo bueno en los demás?

Y ahora representémonos al hombre, al verdadero humanista, con tales disposiciones de ánimo, desprovisto de ideales, no sabiendo ya á qué atenerse relativamente á la humanidad; no confiando en ningún poder superior, lanzado en el tumulto y en las complicaciones de la vida. Quie-

(1) Schiller, *G. W.*, (1853) I, 83 y sig.

re obtener un puesto, á que cree tener derecho; es natural; pero entra en pugna con otros que no le guardan consideración ninguna y para quienes todos los medios son buenos. En sí mismo no encuentra ninguna razón para proceder mejor que los demás, y así, deja en libertad á las pasiones, y emprende una lucha contra todos cuantos le son hostiles, con los mismos medios de que ellos se valen, pero que saben manejar mucho mejor, gracias á su superioridad y á su práctica. No quiere, sin embargo, admitir un poder superior de que podría esperar auxilio, pues su mal espíritu le persuadió de que sería un inconveniente para su dignidad y su perfección humana el tratar de apoyarse en lo sobrenatural; por consiguiente, el resultado de aquella situación no puede ser más que el abatimiento al sentirse abandonado, sin protección ninguna.

8. La cuarta causa es el sentimiento de que no se tiene un fin, acompañado de falta de fe en Dios.—Mas para apreciar debidamente aquel estado, necesitamos considerar otro daño que el Humanismo causa al espíritu humano, y que colma la medida del mal.

Si el hombre enteramente aislado se abre paso por entre numerosos enemigos, evidentemente debe preguntarse á donde va; si permanece fiel á las enseñanzas del Humanismo, no puede encontrar respuesta alguna á esa pregunta, porque ha prescindido del fin último al seguir esa dirección, y, para hablar como Schiller, ha pasado el sombrío puente. Tiene ahora detrás de sí un abismo que por ningún camino puede evitar.

Será como un viajero en la situación de Stanley; no había creído que la ruta emprendida le había de conducir hacia tan poderosas tribus, aumentando cada día el número de enemigos, y teniendo como única perspectiva el combatir sin tregua, lo que es muy poco agradable. Sin embargo, no pierde el valor mientras pueda decir que cada nuevo combate le acerca al fin que persigue; pero ¿qué sucedería si se extraviara, si encontrara demolido el único puente que asegura su retirada permitiéndole pasar la

bramadora corriente del río? Sin duda combatiría aún, pero sin valor, sin esperanza, á lo más, con el valor de la desesperación. Viéndose perdido, querría vender su vida tan cara como le fuese posible.

Tal es la disposición de espíritu en el hombre á quien el Humanismo arrebató su fin en las luchas de la vida. Perdió la brújula que había de guiarle en el tempestuoso océano; todo gira en torno de él como un torbellino; no puede darse cuenta del fin y de la importancia del más simple acontecimiento, y quedan como barridas la civilización y la ciencia en que había tenido tanta confianza. Historia, filosofía, distinción, ecuanimidad, experiencia de la vida, todo le abandona; su falsa ciencia se limita á la prudencia de la sala de asilo en que Ibsen resume su manera de considerar la vida, «en que todo vacila, y es como un cuchillo en manos de un niño». (1) Se defiende con heroísmo, pero su energía es la rabia del león acorralado; no es un valor tranquilo, reflexivo; es desesperación.

Sí, ¡desesperación! Esta sería la expresión exacta en vez de la palabra pesimismo; el más alto grado de desesperación es el que procede del sentimiento de haber perdido el fin y la esperanza de salvación, de haberse extraviado lejos del término.

Desde el momento en que la humanidad abandona la creencia en un fin último, se convierte en epidemia contagiosa el más grosero pesimismo. Ya Gœthe expresó con claridad la dependencia que entre estos hechos existe: «Se levantó un velo ante mi alma, dice, y el teatro de la vida infinita se convierte en el abismo de una tumba eternamente abierta. No hay momento alguno en que no te consumas tú y los tuyos, ningún momento en que no seas destructor ó no debas serlo. Así vacilo atormentado, no viendo más que un monstruo que devora siempre y siempre rumia». (2)

El *Breviario del pesimista* es todavía más claro cuando

(1) Ibsen, *Gedichte* (Passarge), 127.
(2) Gœthe, *Werther* 1. *Brief vom* 18 *August* (*Werke* 1854, XIV, 62 y sig.)

dice: «Los fines de mi vida se desvanecieron todos; hace ya largo tiempo que pasaron las agitadas horas de un poder ambicioso; pasaron sin utilidad ni provecho. Todos los deseos me parecen burlas, y todas las aspiraciones un vano tormento». [1]

Tal es el desenvolvimiento lógico, y á la vez el justo castigo del Humanismo, prueba de que Dios aprecia la sanción según la culpabilidad de los hombres. Dijeron éstos: ¡Retírate de nosotros! [2] Quisieron quedar solos, bien que ninguno pueda tolerar hallarse solo entre hombres que le parecen peores que animales, en un mundo donde nada bueno encuentra y cuyo mejoramiento no se atreve á esperar. Dios escuchó sus votos, y la consecuencia fué ese estado de espíritu que pudiera creerse peor que los tormentos del infierno. El nombre que se le dió indica ya lo peor; no sabría el lenguaje humano inventar una palabra más horrible que la de pesimismo. En sus leyendas, los antiguos hacen castigar á Prometeo, el traidor á la divinidad, por un águila que le desgarra el pecho y el hígado; ese castigo no acaba nunca, porque lo devorado durante el día renace por la noche. Dante nos muestra á los traidores desgarrándose mutuamente por toda la eternidad en el fondo del infierno. Ningún buitre, ningún enemigo ejerce contra el pesimismo esas horribles torturas; él mismo es su propio verdugo con impotente y eterna rabia.

9. Historia del pesimismo.—Y esa disposición de espíritu es la filosofía y la religión de nuestra época; de tal modo aumentó la literatura del pesimismo, que constituye una verdadera plaga.

Como hemos dicho, siempre hubo corazones acres y desolados. Los griegos tenían ya su pesimismo; no queremos hablar de gentes como Hegesias, que no daba más valor á la vida que á la muerte, y cuya sabiduría se resumía en la sentencia de que no hay felicidad, y que es lo mismo el placer que el sufrimiento; [3] pero, fuera de tales casos ais-

(1) *Pessimistenbrevier* (2), 96 y sig.
(2) Job, XXI, 14.—(3) Diog. Laert., 2, 86, 93, 94.

lados, todo el desenvolvimiento de la civilización antigua acaba generalmente en el estoicismo, es decir, en el desprecio de los hombres y el disgusto de la vida.

En el Imperio romano se había puesto de moda y se consideraba de buen tono esa doctrina. La filosofía de la historia con que empieza su obra Tito Livio, el concepto filosófico de Tácito, las palabras de Séneca: «Enseña la experiencia que los hombres son malos, y no hay esperanza de que sean nunca de otro modo», [1] tienen mucha analogía con las ideas modernas. Marco Aurelio defiende un concepto de la vida que está de acuerdo con la inscripción infernal del Dante: ¡Perded toda esperanza! [2]

La civilización de los árabes, tan alabada, tiene también su pesimismo. Uno de su principales representantes es Ma'arrí, según el cual, la existencia es incomprensible é intolerable; imponer á cualquiera los sacrificios propios de la vida, es una falta que no puede ser jamás perdonada á los padres. [3]

Pero lo más triste que hasta ahora se conoció es el budismo. Según este sistema religioso, el archipecado,—las palabras pecado hereditario no tienen aplicación en él,—es no sólo causa de haber tanto mal en el mundo, sino la razón de la vida misma, la razón de la existencia, la razón de la peregrinación eterna aquí abajo, la razón de todas las pasiones, la razón de la muerte. Gracias al pecado, esta existencia es un océano infinito de miserias, lleno de ruinas por los cuatro ríos envenenados; nacimiento, vejez, enfermedad y muerte; sólo queda la esperanza del Nirvana, del aniquilamiento, de la ruina del espíritu independiente, que sabría consolarnos, aunque tuviéramos que esperarle durante millones de años. [4]

Es ciertamente una idea terrible. Prescindiendo de que no podía subsistir largo tiempo, pues también entre los

(1) Séneca, *Benef.*, 1, 10, 3.
(2) Marco Aurel., 8, 4, 5; 7, 71; 9, 17, 19; 10, 27.
(3) Kremer, *Culturgesch. des Orients unter den Kalifen*, II, 394.
(4) Kœppen, *Religion des Buddha*, I, 289 y sig.

budistas debió sustituir al Nirvana la idea de la Sukhavati, del Paraíso, como recompensa de una vida tan penosa, no puede ser comparada, en su espantosa forma, al moderno pesimismo. Verdad es que en el budismo la vida no se diferencia de la miseria, y que, según él, como en Ma'arrî, nuestra existencia es un crimen; sin embargo, algo nos reconcilia con esos errores el que sus autores admiten que no debería ser así, y que es una desgracia el que así sea.

Pero nuestros actuales pesimistas maldicen la esperanza, blasfeman contra la paz y el consuelo, y no quieren ni reposo ni siquiera perspectiva de liberación. Como un tigre enjaulado que embiste los hierros de su prisión, así ellos están furiosos contra su suerte y la del mundo, que consideran, sin embargo, como inevitable y conforme á la naturaleza y á la razón. Sus esfuerzos no tienen más que un fin; ni gozan más que con ver que las cosas van mal y que empeorarán cada día. No deploran, y nadie lo niega, que haya en el mundo mucho mal junto con mucho bien, y que el mal cause muchos estragos; pero no quieren admitir que haya el más pequeño bien en el mundo. Su mayor dolor,—le llaman por esto dolor universal—es que no pueden ponerse de acuerdo en si harían mejor reduciendo el mundo á ruinas, ó producir en él una corrupción irremediable; pero lo más monstruoso es que hasta ahora á nadie se había ocurrido, ni siquiera á Timón y á Bodhisattva, que las cosas están bien como son. Que la felicidad no exista para el hombre, que sea necesario el mal, que el pecado sea la fuente de la vida, como dice Leroux, (1) es un error de que no eran capaces Mahadarmaratshita, Madhyantika, Dsong K'haba.

Desenvolviendo las ideas de Spinoza y de Hobbes, Schopenhauer hizo del pesimismo, en su más reciente forma, un cuerpo de doctrina, (2) y precisamente por ella—mal signo de la época—se conquistó tantos admiradores.

(1) Jul. Schmidt, *Gesch. der franzœs. Literatur*, II, 598.
(2) Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, I, § 55 y sig.; II, § 45, 46, 48; (3 Aufl.) I, 363 y sig.; II, 648 y sig.; 690 y sig.

El mundo, dice, no es más que apariencia; la única realidad por la que pueden las cosas despertar á lo menos la idea de una existencia, es la maldad general y sin límites, porque, en efecto, el mundo es el lugar de todos los males, de todos los sufrimientos, de todas las miserias, de todas las bajezas; pero describir lo que es teatro de su debilidad, de su estupidez, de su vulgaridad, el hombre mismo, ninguna lengua es capaz de hacerlo, ni siquiera Schopenhauer. Todo lo que sabría decir es que estaba separado por una distancia considerable de aquellos con quienes tenía que vivir: los hombres ordinarios le parecían perros ó lobos; los que ocupaban un puesto en la historia y habían causado algunos males más que los otros, le parecían diablos. (1) El resumen de su vida práctica fué estar en guardia contra los cinco sextos de bribones, locos ó imbéciles de que se compone la humanidad, según dice. Por eso guardaba cuidadosamente su dinero, tenía siempre una espada y una pistola junto á su lecho, no confiaba jamás su cabeza á un peluquero, ni tomaba rapé, por temor de ser envenenado. (2)

Lo más extraño es que, á pesar de todo, no quería abandonar el principio de que eso era necesario é inevitable por naturaleza. La verdad es, decía, que debemos ser miserables y lo somos, (3) porque lo que constituye la naturaleza son esfuerzos continuos y sin resultado. El fundamento de toda volición es la necesidad y la indigencia; elementos constitutivos de la vida humana son el dolor y la tristeza. (4) no hay esperanza de cambiar, no hay mejora ni progreso grandes ni pequeños, como no los hay en el carácter del individuo, por lo cual nada existe digno de nuestros esfuerzos. El mundo es lo peor que hay; en rigor puede todavía existir, no obstante su miseria, pero ya no podría si fuese un poco peor. (5) Todos sus bienes son vani-

(1) Schopenhauer, (3) II, 660 y sig.
(2) Janssen, *Zeit und Lebensbilder* (3), 229 y sig.
(3) Schopenhauer, *loc. cit.*, (3) II, 660.
(4) *Ibid.*, (3) I, 367 y sig.
(5) Schopenhauer, (3) II, 667.

dad y nada; está, pues, en completa bancarrota; la vida es un mal negocio que ni siquiera cubre los gastos de explotación, y nosotros, los hombres, para hablar como Voltaire, sólo existimos para ser devorados por el tedio, absolutamente como las moscas están destinadas á ser alimento de las arañas. (1)

Según eso, nuestra existencia es un mal; el querer vivir es hasta un crimen. Apenas podría dudarse de si, en este deseo y esta alegría de vivir, no son mayores que el crimen, la vulgaridad y la locura: pero es seguro que únicamente los hombres de genio, y son muy contados, comprendieron que nuestra única misión es despreciar todo lo que existe fuera de nosotros, aniquilar en nosotros mismos el deseo de vivir, y llegar, por consiguiente, como Haym dice, (2) hasta el suicidio de la voluntad.

Podría creerse que todo corazón en que todavía haya una gota de sangre sana, se rebelaría contra tales enseñanzas; pero en vez de eso, ellos son los que influyen de un modo contagioso en nuestra época, y llevan siempre á ese autor, tan poco amable durante su vida, nuevos adoradores y nuevos discípulos después de su muerte. Poco falta para que se realice la profecía de Schopenhauer, y se le erijan en todas partes templos y altares. Y tal como es él, tales son los que le siguen. El inglés W. Harrell era todavía joven y casi desconocido antes de publicar su obra *¿La vida merece el sacrificio de vivir?* Pero en cuanto apareció ese libro, fué ya el autor una celebridad y el héroe del día. No nos equivocaríamos, pues, mucho, ni sería demasiado duro el juicio, si creyéramos en un vasto envenenamiento. Creemos también que si el abandono de Dios fuese castigado de esa manera en la eternidad, lo sería suficientemente. Á la verdad, Dios no tendría más que hacer quedar eternamente en la tierra hombres que practicaran la filosofía de Schopenhauer, y no habría necesidad de otro infierno.

(1) Schopenhauer, *Ibid.*, (3) II, 658.
(2) Haym, *Artur Schopenhauer*, 35.

10. Resultado final del Humanismo.—Al llegar aquí, involuntariamente ocurre preguntar si una persona de juicio puede mantener con verdadera convicción esas doctrinas; no nos atrevemos á responder, y dejamos que juzgue á los hombres Aquel que se reservó ese derecho.

Puede también preguntarse si tales resultados no bastan para hacer que la humanidad abra los ojos y conozca su situación. Cuando andaba errante en las tinieblas de su propia fantasía, únicamente ocupada en sí misma; cuando procuraba subir á las alturas, confiando en el resultado de su perspicacia, no fué posible disuadirla de que, siguiendo esa ruta, llegaría á términos mucho más hermosos que aquellos á donde conduce el sendero de la fe menospreciada. Ahora, llegó ya á la cumbre por que tanto suspiró, y ¿qué ve? ¿Qué conquistas ha hecho? No necesitamos decirlo nosotros mismos, podemos dejar que hable Shelley, (1) uno de sus más audaces representantes. «¡Buitres, que habéis fabricado vuestro nido sobre los techos del porvenir, mirad y ved esperanzas sobre esperanzas muertas! ¡Oh mundo, oh tiempo, oh vida, en cuyo último escalón estoy, me estremezco al considerar lo que dejo! ¿Volverá nunca el tiempo de vuestro esplendor? ¡Ah! ¡no! ¡Nunca jamás!»

Según todas las reglas de la prudencia, una sola cosa habría que hacer: retroceder lo más pronto posible y buscar de nuevo las antiguas vías que tan insensatamente fueron abandonadas. Pero el volver y la reparación hieren el orgullo humano. Aquí nos encontramos con un gravísimo inconveniente: el que se equivocó prefiere quedar tendido en la cumbre helada donde se halla y aguardar estúpidamente que llegue el momento en que aumentará el número de los cadáveres de esperanzas que allí yacen, y en que será presa de los buitres de desesperación que á bandadas se ciernen sobre él.

Así se explica fácilmente la disposición de espíritu en que están aquellos que dan el tono á nuestra civilización; se equivocaron de un modo funesto; engañaron al mundo,

(1) Shelley, *Gedichte* (Seybt), 348 y sig.

y, sin embargo, no quieren confesarse culpables. Es tal vez un poco duro, pero es justo el juicio de Liebmann al decir que el pesimismo es una mezcla de malestar y de orgullo, disgusto por no haber podido saciarse, y una tentativa para aplacar la conciencia indignada haciendo ostentación de arrepentimiento. (1) Por lo demás, se le puede llamar endurecimiento también y con más justicia.

En unos, respondiendo así á sus aptitudes más vigorosas, ó acaso también más groseras, toma el carácter de cólera impenitente, de disputa con todo lo que encuentran. En tal estado de ánimo se hallaba Shelley (2) cuando expresaba su menosprecio del mundo en estos poco nobles términos: «Semejantes á los perros que aullan viendo las nubes revueltas en confusa mezcla huir como fantasmas en el cielo iluminado por la luna, burlémosnos de las sombras de esta tierra».

La rabia de la sombría y dura desesperación que manifiesta Immermann en términos horribles es todavía más repulsiva, más espantosa, por no decir más infernal, pues dice: «¡Retírate, oh Dios, á tus profundidades; que sólo el diablo quede con nosotros! Mi vista penetra hasta el abismo del infierno. En un trono construído por los dolores, en una pradera de eternos tormentos, está el valeroso gigante, en torno suyo están los sombríos héroes, y el infierno entona á su rey un himno de alabanzas. El torrente de todos los males rodea aquellos magníficos dominios. Maldito sea el cielo; maldita la tierra; maldito cuanto se llama vida». (3)

Otras naturalezas más débiles expresan el mismo sentimiento de decepción con interminables quejas ó con un desfallecimiento impotente en la ruina que ellos mismos escogieron, conmoviéndonos casi más penosamente que la salvaje rabia del oso caído en el hoyo. Así acabó el desdichado Leopardi, que exhala el último aliento de su vida pronun-

(1) Liebmann, *Kant und die Epigonen*, 198.
(2) Shelley, *Gedichte* (Seybt), 285.
(3) Immermann, *Merlin* (Reclam), 22.

ciando estas palabras terribles: «Corazón fatigado, vas á descansar eternamente. Ha desaparecido la última ilusión; en otro tiempo se la creía bella y eterna, ahora está marchita y entregada á los caprichos del viento; con ella desapareció toda esperanza. ¡Descansa, pues, para siempre! Bastante fué tu agitación: ¿Hay algo que merezca tus anhelos? ¿Es digno siquiera de un suspiro este mundo corrompido, en que el desierto es el camino del viajero, y en que hasta las delicias son desgracia? Queda, pues, en paz; desesperación, será tu última palabra, como putrefacción es también la última palabra del destino. Despréciate á ti, á la naturaleza y al poder que reina en sombría noche con general perjuicio; porque todo es vanidad». (1)

Con esas palabras llega á los últimos límites de lo posible la evolución de las doctrinas humanistas. Todos pueden ver á donde conduce una ruta que se sigue hasta el fin; las desdichadas víctimas que hizo lo vieron demasiado tarde; pero demasiado tarde, porque no querían retroceder.

Estas dolorosas pérdidas fueron, sin embargo, para la humanidad de algún provecho, pudiendo aprender en ellas á donde conduce inevitablemente esa falsa manera de pensar y esa tendencia de la vida. No se puede expresar esto mejor que lo hace el poeta, no sospechoso ciertamente de haber hablado así por convicción religiosa ó por prejuicios morales: «Llegará un día en que la tierra y el disco de la luna rodarán en el éter como abrasadas escorias cuando las haya consumido el rayo del juicio final. Como fúnebre himno junto á una tumba abierta, se elevará de las estrellas un canto; para la tierra que temblará será una maldición horrible la armonía de los astros, será una grave exhortación».

«Todo quedará mudo: si algún sonido intentara cantar la belleza perdida, acompañaría sus vibraciones la burla del infierno, y como cortante acero taladraría el corazón abandonado de Dios, que lo escuchara. Así, desgraciada

(1) Leopardi, *Cantici e poesie scelte* (Parigi, 1841), 143.

siempre, y para siempre lejos de la belleza eterna, continuará girando la tierra ansiosa, extinguida estrella, pronto olvidada en el eterno espíritu, desconocida y rechazada, oh naturaleza, de tu seno maternal».

«Como el buitre ó el cuervo se ciernen solitarios sobre el negro y fangoso lago del bosque; así, cuando se haya secado la fuente de amor, rondará sobre los pantanos la cólera de sombrías alas. Y como las bramadoras tempestades nacen en la cumbre de las montañas, mientras permanece mudo y quieto el bosque, y únicamente las nubes se mueven en el oscuro cielo, también la tierra, esperando el juicio final, quedará suspendida al borde de la nada, muda de horror». (1)

(1) Hamerling, *Schwanenlied der Romantik* (1), n. 20, p. 23 y sig.

CUARTA PARTE

LA VUELTA DEL HUMANISMO Á LA HUMANIDAD

CONFERENCIA XIX

EL GOBIERNO DE DIOS EN EL MUNDO

1. Las quejas contra la Providencia Divina.—Su falta de sinceridad es el peor reproche que puede hacerse á la falsa doctrina acerca de la humanidad; no quiere, dice, obrar como enemiga de Dios, sino tan sólo prescindir de él por completo. ¡Si á lo menos, no diremos que pudiera, sino que quisiera hacer eso en realidad y seriamente! Pero sólo prescinde de Dios cuando puede entenderse con el hombre y con la naturaleza; después, tan pronto como se manifiestan las tristes consecuencias de la separación de Dios, querría que viniese inmediatamente Dios á reparar lo que hubiese alterado y arruinado la locura humana; y si no cede á esos deseos impacientes y á esa cortedad de miras, llenan los aires con las censuras y las maldiciones lanzadas contra él.

Cuando el hombre, cuya fuerza es precisamente la indispensable para conseguir su propia pérdida, puede rebelarse contra Dios, no quiere ni que le hablen de él; pero cuando siente agotados su arte y sabiduría, entonces debe mostrar Dios lo que puede hacer. Se considera el pecado como un derecho humano inamisible, la reparación como un deber de parte de Dios. El hombre no quiere reco-

siempre, y para siempre lejos de la belleza eterna, continuará girando la tierra ansiosa, extinguida estrella, pronto olvidada en el eterno espíritu, desconocida y rechazada, oh naturaleza, de tu seno maternal».

«Como el buitre ó el cuervo se ciernen solitarios sobre el negro y fangoso lago del bosque; así, cuando se haya secado la fuente de amor, rondará sobre los pantanos la cólera de sombrías alas. Y como las bramadoras tempestades nacen en la cumbre de las montañas, mientras permanece mudo y quieto el bosque, y únicamente las nubes se mueven en el oscuro cielo, también la tierra, esperando el juicio final, quedará suspendida al borde de la nada, muda de horror». [1]

(1) Hamerling, *Schwanenlied der Romantik* (1), n. 20, p. 23 y sig.

CUARTA PARTE

LA VUELTA DEL HUMANISMO Á LA HUMANIDAD

CONFERENCIA XIX

EL GOBIERNO DE DIOS EN EL MUNDO

1. Las quejas contra la Providencia Divina.—Su falta de sinceridad es el peor reproche que puede hacerse á la falsa doctrina acerca de la humanidad; no quiere, dice, obrar como enemiga de Dios, sino tan sólo prescindir de él por completo. ¡Si á lo menos, no diremos que pudiera, sino que quisiera hacer eso en realidad y seriamente! Pero sólo prescinde de Dios cuando puede entenderse con el hombre y con la naturaleza; después, tan pronto como se manifiestan las tristes consecuencias de la separación de Dios, querría que viniese inmediatamente Dios á reparar lo que hubiese alterado y arruinado la locura humana; y si no cede á esos deseos impacientes y á esa cortedad de miras, llenan los aires con las censuras y las maldiciones lanzadas contra él.

Cuando el hombre, cuya fuerza es precisamente la indispensable para conseguir su propia pérdida, puede rebelarse contra Dios, no quiere ni que le hablen de él; pero cuando siente agotados su arte y sabiduría, entonces debe mostrar Dios lo que puede hacer. Se considera el pecado como un derecho humano inamisible, la reparación como un deber de parte de Dios. El hombre no quiere reco-

nocer á Dios como Señor suyo; pero encontraría bien tenerle á su servicio como auxiliar, por no decir para que expíe las faltas por el mismo hombre cometidas.

De esa malicia del corazón humano, que gusta de achacar á Dios la falta más bien que á sí mismo, (1) procede la antiquísima cuestión, que probablemente no desaparecerá mientras los hombres existan, de porqué la mayor parte de las veces parecen felices los malos y se ceba en los buenos la desgracia. Ya el viejo Teognis la planteó en estos sencillos términos: «¡Oh Júpiter! Confesar debo que me pareces muy extraño. Tienes en tus manos el poder; prevés con toda anticipación lo que en el corazón pasa mucho antes que cualquiera realice el mal; podrías impedir que la violencia abata al débil, y, sin embargo, no te apena que el bueno y el malo sean igualmente recompensados, y hasta que la mayor parte de las veces viva rico y honrado el perverso. Muéstrase éste arrogante y vive en la dicha; el otro, lleno de modestia, en todo fracasa. Verdaderamente, si se considera su suerte aquí abajo, difícil es decir cuál de estos dos hombres es más acepto al cielo». (2)

No todos hablan con tanta ingenuidad como este poeta; muchos llegan hasta á decir con Epicuro y Ennio que no hay Providencia, que Dios no nos atiende ni se inquieta por nosotros. (3) Ni tampoco faltan quienes cometan crímenes aún peores y blasfemen con el poeta moderno en los términos siguientes: «¡No, no hay Dios; por su propio honor quiero creerlo. Si hubiese Dios, no habría fratricidios. En cuanto á mí, creo que existen osos, que es venenosa la serpiente de cascabel; pero no creo en la existencia de Dios». (4)

Los más audaces llegan á la consecuencia de que poco importa vivir mal ó como hombre de bien. Es inútil, dijo ya el profeta para manifestar como hablan aquellos, ser-

(1) S. Agustín, *Ps.* 74, 4, 9.
(2) Theognis, 373 y sig. (149 y sig.).
(3) Cicerón, *Divin.*, 2, 50.
(4) Grabbe, *Herzog vom Gothland*, 3, 1.

vir á Dios y hacerse amarga la vida observando sus preceptos. Únicamente los soberbios son felices. (1)

Y no son únicamente los malos quienes desvarían con esos pensamientos; pues hay personas, hasta excelentes, que experimentan la misma tentación, gracias á la miopía humana. (2) En esto encuentra vasto campo la antigua enfermedad del hombre, la manía de blasfemar. ¿Para qué —Dios nos perdone estas expresiones que son el lenguaje de los hombres—Dios existe? ¿Por qué no impide los pecados? ¿Por qué á lo menos no preserva á los buenos del contagio? ¿Por qué permite que el mal se presente revestido de tantos atractivos? El pecado tiene en sí cuanto puede atraernos, el bien, en su gravedad sombría, apenas tiene un solo color brillante de los que en aquél resplandecen. ¿Por qué dispone Dios las cosas de modo que la virtud sea tan difícil? ¿Por qué la persecución y la vergüenza son en todas partes la recompensa del hombre de bien y en cambio los malvados son honrados y temidos? ¿No está dispuesto así eso para hacer á la virtud antipática? ¿Por qué Dios no protege mejor su propia obra? ¡Cuánto más bello aspecto presentaría el mundo, si el mal fuera suprimido en su origen, si fuese más favorecido el bien! ¿Por qué deja Dios destruir tan criminalmente lo bueno; Él á quien únicamente el bien puede agradar? ¿Abandonó acaso el gobierno del mundo? ¿Desamparó á los hombres en castigo de que ellos mismos le hayan dejado á Él?

2. Tan deficiente como es en el mundo lo bello digno de Dios, tan abundante es lo feo.—Son ciertamente profundos y graves los pensamientos suscitados por aquellos escrúpulos para que pudiéremos dejarlos á un lado.

Dios es la belleza eterna, y únicamente lo que de Él procede como reflejo de su primitiva belleza, puede ser llamado bello. Sólo merece el nombre de belleza lo que percibi-

(1) Mal., III, 14 y sig.
(2) Psal., XXVI, 1 y sig., LXII, 2 y sig. Jerem., XII, 1 y sig. Job, XXI, 7 y sig. Hab., I, 13. Boetius, *Consol.*, 4, pr. 1. Platón, *Rep.*, 2, p. 364, b.

mos por los sentidos cuando es un reflejo de la belleza espiritual; lo que á la mañana brilla sobre la cumbre de los montes sólo es bello porque anuncia la belleza completa que debe aparecer más tarde; porque si Dios es belleza, y si toda belleza es un reflejo de Dios, lo que hiere nuestros sentidos no es belleza, sino que ésta debe nacer en el espíritu como una de sus propiedades. (1)

Pero así como Dios es la belleza eterna, al mismo tiempo que la verdad y la belleza supremas, así lo bello es también lo verdadero y lo bueno. (2) Lo que no es verdadero no es bello. (3) Sólo en cuanto una cosa es verdadera y buena, puede con justicia llamarse bella. (4) Cometería un grave error quien quisiera separar esas cosas; donde no hay verdad ni virtud, puede haber atractivo y hasta encanto, pero no habrá nunca belleza. (5) Como la belleza del cuerpo es inseparable de su salud, tampoco hay belleza sin verdad y sin virtud. (6) Y no puede darse el nombre de bello á cualquier cosa, sino únicamente á la virtud completa, porque la belleza es la flor de la bondad, la plenitud y la perfección del bien. (7)

Por eso lo contrario del bien, el mal, tal como los hombres lo conciben, es inseparable de lo feo. Lo que distingue al hombre del animal es la facultad de obrar racionalmente y practicar actos de virtud; pero si reniega de esto, si decae desde el punto de vista moral, por el pecado, de suerte que no comprenda su honor, y si en vez de parecerse á Dios, prefiere, como el animal, entregarse á sus instintos y pasiones, (8) nunca se convertirá en animal, es

(1) Máximo Tyr., *Diss.*, 17, 11; 27, 8; 25 2.
(2) Platón, *Philebus*, 40, p. 65, a. Sto. Tomás, 2, 2, q. 145; 1, q. 5, a. 4 ad 1; 1, 2, q. 27, a. 1 ad 3.
(3) Platón, *Leg.*, 9, 5, p. 859, c. y sig. *Alcib.*, 1, 11, p. 115, a. y sig.
(4) Platón, *Conviv.*, 21, p. 201, c: 24, p. 204, e. y sig. *Republ.*, 3, 11, p. 400, d. y sig.: *Gorgias*, 30, p. 473, d. y sig.
(5) Platón, *Leges*, 2, 2, p. 655, c. y sig.
(6) Cicerón, *Offic.*, 1, 27, 95.
(7) Máximo Tyr., *loc. cit.*, 252.
(8) Psal., XLVIII, 13, 31. Basil., *in ps.* 48, n. 11, Crisóst., *in ps.* 48, 1; *in Philipp. hom.*, 7, 6.

cierto, pero será algo peor y más repulsivo que un animal cualquiera.

Vemos, pues, en cada pecador la encarnación de lo feo, una deformidad compuesta de un cuerpo humano y de una alma humana, y, con todo esto, los instintos y los actos de un animal. No son los cristianos los primeros que profesaron esta opinión; siempre los poetas y los pensadores de todos los pueblos agotaron su imaginación para representar el pecado con los caracteres más horribles. (1) Pero ¡cuán lejos de la realidad quedaron! ¿Qué es una serpiente en comparación del malestar que os causa la consideración de las perfidias humanas? ¿Qué es el tigre comparado con la crueldad de tantos hombres? ¿Acaso igualan en fealdad á los caracteres que nos describen Teofrasto ó las biografías de los emperadores romanos los animales que se arrastran en la oscuridad ó las salvajes fieras del desierto? Encontramos á veces hombres que con una sola mirada nos producen angustioso temor, y cuyo solo aspecto nos desagrada; tales se retratan en ellos la perfidia y la codicia. ¡Qué desfigurada por la cólera aparece á veces una fisonomía noble! ¡Qué sentimiento de tristeza nos invade cuando tenemos ante nuestra vista un hermoso niño, é involuntariamente advertimos que un exterior floreciente encubre la podredumbre del pecado!

Examinando el mundo tal cual es, no podemos extrañarnos de que cualquiera experimente profunda tristeza. En todas partes se advierte desde luego lo feo. El bien se cubre con el velo de la timidez, y casi siempre con razón, porque ¿dónde podría presentarse como bello sin tacha? ¿Dónde están las obras de Dios? ¿En qué se convertirán sus planes? El mal triunfa, el bien sucumbe, la virtud misma es difícil de encontrar en una pureza sin mezcla. ¿No tienen derecho de quejarse quienes creen que Dios se retiró

(1) Cebetis, *Tab.*, 23. Platón, *Rep.*, 9, 12, p. 589, d. y sig. Ovid., *Met.*, 15, 167 y sig. Séneca, *Clem.*, 1, 26, 3, 4. Epictet., 1, 3, 7. Clem. Al., *Protr.*, 1, 4. Boetius, *Consol.*, 4, prosa 3. Bernard., *Cant.*, 82, 5, 6. Hettinger, *Gœttl. Komœdie*, (1) 82 y sig.

del mundo abandonándolo á los malos? ¿No está en todas partes destruída la belleza de las obras de Dios en cuya alabanza tanto nos complacemos?

3. El mal no es una perturbación de la belleza general, porque está comprendido en los planes de Dios. —Guardémonos de perder la serenidad ante aquellas preguntas; recordemos las consideraciones que en otra ocasión hemos hecho [1] y sepamos que el secreto de la belleza se encuentra en el orden, y que la armonía, la proporción, la medida, la solicitud y el empleo de los verdaderos medios son sus condiciones fundamentales.

Si el mundo realizara los designios que Dios ha querido ejecutar en él, no carecería de belleza. Cuando cada criatura cumple su fin en el lugar qne le fué designado, cuando todos, según sus condiciones y sus fuerzas, cooperan á ese fin; cuando, en una palabra, el orden reina en la sociedad y en el individuo, queda á salvo la belleza de las obras de Dios.

Pero lo cierto es que Dios no creó el mundo sino para realizar en él sus propios designios de amor, de justicia, de belleza y de orden.

Si, no obstante eso, puso en él seres que tienen el terrible poder de sublevarse contra su voluntad, eso prueba tan sólo su omnipotencia y su confianza en sí mismo. Quien nada ha de temer encomendando la ejecución de sus designios, no sólo á agentes sin independencia, sino á hombres libres capaces de resistirle, debe tener clara conciencia de su poder invencible. Luego la prueba más evidente de la omnipotencia de Dios consiste en que deja á la voluntad libre de la criatura el poder de sublevarse contra sus proyectos. Sólo puede hacer eso quien es bastante poderoso para convertir hasta el mal en bien y servirse de las contrariedades para llegar á sus fines. [2]

Nosotros, hombres de cortos alcances, débiles, impacientes, que perdemos el valor y la esperanza cuando desordenan nuestros proyectos, nos creemos en el caso de reac-

(1) V. *Vol.* II, *Conf.* XXII.
(2) S. Agustín, *Enchiridion*, 3, 11; 26, 100.

cionar con todas nuestras fuerzas tan pronto como el más insignificante negocio está amenazado de la más pequeña alteración, debiendo conservar la calma y la paciencia que son para nosotros un derecho y un deber, tratándose de cosas que nos competan; pues si cada cual ha de realizar solamente una tarea aislada, que sirve para un fin general, debe, por todos los medios que estén á su alcance, procurar que desaparezcan las trabas que se opongan al libre ejercicio de su actividad.

Debería por lo tanto comprenderse la paciencia divina respecto á los malos, aunque no podamos imitarla; procede nuestra impaciencia de que sólo vemos á corta distancia de nosotros; pero Dios ve infinitamente lejos y se propone fines infinitamente grandes. La paciencia de Dios se deriva de su inmensidad, y prueba que su mirada y sus cuidados paternales lo abarcan todo, todos los hombres, todos los espacios, todos los tiempos. Quien tiene poder para realzar, mediante ellos, la armonía del todo, puede muy bien tolerar algunos desórdenes. [1] Por consiguiente, prueba de la sabiduría y de la ilimitación de Dios es que, teniendo poder para impedir todo desorden, permite, sin embargo, en muchos casos la devastación de sus obras; pues lo permite solamente para que la belleza y la bondad del conjunto puedan ser apreciadas fácilmente. [2]

Por manera, que eso mismo de que el hombre en su ceguedad se vale gustoso para atacar la Providencia Divina, constituye precisamente una de las pruebas más fuertes en su favor. Esos grandes espíritus que frecuentemente hablan contra ella con tan mezquinos razonamientos son absolutamente lo mismo que la torpe chiquilla enviada por su madre á buscar leche. Quiere la niña mostrarse hábil y recibir parabienes á su regreso; lleva el cántaro de leche como si anduviese sobre hielo, y no lo pierde de vista; es necesario no verter una gota. Llega á casa, y de súbito salta el perro á su delantal jugueteando; la pobre niña,

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 22, a. 2 ad 2.
(2) Sto. Tomás, *Contra Gent.*, 3, 71, 6.

que, naturalmente, no estaba preparada para esa acometida, deja caer el cántaro y llega sin aliento á su madre, que no encuentra consuelo para ella. Así es el hombre; la cosa más insignificante que de improviso le ocurra basta para hacerle perder la cabeza. ¡Cómo si aquello no sólo hubiese turbado su corta inteligencia, sino también el pensamiento de Dios! ¡Cómo si viniese también de un modo imprevisto para Aquel que todo lo dirige!

Pero los pensamientos de Dios no son los nuestros, ni sus vías nuestras vías. Tanto como dista el cielo de la tierra, tanto exceden á los nuestros. (1) El mal, cuando llega, nos proclama su eternidad y su omnisciencia; tiene bastante poder para hacerlo imposible; pero lo permite, porque, para él, no es un incidente el pecado, ni una interrupción de sus miras.

El mal entra igualmente en los cálculos de su providencia, (1) y aquellos datan de la eternidad. Todo es dirigido conforme á un plan eterno, una alianza eterna, una sabiduría eterna. «Te amé con eterno amor, nos dice la Providencia, y te atraje á mí por la compasión que te tuve». (2) «En tiempo de mi cólera, aparté mi rostro de ti por un momento; pero te miré después con una compasión que no acabará nunca. No temas nada; no serás confundido». Así habla el Señor.

4. La voluntad de Dios se cumplirá en todo tiempo.—Luego, ni la bondad de Dios, ni su omnipotencia son amenguadas cuando permite el mal. El pecado más bien sirve para demostrar su propia impotencia ante los proyectos divinos y la majestad de Dios en todo su brillo. Su voluntad se cumple siempre. (3) ¿Quién podrá impedir lo que el Señor decidió? (4) Su determinación es firme y su voluntad se cumplirá del todo. (5)

(1) Is., LV, 8, 9.
(2) Bânez, 1, q. 22, a. 2. Silvio, *ib.* Escio, 1, d. 39, § 9.
(3) Jerem., XXXI, 3.
(4) Is., LIV, 8, 7, 4.
(5) Sto. Tomás, 1, 9, 19, a. 6.
(6) Is., XIV, 27.—(7) Is., XLVI, 10.

Sin duda que no es su voluntad de amor lo que se ejecuta. Si se tratara de Dios, la voluntad de su misericordia y de su gracia se cumpliría siempre en nosotros. Falta nuestra es si sus pensamientos de dulzura se convierten á menudo en medidas severas, si su voluntad está en nuestro camino como justicia inevitable. Ya coja el niño caído en tierra la mano de su padre que quiere levantarle, ó ya la rechace, y entonces comprenderá su impotencia, el padre, en todo caso, consigue su propósito, y el niño vió que no podía salir del paso por sí mismo, que dependía de su padre. Si en el último caso no conoció que el padre es su apoyo, sino que cree poder pasar sin él, suya será la culpa.

Cuando en su orgullo insensato se alabe el pecador de haber puesto trabas á los designios divinos, verá que no ha hecho más que favorecer el último fin que Dios se propone: lo que impidió fueron las bendiciones que el Señor quería enviarle; y si no comprende que él sólo pierde al proceder así, que comprenda por lo menos que nada ha destruído ni quitado nada á Dios. En tanto que Dios sea lo que es, y exista una justicia y una inmutable voluntad de Dios, como existirán eternamente, sus designios se cumplirán; lo prueban miles de veces la experiencia de cada hombre y los acontecimientos de la historia universal.

5. La justicia vengadora de Dios es la prueba de que, no obstante el pecado, Dios ni dejó el mundo entregado á sí mismo ni le abandonó.—Pero la prueba principal es la justicia con que Dios castiga y contra la que tanto se clama; únicamente la propia injusticia puede inspirar al pecador la idea de quejarse del castigo.

Es cierto que, como se puede comprender, fué en todo tiempo piedra de escándalo la doctrina de un Dios vengador; especialmente en nuestros días, desde que los librepensadores inventaron un buen Dios acomodaticio en vez de una justicia eterna, se dice que la idea de un castigo divino es un antropomorfismo velado por expresiones filosóficas y místicas, que atribuyen á Dios uno de los peores

vicios del hombre, la venganza. ¿Cómo en este caso, dice Pfleiderer con extraño sentimiento de piedad, puede exigirse al hombre que no vuelva mal por mal? ¿Cómo puede presentarse á ese Dios como prototipo de moralidad». [1]

Pero ¿desde cuándo se da el nombre de venganza á los actos con que el príncipe impide á sus subordinados cometer impunemente crímenes, y á los criminales maltratar á los hombres de bien? ¿Quién, pues, será un modelo de moral, el que vigila por la justicia, empleando la bondad cuando es posible, y, cuando no basta, la severidad, la energía, la inflexibilidad, ó un panegirista de la virtud como Marco Aurelio, el estoico imperial, que escribe libros acerca de la justicia, sin perjuicio de pisotearlos como padre y como príncipe, sea porque no les da importancia alguna, sea porque no quiere perder su tranquilidad y el aura popular?

¿De quién procede el castigo? Seguramente no de Dios, que jamás causa la pérdida de nadie, sino más bien del pecador. Esta es la causa de su mismo mal; Dios no hace más que abandonarle á las consecuencias de sus propios actos. [2] En el orden moral, nadie sufre más perjuicio que el que á sí propio se causa. [3] El malvado queda ligado con los lazos de sus propios crímenes. [4]

Con esto no queremos decir como Scot Erígena, [5] que sea únicamente el hombre quien ejecute su propio castigo, y no Dios en el pecador. Dios espera sin duda largo tiempo, porque no es la venganza, sino el amor quien le guía cuando castiga, [6] y con frecuencia lo difiere tanto, que la audacia y la maldad del hombre se aprovechan de ello para disputarle la sanción; pero al fin aplica el castigo, como que es la verdad y la justicia. Únicamente la injusticia puede pretender que Dios no la castigue, que se haga se-

(1) Pfleiderer, *Die religion*, I, 327 y sig.
(2) S. Agustín, *In ps.* 5, *en.* 10; *In ps.* 17, *en.* 26.
(3) Crisóstom., *In Matth. hom.*, 22 (23), 5; h. 51 (52), 6.
(4) Prov., V, 22.
(5) Erigena, *Prædest.*, 16, 1 y sig.
(6) Véase á cerca de esto á Plutarco, *De sera numinis vindicta*, 5.

mejante á ella, que sea también injusto, en una palabra, que deje de ser Dios: [1] de no haber castigo para el mal, no habría un Dios justo, y si no hay Dios justo, no hay un Dios.

Además, donde no hay castigo para el desorden, está arruinado todo orden, y la vida es peor que en el infierno. En éste, al menos, no son los buenos atormentados por los malos, ni tienen estos ilimitada libertad. Lo horrible del infierno es que todo orden del bien está destruído [2] y que, no obstante, existe allí un orden, sin lo cual no sería posible el infierno; y es el orden en el castigo. En la tierra, si Dios no procediese como vengador, aquel orden también faltaría, pues el castigo no es otra cosa que el orden. Si la fealdad del pecado consiste en que perturba las vías de Dios, debe suprimirse eso, bien por un retorno voluntario, ó por forzada sumisión al orden violado. [3]

Así, la justicia vengadora de Dios no es más que la restauración de sus designios y de la belleza del mundo, turbada por el pecado. Dios no permite que sea destruída su obra, y si todo el mundo la abandona, él no la abandonará nunca mientras el hombre y la humanidad sean dignos y capaces de una tentativa de salvación. El castigo es, por lo tanto, precisamente una prueba de que Dios no se ha perdido, ni abandonó el mundo á consecuencia del pecado.

6. Concordancia entre la felicidad del hombre y el honor de Dios: los castigos que envía son para bien del mundo.—Pero, como dice la Sagrada Escritura, las vías de Dios son la misericordia y la verdad unidas en asociación inseparable. [4] El pecador que en frente de Dios quisiera probar su fuerza, sin que debiese aquél hacer uso de la suya, se complace en la idea de que, cuando Dios castiga, lo hace únicamente para mostrar su poder, tanto si

(1) Petr. Blesens *Sermo* 11 *de Quadrages.*
(2) Job., X, do.
(3) S. Agustín, *De agon. Christ.*, 7; *De libr. arbit.*, 3, 15, 44; *De musica;* 6, 14, 46; *Ep.*, 140, 2, 4.
(4) *Psalm.* XXIV, 10.

nos conviene como si no. Pero este concepto no sólo es pérfido hasta la impiedad, sino absolutamente falso; como que separa atributos de Dios inseparablemente unidos, su amor y su justicia, [1] llegando hasta poner en oposición el uno con el otro; lo que equivaldría á la destrucción y disolución de la esencia divina; sería atribuir á Dios la contradicción que el pecado ha producido en el hombre.

Cuando Dios creó á los hombres, unió—nos expresamos á la manera humana—íntimamente su suerte con la nuestra. Á la pregunta de por qué vivimos, se nos responde siempre diciendo unas veces que para promover el honor de Dios, y otras que para encontrar nuestra felicidad. Son ciertas las dos cosas, y verdaderamente una misma. Dios unió estrechamente el fin que se propuso al crearnos y el fin que nos determinó; no quiere de nosotros un honor que no nos haga felices á la vez que le glorifique, y jamás encontraremos nuestra felicidad fuera de la glorificación de Dios. Confiando su honor á nuestra libertad, unió al mismo tiempo nuestra felicidad á su honor; y precisamente lo que se llama orden moral del mundo es aquella unión de nuestra actividad con la voluntad divina. [2]

Consecuencia de esto es que toda perturbación en los designios de Dios introduce la confusión en el mundo y perjudica nuestra propia felicidad; luego si Dios debe hacer seriamente que prevalezca su poder supremo contra la necia presunción de las criaturas, salva con eso su propio honor, pero también la bondad del todo, inclusa la ventaja de los pecadores si son corregibles. La severidad de Dios es la salvación del mundo, porque su justicia es su amor, su cólera, auxilio misericordioso, su castigo, acto de sabiduría para salvar el perturbado orden del mundo de las consecuencias naturales de la humana locura.

7. Lo trágico en el Humanismo.—Ese pensamiento sublime, en que se funda la esperanza de ser libertado del pecado, desapareció del mundo, como castigo de su persistencia en separarse de Dios. Así lo vemos en la tragedia antigua; no hay duda en que la salvaguardia del orden moral en el mundo fué el pensamiento fundamental de la tragedia; pero la realización de esa idea fué siempre defectuosa en aquella época. La tragedia debe representar la lucha que el hombre ha de sostener para encontrar la justa relación con los designios de Dios. Fácilmente se comprenderá que el Humanismo no pudo jamás llevar á cabo esa empresa, y esto por dos motivos. Le falta desde luego el exacto concepto de la libertad humana. Entre los antiguos nadie podía considerarse á sí mismo ó considerar á los demás como interiormente libres, es decir, como personalidades autónomas, como centros de una actividad moral propia. El derecho y hasta la obligación de prescindir de la opinión pública y de la tradición, obrando únicamente por convicción de la propia conciencia, les parecía alta traición al Estado y al bien común; pero si en este concepto restringían la voluntad humana, le atribuían en cambio más por otro lado, reconociéndole, respecto á la voluntad divina, una independencia completa, ó cuando menos un derecho de resistencia ilimitado.

(1) Sto. Tomás, 1, q. 21, a. 4.
(2) Sto. Tomás, 1, q. 21, a. 4.

De igual manera les faltaba, en segundo lugar, la verdadera idea de la naturaleza y de la voluntad divinas; ó bien negaban á Dios la justicia completa, ó bien le reconocían una justicia obrando por influencia de la envidia ó de la pérfida venganza, una justicia amarga, implacable, que no conoce límites en el castigo y excede á la gravedad de la falta cometida. En resumen, cuando admitían en Dios la justicia, no teniendo un Dios santo, no era tampoco santa la justicia; ni podían siquiera concebir una cooperación ó una caritativa unión entre los actos humanos y la voluntad divina.

Por eso era inevitable que fuese tan exclusiva como lo era la idea que tenían de lo trágico; ó bien lo encuentran en la lucha de la debilidad atrevida—indudablemente reconocían también que el pecado era debilidad, y no ejercicio de la voluntad libre,—es decir, la lucha de un rebelde im-

potente contra la necesidad del inflexible destino, ó bien lo ponen en la completa derrota de la insignificancia humana por una fuerza superior que, en su rabia, la destruye sin consideración y sin piedad. Los héroes de su tragedia se defienden como furiosos, ya contra el orden moral del mundo, ya contra el castigo merecido del cual procuran que participe el mayor número posible de compañeros. Después, como quien se suicida, perecen víctimas del destino, de cuya justicia no pueden convencerse, y al que sólo pueden oponer una arrogancia inflexible. Pero la antigüedad no podía, ni todavía puede hoy el Humanismo, representar la vida humana y la historia universal de otro modo que en contradicción con el orden del mundo, por no decir con una furia animal, en que pretenden hallar la fuerza del hombre.

Esto explica por qué los soberbios dramas de Esquilo y hasta los de Sófocles, aunque provocan nuestra admiración, no nos satisfacen por completo. Hemos dicho ya por qué las obras de los autores modernos, formados en la escuela de los antiguos, dejan en nosotros un sentimiento de disgusto aún más triste. [1] Jamás debe buscarse el último límite del progreso humano en la rebelión contra Dios, y en su consecuencia necesaria, el aniquilamiento completo de la criatura; pero es el único desenlace que la antigüedad y el Humanismo conocen, hasta el punto de que no sabría el mundo concebir lo trágico de otro modo.

Así se explica por qué la Edad Media cristiana, que también consagró su atención á este asunto, parece haber considerado casi con desconfianza el nombre de trágico. [2] Si todos, pensaba el Dante, ven lo trágico en que la humanidad pecadora se separe de Dios, le ultraje durante algún tiempo, y sea por fin abandonada por él á su propia miseria, de que es causante ella misma, en el abismo donde se arrojó; entonces prefiero evitar hasta el nombre de tragedia. Por eso llamó comedia á su grandiosa epopeya,

(1) V. *supra. Conf.* XIV.
(2) Juan Saresberiensis, *Polycraticus*, 3, 8.

porque veía con su penetrante mirada que no son únicamente los buenos, sino también los malos, quienes al término de la vida secundan y facilitan los designios de Dios. La sabiduría de Dios triunfa siempre de toda malicia, y su poder de toda rebelión. Aunque miles de años griten con acuerdo unánime: «¡Rechacemos su yugo!», no impide eso que las palabras: «El que está en el cielo se burla de ellos», [1] sean eternamente verdaderas.

Por eso no podemos censurar al poeta si llamó comedia á su obra inmortal; sin embargo, su fin y su contenido son demasiado serios y sublimes para aquel título; habría bastado que la llamase tragedia para dejar resuelta la cuestión que surgió algunos siglos después de él, y que todavía dura, pues no ha sido resuelta aún, respecto al verdadero concepto de lo trágico.

8. En el Cristianismo.—Desde el tiempo de Shakespeare, los poetas y los autores de artes poéticas han sentido y sienten la necesidad de encontrar un concepto más profundo de lo trágico, y aquí también vemos la impotencia de la civilización separada del Cristianismo. ¡Por cuánto tiempo y cuántas veces pensadores ilustres y poetas de talento trataron sin resultado alguno de resolver esta cuestión! ¡Y, sin embargo, qué fácil es, si se acepta sin restricciones y seriamente el pensamiento cristiano! Donde, como en el paganismo, señorea á la humanidad, y aun á la divinidad misma más ó menos impotente, un hado rígido, impersonal, puede intrincarse el nudo, y cortarse, pero no podrá ser deshecho de un modo natural.

Otra cosa ocurre cuando un solo legislador, omnipotente director del Universo, juez incorruptible, al propio tiempo que la misericordia misma, es el remunerador y, en una sola persona, padre también, modelo de santidad y auxiliador para alcanzar la perfección.

Por otra parte sabemos que el hombre es un ser libre, responsable de todos sus actos, y capaz, no obstante las influencias terrenales, á veces muy apremiantes, de deter-

(1) Psalm. II, 4.

minarse por el bien ó por el mal. Una de las principales conquistas, que mediante el Cristianismo hemos hecho y en que aventajamos á la antigüedad, es haber aprendido á considerar cada disonancia en nuestra vida moral y cada castigo como justa consecuencia de nuestra culpable separación de la voluntad divina; y, por el contrario, considerar que nuestra dignidad y nuestra perfección, nuestra libertad y felicidad, la realización de nuestro fin, el perfeccionamiento de la humanidad, dependen de que procuremos el honor de Dios y de estar libre y amorosamente unidos al orden divino.

Conocido todo eso, el concepto de lo trágico fué ya mucho más vasto y sublime que podía serlo en la antigüedad. En aquella época, lo más grandioso que el espíritu humano podía concebir era una lucha entre Dios y el hombre. La sumisión á Dios se dejaba cuando más á los necios ó á los débiles; los mejores no podían representarse las relaciones entre la divinidad y los hombres de valer más que como una guerra á muerte; y así como era inevitable la lucha, así también el resultado no podía ser otro que el rendirse en absoluto ó el exterminio. Verdaderamente es un modo terrible de concebir la vida, digna del Humanismo y de las ideas paganas.

¡Cuán diferente se presenta el mundo á la luz del Evangelio! Á la desunión irreconciliable sustituyó la posibilidad de un acuerdo; en vez de una lucha desesperada y del aniquilamiento inevitable, hemos conseguido la esperanza de vencer. Verdad es que la lucha quedará siendo después como antes el nudo del pensamiento trágico; pero ¡cómo cambió la naturaleza de aquella lucha! En el gentilismo, la lucha contra el orden del mundo se consideraba casi como un derecho sagrado de la humanidad. ¡Pensamiento horrible, concebir al hombre según la naturaleza y el derecho como un rebelde contra Dios! Pero más horrible aun es que el hombre crea deber rebelarse teniendo conciencia clara de su impotencia, que hace inevitable la derrota. Así la historia universal se convierte en lucha de temeridad

insensata en que el hombre, «excitado hasta la desesperación por la audacia, dirige sus esfuerzos á la destrucción y el aniquilamiento como si aquéllos fuesen el único objeto de su vida». [1] En el Cristianismo, por el contrario, la historia de la humanidad aparece también como una guerra, es verdad; pero una guerra de esclavos se convierte en una guerra santa, la rebelión se convierte en cruzada. No se trata ya de una guerra contra Dios y su santa ley, sino contra el mal y en defensa del orden divino; combate en que el espíritu, eligiendo libremente, en vez de ser un rebelde, se alista como soldado de Dios y compañero de armas del Eterno.

Siempre será, pues, de esencia en la tragedia la lucha del mal con el bien; el mundo del mal haciendo la guerra al mundo moral. Pero ¿quién nos dice que debemos ser eternamente hostiles á Dios? ¿Deben acabar en disonancia el mundo y la vida que empezaron en disonancia también? ¿Consistirá la belleza en que lo feo triunfe y reine en el mundo? ¿Por qué, pues, lo bello trágico debe sólo constituir, como se dice de continuo, la prueba de la nulidad del mundo contra el orden cósmico por Dios establecido?

Conocemos algo que es mejor, gracias á Dios. El mundo y los hombres no han de ser siempre menospreciados, pues muy bien pueden existir honrosamente. El orden moral quedará en todo caso garantido, y siempre terminará la historia de un modo satisfactorio. Ya se sujete el hombre á la benigna providencia de Dios, ya sucumba á la justicia divina ultrajada, siempre acabarán por triunfar la verdad, el derecho, la belleza. Pero ¡qué honor para el hombre si al servicio del Señor mantiene la lucha contra el horrible monstruo que se llama poder del pecado! No lucha como un recluta alistado por fuerza; no sirve como un mercenario por su paga; no se precipita cual aventurero en empresas que no le conciernen; podría, si quisiera, pasarse al enemigo. Pero ¡no! Libre, fiel á sus deberes, impulsado por nobles y caballerescos sentimientos, prefiere combatir en

(1) Milton, *Paradise lost*, II, 45, 127 y sig.

vez de su Señor, evitándole la lucha. ¡Qué dignidad la suya, cuando, aunque herido, permanece de pie, firme como un muro, en la persuasión de que, sólo hollando su cadáver, avanzará el impío contra Dios, y de que ha quebrantado el poder del mal en su asalto contra el orden divino! ¡Qué triunfo, poder celebrar como propia la fiesta triunfal de Dios!

9. Cómo el mal contribuye á la belleza del conjunto.—De lo dicho se infiere que hasta el pecado contribuye á la belleza moral.

Claro está que eso no quiere decir, como cuentan que pretendió Leibnitz, que para hacer al mundo mejor, sea el mal condición indispensable; [1] y decimos: cuentan que pretendió, porque se nos hace difícil creer que un hombre de tan alta inteligencia haya exagerado hasta ese punto lo que hay en ello de verdad. Estaba reservado á la estética moderna decir que la suciedad y el vicio procuran el verdadero goce artístico.

Pero jamás podrá lo feo ser considerado como fuente de belleza. Nadie pretenderá que, para ser bella, necesite la música de esas disonancias chillonas, de esas complicaciones y de esas violencias que nos atacan los nervios y con que somos ahora atormentados. Para gozar de un agradable acorde durante un segundo, no hace falta que nos dejemos fustigar una hora entera por todas las furias con rabia digna de Aquiles, con demencia de bacantes, con desesperación semejante á la del conde Ugolino! Precisamente en la música más sencilla, en los cantos populares, en el ritmo digno y sublime de los antiguos maestros, en las sencillas y graves melodías de la verdadera música de iglesia, puede cada cual hacer la experiencia de que la música es tanto más capaz de satisfacer y elevar el espíritu, cuanto menos artificios y sobrescitación contiene. La *Madonna de San Sixto* de Rafael, el *Paraiso* y la *Coronación de la Virgen* de Fra Angélico no presentan más que imágenes llenas de devoción y de pureza, de una gracia y

(1) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 172 y sig.

dignidad serenas. ¿No está resuelto allí el problema de la belleza? ¿Cómo, pues, pretender que la disonancia y la fealdad sean indispensables para lo bello?

Sin embargo, justo es que un maestro sabio emplee también la disonancia para favorecer sus designios, [1] y que la reflexión en el manejo de los negocios se eche de ver con más claridad cuando hay oposición. La paciencia, el amor, la omnipotencia de Dios, no necesitan del pecado para glorificarse ante los hombres; pero indudablemente esos atributos resplandecen con nuevo brillo cuando le vemos por fin triunfar del mal conjurado contra él. Los navegantes saben que la fúlgida estrella polar no sufre ninguna alteración por las tempestades que á veces la ocultan á sus miradas; y, sin embargo, parece más bella cuando se presenta de nuevo victoriosa de las nubes. Aun más alto que las estrellas está Dios sobre las tempestades del pecado; no necesita del pecador; ni tiene por qué temerle; el mal ni le sirve ni puede dañarle, ni podría afectarle con toda su rabia. Cuanto más grande es el tumulto y más furiosas las olas, cuanto más salta hacia el cielo su espuma, y más se conmueve la tierra con su choque, tanto más se pulverizan y caen de nuevo impotentes. Así también se muestra en la tempestad más espléndido el poder de Dios. Ninguna perfidia bastaría para vencer su fidelidad, ninguna impureza para empañar su hermosura, ninguna rebelión para alterar su paz.

10. Condescendencia incomprensible de Dios y honor para el hombre de poder participar en la realización de los planes divinos.—Si Dios nada tiene que temer del mal, tampoco necesita el auxilio de los que se consagran al servicio del bien. Sin embargo, en su bondad se complace Dios en ejecutar sus obras mediante las criaturas, abstracción hecha de algunos raros casos milagrosos.

Verdad es que nosotros llamamos milagro únicamente á lo que se produce por la intervención directa de Dios contra el ordinario curso de los hechos; pero si examinamos

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 11, 23, 1.

el asunto más de cerca, la disposición más admirable de Dios es que su providencia se vale, para realizar sus designios, de nosotros, instrumentos tan imperfectos como somos. Pues si consideramos de qué lastimosa manera entorpecemos con nuestras faltas los planes de Dios, las veces que se le injuria y calumnia á causa de nosotros, colaboradores, suyos; nunca podríamos admirar bastante su paciencia, y casi podríamos decir su humillación.

Pero por débil que el hombre sea, Dios le honra, sin embargo, colocándose á su lado en la defensa del orden. ¡Cuán poco agradecemos este honor al gemir por el mal á que estamos sujetos, cuando nos quejamos de que Dios nos haya puesto entre tan numerosas tentaciones! (1) Felices nosotros porque así sea, pues significa que estamos con Dios, que hemos hecho causa común con Él para la realización de sus designios, que se dignó hacernos partícipes de lo que hay más sagrado, de sus proyectos acerca del mundo y de nuestra salvación. Los proyectiles que nos alcanzan, dirigidos eran contra Él. ¡Qué guerrero tan cobarde es quien lucha por tan santa causa profiriendo lamentaciones y manifestando temor! ¿Quién no debería más bien agradecer á su señor que le otorgue su confianza y le coloque en el puesto de honor, en el de más peligro? ¿Quién no sentirá íntima satisfacción cuando encuentre ocasión de probar una vez más con actos su fidelidad? (1) En vez de lamentarnos, deberíamos tener conciencia de la dignidad del puesto que tenemos á su lado. En vez de vacilar, mejor haríamos en admirar el poder de Dios, que no sólo triunfa tranquilamente de sus enemigos y convierte la mayor resistencia de las criaturas en medios de alcanzar sus fines, sino que además consigue esa victoria valiéndose de auxiliares que difícilmente podrían ser más insensatos y defectuosos.

11. El gobierno de Dios en el mundo es la salvación de éste.—El curso de toda la historia universal, la infructuosa guerra de los malos, la lucha en que tan flojamente pelean los buenos, la imperfección de los mejores, evidencian una verdad fundamento de toda la filosofía de la historia; que el mundo existe y progresa merced á la omnipotencia y sabiduría divinas. Hay un fondo de verdad en la doctrina del pesimismo cuando dice que el mundo está mal, que decae siempre, y que es muy extraño cómo puede existir así tanto tiempo. Mucho hace en efecto que se habría arruinado, si el eterno pastor de los pueblos le hubiera abandonado á sí mismo. Al gobierno de Dios, que, no obstante la ingratitud de los hombres, bondadosamente los atiende, se debe el que la historia no refleje un retroceso constante, sino que haya en ella épocas de progreso evidente.

(1) S. Agustín, *De Genesi ad lit.*, 11, 7, 9; 10, 14; 22, 29.

Nosotros, ante cuyos ojos brilla siempre, á través de las nubes sombrías de la duda y del desaliento, la consoladora luz de aquel misterio, debemos sincero agradecimiento á la Providencia divina, por ella únicamente vivimos, y á ella se debe que el mundo no caiga en ruinas á causa de nuestra demencia. Hay una verdad profunda en el antiguo proverbio: «El mundo está gobernado por la sabiduría de Dios y la estulticia de los hombres». (1)

¿Qué habría hecho de sí mismo y del mundo el hombre, si hubiera sido él quien gobernara? Pero todo fué ordenado desde la eternidad por una sabiduría muy superior á nuestra locura. Siempre vela sobre nosotros quien todo lo vé y jamás duerme; siempre nos guía un amor para el cual ni aún la cosa más pequeña parece despreciable. En la confusión, producto de nuestra malicia, Dios permanece siempre inmutable. Eterna é inquebrantable es la ley que su gracia dictó y que es mantenida por su omnipotencia. En este orden de cosas, nada cambia, nada se corrompe, nada se muda, nada se retira; porque nada hay imprevisto para quien todo lo sabe; no se engaña la verdad; la omnipotencia queda siempre victoriosa. En Él está la sabiduría y la fortaleza, en Él reside el buen consejo y la

(1) Kœrte, *Sprichwœrter der Deutschen*, (2) 2958. Wander, *Sprichwœrter-Lexikon*, II, 55, 1313.

inteligencia. (1) No necesita á los hombres poderosos, porque Él mismo es el poderoso. (2) Pero no tiene tampoco por qué temer su arrogancia. Si se precipitan contra Él en pleno día, se encontrarán en las tinieblas; á mediodía andarán á tientas como de noche. (3) Contra Él no prevalecen la sabiduría, ni la prudencia, ni el consejo. (4) Aunque los hombres maquinen el mal, Dios lo convierte en bien. (5) No perturban el orden establecido por él; únicamente favorecen su victoria. (6)

Podría gozar él solo de ese honor, pero su amor le induce á compartir con nuestra debilidad, no solamente la lucha, sino también la gloria del triunfo. En el combate aumenta nuestras fuerzas, muestra la sabiduría y postra á los enemigos aterrados. Vela y dirige las cosas de tal suerte, que todo, hasta el mal, hasta las heridas, nuestra misma perfidia, sirven, no sólo para honor suyo, sino también para nuestra felicidad. (7)

Así, pues, todo procede de Dios, y todo vuelve á Él. De todas las disonancias resultará al fin el más perfecto acuerdo; las perturbaciones servirán para realzar la belleza del orden; el curso de los tiempos y del mundo se convertirán en grande y maravillosa armonía. Quien sea bastante insensato para excluirse de ese ritmo, debe resignarse á oir las disonancias que él mismo preparó: quien tomó parte según sus fuerzas en la tenaz lucha, verá lo poco que hizo para la realización de la gran empresa, recompensado por el remunerador generoso, no según la pequeñez de sus actos, sino por el mérito de todo el conjunto. Esta es la marcha del mundo, la conclusión eternamente verdadera de la historia.

(1) Job, XII, 13.
(2) Job, XXXVI, 5.
(3) Job, V, 14.
(4) Prov., XXI, 30.
(5) Genes., L, 20.
(6) Agustín., *Conf.*, 12, 11, 11.
(7) Rom., VIII, 28. S. Agustín., *Corrept. et gratia*, 9, 23; *Nat. et gr.*, 28, 32. Greg. Mag., *Mor.*, 2, 78, 79. Bernardo, *Div. S.*, 1, 6; 38, 1, 2. Sto. Tomás, 1, 2, q. 79, a. 4. Blosius, *Conclave animæ fidelis*, 6, 4.

12. La historia universal es un gran día de batalla. —En la cima del monte está el generalísimo, mientras que en el valle se traba con furia la pelea. Nieblas grises, que no se podría saber si son nubes ó polvo, envuelven los ejércitos y el campo; el cielo se conmueve, el viento silba, la tierra se estremece con el fragor de la artillería, el eco repercute horriblemente en las alturas temblorosas. Parecen desencadenadas todas las furias del averno; sólo por los fogonazos de los cañones, el sonar más próximo ó más lejano de los estampidos, la crepitación de la fusilería, y el color de los sombríos vapores que se elevan, puede la vista reconocer las peripecias de la lucha. Los corazones palpitan con angustia; todos escuchan las palabras del jefe y observan silenciosos, con ojos escrutadores, las alteraciones de su fisonomía, pues en su mano está el honor y la independencia de la patria; de su mirada, de una señal suya, penden la vida de millares de hombres y la suerte de millones de personas. Y él solo, en la terrible pelea, se muestra impasible, y como sin vida; depende todo de que no pierda un instante la sangre fría y la circunspección; mientras los suyos vean en él la calma imperturbable, parecerían un ultraje toda pregunta y toda vacilación. Él calla y dirige; ellos ejecutan con exactitud y confianza sus concisas órdenes. Y al caer la tarde, quedan á salvo el honor, la libertad y la vida; porque se alcanzó la victoria y se hizo la paz.

Toda la historia de la humanidad es como una batalla para Aquel ante el cual mil años son como un día. (1) Ni un solo hombre deja de tomar parte en la lucha; todos combatimos por la libertad, la patria y la eternidad. En esta batalla se pelea por la ley de Dios y el orden moral del mundo; el honor del Eterno, el triunfo del bien, la verdadera y perpetua felicidad del hombre, tal es nuestro grito de guerra. Silencioso, con calma imperturbable, invisible á sus soldados, pero entre ellos, dirige Dios mismo, el generalísimo, el señor de la guerra, desde su trono el curso

(1) Psalm., LXXXIX, 4.

de la lucha por la eternidad. Todo combatiente leal miraría como incalificable ultraje dudar de tal jefe; en cuanto á él, se promete de cada uno de sus fieles que ejecutará puntualmente toda orden suya aunque hubiera de hacer el sacrificio de la sangre y de la vida. Qué el triunfo de su causa y de la nuestra es seguro, lo esperamos, lo creemos,—¡no! lo sabemos con toda certidumbre.

CONFERENCIA XX

ECCE AGNUS DEI

1. Lacoonte imagen del paganismo.—Á la antigüedad misma, según refiere Plinio, [1] pareció ya una maravilla del arte el grupo de Lacoonte, obra maestra del rodio Agesilao y de sus hijos Polydoro y Athenodoro. El juicio de la posteridad está de acuerdo con el de Plinio; en esa creación, llegó á su más alto punto el arte antiguo. Sería una exageración decir que la antigüedad se venció á sí misma en aquella obra; pero la verdad es que en ella nos dejó fielmente su propia imagen.

El dolor que se manifiesta en todos los músculos y tendones, los poderosos esfuerzos de aquel cuerpo noble y vigoroso, la impotencia á que los repliegues espirales cada vez más numerosos de las serpientes le reducen, la vaga mirada que dirige al cielo la víctima, de súplica y desesperación á la vez; todo representa el espíritu, la vida, la historia de la antigüedad.

Mucho tiempo se defendió con heroica fortaleza de los monstruos que la divinidad había enviado contra él, sacerdote desleal, para castigar su desobediencia. Como el toro bravo lanza bramando lejos de sí el hacha con que el sacrificador le hirió ante el altar, así Lacoonte sacudió al principio con fiera arrogancia las flexibles cadenas que le oprimían, lanzando á las estrellas gritos de dolor y de maldición. [2] Cuando vió que eran vanos sus esfuerzos, se rindió, protestando, á la suerte inevitable; y entre suspi-

(1) Plinio, *Hist. nat.*, 36, 41 (5), 24.
(2) Virgil., *Aen.*, II, 222-225.

de la lucha por la eternidad. Todo combatiente leal miraría como incalificable ultraje dudar de tal jefe; en cuanto á él, se promete de cada uno de sus fieles que ejecutará puntualmente toda orden suya aunque hubiera de hacer el sacrificio de la sangre y de la vida. Qué el triunfo de su causa y de la nuestra es seguro, lo esperamos, lo creemos,—¡no! lo sabemos con toda certidumbre.

CONFERENCIA XX

ECCE AGNUS DEI

1. Lacoonte imagen del paganismo.—Á la antigüedad misma, según refiere Plinio, [1] pareció ya una maravilla del arte el grupo de Lacoonte, obra maestra del rodio Agesilao y de sus hijos Polydoro y Athenodoro. El juicio de la posteridad está de acuerdo con el de Plinio; en esa creación, llegó á su más alto punto el arte antiguo. Sería una exageración decir que la antigüedad se venció á sí misma en aquella obra; pero la verdad es que en ella nos dejó fielmente su propia imagen.

El dolor que se manifiesta en todos los músculos y tendones, los poderosos esfuerzos de aquel cuerpo noble y vigoroso, la impotencia á que los repliegues espirales cada vez más numerosos de las serpientes le reducen, la vaga mirada que dirige al cielo la víctima, de súplica y desesperación á la vez; todo representa el espíritu, la vida, la historia de la antigüedad.

Mucho tiempo se defendió con heroica fortaleza de los monstruos que la divinidad había enviado contra él, sacerdote desleal, para castigar su desobediencia. Como el toro bravo lanza bramando lejos de sí el hacha con que el sacrificador le hirió ante el altar, así Lacoonte sacudió al principio con fiera arrogancia las flexibles cadenas que le oprimían, lanzando á las estrellas gritos de dolor y de maldición. [2] Cuando vió que eran vanos sus esfuerzos, se rindió, protestando, á la suerte inevitable; y entre suspi-

(1) Plinio, *Hist. nat.*, 36, 41 (5), 24.
(2) Virgil., *Aen.*, II, 222-225.

ros medio comprimidos de mortal dolor, profiere apenas con su boca rígida una frase implorando la misericordia del cielo.

Tal le vemos en la antigua estatua. Hay todavía en él un resto de vida; ¿será escuchada aquella súplica de auxilio? No lo sabemos, pero estamos ciertos que el impío, al expiar ahora su desobediencia, no puede reivindicar el derecho de ser escuchado; es innegable que si entonces aparece aún para él un rayo de salvación, no será más que pura gracia inmerecida.

2. Ruina de la religión por alejarse el hombre de Dios.—También la humanidad, por su felonía y desobediencia á Dios, se atrajo el destino que la ciñe con sus repliegues de serpiente. El primer paso que el hombre en su orgullo se atrevió á dar fué para separarse de Dios. [1] El fin que se proponía y que de nuevo se propone en cada nuevo pecado es poder sentirse emancipado de Dios.

Consiguió ese fin; pero, naturalmente, debió expiar su falta encontrándose extraño y enemigo respecto á Dios, y sujeto á las consecuencias de ese estado. Pero saber que, como castigo, tenía frente á sí el poder y la majestad de un Dios eterno, de quien criminalmente se apartó, era verdaderamente terrible! No podía permanecer en ese estado: al primer paso debía seguir el segundo, pues era intolerable verse enemigo de un Dios omnipotente, infinito, santo, justo, íntegro; por lo que llegó muy pronto á rechazarle por completo y á forjarse caprichosamente otros dioses, con los cuales esperaba encontrarse mejor.

Pero nada castiga mejor al hombre que el seguir las inspiraciones de su orgullo. En vez de un solo Dios ofendido, que en su severidad nunca olvida la caridad y la justicia para con los que creó á imagen suya, el hombre tuvo ya contra sí una muchedumbre de dioses hechos á su imagen y semejanza, ávidos de sangre, inflamados en odio contra el hombre, Kali, Civa, Ahrimán, Moloch... En vez de una Providencia llena de bondad, no conoció

(1) Eccli., X, 14.

más que el ciego azar y el férreo destino, sin afecciones, sin honor, sin justicia. Hasta el jovial espíritu de los griegos, cuya serenidad era, sin embargo, proverbial, se veía oprimido por la siniestra preocupación de dioses llenos de envidia, que se complacían en el maligno goce de hacer mal. [1]

Fácilmente se comprende lo que habría de ser la religión bajo la influencia de esas ideas. Para el frívolo griego llegó hasta la fútil *desidemonia*, y aun hasta la burla blasfema contra la divinidad. [2] Para los romanos, más serios, se convirtió en sombría superstición, [3] es decir, en vago malestar, [4] efecto del temor; en un sentimiento de penosa incertidumbre respecto á las intenciones y designios de los seres siniestros que estaban en el otro mundo y podían ser ó adversos ó propicios.

Esto explica los esfuerzos para hacerse favorables, por cuantos medios estuviesen á su alcance, aquellos espíritus malignos que se complacían en dañar, y en los cuales no se podía tener confianza alguna. Así comprendemos cómo Plinio pudo decir que todo el mundo antiguo se entregó á la magia, aun siendo evidente el engaño de aquella farsa. [5]

La primera, más sana y más natural manifestación de la razón humana—que eso es la religión,— se convirtió por el influjo de esas ideas, como dice con razón Plutarco en un estado de ánimo enfermizo y febril. [6] Lo que en otro tiempo había elevado al hombre, por encima de la tierra y de sí mismo, en los dominios del más sublime ideal, la fe en un ser supremo fué ya en lo sucesivo, como sucede siempre al pecador que no quiere convertirse, opresión de ánimo que amenazaba aniquilarle, según dice el mismo escritor. [7]

(1) Plutarco, *De superstit.*, 2.
(2) Petron., 137.
(3) Cicerón, *Inv.*, 2, 54.
(4) Teosfrast., *Charact.*, 16.
(5) Plinio, 30, 1, 1.
(6) Plutarco, *De superstit.*, 1.
(7) Plutarco, *l. c.*, 2.

Los efectos de tal aberración no podían menos de ser en grado sumo tristes. Casi todas las demás pasiones llegan á ser un estímulo que excita el alma á ejercitar sus fuerzas, piedra que aguza al espíritu; pero un miedo excesivo é injustificado aplana el ánimo y las energías del hombre. (1) Como los griegos dijeron ya, lo que los hombres habían hecho de la religión era una confusión, un embarazo para el espíritu que paralizaba su inteligencia, turbaba su reposo y encadenaba sus fuerzas. (2) Son las palabras mismas de uno de los griegos más eruditos, entusiasta admirador de la antigüedad. Al decirlas, ¿tenía Plutarco ante sus ojos la estatua de Lacoonte? Como favorito de Trajano y de Adriano, seguramente no le era difícil tener acceso al palacio de Tito, en que estaba aquélla. Casi estamos para creer que escribió aquel juicio de la religión pagana en presencia del sacerdote de los ídolos que el mármol representaba en desesperada lucha con la muerte.

3. Decadencia de las costumbres como consecuencia de los dioses inventados por los hombres.— Pero el miedo que tales dioses inspiraban no era, ni con mucho, lo peor. (3) Ese miedo enervaba y oprimía; pero el ejemplo de los dioses, las pasiones que el hombre les atribuía, degradaban á quien los honraba, haciéndole inferior al animal.

Lo que se dice de los dioses en cuanto á perfidia, rivalidades y odios de los unos contra los otros, excede todos los límites de la impertinencia, dice Plinio: hasta hay divinidades que conceden especial protección al robo y á vulgares crímenes. (4) No se sabe lo que sería mejor para la humanidad, si no creer en divinidad ninguna, ó creer en dioses de los cuales hay que avengonzarse, (5) pues, como dice Séneca: (6) ¿no es inflamar nuestras malas pasiones el atribuirlas á los dioses?

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 44, a. 3, 4.
(2) Plutarco, *l. c.*, 3.
(3) Plutarco, *De superstit.*, 2; Lucrec., I, 63 y sig.
(4) Plinio, *Hist. nat.*, 2, 5 (7), 4.—(5) *Ibid.*, 2, 5 (7), 6.
(6) Séneca, *De brevit. vitæ*, 16, 5.

Naturalmente ocurrió que la creencia en tales divinidades hizo perder a los hombres toda vergüenza del pecado: (1) así, la virtud debía aparecer como imposible y los esfuerzos para alcanzarla, insensatos. El vicio mismo debía parecer virtud, y el único medio de semejarse á la divinidad y de hacérsela propicia.

Verdad es que los filósofos luchaban con laudable valor contra esa corrupción. Los tres filósofos más insignes de Grecia, Sócrates, Platón y Aristóteles, (2) reclamaron que se expulsara del país, ó severamente se castigara, á los poetas, los artistas y los actores que divulgaran en el pueblo tales ejemplos de malicia; pero no fueron eficaces sus palabras: el ejemplo y la seducción tienen una fuerza sobrehumana, en tal grado que apenas basta el poder divino para impedir los efectos de su acción destructora.

Pero los vicios que los dioses mismos practicaban se unían al seductor poder del pecado. ¿Cómo entonces no habría de sucumbir la humanidad? Los mismos filósofos que se le oponían con palabras eran víctimas á su vez de aquel poder avasallador. El sabio Sócrates, el docto Aristóteles, el rígido moralista Catón, no fueron más capaces de resistir al ejemplo, que cualquier joven frívolo de Atenas ó de Roma. Miraban como inevitables consecuencias de la debilidad humana lo que nosotros no podemos considerar más que como últimos extravíos de una vida depravada. Ni la sabiduría ni el rigor podían salvarlos de sus lazos: su inteligencia y su naturaleza buena se revelaban un momento, pero pronto sucumbían, tal vez con digusto al principio, pero besando al fin las cadenas que los oprimían.

4. Decadencia de la vida pública como consecuencia necesaria del Humanismo.—Pero los hombres que no creen en ninguna divinidad, aunque por efecto de una índole natural menos mala no hagan precisamente el mal, son por su misma incredulidad, como Platón dice, causa,

(1) Séneca, *De vita beata*, 26, 6.
(2) S. Agustín, *Civ. Dei*, 2, 7,

no sólo de su propia ruina, sino de la del bien público. Y es peor aún, añade, el que esos hombres no se contenten con pensar como incrédulos, sino que, además, su incredulidad los anima á practicar el mal, y por lo tanto, á dar públicamente mal ejemplo. (1) ¿Qué pensar entonces de la perniciosa influencia de aquellos que creen en dioses tales como enseñaba el paganismo? Esos hombres deben considerar casi como un honor el imitar á sus criminales modelos y dar á sus malas acciones derecho de ciudadanía en la tierra. No sería posible imaginar una peste más contagiosa para las buenas costumbres, una escuela más favorable á la general corrupción que la antigua idolatría.

Cuando se llega al punto de que la religión pública se convierte en semillero de vicios públicos, entonces son disipados todos los bienes intelectuales y morales que embellecen y dan valor á la vida y se socavan los fundamentos del orden público; porque toda sociedad ha de basarse en la religión, en las justas leyes y en las buenas costumbres. (2) Sin ellas, como dicen Platón y Polibio, ningún Estado podría existir, ni florecer la vida pública.

Como es natural, el mundo moderno contradice esa conclusión. Aunque para la vida privada admite la necesidad de la religión y la unión de la religión y la moral, niega categóricamente las dos cosas cuando se trata de la vida pública, siendo precisamente el Estado antiguo el que se aduce como prueba de que puede faltar la fe y, sin embargo, prosperar la vida pública; porque, como todo lo que produjo la antigüedad, su vida política es considerada como la más alta conquista de la civilización humana, como la flor de la verdadera humanidad.

No es ciertamente ese el testimonio de la historia, (3) y por lo tanto, según las consideraciones que acabamos de hacer, es indispensable decir que no fué el acaso, sino la

(1) Platón, *Leges*, 10, 15, p. 908, c.
(2) Platón, *Leg.*, 10, 13, p. 905, d. y sig.; 16, 909, d. y sig. Polib., 6, 47, 1, 9, 56, 8-12.
(3) *Vol.* I, *Conf. XI*, 10.

necesidad, lo que hizo víctimas de tan lastimosa degeneración á los Estados de Atenas, Esparta y Roma fundados á costa de tantos sacrificios, de tanto heroísmo y de tantos esfuerzos intelectuales.

Habría sido ya un mal el que, según ordinariamente se dice, las religiones antiguas no hubiesen tenido un fondo moral, ni predicado ideas morales; en tal caso, habrían sido inútiles para la vida; pero, por el contrario, es lo cierto que despojaron al hombre de todo valor y de todo apoyo moral, insinuando las más inmorales ideas, y contribuyendo, autorizadas por el ejemplo de los dioses, á que se practicaran, sin empacho alguno, los más vergonzosos apetitos del corazón. Así era natural que degenerasen los pueblos y se corrompieran sus más distinguidas creaciones.

Por eso fué inevitable que, como consecuencia de los vicios públicos, se convirtiese el Estado romano en un desierto más vasto cada día, (1) aunque se inventaban remedios artificiales, (2) se obligaba con sanción penal á contraer matrimonio, y se hacía que hombres llegados de los más lejanos países se establecieran en el corazón del Imperio. Las cosas llegaron á tal punto, que la sangre de loba, con que, en vez de la materna, había llenado sus venas el romano, dió á todo el pueblo un carácter de atroz salvajismo, como lo prueban las guerras civiles y la época imperial. Ni podía dejar de ocurrir que el griego, educado junto á los altares de sus dioses sensuales, voluptuosos, astutos, acabara por ser el resumen de todos los vicios (3) y se hiciera proverbial su nombre para expresar las bajezas más despreciables. (4) El torrente de la corrupción se henchía y arrastraba aun á los más recalcitrantes; fueron inútiles todas las tentativas para contenerlo.

Fácilmente se puede comprender el dolor que debió

(1) Polib., 37, 4. Horac., *Ep.*, 2, 2, 81. Séneca, *Tranq.*, 2, 13. Pausanias, 10, 4, 1; 32, 10; 8, 33. Mommsen, *Rœm. Gesch.*, (6) III, 530 y sig.
(2) Tácito, *Annal.*, 14, 27.
(3) Plinio, *Hist. nat.*, 15, 5 (4): Græci vitiorum omnium genitores.
(4) Cicerón, *De orat.*, 1, 22, 102. *Pro Flacco*, 4. Juv. 3, 76-78. Tácito, *De orat.*, 3. Lucian., *De mercede conductis*, 17, 40.

oprimir el corazón de los antiguos á la vista de esos hechos, pues la vida pública era el único bien que conocían, el único que á sus ojos daba algún valor á la existencia; de ahí su odio á los hombres ó la amarga ironía con que trataban de desahogar su corazón angustiado. Se hicieron de moda el suicidio, los asesinatos en masa, los homicidios cometidos por pura afición á lo horrible ó por exigencias de una sobrescitación morbosa; la humanidad se había hecho espantosamente insensible, y la vida había perdido su valor.

5. Grandiosos esfuerzos que hizo el paganismo para salvarse.—Pero cuanto menos satisfacción producía el mundo, tanto más se echaba amargamente de menos la vida interior; por eso el hombre, en desacuerdo consigo mismo se refugiaba en lo exterior para huir de la intolerable ruina que sentía dentro de sí. Que las cosas exteriores le rechacen también, y será entonces devuelto á sí mismo con mayor fuerza.

Muy mal conocen la antigüedad los que juzgan que en aquella época se entregaban los hombres tranquilamente al vicio, sin remordimientos de conciencia; pues si bien la naturaleza humana quedó profundamente resentida por el pecado, no puede ser jamás enteramente destruída la bondad innata en ella. Á través de todas las atrocidades y abominaciones que señalan el paso del paganismo, se percibe un soplo de hastío y de profunda melancolía. Nadie que rectamente júzgue puede negar que los paganos sentían inmenso dolor por un bien perdido, desconocido ya, ni que hayan empeñado gigantesca lucha para llegar á un estado mejor; si agravan su responsabilidad entregándose de nuevo á los antiguos pecados para aturdir su conciencia, [3] eso mismo prueba que no perdieron nunca del todo la capacidad de ser salvados.

Ahí tuvo origen la parte más enigmática de la religión antigua; nos referimos á los misterios. Podrá pensarse lo

(1) Livio, 39, 9. Ovid., *Met.*, X, 434. Tibull., 1, 3, 26; 2, 1, 11 y sig. Wachsmuth, *Hellen. Alterthumskunde*, (1) II, 2, 237.

que se quiera respecto á su significación, pero generalmente se admite que nacieron de la necesidad de purificación y de prácticas expiatorias, debiendo á estos sentimientos su tenaz vida y sus numerosos partidarios.

Pero el horror sagrado que inspiraban los misterios pareció á la humanidad un medio demasiado fácil para que pudiera satisfacer su sed de penitencia. Se reconocía culpable; sabía que sólo por la penitencia podía ser destruída la culpa; sabía que la penitencia debe ser un trabajo penoso y amargo, si ha de tener valor y eficacia; y como no había nadie para decirle que la divinidad ofendida estaba ya satisfecha y la penitencia aceptada, inventaba sin cesar nuevas expiaciones.

De ahí proceden los ayunos y las abstinencias que en mayor ó menor grado formaban parte de cada sacrificio; de ahí la constante mortificación de los pitagóricos, las prácticas penitenciales de los indios, cuyo relato hace erizar los cabellos, las flagelaciones de los espartanos, las cabañas sudatorias de los indios de América, [1] el precipitarse de una roca en voluntario sacrificio, [2] el darse la muerte anegándose ó á fuego lento. [3] Y como si todo eso no hubiese herido el corazón bastante á fondo y desgarrado las entrañas, aun llevaban á sus primogénitos ante los altares para que los inmolase la cuchilla de los sacrificadores, ó por sí mismos colocaban á sus unigénitos entre los brazos incandescentes de sus ídolos, enrojecidos por el fuego, esforzándose en aparecer sonrientes al consumar aquel sacrificio tan horrible. Lacoonte está demasiado ocupado en su propia miseria: ¿qué le importan sus hijos si logra salvar su propia vida? Así el pagano tampoco se inquieta

(1) Catlin, *Manners and customs of the North American Indians*, I, 97 y sig. Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 235. Waitz, *Anthropologie der Naturvælker*, III, 118, 206, 217, 384; IV, 129, 152 y sig., 363.
(2) Ritter, *Erdkunde*, IV, 2, 595 y sig.
(3) Strabón, 15, 1, 65, 68. Plinio, *Hist. nat.*, 6, 22 (19), 2. Curcio, 8, 9. Bohlen, *Das alte Indien*, I, 278 y sig., 286 y sig. Külb, *Gesch. des Missionsreisen*, III, 126 y sig., 173 y sig. Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 362 y siguientes.

por sus hijos, ni aun por su propia vida. Un solo pensamiento le domina; deshacerse de las sofocantes ligaduras con que le oprime la conciencia de su culpabilidad; para ello sacrifica de buen grado, entre los más acerbos dolores, su vida, sus hijos, sus bienes, su sangre y cuanto para él hay querido ó sagrado, únicamente para eximirse del intolerable yugo del pecado.

6. Desesperación de la humanidad al finalizar el mundo antiguo.—Cuanto más se esfuerza, más le constriñe el monstruo. Él mismo le llamó, y se convirtió en instrumento de muerte. Lucha con desesperación, pero con el último esfuerzo se desvanece toda esperanza de salvarse por sí mismo; si un poder superior no le ayuda á salir de aquella situación, está condenado á la ruina.

Pero ¿existe ese poder? Mucho tiempo ha ya que no cree en los dioses inventados por él mismo. ¿Existirá acaso un Dios no inventado por los hombres? ¿Hay un Dios verdadero? Y si existe, ¿quién tiene derecho á su auxilio, quién el derecho de poner en él su esperanza, cuando toda la humanidad prescindió de él por tanto tiempo?

He ahí á la antigüedad en la triste situación de Lacoonte. El hombre, tal como le encontramos en los últimos días del paganismo, ha contado tan sólo consigo mismo, con la vida, con la humanidad. Nada espera ya de la tierra; así nos lo dice aquella mirada, que, en el colmo de la desesperación, se separa de la tierra para dirigirse al cielo; aquellos ojos que se cierran creen percibir, allá en lo alto, un último rayo de luz. Tal vez es una ilusión; mas si no lo fuese, es necesario que el auxilio llegue pronto, pues de otro modo sería demasiado tarde.

Ese era el estado del mundo cuando por tercera vez cerró Augusto las puertas del templo de Jano; había llegado á los últimos límites la corrupción de la época y del mundo. Tal es, no sólo el amargo juicio de Juvenal,[1] sino también el del frío Tácito,[2] que, sin embargo, todavía en-

(1) Juvenal, I, 149: Omne in præcipiti vitium stetit.
(2) Tácito, *Hist.*, 2, 37: Corruptissimo sæculo.

cuentra algo bueno en aquel tiempo. [1] Las abominaciones, más numerosas cada día, le oprimen el corazón.[2] Cuanto más considera la historia de la humanidad en los tiempos antiguos y en su época, más se convence de que todo es ilusión y farsa. [2] Si hay dioses, [3] lo cierto es que dejaron de protegernos [4] y que nos hacen sentir duramente su cólera. [5] El mismo lenguaje emplea Tito Livio en la introducción de su historia. «Hemos llegado á una época, dice, en que ya no podemos sufrir nuestros vicios, ni tolerar su remedio». [6]

Mas sombría es aun la descripción que de su tiempo hace Séneca; [7] pero al preguntarle si, humanamente hablando, hay todavía esperanza de salvación, da esta respuesta desconsoladora: «Estamos consagrados por completo á hacer proyectos, dando la preferencia hoy á éste, mañana al otro, y al fin todos los abandonamos, volviendo á nuestra incertidumbre. Es una verdadera locura. Pero ¿quién nos dirá cuándo ó cómo saldremos de ella? Nadie es bastante fuerte para salir por sí mismo del pantano en que hemos caído. Necesitamos de alguien más fuerte que nos tienda la mano y nos liberte». [8]

Pero ¿quién espera encontrarle entre los hombres? ¡Ah! exclama Cicerón, ¡qué júbilo para el mundo si pudiese un día ver la virtud perfecta y viviente! [9] Pero no hay que pensar en ello, notaba ya Platón, á menos que no llegue un maestro de la Revelación que posea la virtud de recobrar ese tesoro perdido. [10] Así estamos traqueteados en frágil barquilla por las furiosas olas, y siempre en peligro

(1) Tácito, 1, 3.
(2) *Ibid.*, *Annal.*, 16, 16.
(3) *Ibid.*, 3, 18.
(4) *Ibid.*, 6, 22; 14, 12; 16, 33; *Hist.*, 1, 2.
(5) *Ibid.*, *Annal.*, 14, 13.
(6) *Ibid.*, 4, 1; 16, 16.
(7) Livio, *Præf.:* Nec vitia nostra, nec remedia pati possumus.
(8) Séneca, *Ira*, 3, 8.
(9) Séneca, *Ep.*, 52, 2.
(10) Cicerón, *Fin.*, 5, 24, 69.
(11) Platón, *Politicus*, 16, p. 272, d. Cf. Séneca, *Quæst. nat.*, 3, 30, 8.

de muerte. Si Dios no nos envía á su Verbo, jamás encontraremos la nave que nos ponga á salvo de tantos peligros. (1)

Estas sentencias y otras semejantes, conservadas en gran número, (2) nos demuestran que el mundo antiguo, ya en el último límite de su progreso, estaba sumido en la incertidumbre, y aun podremos decir en plena desesperación.

7. Resurrección de las antiguas esperanzas de redención en la época de Cristo.—En aquella extrema y angustiosa miseria, la humanidad recordó sus antiguas leyendas. Hasta entonces, en los días de orgullo y alejamiento de Dios, cuando se creía bastante fuerte, y se engolfaba loca y ciega en los placeres del día para aturdirse y dar al olvido su malestar, aquellos antiguos recuerdos le habían parecido engañosas fábulas. Ahora, como dice Tito Livio, el presente se había hecho intolerable á los hombres, el porvenir cerrado á toda esperanza; y entonces, ocuparse en el pasado fué ya el consuelo único que podia preservarla de la desesperación.

Entonces surgió en ellos un presentimiento de que las profecías de los antiguos tiempos, que encontraron al dirigir sus miradas hacia días mejores ya pasados, contenían tal vez más que una vana ilusión; entonces comprendieron que, si aun había posibilidad y esperanza de salvación, debía estar eso anunciado en aquellas antiquísimas sentencias, de cuyo divino origen no podían ya dudar, aleccionados como estaban por la miseria.

«¡Oh si rompieras los cielos y descendieras!» Así, ya desde hacía mucho tiempo y en nombre de las futuras generaciones, había clamado á Dios el profeta. (3) «He aquí que tú estás irritado porque pecamos y nos obstinamos en el pecado. ¿Seremos salvados? Señor, tú eres nuestro padre y nuestro Creador, y todos nosotros somos obra

(1) Platón, *Phædon*, c. 35, p. 85, c. d. Jenof., *Memorabl.*, 4, 4, 25; 2, 16.
(2) Stobœus, *Eclog.*, 5, 1 (Meineke, II, 1-5). Livio, *Præfatio.*
(3) Is., LXIV, 1, 5, 8, 9, 12.

de tus manos. No te enojes mucho, Señor, y no te acuerdes más de nuestra maldad. Con tales cosas, ¿te retirarás, Señor, callarás, y nos afligirás en gran manera?»

Por todo el Oriente, dice Suetonio, (1) se había difundido desde las tiempos más remotos la antigua y constante tradición de que hombres salidos de Judea fundarían una nueva y universal dominación. Esa creencia, que, según Tácito, (2) era una convicción general, se hizo entonces más viva que nunca; había llegado el tiempo en que había de cumplirse. (3)

También en Occidente resonó ese grito, y se le advirtió con tal claridad, que los historiadores romanos de aquel siglo se vieron obligados á consignarlo en sus obras. Nada hay de extraño en eso, pues la expectación y el deseo de los pueblos salían, por decirlo así, al encuentro de esa nueva.

Ya los poetas, desde Hesiodo hasta Ovidio, habían aprendido, en las más remotas y siempre vivas tradiciones de la humanidad, el aforismo de que las costumbres habían sido antes más puras y más felices los tiempos. Efectivamente, era creencia común á todos los países, que anteriormente á esta época de bronce había existido una de oro, en que reinaban la inocencia y la paz, y que el predominio del mal, á la sazón imperante, no era el estado primitivo. También se creía que el pecado sólo más tarde había hecho su aparición en la tierra, haciendo que concluyeran aquellos días felices, que acabarían por volver.

Por eso la humanidad conservó siempre la esperanza de que el pecado no duraría eternamente.

Los persas creían que, aunque los hombres ahora no se entiendan ni sabe nadie vivir en amor y armonía con sus prójimos, llegaría el tiempo de un solo lenguaje y de unión pacífica y bienhechora. (4)

(1) Sueton., *Vespasian.*, 4. Vetus et constans opinio esse in fatis. Cf. Josefo Flav., *Bell. jud.*, 6, 5 (31), 4.
(2) Tácito., *Hist.*, 5, 13: Pluribus persuatio inerat.
(3) Sueton., *loc. cit.:* Eo tempore. Tácito, *loc. cit.:* Eo ipso tempore.
(4) Plutarco, *De Iside et Osiri*, 47.

Según las leyendas griegas, Prometeo mismo esperaba, conforme á una antigua revelación, ver cesar el castigo á que estaba condenado [1] pero se le había predicho que permanecería en su miseria hasta que un Dios, haciendo sus veces, descendiese á los infiernos sustituyéndole en sus tormentos. [2]

Parecía llegado el momento en que todo eso debía cumplirse. Todos juzgaban y decían que la transformación del mundo habría de verificarse entonces, ó nunca. Ya en tiempo de Sila declaraban los adivinos etruscos que eran inminentes un cambio completo y un nuevo orden de cosas, en que se mudarían la vida y las costumbres, haciéndose muy diferentes las relaciones con la divinidad. [3]

Pero en los días de Augusto fué tan viva la esperanza, que tal vez sin advertirlo, como suele suceder en épocas de expectación, se hacían profecías. Conocidos son los versos en que Virgilio expresa la situación de su época. Canta los nuevos tiempos que habían vaticinado las Sibilas, que serían inaugurados con el nacimiento de un misterioso niño, hijo de la divinidad, el cual renovaría toda la creación, y, muerta la serpiente, borraría la culpa, haciendo florecer la paz en toda la tierra. «Llega, por fin, dice, la edad predicha por la Sibila de Cumas en sus cantos fatídicos; [4] comienza de nuevo el orden de los tiempos: ya vuelve la bella Astrea y el reinado de Saturno. Ya del alto cielo baja una nueva raza; cesará desde luego la edad de hierro, y comenzará la edad de oro. Serán borrados, si aún existiesen, los últimos vestigios de nuestros crímenes, y la tierra será para siempre libertada de su largo temor». [5]

Y lo mismo decía Séneca: «Vuelve el orden antiguo; renacerán los seres; la tierra verá aparecer un hombre que

(1) Esquilo, *Prometh.*, 873 y sig.
(2) *Ibid.*, 1026 y sig. Apollodor., 2, 5, 4, 6.
(3) Plutarco, *Sulla*, 7, 7, 8.
(4) Virgil., *Eclog.*, IV, 8-9.
(5) *Ibid.*, IV, 4 y sig., 13 y sig.

no conoce el pecado y cuyo nacimiento se deberá al favor divino». [1]

Sin duda los citados escritores no se daban cuenta del valor de sus entusiastas palabras, como tampoco sus contemporáneos del verdadero sentido de su expectación; para el mundo, que tuvo la dicha de ver el cumplimiento de aquellos presagios, tienen toda su importancia; no obstante lo cual, son irrefutable prueba de que agitaba y tenía seriamente preocupada á toda la humanidad la esperanza en un Salvador.

8. La plenitud de los tiempos.—Y se comprende bien. Los hombres habían vaciado hasta las heces la copa del pecado, y colmado, hasta hacerla rebosar, la medida de la miseria y de la impotencia moral; sólo quedaba al mundo la alternativa de perecer por su propia culpa ó nacer á nueva vida, imposible de alcanzar por virtud humana, factible únicamente por virtud divina.

La humanidad estaba gastada; los pueblos perecían, se paralizaban sus energías y desaparecían de la tierra; las tentativas para restaurar su fuerza vital por la infusión de nueva sangre extranjera, habían servido sólo para aumentar excesivamente las ruinas. [2] La humanidad se confesaba condenada á muerte: [3] estaba exhausto su vigor intelectual; ciencia, poesía, idioma, declinaban más cada día; se agotaba la fuerza productora de los países; Italia y Grecia, tan fértiles en otro tiempo, se habían convertido en desiertos. Muerto estaba el encanto de la vida, muerta la facultad de divertirse á la manera humana, extinguido el placer de vivir, y apagada la fe en la humanidad, que por tantos siglos se había creído divina y capaz de bastarse á sí misma. Había llegado la plenitud de los tiempos.

Y entonces, Dios envió á su Hijo para redimir á los que

(1) Séneca, *Quæst. nat.*, 3, 30, 7, 8.
(2) Juvenal, 3, 60 y sig. Tácito, *Ann.*, 14, 20. Séneca, *Consol. ad Helv.*, 6, 2, 7, 10.
(3) Polib., 37, 4, 4 (ed., Dübner, París, 1859), II, 1339. Dœllinger, *Judenthum und Heidenthum*, 691 y sig.

gemían bajo el yugo de la culpa, que ellos mismos habían fabricado. [1]

Con eso dió respuesta á la pregunta de cómo había podido consentir por tanto tiempo que el mal ejerciese en la tierra incontestable dominio. [2]

Dios no había abandonado á la virtud, ni concedido libertad al pecado; pero era necesario que madurara el mal y diese á gustar sus amargos frutos. Era indispensable que el mundo viese cuán amargo es abandonar á su Señor y su Dios; [3] que el orgullo del hombre conociera toda su impotencia, que se ablandara la dureza de su corazón, que se confundiera su presuntuosa temeridad antes que el enfermo recibiese la visita del médico divino, antes de oir la palabra del celestial maestro y de apreciar sus ejemplos.

Jamás habría dejado Dios tanta libertad al pecado. si desde luego no tuviese presto un medio eficaz de reparar y contrarrestar sus estragos. Verdaderamente parecía que el pecado hubiese excedido á toda medida, y, sin embargo, la gracia mostró que su medida era todavía más capaz. [4]

9. Luz nueva, sobrenatural, saliendo de las tinieblas.—Las tinieblas cubrían la tierra, y en la oscuridad gemían los pueblos; [5] la noche era cada vez más sombría, horrible la oscuridad. Era media noche, las tinieblas completas.

La gracia había esperado ese momento. Entonces el Verbo omnipotente, desde el cielo, desde su regio trono, cual fuerte guerrero, bajó al medio de la tierra destinada al exterminio. [6]

Cuando Lacoonte, desesperando ya de poder sustraerse á la acción de las serpientes, estaba á punto de dormir el sueño de la muerte, una voz poderosa dejó oir estas pala-

(1) Gal., IV, 4, 5.
(2) *Epist. ad Diognetum*, 9.
(3) Jer., II, 19.
(4) Rom., V, 20.
(5) Is., LX, 2.
(6) Sap., XVIII, 14, 15.

bras de vida: «Levántate, tú que duermes; resucita y Cristo te iluminará». [1] Y el moribundo levantó su cabeza entorpecida por la muerte, y abrió sus ojos, en que estaba á punto de extinguirse la luz. ¡Oh vista sorprendente! Había cerrado sus ojos en las tinieblas y creía ya que para siempre; cuando ahora los abre, todo era claridad en torno suyo. Una gran luz había brotado para el pueblo que languidecía á la sombra de la muerte. [2]

Jamás Lacoonte había visto semejante luz. No sabía si estaba despierto ó soñaba. Ninguna luz de la tierra tenía ese brillo. El mismo astro del día no resplandece como este nuevo fulgor. ¡Pobre enfermo! estás aún enervado por el sueño de la muerte, balbuceas y no sabes qué. Abre los ojos, frótalos hasta que tu vista se despeje, y mira en torno tuyo. Ciertamente, no es como las que suelen verse en la tierra esa luz. ¿No ves cómo las estrellas pierden su brillo ante ella y hasta el mismo sol palidece? El Señor ha nacido y te apareció su gloria. [3] ¿Puedes aún soñar en una luz terrestre?

Pero ¿qué tienes? Tus ojos no son capaces de contemplar tanto fulgor; gritas con miedo que esa luz es demasiado viva y que te cegará.

En eso puedes reconocer la gravedad de tu dolencia. Invocaste la luz; ante ti la tienes, y no puedes tolerar su brillo. Estás á punto de perecer, porque en ninguna parte has encontrado la sabiduría que buscabas; tienes sed; [4] estás próximo á morir, porque no puedes vivir sin la verdad; ahora se halla presente Aquel en quien están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; [5] ¡y dices que no ves nada! ¡En plena luz estás en la oscuridad!

¿Entiendes ahora que el hombre natural no puede com-

(1) Eph., V, 14.
(2) Is., IX, 2. Matth., IV, 16.
(3) Is., LX, 2.
(4) I Cor., I, 22.
(5) Col., II, 3.

prender lo que es del espíritu de Dios? (1) ¿No ves como tú mismo has perjudicado tus ojos? ¿Comprendes ya la gravedad de tu dolencia y qué lesionada está la perspicacia de tu vista?

10. La redención como doctrina, ejemplo, salvación. La divinidad de la redención manifestada en su virtud curativa.—Por consiguiente, de nada habría servido á la humanidad moribunda, y aun hubiera aumentado su mal, el que se hubiese presentado entre los hombres solamente con la luz de su doctrina y de su ejemplo Aquel que era desde el principio la expectación de los pueblos. (2) El ojo enfermo que se cerraba á la luz del crepúsculo, estaría perdido sin remedio por el brillo súbito del día; de ese modo, la doctrina que Dios nos envió para que la verdad adquiriese de nuevo derecho de ciudadanía en la tierra, no habría hecho más que repelernos, y el ejemplo de una virtud perfecta habría sido inútil y hasta humillante para los malos, con cuyas obras estaría en contradicción. La sola vista de tal luz debería ser intolerable para el pecador, (3) si, al mismo tiempo que ella, no se hubiera ofrecido á los hombres otro auxilio.

Antes que el prestigio de la virtud perfecta hubiese podido producir en el corazón de los hombres aquel sentimiento de felicidad de que habla Cicerón, debían sujetarse á una purificación completa. Para que pudieran tolerar la nueva luz y reconocer en el nuevo maestro al enviado de Dios, que Sócrates había deseado, era necesario que este maestro empezara por ser su médico.

El que apareció por fin en la tierra para acoger las súplicas de los hombres pidiendo salvación, satisfizo, en su sabiduría, aquella necesidad. Por eso se presentó con estas palabras: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado con su unción; Él me ha enviado para curar á los que tienen el corazón profundamente afligido. (1) Con tanta dignación atendió precisamente á los pecadores más pervertidos, que el odio y el orgullo le censuraron por ello. Si fuese profeta, decían los fariseos, ciertamente sabría cuál es la mujer que le toca, y que es una pecadora; (2) un amigo de los pecadores, un hombre que acoge á los pecadores, (3) nada tiene que ver con Dios. Una doctrina que especialmente se dirige á los pecadores no puede ser divina, decían los filósofos griegos. (4)

(1) I Cor., II, 14.
(2) Gen., XLIX, 10.
(3) Sap., II, 12, 15.

He ahí una sabiduría digna de la fatuidad humana. En todo tiempo, los hombres han hablado desfavorablemente de los pecadores. Muchos los anonadaron por cólera y desprecio; (5) muchos revelaron su deshonra y sus debilidades, no para corregirlos, sino tan sólo porque se complacían en lo torpe; muchos los avergonzaron ante las gentes, cuando deberían confesar que ellos mismos habían cometido mayores delitos. (6)

Con ese proceder ¿qué utilidad produjeron nunca á la humanidad enferma? ¿Levantaron de su caída á un solo pecador? ¿Corrigieron á alguno? Muchos moralistas, críticos, satíricos y burlones conocemos, por desgracia; pero ¿dónde encontrar uno que haya sido á la vez el médico y el amigo de los pecadores?

Únicamente del abismo de la sabiduría divina podía surgir esta palabra: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré. (7) Todo celo meramente humano contra el pecado, creería un honor apagar la torcida que humea y quebrar la caña que está cascada. (8) Sólo en el corazón de un Dios puede haber una justicia que proclame: No son los sanos quienes necesitan al médico, sino los enfermos; no he venido para llamar á los

(1) Luc., IV, 8. Is., LXI, 1.
(2) Luc., VII, 39.
(3) Luc., VII, 34. XV, 2.
(4) Celse apud Orig., *Contra Celsum*, 3, 59, 78; cf. 3, 59-79 y S. Agustín, *Ps.* CI, 1, 10; *Sermo*, 352, 9.
(5) Juvenal, I, 79.
(6) Horac., *Sat.*, I, 3, 20.
(7) Matth., XI, 28.
(8) Is., XLII, 3. Matth., XII, 20.

justos á penitencia, sino á los pecadores. (1) Sólo la inmensidad de Dios era capaz de penetrar en el abismo sin fondo donde el pecado había precipitado al hombre y á la humanidad; sólo una mano omnipotente tenía la virtud de levantar á los caídos en el precipicio.

11. Lo que era indispensable para que la humanidad se salvase.—Un médico que honre su profesión no se contenta haciendo desaparecer el mal del exterior, sino que procura extirparlo en su origen.

El pecado, enfermedad del hombre, de la humanidad, de todo el mundo, es la impiedad. La descripción más espantosa es siempre inferior á la terrible verdad contenida en esta breve frase: El pecado es separación de la vida, es la apostasía de Dios.

La separación de la vida es la muerte, y para ésta no hay remedio humano. El separarse de lo infinito abre un abismo infinito, que tiene esta condición lo mismo que el que separa la muerte de la vida. Millares de veces después de esta primera defección, trató la humanidad de procurarse alas para volar al cielo; pero siempre cayó en tierra como Ícaro, con las alas abrasadas. Cada una de esas tentativas confirmó una vez más la palabra de reprobación: Entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, por lo que, quienes pretenden pasar de aquí hasta vosotros, no pueden, ni tampoco aquí desde donde vosotros estáis. (2)

La muerte, inmenso abismo, separa de Dios la tierra. Si la vida, si lo ilimitado no se pone en ese abismo para llenarlo, estarán perdidas la vida y la esperanza del mundo. ¿Cómo podría el hombre, tan sumamente pequeño, colmar el abismo insondable abierto por su pecado? ¿Cómo él, presa de la muerte, compensará la muerte con la vida? Sólo puede hacerlo quien no ha comprometido la vida con sus propias faltas. Quien ha gravado su conciencia con pecados, es presa de la muerte, y todo hombre es pecador.

(1) Luc., V, 31, 32.
(2) Luc., XVI, 26.

Uno solo entre todos puede gritar á todo el mundo: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? (1) Por fortuna había quien, solo entre todos, podía atreverse á decir estas otras palabras: Nadie me quita la vida; pero la doy yo mismo; tengo poder para darla y para volverla á tomar; tal es la orden que recibí de mi padre. (2)

Un hombre como los demás no podía traer á los hombres la salvación. Sin embargo, debía ser un hombre como los otros, si éstos habían de ser salvados. Es una ley de eterna justicia. Al que pecare contra mí, le borraré de mi libro. El alma que pecare, esa morirá. (3) Quien abrió el abismo infinito, debe llenarlo.

Fué el hombre quien pecó; el hombre, pues, debe expiar el pecado.

Pero la grandeza de la expiación debe corresponder á la importancia del crimen. Si la falta es infinita, solamente lo Infinito, Dios, puede dar satisfacción por ella. Nunca podrá hacerlo el hombre por sí mismo, siendo muy verdaderas las siguientes palabras del Dante: No podía el hombre, en su situación, dar satisfacción nunca, porque no le era posible hacer, obedeciendo humildemente, tanto como había hecho con su desobediencia. (4)

Y únicamente la penitencia completa y real podía expiar la falta de la humanidad; sólo la mayor de las expiaciones, sólo el sacrificio cruento, de sangre y de vida humanas, podía borrar la mayor de todas las faltas. Sacrificio, sangre y vida de un hombre inocente, que no mereció la muerte, de un hombre que es al propio tiempo el Infinito; todo eso reunido es el único medio de compensar el pecado.

Solamente cuando la humanidad pueda ofrecer á la divinidad ofendida uno tomado de sí misma, el cual lleve su naturaleza y su pecado; uno que á la debilidad del hombre

(1) Juan, VIII, 46.
(2) Juan, X, 18.
(3) Exod., XXXII, 33.—Ezech., XVIII, 4.
(4) Dante, *Paraíso*, VII, 97-100.

reuna la fuerza y la grandeza del ser infinito; un ser superior á la humanidad, que pueda verter su sangre y sufrir su muerte; un mortal que no hubiese cometido pecado, ni por lo tanto merecido castigo; solamente entonces cesará el pecado, se llenará el abismo, y se recobrará á Dios y la vida.

12. Ecce Agnus Dei.—Lo mismo que Abrahám ofreció el carnero en vez de su hijo, así los hombres sacrificaron, en vez de ellos, toros y corderos; pero comprendieron que el pecado no podía ser borrado con la sangre de animales. (1) Si se hubieran convencido de que estaba ya destruído el pecado, habrían desistido de aquellas terribles efusiones de sangre. (2)

Pero esos continuos sacrificios no curaban en modo alguno la falta; por el contrario, les recordaban siempre que eran pecadores y que su pecado no estaba aún destruído. (3) Vertieron en aquel abismo, donde se hallaban, mares de sangre y hasta torrentes de sangre humana, subiendo en tanto desde el altar nubes de humo expiatorio hacia el cielo cerrado para ellos.

Era inútil. La sangre no colmaba el abismo, ni los sacaba de él; las nubes de humo únicamente servían para cubrir el cielo, y descendían á la tierra, impidiendo la respiración y sofocando el pecho. La falta no estaba destruída; á pesar de la sangre y de los sacrificios, los oprimía como antes. La humanidad comprendió entonces que no había salvación para ella, á menos que viniera en su auxílio un enviado de Dios, ignorante del pecado, y que, no obstante, lo tomara á su cargo; un enviado que sería plenipotenciario de Dios y, al mismo tiempo, su vicario cerca de nosotros; un enviado que nos sustituiría por su sacrificio y sufriría y expiaría por nosotros. (4)

Por fin, apareció el deseado de las naciones; venía del

(1) Hebr., X, 4.
(2) Hebr., X, 2.
(3) Hebr., X, 3.
(4) V. más arriba, 6, 7.

cielo, del seno de Dios, pero estaba revestido de nuestra naturaleza.

Á su entrada en el mundo, pronunció la palabra redentora. No habéis querido sacrificio ni ofrenda, pero me habéis apropiado un cuerpo; no habéis aceptado los holocaustos por el pecado. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad. (1) Este cuerpo, esta sangre, esta vida, deben ser sacrificados por los hombres. Lo que los pueblos han esperado desde el principio, lo que el mundo ha implorado con sangre y lágrimas durante millares de años; aquello por lo que la humanidad ha ofrecido en sangre y en dolores sacrificios sin número é infructuosos, lo tomo sobre mí.

Y Dios se apiadó con esta ofrenda. Por compasión, olvidó la misericordia, cerró su corazón de padre á su hijo en gracia al pecador. Un día, sobre el monte Moria, el padre de los creyentes había bajado del altar á su hijo dispuesto á ser inmolado, y le había sustituído en la pira con un animal. Ahora el Padre Eterno, retiradas del altar las víctimas, colocó en su lugar sobre el leño de muerte á su propio Hijo. Tomó sobre sí todos nuestros crímenes; (2) responsabilidad terrible, infinita, mortal. *Ecce agnus Dei!* He aquí el cordero de Dios, (3) el mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. (4)

Todos los demás hombres no tienen más responsabilidad que la suya. (5) El Hijo de Dios no tiene ninguna, y, sin embargo, acepta la mayor, la más horrible, los pecados de todos, excesiva aún para Él. Este Hijo, reflejo de la gloria de su Padre, figura de su sustancia, mantiene todas las cosas con el poder de su palabra, (6) pero aquella responsabilidad hace que la vida muera, y que la omnipotencia sucumba y desfallezca. (7)

(1) Hebr., X, 5-7.
(2) Is., LIII, 6.
(3) Juan, I, 36.
(4) I Petr., II, 24.
(5) Galat., VI, 5.
(6) Hebr., I, 3.
(7) Is., LIII, 10.

13. La lucha entre la vida y la muerte.—Hasta este momento, la muerte había incontestablemente reinado en la tierra. Ahora, entra la vida en lucha con ella.

Fué un curioso combate, en que la muerte luchaba con la vida por la vida, y en que la vida combatía con la muerte por la muerte. Fué una victoria extraña, inaudita, aquella en que la vida sucumbió ante la muerte y la muerte ante la vida. La muerte fué absorbida en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado. (1) El pecado fué muerto, y la muerte desapareció con él.

14. El fruto de la redención.—Hubo hasta entonces un abismo infinito entre nosotros y Dios. Jamás llegó ninguno desde aquí hasta Dios, ni vino desde Dios á nosotros en tanto que el abismo estuvo abierto. Pero lo infinito se puso en él, y quedó colmada su profundidad. Lo que antes era un abismo se convirtió en camino practicable; lo torcido será enderezado, y los ásperos serán caminos llanos. (2) Nadie va á Dios Padre sino por el que se ha hecho nuestro mediador y reconciliador. (3) Por él tenemos los unos y los otros acceso al Padre, que, de Dios ofendido, se convirtió en padre nuestro. (4) Por él, primicias de los que duermen, (3) fué recuperada la vida, y por él, primero en renacer de la muerte, (5) se hizo la paz entre el cielo y la tierra, y todo ha sido reconciliado. (6) Dios reconciliado con el hombre, éste reconciliado consigo mismo, con el dolor, con la vida, con el mundo.

15. La muerte de Cristo.—Al mismo tiempo que en la capital del mundo representaba con incomparable fidelidad el paganismo su agonía en la estatua de Laocoonte, regio sacerdote en quien la divinidad manifestaba su justicia, el Rey de la gloria, el Pontífice eterno, luchaba con la muerte entre los olivos de Gethsemaní.

(1) I Corint., XV, 54-56.
(2) Luc., III, 5. Is., XL, 4.
(4) Eph., II, 18; III, 12.
(3) I Cor., XV, 20.
(5) Col., I, 18
(6) Col,, I, 20.

Con las palabras profundamente significativas: «Y por ellos me santifico á mí mismo», (1) entró en este campo, ofreciéndose como víctima expiatoria por la humanidad. Las prevaricaciones de todo el mundo están sobre él; la antigua serpiente vibra furiosa en torno de él su lengua. Él sólo quiere ser presa suya en vez del mundo, al que hasta entonces podía considerar como víctima suya la serpiente. El monstruo le enlaza con sus espirales.

Él se estremece, se paralizan sus fuerzas: cae en tierra; de sus poros brota sangre. También Él es hombre, aunque llame á Dios su padre; experimenta como un hombre cualquiera lo que son el dolor y las angustias; como jamás el pecado contaminó su alma, no se embotó el sentimiento. «Padre, exclama desde el fondo de su corazón, a la vez divino y humano, si es posible, que pase de mí éste cáliz». (2)

Pero el Padre no puede tener piedad del Hijo, si el pecador ha de encontrar misericordia. Uno de ellos debe morir. Si el Padre concede gracia al Hijo, no puede entonces perdonar al rebelde.

Un momento más, y el Hijo estará en lucha con la muerte. Ya las cadenas del pecado le comprimen el pecho en mortal agonía; y en su extrema aflicción, abre por segunda vez los moribundos ojos y exclama con doliente voz: Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado? (3)

Con estas palabras, el mundo se estremeció hasta sus profundidades; sabe que en ese momento queda su suerte decidida. Si el Padre en ese instante supremo rompiese los lazos de su Hijo, estos oprimirían de nuevo á la humanidad y la ahogarían.

Pero el cielo fué inexorable con su Señor; el sol negó su luz, y la oscuridad cubrió la tierra. «Padre, perdónalos», (4)

(1) Juan, XVII, 19.
(2) Math., XXVI, 36.
(3) Math., XXVII, 46.
(4) Luc., XXIII, 34.

murmuró la víctima con sus labios, cárdenos ya por la muerte. Y cuando se disiparon las tinieblas y el cielo apareció de nuevo, el sol iluminó al Dios inmortal, muerto por el pecado, y á la humanidad proscripta, pero redimida de la muerte.

CONFERENCIA XXI

LA FUENTE DE TODO PECADO

1. La verdadera filosofía de la historia ha de tener igualmente en cuenta la libertad humana y el poder divino, lo natural y lo sobrenatural.—Entre los más difíciles estudios, á que puede entregarse el espíritu humano, debe contarse la filosofía de la historia, ó, como hoy dicen, la moral de la historia ó la psicología de los pueblos, expresiones evidentemente impropias. Presentar el desenvolvimiento de la humanidad en conjunto, y á la vez todos los adelantos y retrocesos importantes de las diversas partes que la constituyen, de tal modo que se de á cada acontecimiento el puesto y la categoría que les corresponden, y apareciendo, sin violentarlos, como elementos de un todo orgánico; tener debidamente en cuenta los accidentes externos, explicándolos con claridad por las internas causas que los producen, así como sus fines últimos, realizados ó no; todo eso, exige un gran amor á la verdad, fidelidad á prueba de pasiones, entendimiento perspicaz, juicio imparcial, inteligencia adiestrada en historia y en filosofía, y por fin, un corazón capaz de conceder entusiasta admiración á los grandes hechos, sin regatear por esto su afecto á los de menor importancia.

No es para maravillar que hayan sido tan pocos los que lograron tratar satisfactoriamente una materia tan vasta como difícil. En rigor, sólo puede adjudicarse esa gloria á tres eximios pensadores: San Agustín, Dante y Bossuet. Verdad es que muchos hombres distinguidos siguieron con laudable seriedad la ruta indicada por esas tres persona-

murmuró la víctima con sus labios, cárdenos ya por la muerte. Y cuando se disiparon las tinieblas y el cielo apareció de nuevo, el sol iluminó al Dios inmortal, muerto por el pecado, y á la humanidad proscripta, pero redimida de la muerte.

CONFERENCIA XXI

LA FUENTE DE TODO PECADO

1. La verdadera filosofía de la historia ha de tener igualmente en cuenta la libertad humana y el poder divino, lo natural y lo sobrenatural.—Entre los más difíciles estudios, á que puede entregarse el espíritu humano, debe contarse la filosofía de la historia, ó, como hoy dicen, la moral de la historia ó la psicología de los pueblos, expresiones evidentemente impropias. Presentar el desenvolvimiento de la humanidad en conjunto, y á la vez todos los adelantos y retrocesos importantes de las diversas partes que la constituyen, de tal modo que se de á cada acontecimiento el puesto y la categoría que les corresponden, y apareciendo, sin violentarlos, como elementos de un todo orgánico; tener debidamente en cuenta los accidentes externos, explicándolos con claridad por las internas causas que los producen, así como sus fines últimos, realizados ó no; todo eso, exige un gran amor á la verdad, fidelidad á prueba de pasiones, entendimiento perspicaz, juicio imparcial, inteligencia adiestrada en historia y en filosofía, y por fin, un corazón capaz de conceder entusiasta admiración á los grandes hechos, sin regatear por esto su afecto á los de menor importancia.

No es para maravillar que hayan sido tan pocos los que lograron tratar satisfactoriamente una materia tan vasta como difícil. En rigor, sólo puede adjudicarse esa gloria á tres eximios pensadores: San Agustín, Dante y Bossuet. Verdad es que muchos hombres distinguidos siguieron con laudable seriedad la ruta indicada por esas tres persona-

lidades insignes; pero no alcanzaron los resultados apetecidos, ya por haber tratado arbitrariamente los hechos, ó por cercenar la libertad humana ante la omnipotencia divina. Otros, por el contrario, interpretando por modo aún más violento la realidad, prescindieron de la intervención providencial, y convirtieron la historia en arena del arbitrio humano, ó en campo donde funcionan con irresistible acción las fuerzas de la naturaleza. Los principales representantes de esa mal llamada filosofía de la historia son Voltaire, Montesquieu, Herder, Schelling y Hegel.

Únicamente puede responder á la cuestión planteada quien tenga en cuenta la libertad humana y el poder divino, quien no sacrifique lo terreno á lo invisible, ni por lo natural eche en olvido lo sobrenatural.

Para el que, á manera de vividor irreflexivo, tome las cosas tales como son; para quien, como Hegel dice que ha de ser lo que debe ser, ó presume, como Montesquieu, poder explicar la historia de la humanidad por la geografía y el clima; ó, como Büchner, Vogt y Moleschott, por los alimentos y el modo de vivir; para esos, las palabras filosofía de la historia no pueden tener sentido alguno. Mezquinos resultados alcanzará quien no vea en los acontecimientos otra cosa que el producto de la malicia, la sagacidad ó la fragilidad humanas.

No pretendemos decir con esto que resolverá más acertadamente la cuestión el que en todas las cosas no ve sino la extraordinaria intervención de Dios, como si éste permitiese al hombre ejercitar durante algún tiempo, y sólo en apariencia, sus fuerzas, derribando repentinamente su obra, como el niño que deja volar el saltcn hasta que retira el hilo con que le tiene sujeto.

Todo esto es puro exclusivismo que á nada conduce. No debe la historia ser una seca enumeración de hechos y anécdotas, como tampoco una arbitraria amalgama y un torpe empleo de verdades deducidas de la experiencia, conforme á ideas preconcebidas. Se equivoca quien en el curso de los acontecimientos ve una burla continua de los esfuerzos humanos, pero se equivoca también el que considera la libertad personal como facultad creadora é independiente. El mundo no es un altar de sacrificio, en que sea inmolado el hombre por Dios para salvar sus designios tan pronto como aquél se atreva á dar un paso; pero tampoco es un reino sublevado, que se haya hecho de tal modo independiente, que nada tenga ya que disponer el rey legítimo.

Ninguna de esas afirmaciones es verdadera. El hombre propone y Dios dispone; así dice el Espíritu Santo,[1] así la antigua sabiduría del proverbio popular, así también la verdadera filosofía de la historia. Sin perjudicar nada á la libertad humana, es Dios quien todo lo dirige á la realización de sus fines. Por eso no es necesario que, para ver á salvo el honor de Dios, cause alguno perjuicio al del hombre, ó violente los acontecimientos. Al contrario, se advierte siempre que el más imparcial en reconocer las grandes acciones del hombre y rendir testimonio á la verdad, cualquiera que sea, es quien tiene fe más viva en la omnipotencia divina; y que á su vez nadie se halla tan dispuesto á ver un poder supremo en el gobierno de nuestros destinos, como quien tiene profundos conocimientos del mundo y de la historia.

2. La salvación del hombre sólo es posible mediante su cooperación con los designios de Dios concernientes á aquélla.—Todo esto es irrefutable aun mediante el pecado. Lejos de arruinar el reino de Dios, ó de obligarle á cambiar sus designios, debe precisamente contribuir á asegurar de un modo más glorioso la realización de sus proyectos, en los que entró ya desde la eternidad. Por el mal nada pierde Dios de su influencia y de su poder; y en lo concerniente á nosotros, habiendo decretado desde la eternidad en su bondad y sabiduría la Redención, existió un medio por el cual las amargas consecuencias de nuestra rebelión contra la majestad divina son suprimidas y pueden ser convertidas en fuente de salvación.

(1) Prov., XIV, 12; XVI, 2, 25; XX, 24; XXI, 1, 2.

Así, pues, la perfidia de la humanidad, no sólo nada quitó á la Providencia de Dios que gobierna el mundo, sino que más bien le procuró nueva gloria.

Pero el misterio de la reparación, en el que se manifiesta del modo más espléndido la plenitud de la misericordia divina, resucitó, ó, por lo menos, fué revelado mediante el inicuo aniquilamiento del orden divino y de la felicidad humana.

Por consiguiente, Dios nada perdió por el pecado; más bien, si es lícita la expresión, le sirvió de nueva glorificación por parte de sus criaturas. El hombre perdió sin duda muchísimo en justo castigo, pero á lo menos conservó el ser todavía dueño de sus destinos, como antes de la culpa.

Según esto, no puede bastar que Dios, por su parte, lo haya ordenado todo de la mejor manera para mantener sus ideas de salud, sino que el hombre debe también hacer lo posible para aprovechar los medios de salvación que se le ofrecen, para salir de la corrupción en que cayó. Dios hizo bastante, y más que bastante para sacar al género humano del abismo, pero lo menos que puede hacer éste, por su parte, es cogerse á la tabla de salvación que le presentan. Así, pues, no podrá levantarse el hombre de su profunda caída, sino á condición de que, libre y espontáneamente, coopere á las disposiciones divinas relativas á la salvación. Las gracias de Dios y los méritos del Redentor á nadie aprovecharán, á menos que se participe de ellos, y esto sólo sucederá á condición de apropiárselos; como no sanará el enfermo, por más que el médico prepare remedios enérgicos, si aquel se niega á tomarlos. Verdad es que la mera aceptación del medicamento no devuelve la salud; ésta se recobra por la eficacia del remedio mismo, cuya virtud no producirá resultado, si el paciente no se determina á dejarse curar.

3. El orgullo es la causa de la caída y estorba la salvación.—En eso precisamente está la dificultad. Nos encontramos en presencia de un enfermo extraño, que pone á dura prueba la habilidad y la paciencia del celestial médico. Hay enfermos que molestan á todos con sus quejas; no pueden dormir, ni les gusta ningún alimento; en todo el cuerpo sienten los efectos de su dolencia. Pero infeliz de quien les indique la causa de su enfermedad é intente persuadirlos de que recobrarían la salud tan pronto como hiciesen desaparecer aquella causa.

La humanidad es un enfermo de esta especie. Desde hace mucho tiempo, la tierra escucha sus incesantes lamentaciones; esparce sus gemidos por los vientos, los lanza hasta las estrellas, y frecuentemente á la luna, de la que dijo Pope con finísima sátira que en ella se conserva lo que en la tierra para nada sirve ya: ingenios superficiales, tan distinguidos como inútiles; almas heroicas descontentas, lágrimas de herederos, suspiros de enamorados, promesas de cortesanos, juramentos de políticos, propósitos formados en el lecho de muerte. Mas si alguien se aventura á tomar el pulso á aquel enfermo y llamar su atención sobre la causa de su mal, le verá en seguida impacientarse y romperá en lamentaciones sin fin. Basta solamente tratar la cuestión del pecado original, para que inmediamente afirme que, en su sentir, jamás hubo cosa tan sana y tan perfecta como el hombre.

Si fuere todavía necesaria una prueba de que la humanidad está enferma, bastaría para demostrarlo ese lenguaje que precisamente nos indica el punto donde verdaderamente reside el mal.

Si hallamos un niño que no puede desempeñar su tarea, y que absolutamente no quiere que se le ayude; si vemos un mendigo, cuya miseria se revela en los numerosos agujeros de su traje, pero que arroja desdeñosamente la limosna que le damos, y reclama como derecho una subvención; si oímos gemir toda la noche en su lecho á un enfermo, que por su propia culpa sufre aquella dolencia, pero que responde con palabras desagradables y hasta ofensivas cuando le preguntamos si necesita algo; entonces no dudamos de cuál es la enfermedad de su alma;

únicamente el orgullo les impide confesar su propia miseria.

Lo mismo sucede con la humanidad. Cayó por orgullo, y por orgullo niega su caída; el orgullo es la causa de su enfermedad y el impedimento de su curación.

4. El orgullo principio del pecado, porque la mayor parte de los pecados dependen de él.—Por eso dice el Espíritu Santo que el orgullo es el principio de todo pecado: (1) palabras que la humanidad no perdona á la Revelación, naturalmente, porque no puede negarlas. Esa susceptibilidad es la mejor prueba de que son verdad aquellas palabras.

No diremos que todo pecado sea orgullo; (2) pero sí debemos decir que todo pecado tiene con él alguna relación, (3) ó puede reducirse al orgullo, ó procede de él, ó por lo menos, en él toma fuerzas.

Con profunda sabiduría dijeron los antiguos que la presunción es la raíz de todas las herejías. (4) En efecto, jamás fué obstinadamente profesado un error conocido sin que tuviese por madre ó hermana la presunción. (5) El orgullo es el espíritu de la herejía. Por diferentes que sean los errores, concuerdan en un punto, en el orgullo del entendimiento, y la mayor parte de las veces también en el orgullo de la voluntad. (6) El orgullo es, por regla general, enemigo de la verdad; ningún amigo de ésta es orgulloso. Si alguna vez se juntan el orgullo y la verdad, no se atiene aquél á ésta en cuanto es verdad, sino porque es su propia opinión. (7) Pero no permanece mucho tiempo con

(1) Eccli., X, 15. Tob., IV, 14.
(2) S. Agustín, *Natura et gratia*, XXIX, 33.
(3) S. Agustín, *Peccat. mer. et remiss.*, II, 17, 27; *Nat. et grat.*, XXIX, 33; ps., XVIII, 2, 15. Julian. Pomer. (Prosper), *Vita contemplat.*, III, 2. Greg. Mag., *Mor.*, XIV, 64; XXXIII, 4; XXXIV, 48. S. Tomás., 1, 2, q. 84, a. 2; 2, 2, q. 162, a. 7; q. 163, a. 1. Juan Saresber., *Polycr.*, III, 3. Thomasin von Zerklaere, 11903-12002.
(4) Sailer, *Weisheit auf der Gasse*, (G. W., 1819, XX, 1, 84).
(5) S. Agustín, *Gen. contra Manich.*, II, 8, 11.
(6) *Ibid.*, *Sermo* XLIV, 8, 18. Bernard., *Cant.*, LXV, 2.
(7) *Ibid.*, *Confess.*, XII, 25, 34.

ella; su vestido es demasiado sencillo para él; no le adula ni encuentra nada halagüeño en aceptar lo que todos admiten. Y si tiene que sujetarse á ella, ó conformar con las suyas sus propias opiniones, toma en seguida su determinación. Por eso el orgullo no puede creer. La doctrina sencilla de Aquel que tan profundamente se humilló, repugna á toda su naturaleza. (1)

Y como á la verdad, así trata á todo lo que tenga afinidad con ella, á saber, la rectitud en el razonamiento, la sencillez en la palabra, la templanza, la pobreza, la abnegación. «En los ojos velados por la presunción no puede penetrar la luz»; (2) y cuando obstruye el corazón, nada bueno penetra en él; solamente el mal encuentra sitio y justificación.

No es orgullo apetecer banquetes suntuosos, pero con frecuencia va esto unido con el orgullo. Si exhortásemos á uno de esos aficionados á tener una vida más sobria, tal vez se indignaría de que le tuviéramos por esclavo de su estómago, y procuraría escudar su amor á la buena mesa con la supuesta necesidad de sacar á salvo el decoro de su estado ó de hacer ver lo cuantioso de su fortuna. No menos fácil es descubrir los hilos ya sutiles, ya toscos, con que la prodigalidad y el lujo, el disimulo, la astucia, la intriga, la impaciencia, la dureza en los juicios, la calumnia, la falta de caridad, la terquedad, la rebeldía contra toda enseñanza y muchos otros defectos, están ligados estrechamente con el orgullo.

5. Porque es la fuente de aquéllos.—Pero más numerosos aún son los defectos que tienen en él su origen como venenosa planta de una mal raíz. La soberbia curiosidad del espíritu, la conducta licenciosa, el lenguaje libre, el afán de singularizarse, la jactancia, la ambición, la temeridad, la dureza, pertinacia y frialdad del corazón, la indiferencia por el mal ó el bien ajenos, la manía de discutir, la discordia, la intolerancia, la vanagloria, el apego

(1) S. Agust., *Sermo* CXV. 2; CLX, 3; *Civ. Dei*, IX, 29, 2.
(2) Kœrte, *Sprichwœrter der Deutschen* (2), 1192.

á las distinciones; son cosas que nadie dejará de considerar como frutos del orgullo.

Y aun otros hechos, que no son precisamente pecados, ni muestran tan claramente su origen, proceden también de la misma fuente. Momentos hay en que la violencia ó la vanidad de las personas que tratamos, la insustancialidad de las relaciones sociales, de tal modo nos repugnan, que desearíamos estar muy lejos de esta sociedad en que vivimos. Entonces comenzamos á darnos cuenta de cómo el orgullo envenenó nuestra vida. A la verdad, muchas de aquellas prácticas no son otra cosa que la expresión natural del orgullo, toda vez que éste es la tendencia á parecer lo que no somos; [1] por esta razón son sus caracteres distintivos, el fingimiento, la vanidad y la manía de lograr estimación sin tener valor positivo. Si el orgulloso no se sintiera tan vacío interiormente, no haría tantos esfuerzos para ostentar un crédito y una autoridad que no tiene; [2] pero es una tendencia malsana, y por esta razón, cuanto de él procede es tan poco natural, tan afectado y tan falso; [3] por él se explican muchos usos y formalidades que hemos creído deber introducir, ostensiblemente para testimoniar cortesía á los demás, pero en realidad, con objeto de hacernos valer á sus ojos y de que formen ventajoso concepto de nosotros; así se comprende que á menudo nos satisfagan tan poco y nos hagan hasta avergonzarnos de nosotros mismos.

Es, por lo tanto, una profunda verdad psicológica, el que los hombres inspirados en el espíritu de Dios reconozcan en todo mal un efecto del orgullo. No por esto resultan igualmente graves y abominables todos los pecados; pero que uno sea grave, otro leve, la razón de la falta está siempre en el alejamiento de la inteligencia relativamente á Dios, alejamiento que es completo en el pecado mortal, é incompleto, por fortuna, en el venial. [4] Pero separarse de Dios y

(1) S. Agustín, *Gen. contra Manich.*, II, 5, 6.
(2) *Ibid.*, Ps., XCV, 9.
(3) *Ibid.*, Ps., CXXI, 8; CXXXIX, 13.
(4) S. Tomás, 2, d. 42, q. 1, a. 3 ad 5; 3, q. 88, a. 1.

fijarse, por decirlo así, en sí mismo, es orgullo; [1] por consiguiente, éste abre la vía á todo pecado, aparta de Dios el corazón, ó en tal manera le divide, que sólo en parte y débilmente se da á Dios, su último fin, y le hace capaz de todo pecado, aunque en realidad no los cometa.

Por esto alguien dijo en otro tiempo, con profundo sentido, de la soberbia, en una descripción seria con apariencias de broma, que, por consideración á la verdad, nos permitimos corregir un poco: «Cuando está el orgullo en su trono, nombra su canciller á la arrogancia, consejero de Estado al crimen, camareros á la pusilanimidad y al desaliento, jueces á la ira y á la acritud de carácter, bufones á la volubilidad y á la irreflexión, y al tedio su compañero y su lector. En cuanto á la mansedumbre, la generosidad y la franqueza, tuvieron que abandonar la corte».

Con mejor doctrina discurre uno de los más profundos conocedores del alma humana, Gregorio Magno, cuando escribe: «Se conoce pronto á quien está henchido de orgullo, en su tono de voz poco modesto, en su áspero silencio, en su inmoderada alegría, en su tristeza furiosa, en la violencia de sus afecciones, en su andar altanero, en sus respuestas rencorosas. Un hombre así es capaz de hacer toda clase de ofensas, incapaz de tolerar ninguna, perezoso en obedecer, lleno de vehemencia cuando se trata de hacer mal á otros, lento en realizar lo que puede y debe hacer, siempre dispuesto á lo que no debe. Nadie puede persuadirle de que haga más que aquello á que su propia voluntad le inclina; pero procura que se le obligue á hacer lo que él mismo desea, pues cuando teme ser censurado por sus deseos, admite ser exteriormente obligado á realizar aquello mismo que apetece su voluntad». [2]

6. Y porque de él toman toda su fuerza.—El orgullo se insinúa de tal modo también en los pecados que ninguna relación tienen con él, que precisamente en él adquieren toda su fuerza de seducción. Nadie diga, por lo

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 84, a. 2; 2, q. 162, a. 7.
(2) Greg. Mag., *Moral.*, 34, 52.

tanto: ¿Qué relación hay entre el orgullo y la borrachera, la impudicia y la pasión del juego? No se sabe responder á esto: ¿Quién pidió jamás lógica á la vanidad, á la obstinación y al orgullo? En ciertas personas histéricas, víctimas de la más tonta especie de orgullo, se puede observar que está su amor propio tanto más satisfecho, cuanto más imposibilitadas se hallan de comprender sus saltos, sus contradicciones y sus necedades las personas sensatas.

Pero el orgullo es siempre así, aun cuando no se muestre tan pueril ó tan maligno. Aun pudiendo renegar de sí mismo y fingir, para realizar con más seguridad sus designios mediante una falsa humildad, bajezas y adulaciones, es también capaz de interesarse en cosas que en apariencia le son extrañas ú hostiles. Por eso el poeta pagano se hace con asombro estas reflexiones: «¡Oh iniquidad! Ahora advierto que era una criminal, y yo un desgraciado. Muero de vergüenza y me abraso de amor; siento, conozco y veo que voy á perderme, y no se qué hacer». [1] La respuesta podría parecerles imposible á los paganos; pero quien mira su alma á la luz que nos ilumina á nosotros los cristianos, resolverá fácilmente el problema, como lo hace una ilustre poetisa en los términos siguientes: «El excesivo amor, desde la primera madre hasta el último hijo, dió siempre á nuestro enemigo armas para dañarnos». [2]

Nadie comprende cómo un noble joven, de talento, pueda perder el mejor tiempo de su vida y sus energías en la sociedad de vulgares libertinos, ni encontrar agradables sus chistes groseros. Parece contra naturaleza que quien acaba de confesar con horror su intemperancia, vuelva á beber unos minutos después. Encontramos inexplicable que aquel, á quien la mentira ó la fanfarronería atrajeron ya muchas veces el sonrojo y la confusión, no pueda deshacerse de ellas. Y, sin embargo, no es difícil de comprender todo eso. Si no se mezclara el orgullo, á ninguno de esos des-

(1) Terent., *Eunuch.*, I, 1, 25 y sig.
(2) Victoria Colonna, *Sonetos*, II, 49.

graciados costaría mucho libertarse del pecado; pero aquél es el agente estúpido que sugiere al joven el deseo de darse importancia batiéndose y bebiendo, y de mostrar la fuerza y la independencia de su edad cometiendo villanías, ya que no tiene aun la madurez necesaria para actos verdaderamente serios. Por orgullo se da aires de librepensador, aunque él mismo desprecie su charla insensata; por orgullo quebranta los mandamientos de Dios, de la Iglesia y de la sociedad; por orgullo compromete su porvenir, su vida y la ajena; por orgullo se mezcla con la sociedad más peligrosa y repulsiva, tan sólo para poder decir que también él forma parte de ella, que no tiene miedo, que no se deja persuadir por nada, para darse tono con el pecado.

Por eso dice San Agustín con mucha verdad: «Un poco de levadura corrompe toda la pasta. Se dijo esto del contagio que produce el orgullo. Desde el pecado del primer hombre, que ya cayó por orgullo, está saturado de ese mismo orgullo nuestro espíritu, y, por consiguiente, se ensoberbece, de manera que deja libremente producirse los pecados propios y los ajenos, acabando por juzgarse muy honrado por delinquir». [1]

En todo lo que precede hemos podido notar, por terribles ejemplos, que las cosas suceden verdaderamente así. Nuestros doctos escritores humanistas consideran, como un hecho extraordinario y como prueba de disposiciones geniales en un hombre, la tendencia á juzgar las infracciones de la ley divina como su derecho más genuino y á crear él mismo á su antojo sus propias leyes. [2] Pero á esto se viene forzosamente á parar, cuando se deja al orgullo seguir constantemente su camino. Su naturaleza es la presunción; su fin, alcanzar un honor que no le pertenece. Todos los medios le parecen buenos para conseguir su objeto; es por lo tanto inevitable que el hombre orgulloso, si no retrocede, choque desde luego con las leyes de Dios

(1) S. Agustín, *C. epist. Parmen.*, 3, 2, 5.
(2) V III, *Conf.* XI.

que limitan nuestra acción, y por fin con Dios mismo que está más allá de esas limitaciones. (1)

7. El orgullo va hasta la idolatría personal y hasta la exclusión de Dios.—Por lo tanto, no habrá de maravillarnos que no espante al hombre orgulloso la idea de sustituir á Dios; antes bien le atrae con singular encanto. La historia suministra ejemplos tan increíbles como numerosos.

Se comprende mejor ese extravío en los que, dueños del poder terreno, corrompidos por aduladores engañosos, incurren en la demencia de creerse superiores en naturaleza á los hombres. Los aduladores de un hipócrita infame, de quien recibieron su religión los drusos, (2) ejercieron tan detestable influjo en el fatimita Hakim, á quien los historiadores atribuyen la gloria de haber sido un Nerón por toda clase de iniquidades, (3) que se hacía tributar en las calles honores divinos y saludar en estos términos: «¡Salud á ti, el único que das la vida y la muerte!» (4) El fanático perseguidor de los cristianos Yezdegerdo II, (5) el pérfido y cruel Tolomeo Epifanes, no encontraban que fuera aberración suficiente la costumbre de sus antepasados los reyes persas (6) y egipcios (7) de hacerse considerar como seres divinos; uno y otro exigían para sí la adoración que á Dios se tributa. Tolomeo se hizo en vida construir templos, hizo que se celebrasen fiestas en su honor, y tenía á su servicio sacerdotes que llevasen su estatua en las procesiones. (8) Y es curioso, que precisamente los que más á menudo incurren en esa aberración, son los peores tiranos, verdaderas parodias de príncipes, tales como Calígula, (1) Domiciano, (2) Herodes Agrippa I, (3) Diocleciano, (4) Cómmodo, (5) que se hacían ofrecer sacrificios como un dios, Heliogábalo, quien, no sólo quería ser un dios semejante á los otros, sino que aspiraba á ser el único dios, con exclusión de los demás. (6) En esta serie hay que citar á Nabucodonosor, (7) á Alejandro (8) y á César, (9) como prueba de que también las grandes inteligencias pueden ser magnates del orgullo.

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 84, a. 2; 2, 2, q. 132, a. 4; 162, a. 1.
(2) Wetzer und Weltes, *Kirchenlexikon*, (2) III, 2082; (1) III, 312 y sig.
(3) Hammer-Purgstall, *Gemældesaal de Lebenschreibungen grosser moslimischer Herrscher*, III, 227 y sig.
(4) Weil, *Gesch. des islamitischen Vœlker*, 321.
(5) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, III, 600, 609 y sig.
(6) (Aristót.), *De mundo*, c. 6 (Par. III, 637, 29). Spiegel, *loc. cit.*, III, 601. Esther, I, 19; VIII, 8. Dan., VI, 8, 12, 15. Diodor., XVII, 30, 6.
(7) Diodor., I, 90, 3.
(8) Uhlemann, *Ægyptische Alterthumskunde*, II, 51.

Pero el hombre no necesita un trono regio ó extraordinarias aptitudes de espíritu para complacerse en la creencia de que es su propio rey y señor, que es el único dios ante el cual deben todos doblar la rodilla; por el contrario, cuanto más miserable es, tanto más gusta de elevarse. No hay que buscar siempre en la cumbre de la sociedad los tiranos de peor especie; frecuentemente se los encuentra en más bajas capas sociales, en las oficinas y en los cuerpos de guardia, en las casas y en las habitaciones de los criados. Precisamente los más pequeños son los que más fácilmente sucumben á la tentación de decir: Me elevaré hasta el cielo; pondré mi trono sobre las estrellas. Subiré más allá de las nubes, seré semejante á Dios. (10)

Á ese peligro está expuesto quien tenga un concepto excesivo del propio saber, junto con el orgullo de la virtud, que deben considerarse como la más dañina de las enfermedades humanas. Una de las más nobles, y por lo tanto de las más irresistibles tendencias del hombre, es la sed de saber: poderosa también es en verdad la concupiscencia, una vez desordenada, y héroes de hierro se pliegan á su

(1) Sueton., *Caligula*, 22.
(2) Sueton., *Domitian.*, 13.
(3) Act. Ap., XII, 22. Joseph., *Antiquit.*, XIX, 8, 2.
(4) Prosper., *Chronicon* (Venet., 1744), I, 419. Eutropius, 9, 26. Casiodor., *Chronicon* (Bibl. max. PP., XI, 1364, h).
(5) Æl. Lampridius, *Commod.*, 9.
(6) Æl. Lampridius, *Heliogab.*, 6.
(7) Judith., III, 13, V, 29; VI, 2. Dan., IV, 27; V, 20.
(8) Arrian., VII, 20, 1; XXIX, 3.
(9) Appian., *Bell. civ.*, II, 106. Sueton., *Cæsar*, 76.
(10) Is., XIV, 13, 14.

influjo, como las yerbas bajo los cascos de los caballos; sin embargo, no podría ser considerada su fuerza como igual á la sed de saber, porque ésta la tenemos indeleble en el espíritu por obra de la naturaleza. (1) Si alguna vez se extravía, la caída es tanto más cierta, cuanto más estrechamente se ha adherido á la parte más noble de nuestro ser. Siempre es proporcional á la importancia de los dones que recibimos el peligro de caer en el orgullo y lo funesto del abuso.

Pero no se crea que únicamente los sabios están expuestos á ese peligro. Dios otorgó á cada hombre un don tan excelente, que para todos sin excepción constituye un grave riesgo la tentación de rebelarse contra Él; nos referimos al libre arbitrio. Ser dueño de su propia suerte, poder convertirse en creador de la propia perfección y felicidad, es un don tan poderoso y sublime, que en realidad puede considerarse como un reflejo del poder divino. Si el hombre fuese capaz de hacer uso de su libertad independientemente y por sí solo, su perfección sería casi infinita y él mismo podría llamarse un ser divino. No faltaba, pues, más que el hombre, dotado como estaba de tanto poder, se dejase inducir á hacer uso de su fuerza, prescindiendo de todo precepto y dirección superior, y aspirase por sí solo á la perfección, para que cometiese el crimen de querer igualarse al mismo Dios. (2)

Y bien; ese crimen fué cometido por los hombres. Cuentan del rey Salmoneo los antiguos, que pretendía con toda seriedad hacer creer que tenía á sus órdenes el trueno y el rayo. (3) Algunas curaciones afortunadas habían quitado el juicio de tal modo al médico Menecrates, que se creía Júpiter. Usaba trajes semejantes á los del dios, y obligaba á los infelices por él salvados de la muerte á que formasen su corte celestial, vestidos como Hércules y Apo-

(1) Aristót., *Metaph.*, 1, 1, 1.
(2) S. Agustín, *Enchirid.*, XIII, 15; *Civ. Dei*, 14, 13, 1; *De vera relig.*, 13, 26; *Gen. ad lit.*, 11, 30, 39. Sto. Tomás, 2, 2, q. 163, a. 2.
(3) Apollodor., 1, 9, 7. Virgil., *Æn.*, VI, 585.

lo, en recompensa de su curación. (1) Hasta dirigió al rey Agesilao una carta, en que hablaba como pudiera hacerlo Júpiter. (2) Apión, el sabio, ó mejor dicho, el erudito, á quien Tiberio llamaba con ironía el *cymbalum mundi* y Plinio la trompeta de sus propias alabanzas, casi llegó á igualarle, pues estaba tan infatuado de sí mismo, que felicitó á su ciudad natal, Alejandría, por el honor de que hubiese visto la luz en ella, y aseguraba la inmortalidad á cualquiera que tuviese algunas líneas escritas de su mano. (3)

Por desgracia, no se limitan á los tiempos antiguos y paganos esos ejemplos de locura. Quien desee convencerse de que tales aberraciones deben ser tomadas á la letra, no tiene más que dirigirse á Rockford, en el Illinois. Allí encontrará al fundador de una religión nueva, Jorge Jacobo Schweinfurth, quien se hace pasar por un nuevo Salvador crucificado y resucitado, y dice de sí mismo con la mayor gravedad: «Yo soy dios; tengo ilimitado poder. Sé hacer milagros, pero rara vez los hago, porque puedo sin ellos conducir á los hombres al conocimiento de la verdad». (4) Un escritor dice de Bilderdijk, el más celebrado de los modernos poetas neerlandeses: «Para él la humanidad no tenía más que un centro, y ese centro era un *yo*, una *voluntad*, y ese *yo* era el propio Bilderdijk». (5)

Lo mismo podría decirse de Constantino y de Napoleón I, y de muchos otros de nuestros grandes y pequeños personajes. El mismo espíritu de vértigo condujo también á Schopenhauer, Feuerbach, Proudhon, Renán, Carducci, Rapisardi y tantos otros poetas y pensadores modernos á

(1) Bato Sinop., *Fragm. Ephes.*, 1. Hegesander Delph., *Fragm.*, V (Müller, *Hist. Græc.*, IV, 348, 414).
(2) Plutarco, *Agesil.*, 21, 7. *Lacon. apophth.*, 59; *Imperat. apophth. Ag.*, 5. Ælian., *Var.*, 12, 51.
(3) Plinio, I, 20. Aulo-Gell., V, 14.
(4) E. P. Evans (*Allg. Zeitung*, 1889, *Beil.* 328). Gottlieb, *Christ oder Antichrist*, (2) II, 663 y sig.
(5) Jonckbloet, *Gesch. des niederlænd. Literat.* (Deutsch von Berg, II, 596).

hablar de Dios con lástima, con desprecio, con blasfemia, y á sustituirle con el hombre como evolución de la misma divinidad. [1] De ese mismo sentimiento nació la más que blasfema teología de Sallet: «Créate á capricho un dios, y hónrale mientras que le encuentres digno de ti; pero si llega á desagradarte ó no satisface tus aspiraciones, destrúyele». [2]

En la misma fuente bebió Gœthe estas horribles frases: «Únicamente el hombre es capaz de hacer lo imposible. [3] No conozco en la tierra nada tan mezquino como vuestros dioses. Los alimentáis con víctimas inmoladas y con las súplicas de quienes los imploran. ¡Ah! si fuese menos numerosa la raza de los niños y de los mendigos, que se nutren de vanas esperanzas, ¿qué sería de vosotros?» [4]

Admitimos desde luego que semejante orgullo sea una excepción rara entre los hombres; pero aunque se den más benignos nombres á otros fenómenos que de él proceden, y más fácilmente se los excuse, ¿será esa una razón para que dejen de ser lo mismo que él? Con relación al sexo débil, se les llama nerviosidad é histerismo, y en el fuerte, energía, inflexible fuerza de voluntad, conciencia de sí mismo. Nada tenemos que decir contra esas denominaciones; pero que ninguno se deje engañar acerca de la verdad, de que cuanto con ellas se trata de hacer pasar por bueno, deriva del más completo egoísmo, su pariente próximo, y en todo caso nos llevaría directamente hacia él.

Quien conozca el mundo, no podrá negar que el amor propio es capaz de un progreso que llega hasta el desprecio y apostasía de Dios; [5] y quien se conozca á sí mismo, no dudará ciertamente de que muchas de sus faltas personales le recuerdan las palabras: Seréis como dioses. Verdad es que siempre se podrá decir: ¡Ah! todo ello no era más que un sentimiento excesivo de mi valer perso-

(1) Sallet, *Ecce homo (Ges. Gedichte*, 293).
(2) Sallet, *Ecce homo (Ges. Gedichte*, 293).
(3) Gœthe, *Das Gœttliche (Werke*, Stuttgart, 1853), II, 68.
(4) Gœthe, *Prometheus (ibid.*, II, 62 y sig.).
(5) S. Agustín, *Civ. Dei*, 14, 28.

nal, un poco de obstinación. Tanto mejor si no fué más que eso; y el no haber sido más, hay que atribuirlo á benigna protección de Dios, pues bien sabemos las consecuencias malas, y muy malas, que puede tener el amor propio.

Por eso dice Platón con profunda verdad: Hay un mal, y el mayor de todos, que es innato en los hombres; todos se lo perdonan fácilmente y nadie sabe resolverse á arrojarlo de sí: es el amor propio. Los hombres se persuaden de que es legítimo, y de que no debe ser de otra manera. Pero su exceso es siempre motivo de caer en el pecado, ya que el amor nos ciega respecto de lo que amamos; por eso aquel á quien cegó el amor propio, cree deber preferir su ventaja personal á lo justo y á lo bueno. De ese modo se hace imposible juzgar acertadamente, y, sin embargo, quien aspira á ser justo y bueno, nunca debería proponerse su provecho personal, sino la justicia, sin tener en cuenta el que le fuese útil á él ó á los demás. Pero en eso precisamente se encuentra la verdadera causa del pecado; por eso nos complacemos en creer que lo sabemos todo, aunque nada sepamos; por eso impedimos á los demás que cumplan lo que nosotros mismos no comprendemos, y por eso inducimos á nuestro prójimo al pecado. Es por lo tanto un deber de todo hombre el guardarse con todas sus fuerzas del amor propio. [1] Así habla el filósofo pagano.

8. Cómo el pecado puede llegar á ser infinito y eterno.—Si, pues, el amor propio mal entendido es la verdadera causa de todos los pecados, comprendemos también la más terrible de las verdades, la de que el pecado, con sus consecuencias, puede llegar á ser infinito y eterno. No es el hecho exterior lo que decide de la malicia del pecado, ni conforme al objeto del pecado se valúa la gravedad de la falta. Con mucha frecuencia el medio es indiferente al pecador, y recurrirá á cualquiera otro si lo juzga útil; pero sea que manifieste sus malas intenciones con unos actos ó con otros, hay algo que permanecerá siempre lo mismo,

(1) Platón, *Leg.*, 5, 4, p. 731, e.—732 b.

si el hombre no se reforma radicalmente: es que la mala voluntad interior decide, y hace que cada mala acción, grande ó pequeña, sea pecado. Y lo que pervierte á la voluntad es el amor propio, el orgullo del corazón.

Admitido eso, fácilmente se advierte cuán erróneo es afirmar la naturaleza transitoria del mal, como hace Fichte el joven; (1) al hablar así, demuestra que desconoce la manera de proceder de los hombres. Cuando se hace el mal, no se piensa ordinariamente más que en el acto de breve duración que se ejecuta; pero con frecuencia el pecado no está en eso, siendo á veces indiferente al acto externo. Por eso ocurre que un mismo acto sea lícito á unos, prohibido á otros, que en unos casos sea una falta leve, en otros un crimen.

La pecabilidad no está especialmente en el acto, sino en el corazón; por lo cual, siendo la intención mala, una cosa, buena en sí misma, se convierte en mala.

El acto pasa, pero la intención permanece. Las palabras seductoras, las acciones vergonzosas, desaparecen como el humo en el aire; el mal pensamiento no deja huellas, como tampoco el pájaro que vuela, pero no por eso desaparece del mundo el pecado. No hablamos aquí de los efectos del pecado; la historia dice qué amargos frutos puede producir, años después de pronunciada, una sola palabra traidora, mentirosa, corruptora de las costumbres; pero aquí se trata de lo que hace pecaminoso al acto ó al pensamiento, es decir, de la voluntad mala y del orgullo rebelde; y en este concepto, el pecado tiene, como la cizaña, una vida tenaz. La mala acción se hace en poco tiempo, y pasa pronto; pero lo que la convierte en pecado, el orgullo y la mala voluntad animada por él, existían antes que ella, y quedarán mucho tiempo después que aquélla haya desaparecido. Únicamente pasó la acción, el pecado quedó; aquélla tal vez fué ya hace mucho tiempo olvidada por todos, y hasta por quien la cometió, pero el pecado no tuvo perdón.

(1) J. H. Fichte, *Ethik*, II, 1, 151.

Según eso, quien una vez pecó ¿no tiene ya esperanza de ser perdonado? Sería un error creerlo, y nunca podríamos insistir bastante en este punto. No sólo puede esperar el perdón, sino la rehabilitación completa; le basta alejar de su corazón la causa del pecado, humillar su orgullo, y todo, en lo que de él depende, estará de nuevo en orden. Pero sin la sumisión á Dios, todo otro medio sería inútil.

Hemos tocado con esto el punto más sensible. ¡Sumisión! ¡Humillación! Palabras intolerables. Sí, de no ser el orgullo á quien se impusiera ese deber; mas ¿puede el orgullo suicidarse? Se comprende la rebelión que la palabra arrepentimiento suscita en el espíritu. «Pero, aunque me fuese posible arrepentirme, obtener gracia, y volver á mi primitivo estado, ¿no haría mi elevada condición renacer los pensamientos altivos? ¡Cuán pronto me retractaría de lo que hubiese jurado una fingida sumisión! Una vez libre de mis males, revocaría como nulos unos votos arrancados por la violencia y pronunciados en el dolor. Jamás podrá nacer una reconciliación sincera donde tan profundamente penetran las raíces de un odio mortal. Eso me conduciría tan sólo á una infidelidad mayor y á una caída más funesta; sería pagar á demasiado precio un breve indulto!» (1) ¡Humillarme yo! ¡Entregarme yo mismo! ¡No! Quedo siendo lo que soy, y así quiero quedar eternamente. Si Dios no se conforma, que me aniquile. ¡Pero arrojarme yo cobardemente á sus pies, reconocer una ley superior á mí, jamás lo haré! Tal es el lenguaje del orgullo.

«¡No! Por el cielo en que reside y gobierna, por el abismo, por las innumerables estrellas, por la vida que poseo con él. ¡No! Reconozco en él un vencedor, no un soberano. Tendrá el homenaje de todas las criaturas, pero no el mío. Seguiré luchando con él, como en otro tiempo lo hice allá en el cielo. Por toda la eternidad, en el abismo insondable del infierno, en toda la duración de las edades sin fin, no cesaré de combatirle. Estrella por estrella, planeta por planeta, universo por universo, todo vacilará en dudosa

(1) Milton, *Paradise lost*, IV, 81 y sig., 93 y sig.

alternativa hasta que cese el porfiado conflicto, si alguna vez debe cesar, pues no acabará en tanto que el uno ó el otro no sea destruído. Pero ¿podrá concluirse nuestra inmortalidad? ¿Quién podrá extingir nuestro odio implacable?» (1)

Hasta que no sea quebrantado el orgullo del corazón, no hay que pensar en arrepentimiento ni en conversión. Pero «no se puede absolver á quien no se arrepiente. Ni es posible á la vez arrepentirse y querer el pecado, por la contradicción que envuelve». (2)

Teniendo eso en cuenta, se comprende que haya un pecado eterno, y por lo tanto, un eterno castigo. Comprendemos que el corazón de cada cual se rebele ante la idea de un castigo eterno; estas palabras conmueven aún al hombre más indiferente; hasta el hombre que juega con el vicio y con el crimen se irrita contra ellas, como si fuesen las palabras más escandalosas que pudieran salir de labios humanos. Eso prueba que la naturaleza humana es indestructible. Se puede cobrar afecto al pecado, y amontonar pecados; se puede proceder contra la razón y contra la conciencia, ó, en otros términos, contra la naturaleza; pero suprimirla del todo, es imposible: se abre impetuosamente camino con la violencia misma de su disgusto.

Por desgracia, únicamente se irrita contra las consecuencias del pecado, no contra sus causas, y sin embargo, no debería desconocer que aquí, como siempre, á las causas responden los efectos. Si el pecado es soberbia, debe considerárselo como alejamiento de Dios; si aquella permanece inflexible, nada hará que desaparezca la separación. Jamás podrán vivir unidos ídolos y Dios. Quien se atenga á los ídolos, no tiene el derecho de quejarse si Dios no quiere estar con él. Que se irrite contra la reprobación eterna, podrá parecer un derecho; pero que se irrite también contra el que lo hace eterno, esto es, el orgullo del pecador, el primero de todos los ídolos.

(1) Byron, *Caïn*, 193 y sig. Cf. Dante, *Inferno*, XIV, 46, 72.
(2) Dante, *Inferno*, XXVII, 118-120.

Dios no puede suprimir el infierno, como tampoco lo creó; la soberbia creó el pecado y el infierno; la soberbia hace eternos el pecado y el castigo; únicamente la soberbia puede suprimirlos. Cuando determine someterse á Dios, entonces habrán concluído el pecado y el infierno.

9. El pecado no muere por sí mismo.—Obra de un momento es el pecado: como surge el rayo de la sombría nube, así brota aquél del corazón corrompido y produce incendio de muerte, si no contra pacíficos hermanos, á lo menos contra el alma propia.

Pero no por eso el corazón se desprende de la corrupción en que adquirió su fuerza devastadora; se comete el pecado, y la corrupción sigue siendo la misma. El pecado salió del corazón, pero se cierne sobre él, ó mejor dicho, sigue viviendo en él, y no desaparecerá hasta que sea cegada la fuente que le dió vida.

Inútil sería esperar que pierda por sí misma energía y vida esa causa de nuestra culpabilidad. La pasión sensual se apaga al mismo tiempo que el calor vital; la cólera se desvanece cuando se olvida al ofensor; únicamente la soberbia no es vencida por el tiempo, ni le quita su mortífero poder la decadencia de las fuerzas vitales. Al pretender dominarla por medio de la razón, se la exaspera; si vence, aumenta su audacia; si queremos humillarla, crece su cólera.

Por lo tanto, el amor propio nunca muere por sí mismo: si no le matamos en lucha á muerte, eternamente vivirá. Y ¿qué podemos hacer contra él? El amor y la vida son indestructibles como nuestro mismo ser. Si el propio yo es el enemigo que deseamos vencer, si su vida es nuestra vida, y si su arma es el amor que nos tenemos ¿cómo podremos esperar nunca vencer en esa lucha, solos y abandonados á nuestras propias fuerzas?

10. Sólo la gracia puede salvarnos de nosotros mismos.—Ni la sabiduría ni el poder humanos pueden nada contra el orgullo, porque la prudencia y la fuerza son su madre y su nodriza. Para dominarlo se necesita un

poder superior á nuestras fuerzas. Siendo verdad que el orgullo es la raíz del pecado y la enfermedad del género humano, no puede haber duda en que el mundo no se curará, hasta que un poder sobrenatural no se incline misericordioso hacia nosotros. Nuestro poder basta para echarnos á tierra; el hombre cae inevitablemente cuando se envanece de su fuerza propia. Y le es imposible levantarse sin una virtud superior, y esa virtud, ese poder—aquí, por vez primera apuntamos la palabra que en lo sucesivo nos acompañará siempre, y que esperamos nos salvará—es la gracia misericordiosa de Dios.

CONFERENCIA XXII

EL ARREPENTIMIENTO

1. El encarecimiento en las palabras.—Una de las enfermedades más difundidas, pero—tenemos que confesarlo—una de las menos dañosas también, es la tendencia á exagerar. Hay en la familia un jovencito que hace moderados progresos en sus estudios; es de creer que saldrá bien de los exámenes. Más adelanta en el baile y en el patinar; estuvo alguna vez en la escuela de equitación, y no sufrió ninguna caída. Lo que especialmente le distingue es su exterior; casi tan alto como su papá, le apunta ya el bozo; además tiene modales distinguidos. No carece de ingenio, ni hay peligro de que le perjudique la excesiva modestia. Basta eso para que sus tías, señoras que llegaron ya á esa edad en que se experimentan deseos de ejercer una maternal tutela, hablen sin cesar á sus conocidos del nuevo Salomón que hay en la casa. No tiene tanta suerte la hermana más pequeña. Es una niña llena de bondad, obediente, piadosa, modesta, pero su trato se resiente de cierta timidez en presencia de extraños; eso, que tan bien parece en una jovencita, le vale cada noche al acostarse amargas reconvenciones por tonta y por necia; hasta le dicen que es insufrible.

Ordinariamente, hablamos tan sólo en superlativo. ¿Qué no sucederá cuando algo provoque nuestra admiración? De esa manera se han hecho de moda esas ridículas expresiones de comparativo y superlativo, tan frecuentes, que ya no prestamos atención á su fatuidad. En las casas suelen quejarse de que los panes son ahora *infinitamente* pe-

poder superior á nuestras fuerzas. Siendo verdad que el orgullo es la raíz del pecado y la enfermedad del género humano, no puede haber duda en que el mundo no se curará, hasta que un poder sobrenatural no se incline misericordioso hacia nosotros. Nuestro poder basta para echarnos á tierra; el hombre cae inevitablemente cuando se envanece de su fuerza propia. Y le es imposible levantarse sin una virtud superior, y esa virtud, ese poder—aquí, por vez primera apuntamos la palabra que en lo sucesivo nos acompañará siempre, y que esperamos nos salvará—es la gracia misericordiosa de Dios.

CONFERENCIA XXII

EL ARREPENTIMIENTO

1. El encarecimiento en las palabras.—Una de las enfermedades más difundidas, pero—tenemos que confesarlo—una de las menos dañosas también, es la tendencia á exagerar. Hay en la familia un jovencito que hace moderados progresos en sus estudios; es de creer que saldrá bien de los exámenes. Más adelanta en el baile y en el patinar; estuvo alguna vez en la escuela de equitación, y no sufrió ninguna caída. Lo que especialmente le distingue es su exterior; casi tan alto como su papá, le apunta ya el bozo; además tiene modales distinguidos. No carece de ingenio, ni hay peligro de que le perjudique la excesiva modestia. Basta eso para que sus tías, señoras que llegaron ya á esa edad en que se experimentan deseos de ejercer una maternal tutela, hablen sin cesar á sus conocidos del nuevo Salomón que hay en la casa. No tiene tanta suerte la hermana más pequeña. Es una niña llena de bondad, obediente, piadosa, modesta, pero su trato se resiente de cierta timidez en presencia de extraños; eso, que tan bien parece en una jovencita, le vale cada noche al acostarse amargas reconvenciones por tonta y por necia; hasta le dicen que es insufrible.

Ordinariamente, hablamos tan sólo en superlativo. ¿Qué no sucederá cuando algo provoque nuestra admiración? De esa manera se han hecho de moda esas ridículas expresiones de comparativo y superlativo, tan frecuentes, que ya no prestamos atención á su fatuidad. En las casas suelen quejarse de que los panes son ahora *infinitamente* pe-

queños. El entusiasta por el arte se pone fuera de sí ante el cuadro de *maravillosa* hermosura, ó al escuchar la voz *terriblemente* bella de la nueva *prima donna*. La dama nerviosa, no puede sufrir en su gabinete el reloj, porque hace un ruido *horrible*. El sobrino, al visitar á su tía, no acaba nunca de asombrarse de lo mucho que medró el gritador muchachuelo desde la última vez que le vió; le encuentra hecho un *gigante*. Federico es un chiquillo que hace unos cuantos días empezó sus estudios de violín. No podrá, como sucedía en los tiempos antiguos, enternecer las piedras ni producir frenesí en los hombres; pero su abuelita no tiene ya palabras con que decir á quien quiere oirla que es un músico *prodigioso*.

Todo eso no son pecados ni pasan de debilidades humanas bastante inocentes; pero basta que á esa tendencia se unan la impaciencia, la susceptibilidad, la ambición ó la vanagloria, para que fácilmente se conviertan en faltas, á veces graves, las que tan sólo eran debilidades. El docto que ha propuesto una lección nueva, el aprendiz de literato que publicó unos cuantos versos en un periódico, el sastre que inventó un medio ingenioso de coser botones y obtuvo patente de invención, quedan persuadidos todos de haber hecho mucho á favor de la civilización. Por el contrario, todo disgusto, toda ofensa, toda pena que nos alcance, se considera siempre como el más grave mal que pueda afligir á un hombre. Admitimos sin inconveniente que los demás también tienen sus sufrimientos, pero estamos persuadidos que en toda la tierra nadie hay más desdichado que nosotros. Claro es que cada cual está afligido por sus males respectivos, y es natural que los sienta más amargamente de lo que sentiría un mal que personalmente no le afectara; pero ¿no sabemos todos por experiencia que hay otros males muy superiores á aquellos que nos afligen?

2. La única materia en que no es fácil.—Sólo hay un sufrimiento en que nos parezca justo valerse de enérgicas expresiones. Aun se puede en esto, como veremos

después, incurrir en exageración; pero debemos admitir que no es probable en este asunto. Se trata de ese gusano roedor, que nunca muere, la conciencia de nuestra falta, en la cual tiene el espíritu vengador del orden divino un aliado muy terrible, porque es inevitable é inmortal. Recordando sus actos, se atormenta el espíritu con todas las torturas de un verdugo distinguido como inventor de crueldades; con todo eso, no ve el término de sus martirios; y lo que más le aterra es el pensamiento de que, después de una vida atormentada, continuarán, y más acerbas todavía, las mismas penas para siempre. (1)

Muchos hay que creen decir algo importante cuando se burlan de eso, como de una locura, ó lo desprecian como una cobardía; (2) pero ningún consuelo dan así á quien sufre aquellas penas; sólo sirve para aumentar su amargura el que hagan chacota de sus dolores. Con verdad insuperable nos describe un poeta, en el pasaje siguiente, la situación de un malvado endurecido: «¡Oh! vil conciencia, cuánto me atormentas!... La antorcha brilla con cárdenos colores. Son las doce de la noche, la hora de los muertos, y un sudor frío baña mis miembros temblorosos. ¿Qué temo, pues? ¿Tal vez á mí mismo? Nadie hay aquí, más que yo, estoy solo. Debo huir; pero ¿de quién? ¿de mí?... Tiene mil lenguas mi conciencia; cada una me acusa de un crimen, y me condena por infame. Todos los crímenes, en sus más horribles manifestaciones, todos juntos, gritan en mi interior: ¡Eres un miserable reo!... ¡Oh! ¡Cómo se apodera la desesperación de mi espíritu!» (3)

3. Tormento producido por la convicción de una justicia penal divina.—Contra tales sentimientos, de nada sirven la burla ni la fanfarronería; menos aún toda tentativa de negar; sabe muy bien el pecador que hay una ley superior á él; sabe que no se la dió él mismo; sabe que no se dejó á su arbitrio la interpretación y la manera de

(1) Lucrecio, III, 1031-1035.
(2) Id., III, 1036.
(3) Shakespeare, *Richard* III, V, 3.

aplicarla. Y esa ley fué violada por él; pero no era una ley muerta, es una ley llena de fuerza y de vida; tan pronto como se falta á sus preceptos, se yergue para vengarse de quien la ha pisoteado ó la ha desconocido.

La fantasía de los pueblos revistió esa convicción en las terribles leyendas de espíritus vengadores, conocidos con los nombres de Erinnias, Furias y Larvas. Según aquellas leyendas de la humanidad, esas figuras siniestras están en acecho, todo lo ven, todo lo oyen y flagelan con serpientes á los culpables que les entregan como presa, los cazan con arcos y flechas, hasta que se rinden á su tenacidad infatigable.

No son esas meras convicciones personales ó preocupaciones hijas de la educación; sino que expresan la creencia de toda la humanidad de que existe una ley superior independiente del arbitrio humano, que no se deja atropellar impunemente. (1) Hasta los estoicos, que defendían la orgullosa doctrina de que el hombre es para sí su propia ley, reconocieron en las Furias los verdugos de que Dios se sirve para castigar á los transgresores de sus leyes. (2)

Si no pudieron olvidar esa doctrina los paganos, que creían en dioses sin santidad, llenos de parcialidad en sus afectos, tan fáciles de corromper y de engañar, ¿cómo podría tranquilizarse el pecador sabiendo perfectamente que vilipendia una ley superior á él, una ley dotada de medios coercitivos, una ley idéntica á la voluntad de Dios omnipotente y santísimo? Y ese Dios es eterno, y no cambia; (3) y ese Dios es justo, sin acepción de personas, no recibe dones; (4) y ese Dios es santo; aborrece el mal. (5) Hasta que haya sido aplacado, ¿quién podrá consolar al pecador? ¿Sería tal vez la dilación en el castigo? Pero él sabe muy bien que su Dios es eterno, y que por esa razón puede esperar. Si algo hay que deba hacer intolerable el tormento del pecador, es la paciencia de Dios. El niño que afligió profundamente á su padre y no tiene la menor duda de su justicia inexorablemente severa, experimenta mayor pena en tanto que guarda silencio; menos temor le produciría ver á su padre romper en vehemente cólera, que no aquella expectación muda y ansiosa.

(1) Preller-Plew, *Griech. Mytholog.*, (3) I, 686. Nægelsbach-Autenrieth, *Homerische Theolog.*, (2) 264.
(2) Plutarch, *Quæst. roman.*, 51.
(3) Mal., III, 6.
(4) Deut., X, 17.
(5) Hab., I, 13.

¿Podría, mediante la fuga, sustraerse al juicio que le espera? Mas ¿de quién huiría? ¿Y á dónde? ¿Huiría de Dios? Pero la razón le dice: «¿Á dónde huiré para evitar tu presencia? Si subiere al cielo, tu allí estás; si descendiere al infierno, estás presente. Si tomare mis alas al salir el alba y habitare en las extremidades del mar, aún allí me guiará tu mano y me asistirá tu derecha». (1)

4. El mayor tormento y el mayor castigo del pecador se hallan en la incapacidad de aniquilar su propia naturaleza.—Y ¿de qué le serviría al pecador huir, aunque pudiera hacerlo, si le sería imposible huir de sí mismo? ¿Abandona su casa? El castigador le sigue. (2) ¿Vuelve á ella? Aquél le precedió ya. (3) Como quien sólo halla discordia y desabrimiento en su hogar, procura evitarse á sí mismo y se entrega á todo lo que puede procurarle distracciones. (4) Pero ni el gozar las vanidades terrenas, ni los placeres de la belleza y de los sentidos pueden satisfacer su alma; y aunque precipitara montes en ella, no colmarían el vacío que dejó lo infinito cuando se vió obligado á abandonarla. Cualesquiera que sean las cosas caducas ofrecidas al alma, ni por un solo instante dan tregua á su tormento. Y semejante á los lobos que persiguen anhelantes su presa, experimenta tanto mayor ansiedad cuanto que más perdidas ve sus esperanzas.

Pero todo sería tolerable, la cólera de Dios, la propia desdicha, la maldición de los hombres y el odio contra sí

(1) Ps., CXXXVIII, 7 y sig.
(2) S. Agustín, *Joan. tract.*, 41, 4.
(3) *Ibid.*, *Ps.* 45, *en.* 3.
(4) *Ibid.*, 33, 2, 8.

mismo, con tal que la naturaleza le diera su aprobación; mas si el pecador despechado dice: Para nada me hace falta la felicidad y la satisfacción, puedo perfectamente vivir sin ellas, entonces la naturaleza le grita sin cesar: ¡Mientes! Y si acusa á Dios de que con sus mandamientos es la causa de toda la miseria que sufre, y en la que cree perecer, su propia naturaleza se rebela de nuevo contra semejantes blasfemias.

La maldición del pecador consiste en que no puede jamás destruir su naturaleza, y que ésta se pone siempre de parte de Dios y de la ley. Tan imposible es desmentir la naturaleza como impedir que el agua fluya hacia abajo. Puede ser detenido durante algún tiempo el torrente que se precipita de la montaña; pero no por eso dejará de romper con mayor ímpetu los diques. Verdad es que procuran tranquilizarse diciendo que sólo se trata de preocupaciones, consecuencias de una educación falsa, resultado de épocas tenebrosas, degradaciones de la naturaleza; todo es inútil. Nadie pretenderá que el ingeniero, al regular el curso del río, dió al agua la tendencia á descender siguiendo el desnivel del terreno; la tiene por naturaleza, y por eso ningún poder sería capaz de quitársela. Tan natural es el malestar que el pecador experimenta. Por más que haga cuanto le sugiera la perspicacia de la mala conciencia, encontrará siempre confirmadas en su corazón las palabras de la Escritura: «Mas el que pecare contra mí, dañará á su alma». [1] Un pecador arrepentido lo atestigua con frases que le inspiró su propia experiencia: «Me alejé del Señor, que me salvó entre oprobios; pero me engañé á mí mismo siendo infiel». [2]

5. El pecado, la más grave de las ilusiones y la mayor desgracia.—¡Si á lo menos el pecador obtuviese algún provecho de su conducta! Pero el mundo promete mucho y da poco. El pecado á su vez, todo lo promete y no da nada.

(1) Tob., XII, 10. Prov., VIII, 36.
(2) Ulrich von Singenberg, 28, 1 (Hagen, *Minnesinger*, I, 289).

¿Qué tiene el pecador después de cometida su mala acción? Si decimos: Nada, no habremos dicho la verdad. ¡Cuántos se considerarían como felices, si no tuviesen nada, si no fuesen nada! La decepción es amarga. No encontrar nada en donde todo se esperaba, quebranta mucho. Haber perdido cuantiosos y magníficos bienes creyendo adquirir algo mejor; ver en seguida perdidos los primeros y hallar en los otros un desengaño, es insufrible. Pero haber adquirido á cambio de aquella pérdida el más acerbo tormento, reproches inextinguibles, una inquietud continua, eso es peor que todo lo demás. Y en tales condiciones se encuentra el pecador.

La cólera divina se arma contra él, su propia naturaleza está profanada, su conciencia le acusa, su razón le llama insensato porque arrojó fuera de sí lo mejor que tenía, la paz, el honor, y porque malgastó su vida; en tales condiciones ¿no sería tentado por la desesperación? El cielo está cerrado para él, bajo sus pasos se abre el abismo; en su interior lleva, según la exacta frase de Bœhm, el gusano roedor, la cámara de tortura. ¿No debe hallarse en el mismo estado que el infeliz de que se habla en el relato de la caverna de serpientes que todos conocemos? Un antiguo poeta inglés, á quien la ceguera física abrió los ojos del alma, Tomás Blackok, describe ese estado del siguiente modo: «¡Cómo tiembla de pavor el malvado, surcado el pálido rostro por las penas! Para él en vano alumbra el sol; su luz le parece oscura; no tiene á sus ojos encanto alguno la campiña, y encuentra desolados los valles y los montes, para él es un tormento el plácido murmullo de los ríos, los prados se cubren de flores sin olor, y hasta el aire le niega su grata frescura. Ve negro el cielo y marchita toda belleza. ¡Cómo le aterran los fantasmas si la noche le coge solitario! Siente al andar que vacila el suelo, le parece oir un gemido en cada hoja, y en las tinieblas que envuelven su alma ve pasar en fantástica danza legiones de espíritus». [1]

(1) Chambers, *Cyclopædia of english lit.*, (4) I, 696.

No hay en estas frases exageración, ni son descripciones inventadas á capricho por quienes juzgan conforme á sus propias ideas el estado del pecador, sino que corresponden á la amarga realidad. Tendría que ser un santo y no haber cometido jamás falta alguna, quien no hubiese encontrado en sí confirmados los proverbios: Pronto se hace lo que después se lamenta largo tiempo; [1] suele pagarse con amarguras lo que se encuentra dulce al beber; [2] goce embriagador, remordimientos acerbos; [3] los pecados entran con risa y salen con lágrimas. [4] Todo juez de instrucción que entienda sus deberes sabe que su mejor medio de información es el estado interior del criminal; el malhechor más endurecido no procede jamás de un modo normal después del crimen. Si con esa infalible señal no es descubierto, únicamente á la ignorancia en el arte de conocer á los hombres deberá su salvación.

No hablamos aquí ni siquiera de esos grandes criminales, asesinos, perjuros, profanadores de templos; aun el pecado que Dante coloca en el círculo primero y más benigno del infierno, ese pecado que parece dar más placer y dulzura á la vida, la hace insufrible. Esas víctimas infelices de la lujuria no pueden tolerar su nombre deshonrado, el último recuerdo de su madre, los votos de su juventud, los dichosos días de inocencia. La mitad de ellos, según los datos de la estadística, se dan cada año un nombre falso; no se atreven á presentarse en el sitio que fué testigo de su pecado, como si temiesen que declarase contra ellos; no se determinan á respirar el aire en que arrojaron su mayor, y tal vez su único bien, la inocencia; es como si temiesen haberle infeccionado con su acción. Cambian de domicilio hasta veinte veces dentro del año; el veinticinco ó treinta por ciento no pueden ya ni tolerar la vida, y con repetidas tentativas de suicidio, procuran librarse de una

(1) Kœrte, *Sprichvœrter der Deutschen*, (2) 5084.
(2) Wander, *Sprichwœrter-Lexikon*, IV. 981, 11.
(3) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichwœter*, 7, 581.
(4) Düringsfeld-Reinsberg, *Sprichwœter der roman. und german. Sprachen*, II, 231, n.° 414. Kœrte (2), 7263.

existencia que, por su conducta, les parece más horrible que la muerte. [1]

Tales son los frutos del mal, no ciertamente inventados por los moralistas, sino madurados en realidad por el pecado; frutos que pueden ser comprobados, y que valúa en cifras la árida estadística. ¡Qué miserias interiores no ocultará el corazón, miserias que no pueden ver los ojos, y que sólo conoce quien las experimenta! Se habla de un criminal que durante catorce noches no pudo dormir, ni aún habiendo tomado cuarenta dosis de opio. [2] ¿Quién no encontrará natural que semejante estado acabe por fin en locura?

Cuando, conforme al espíritu insensible del paganismo, los antiguos consideraban cada caso de locura, y especialmente la más horrible forma de enajenación mental, el suicidio, [3] como castigo divino por un pecado cometido, evidentemente no estaban en lo cierto, pero es verdad indudable, según demuestra la estadística con espantosas cifras, que muy á menudo conduce el pecado hasta aquel abismo. «Todo pecador, dice el proverbio, es su propio verdugo». [4] ¿No tendremos, pues, razón en llamar contraria á la naturaleza una ilusión que casi naturalmente va á parar en la demencia?

El pecado es vana ilusión; mejor que nadie lo sabe el pecador, que ve siempre trocadas sus esperanzas en desencanto. Pero una ilusión que lleva al hombre hasta la destrucción de la vida, es contra naturaleza, destructora, mortal. Si una montaña cayera sobre el pecador, ¿podría hacer más que destruirle?

6. El medio único y breve de librarse de este mal. —Pero lo indudable es que el hombre no sería capaz por mucho tiempo de sufrir grandes padecimientos espirituales. Se pueden tolerar dolores físicos cuando hay tranqui-

(1) Œttingen, *Moralstatistik*, (1) 479-482.
(2) Schubert, *Gesch. der Seele*, (4) I, 345.
(3) Hartung, *Religion der Rœmer*, I, 68-71.
(4) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichwœrter*, 6, 215.

lidad interior; y cuando ayudan á favorecer ó adquirir la paz del corazón—lo que sucede siempre que se los utiliza para purificar el alma,—ó cuando sirven para demostrar amor ó generosidad hacia las personas queridas; en este caso, hasta parecen dulces, y en vez de permitir que nos eximan de ellos, más bien los buscamos con avidez. Pero complacerse en los tormentos del alma es tan imposible como odiar la felicidad propia, pues esto, y no otra cosa significarían; por eso no queda más alternativa que sucumbir, ó empeñarnos en una tarea sumamente ardua, si no se nos indica un medio seguro de eximirnos de ella.

Si, pues, son los remordimientos de conciencia la mayor de cuantas penas pueda sufrir el alma, ningún acto podría parecernos demasiado penoso, ningún sacrificio excesivo para librarnos de ellos.

Y bien; para conseguir ese fin nos está indicado un procedimiento, que no puede ser más sencillo. Ese procedimiento no exige fortaleza extraordinaria, ni está únicamente al alcance de quien disponga de cuantiosos elementos. Ese procedimiento es á todos asequible, le tenemos á mano, y es tan natural, que nuestra parte más noble nos lleva involuntariamente hacia él, aun entre las tinieblas de una vida sensual. [1] Y ese procedimiento es además tan indispensable, que sin él no es posible volver á la bondad perdida, ni librarse de las angustias del alma, ni recobrar la paz del corazón; para decirlo en una palabra, se llama arrepentimiento.

7. El espíritu del mundo y el arrepentimiento.—He ahí una palabra que produce en el corazón la emoción más profunda; unos la oyen pronunciar con terror, otros con disgusto; ninguno con indiferencia; señal inequívoca de que nadie está sano, y de que el remedio es bueno. Toda medicina fuerte produce desde luego una grave perturbación interior, y únicamente deja de surtir efecto en los que son de sana y fuerte naturaleza, ó en aquellos en quienes ningún remedio humano tiene eficacia. Pues bien, precisa-

(1) S. Agustín, *De duabus animabus*, 14, 22.

mente aquella perturbación es señal característica de que se deja sentir la influencia del medicamento; sólo después se verá si con buen ó mal resultado.

Pero que la sola palabra de arrepentimiento produzca tan desagradable impresión, se comprende fácilmente, conociendo la naturaleza del mal que al hombre aqueja. Según hemos visto ya, está el arrepentimiento en contradicción tal con la raíz de todo pecado, el orgullo, que el espíritu humano se resiste á escuchar esa palabra por miedo de verse obligado á penetrar demasiado profundamente en su interior.

Como los hombres no quieren seriamente ocuparse en él con la inteligencia, ni ejercitarle con las obras, se llegó al punto de que casi no sepan ya qué es el arrepentimiento. De ahí procede que se formen de él las más falsas ideas. Schiller cree que es la desesperación en sumo grado. «No se podría, dice, imaginar nada más heroico y sublime que el acto por el cual, oyendo cada uno resonar en el interior la voz del juez incorruptible, la encuentra de tal modo intolerable, que, desesperado, menosprecia todos los bienes terrenos y la vida misma. Tan admirable es que el hombre virtuoso sacrifique voluntariamente su vida para defender la inocencia, como que la destruya voluntariamente el criminal porque no puede sufrir los remordimientos de su conciencia. Aun en el caso de que el arrepentimiento impulse al pecador hasta el suicidio, hay una moralidad más sublime que cuando un mártir deja derramar su sangre por la virtud. Procediendo así, el justo se siente á lo menos sostenido por la conciencia que aprueba su virtud; pero el pecador, al darse la muerte, sacrifica sin ese pensamiento confortador, y por lo tanto con todo desinterés, lo más querido que hay, la vida, como homenaje rendido al arrepentimiento y á la desesperación». [1]

Pero ¿debe ser eso llamado arrepentimiento? En tal caso, razón tenía Cicerón al afirmar que había sido la fuerza

(1) Schiller, *Ueber den Grund des Vergnügens an tragischen Gegenstænden* (1836), XI, 522 y sig.

del arrepentimiento lo que impulsó á Alejandro al suicidio después del asesinato de su amigo. [1] Mas, ¿quién creerá que esa irreflexiva desesperación del orgullo pueda nunca ser una expiación ni un remedio de la falta? Los antiguos, en su ignorancia de la vida interior del alma para moderar el demasiado orgullo, en que á su entender consistía la verdadera grandeza del hombre, no conocían otro procedimiento que un desprecio excesivo de sí mismos. En nada tenían moderación. No juzgaremos, pues, como arrepentimiento y penitencia el acto por el cual, en su desesperación, Edipo se sacó los ojos, ni el de ahorcarse Fedra furiosa, ni el envilecimiento de Elena [2] hasta el punto de llamarse perra, ni el que casi todos los antiguos héroes de la tragedia acaben por suicidarse.

No; esa falta de moderación no es un cambio en el orgullo, sino tan sólo expresión de cólera porque prestó tan malos servicios; no es una corrección del falso amor propio, sino una nueva y más fiera erupción de ese defecto. En primer lugar, esos suicidas quieren aparecer grandes delinquiendo; y, además, después se desesperan, porque no ha tenido buen exito su mal propósito y les sirvió sólo para avergonzarlos.

Pues bien, el arrepentimiento debe producir como resultado la curación, y precisamente la curación de la enfermedad fundamental del espíritu, el orgullo. Por eso nadie debe hablar de arrepentimiento cuando el orgullo se rebela hasta el frenesí; únicamente un dolor juicioso, resignado, un dolor que dulcifique y humille al alma, demuestra haberse convertido el corazón, y que se ha dejado conquistar por el bien.

Por lo tanto, no toda amargura es arrepentimiento. Hay una tristeza dulce, moderada, que practica una penitencia constante y salvadora; eso es arrepentimiento; y hay una tristeza excesiva, acerba, que produce la muerte, [3] pero

(1) Cicerón, *Tusc.*, 4, 37, 79.
(2) Homer., *Il.*, III, 180; *Od.*, IV, 145.
(3) II Cor., VII, 10.

ésta no tiene con el arrepentimiento relación ninguna.

Pero, ¿por qué asombrarnos de que los antiguos no hayan conocido el secreto del arrepentimiento? ¿Acaso lo comprendieron siempre mejor los modernos? ¿En qué se diferencian las duras condenaciones de sí mismos de las expresiones de una Elena? ¿En qué se diferencian las penitencias de los jansenistas y de los metodistas del procedimiento de un Edipo? Si el profesor Ebrard en su polémica con la condesa Ida Hahn-Hahn encomia la propia congregación religiosa, porque ella sola—que se nos perdonen estas expresiones ofensivas—posee el secreto de la penitencia que todo lo destruye y pulveriza; ¿no estaríamos obligados á decir que la benigna doctrina del Cristianismo, que el dulce espíritu de Jesús, que la verdad del Evangelio, vinieron á la tierra inútilmente?

Pero no debemos llevar á mal que los filósofos modernos juzguen el arrepentimiento con tal desdén, que hasta lo excluyen de entre las prácticas virtuosas y lo censuran como execrable. Así, Kant pretende [1] que es tan sólo un despecho del amor propio, avergonzado de haber dado pruebas de debilidad ante los demás. De igual modo se expresan Adam Smith, [2] y hasta Steinbart, [3] profesor protestante de teología. Ya hemos visto que puede ocurrir eso á consecuencia de un orgullo inflexible, y que desgraciadamente sucede con frecuencia; ese dolor agudo, que descorazona y deprime, esa acritud del corazón, que se desahoga en expresiones destempladas, sin hacernos más resueltos, más vigilantes, más humildes, no es arrepentimiento, sino tan sólo orgullo herido. ¿Á quien se le ocurriría llamar arrepentimiento á semejante defecto?

Podría creerse que eso no era posible, y, sin embargo, lo hacen ciertos filósofos. Así, dice Hartmann que el arrepentimiento no es más que el absurdo de pretender que no ha-

(1) Kuno Fischer, *Gesch. der neuern Philos.*, (1) IV, 406.
(2) J. H. Fischte, *Die philosoph. Lehren von Recht, Staat und Sitte seit Mitte des XVIII Jahrh.*, *(Ethik I)* 556,
(3) Rittschl, *Rechtfertigung, und Versœhnung*, I, 383-385.

ya sucedido lo que sucedió. (1) *El sistema de la naturaleza* no reconoce en él más que el sentimiento por las malas consecuencias de nuestros actos. (2) Y Nietzsche, rudo como siempre, le llama la mordedura del perro en la piedra que se le arrojó; una estúpidez. (3) Son tristes pruebas de cuán poco estos sabios conocen el verdadero arrepentimiento; y permiten comprender cómo Spinoza (4) pudo enseñar que quien se arrepiente de una mala acción es irracional, porque se hace dos veces desgraciado por una misma cosa.

Después de los filósofos, como siempre, se encargaron los escritores populares de envilecer el arrepentimiento. Quien lea la moderna literatura se extremecerá al ver cómo sistemática y constantemente se presenta en ella el arrepentimiento como una locura. Ha de producir necesariamente un efecto desmoralizador el predicar al pueblo estos principios: El pecado es un derecho y el arrepentimiento una debilidad del hombre; y, sin embargo, esos principios se encuentran en la amena literatura con una insistencia que causa espanto. No es posible leer las obras de los poetas ó de los novelistas, sean los que se quiera, sin encontrar casi siempre el principio que Grabbe expresó con estas palabras: «Inútil es arrepentirse de lo que sucedió». (5)

¡Cuán bajo hemos caído, y cómo deprimimos al hombre mucho más que lo hicieron los antiguos paganos! Aun en los tiempos de la decadencia romana, decía Plauto al pueblo: «No hay hombre tan despreciable que no merezca perdón, si se avergüenza y se excusa de sus faltas». (6) Pero el príncipe Pückler-Muskau predica á nuestra generación que el arrepentimiento es una de las debilidades más imperdonables, una verdadera mezquindad de que se podrá

(1) Hartmann, *Phænomenologie des sittl. Bewusstseins*, 189 y sig.
(2) Erdmann, *Gesch. der neuern Philosoph.*, II, 1, 301, *Anhang CXXIV*. Stæudlin, *Gesch. der neuern Moralphilos.*, 671.
(3) Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, II, 2, 40, n.° 38.
(4) Spinoza, *Eth.*, 4, *prop.* 54.
(5) Grabbe, Herzog Theodor von Gothland, 3, 1.
(6) Plauto, *Aulul.*, IV, 10, 789 y sig.

hacer ostentación á fin de parecer bien á los ojos de los demás, pero con la que nunca se hará nada serio. (1) No vacila Bœrne en atribuir á los malvados más endurecidos, y á Satanás el primero, la gloria de la suprema sabiduría, escribiendo estas vergonzosas palabras: No arrepentirse de nada es el principio de toda sabiduría. (2)

8. El arrepentimiento como destrucción del orgullo.—¿De dónde proceden esos improperios contra el arrepentimiento? ¿Por qué prefieren tantos seguir siendo infelices antes que aceptar el arrepentimiento? ¿Por qué una cosa tan sencilla en apariencia se hizo difícil al hombre? ¿Por qué se muestra tanto interés en hacerla pasar por imposible?

Se comprendería ese disgusto si los maestros del Cristianismo concibiesen el arrepentimiento al modo que los corifeos de la Reforma y del Jansenismo, que lo representan como el aniquilamiento del hombre, ó lo mismo que esos pensadores modernos, al pretender con él la destrucción de la vida; pero ¿quién ignora que la caridad cristiana no tiene relación ninguna con esas aberraciones? Tan lejos está del espíritu del Evangelio toda falta de moderación, que se puede con seguridad afirmar que, donde quiera que se encuentre, ó bien se niega la verdad de la Revelación, ó se la expone erróneamente y con espíritu de parcialidad. Quien no rompe completamente la caña quebrada y no apaga la mecha todavía humeante, está ciertamente muy lejos, en su misericordioso corazón, de exigir que el arrepentimiento destroce totalmente al pobre pecador. (3)

Sin embargo, fácil es comprender de dónde procede ese horror que se tiene al arrepentimiento. Si fuese excesivo lo que nos exige, podríamos rechazarlo, y quedaría en paz nuestro corazón; pero lo que pide es naturalísimo y no podemos negarle el derecho de exigirlo. No es el corazón

(1) Janssen, *Zeit und Lebensbilder*, (2) 111.
(2) Bœrne, *Aphorismen*, 202 (G. W. 1868, VII, 78).
(3) Matth., XII, 20.

lo que debemos destrozar, sino únicamente la causa del pecado que hemos puesto en el corazón, es decir, la arrogancia de nuestro amor propio. No son lágrimas, ni un acerbo dolor sensible, [1] ni las salvajes erupciones de la desesperación, lo que constituye la esencia del arrepentimiento; ni es tampoco la ira impotente, sino tan sólo la humillación. [2] Por eso no era arrepentimiento el modo que Caín tenía de acusarse: «Es tan grande mi pecado que no puedo merecer perdón»; [3] é insistiendo así en su obstinación, acusaba á Dios de que algún día habría de castigarle. Por lo que jamás habrá arrepentimiento mientras el pecador considere como cosa inaudita el darse humildemente golpes de pecho y caer de rodillas ante Dios, diciendo con legítima confusión, cuya amargura dulcifica la esperanza de ser perdonado: «Señor, tened piedad de mí, pobre pecador».

Por eso es condición indispensable para el arrepentimiento, que desde luego quebrantemos la soberbia de nuestro espíritu, reconociendo y confesando que hemos hecho mal. Reconocer su falta, no es arrepentimiento; aun consiste menos en la confesión de haberse equivocado, como cree Schopenhauer, [4] concepto por desgracia muy difundido, y que Tertuliano ya combatió. [5] No, en el mero reconocimiento de la falta no puede buscarse el arrepentimiento, pues, procediendo así, podría quedar satisfecho el orgullo, y el hombre continuaría siendo, aun más que antes, víctima de este su mortal enemigo. Sin embargo, el reconocimiento y la confesión de la falta son indispensables para el arrepentimiento, pues cuando no está quebrantado el orgullo del espíritu, cuando éste no reconoce y deplora con el más vivo dolor haber hecho el mayor desatino, engriéndose en su soberbia y faltando á la ley di-

(1) Sto. Tomás, *In Ps.*, 37, 18; 4, d. 17, q. 2, a. 3, *sol.* 1.
(2) S. Agustín, *ps.*, 146, en. 5. Crisóst., *Hebr.*, 31, 3.
(3) Gen., IV, 13, 14.
(4) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vorstellung*, (3) I, 349.
(5) Tertull., *De pœnit.*, 1.

vina, [1] no estamos aún al principio del arrepentimiento.

Pero el orgullo no reside tan sólo en la inteligencia, sino además en la voluntad, de la que debe también ser desalojado por el arrepentimiento. Schopenhauer niega que éste pueda jamás surgir mediante un cambio de la voluntad. [2] Esto demuestra claramente que la voluntad no está bien dispuesta á la enmienda; y, sin embargo, esto es precisamente su propio deber. No sólo puede, sino que debe cambiar. En la voluntad reside el pecado; hasta que no se aleje de él y no vuelva de nuevo al bien, no hay posibilidad de mejoramiento; y este el arrepentimiento ha de producirlo, si es verdadero. Quien, como Hartmann, busque en él una opresión ó un aniquilamiento del sentido moral, [3] no lo conoce. La verdadera piedra de toque en que se puede con seguridad conocerlo, es que fortalece al alma, renovando las fuerzas morales perdidas.

Per eso, además del dolor, se requieren otras dos cosas para que haya verdadero arrepentimiento; la primera, el horror, en virtud del cual se aleja el alma del pecado cometido; la segunda, el propósito firme con que quiere, en cuanto de ella dependa no reincidir.

No se necesita, pues, que el dolor por el pecado sea un dolor sensible; basta el dolor del entendimiento. Ni hace falta que el aborrecimiento y el propósito se manifiesten de un modo perceptible á los sentidos; es suficiente que la voluntad produzca seriamente los efectos que acabamos de mencionar. El entendimiento hace penitencia con el dolor, la voluntad con la detestación y el propósito; pues el primero es una humillación de la inteligencia, y con los otros dos se humilla la voluntad. De ese modo, las dos facultades del alma reparan el mal que han cometido. Á ese arrepentimiento se aplica el proverbio que lo llama medicina del alma.

9. El arrepentimiento imposible sin la fe en la mi-

(1) Sto Tomás, 4, d. 17, q. 2, a, 3, *sol.* 2.
(2) Schopenhauer, *loc. cit.*
(3) Hartmann, *Phænomenologie des sittl. Bewusstseins*, 192 y sig.

sericordia de Dios.—Seríamos injustos con el hombre, si pretendiéramos considerar el orgullo como el único óbice que le hace tan arduos el arrepentimiento y la penitencia. Admitimos desde luego que encuentre una dificultad acaso tan grave en el temor de que todo el trabajo que pudiera tomarse sería tal vez inútil. (1)

Ya por esta misma razón era tan difícil á la humanidad el arrepentimiento, y por lo tanto, la salvación antes de Jesucristo, porque se sentía incapaz de concebir esperanza de perdón, si Dios no se dignaba descender hasta su miseria.

Después, en los tiempos sucesivos del paganismo, sin duda no pensaba en que tuviera necesidad de perdón, pues entonces, abandonado todo pensamiento de esa naturaleza, se había entregado con ciega desesperación á todos los vicios. (2) Pero aun en los tiempos más antiguos, cuando el sentimiento religioso se había conservado relativamente puro entre los paganos, en Homero, por ejemplo, osaban á lo más, esperar la posibilidad, nunca la efectividad del perdón. (3)

Pero ¿á qué hablar de los paganos? Aun después de aparecer en la tierra la misericordia y el amor de Dios, nuestro Salvador, (4) hubo cristianos que estimaron deber poner límites á la infinita misericordia de Dios. Acaso esta severidad haya sido á veces sugerida por buenas intenciones—no tenemos inconveniente en admitirlo como excusa,—la de impedir, por ejemplo, que desapareciese del corazón humano el recuerdo de la justicia vengadora de Dios; pero á veces resultaba también de cierta arrogancia del orgullo, que deseaba evitar la humillación de volver á Dios, con el pretexto de que el mal, una vez cometido, no puede ya ser reparado. En todo caso, se creaba de ese modo una dificultad insuperable para el arrepentimiento y la penitencia. Ya es en sí misma bastante deprimente la conciencia de la falta, aun cuando el pecador crea en un Dios dispuesto á la clemencia. ¿Se necesitaba todavía arrebatarle esa última razón que le confortaba, y precipitarle así en el abismo de la desesperación y del endurecimiento?

(1) Bernard., *In Nativ. Dom.*, s. 2, 1.
(2) Eph., IV, 9.
(3) Nægelsbach, *Homer. Theolog.*, (1) 307, 325.
(4) Tit., III, 4.

Un arrepentimiento que la esperanza del perdón no mitiga, debe conducir á la desesperación; (1) pero ésta es peor que el pecado mismo, hace incurable la falta cometida y es fuente de crímenes siempre nuevos. Nadie peca de un modo más inconsiderado que quien para siempre repudió toda esperanza. Mientras exista en el hombre una chispa de valor y de confianza, se mantendrá superior al más bajo grado de corrupción; pero si acaba por desechar la última idea de ser perdonado, puede decir con Horacio: «Audaz la raza humana, se arroja con furor á todo lo que le está prohibido». (2) La audacia es siempre hija de la desesperación; por eso el desaliento se convierte á menudo en ruina más espantosa que el delito, pretexto de aquélla. Caín habría podido obtener perdón por su fratricidio; pero cuando en su orgullosa desesperación empezó á blasfemar contra la bondad divina, exclamando: «Es tan grave mi pecado que no puedo merecer perdón», (3) huyó de la presencia de Dios.

Conforme á lo expuesto, fácil es explicar por qué se hace tan difícil el arrepentimiento á los que viven fuera del Evangelio. No podemos por nosotros mismos formarnos idea de una misericordia á cuyos ojos encuentran gracia los más graves crímenes, de una paciencia que millares de abusos no pueden agotar, de una justicia que sin repugnancia cede ante la caridad. Un débil amor, falto de justicia es lo sumo que los hombres conocemos. Y ¡cuán pronto se agota! Pero una justicia que se una á la caridad nos parece casi imposible; ó carencia de justicia, ó cruel é inexorable justicia, tal es el resultado de nues-

(1) Ambros., *Pœnit.*, 1, 1 (C. nemo potest 50, de pœn.).
(2) Horac., *Carm.*, I, 3, 25 y sig.
(3) Gen., IV, 13.

tra experiencia en este mundo. Quien pretendiere, pues, representarse á Dios según las impresiones que de los hombres recibe, podría muy bien ser destrozado por las penas que el remordimiento le causara, pero el arrepentimiento sería imposible. Ante una inflexible severidad jamás cederá el hombre; no vive más que para excitarle á la desesperación ó para suscitar su arrogancia. Tal es siempre el resultado de un rigorismo excesivo. Sin la gracia, sin la doctrina y el auxilio de Aquél que nos hizo conocer á Dios como caridad y justicia á la vez, sin Jesucristo, no puede haber arrepentimiento. ¡Qué desdichados son los hombres que no conocen al Dios del Evangelio, padre misericordioso! Hasta les parece imposible el arrepentimiento, única salvación de los hombres. [1]

Pero nosotros, los cristianos, conocemos la verdad de que «es mejor caer en las manos de Dios que en las de los hombres». [2] Éstos son implacables con los débiles y los inocentes; el Señor, por el contrario, está siempre dispuesto á perdonar á los culpables. «Como un padre tiene compasión de sus hijos, así la tiene Dios de los que le temen. Tan grande como es la distancia que separa el cielo de la tierra, tanto lo es su misericordia». [3] Lo mismo que una madre no puede olvidarse de su pequeñuelo, ni dejar de amar al hijo de sus entrañas, así Dios afirmó que no debemos perder la esperanza en la misericordia de su corazón. [4] No puede rechazarnos; lo juró. Ningún pecado es tan grande que no le exceda su amor; ninguna malicia tan insondable que no lo sea tanto su gracia; aunque el malvado haya abusado mil veces de su longanimidad, podrá confortarle siempre la idea de haber ofendido á una misericordia infinita; aunque haya empleado toda su vida en ultrajar su bondad, no está perdido aún, si al fin se entrega á ella, porque existe eternamente; y aunque el pecador

(1) Justin., *Cohortatio*, 25.
(2) II Reg., XXIV, 14.
(3) Ps., CII, 11, 13.
(4) Is., XLIX, 15.

se extravíe alejándose de Dios durante años, no cambia la fidelidad de Dios. Como el padre espera en la puerta el regreso de su hijo, así Dios tiende los brazos al hijo pródigo, [1] y le llama, y le exhorta y le afirma que lo acogerá con amor cuando vuelva á la casa. Ni espera siquiera la vuelta del fugitivo; corre á su encuentro, y mira si padeció algún daño en su extravío. Le busca por entre las rocas, y en el árido desierto, donde quiera que haya un peligro. Tanta es la angustia de su corazón por la miseria del hijo pródigo, que ni siquiera atiende á que las espinas y las piedras le hieren los pies. Grande es su gozo cuando al fin le encuentra. Ni una palabra dura, ni un reproche; nada más que piedad y caricias. En sus propios hombros conduce al hijo recobrado á la casa paterna. Y entonces hay más júbilo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan. [2]

Se comprende muy bien que el arrepentimiento parezca al corazón del pecador, que no conoce á este Dios, una pretensión excesiva; pero es incomprensible que nadie pueda oir tales seguridades, y eximirse, no obstante, de la penitencia. Á la vez constituye una prueba de que hay verdades que se pueden ver, y no verlas, sin embargo; oir y no comprender, [3] á menos que no venga en auxilio una fuerza especial que hace fácil lo imposible, es decir, la gracia.

10. El arrepentimiento como aniquilación de las propias acciones malas.—Un ejemplo histórico muestra con toda claridad lo que el arrepentimiento exige de nosotros. Cuando el invencible poder de Dios triunfó de Clodoveo y acudió éste al agua bautismal, le dirigió San Remigio estas palabras: «Humilla tu frente, fiero sicambro, quema lo que adoraste y adora lo que has quemado». [4]

(1) Is., LXV, 2.
(2) Luc., XV, 4-7.
(3) Matth., XIII, 13.
(4) Gregor. Turon., *Hist.*, *Francor.*, 2, 31. Flodoard., 1, 13.

Tanto exige de quien pecó el precepto del arrepentimiento y de la penitencia. En otros términos, dice á todos: Destruye lo que edificaste y restaura lo que has destruído; odia lo que has amado hasta ahora y ama lo que has aborrecido. (1) No han de cambiar en lo sucesivo únicamente los actos exteriores; la enmienda debe ante todo alcanzar al corazón, y desde éste, producir su eficacia en la manera de pensar y de obrar.

¡Exigencia difícil, en verdad! ¡Debo repudiar, omitir, odiar todo aquello á que estaban como adheridas todas las fibras de mi corazón! ¡Debo confesar que cuanto hasta hace poco era mi orgullo, no fué más que una apostasía de mí mismo! Cuando hay niños que casi alcanzaron el fin, yo, próximo á la vejez, habré de empezar á dirigirme hacia él. No obstante, por duro que sea, debo hacerlo. En mi demencia, he destruído la fortaleza de mi corazón; debo restaurarla. He cerrado con fuertes muros mi camino; hay que echarlos abajo.

11. El mayor y más difícil de los triunfos.—Gloriosa acción es defender contra el enemigo las murallas y las puertas de la patria; aun es mejor derribar, no obstante la resistencia de los adversarios, los baluartes que levantaron para perturbar nuestra paz; pero es muchísimo más glorioso proteger contra todo ataque la ciudadela de nuestro corazón. Lo que más valor exige es romper los muros de la cárcel en que nosotros mismos nos hemos encerrado. (2) Un pueblo que arrasa las fortalezas de que un opresor se vale para arruinar su libertad, consigue un triunfo espléndido; pero el tirano que por sus propias manos las derriba, vence á la tiranía, y consigue una victoria aun más gloriosa, la de vencerse á sí mismo. Alejandro, triunfando de sí mismo, dió una prueba más admirable de su grandeza real, que en el esfuerzo, relativamente pequeño, de vencer á los ejércitos del rey de Persia. (3)

(1) Tertull., *Nat.*, 1, 1; *Apolog.*, 1.
(2) Jenofonte, *Agesilau*, 8, 8.
(3) Plutarco, *Alex.*, 21, 3. Jenofonte, *l. cit.*, 10, 2.

Pero sin trabajo y sin lucha ninguna victoria se consigue. Tanto como el triunfar de sí mismo excede en gloria á la derrota de enemigos exteriores, tanto mayores esfuerzos y combates exige; (1) no es, por lo tanto, de extrañar que sea tan escaso el número de los que lo obtienen. Hasta hombres que se avergonzarían de pronunciar la palabra miedo, emprenden cobardemente la fuga cuando se trata de acometer la batalla contra sí mismos. Basta recordar al terrible Clodoveo, de que hemos hablado antes. Ningún enemigo resistía á su espada, expugnaba todas las fortalezas; sólo á sí mismo no sabía vencerse, porque le faltaba el valor de intentarlo seriamente.

He ahí, pues, un terreno, en que el hombre más débil puede adquirir más gloria y exceder en verdadero heroísmo á los que más pregone la fama. Pero, gracias al auxilio de Dios, tiene en cada momento la fuerza necesaria para conseguir la más bella de todas las victorias.

12. Dios hizo al arrepentimiento partícipe de su omnipotencia.—Únicamente Dios puede perdonar los pecados; pero cedió ese poder al arrepentimiento. Lo que no limpia ninguna agua, ningun fuego purifica, ningún tiempo hace olvidar, lo borra el arrepentimiento en un instante. Lo mismo que el fuego á la cera, funde y disipa al pecado el arrepentimiento, aunque fuese aquél mayor y más antiguo que los montes eternos. Sin su cooperacion, hasta es imposible á Dios extinguir nuestro pecado; pero él cambia en un momento el más profundo antagonismo, la hostilidad infinita del pecado, en gracia y amor.

No obstante, el hecho de que el arrepentimiento produzca la gracia, y de que sea verdadero, no se debe á la acción ni al poder humanos, sino que él mismo es efecto de la maravillosa gracia de Dios. (2)

(1) Valerio Máximo, 4, 1, 2.
(2) S. Agustín, *Enchirid.*, 22, 82.

CONFERENCIA XXIII

LA CONFESIÓN

1. La parte más divertida de la historia de la enfermedad del hombre.—Una obra que se propone describir la dolencia de la humanidad, no debe pasar en silencio uno de sus principales síntomas; las modas y los adornos.

Hasta los hombres más incrédulos confesarán tal vez que, en esta materia, se inclinan á admitir la existencia del pecado hereditario. Pero que las mujeres sigan leyendo con toda tranquilidad; ellas también tendrían razón si respondiesen que están convencidas del pecado hereditario por lo que desde hace mucho tiempo se dice de los hombres. Ciertamente, poco tenemos todos que replicar cuando se nos reprocha en lo relativo á la debilidad humana; por eso no queremos ofender á las mujeres, como no es nuestra intención lisonjear á nadie.

Declaramos, pues, que, en lo concerniente á esta cuestión, los hombres están demasiado propicios á dirigir diatribas y censuras á las mujeres; pero también decimos, con toda nuestra energía, que el sexo femenino, si considera bien su responsabilidad en este punto, debe encontrar motivos bastantes para admitir con más calma y con un poco de espíritu de penitencia aquellas acusaciones y reprimendas, sea que las hagan los hombres en general, ó especialmente los predicadores.

No es adulación á las mujeres, sino la verdad la que nos impone la afirmación de que los hombres no son en esta materia tan inocentes como pretenden. (1) Sin exceptuar á las mujeres de la acusación, decimos tan sólo que, en ese

(1) Clem. Alex., *Pædag.*, 3, 3. Tertull., *Cult. fem.*, 2, 8.

punto, los hombres son también bastante culpables. Los filósofos griegos [1] y los antiguos alemanes [2] no pasaron ciertamente menos tiempo en cuidar su barba y su cabellera, ondulante como las melenas de los leones, que las damas griegas y las romanas, [3] ó las de la Edad Media [4] en su peinado. [5] Ya los tracios, [6] los ilirios, [7] los bretones, [8] consideraban, lo mismo que todavía hoy los indios y los miembros de la alta aristocracia en Inglaterra, como supremo ornamento de un noble ó de una dama distinguida el tatuaje artístico. Inútil sería hablar más acerca del tiempo y de los cuidados que ciertos señores emplean en esas para ellos agradables molestias.

Los salvajes celtas se presentaban en público tan llenos de joyas como sus mujeres, y ni siquiera en las batallas sabían prescindir de aquellos inútiles adornos. [9] En los escritores de la Edad Media se leen sorprendentes cosas acerca de los vestidos de cola [10] con que en el siglo XIII las mujeres de París, á despecho de los moralistas y á expensas de sus maridos, barrían las mal conservadas y nada lujosas calles de la capital; pero es probable que su traje fuese mucho más modesto que las mangas de cinco metros de largo [11] que en sus vestidos usaban los gigantes normandos, y que los valientes vikings sólo arrolladas al brazo podían llevar cuando andaban. [12]

(1) Plutarco, *Is. et Osir.*, 3. Lucian., *Demonax.* (37) 13. Aul. Gel., 9, 2.
(2) Silio Itálic., 5, 132-134. Tácito, *Germ.*, 38. Séneca, *Ira*, 3, 26. Forbiger, *Alte Geographie*, III, 339 f.
(3) Juv., 6, 120, 502. Statius, *Sylv.*, 1, 2, 114. Marcial, 14, 50. Valer. Max., 2, 1, 5. Tertull., *Cult. fem.*, 2, 6, 7. Becker-Rein, *Gallus*, (2) III, 150-153.
(4) Peraldo, *Summa*, 2, 6, 3, 14 (Venec., 1571, II, 380 y sig.). Lecoy de la Marche, *La Societé au XIIIe siècle*, 213.
(5) Caliendrum, caliandrum (Horac., *Sat.*, 1, 8, 48. Arnob., 6, 26); galericulum (us) (Sueton., *Othon*, 12, Marcial, Ep., 14, 50).
(6) Cicerón, *Off.*, 2, 7, 25. Valer. Máx., 9, 13, 3 (notæ Threicei).
(7) Strabón, 7, 5, 4. Herodot., 5, 6. Becker-Hermann, *Charikles*, (2) I, 297-300.
(8) César, *Bell. Gall.*, 5, 14. Mela, 3, 6. Forbiger, *Alte Geogr.*, III, 273.
(9) Diodor., 5, 27, 3.
(10) Livius, 7, 10.
(11) Peraldo, *l. c.*, II, 376, 381. Lecoy de la Marche, *loc. cit.*
(12) Weinhold, *Altnordisches Leben*, 171.

Strabón, que como buen griego llevaba la cabeza descubierta, encuentra bárbara é insensata [1] la costumbre de las damas españolas, que creían ser más bellas si llevaban en su cabeza un adorno semejante á los modernos sombreros de copa. ¡Cuánto se admiraría el buen hombre si viese á nuestros civilizados señores, cuando no tienen la dicha de poder ostentar el uniforme, pavonearse satisfechos de sí mismos, pretendiendo como Saúl descollar entre la muchedumbre, con el mismo adorno, tan sublime en su sencillez!

2. La historia de la moda como prueba de su caída. —No nos detendremos mucho en esta cuestión, porque nos haría tratar de cosas fútiles é inconvenientes, por no calificarlas peor. Sin embargo, la historia de la moral no puede eximirse de dar una explicación acerca de esta enfermedad.

Decimos, de propósito, historia de la moral y no de la civilización, para evitar equívocos. Consideramos la moda y muchas otras cosas semejantes, como medios por los que se puede sin duda juzgar á los hombres, pero que no se relacionan con la historia de la civilización. Si solamente un Calígula, [2] un Otón, [3] un Federico II y un Voltaire hubieran sentido la necesidad de embellecer su persona con una cola ó una peluca; si únicamente en tiempos corrompidos por una civilización en extremo refinada, la clase noble se hubiera dejado imponer la moda por una Teodora ó una Pompadour, sería perdonable que se sirviesen de la materia aquí tratada para juzgar la civilización. Pero esas costumbres no son exclusivas de las clases y de las épocas civilizadas, pues los extravagantes adornos de la cabeza entre los bárbaros celtas [4] y los papúas antropófagos, ó entre los temibles zulús de Cafrería, [5] en nada ceden como invenciones al peinado de la Du Barry.

(1) Strabón, 3, 4, 17.
(2) Sueton., *Calig.*, 11.
(3) Id., *Otho*, 12.
(4) Diodor., 5, 28, 2.
(5) Kœrner, *Südafrica*, (2) 182.

Entre los latukas del centro de África, los hombres llevan el cuidado de los cabellos á un grado tal, que necesitan ocho ó diez años para terminar su peinado. (1) ¿No basta eso para llenar de confusión á nuestras damas? Pero tal vez estén en el mismo caso los historiadores de la civilización, que no han querido convencerse nunca de que el asunto por ellos tratado es muy diferente del refinamiento de costumbres exteriores. En esta cuestión, los antiguos tenían más perspicacia que nosotros. Por muy inferiores que los griegos considerasen á los inhumanos scitas, admitían desde luego que no tenían rivales como cocineros ni les aventajaba pueblo alguno en el gusto y perfección de los adornos en sus trajes. (2) Los antiguos, pues, habían comprendido perfectamente que tales invenciones ninguna relación tienen con la civilización verdadera. En esto debemos hacerles plena justicia y creer que tenían de la civilización un concepto superior al de nuestros doctos, que admiten como criterio para juzgarla el uso del jabón y de los perfumes, y consideran como más instruído á quien sabe comer del modo más científico.

Por consigniente, el lujo no demuestra la civilización, sino más bien la moralidad de una época. Sin duda no están en lo cierto quienes en él no vean más que caprichos y defectos personales; no pretendemos negar que con frecuencia se ostenta aquí la vanidad humana. En la Edad Media, las señoras de Polonia se ponían tan numerosas joyas, que no podían moverse sin el auxilio de sus criados; (3) á la reina Isabel, de triste memoria, le era difícil pasar por las puertas de su palacio; tan alto era su peinado; (4) el visir Sahib Ibn Abbad no tenía menos de 28.000 turbantes para su uso personal. (5) Tales cosas sólo pueden explicarse por la más insensata vanagloria.

(1) Baker-Martín, *Albert Nyanza*, (3) 146.
(2) Clearco Sol., *Vit. fragm.*, 8 (Müller, *Hist. Græc.*, II, 306). Neumann, *Die Hellenen in Skythenlande*, I, 295.
(3) Wachsmuth, *Europæische Sittengeschichte*, II, 397.
(4) *Ibid.*, IV, 277.
(5) Kremer, *Culturgeschichte des Orients*, II, 223,

Pero nadie puede negar que aun caracteres nobles se muestran á menudo muy débiles desde este punto de vista. Debemos también admitir que muchos obedecen suspirando y contra su gusto á las consideraciones que les merece el público, y de las cuales querrían prescindir, si posible fuese. Quien se niegue á admitir el principio fundamental en que está cimentada la doctrina cristiana de la humanidad; quien no admita que los defectos individuales no son frecuentemente más que defectos de la generalidad, y que ésta vale menos que muchos de sus individuos, y hasta que la mayor parte de sus miembros, sólo necesita estudiar la historia de la moda.

Según esto, fácil es de comprender que no basta referirse á la vanidad personal, á la sensualidad, al refinado arte de seducción para explicarse todo eso. Necesitamos buscar mejor solución al problema, y únicamente el estado moral de la humanidad puede dárnosla.

El hombre sabe que no es como debería ser; no puede dejarse ver tal como es en realidad; moriría de vergüenza. Necesita envolverse en algo que oculte al público su verdadera naturaleza, y tiene que procurarse adornos para tener, á lo menos exteriormente, ante las gentes ciertas perfecciones que le faltan.

La historia del traje y de las modas es la explícita confesión de esta verdad. Mientras que los romanos tuvieron conciencia de su poder, desde el Scipión Africano más antiguo hasta Adriano, con quien comienza la completa decadencia del Imperio, se hacían afeitar. Desde esta época, juzgaron necesario ocultar la falta de valor y de fuerza detrás de un muro de barbas. (1) Lo mismo sucedió en la Edad Media. Cuando estaba en todo su auge el espíritu caballeresco, nadie gastaba barba; (2) pero en tiempo de Federico II, precipitándose ya el Imperio á su ruina, las barbas se pusieron de moda. En el siglo XIV se generalizaron, lo

(1) Vid. Becker-Rein, *Gallus*, (2) III, 135-137. Pauly, *Real-Encyclopædie*, I, 2263-2265.
(2) Br. Werner, 3, 1 (Hagen, *Minnesinger*, III, 17).

mismo en Alemania, [2] que en Francia. [1] Es una señal característica. La conciencia del propio valer desdeña toda especie de máscaras; el sentimiento de la propia belleza no necesita de adornos. [3] Entre todas las jóvenes que fueron presentadas al rey de Persia como aspirantes al trono, únicamente Esther desdeñó las galas: confiaba en su natural belleza para agradar al rey. [4] Todas las demás comprendían que necesitaban adornos. Solamente de ese modo podemos explicarnos la tendencia de toda la especie humana á embellecerse artificialmente; el estado natural en que ahora se encuentra, la avergüenza; no le parece ni honroso ni conveniente.

3. El sentimiento del pudor es un resto de la vestidura de inocencia.—Nadie, por lo tanto, se atreve á mostrarse tal como es, sintiéndose incapaz de resistir á la vergüenza que le produciría. El pudor debe ser considerado como grato sagrado recuerdo de nuestra naturaleza, en otro tiempo mejor. Es una prueba de que estamos corrompidos, y de que no lo estamos completamente; [5] es una herencia que nos ha legado aquella hora funesta en que nuestros antepasados cogieron hojas de higuera para cubrir su desnudez. Quien es tal como debe ser no necesita avergonzarse. [6] La vergüenza que experimentamos es por lo tanto una prueba de nuestra culpabilidad y un castigo del pecado; [7] pero es también una razón para creer que no estamos perdidos sin remedio. Quien no sepa ya avergonzarse se ha convertido en un animal ó en un diablo, se despojó del resto de naturaleza que hemos heredado de nuestros primeros padres, renunció á la esperanza que les acompañó en el destierro al salir del paraíso.

(1) Gœzinger, *Real-Lexikon der deuschen Alterthümer*, (2) 51.
(2) Cheruel, *Dict. hist. de la France*, (6) I, 85.
(3) Isidor., *Pelusiota*, 2, *Ep.*, 53.
(4) Esther, 2, 15.
(5) Sto. Tomás, 2, 2, q. 144, a. 4, ad 1.
(6) Aristót., *Eth.*, 4, 9 (15).
(7) S. Agustín, *De nuptiis et concupisc.*, 2, 13, 26. Sto. Tomás, 1, q. 95, a. 3; 2, 2, q. 144, a. 4.

La humanidad rara vez sabe apreciar el sagrado bien que posee en el sentimiento de pudor. Sin duda en su forma actual es un castigo por el pecado, pero es un castigo honroso. No habría existido en el estado de inocencia; pero se hizo laudable en el de pecado, [1] porque es una confesión de que éste profanó la santidad primitiva y la ingenua inocencia del paraíso; es el último resto de aquella magnífica vestidura que casi habrían podido envidiar al hombre los espíritus celestes. Sin duda las perlas de que estaba adornada y su pureza sin mancha se perdieron; pero, no obstante, lo poco que de las antiguas galas hemos salvado es todavía un trozo protector. Por eso el delicado sentimiento del pudor es propio especialmente del sexo femenino y de la juventud, [2] que tienen más necesidad de protección por ser más débiles.

En tanto, pues, que alguien conserve ese resto sagrado de nuestra naturaleza primitivamente incorrupta, esa herencia del paraíso, hay una claridad de bien que permite esperar y facilita un mejoramiento, aun en estado de más profunda decadencia. [3] Por eso, observando los procederes de la época, en que todo desde muy temprano conspira contra el pudor de la juventud, podemos creer que los hombres no saben qué inestimable joya poseen en ese sentimiento; de no ser así, le estimarían más y le cuidarían como á la propia vida.

4. Corrupción del sentimiento de pudor engañando á los demás y á nosotros mismos acerca de nuestra verdadera situación.—Sin embargo, ¿qué no profana el hombre? Se diría que no puede dispensarse de abusar, para su ruina, de lo mejor que hay en él, destruyendo así la última tabla de salvación en el naufragio. El sentimiento de pudor le evitaría la confusión ante sus semejantes; Dios, en cuya presencia está avergonzado, se lo dejó como salvaguardia de su honor ante sus prójimos; pero con eso,

(1) Greg. Mag., *In Ezechiel*, l. 10, 17.
(2) Sto. Tomás, *In 1 Timoth.*, c. 2, lect. 2.
(3) *Ibid.*, *In Ps.*, 6, 11.

en modo alguno quería darle motivo para atribuirse honores que no merece, ni hacer que pareciese mejor de lo que es en realidad, para engañar á los demás con apariencias de un bien que no tiene. Dios á nadie impuso la penitencia de manifestar sus defectos ante todos; cada cual tiene el derecho de ocultar sus llagas á miradas indiscretas; pero nunca será justo atribuirse cualidades personales destinadas á hacer que los demás formen de nosotros una opinión superior á la que en efecto merecemos. (1)

¿No tendríamos que escribir una historia completa de la vida social, si pretendiéramos probar cuántas veces el sentimiento de vergüenza que el hombre experimenta por su situación le induce á mentir? Nuestras fórmulas de cortesía ¿son otra cosa que tentativas de provocar una impresión favorable, á lo menos en la vida pública y en las relaciones con los extraños? ¿No se considera la palabra como un medio para disfrazar los pensamientos? ¿No hay muchos en quienes ese don maravilloso parece no tener otro objeto que hacer caer á los demás en error? Ante ese abuso, el engañar á los otros con los adornos y el traje, es de secundaria importancia; pero poco importa, es una falta, y no el último de los vanos artificios con que el hombre procura ocultar la vergüenza que siente por el estado en que verdaderamente se encuentra.

Pero no sólo ante los extraños sufre vergüenza, sino también ante sí mismo. Casi nadie tiene la seria voluntad, ó por lo menos el valor, de juzgarse tal como es. ¿Por qué, pués, el hombre huye de sí mismo con tanta precipitación? ¿Por qué evita el principio del propio conocimiento, la fuente de pensamientos, si no siempre elevados, por lo menos siempre verdaderos, la soledad? ¿Por qué se hizo hoy una enfermedad contagiosa el ahogar en las bebidas embriagadoras y en los perfumes narcóticos cada minuto que se pasa solo ó en una sociedad, donde pocas ocupaciones se ofrecen al espíritu? ¿Por qué, sino para adormecerlo y

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 111, a. 1, ad 4; q. 68, a. 3 ad 2.

evitar que eche alguna vez por casualidad una mirada á su interior, aunque sólo fuese por tedio?

De esa manera el mundo se convirtió en un laberinto de ilusiones, que cuidadosamente buscamos. No son únicamente los niños, sino los adultos también quienes gustan de vivir en la región de las fábulas y de las leyendas. La muchedumbre desea ese aluvión de versos y de novelas, que constituye una verdadera inundación, no por afición al arte, sino por tendencia morbosa al olvido de sí mismo. Sabido es que tienen pocas probabilidades de buen éxito las producciones verdaderamente importantes de la literatura seria, cuando fácilmente la alcanzan las frívolas é insustanciales; pero es natural que agrade más entretener el tiempo con las obras literarias que, á modo de narcóticos, favorecen más los sueños y el huir de nosotros mismos; engañado el corazón, acaba por vivir en un ambiente encantado. Puede eso decirse de todos sin distinción. El padre se ríe del niño que quiere abandonar la patria, para buscar los tesoros que el dragón custodia en la montaña; pero él mismo á su vez experimenta en su interior esas ilusiones infantiles cuando cree hacerse honrado y virtuoso á sus ojos y á los del prójimo sólo con buenas palabras. ¿No procedemos nosotros ante Dios, que, sin embargo, conoce á fondo los corazones, con una tranquilidad que no tendríamos, si no nos engañáramos acerca de nuestra verdadera situación, y si no creyéramos que Dios nos juzga tal como querríamos ser juzgados?

5. ¿De dónde procede la dificultad de conocerse á sí mismos?—De ahí nace la repugnancia que tenemos á todo principio de enmienda, es decir, al conocimiento de nuestro espíritu. Siempre dispuestos á cambiar, no tenemos patria en ninguna parte, y, sin embargo, en todas estamos y nunca en nosotros mismos. (2) No comprendemos que es una vergüenza hablar de tantas cosas y no conocernos; pero sabemos que esto último es indispensable, si queremos llegar á ser mejores. Hasta los maestros paga-

(1) Marco Aurelio, 2, 13.

nos, [1] Zoroastro, [2] Thalis, [3] Pitágoras,[4] Platón, [5] Cicerón, [6] Séneca, [7] Epicteto, [8] Marco Aurelio,[9] Plutarco,[10] enseñaron á sus discípulos que la continua vigilancia de sí mismo y el examen del interior, son siempre los primeros y más necesarios ejercicios para quien aspire á la verdadera sabiduría.

¿De dónde procede ese huir de nosotros mismos? Nos lamentamos de que no nos conocemos; deseamos conocernos y, sin embargo, no lo queremos de veras. Verdad es que no nos encontramos bien en esa ignorancia, pero comprendemos que nos haríamos intolerables á nosotros mismos si alguna vez pudiéramos entrever nuestra verdadera situación. Sabemos desde luego que la verdad respecto á nosotros mismos descubriría hechos en que no encontraríamos razón para alegrarnos, y además el orgullo, esa enfermedad del alma, fuente de nuestros males, muestra en esto de un modo especial su eficacia. Él más que ninguna otra cosa, hace amargo el trabajo de exploración en el fondo de nosotros mismos; demasiado bien sabe que su interés está en mantenernos ignorantes de nuestro interior, y eso le es tanto más fácil cuanto que el conocimiento de nosotros mismos exige los mismos esfuerzos, y tal vez más que el de cualquiera otra ciencia.

El hombre es, por consiguiente, para sí mismo el más profundo de los enigmas. Nada le es tan extraño, tan remoto, tan incomprensible como su propio interior; lo cual demuestra, mejor que otra prueba alguna, la ruina en que hemos caído.

(1) Stobæus, *Florileg.*, *tit.* 21 (Meineke, I, 316-335). Hauthaler, *Moralphilosophie des klassischen Alterthums*, 98-101.
(2) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, III, 691.
(3) Diogen. Laert., 1, 1, 40.
(4) Pitágoras, *Carmen aur.*, 40 y sig. Hierocles, *Comment.* (Müllach, *Fragm. phil. Gr.*, I, 460 y sig.). Diog. Laert., 8, 1, 22.
(5) Platón, *Alcibiades*, I, c. 26, p. 131, a.
(6) Cicerón, *Tusc.*, 1, 22. *Leg.*, 1, 22, 23; *Senect.*, 11.
(7) Séneca, *Ira*, 3, 36, 1; *Ep.*, 28, 9, 10.
(8) Epictet., 3, 10, 1 y sig.; 25, 1 y sig.; 4, 6, 32 y sig.
(9) Marco Aurelio, 4, 13; 7, 28, 59.
(10) Plutarco, *Superstit.*, 7,

6. Confesar su falta es todavía más difícil.—Pero si es ya difícil conocerse á sí mismo, lo es más aun confesarse culpable. Cuando sólo se encadena á la serpiente con la penetrante fijeza de la mirada, permanece tranquila, pero estalla su cólera tan pronto como se quiere obligarla á que vierta el veneno contenido en sus dientes; así también se manifiesta del modo más completo la corrupción del hombre cuando se trata de alejar, mediante la confesión, el veneno de su interior. Entonces se ve cuán profundamente cayó en el disimulo y en el error.

Cuando la ley y la conciencia pretendían cerrarle el camino para impedir que cometiese el mal, se rebelaba diciendo que no era un niño y que deseaba proceder como los espíritus despreocupados; ahora que debe confesar el crimen cometido, no acaba nunca de lamentar la debilidad de la carne, de la voluntad y de la naturaleza. Si antes de ejecutar el acto se le hubiese acusado de irreflexión, lo habría considerado como una grave ofensa, y apenas ejecutado, él mismo aduce la irreflexión como excusa. Si antes se le hubiera reprochado por su falta de energía, que le convierte en instrumento de sus pasiones, por ser juguete de cualquier adulador astuto, por no ser dueño de sí mismo, se habría enojado mucho; y ahora encuentra fácil consuelo para su falta diciendo que la ocasión, la sorpresa, la seducción, la cólera, los falsos amigos, le habían inducido, que no era dueño de sí mismo, y que se dejó fácilmente arrastrar por influencias extrañas.

¿No era, pues, bastante cometer la falta? ¿Debe agravarse todavía, y cometerla de nuevo, haciéndola en cierto modo imperdonable con aquella excusa? Peor es, sin duda, excusar la mala acción que ejecutarla, [1] y querer culpar á otros por ella no es menos condenable que inducirlos á pecar; pero todavía menos podrá conseguir el perdón quien no rinde tributo á la verdad confesando que pecó. [2]

(1) Crisóstom., *In ps.*, 140, *n.* 7. S. Agustín, *Civ. Dei*, 14, 14. Gregorio Mag., *Moral.*, 22, 30.
(2) S. Agustín, *In ps.*, 7, *en.* 19.

7. La confesión debe ser universal, sincera y llena de sentimientos de compunción.—Si alguno admite en general que es pecador, como todos, nada decisivo ha hecho, pues no sería más que una confesión á medias, que no tendría ningún valor. Quien no destruya sinceramente y por completo los últimos restos del mal que en su corazón existan, no hace más que preparar al mal una guarida más secreta. El proverbio dice: La puerta de detrás pierde la casa, y habla conforme á la experiencia. [1]

Por consiguiente, la sinceridad misma no es aún garantía de que la confesión sea la salud; es necesario que proceda de un corazón verdaderamente contrito. Confiesan sus faltas muchos, de los que está escrito: Se alegran del mal hecho, y se vanaglorían de su maldad. [2] Pero esto no es confesar, sino tan sólo alistar compañeros de los propios delitos; pues de ese modo no se revoca el pecado, sino que se transmite á otros; tal confesión demuestra, no sólo imprudencia, sino la pérdida del pudor público.

En estas palabras se contiene una grave acusación contra una parte no muy leída de nuestra literatura. El más sublime entendimiento de la antigüedad cristiana, San Agustín, escribió la historia de sus extravíos en un libro que se cuenta entre los más excelentes de la literatura universal. Lo hizo después que la gracia triunfó de sus debilidades, que tan perfectamente describe, [3] y le curó de sus errores. Como él dice, [4] se decidió á la empresa únicamente porque deseaba aprender á avergonzarse de sí mismo y hacerse desagradable á sus propios ojos, y porque sabía que á los hombres gusta más sondear la vida ajena que la propia. Esperaba que aprenderían por él á conocerse, y que su salud sería para ellos motivo de esperar también el perdón. [5] Ese maravilloso y profundo libro

(1) Sailer, *Weisheit auf der Gasse* (G. W. [1819] XX, 1, 123).
(2) Prov., 2, 14.
(3) S. Agustín, *Confess.*, 5, 14, 25; 6, 6, 9; 11, 18-20; 16, 26; 7, 17, 23; 20, 26; 8, 1, 2; 5, 10-12; 8, 19, 20; 9, 21.
(4) *Ibid.*, 10, 2, 2.
(5) *Ibid.*, 10, 3, 3, 4.

de las *Confesiones*, que se hace tanto más interesante y atractivo cuanto más se lee, fué muchas veces imitado, pero ninguno tiene su mérito, y es único en su género. ¡Buen Dios! ¡qué imitaciones! ¡qué linaje de espíritus se colocan al lado de aquel Santo!

Nos referimos á los autores de ese diluvio de libros que, con el título de Confesiones, Memorias y otros semejantes, inundan la tierra. Verdaderamente, si no contuviesen tantas cosas que estremecen todo corazón no corrompido, habría que recomendar al mundo que los estudiase para aprender que no se conoce. Si hiciera falta una prueba de que el hombre nada comprende menos que su interior, en esas confesiones y autobiografías la tendríamos suficiente. Nadie iguala á Mme. de Genlis en la descripción de los accidentes de su vida; [1] nada se olvida allí; ni el color de su calzado en tal ó cual circunstancia, ni las condiciones de su vestido. Mme. Roland se distingue en el arte de presentar á buena luz la perspicacia de su espíritu y la superioridad de su alma. En el cadalso, todavía pretendió escribir los pensamientos sublimes que había tenido al marchar á la muerte, para que el mundo supiera qué tesoro perdía en ella. Pero en todas las habladurías de esas escritoras ¿qué aprendemos acerca de su estado interior? Ni una palabra digna de fe.

No quiere esto decir que valgan más las autobiografías de hombres. ¿Quién sería bastante cándido para admitir como cierto cuanto Lamartine refiere de su naturaleza más que angélica? Todos esos escritores de memorias dicen solamente cómo desearían que los viésemos, y también cómo se ven á sí mismos con bastante vanidad; pero jamás nos dicen cómo realmente son. El solo acto de escribir un diario para sí mismo, se presta á reflexiones cuando se hace materia de los apuntes el propio interior; pues hay pocos bastante fuertes para no hacer de ese hábito una escuela de mentiras y de ilusiones, sabiendo que otros leerán aquellas páginas. ¡Cuánto más de temer es el peli-

(1) *Memoiren der Frau von Genlis* (deutsch von Faurax), I, 16 f.

gro, si se escribe con la intención de publicarlo! Por eso advierte con razón Stolberg que no deben consignarse los incidentes de la vida. Cree que únicamente por orden expresa de Dios se atrevieron á hacerlo San Agustín y Santa Teresa, pero que, fuera de casos como estos, hay en ello un verdadero peligro moral. (1) El P. Faber aconseja también con instancia que no se haga, porque eso conduce á quimeras, y puede inducir hasta á cometer locuras únicamente para poder después escribirlas. Si se quiere saber hasta qué punto la costumbre de tener un diario está relacionada con todas las fibras y raíces del amor propio, basta echar éste al fuego y se experimentará. (2)

Resulta de todo que una confesión sólo es moralmente admisible cuando sea un medio de salvar el honor de la virtud violada ó en peligro. Pocas obras hay en las que la cuestión de saber si está justificada su publicación solamente por los derechos de la verdad sea más dudosa que en las Memorias. San Agustín podría decir la verdad, pues aunque no fueron pequeños sus extravíos, no eran, sin embargo, de tal naturaleza que no pudiese contarlos. Guiberto de Nogent, que tal vez se le parece más que nadie en este concepto, debe confesar que no le es lícito decirlo todo para no hacer más malo al lector. (3) Por lo tanto, ¿cómo aprobar que muchos digan acerca de su vida la verdad con tan vejatoria franqueza, que dañan, no sólo á la virtud, sino hasta á la fe en ella?

Hablaremos ante todo de Rousseau. Incapaz de continuar en la vejez los desórdenes de sus años juveniles, quería por lo menos refrescar su recuerdo y saborear otra vez en espíritu cuanto había gustado en otro tiempo. En este concepto, razón tenía para decir que era sin ejemplar su libro. (4) Antes de Cardano, jamás había escrito nadie de ese modo.

(1) Janssen, *Stolberg seit seiner Rückkehr*, 447 s.
(2) Faber, *Altarssacrament*, 2, 7, 5.
(3) Guibert. de Novig., *De vita sua*, 2, 3.
(4) Rousseau, *Confess.*, 1, 1.

Por desgracia le imitaron otros, á quienes la verdad, aunque frecuentemente escandalosa, no parecía aún bastante horrible, y juzgaron necesario acudir á ficciones. Inútil será decir que nos referimos á Gœthe.

Todas esas confesiones perjudican á la moral; no son una acusación, sino una justificación del pecado. El hombre penitente no procede así. Es lo mismo que combatir como un prejuicio la opinión de la sociedad de que la virtud es virtud y el vicio es vicio, es decir, procurar amigos y admiradores al pecado.

8. Debe acompañarla la vergüenza de haber pecado.—Es evidente que debe reprobarse aquella confesión. Quien habla sin pudor del pecado, aunque lo hiciese como predicador, destruye el último dique de la conciencia contra el mal.

Que los artistas y los poetas lo tengan por dicho. Si creen tener derecho á presentar el mal en toda su crudeza, están en grave error. El mal no tiene derecho de mostrarse al descubierto; luego ni el escritor ni el artista deben ofender los delicados sentimientos de los buenos con las descripciones naturalistas como dicen, del pecado, y quitar á los malos el último resto de pudor.

Tiene eso aplicación especial á la descripción de los extravíos propios, que es siempre condenable, si no la acompaña un pudor moderado, serio, sincero. Sólo esta confesión mejora á quien la hace y á quien la lee ó escucha.

Por lo tanto, si queremos enmendarnos, el disgusto contra nosotros mismos no debe limitarse al dolor de habernos envilecido; debe comprender también la vergüenza de nuestro estado y el ardiente deseo de recobrar lo que hemos perdido. Además, debemos tener la voluntad de volver á nuestra naturaleza buena, de la que hemos renegado, y la convicción de que no hay otro medio de ser nuevamente semejantes á nosotros mismos, que el parecernos á Dios.

Pero la condición más importante para esto es conside-

rar, como Dios lo hace, el horror de nuestra situación, y desagradarnos á nosotros mismos por su amor; (1) luego debemos confesar el mal porque lo detestamos, y debemos detestarlo porque Dios lo detesta; por consiguiente, la confesión debe hacerse con el fin de destruir en nosotros por una sagrada vergüenza, la raíz del mal, que es el orgullo; en otros términos, con el propósito de curarnos por la humillación. (2)

9. La humildad.—En eso precisamente se encuentra la verdadera dificultad de la confesión. Ésta no hiere al pecado sin la humillación. No lo aniquila quien se da golpes de pecho sin tener en el corazón aquel sentimiento; no hace más que hundirlo más profundamente en su interior. (3) Esa confesión hipócrita debe más bien ser considerada como una excusa ó una intimación de parte de los que la oyen, para indemnizar con alabanzas (4) á quien confiesa su falta, y aun hacerle admirar como un héroe. (5) Rousseau demuestra que realmente es así; que puede existir el más repugnante orgullo (6) en la confesión hipócrita de los pecados; de tal modo había perdido todo pudor, que no se avergüenza de decir que escribió su libro para presentarse con él delante de Dios el día del juicio, y desafiar á toda la humanidad reunida á que cite un solo hombre que se atreva á decirle: Yo soy mejor que tú. (7)

Tenemos ante nosotros uno de esos ejemplos que frecuentemente se encuentran. Hay gentes que fingen humillarse, pero cuyo interior está lleno de malicia. (8) ¿Quién no conoce á personas que con los ojos bajos y palabras llenas de unción hablan siempre de sus defectos, diciéndose

(1) S. Agustín, *Sermo*, 19, 4.
(2) Gregor. Mag., *Mor.*, 22, 30. Máximo Conf., *Œcon. cap. de virtut. et vit.*, 3, 62.
(3) S. Agustín, *Disciplina Christ.*, 10, 11; *Sermo*, 82, 11, 14.
(4) *Ibid.*, *In ps.*, 31, 2, 16. Greg. Mag., *Mor.*, 8, 37.
(5) Greg. Mag., *Mor.*, 22, 33; 24, 22.
(6) Bernard., *Grad. humilit.*, 5, 18.
(7) Rousseau, *Confess.*, 1, 1.
(8) Eccli., XIX, 23.

peores de lo que son? Pero ¿quién hace caso de sus palabras y de sus afectadas maneras?

Tratemos alguna vez de tomarlas en serio. He aquí uno que se nos confiesa y viene á hablarnos de un defecto que mucho ha querríamos haber censurado. La ocasión es buena; ahora está en disposición de ánimo, á propósito para tolerar respecto de eso una palabra de amigo bien intencionado. ¡Qué decepción! Él, que hace un momento se acusaba en los términos más exagerados, no acaba nunca de encontrar excusas. No hace falta dejarle hablar mucho para que nos pruebe, como Rousseau, que sus defectos son virtudes, y que deberíamos admirar precisamente aquello por que se ha humillado. Ese es el verdadero orgullo estúpido que Sócrates veía por todos los agujeros del manto de Antístenes, (1) la ceguedad que determinó á Felipe IV á admitir el título de grande, y perder, no obstante, la Jamáica, Portugal, el Rosellón y Cataluña; de suerte que para burlarse de él se decía que era como los hoyos, que son mayores cuanto más tierra se saca de ellos. (2)

Tales excrescencias del orgullo son tan evidentes, que sin duda no se pueden ocultar á nadie. Sin embargo, Rousseau habría tenido más razón si nos hubiera dicho á todos con más modestia: Que me arroje la primera piedra quien esté sin pecado. En efecto, una acusación que esté unida á la verdadera humildad es mucho más rara y difícil de lo que se cree ordinariamente. Aún aquellos que juzgan poder decir que toman su confesión en serio, tienen los motivos suficientes para examinarse concienzudamente, con objeto de saber si realmente su acusación es resultado de aquella humildad sin la cual no será desarraigado del corazón el pecado.

Tenemos respecto de esto una instructiva exhortación en la descripción de la muerte de Federico Guillermo I. Los atroces crímenes que este príncipe había cometido

(1) Diogen. Laert., 2, 36; 6, 8. Ælian., *Var.*, 9, 35.
(2) *Biographie générale*, XXXIX, 965.

contra la libertad de las personas y el derecho de los pueblos, el bárbaro rigor contra todo lo que estimaba injusticia, respecto á la que tenía especiales ideas; los accesos de cólera que le acometían, habrían hecho de este hombre extraño uno de los mayores déspotas de la historia, si no hubiera tenido al mismo tiempo cualidades excelentes. Pero la pureza de sus costumbres, casi desconocida por entonces en la corte, su corazón creyente de veras, reconciliaban con él á sus súbditos, aunque ponía á duras pruebas su paciencia, Murió entre las plegarias, las blasfemias y la humareda de los incendios; como fiel cristiano, sintiendo próxima la muerte, hizo llamar al canónigo Roloff, para que éste le reconciliase con Dios. Confesó sus pecados en presencia de muchos que asistían al acto. Era larga la serie, y como si estuviese mandando el ejercicio á los reclutas, hablaba con tal fuerza, que Roloff tuvo que imponerle moderación. Pero cuando el canónigo le invitó á que se arrepintiera, su vieja y dura cabeza entró en ebullición, y exclamó furioso: Todas mis obras fueron buenas y en honor de Dios. El canónigo le dijo que había pronunciado terribles condenaciones á muerte, ordenado ejecuciones injustas, reducido á la mendicidad muchos de sus vasallos. No llevó á mal eso el rey; confesó desde luego los hechos de que le acusaban, hasta dispuso que Roloff volviese todos los días, pero insistió en decir que nunca había procedido mal. Se necesitaron cerca de tres meses para determinarle á que se reconociera culpable de lo que tantas veces había confesado, y si la muerte no hubiera coadyuvado con sus terrores á las exhortaciones del canónigo, habrían surtido éstas muy poco efecto. (1)

10. La confesión es una exigencia de la razón natural.—Se deduce de todo lo dicho, aunque por nosotros mismos no lo supiéramos, que ofrece muchas dificultades una saludable confesión de los pecados. Decimos *saludable confesión*, porque la confesión general no es tan difícil, hasta es una necesidad y un consuelo para el corazón. Por

(1) Stenzel, *Geschichte des preuszischen Staades*, III, 687 s.

más que el hombre se rebele contra ello, habrá de reconocer que en él no es todo como debería ser; pero con eso, nada hizo todavía por su salud espiritual; sólo queda justificado quien hace completa la confesión, y dándose golpes de pecho, dice contrito: Señor, tened misericordia de mí. (1)

Pero en esto consiste la mayor dificultad. Los sonidos más difíciles de emitir en todos los idiomas son las palabras: Yo, pobre pecador. Se necesita más que el poder humano para arrancarlas; la muerte misma no consigue siempre esta victoria contra el orgullo endurecido.

Y, sin embargo, nada hay que se comprenda mejor ni que sea tan natural y necesario como esta confesión. Sería un error creer que únicamente el Cristianismo impuso el precepto de la confesión. No fué la Revelación, sino la naturaleza misma de las cosas, la sana razón, la que hace para el hombre un deber el confesar los pecados.

Mucho tiempo antes de que Dios la hubiera exigido, encontramos la confesión de los pecados practicada por los hombres. Los lituanios paganos se confesaban en las fiestas de los sacrificios. (2) En el Budismo, la confesión de los pecados es requisito indispensable para obtener el perdón. (3) Lo mismo enseña la religión irania. El mazdayaçna, el parsi ortodoxo, cuando llega á la edad de siete años, escoge un confesor á quien decir sus pecados, y cuya dirección espiritual debe seguir exactamente; (4) de él depende su suerte en el tiempo y en la eternidad. Entre los mejicanos, (5) cada cual estaba obligado á confesar sus pecados al sacerdote por lo menos una vez

(1) Luc., 18, 13.
(2) Mone, *Gesch. des Heidenthums im nœrdl. Europa*, I, 90.
(3) Lassen, *Ind. Alterthumsk.*, (2) II, Schlaginweit, *Sitzungsberichte der bayerischen Akademie der Wissenschaften*, 1863, I, 81-99; II, 149-152.
(4) Spiegel, *Eran. Alterthumsk.*, III, 578, 696, 700 y sig. (Trad. del Avesta, II, XXII). Fischer, *Heidenthum und Offenb.*, 147 y sig.
(5) Waitz, *Anthropologie der Naturvœlker*, (1864) IV, 129; cf. 180 y sig. Peschel, *Vœlkerkunde*, (1) 470-472.

en la vida. La misma ley había en Nicaragua [1] y en el Yucatán. [2]

No era necesaria para eso una revelación divina; [3] pues se lo dictaba al pueblo su propia inteligencia. Cada cual busca una excusa cuando pecó, y al proceder así, admite que el pecado es un delito que no quiere tener sobre su conciencia; pero como lo tiene, debe libertarse de él. No bastan para ello las purificaciones exteriores, porque sólo un acto libre del alma puede realizarlo. Lo que por ceguedad dejamos penetrar en nuestro interior, debe ser arrojado de allí con un esfuerzo por el que ese mismo interior quede cambiado.

Por eso no hay tranquilidad para el pecador, en tanto que no se deshaga de la injusticia. Una astilla en la llaga, una flecha que nos ha herido, un alimento pernicioso en el estómago, deben quitarse, si deseamos la curación; de no expulsar el veneno que hubiésemos tragado, estaríamos perdidos. El pecador sabe esto porque lo ha experimentado muchas veces. Ningún predicador necesita decirle que nunca tendrá una hora de tranquilidad si no aleja de sí el pecado por la confesión; únicamente el beneficio de la confesión le abre camino hacia el consuelo y la salud. [4] El contar los sueños es señal de que se ha despertado. Confesar las propias faltas, si bien no es, como cree Séneca, una señal de curación, [5] pues por desgracia el pecado es infinitamente más que un sueño penoso, aunque verdaderamente lo sea, pero á lo menos la confesión es despertar del aturdimiento, y condición preliminar indispensable para que el médico pueda salvarnos. [6]

11. De donde proviene la repulsión que hacia la confesión se siente.—Si todo esto es tan claro para nosotros como para los paganos; si debemos reconocer que no

(1) Waitz, *loc. cit.*, IV, 279.
(2) *Ibid.*, IV, 307.
(3) De Maistre, *Du Pape*, 3, 3, 1.
(4) Crisóstom., *Ad Theodor. lapsum*, 1, 15.
(5) Séneca, *Ep.*, 53, 8.
(6) Crisóstom., *In Matth. hom.*, 14, 4.

fué el Cristianismo el primero en proclamar esos conceptos, sino que los encontramos fundados en nuestra propia naturaleza racional ¿cómo explicar entonces que la naturaleza se rebele tan airadamente contra el precepto de la confesión? Si comprendemos que sólo el pecado, y no la confesión, es una vergüenza;[1] si la herida, estando abierta, es más horrible y peligrosa que la ya curada, [2] ¿por qué preferimos vivir en el opresor sentimiento de nuestra vergüenza, aún exponiéndonos á morir como consecuencia de nuestra herida, á mostrarla al médico? La necesidad ineludible de nuestra naturaleza se ha convertido para nosotros en terror, permanecemos en la inquietud, porque tememos el consuelo; morimos, porque detestamos la curación. Es otra de las contradicciones á que nos induce el pecado y una prueba más de cuán corrompida y cambiada está la naturaleza.

Si en verdad es el pecado tal como le hemos reconocido, es decir, amor propio y orgullo, entonces se explican estas contradicciones. Á nadie asombrará que para el amor propio sea penoso condenar los actos que frecuentemente nos cuestan tantos cuidados. Se comprende muy bien que el orgullo se rebele contra el sacrificio que se le impone de romper con lo que en su locura emprendió satisfecho de sí mismo; luego la extraña y especial naturaleza de nuestra enfermedad es lo que hace difícil la curación; pero la sabiduría del celestial médico dispuso el remedio, de tal suerte, que si animosamente lo tomamos, el mal será radicalmente destruído.

12. No es posible, sino por la gracia de Dios.—Cuando un enfermo se halla en tal estado que sólo un remedio puede curarle y su naturaleza se rebela contra él, no debe el médico dejar que únicamente por sí tome la medicina. Así Dios no sería el dulce médico que es, si limitándose á indicarnos el remedio en que está la salva-

(1) *Ibid.*, Hom. non esse ad gratiam concionandum, n. 3 (Meigne, II, 658, 6)
(2) S. Agustín, *In ps.* 50 en. 7.

ción, nos dejase á nosotros solos el cuidado de encontrar fuerzas para usarlo. El hombre, tal como es, no puede hacer frente á la amargura y á la humillación que exige una confesión que debe devolvernos la salud. Los dictados de la razón no bastan por sí mismos á persuadirnos de que la admitamos; querríamos obedecer á nuestras convicciones, pero no somos capaces de hacerlo. Ninguna exhortación extraña nos es útil tampoco; aunque aprobemos lo que se nos diga, no seguiremos el consejo.

Únicamente en una fuerza superior, en la gracia del Omnipotente, podemos cobrar el valor para hacer tal sacrificio; pero la bondad del médico nos ofrece ese auxilio, que podemos tener siempre que lo deseemos. Ha preparado el remedio, lo acerca á nuestros labios, y levantando nuestra cabeza de la almohada nos lo da á beber cuidadosamente. ¿quién no tomaría con gusto la medicina viniendo de tales manos y dada de ese modo? Por eso dice el poeta con mucho acierto: «La fatal venda está siempre ante los ojos; tu alma está siempre sumergida en el fango del mundo corrompido, y todas las aguas del Nilo, del Ganges y del Océano serían ineficaces para devolverle su pureza. Únicamente el cielo borrará los vergonzosos vestigios de tus debilidades. Santamente humillado, implora su clemencia, descubre tus secretas faltas, llora y reza». [1]

(1) Tasso, *Jerusalem Libertada*, XVII, 8.

CONFERENCIA XXIV

PENITENCIA Y SATISFACCIÓN

1. Tres pasos difíciles de dar y que son, no obstante el principio de la curación.—En su visita al Purgatorio, llegó Dante á un alto muro de rocas. Ahora, le dijo su compañero, que le vió palidecer, despliega toda tu energía, muestra que eres hombre y depón todo temor, porque llegaste al sitio en donde se despojan del pecado. [1]

El poeta, recobrado el ánimo, se dirige con su guía hacia aquel punto. Había que subir tres escalones: el primero, de blanco mármol, estaba pulimentado y terso como un cristal. Quien lo pasaba, se veía en él tal como era; lo que significaba el conocimiento que se adquiere de sí mismo por el examen de conciencia, y la sinceridad con que debe hacerse la confesión, primer requisito para salir del pecado. La piedra del segundo escalón era tosca y tenía el color de los cadáveres; estaba como quemada por la impresión del fuego y agrietada en todas direcciones, imagen de las cualidades y de los efectos que la contrición debe tener para la verdadera enmienda del pecador. El último escalón era de pórfido rojo, semejante al color de sangre recientemente vertida; porque, aunque el corazón palpite y sangre, aunque la vergüenza haga subir el rubor á la frente, es necesario que la herida se descubra por la confesión al médico, si quiere ser curado el enfermo.

De ese modo están indicados los tres pasos más difíciles

(1) Dante, *Purgat.*, XI, 41-50.

ción, nos dejase á nosotros solos el cuidado de encontrar fuerzas para usarlo. El hombre, tal como es, no puede hacer frente á la amargura y á la humillación que exige una confesión que debe devolvernos la salud. Los dictados de la razón no bastan por sí mismos á persuadirnos de que la admitamos; querríamos obedecer á nuestras convicciones, pero no somos capaces de hacerlo. Ninguna exhortación extraña nos es útil tampoco; aunque aprobemos lo que se nos diga, no seguiremos el consejo.

Únicamente en una fuerza superior, en la gracia del Omnipotente, podemos cobrar el valor para hacer tal sacrificio; pero la bondad del médico nos ofrece ese auxilio, que podemos tener siempre que lo deseemos. Ha preparado el remedio, lo acerca á nuestros labios, y levantando nuestra cabeza de la almohada nos lo da á beber cuidadosamente. ¿quién no tomaría con gusto la medicina viniendo de tales manos y dada de ese modo? Por eso dice el poeta con mucho acierto: «La fatal venda está siempre ante los ojos; tu alma está siempre sumergida en el fango del mundo corrompido, y todas las aguas del Nilo, del Ganges y del Océano serían ineficaces para devolverle su pureza. Únicamente el cielo borrará los vergonzosos vestigios de tus debilidades. Santamente humillado, implora su clemencia, descubre tus secretas faltas, llora y reza». [1]

(1) Tasso, *Jerusalem Libertada*, XVII, 8.

CONFERENCIA XXIV

PENITENCIA Y SATISFACCIÓN

1. Tres pasos difíciles de dar y que son, no obstante el principio de la curación.—En su visita al Purgatorio, llegó Dante á un alto muro de rocas. Ahora, le dijo su compañero, que le vió palidecer, despliega toda tu energía, muestra que eres hombre y depón todo temor, porque llegaste al sitio en donde se despojan del pecado. [1]

El poeta, recobrado el ánimo, se dirige con su guía hacia aquel punto. Había que subir tres escalones: el primero, de blanco mármol, estaba pulimentado y terso como un cristal. Quien lo pasaba, se veía en él tal como era; lo que significaba el conocimiento que se adquiere de sí mismo por el examen de conciencia, y la sinceridad con que debe hacerse la confesión, primer requisito para salir del pecado. La piedra del segundo escalón era tosca y tenía el color de los cadáveres; estaba como quemada por la impresión del fuego y agrietada en todas direcciones, imagen de las cualidades y de los efectos que la contrición debe tener para la verdadera enmienda del pecador. El último escalón era de pórfido rojo, semejante al color de sangre recientemente vertida; porque, aunque el corazón palpite y sangre, aunque la vergüenza haga subir el rubor á la frente, es necesario que la herida se descubra por la confesión al médico, si quiere ser curado el enfermo.

De ese modo están indicados los tres pasos más difíciles

(1) Dante, *Purgat.*, XI, 41-50.

y necesarios para la curación del hombre caído. Pero con ellos no se está aún más que al principio, porque después de la grave caída que sufrió el hombre no podría restablecerse por un procedimiento tan breve. Se necesita tiempo, valor y perseverancia; por eso en Dante, un ángel de Dios está en el último escalón, teniendo en sus manos una espada flamígera, y examina las heridas y la voluntad de todos los que suben hasta allí; y abre las puertas de diamante, que cierran el muro, á quienes encuentra resueltos á terminar la purificación comenzada. Entonces el penitente entra en el sagrado lugar, donde los pecadores expían sus faltas y curan las heridas que el pecado había hecho en su alma. [1]

2. La obligación de satisfacer á Dios es una exigencia de la razón natural.—El sentimiento natural de la justicia dice al hombre que debe satisfacción á quien ofendió: el que pretendiera eximirse de esa obligación, la reconocería como legítima tan pronto como fuese víctima de una injusticia. Todos los legisladores dictaron conforme á esto sus prescripciones, convencidos de que sin ello no es posible la existencia de una sociedad bien ordenada.

Ninguna objeción prevalecerá jamás contra ese principio, si el ofendido es un hombre lo mismo que el ofensor; pero es muy diferente el caso cuando es Dios el ofendido. Reimons, y más tarde Strauss, creen que, aun en esa hipótesis, es una idea injustificada del Cristianismo la obligación impuesta al hombre de hacer penitencia. Por el pecado, dicen, [2] el hombre se perjudica exclusivamente á sí mismo; Dios no es afectado ni ofendido.

En este caso, como siempre, la mentira toma de la fe una parte de la verdad para matar á ésta; pero no se perjudica más que á sí misma. Hay en lo que poco ha se dijo un fondo de verdad. También la Sagrada Escritura nos dice: ¿Qué perjuicio causas á Dios cuando pecas? Y con tus

(1) Dante, *loc. cit.*, 76-122.
(2) Strauss, *H. S. Reimarus*, 261 y sig.

buenas obras, ¿qué recibe de ti?[1] Pero ¿quién deducirá de eso que no se ofende á Dios con el pecado? Sería tanto como pretender que únicamente se realiza la ofensa cuando se hace perjuicio á alguno. Si así fuese, un bribonzuelo cualquiera, á quien su padre hubiera encerrado, podría permitirse toda especie de insultos contra aquél, porque ningún daño puede hacerle.

Mas para todo corazón noble hay ofensas más dolorosas que los daños exteriores. Seguramente el padre siente la inutilidad de sus cuidados y la ingratitud del hijo mucho más que los gastos originados por los desórdenes de éste. Así también, para Dios, la perturbación del orden sagrado establecido por él con tanta sabiduría [2] y el desprecio de su majestad, indudablemente constituyen una grave ofensa. [3] Dejó al hombre el uso de sus fuerzas, pero no le hizo dueño absoluto de ellas; y si el hombre las emplea en hacer lo que su loca arrogancia le inspira, comete un abuso que es un crimen contra los dones de Dios. [4] Pero como eso y aun más está contenido en todo pecado, ¿no será este una ofensa contra Dios?

Supongamos que el pecado no sea más que una lesión de la propia dignidad; aun en ese caso sería una injuria hecha á Dios. Pecando, obra el hombre contra la ley de su conciencia, contra su naturaleza racional. Pero este precepto no es una invención del hombre; lo es de Dios; esta naturaleza es imagen y propiedad de Dios. [5] Así, el pecador no daña á Dios, pero dañándose á sí mismo, lesiona los derechos y el honor de Dios, y, por lo tanto, según todas las reglas de la justicia, debe dar satisfacción.

No necesitaba el Cristianismo dar como nueva esta doctrina, porque está fundada en la razón. Dondequiera que existen vestigios de religión, no se olvidó la verdad de

(1) Job, XXXV, 6, 7. Gregor. Mag., *Moral.*, 26, 20. Sto. Tomás, 1, 2, q. 73, a. 8, ad 2,
(2) Sto. Tomás, 1, 2, q. 21, a. 4, ad 1.
(3) *Id.*, 1, 2, q. 47, a. 1, ad 1.
(4) S. Agustín, *Sermo*, 278, 8.
(5) S. Agustín, *Sermo*, 9, 9, 15.

que la especie humana, como individualmente todo hombre, debe satisfacer á Dios, porque el pecado á todos afecta. Este pensamiento penetra como un hilo rojo en los sistemas religiosos de la India y de Persia. El Budismo se funda en el principio de que se debe expiación por cada pecado; para hablar con más exactitud, todo el sistema budista no es otra cosa que ese principio. Entre todos los sistemas religiosos, no hay ninguno más enigmático que éste. Causa asombro como una religión tan desprovista de elementos religiosos pudo estar tan difundida y durar tanto. Pero hay una cosa que lo explica todo, y es que ningún sistema religioso expresó de un modo tan vivo como el Budismo el sentimiento de la culpabilidad general. La conciencia de la falta y el convencimiento de la obligación de expiarla están de tal modo arraigados en los corazones, que puede una doctrina tener secuaces por la sola razón de expresar esas ideas, aunque no contenga otra verdad superior. Ese concepto está indeleblemente grabado en el corazón de todos los hombres. Hasta los griegos que se esforzaban en olvidar la falta y eximirse de la obligación de hacer penitencia, no consiguieron jamás verse libres de ese molesto pensamiento. No sólo aplican casi literalmente [1] á toda injusticia cometida con el prójimo el terrible principio de la ley judaica: ojo por ojo, diente por diente, [2] sino que extienden la obligación de expiar, á todo pecado sin distinción, aunque no haya producido daño á nadie. Como reconocen la obligación de satisfacer por cada delito ejecutado en perjuicio de tercero, así admiten también que se debe sufrir castigo por toda falta cometida contra la divinidad. Su tragedia se funda en el principio tan frecuentemente expresado por Esquilo y Sófocles: «Quien hace el mal debe expiarlo». [3] Ese concepto les parece tan estrechamente unido con la creencia en una divinidad, [4]

(1) Esquilo, *Choeph.*, (Ahrens) 309-314.
(2) Exod., XXI, 34, Num., XXIV, 20. Deuter., XIX, 21.
(3) Esquilo, *Agamemn.*, 1564; *Fragm.*, 321; *Supplic.*, 436. Sófocles, *Fragm.*, (Ahrens) 148
(4) Homer., *Od.*, XXIV, 351, 352. Sófocles, *Œdip. Col.*, 623.

que consideran toda religión como falsa, si no consigna el deber de la expiación. [1]

3. Por qué nos sentimos heridos en el llamamiento cristiano á la penitencia.—No tenía, pues, necesidad el Cristianismo de dar como nueva esa doctrina. El que no satisface, se engaña si hace objeto de su mal humor á la Revelación; más bien debería incomodarse con la sana razón y con cuanto la convicción general de la humanidad considera como fundamento de toda manifestación religiosa.

Decimos la convicción, no la práctica. Todos conocen por desgracia la diferencia que entre una y otra existe. Los hombres estaban convencidos, y frecuentemente expresaban su fe, de que para ellos no es posible ir á la vida, sino pasando por la puerta de la penitencia. Pero de tal modo habían perdido la esperanza en la vida y aprendido á considerar la muerte como su destino natural, que sólo un pequeño número osaba llamar á esa puerta por la cual del pecado se vuelve á la vida. Cuando se abrió en presencia del Dante, tan fuertemente rechinaba, que su estridente ruido le penetró hasta la médula de los huesos. Tan pocas veces la abrían, que estaban enmohecidos los goznes. [2]

Por eso, aunque la Revelación encontraba ya en la tierra esta verdad, tenía una gran misión que cumplir. Las fuerzas naturales del hombre, nunca muestran tanto celo de su propio poder como cuando procuran hacer algo por su bienestar ó su honor; pero si creen no encontrar provecho, hacen como la madre indulgente que temería proceder mal con sus niños mimados, si ella misma hubiere de cumplir su deber; en ese caso se limita á amenazar con el maestro. De ese modo se declaran incapaces la inteligencia y la voluntad cuando se trata de cumplir tareas desagradables, y abandonan al Cristianismo lo que ellas deberían con toda justicia ejecutar. Tenemos en esto un nuevo ejemplo.

(1) Sófocles., *Electra*, 824-826; *Œd. Rex*, 883-905.
(2) Dante, *Purgat.*, 9, 134-139; 10, 2.

Por eso el odio de todos aquellos á quienes parecen demasiado duras las palabras de satisfacción y penitencia, no recae en la naturaleza y en la razón, que no nos hacen olvidar nunca su necesidad; ni en la voluntad, cuya felonía fué causa de que nos hayan impuesto aquel deber conforme á todas las exigencias de la justicia, sino en el que, según ellos, es enemigo jurado de la razón y de la naturaleza: El Cristianismo.

Verdad es que éste se presentó desde el principio diciendo: ¡Haced penitencia! [1] pero su voz no era más que un eco y una renovación de las graves exhortaciones que la razón había hecho en alta voz á la humanidad desde el principio de la historia, y que su corrompido corazón tan obstinadamente procuró olvidar. La doctrina del Cristianismo acerca de la penitencia hiere, porque tiene un eco muy vivo en el fondo de nuestra conciencia. Es inútil rebelarse contra ella; la resistencia tan sólo sirve para que nos sintamos heridos más profundamente. Cuanto más procura el hombre hacer caso omiso de aquella voz, con más fuerza le grita su propia inteligencia: «Quien se rebela contra Dios, debe rendirle de nuevo el honor que quería rehusarle». [2] El mal que sembró en sí mismo, debe ser extirpado por la penitencia. Ningún pecado puede quedar sin castigo. Si el pecado más grave merece mayor castigo, el menor no puede quedar impune. [3] Pero Dios no castiga dos veces el mismo pecado. Ó lo castigamos nosotros, ó debe él aplicar la penitencia; y es mejor que lo expiemos por nosotros mismos, que caer en las manos del Dios que castiga. [4] Por lo tanto, es preferible vengar en nosotros mismos la injusticia que hemos cometido; de ese modo nos evitamos el castigo de Dios. [5]

4. Según la convicción general de la humanidad, el hombre no puede absolverse á sí mismo.—Pero no queremos decir con eso que quede á nuestro arbitrio hacer penitencia ó no. Menos podría interpretarse en el sentido de que esté en nuestro poder librarnos por nosotros mismos del pecado y de sus consecuencias. Nada habría más erróneo que esa idea. Para enfermar, basta la fuerza del hombre; pero cuando se trata de la curación, muy poco hay que esperar de él. Con mucha sabiduría dice el proverbio: «Ningún médico puede curarse á sí mismo; nadie puede darse á sí propio consejos». Y el poeta añade: «No es difícil dar consejos á los demás; pero es mucho más difícil aconsejarse á sí mismo el remedio para el mal; porque estar enfermo es cosa muy diferente de saber medicina». [1]

(1) Matth., III, 2; VI, 17. Marc., I, 4, 15. Luc., III, 3.
(2) Anselm., *Cur Deus homo*, 1, 11.
(3) Gennadius, *Eccles. dogm.*, 24 (al. 54).
(4) Basil., *Hom. de div.*, 3 (Attende tibi), 4 (II, 19, c.).
(5) Hebr., X, 31.

No obstante esto, nuestro tiempo ha creído deber atribuir al hombre ese poder. Lo mismo que se hizo su propio legislador, quiso hacerse también su propio médico... «Aunque cualquiera, dice Frœbel, hubiese manchado su naturaleza en el fango de la corrupción, sabrá muy bien quitar sus impurezas por sí mismo en el claro y límpido elemento de la conciencia personal, como el cisne lo hace en el agua donde se sumerge. Esa conciencia personal puede absolverse sin recurrir á la Iglesia, y nos eleva á nosotros mismos por encima de nuestras malas acciones». [2]

Á la verdad, son palabras llenas de orgullo y de fatuidad. Un momento basta para que un criminal contamine su noble naturaleza y tal vez mate la virtud de otro; pero esa acción tiene terribles resultados: pueden quedar la felicidad de la vida perturbada, la inocencia destruída, perdida la paz, desordenada la familia, y destrozados los corazones; todo lo cual pide venganza al cielo. Pero él se sumerge majestuosamente en su propia conciencia personal, y se levanta puro por encima de las consecuencias de su crimen. Es una manera fácil de eludir la responsabilidad que anonadó á millares de personas, ó mejor, para de-

(1) Philemon Sicul., *Fragm.*, 1 (Didot, p. 115).
(2) Jul. Frœbel, *System der socialem Politik*, Bd. I, B. 2, Ch. 5 (en Ehrlich, *Apologet. Ergœnzungen zur Fundamentaltheologie*, 81).

cir la verdad, que no necesita disfraces, es lo mismo que pretender audazmente engañarse á sí mismo y al mundo. Así, después del asesinato del rey, decía lady Macbeth más fría y cínicamente que nuestros modernos pensadores: «Un poco de agua lavará el crimen». [1] Pero se engañaba: poco tiempo después, andaba errante como una loca, y se lavaba las manos durante horas enteras, diciendo: «Desaparece horrible mancha... ¿Quién habría creído que el viejo tuviese aún tanta sangre en las venas?» [2]

No, si el perdón pudiera obtenerse con tan poco trabajo, en la antigüedad y más tarde los hombres se habrían librado mejor y más agradablemente de las angustias que les torturaban el alma.

Las penitencias practicadas por los brahmanes eran á veces tan horribles, que nuestro corazón se rebela cuando las oye contar. Llegan hasta hacerse quemar á fuego lento en un lecho de hierro enrojecido al fuego. [3] Son prácticas inhumanas, que la razón no aprueba, se nos dice. También nosotros lo decimos; pero, en su demencia, prueban que el hombre considera como indispensable la penitencia en todo lo que tiene de razonable. La religión persa es también muy severa en sus castigos, pues impone hasta dos mil golpes por ciertos crímenes, y como expiación de otros pecados ordena dar muerte á siete mil animales nocivos ó la construcción de treinta puentes. [4] Las demás religiones de Asia se parecen á la de los indios en la práctica de la penitencia, estando en uso las flagelaciones, el quemarse á sí propios y á sus hijos. De todos los pueblos, fueron los frívolos griegos quienes más abandonaron los ejercicios penitenciales, y Ovidio se lo reprocha diciendo: «Todo pecado se borra por la expiación; así lo creían nuestros antepasados. Esa opinión procede de Grecia, en que el delincuente, después de las ceremonias de

(1) Shakespeare, *Macbeth*, II, 2.
(2) Shakespeare, *Ibid.*, V, 1.
(3) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 379, 480 y sig., 496 y sig.
(4) Vendidad, 18, 136-148. Spiegel, *Avesta*, I, 293 y sig.; II, LIX.

la lustración, parece despojarse de su crimen. ¡Ceguedad fatal! ¿Creéis, pues, mortales, que un poco de agua borre los sangrientos vestigios del homicidio?» [1]

Pero sería una injusticia desconocer que los griegos no habían olvidado por completo el deber de la penitencia personal. Creían no poder empezar dignamente las grandes fiestas, como las Tesmoforias, [2] y las más sagradas de todas sus prácticas religiosas, los misterios, [3] sino por el ayuno y la abstinencia, como también se hacía en Egipto, [4] y hasta en China. [5] Aunque no sean más que obras exteriores, siempre resultan prácticas de penitencia. En todo caso, Platón salvó el honor de su pueblo enseñando que sólo hay un medio de librar las almas de la mancha del pecado, y es la penitencia libremente aceptada. [6]

Los romanos, más serios y religiosos, estaban también, desde este punto de vista, más próximos á la verdad. Consideraban cada desgracia pública como un castigo del cielo, y lo mismo que los ninivitas, [7] procuraban que cesara la calamidad haciendo penitencia general. Las matronas y las doncellas más ilustres iban al Capitolio con los pies descalzos y el cabello en desorden. [8] Las seguían el Senado y los sacerdotes, llevando ricas ofrendas; después iba el pueblo. En tales ocasiones, la población de la campiña era invitada á la ciudad. [9] La muchedumbre se esparcía por todos los templos y santuarios, donde imploraba en alta voz la misericordia de los dioses. Tendidas en tierra, las mujeres acompañaban sus plegarias con abundantes lágrimas y con su cabellera barrían el suelo. [10]

(1) Ovid., *Fast.*, II, 36 y sig.
(2) Plutarco, *Demosth.*, 30, 3.
(3) Porfir., *De abstin.*, 4, 16.
(4) Herodot., 2, 40, 3.
(5) *Mémoires concernant l' histoire des Chinois*, IV, 151.
(6) Platón, *Gorgias*, 36, p. 480, 6.
(7) Jon., III, 6-8.
(8) Tertull., *Jejun.*, 16; *Apolog.*, 40 Silio Itálico, 3, 28. Petronio, 44.
(9) Livio, 10, 23; 22, 10; 27, 37; 31, 12.
(10) Id., 3, 7.

Podemos, pues, decir que la necesidad de hacer penitencia es una convicción universal; admitimos que no siempre le acompaña la práctica, no siendo en los casos de gran aflicción. Pero la necesidad enseña á rezar y la desgracia invita á la reflexión; lo que la frivolidad impide notar en la prosperidad, lo hace comprender la miseria. Basta una desgracia, para que el hombre entre en sí; entonces comprende inmediatamente que es una ilusión creer que después de pecar puede, sin satisfacción, eximirse de toda culpabilidad y de todo castigo. Entonces comienza á advertir que, como dice Séneca, [1] nadie se puede absolver á sí mismo. La penitencia se cumple, no en virtud de un poder arbitrario propio, libre, sino en nombre de Dios; y al hacer eso, obra en nombre y en vez de Dios mismo.

5. Salvación de la virtud, de la justicia y del orden moral del mundo por la penitencia.—Por eso la satisfacción es una cosa tan excelente. Mala señal es creer que hacer penitencia y orar es bueno para gentes que no pueden hacer otra cosa. Winsbeke opina de distinto modo: «No es juego de niños, dice,[2] que el hombre quiera hacer la debida penitencia por sus pecados», Se debería mirar á cada penitente como un ser sagrado; es, en efecto, un instrumento de Dios, y un instrumento consciente y libre para restablecer la justicia violada por el pecado y, de esa manera, el bien general. Porque la justicia es la base fundamental del orden en el mundo, el baluarte de la virtud, el consuelo de los que sufren, la vida de los pueblos. Toda sociedad debe caer en ruinas tan pronto como deje de tener aplicación el principio: Á cada uno lo suyo. Cuando el mundo no crea deber á Dios honor y obediencia, á la conciencia fidelidad, á la ley respeto, al hombre justo premio, al tiranizado libertad, al malvado castigo, al orden perturbado reparación, no habría existencia posible; entonces desaparecería la virtud, se insolentaría el vicio y la seducción sería irresistible.

(1) Séneca, *Ira*, 1, 14.
(2) *Der Winsbeke*, 64, 8 y sig.

Por eso no podemos menos de estremecernos viendo al mundo tan dispuesto á despreciar los severos ejemplos de penitencia que ofrece la vida de los santos, y á burlarse de los términos con que los sacerdotes cristianos predican la obligación de hacerla. Con esto él mismo se acusa, ó de muy poca reflexión ó de lamentable carencia del sentimiento de justicia. Nada más justo que cada uno sea castigado por donde pecó. [1] Sólo justicia contiene la sentencia [2] de que cada cual debe sufrir penas y tormentos en proporción á su orgullo y á su complacencia en los deleites. En el purgatorio, vió Dante [3] á hombres que expían su orgullo oprimidos con piedras; ¿por qué se engreía vuestro altivo ánimo, exclama, siendo tan imperfectos? Los perezosos, avanzaban corriendo, excitándose los unos á los otros á la actividad; almas en quienes el fervor compensa quizá ahora la negligencia que por tibieza emplearon para el bien. [4] Los glotones están famélicos y sedientos junto á un árbol de exquisitos frutos y una fuente de fresca agua; [5] todos estos que lloran por haberse entregado al vicio de la gula, deben santificarse allí por el hambre y la sed.

Aunque la poesía contribuya mucho á exornar tales materias, [6] debe, sin embargo, admitirse que contienen un vivo sentimiento de justicia. No hay duda en que, teniéndole siempre despierto en los corazones el Cristianismo, y procurando que sus fieles restablezcan, á lo menos por la penitencia, la justicia que no han practicado respecto á Dios ni al mundo, es benemérito de la virtud y de la humanidad.

6. La obligación de la penitencia es la menos practicada, porque no apreciamos nuestro honor y nuestra libertad.—La severidad de la antigua disciplina eclesiás-

(1) Sap., XI, 17.
(2) *Apoc.*, XVIII, 7.
(3) Dante, *Purgat.*, X, 115-119.
(4) *Ibid.*, 18, 88-107.
(5) *Ibid.*, 22, 131, 141.
(6) Imitat. Christi, I, 24, 3.

tica acerca de este punto, fué para el hombre un señalado beneficio; los reproches que ordinariamente se le hacen sólo prueban que hemos perdido el amor y hasta el sentimiento de la justicia.

Tal vez no comprendemos el testimonio que damos contra nosotros mismos cuando acusamos de tiranía á la Iglesia y censuramos sus leyes de penitencia como un rebajamiento del hombre. Precisamente fué gran mérito de la Iglesia el exhortarle para que restableciese por la penitencia la justicia tanto respecto de él como de Dios. Al hacerlo así, no sólo se mostró protectora del orden violado, sino que, y esto vale mucho más, levantó de su caída al mismo pecador, elevándole á un alto grado de energía moral. Pues ¿qué puede concebirse más sublime que traer á mejores sentimientos á quien con el pecado acaba de conmover los fundamentos del orden, del deber y de la ley? ¿Hay nada más bello que ver á ese mismo pecador restaurar con sus propias manos lo que fué deteriorado por él, siendo ya un ejemplo luminoso para todos, un bienhechor de la humanidad, un imitador, un colaborador, un soldado de Dios? Pues todo eso contiene la penitencia.

Quien no encuentre esto sublime, carece del sentimiento de honor; pero no le conoce el que no sabe estimar la verdad ni ama la justicia. Por desgracia, hemos perdido este sentimiento hasta el punto de que no encontramos ya nada deshonroso, en dejarnos castigar, como esclavos temblorosos, después de haber cometido un crimen contra la justicia de Dios. Los antiguos cristianos procedían de otro modo; en su confusión por haber tenido la desgracia de desertar de la bandera, hacían punto de honor colocarse durante la próxima batalla en primera fila, y con el estandarte en la mano, ser los primeros en atacar al enemigo.

Hoy la Iglesia, obligada por las circunstancias, hubo de ceder mucho de sus rigores de otro tiempo respecto á la penitencia. Los antiguos cánones que imponían penitencias de diez, quince y hasta de veinte años, con ayunos y

otras mortificaciones para ciertos crímenes, no son ya más que recuerdos, y lo que es más lamentable, hasta cayeron en el olvido. Mas con tales prescripciones, la ley de la satisfacción no fué suprimida.

En cambio, se permite la mayor libertad: en esta materia no tiene jurisdicción el poder de que disponen los tribunales; y aun cuando fuera posible aplicarlo, ¿de qué serviría eso á la justicia, ni qué provecho sacarían los hombres, si únicamente por temor cumpliesen su deber? La penitencia y la corrección forzadas pierden mucho de su valor; sólo el castigo de nosotros mismos, que libremente y con alegría ejecutamos, ó la aceptación voluntaria de un mal, sustituye á lo que el pecador está obligado á hacer ante Dios. (1) La voluntad libre debe hacer que se castigue á sí mismo, ya que también le impulsó á cometer el crimen. (2) Y cuanto más se respete su libertad, tanto mayor es la obligación que le incumbe, y la responsabilidad si no la satisface.

Pero en eso precisamente hay que buscar la causa de que la satisfacciòu sea tan penosa. Nadie nos obliga á hacer penitencia: á nosotros cumple saber apreciar el honor que Dios nos dispensa dejándonos el cuidado de velar por los derechos de la justicia violada, ya nos impongamos voluntariamente una penitencia, en vez de esperar á que Dios lo haga, ya con tranquila resignación convirtamos los sufrimientos, que son el destino de todos, en prácticas de penitencia meritorias, por la aceptación resignada de una suerte que no podemos evitar. Pero el hombre debería ser más cuidadoso de su honor que las más de las veces lo es, para comprender á cuánto le obliga aquella confianza: parece como si nuestra libertad se creyese más frecuentemente llamada á destruir el bien, á profanar lo bello, á evitar lo noble y elevado, que á determinarnos en favor de aquello que reconocemos como ventajoso. ¡Ah! ¡Cuanto mejor sería para nosotros estar sujetos á una se-

(1) Crisóstom., *Sacerd.*, 2, 3.
(2) Dante, *Purgat.*, 21, 66.

vera disciplina en vez de quedar entregados á nosotros mismos! Pero, en la penitencia, únicamente vemos lo desagradable, y no la dignidad de la representación divina; lo mismo que en las exigencias de la justicia y en la ocasión de corregirnos, sólo vemos un duro castigo, á que nos sometemos nada más que por no ser posible otra cosa, y siempre con lamentos y murmuraciones. Por esto se comprende fácilmente que de todos nuestros deberes sea el de la penitencia el menos practicado.

Según eso, la penitencia se ha convertido realmente en aquel principio que sin razón se atribuye á Menandro; en la señal para distinguir á los hombres que comprenden su honor, de los que no tienen amor á la verdad ni sentimiento de justicia. (1)

7. Al deseo de hacer penitencia corresponde la fe en una Iglesia y en una autoridad divinas.—Como excusa para muchos, admitimos aún que haya otra causa de que sea tan difícil la penitencia.

Nuestro natural sentimiento de equidad nos dice, y la Sagrada Escritura lo confirma, que si nos juzgamos con severa justicia á nosotros mismos, Dios no nos condenará. (2) Sin embargo, respecto de esto, no podemos librarnos de ciertas dudas que nos producen ansiedad. Nuestra penitencia ¿puede en efecto compensar el castigo que Dios nos impondría? ¿Quién nos asegura que él la aceptará? ¿Quién nos dice en qué medida, cómo y cuándo debemos hacer penitencia? ¿Cómo podríamos resolvernos á empezar la penitencia, ante la cual retrocede la naturaleza corrompida, si no hay una autoridad competente que, en nombre de Dios ultrajado, nos diga la manera de hacer penitencia, y pueda anunciarnos, satisfechas las exigencias de la justicia violada, que Dios se ha reconciliado con nosotros?

Pero no seamos injustos. Los hombres que no tienen la felicidad de conocer la Iglesia fundada por Dios, no se fa-

(1) Menandro, *Gnomæ. supplem.* (Didot, p. 101).
(2) I Corinth., XI, 31.

miliarizan jamás con la penitencia. La exhortación del Salvador á la penitencia sólo tiene significación cuando hombres investidos de un poder sobrenatural se interponen, como sacerdotes plenipotenciarios, entre Dios y el hombre, y, de una parte, en nombre Dios excitan al hombre á la penitencia, y, de la otra, admiten, también en nombre de Dios, la penitencia del hombre.

8. La penitencia no es solamente un castigo, es tambien una purificación y una salvación para el alma.—Pero aun para los que admiten el sacerdocio, la satisfacción ofrecerá siempre dificultades. La penitencia no es solamente un castigo; sino que debe tener otros dos caracteres. Ha de ser un medio de purificar el alma, con lo cual, casi siempre experimenta el hombre qué raíces echó el mal en su naturaleza; sólo cuando se quiere arrancar la mala yerba, se advierte lo profundamente que arraigó en el terreno; pocas veces cede al primer esfuerzo, y siempre deja en el suelo raíces con las que retoñará de nuevo, (1) pues son numerosos los filamentos que la ligan á su tierra predilecta. Nada tiene de extraño que el corazón se rebele contra la penitencia, y oponga la misma resistencia que un árbol cuando se le quiere arrancar del terreno en que ha crecido.

La satisfacción es también un medio de salud; debe contribuir á cerrar las heridas que el pecado ha hecho en la naturaleza, hacer que paulatinamente mueran las raíces que echó en el alma, y gracias á los que adquiere siempre nueva fuerza vital. Debe curar la debilidad de que la voluntad adolece, y aun de la parte sensible, efecto inevitable de la enfermedad mortal.

9. Es difícil hacer penitencia y cambiar de sentimientos.—Por lo dicho se explica la dificultad de cumplir este deber. El corazón se asusta como un niño que no está habituado al trabajo, que ha crecido en el bienestar, y á quien se pone junto á un arroyo en cuyas orillas crecen espinosos zarzales. Propiamente hablando, el hábito

(1) Tauler, 103, *Pred.* (Hambeger, II, 282).

nunca se convierte en naturaleza, pero arraiga, sin embargo, tan sólidamente, que todo nuestro ser se asimila lo que imbuyó en nosotros; [1] por eso ya de antiguo fué llamada segunda naturaleza muy acertadamente, [2] y de ese modo se explica también que obre en nosotros con la fuerza propia de la naturaleza. [3] No hay duda en que es posible despojarnos de los hábitos adquiridos, pues únicamente de la naturaleza no podemos deshacernos, pero se necesita para ello verdadera abnegación. [4] Todas nuestras fibras sufren hasta que haya tenido buen éxito la operación, como se resisten las del árbol que durante años creció torcido cuando se quiera enderezarlo. El corazón, la inteligencia, la voluntad y los sentidos deben renunciar á aquello en que hasta entonces vivieron, y que se convirtió en indispensable como consecuencia de la costumbre. ¿Podrá el borracho vivir sin vino, ni el voluptuoso sin sus pasiones? Lo pueden sí, pero con penosos sacrificios. No es extraño que, con sólo pensarlo, todo su ser se extremezca.

Lo que los exploradores contaron á los hijos de Israel respecto al país en donde pensaban establecerse, se lo dice también con espantosas frases la naturaleza corrompida, con su habitual malicia, al corazón angustiado del pecador; es un país que devora sus habitantes, y está poblado de monstruos horribles; [5] ¿y querrías dirigirte allí? No conoces los caminos, ni tienes idea de los combates que te esperan, ni estás habituado á aquel género de vida. Apenas hiciste más que empezar, y ya todo te es penoso. ¿No experimentas la misma impresión que David cubierto con la armadura de Saúl? No podía andar, porque no estaba habituado á usarla. [6]

(2) Aristót., *Rhetor.*, 1, 11, 3; *De memoria et reminisc.*, 2 (París, III, 498, 3); *Magn. moral.*, 2, 6, 40.
(2) S. Agustín, *Musica*, 6, 7, 19; *Opus imperfect.*, 1, 11.
(3) Sto. Tomás, *Contra gent.*, 1, 11. S. Agustín, *Op. imperf.*, 1, 91; *Contra Fortunat.*, 2, 22.
(4) Aristót., *Eth.*, 7, 10 (11), 4; *Magna moral.*, 2, 6, 40.
(5) Deuteron., XXVIII, 33, 34.
(6) Reg., XVII, 39.

Mientras que el ánimo del hombre se angustia, y la duda se apodera de él, las pasiones comienzan á formar en su interior una terrible tempestad. Nunca las sintió tales como entonces; creía haberlas dominado y se levantan contra él más furiosas que nunca. [1] Su valor amenaza abandonarle; jamás el pecado se había presentado en grado tal; ciertamente vivía en él ya, pero vacilando como borracho, nunca tan dolorosamente había advertido su presencia. Mientras le dejó morar tranquilamente en su corazón, el traidor se guardó bien de manifestar su naturaleza de serpiente; pero ahora lo irritó, y el monstruo yergue su cabeza amenazadora, mostrando lo que en su rabia es capaz de hacer. El desgraciado pierde ánimos; cree ser de nuevo su presa; en aquellos asaltos desesperados, apenas se atreve á creer que es una señal de mejoramiento el que se defienda el mal contra los esfuerzos hechos para desarraigarlo.

Así es juguete de las volubles olas de la incertidumbre, víctima de penosa angustia. Por una parte, le atrae el deseo de una vida mejor; por otra, sus antiguos hábitos le impulsan hacia la sima donde vivió en otro tiempo. En su naturaleza noble arde el deseo de cosas sublimes, pero la inferior está consumida por la llama de la sensualidad. [2] Le sucede como si despertara bruscamente de un sueño penoso; siente verdadero tedio de haber permanecido tan largo tiempo en aquella situación, privado de sus sentidos y de la luz; pero el poder que le sujeta no suelta la presa y él no sabe oponer verdadera resistencia al dulce imperio que hasta entonces acató. ¡Estoy pronto! dice, pero déjame todavía un momento! Y ese pronto, ese momento no acaban nunca. [3] En tanto que vacila entre la debilidad y el deseo serio, la concupiscencia despierta con nueva fuerza, y desaparece su energía. Ya se pregunta si sus hábitos inveterados se han convertido para él en verdugos de que

(1) Greg. Mag., *Moral.*, 24, 27, 29, 30.
(2) *Ibid.*, 24, 26.
(3) S. Agustín, *Confess.*, 8, 5, 12.

nunca podrá librarse, ó si debe acoger á estos espíritus nuevamente nacidos que le atribulan, como compañeros del placer á que desde hacía tiempo, estaba habituado. ¿Debe creerse perdido después de haber hecho tantos sacrificios y vencido tantas dificultades? ¿No hay acaso medio de extirpar el pecado? ¿Es imposible la enmienda?

Verdaderamente, constituye amarga burla para el hombre, cuyas manos están ensangrentadas por sus esfuerzos para extirpar de su corazón las espinas del mal, el que la glacial filosofía profana, que tantas veces le engañó, no le deje en paz ni aun entonces. Todavía ahora—esperamos que por última vez—avanza hacia él, y le grita que se tranquilice y deje las cosas como estaban. ¿A qué tanto afanarse? La naturaleza del mal, dice Fichte el Joven, de acuerdo en esto con la doctrina de los fariseos, (1) no es más que un hecho transitorio. El bien permanece siempre en el pecador con sus fuerzas íntegras; en él consiste restablecer su marcha normal; para esto, sólo necesita despertar en sí la fuerza del bien que en él existe. (2) Y aunque no puede libertarse del mal en sus pensamientos y en sus recuerdos, le basta olvidarse á sí mismo; si logra libertarse de sí mismo, quedará también libre del pecado. (3)

Por eso, quien no puede libertarse de sus pecados, necesita únicamente olvidarse de lo que es, y de lo que ha hecho, y de cómo ha llegado á ser lo que ahora lamenta. Si no hubiere más dificultad que esa, ¡cuán voluntariamente se serviría la humanidad de un medio tan sencillo! ¡Con cuánto ardor procuró siempre aplicarlo! Pero su larga experiencia nos dice qué éxito puede esperarse de todo eso. ¿Cómo podría olvidar su culpabilidad quien la siente con tal violencia en el fondo de su corazón?

Pero ¿de qué le sirve acusarla, si está contaminado como antes? Todo consiste, pues, en que se corrija; pero su

(3) Langen, *Judhentum in Palæstina*, 378 y sig.
(1) J. H. Fichte, *Ethik*, II, 1, 151.
(2) *Ibid.*, II, 2, 493; II, 1, 183.

propio pasado le dice que no es bastante para esto el olvido de sí mismo ni la negligencia; precisamente son esos los procedimientos que le extraviaron; si persevera en tal sistema, podrá caer más bajo aún, pero no se corregirá jamás; luego no es el olvido de sí mismo, sino la reflexión, lo que debe salvarle; no está su salvación en seguir, como hasta entonces, sino en retroceder con decisión. Hasta que no haya convertido la ira en mansedumbre, los deseos inmoderados en continencia, la pereza y la desidia en abnegación de sí mismo, no podrá considerarse como mejorado. (1) Es indispensable que pueda decir con verdad: *Non sum;* «Ya no soy lo que era; no me avergüenzo de confesar lo que fuí, desde que mi corazón cambiado me hace encontrar tanta dulzura en ser lo que soy ahora». (2)

Sólo cuando encuentra completamente transformados sus sentimientos, y volvió á sí mismo después de haber sido como extraño para sí hasta entonces, según la bella expresión de Jenofonte; (3) sólo cuando, después de haber estado alejado de sí mismo por el pecado, vuelve á parecerse á lo que antes había sido, como dice Tales, (4) puede hablar de mejoramiento y de conversión.

Mas para esto no bastan las vanas palabras ni la simple buena voluntad; no se alcanza aquel fin de una sola vez. Verdad es que el valor y la actividad sirven de mucho, pero no son suficientes para llegar al fin deseado. Por eso se dice hacer penitencia, y más que esto aún. Una cosa es hacer penitencia, otra los frutos de la penitencia, y otra los dignos frutos de la penitencia. (5) Los que se necesitan son estos últimos. (6)

Sin obras, sin esfuerzo, sin abnegación, ni las raíces del mal serán extirpadas, ni los gérmenes del bien se convertirán en plantas vigorosas. No se corrige un hábito, sino

(1) Basilio, *In Esai. comment.*, n. 34.
(2) Shakespeare, *Como queráis*, IV, 3.
(3) Jenofonte, *Anab.*, 1, 17: Ἐν ἑαυτῷ ἐγένετο.
(4) Ὅμοιος σεαυτῷ γίνου (Müllach, *Fragm., phil., Græc.*. I, 216).
(5) Greg. Mag., *In euangel.*, 1, 20, 8. Basilio, *Moral.*, 1, 4; *Epist.*, 22, 3.
(6) Matth., III, 8.

sustituyéndole con otro mejor; [1] pero quien sepa lo que es el hábito, perdonará al que, conociendo su debilidad, se pregunte con cierta desconfianza: ¿Quién separará esta piedra que hay á la entrada de mí mismo? [2]

Reflexionando acerca de todo esto, sabrá apreciar por qué son tan pocos los hombres que llegan á cambiar de sentimientos. Son demasiados aquellos á quienes se pueden aplicar las palabras del poeta: «Á los treinta años empieza el hombre á sentir que es un insensato; á los cuarenta lo comprende y quiere corregirse; á los cincuenta se irrita contra sí mismo por haber tardado tanto; su veleidad primera se cambia en resolución, después las resoluciones se renuevan sin cesar, y acaba por morir como vivió siempre, lleno de buenas intenciones». [3]

10. Necesidad y fuerza de la gracia.—Sólo quien no conozca al hombre, ni haya tratado nunca de seguir la vía en que se abre la puerta de la penitencia, podrá asombrarse de cómo el Dante hubo de atribuir á la gracia el acto de pasarla; [4] pero el que haya trabajado seriamente, aunque sólo haya sido un día, en su propia corrección, comprenderá la profunda verdad de aquella sentencia. La gracia nos hace llamar á esa puerta, por la gracia encontramos acogida, y á la gracia deberemos el perseverar dentro ya de los áridos campos donde nos hallamos, en la santa, pero difícil labor de la penitencia, de la satisfacción y de la enmienda.

En las noches tormentosas, durante las cuales Cipriano luchaba contra sí mismo para saber si debería llamar á esa puerta ó abandonar toda esperanza y el pensamiento de vivir, le parecía ser como una frágil barca combatida por las olas. ¿Cómo es posible, se decía, este cambio? ¿Podré deshacerme de lo que para mí constituye una segunda naturaleza, y en lo que me encanecí? Pierde toda esperanza;

(1) Aristót., *Magna moral.*, 2, 6, 42.
(2) Bernard., *In temp. resurrect.*, 2, 12.
(3) Young, *The compl.*, 1, 416-421.
(4) Dante, *Purgat.*, 9, 88.

todo eso ha echado raíces demasiado profundas. Quien se habituó á la abundancia, no aprende ya lo que son privaciones. ¿Cómo podría sufrir humillaciones el que siempre dió tanta importancia á los honores? El retiro es intolerable para quien se habituó á vivir en sociedad y á ser obsequiado. Son demasiado fuertes las cadenas en que tú mismo te aprisionaste, para que puedas nunca esperar que no te avasalle la ambición, ni te domine la sensualidad, ni te venza la avaricia. [1]

Felizmente para él, en sus vacilaciones, le coge de la mano un poder invisible, y le lleva hacia adelante. Llamó tembloroso á la puerta de la penitencia, que inmediatamente abren. Entra lleno de santo temor, y ¡oh maravilla! lo que antes le había parecido imposible, ahora le conforta; donde no hallaba más que tropiezos, encuentra llana y espaciosa vía; en vez de tinieblas, le ilumina la clara luz del día. Se había operado en él un cambio tan radical, que ni se atrevía á hablar de él por no ofender la modestia. [2] Sólo no podía callar que había venido en su auxilio una fuerza que le había convertido en fácil lo más difícil.

¡Oh hombre, tal vez sientes los mismos cuidados! «Querría estar muerto, pero escondido en el fondo de mi ser vive en mí otro yo que no se deja avasallar; mi orgulloso corazón le creó, y en tanto que yo tenga tan alta idea de mí, seré lo que soy ahora». [3] Muchas veces hice la prueba; querría ser otro, y siempre quedo lo mismo; veo por experiencia que yo sólo no basto para ello; mejor será desistir de una empresa imposible.

Antes de hacerlo, reflexiona un poco. Habrás atravesado alguna vez por un bosque en invierno. ¿Qué has visto? Troncos secos, ramas sin hojas, ninguna señal de vida. Vuelves algunas semanas después; es el mismo bosque, los

(1) Cipriano, *Ad Donatum epist. de gratia Dei.* Pamel., *Ep.*, 2; Baluze, *Ep.*, 1, n. 3 (1) (Goldhorn, II, 2).
(2) Cipriano, *Ad Donatum ep. de gratia Dei*, n. 4, (2).
(3) Greith, *Die deutsche Mystik in Prediger-Orden*, 327.

mismos árboles, pero abunda la savia, brotan vástagos, y las ramas se cubren de hojas y de flores. Hay por todas partes un hálito de vida y un suave perfume que fortifican el corazón. ¿Quién ha podido hacer esto? «Ese cambio es obra de la mano de Dios». [1]

¡Oh árbol seco, endurecido en el pecado, no rehuyas la acción de quien tantas maravillas crea, y sentirás nueva vida! Basta que te abandones á la gracia de Dios; lo que te es imposible á tí, es facilísimo para Él.

(1) Psalm., LXXVI, 11.

CONFERENCIA XXV

EL ANTIGUO Y EL NUEVO ADÁN

1. El árbol de la muerte y el árbol de la vida como punto final á que llega la filosofía de la historia.—En extraña confusión, semejante á un laberinto, y de los más intrincados, se entrecruzan y se pierden las vías de los hombres. Sin embargo, van á parar á dos salidas, en que están plantados los dos grandes árboles del mundo, las piedras miliarias de la historia. El primero es su punto de partida, el segundo su término. Ningún hombre, ningún pueblo, ningún Estado, ninguna civilización, pueden evitarlos. Todos van á buscar junto á ellos lo que han escogido como propiedad suya para siempre, sea la vida, sea la muerte.

Uno de esos árboles es el origen de la miseria en que gime la humanidad; del otro procede la bendición que la gracia de Dios le ofrece. El primero es el árbol del placer, el segundo el árbol de la penitencia. Allí se perdió el hombre, cuando orgullosamente quiso hacerse superior á sí mismo; aquí aprendió á encontrarse, humillándose hasta la abnegación. En el árbol de la muerte comenzó la historia, y debe acabar en el de la vida, si quiere ostentar resultados que merezcan ser llamados conquistas duraderas y fructuosas.

Al principiar los tiempos, vemos aquel árbol, que, conforme á la sabia decisión de Dios, debía hacer distinguir el bien del mal; pero á causa de la humana estulticia, únicamente sirvió para conocer el mal; de ese modo se convirtió en árbol de miseria y, en último término, de muerte. Eso de-

mismos árboles, pero abunda la savia, brotan vástagos, y las ramas se cubren de hojas y de flores. Hay por todas partes un hálito de vida y un suave perfume que fortifican el corazón. ¿Quién ha podido hacer esto? «Ese cambio es obra de la mano de Dios». (1)

¡Oh árbol seco, endurecido en el pecado, no rehuyas la acción de quien tantas maravillas crea, y sentirás nueva vida! Basta que te abandones á la gracia de Dios; lo que te es imposible á tí, es facilísimo para Él.

(1) Psalm., LXXVI, 11.

CONFERENCIA XXV

EL ANTIGUO Y EL NUEVO ADÁN

1. El árbol de la muerte y el árbol de la vida como punto final á que llega la filosofía de la historia.—En extraña confusión, semejante á un laberinto, y de los más intrincados, se entrecruzan y se pierden las vías de los hombres. Sin embargo, van á parar á dos salidas, en que están plantados los dos grandes árboles del mundo, las piedras miliarias de la historia. El primero es su punto de partida, el segundo su término. Ningún hombre, ningún pueblo, ningún Estado, ninguna civilización, pueden evitarlos. Todos van á buscar junto á ellos lo que han escogido como propiedad suya para siempre, sea la vida, sea la muerte.

Uno de esos árboles es el origen de la miseria en que gime la humanidad; del otro procede la bendición que la gracia de Dios le ofrece. El primero es el árbol del placer, el segundo el árbol de la penitencia. Allí se perdió el hombre, cuando orgullosamente quiso hacerse superior á sí mismo; aquí aprendió á encontrarse, humillándose hasta la abnegación. En el árbol de la muerte comenzó la historia, y debe acabar en el de la vida, si quiere ostentar resultados que merezcan ser llamados conquistas duraderas y fructuosas.

Al principiar los tiempos, vemos aquel árbol, que, conforme á la sabia decisión de Dios, debía hacer distinguir el bien del mal; pero á causa de la humana estulticia, únicamente sirvió para conocer el mal; de ese modo se convirtió en árbol de miseria y, en último término, de muerte. Eso de-

bemos al primer Adán y á aquella mujer que dió vida á los hombres. Debieron haber escogido el bien, y dejárnoslo como herencia; mas prefirieron conocer el mal y adoctrinar en él á sus descendientes. El primer Adán se convirtió así para sus hijos en padre del pecado, la madre de los vivientes, en causa de la muerte.

En la plenitud de los tiempos, en medio de la historia, se eleva también un árbol, en que podemos ver cuáles son los frutos que hace madurar el pecado. En el tiempo transcurrido desde la aparición del primer árbol á la del segundo, el pecado dió á conocer sus efectos, y la humanidad quedó aniquilada como consecuencia de su orgullo. Por eso aparece un nuevo Adán para infundirle nueva vida y salvarla de la muerte. No está hecho de barro como el antiguo, pero es muy semejante á él. Viene á restablecer lo que el antiguo destruyó en sí mismo y en la humanidad: la obediencia á Dios, la salud del alma, la verdad y la vida. ¿No parecía natural que la raza del antiguo Adán le acogiese llena de júbilo?

Pero, si deseamos saber cuán profundamente decayó la humanidad, nos bastará mirar la cima del segundo árbol. Elevó ese árbol como madero de oprobio y de muerte para la inocencia que desterraba, porque no la encontraba de acuerdo con su perversidad. Cubierta de escarnio y de dolor, en lo alto de aquel madero, lucha la vida con la cólera de Dios y con su fruto: la muerte.

Al pie de ese árbol vemos también á una mujer que no tiene la falsa esperanza de ser igual á Dios é inmortal; por el contrario, se le quita á Dios y la vida. En amarga compensación, el Dios moribundo le ofrece toda la humanidad caída.

¡Qué cambio, qué lucha para la madre de la vida! Debe hacer el sacrificio del santo y aceptar el pecador; ha de dejar morir á Dios y acoger en cambio al hombre mortal. ¿Escogerá, como la primera mujer, el mal en vez del bien? Si en los consejos de Dios la humanidad es preferida á la vida de su propio hijo, ¿cómo podrá ella dejar de hacerlo también? Silenciosa, y con el corazón atravesado por siete espadas, acepta lo que se le ofrece.

Así se cumplió un misterio, cuya profundidad únicamente el cielo puede sondear. Así la madre del moribundo se convirtió en mediadora de la vida, y la cruz en árbol vital. Así el segundo Adán, con su muerte se convirtió en la verdadera vida del hombre.

2. Profundidad de la caída del hombre.—Examinemos el espacio que hay entre la muerte del primer Adán y la del segundo. Se le llama historia de la humanidad, y con pretencioso nombre, que caracteriza bien al espíritu del pecador impenitente, historia de la civilización. Gusta el hombre tanto de engañarse á sí mismo acerca del sentido de aquellas palabras, que necesita absolutamente formarse una noción clara y precisa de su significado; por eso debe contarse la filosofía de la historia entre las ocupaciones más útiles.

Ya la primera caída causó al hombre un perjuicio inmenso. Por la desobediencia á un precepto tan fácil de observar, rechazó la justicia, y con su obstinación en excusarse, la menospreció por completo, é hizo que Dios no pudiera otorgársela de nuevo, toda vez que el hombre no quería darle acceso mediante la confesión y la penitencia.

Arrancada de su corazón la base fundamental de la virtud, es decir, la justicia, no tuvieron ya valor á sus ojos los demás bienes, ornamento de su alma. En su loco orgullo, los hombres despreciaban los males que les amenazaban á ellos y á sus hijos; después se acusaron mutuamente, señal de que habían desaparecido de entre ellos la caridad y la misericordia. Su corazón se había ya alejado de la verdad cuando entraron en relación con la serpiente, y negando la falta, acabaron de separarse de ella por completo. La concupiscencia, el orgullo y la duda respecto á Dios acabaron de asolar su alma. (1)

¡Cuán poco tiempo fué bastante para que los hombres no se pareciesen á sí mismos! ¡Apenas podía el Señor reconocer en ellos á sus criaturas!

(1) Bernard., *In annunt. B. M. V.*, 1, 8.

Los hombres prosiguieron la obra que sus progenitores habían comenzado. No tenemos derecho á quejarnos de nuestros primeros padres. Nadie hay en la tierra, aun cuando se le llame justo, que haga el bien y no peque. (1) Muchas veces pecamos. (2) Si decimos lo contrario, nos engañamos á nosotros mismos y faltamos á la verdad. (3) La cosa más insignificante basta para hacer caer al hombre más fuerte, y raro es el día que pasa sin que paguemos tributo á nuestra debilidad, y cuando damos el primer paso, descendemos rápidamente. De tal suerte nos ciega el amor propio, que no advertimos en nosotros aquello mismo de que los demás se quejan amargamente y con razón.

Quien se conozca algo, sabe á qué influencias está expuesto, cómo son para él un peligro constante, y cuán pronta y fácilmente sucumbe. Todos somos hombres y á ninguno hace falta aprender de los demás lo débil que es, pues mejor que en nadie lo puede aprender en sí mismo. Nadie tiene derecho á decir, sin merecer la calificación de insensato y sin exponerse á peligro: Soy demasiado viejo para tener esa debilidad; estoy ya libre de cometer esa locura; nada tengo que temer de ese peligro. Mientras que sea hombre, basta la cosa más pequeña para hacerle prevaricar. Únicamente el insensato menosprecia á los enemigos pequeños; pero expía su temeridad con súbita y grave caída.

Sin embargo, los peligros externos no son los peores, ni mucho menos; lo más terrible es que los verdaderos peligros proceden de nuestro interior. Cada cual lleva su enemigo en sí mismo; podrán los enemigos exteriores asaltarnos, pero sólo nos hace caer el enemigo interno. Si aquellos no supieran que pueden contar con un traidor dentro de nosotros mismos, no se atreverían á atacarnos con tanta confianza como lo hacen, ni renovarían sin cesar los asaltos, aunque siempre sean rechazados.

(1) Eccl., VII, 21.
(2) Jac., III, 2.
(3) I Joan., I, 8.

Por eso no tenemos paz y recogimiento, como tampoco nuestros jurados enemigos; ni una hora somos capaces de conservar el alma tranquila, por lo que continuamente cambiamos como único medio de hacer tolerable la existencia; incesantemente nos contradecimos, y vivimos siempre con el corazón angustiado. En una hora negamos lo que habíamos prometido, y odiamos lo que poco antes nos entusiasmaba. ¡Qué pocas veces estamos ciertos de lo que creíamos verdadero! ¿Cuándo estamos verdaderamente satisfechos de nuestros parientes ó amigos, por no decir de nosotros mismos?

Con tal falta de estabilidad, ¿no se comprende la muerte? ¿no es una verdadera libertad? ¿Á qué podremos comparar la humanidad mejor que á un campo de trigo? Todo se agita y murmura en él, aun estando sereno el cielo; una ráfaga de viento, una lluvia copiosa, basta para destruirlo todo, quedando solamente informes despojos de lo que días antes eran doradas mieses. Por fin siega la hoz lo poco que aún quedaba.

Pero si es vergonzoso ya el grado de decadencia en que hemos caído, aún es más humillante la tenacidad con que nos aferramos á nuestra miseria. Malo es que estemos en desacuerdo con el mundo, peor estar descontentos de nosotros mismos, y mucho peor que jamás busquemos en nosotros la causa, y procuremos siempre achacarla á los demás; pero lo peor de todo es que hagamos la defensa de este sistema, y lo califiquemos con orgullo de excelente.

Si es una desgracia nuestra decadencia, crece la ruina de semejante estado, porque no nos damos cuenta de la gravedad de nuestra caída; pero el colmo del mal es que preferimos huir de nosotros mismos, á procurar conocer la completa profundidad de nuestra miseria, persistiendo en ella, tanto por culpable ignorancia como por ceguedad del amor propio.

3. Sin embargo, el hombre no está corrompido en la esencia de su naturaleza.—Podría creerse que la ver-

dad acerca de nuestra situación afectaba á nuestro corazón en términos que nadie juzgara necesario suponerla peor de lo que es, y, sin embargo, hay gentes á las cuales todo les parece poco para deprimir al hombre. No se aquietan, sino hasta que le hacen espantosamente malo é inaccesible á toda esperanza de corrección; y tan en serio toman esa ingrata labor, que censuran al Cristianismo, ó, digámoslo desde luego, á la Iglesia Católica, por su moderación al reconocer en el hombre algo bueno todavía y no considerarle como absolutamente malo. [1]

Nunca estaremos demasiado prevenidos contra semejantes excesos, pues sus efectos son no menos perniciosos que la negación misma de la caída. Si el hombre estuviera tan corrompido en su naturaleza, como supone ese error, no tendría sentido la palabra enmienda, y menos aún la de perfección, ni le quedaría más recurso que hacer tan tolerable como pudiera la corta duración de la vida.

Pero esa doctrina es falsa, y tanto, que no lo es más ninguna mentira. El hombre está caído, pero no es completa su decadencia; es pecador, pero sigue siendo hombre; ha corrompido su naturaleza, pero no en términos que el remedio sea imposible. [2] La naturaleza no es lo que debería ser; [3] está menoscabada; pero sería falso afirmar que en sí misma sea mala. [4] La verdad es que actualmente la naturaleza es todavía buena en sí misma, pero que el mal ha penetrado en ella. [5]

Sería una mentira y una injusticia desconocer que hay en la historia de la humanidad caída muchos hechos que el juez más severo puede encontrar edificantes y admirables. ¡Qué odio mezquino, qué vergonzosa falta de fe en todo lo grande y noble se necesitaría para denigrar como vicios las ilustres acciones que de los paganos se refie-

(1) Dorner, *Gesch. der protest. Theologie*, 39.
(2) S. Agustín, *Nat. et grat.*, 19, 21; 20, 22. Sto. Tomás, 1, 2, q. 85, a. 2.
(3) S. Agustín, *Op. imperf.*, 6, 27; 3, 215.
(4) Natura mala, non malum (S. Agustín, *loc. cit.*, 3, 188, 190, 192).
(5) Natura bonum, sed inest ei malum (*Ibid.*, *Op. imperf.*, 3, 144).

ren! [1] En ninguna época fué tan poderoso el mal, que no hubiera á su lado algún bien; hasta en el diluvio universal hubo hombres que se salvaron. [2]

De igual modo, jamás hubo hombre en quien el placer de los sentidos haya destruído las buenas tendencias de la naturaleza. Cualquiera puede aturdirse con la embriaguez, pero cada vez que lo haga, sentirá malestar; si, para evitarlo, procura aturdirse continuamente, acaban por faltarle las fuerzas, y no puede ya embriagarse. ¿Qué hará entonces? Encuentra lo que había tratado de esquivar, su propia naturaleza mejor. ¿Qué es aquel gusano, que, según las palabras del Señor, no muere nunca en los hombres corrompidos? Nada más que la inclinación hacia el bien, y el aborrecimiento del mal, [3] que siempre se encuentra en la naturaleza.

Si aun en los condenados no es la naturaleza esencialmente mala, con mayor razón no lo es en los hombres que viven en la tierra, y son siempre capaces de enmienda. Señal de esto son las angustias del corazón que perturban el sueño del pecador con el miedo á los espectros; es la avidez siempre nueva de disolución; el malestar que en todas las distracciones se encuentra; el remordimiento roedor de la conciencia; pruebas de que la naturaleza no está aún del todo corrompida. ¿Cuál es la causa de que tema á Dios el pecador? El que no puede prescindir de él. Si Dios le hubiese abandonado, podría olvidarle y quedar tranquilo. ¿Por qué el pecador se hace intolerable á sí mismo, y cuidadosamente evita encontrarse solo con su propia conciencia? Porque sabe que en sí mismo hallará siempre la ley de Dios que se esfuerza en evitar. ¿Necesita otros testimonios de que, no obstante su corrupción, está, no solamente unido á Dios, sino que se siente ligado á él?

4. Razón de que los grandes esfuerzos hechos por

(1) Tom. II, *Conf. XIV*, 11 y sig.
(2) I Petr., III, 19, 20.
(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 85, a. 2 ad 3.

los hombres para salvarse no hayan sido atendidos por Dios.—La prueba más convincente de que la naturaleza del hombre, á pesar de su corrupción, es mejor que su voluntad, nos la suministra la historia. No permanece mucho tiempo tranquilo en el pecado que él mismo ha elegido; ni puede menos de procurar involuntaria y espontáneamente á la vez libertarse del pecado y de sus consecuencias.

Sólo un corazón de piedra podría ver sin la más profunda aflicción los esfuerzos que hizo el humanismo para salir de su miseria. Todos los años llevaban los paganos con indecible angustia á los pies de la divinidad ofendida lo más precioso que tenían. Conducían ante los altares rebaños de toros; la sangre de las víctimas corría á torrentes, pero en vano; conocían que no era eso lo que podía auxiliarlos. Dirigieron entonces contra su propia sangre el cuchillo del sacrificio; los servidores de Belona, de Cibeles, de Rea, de Ma, de Baal, se herían con desesperación insensata. Los pueblos más civilizados sacrificaron víctimas humanas para calmar aquellas angustias; las madres cogían á sus propios hijos, y riendo los arrojaban al fuego; eran escenas verdaderamente horribles.

Al considerar los esfuerzos hechos para librarse del pecado, nos parece estar sobre una escarpada roca á orilla del mar. Ruge ésta furiosa; la tempestad se ceba en un navío que se percibe á lo lejos, próximo á chocar con un escollo. Los marineros hicieron cuanto de ellos dependía para salvar su vida amenazada; echaron al mar el precioso cargamento del navío, procurando mantenerlo á flote y dirigirlo hacia la playa; pero inútilmente. La desesperación se apodera entonces de aquellos desgraciados y rompe todos los lazos de la disciplina. El padre da muerte á su hijo, el hermano débil es lanzado al agua por el fuerte; pero el mar reclama su víctima, y exigirá lo mejor. De repente el desamparado buque se quiebra con estrépito, flotan los náufragos al arbitrio de las olas, sin que nadie pueda llevarles auxilio.

Mas ¿por qué no los protege quien únicamente puede salvarlos? ¡Oh Dios! ¿dónde está vuestra acostumbrada misericordia? [1] ¡Lo que estamos presenciando nos desgarra el corazón, y tú permaneces impasible!

No hay respuesta alguna. Y, sin embargo, comprendemos lo que significa ese silencio. Lo mismo que la paciencia de Dios es nuestro consuelo, su silencio es un reproche á nuestra conducta. Puede muy bien considerarse dispensado de contestar á la pregunta de si hizo todo lo que podía para salvar á los hombres del naufragio. ¿Es acaso culpa suya el que se pierdan? Ellos le rechazaron, no fué él quien los abandonó. En todos sus extravíos les tendió siempre su mano salvadora, nada necesitaban más que cogerse á ella; pero siempre la repelieron, prefiriendo morir á que pudiera nadie decir de ellos que no se salvaban por sí mismos.

Por numerosos que sean los ejemplos de sentimientos nobles y de entusiastas esfuerzos por alcanzar la verdad de que nos da cuenta la historia, es, no obstante, difícil afirmar que entre todos ellos haya uno solo que deba ser llamado propiamente esfuerzo en la verdadera acepción de la palabra. Nos recuerdan el ejemplo de la hormiga que trató muchas veces de escalar el tronco de un árbol, y cayó siempre, pero sin abandonar jamás su designio, pues necesita llegar hasta donde está el dulce fruto que presiente allá en lo alto.

Buen ejemplo de tenacidad que podría creerse digno de imitación. Sin duda alguna; pero guardaos de tenerle lástima, pues si la cogierais y la colocarais en el árbol, se dejaría nuevamente caer. Quiere tener la gloria de lograr su objeto por sí misma, no alcanzarlo mediante auxilio de nadie.

Lo mismo ocurre á los hombres. En su debilidad, se complacen de un modo increíble en su impotencia; preferirían morir sin auxilio, antes que aceptarlo de Aquel, á quien no quieren quedar obligados. En todos los generosos esfuerzos de la humanidad, se revela siempre el viejo Adán; cae

(1) Ps., LXXXVIII, 50.

aquélla en la extenuación, y son, no obstante, incompletos los esfuerzos que hace. Trepa, se agita, gime, y, no obstante sus afanes, no alcanza lo que podría fácilmente obtener, pues considera indigna de sí la sumisión á Dios, condición necesaria de salvación para ella. La obediencia y la humildad le parecen demasiado precio para la vida.

En tales condiciones, sólo faltaba que Dios abandonara la humanidad á sí misma. Si el enfermo no quiere vivir, de nada le sirve el talento del médico. No se exige mucho al enfermo con fiebre; pero es indispensable que con su confianza facilite los cuidados del médico y se someta dócilmente á sus órdenes; si aquél no puede obtener esto siquiera, debe retirarse, pues de otro modo comprometería su honor y su reputación; de esa manera, Dios, cuando los hombres menospreciaron sus palabras, debió dejarlos seguir los insensatos caprichos de su espíritu y los malos apetitos de su corazón. Eran libres de proceder como quisieran [1] y de procurar labrarse su propia felicidad.

5. Inutilidad de los esfuerzos que hacen los hombres para embellecer la existencia y convertirla en agradable.—Quien se proponga castigar al hombre por su obstinación, nada tiene que hacer sino dejarle proceder conforme á su propia voluntad. Si se pretende confundir por la humillación su orgullo y su rebeldía, lo mejor es abandonarle á su prudencia y á sus fuerzas. La humanidad hizo también esa experiencia. Rechazó al médico que deseaba curarla, al único que podía prestarle auxilio; al declarar aquél la gravedad de la dolencia, hirió su orgullo; no podía admitir que fuese tan peligrosa como le decía. Creía sufrir una simple indisposición, y que pasaría su mal sin intervención del médico; podía curarse por sí misma. Pero el médico era experto, y había acertado; humores corrompidos empezaron á rezumar por todos los poros; el enfermo veía aumentar diariamente su mal.

Pero la necesidad aguza el ingenio. El sentimiento del dolor y la vergüenza le sugerían de continuo nuevos medios de embellecer el aspecto de su existencia y hacerla más tolerable. Tal es, según el testimonio de la historia, el origen de esas invenciones y de esas artes que se multiplicaban, sólo para ocultar el verdadero estado interior de la humanidad y dulcificar la amargura de sus sufrimientos.

(1) Ps., LXXX, 12, 13. Rom., I, 28. Act. Ap., XIV, 15.

Pero mucho se engañaba, si creía de ese modo velar la corrupción que en su interior había penetrado; más que nadie, juzga conveniente adornarse el que en definitiva se atreve menos á mostrarse tal como es en realidad; pero el tosco ánimo del hombre se revela siempre, aunque use un bello disfraz. La elegancia, la distinción en los modales hacen que más dolorosamente se advierta la completa carencia de nobleza en el corazón; sólo sirven para hacer más seductora la escondida perversidad del alma. Lo mismo puede decirse respecto á la historia general de la civilización. No puede negarse que el arte, la poesía, todos los inventos á que ordinariamente se llama civilización, prosperaron precisamente en pueblos y épocas en que la sensualidad y el apego á las cosas del mundo estaban en todo su florecimiento; pero hemos visto que eso era un mal argumento para negar la interior perversidad del corazón. No era en definitiva otra cosa que un medio muy eficaz de presentar con halagüeños colores y hacer contagiosa la enfermedad que en el fondo se ocultaba.

La humanidad se engañaba también cuando creía encontrar la salud, ó por lo menos alivio, en los inventos debidos á su arte y á su sabiduría. Mirándose al espejo un tísico, se forjará tal vez ilusiones, gracias á los afeites con que embellece sus mejillas hundidas, y creerá que ha de vivir muchos años; pero están contados sus días. El enfermo atacado de fiebre, que no puede permanecer en el lecho por la interior agitación que le devora, tal vez espere mejorar cambiando de aires, ó buscando la conversación y el trato social, pero dondequiera que vaya, llevará su enfermedad consigo. Así los hombres se afanaron mucho para lograr que desapareciese su enfermizo estado, em-

belleciendo la vida y entregándose á los placeres. Pero ¿de qué les sirvió el orgullo por sus progresos científicos? ¿Qué utilidad hallaron en el florecimiento de las riquezas y de las bellas artes? Se fatigaron en las vías de la iniquidad y de la perdición. (1) En último resultado, llegaron tan sólo á hacer la experiencia de que les era tanto más amarga la miseria, cuanto más delicado se había hecho su gusto artístico, y que buscaban afanados la muerte en el error, y en lo mismo con que trataban de hacer la vida agradable. (2) Es una verdad triste, pero lo es más aún la palabra de la verdad eterna: los pueblos se afanarán en vano, y sus trabajos serán inútiles y para el fuego. (3)

6. La humanidad aprende á pedir auxilio y á buscar el verdadero médico.—Setecientos años antes de Jesucristo, cuando el mundo alimentaba todavía las ilusiones de la juventud sin experiencia, uno de los más insignes representantes de la filosofía de la historia, el profeta Isaías, dirigió á la humanidad esta advertencia: «Trabajaste en tus numerosas vías, y no has dicho: cesaré. Has procurado vivir por ti misma, por eso no has orado». (4)

Entonces era demasiado pronto: el mundo no le creyó, y prefirió fiarse al acaso.

Pero á aquellas palabras, como á todas las que proceden de la verdad, les llegó el tiempo de hacerse efectivas. No es mucho el vigor del hombre, aun estando en buena salud; es menos todavía el del enfermo. El mundo había creído no necesitar auxilio, pero pronto le abandonaron sus fuerzas. Por fin el hombre aprendió á orar implorando auxilio.

Mas ya conocemos al hombre. Si alguna vez necesita de médico, éste debe ser conforme á sus gustos. Antes de dirigirse á quien podría curarle, deja que cualquier charlatán

(1) Sap., V, 8, 7.
(2) Sap., I, 12.
(3) Jerem., LI, 58. Hab., II, 13.
(4) Is., LVII, 10.

le deteriore lo que en él había sano todavía. En el caso presente, se comprende eso por dos razones; el médico era nada menos que el Dios vivo; pero el enfermo pensaba con terror en su nombre y en su presencia, pues precisamente se había atraído sus desgracias pecando contra él. No obstante este delito, ese Dios se había ofrecido desde hacía mucho tiempo para curarle; pero el orgullo del enfermo le había rechazado. Y ahora: ¿tendría que pedir auxilio al mismo á quien había herido? ¡Nunca! Todavía hay otros médicos, se dijo; hagamos la prueba con ellos.

Había, en efecto, bastantes médicos. Llegó una turba de ellos, trayendo cada cual su remedio. El uno curaba con el fuego, el otro con el hierro, el de más allá con sutil veneno. Todos estaban de acuerdo en escoger el remedio más doloroso, y en tratar al enfermo con tanto desdén y falta de consideración, que no se trataría peor á un facineroso condenado á muerte y en el que se quisiera ensayar el efecto de medicamentos nuevos. No respetaron su pudor ni su debilidad. Y cuando después de su tratamiento, por no decir mal tratamiento, reclamaron un salario de sangre—que en eso estuvieron unánimes—desaparecieron, dejando al enfermo abandonado á su desgracia. Estaba un grado más próximo á la muerte y se había enriquecido con una decepción.

¿A quién se dirigirá ahora? Probó con todos los médicos, pidió auxilio á filósofos, á tiranos, á legisladores, á guerreros; pero cuantos intentaron la curación, no hicieron más que empeorarle. ¿Tendrá que desesperar ya? ¿Deberá, reprimiendo su orgullo y confundido, volverse suplicante hacia el único médico de quien se alejó con desden? Más si desespera, es segura la muerte, (1) y esto precisamente es lo que quiere evitar.

Ese temor á la muerte es también un resto de antiguos y mejores días que hasta entonces no había comprendido. Esta impotencia para aniquilar toda su naturaleza con todos los instintos que había conservado de

(1) S. Agustín, *In ps.* 50, *en.* 8.

otro tiempo, le parecieron antes en su orgullo intolerable tormento. No lo comprende aún, pero siente ya que en ello precisamente está el asidero para su salvación. Triste es que hayan llegado á tal extremo las cosas; pero ¡si á lo menos ese último remedio tuviese alguna eficacia!

De ese modo, fué para el hombre principio de salud el miedo á la ruina completa. Si posible fuese, preferiría la muerte á la vergüenza y á la humillación á que debe someterse ahora, si quiere salvarse. Felizmente para él, entre el pecado y la desesperación está el declararse inhábil; esa idea le impide hacer incurable el pecado con la desesperación.

7. Lo que en definitiva impulsó á la humanidad hacia Dios.—Saber que es incurable un mal, resulta más terrible que ver la muerte ante sí; una muerte pronta es un beneficio, si se la compara con una consunción sin esperanza.

El hombre estaba en una vía excelente para dejar que el pecado, mediante la impenitencia, se hiciese incurable. Él mismo no comprendía eso, pero se encontraba en tal condición, que la muerte era más deseable que la vida.

La enfermedad del suicidio, que amenazaba de muerte á la humanidad, le hizo al fin presentir el peligro de su situación. El hombre se resigna á la muerte, pero no á considerarse como absolutamente incurable.

Así cobró ánimos. El hombre, se decía, no puede ser incurable. No, Dios hace curables á los pueblos; nos lo declaran la razón y la naturaleza; la Sagrada Escritura también lo dice. [1]

El hombre se engañaba creyendo ser tan difícil curarse á sí mismo, toda vez que la naturaleza nos da fuerzas suficientes, si queremos dejarnos curar. [2] Pero después de haberla dejado enfermar tan gravemente, ¿cómo puede tener la fuerza necesaria para sanar nuestra dolencia?

(1) Sap., I, 14.
(2) J. H. Fichte, *Ethik*, II, 2, 494.

En cuanto á la esperanza de ser curado por aquellos que tienen la misma naturaleza y las mismas debilidades que nosotros, basta para destruirla echarnos una mirada á nosotros y á nuestros semejantes. ¿Cómo obtendremos jamás un auxilio eficaz de hombres que no pueden, como nosotros tampoco, auxiliarse á sí mismos? Es un hermoso pensamiento aquel de que los hombres constituyen una magnífica colectividad. Lo que nos infunde valor en las horas de extremada miseria y desamparo, es la consideración de que somos individualidades de un todo, en el que cada uno tiene parte en la falta y en la penitencia comunes, y que, de ese modo, puede expiar, cada cual por sí, y reivindicar, de los méritos de la totalidad, lo que por sí sólo no es capaz de hacer.

Pero estas son ideas que únicamente la Revelación dió á conocer. En la antigüedad, nadie sabía dónde buscar auxilio, ni pensaba en eso. Sufre tu suerte; no te es lícito tenerla mejor que los demás: tal era el consuelo que sabían dar en aquella época. Añadir á sus propias penalidades las de los demás, era cuanto los paganos sabían acerca de la solidaridad del género humano. La curación por medio de los hombres es imposible, [1] decía uno de sus poetas.

El enfermo acabó por comprenderlo. La aflicción despierta al entendimiento. [2] Si tan largo tiempo le tuvo dormido, era únicamente para prescindir del que se hallaba siempre á su lado. Estaba abandonado por todos los que habían tratado de curarle sin tener misión para ello, de todos los falsos amigos, de todos los médicos ineptos que le habían engañado hasta entonces, y le dejaban entregado á su triste destino cuando le creían ya próximo á la muerte. Únicamente permanecía allí siempre fiel, aquel á quien jamás había querido admitir.

Estaba vencida la obstinación del enfermo; no podía resistir á tanta miseria, y á tanto amor de parte de Dios. ¡Ah! Si todavía hay auxilio para mí, en ti solamente está.

(1) Menander, *Sacerdos frag.*, I (Didot, p. 24).
(2) Is., XXVIII, 19.

Todos los míos me han abandonado; me engañaron; se burlaron de mí. ¿Qué me queda ya sino tú? Señor, sálvame, porque perezco. (1) Vuelvo mis ojos á ti que reinas en el cielo. Mi alma está llena de angustia. (2) Haz de mí lo que quieras con tal que encuentre la salvación.

8. La salvación no era posible, sino por la efusión de sangre humana de Dios.—Aquella súplica era lo que esperaba la misericordia de Dios hacía ya siglos. No habrían ocurrido todos esos males, si el hombre, confesándose pobre pecador, se hubiera postrado á los pies del único médico capaz de curarle. Habría podido prescindir de todas las terribles é inútiles tentativas que tanta sangre y tantos dolores le costaron, si hubiera comprendido antes su impotencia para curarse á sí mismo. Ahora cesó ya la fiebre, y el enfermo, que la muerte consideraba como presa suya, fué capaz de curación.

Pero no por eso estaba ya sano. La vergüenza, la confusión, el arrepentimiento, la humillación, la penitencia, no bastaban para salvarle. Sólo cuando la curación está hecha, puede el hombre ver la gravedad del mal y el extremo peligro en que estuvo, advirtiéndose, eso mejor cuanto parece desesperarse de la salvación. Y se cumple la sentencia que la humanidad no olvidó jamás. No se perdona el pecado sin efusión de sangre. (3) El pecado había entregado al hombre á la muerte; sólo por la sangre podía recobrar la vida, porque en la sangre está la vida. (4) Pero la sangre de los animales no podía prestar auxilio alguno al hombre moribundo; tampoco podía devolverle la vida la misma sangre humana, estando envenenada como la de toda la humanidad. Sólo una sangre pura y sana, infundida en sus venas, podía darle nueva vida. Pero ¿dónde encontrarla? No ciertamente en la tierra.

He aquí que el Hijo de Dios se levanta del trono de la

(1) Matth., VII, 25.
(2) Psalm., CXXII, 1, 4.
(3) Hebr., IX, 22.
(4) Exod., XVII, 11.

eterna gloria. Dadme vuestra sangre, dice; en mis venas la haré inocente y santa; después me la tomaréis, y de nuevo la verteréis en vuestras venas. Y no en vano me habréis invocado.

La humanidad casi no se atrevía á creer aquellas palabras. Apenas consiente alguien en morir por un justo, (1) ¿y tú quieres morir por nosotros pecadores, tú, el Dios eterno, tú, el amor ultrajado? Nadie manifiesta mejor su caridad que dando la vida por sus amigos; (2) pero nosotros ¿no somos enemigos tuyos?

No obstante, Dios es fiel á su palabra. Precisamente en eso podéis reconocer que no es un hombre el que va á morir por vosotros. Dios es caridad, y ésta no tiene en cuenta la vida, si se trata de salvar á desgraciados. Pecadores ó enemigos, poco importa; basta con que sin mí estaríais perdidos: dadme, pues, vuestra sangre, y veréis de qué es capaz el amor.

Una virgen ofrece tímidamente la sangre de su corazón; y seguramente no habría aceptado ninguna otra. Toma aquella sangre; la santifica en sus venas; la pone en el patíbulo. Semejante á los cuatro ríos del Paraíso, se esparce desde sus heridas por todo el mundo, y la humanidad se salva. El orgullo fué la causa de su caída, la arrogancia de su muerte. Con la humillación comenzó á levantarse; el sacrificio del amor fué su vida.

9. El rescate del pecador.—Una hoja caída del árbol era el antiguo Adán. (3) El árbol de que se desprendió creció antiguamente en el Paraíso.

Sucedió eso al principio de los tiempos. En su deseo insensato, la primera madre, madre de inhumanidad, había deshojado el árbol, y he ahí que yace en tierra privado de todo auxilio el hombre, hoja caída que las ráfagas de viento arrojan de una parte á otra. Van secándose en sus venas

(1) Rom., V, 7.
(2) Juan, XV, 13.
(3) Job., XIII, 25. Homero, *Il.*, VI, 146. Musæus en Clem. Alex., *Strom.*, VI, 2, 5. Cf. Müllach, *Fragm. phil. Græc.*, I, 161.

los jugos nutritivos que antes absorbía en el sagrado suelo del Edén.

Durante muchos siglos, fué juguete de las tempestades, y se hallaba inerme, sin que brillara ante sus ojos la luz de la esperanza. Por fin, una ráfaga benigna depositó aquella hoja en un monte pedregoso. Hay allí una mujer, sumida en el dolor, al pie de un árbol. Pero ese árbol está seco como la muerte, sin hojas, como el árbol del Paraíso desde el día fatal en que la mujer lo había despojado; es el árbol de la Cruz. La vida acaba de luchar con la muerte. La madre de dolores, no pudiendo sufrir el ver agonizante á su Hijo, inclina al suelo la cabeza. Entonces ve á sus pies la pobre hoja muerta; allí la había dejado la feliz ráfaga. En buena hora vienes, le dice, hoja combatida y seca; no en vano estás presente en el instante más amargo de mi vida. Madre de misericordia como es, cogió la hoja, y con temblorosa mano la puso en una grieta del madero de la Cruz. En aquel momento, el moribundo levantó la voz diciendo: Todo está consumado. É inclinó la cabeza. La vida estaba muerta; se esparció por la tierra su sangre; y el árbol de la muerte cobra nueva vida y reverdece. Revive la hoja seca. Quedaba redimido el pecador; había nacido el nuevo Adán.

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el cuarto tomo de la *Apología del Cristianismo*, escrito en alemán por el Padre Alberto María Weiss, y traducido al castellano por Eugenio González Mir, mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del tomo, y entréguense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 26 de Setiembre de 1905.

El Vicario General,
Ricardo, *Obispo de Eudoxia.*

Por mandado de Su Señoría,
Lic. Manuel Fernández, *Pbro., Scrio., Can.*

INDICE

CONFERENCIA DECIMATERCIA

EL CULTO DEL DIABLO

APÉNDICE

¿ES EN REALIDAD ADORADO SATANÁS?

TERCERA PARTE

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN DEL HUMANISMO

CONFERENCIA XIV

EL ESPÍRITU DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

CONFERENCIA XV

LOS MEDIOS DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

CONFERENCIA XVI

EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

CONFERENCIA XVII

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

CONFERENCIA XVIII

EL RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

CUARTA PARTE

LA VUELTA DEL HUMANISMO Á LA HUMANIDAD

CONFERENCIA XIX

EL GOBIERNO DE DIOS EN EL MUNDO

CONFERENCIA XX

ECCE AGNUS DEI

CONFERENCIA XXI

LA FUENTE DE TODO PECADO

CONFERENCIA XXII

EL ARREPENTIMIENTO

CONFERENCIA XXIII

LA CONFESIÓN

CONFERENCIA XXIV

PENITENCIA Y SATISFACCIÓN

CONFERENCIA XXV

EL ANTIGUO Y EL NUEVO ADÁN

JUAN GILI, EDITOR, CORTES, 581, BARCELONA

MANUALES ENCICLOPÉDICOS GILI

Novedad — **Obra interesantísima**

COMPENDIO DE HISTORIA DE AMÉRICA

POR

Manuel Serrano y Sanz

Catedrático de la Universidad de Zaragoza

Conocidos son los planes para la unión entre los pueblos ibero-americanos; sabemos también qué puntos ha de abrazar esta unión y los frutos que reportará: sólo falta que las sociedades y corporaciones que tienen por misión especial el estrechar más y más las relaciones entre los jóvenes pueblos del Nuevo mundo y su antigua Metrópoli trabajen para que se *inculque esta idea en todos los hombres de buena voluntad*, á fin de que, con la variedad de conocimientos que informan la inteligencia, se consagre algún tiempo al estudio de la historia Hispano-Americana y á las cuestiones relacionadas con España y América.

Para conseguir esa unión y acelerar en todo lo posible la realización de tan beneficiosas aspiraciones, casi necesario es que esta idea de unión, que hoy acarician sólo los intelectuales y alguna que otra corporación ó sociedad industrial, sea patrimonio de todo el pueblo, *de todo español y de todo americano;* que encarne, por decirlo así, en el *alma patria*.

Es, por tanto, muy conveniente trabajar, en el sentido de dar gran amplitud á los estudios ibero-americanos y que se *enseñe la historia de América en nuestras escuelas é institutos con más extensión que hasta el presente*, formando un todo, como historias hermanas, la de las repúblicas americanas y la nuestra, y que lo mismo se haga en los centros de enseñanza americanos.

De su propio peso se cae que una historia de las repúblicas americanas para nuestros jóvenes, ó de nuestra patria para la instrucción en las escuelas é institutos de América, en la que aliente el propósito de infundir en los corazones juveniles el amor á la unión, ha de estar escrita dentro de ciertas condiciones: á más de predominar en ella el espíritu de aproximación y un criterio imparcial, libre de rancios odios, tiene que vencer una gran dificultad, la de destruir muchas preocupaciones y recelos, fundados en hechos verdaderos unos, falsos otros, y en abusos autoritarios que manchan quizás nuestra historia en América, pero que jamás pasaron de la categoría de hechos individuales, los que en último término, lejos de guardarse en la memoria para mantener distanciados á pueblos llamados á estar unidos, deben relegarse al olvido, como toda tradición odiosa.

Deseosos de contribuir á tal fin, hemos publicado la obra mencionada con objeto de vulgarizar dichos conocimientos históricos. Claro está que, dado el propósito del libro, la concisión era indispensable, como en todos los Compendios que hemos editado, los cuales cumplirán su misión, si logran despertar en sus lectores amor á semejantes estudios y vivo deseo de ampliarlos en obras más fundamentales. Así y todo, no se limita cual otras Historias de América (la de Barros Arana, por ejemplo) á dos fases principales; una el descubrimiento y la conquista, otra la independencia, dando del período colonial meras nociones generales de organización social y cultura. Nuestro Compendio es en este sentido, ya que no por su extensión, *más completo*, pues dedica una buena parte á la época de la dominación española. Su autor ha seguido el método geográfico-político, tratando de cada república ó colonia con separación, excepto cuando entre ellas haya habido tan estrechos lazos que deban ir juntas, cual sucede con las repúblicas de Santo

Domingo y Haití, y no se ha ceñido á la llamada historia *externa*, sino que consagra varios capítulos á la *interna* (religión, leyes, literatura, arte, etc.) de **México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa-Rica, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay, Cuba, Santo Domingo, Estados Unidos, Puerto Rico, Jamaica, Canadá, Brasil y Guayana,** desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Con objeto de que las personas estudiosas puedan ampliar sus conocimientos en dicha materia, ha colocado al pie de cada capítulo una interesante bibliografía, citando las obras más notables que existen acerca del país correspondiente. Tal es el plan seguido por el autor del *Manual* **Compendio de Historia de América.** El señor Serrano y Sanz conoce como pocos la historia de América; el medio en que vive es el más á propósito para esta clase de estudios: la enseñanza, los archivos, las bibliotecas, no sólo le han permitido beber en las más puras fuentes históricas, sino que le han proporcionado la ocasión más propicia para desvanecer á la luz de la sana crítica la multitud de errores que andan esparcidos por los libros que á la historia de América se refieren, con grave detrimento de la justicia y de la honra nacional.

Por último, hemos ilustrado la obra con bastantes grabados para que el lector conozca los tipos, costumbres, personajes y arte de América.

Creemos que el estudio de este hermoso *Compendio de Historia de América* servirá de poderoso aliciente para que la juventud comience á ver en la pronta solución de las cuestiones ibero-americanas la fuente de la prosperidad individual y colectiva y, sobre todo, para que se familiarice con la historia de América, ya que sin conocer ésta, no es fácil profundizar en la historia patria.

Si, como lo esperamos, este *Manual* es bien recibido del público hispano-americano, al que se dirige especialmente, editaremos otros ya más doctrinales y de investigación, en cada uno de los cuales se consigne la historia de las principales repúblicas hispano-americanas, así como la geografía de cada una de ellas.

Un tomo en 8.º, de 363 págs., con grabados, elegantemente encuadernado en cartoné. Ptas. 3'50

MANUALES PUBLICADOS ANTERIORMENTE

Cada uno forma un volumen en 8.º con grabados ó sin ellos, según las exigencias del texto, impreso en excelente papel y elegantemente encuadernado en cartoné.

ELEMENTOS DE LITERATURA PRECEPTIVA, precedidos de unas Nociones de Estética, por D. Manuel Pereña y Puente, Abogado del ilustre Colegio de Lérida ... ... Ptas. 1'50

HISTORIA DE LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES DEL SIGLO XIX, por D. Joaquín Fernández Prida, Catedrático de la Universidad Central ... ... Ptas. 1'50

EMPORIO CIENTIFICO É HISTORICO DE ORGANOGRAFIA MUSICAL ANTIGUA ESPANOLA, por D. Felipe Pedrell, Profesor de la Escuela Nacional de Música y Declamación y del Ateneo de Madrid ... ... Ptas. 2.—

ECONOMIA, por D. Adolfo Buylla y Alegre, Catedrático de la Universidad de Oviedo ... ... Ptas. 1'50

PRACTICAS PREPARATORIAS DE INSTRUMENTACION, enderezadas á saber preparar la partitura y á escribir con propiedad las voces y los instrumentos, por D. Felipe Pedrell... ... Ptas. 3'50

CIENCIA POLITICA, por D. Antonio Royo y Villanova, Profesor de la Universidad de Valladolid ... ... Ptas. 2.—

ELEMENTOS DE QUIMICA AGRICOLA, por el doctor D. Casimiro Brugués y Escuder, Ex-director de la *Revista del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro*... ... ... Ptas. 2.—

LA ESCULTURA ANTIGUA Y MODERNA, por el doctor D. Elías Tormo y Monzó, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Catedrático numerario de Universidad. ... ... Ptas. 3.—

PRINCIPIOS DE DERECHO NATURAL, por D. Luís Mendizábal y Martín, Catedrático de la Universidad literaria de Zaragoza. ... ... Ptas. 2'50

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA CRISTIANA, por D. Vicente Lampérez y Romea, Profesor numerario de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid... ... ... Ptas. 2'50

MANUAL DE LOS DEBERES DEL HOMBRE EN SU VIDA SOCIAL Y POLITICA, por D. Daniel Arbe y Bandrés, Pbro. Obra premiada en el *Concurso* abierto por el Editor. ... Ptas. 2.—

